COSTA ALCALÁ
EL CANTO DE LAS RUINAS
Ilustraciones de Alejandra Hg
NOCTURNA EDICIONES

COSTA ALCALÁ

EL CANTO DE LAS RUINAS

Ilustraciones
Alejandra Hg

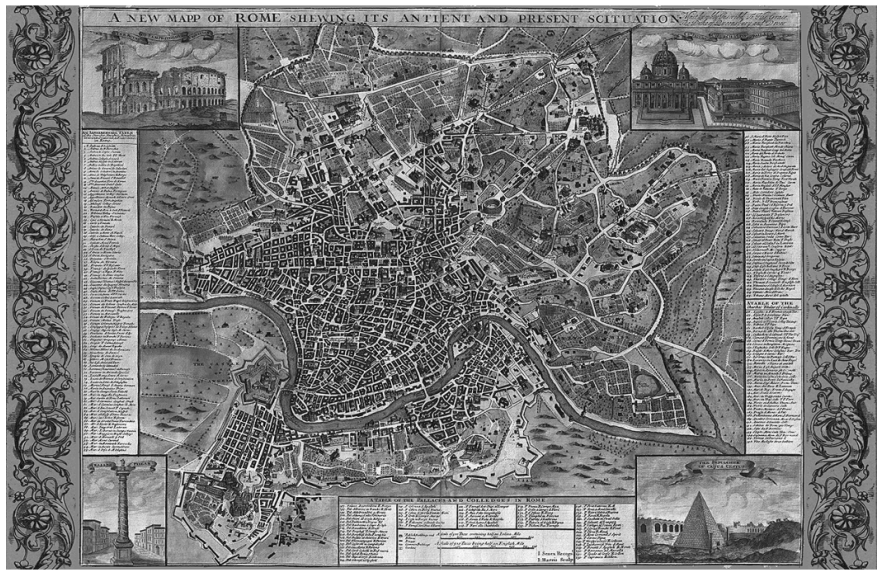
NOCTURNA EDICIONES

© Fernando Alcalá, 2021
© Geòrgia Costa, 2021
Autores representados por IMC Agencia Literaria
© de las ilustraciones: Alejandra Hg, 2021
© de los detalles: HiSunnySky / Shutterstock.com, Tickstylestock / Shutterstock.com
© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com
Primera edición en Nocturna: mayo de 2022
ISBN: 978-84-18440-49-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A todos los que, en algún momento,
han viajado con nosotros a lugares maravillosos.
Por todos los viajes que nos quedan por hacer
y por todos los lugares que nos quedan por descubrir.

Roma es la ciudad de los ecos,
la ciudad de las ilusiones
y la ciudad del deseo.
GIOTTO DI BONDONE


A NEW MAPP OF ROME SHEWING ITS ANTIENT AND PRESENT SCITUATION

EL CANTO DE LAS RUINAS

Prólogo

Roma, siglo XVII

Una vez el mundo fue un lugar lleno de maravillas: criaturas extraordinarias poblaban los bosques y surcaban los mares, y cuando la humanidad cantaba para solicitar ayuda a sus dioses, estos respondían.

Entonces, en el mal año de 1348, fuimos demasiado ambiciosos. Por toda Europa, miles de voces se alzaron hacia el cielo para pedir un prodigio que los salvara, pero lo que los dioses mandaron fue la plaga: la peste negra, que recorrió ciudades y campos como un viento de muerte.

La iglesia prohibió los prodigios. Ya no hubo más música maravillosa, y los monstruos fueron exterminados.

Pero el pueblo nunca los olvidó.

Por esa razón, cuando en aquel otoño de 1629 una nueva

plaga llegó a Italia, las gentes de Roma decidieron pedir ayuda, como habían hecho siempre. Decidieron utilizar el Último Prodigio.

Nosotros también estábamos allí aquel día, mientras la procesión se acercaba. A pesar de las órdenes del mismísimo papa, no había rastro de la Inquisición. El griterío era ensordecedor, aunque no lo suficiente como para ahogar la música de cornetas y sacabuches y el retumbar de los timbales.

La cabeza de la procesión se acercaba ya al puente Elio entre los gritos medio de júbilo, medio de espanto de los que se apiñaban a ambos lados. Aquellos apostados a la sombra del Castel Sant'Angelo, entre los que se encontraba un servidor, nos inclinamos hacia adelante, sin alcanzar a ver todavía lo que podría traernos la salvación.

Daba la impresión de que el puente fuera a derrumbarse en cualquier momento. Eran tantas las personas acumuladas allí que algunas tenían que encaramarse a las barandas de mármol y a las esculturas de ángeles y apóstoles que lo flanqueaban para dejar paso a la comitiva: campesinos y artesanos que enarbolaban las banderas de sus gremios y de sus santos patrones, un rebaño de niños mugrientos y una cohorte de mendigos a quienes les seguían bandas de músicos con sus melodías estridentes.

Entre todos ellos, sobre un carro destartalado, un hombre mostraba un cáliz que brillaba al sol.

Aun estando tan lejos, la gente que me rodeaba y yo mismo intentábamos avanzar pese a los centenares de cuerpos que nos separaban de la reliquia. ¿Quién no querría ver aquello?

Era el Último Prodigio de Roma. Nadie conocía el origen de ese objeto maravilloso. Algunos decían que había caído del cielo, como un regalo. Otros, que se encontró en el subsuelo de la ciudad, como tantos otros tesoros. Lo que sí se sabía era que, cada vez que la enfermedad había asolado la ciudad, el Último

Prodigio había salido en procesión, a pesar de prohibiciones y de castigos. Muchos creían que era un objeto de poder y que podía sanar a los enfermos.

Muchos creían que con sólo verlo, con sólo dejar que la sombra de esa copa les tocara la piel o la de los niños que levantaban el volandas por encima de nuestras cabezas, estarían salvados.

La procesión giraba hacia el sur. Allí estaba la nueva basílica de San Pedro, con su cúpula imposible, pero la gente no la miraba. Centenares de cabezas se posaron sobre el Castel Sant'Angelo porque, según la leyenda, fue allí, en lo alto de la fortaleza de ladrillo rojo, donde se posó el arcángel San Miguel para anunciar el fin de la epidemia en tiempos del emperador Justiniano. Para nuestra desgracia, el único ángel que había ese día en lo alto de la fortaleza era la estatua de bronce que conmemora el milagro.

Aun así, algo ocurrió.

Una nota cristalina, en perfecta afinación, logró superar al griterío y a las bandas de minístreles que acompañaban la procesión. Algunos intentaron buscar el origen de ese sonido y otros sólo chillaron con más fuerza, en éxtasis.

Yo juraría ante todo lo que es sagrado que ese sonido agudo como una espada provenía del cáliz.

Entonces, una bandada de palomas blancas cruzó volando por encima de nuestras cabezas como una señal de los cielos y se perdió más allá de San Giovanni dei Fiorentini.

Me di cuenta, demasiado tarde, de que lo que realmente las asustó fue el detonar de la pólvora.

Por un instante se interrumpieron la música, los cantos, laudes y avemarías.

Sólo se mantuvieron dos sonidos flotando en el aire enrarecido: esa nota que sentía como si se me clavara en los

huesos del cuello y, también, una nueva ronda de detonaciones.

Los cuchicheos aterrados de la multitud llegaron a mis oídos incluso antes de ver las casacas negras que se acercaban desde el sur. Estaban cumpliendo su amenaza: la Inquisición, por orden del papa, venía a detener la procesión y a llevarse el Último Prodigio para destruirlo.

Había demasiada gente. Los que podían escapaban por las callejuelas cercanas. Otros, todavía sobre el puente, retrocedían. Decenas de personas, empujadas por el resto de la gente o, quizá, por el terror ante los mosquetes de los soldados de la Inquisición, cayeron al río.

—No podemos esperar más —murmuré, más para mí que para los hermanos que me acompañaban.

Hacía casi dos siglos que los prodigios habían sido prohibidos en el mundo. Dos siglos en los que la magia y las maravillas se habían convertido en meras leyendas. Miré a mis compañeros, un gesto rápido, mientras nos cubríamos el rostro con las máscaras, símbolo de nuestra hermandad y de la promesa que habíamos hecho todos los que a ella pertenecíamos: preservar los prodigios hasta que el mundo fuera un lugar más propicio.

Hubo más disparos entonces. Un escuadrón de caballería se acercaba desde la plaza de San Pedro, pero nosotros avanzamos sin miedo. Debíamos conseguir el Último Prodigio, salvarlo de las garras de la Iglesia y de la Inquisición.

Pero fracasamos. Y el Último Prodigio, para nuestra vergüenza, se perdió para siempre.

I

Roma, febrero de 1726

Dicen que lo primero que se aprende de un idioma son las palabras malsonantes. Debe de ser cierto porque, mientras se abrocha a toda prisa los botones de las calzas, el caballero Brandon Charlemont entiende a la perfección lo que sale de la boca de la señorita, que se levanta apresuradamente de la cama.

—Maldición…

Uno de los botones se le está resistiendo y él sopesa, a la velocidad del rayo, si puede perder unos valiosos segundos en abrocharse bien la ropa. Cuando decide que no, animado por el fuerte golpe que acaba de recibir la puerta, el caballero Charlemont agarra el pantalón para que no se le caiga. En una verdadera proeza de organización también sujeta, con la misma mano, el sombrero y la camisa.

—Los zapatos —le recuerda la joven con voz de terciopelo.

—Los zapatos. Es cierto. Qué cabeza la mía, si los necesito para caminar. —Se da la vuelta rápidamente. Al hacerlo, una nube de perfume de rosas le envuelve antes de encontrarse con una sonriente *signorina* Gentilleschi, todavía despeinada y con un bonito color rosado en las mejillas, que le tiende un par de zapatos de hebilla dorada.

La *signora* Gentilleschi, su madre, al otro lado de la puerta, golpea la madera de nuevo, insistente.

El caballero Brandon Charlemont decide, ahora sí, que se le está acabando el tiempo, pero que de todos modos puede acercarse a la chica y besarla con la adoración que merece, justo en la comisura de los labios. Finalmente, Charlemont, visto que ya no le quedan manos libres, sujeta los zapatos con los dientes.

Apenas si siente vértigo cuando pasa primero una pierna por el marco de la ventana, luego la otra, y se apoya en el antepecho que hay por el lado exterior. Al instante, una música animada le llega a los oídos. Música de baile, un baile al que con mucho gusto se habría quedado si no fuera porque conoció a la *signorina* Gentilleschi y ambos decidieron que la intimidad del dormitorio les atraía mucho más.

—Debes irte ya —insiste ella.

Él se arriesga a girar la cabeza hacia atrás para sonreír a la muchacha, que está arreglando las sábanas de la cama que preside la alcoba para darles un aire más inocente del que tenían antes. Da unos pasos tentativos hacia un lado para alejarse del centro de la ventana. Luego, escucha a un ángel:

—¡Pssst! ¡Amo Charlemont! ¡Aquí, señor! —Justo debajo de la ventana se levantan unos arbustos en flor y, entre los arbustos, asoma la cabeza de Domenico. Al caballero Brandon Charlemont le gusta pensar en él como su fiel sirviente, su compañero de fatigas, aunque lo cierto es que no hará más de

cuatro semanas que lo tomó a su servicio. Aun así, Domenico ha demostrado ser un muchacho de lo más competente porque se apresura a señalarle una frondosa enredadera que ocupa todo un lateral de la villa Gentilleschi—. ¡El tronco parece lo bastante grueso, *signore*!

Y, aunque no lo fuera, tendrá que bastar, porque la alternativa sería saltar y rezar para no partirse la crisma en el proceso.

En cuanto se asegura de que Domenico está atento, Brandon Charlemont abre la boca para dejar caer, por fin, los zapatos que estaba sujetando con los dientes. Están a punto de caérsele a Domenico en la cabeza, pero el muchacho no se amedrenta y se apresura a recogerlos.

Es un joven con iniciativa. Por eso Charlemont aceptó tomarlo bajo su protección. Y porque es de los pocos romanos que conoce que habla inglés. Por esa importantísima razón también.

Después suelta su sombrero, que planea elegantemente hasta quedar colgado de una de las ramas de los arbustos a los pies de la villa. Su camisa prosigue el mismo camino, aunque sin tanta gracia.

Hace ya unos minutos que no oye golpes en la puerta de la alcoba, pero no sabe si eso es algo bueno o no, de modo que el caballero Charlemont pasa de la ventana a agarrarse a una estatua que hay al lado.

Para alivio del joven, la única prenda de ropa que lleva puesta se mantiene dignamente alrededor de su cintura.

Desde lejos, en la fiesta que ha organizado la *signora* Gentilleschi, la orquesta ataca una *gavota* de lo más enérgica. Una música ideal para acompañar el momento en que Brandon Charlemont, con un salto casi de bailarín, se precipita de la estatua a la enredadera.

En ese momento, una repentina corriente de aire en la zona de las posaderas indica que el salto ha sido demasiado para sus calzas, que comienzan a deslizarse hacia abajo.

—*Signore!* ¡Se os ve, no sé si me entendéis, el cráter del Vesubio! —le avisa Domenico, servicial.

—Sí, sí, gracias, Domenico. Tienes mi ropa a buen recaudo, ¿verdad? —masculla él mientras lucha por tirar de sus calzas hacia arriba.

Por desgracia, advierte un nuevo golpe seco que proviene de la habitación en la que estaba con la *signorina.* Es un sonido como de puerta abriéndose de golpe, el sonido que suele preceder al de una madre muy preocupada (en otra ocasión muy parecida, un par de semanas atrás, fue un marido muy enfadado y, además, con un mosquete cargado en las manos). El caballero Charlemont cierra los ojos, se agarra fuerte de la enredadera y piensa que sea lo que Dios quiera.

II

Villa Gentilleschi, un poco más tarde

Ha estado cerca de descubrirlos, pero, por suerte, cuando su madre ha entrado en la habitación, Charlemont ya había escapado por la ventana.

—Allegra, hija, trata de hacer un poco de honor a tu nombre y sonríe.

—Claro, madre. Os ruego que me disculpéis.

A veces se le olvida, y ella, para no tener que escuchar las quejas de su madre, obedece. No lo hace con mala intención. En el fondo, no, piensa mientras bajan la escalinata que lleva a la planta principal. A fin de cuentas, esta es *su* fiesta, una de tantas que su madre ha organizado haciéndose valer más de sus contactos que de su dinero.

—Espero que te encuentres mejor. No deberías haber

desaparecido así, algún *barone* podría haberte sacado a bailar.

—Es cierto, madre, pero me encontraba algo mareada.

A Allegra se le da bien mentir. Especialmente a su madre. Aunque, en realidad, no sabe si es porque se le da bien o porque su madre tiene tal confianza en ella que sería capaz de creer cada palabra que dijera. O quizá no, porque si le contase la verdad, que se ha escapado a su alcoba con ese joven que ha aparecido de la nada en medio del salón y le ha sonreído con una reverencia que, la verdad, poco tiene que ver con las que hace el resto de nobles que conoce, está casi convencida de que su madre pensaría que miente.

Pero es que Allegra está cansada de tanta impostura.

De vez en cuando, simplemente necesita algo que la distraiga de todo en lo que se ha convertido su vida. Incluso aunque ello implique tener que mentirle a su madre. Doblemente, además, porque lo que es su vida, lo que ella ha decidido que sea, poco tiene que ver con lo que su madre cree que es.

—Querido príncipe Borghese —dice su madre mientras la arrastra del brazo hacia uno de los grandes señores de Roma, que le dobla en edad y viste como un pavo real—. ¿Conoce ya a mi hija Allegra? ¿No le parece encantadora? ¿No es preciosa, mi Allegra?

Allegra, por supuesto, sonríe, aunque no puede evitar que la vista se le vaya al resto del salón mientras busca a Charlemont y se pregunta si no se habrá roto una pierna al lanzarse desde su ventana.

—Encantada de verle, *signore* —responde ella, y hace una reverencia que, por supuesto, deja a la vista sus clavículas y permite entrever la forma que, muy apropiadamente, el vestido que lleva le proporciona a su canalillo.

Allegra sabe ser encantadora, no le cuesta ningún trabajo,

aunque piense que su encanto forme parte de esa farsa de la que se siente presa. Por no hablar de la obsesión que tiene su madre por casarla. Por suerte, todavía no ha tenido éxito.

Mientras su madre, siempre encantadora, acapara la atención del príncipe, Allegra se aleja disimuladamente y vuelve a pasear la vista por el salón, en busca de Charlemont.

Lo encuentra al otro lado de la sala y, para su alivio, vestido. Entonces, por cómo lo miran los sirvientes y por cómo, en realidad, ella se da cuenta de que no lo había visto en su vida, se percata de una cosa: el encantador señor Charlemont se ha colado en la fiesta. Si su madre lo hubiera invitado, Allegra habría sabido de su existencia, dada su condición de soltero.

Parece que su madre tenga un sexto sentido porque, en cuanto Charlemont la localiza a ella y se acerca con paso decidido seguido de su sirviente, su madre se gira y la agarra con fuerza del brazo.

—Buenas noches tengan, queridas damas —dice el joven con un acento atroz—. Discúlpenme si no hablo bien su idioma. Ya saben, para los que hablamos inglés, hasta que no salimos de nuestras verdes islas, no aprendemos que Roma es el verdadero centro del mundo. Como ustedes lo parecen ser de la fiesta.

Allegra trata de reprimir una carcajada. Lo que no consigue contener es el rubor en sus mejillas al recordar los escalofríos cuando ha sentido sobre los suyos los labios de Charlemont, aunque cree que hace un buen trabajo disimulándolo con una reverencia, la más sugerente que puede, y dice:

—No hace falta que os disculpéis, os entiendo perfectamente, *signore*. —Después, aún inclinada, añade con una sonrisa de autosuficiencia—: Aunque no recuerdo haberos visto antes. ¿Cómo decís que os llamáis?

Sí, Allegra sabe mentir, pero prefiere jugar.

—Brandon Charlemont —responde él apresuradamente,

acompañando su nombre de una sonrisa que le va de hoyuelo a hoyuelo—. Para serviros a vos y a vuestra encantadora madre. Y este joven tan despabilado es mi fiel Domenico.

El sirviente, avispado, tiene el buen tino de hacer una nueva reverencia.

—No conozco a ningún Charlemont —comenta ella con tono juguetón—. ¿Y vos, madre? No recuerdo que hayamos enviado invitación alguna. ¿Dónde decís que vivís, *signore* Charlemont?

Charlemont levanta las cejas, seguramente sorprendido por tanto recelo, pero entonces su madre, que hoy parece más alta de lo que es gracias a una elaborada peluca decorada con lazos y pequeñas flores, lo observa como si un camarero se lo hubiera traído sobre una bandeja.

—Disculpad a mi pobre Allegra —dice, y le coloca una mano sobre el antebrazo a su hija—. Como algunas flores, esconde también unas pocas espinas…

—No podemos disculparos, *signora*, porque no habéis cometido ofensa alguna —se apresura a asegurarle Charlemont mientras su madre se cubre la cara con un abanico para dejar escapar una risita.

—Aun así, madre, ¿estáis segura de haberle invitado? —insiste ella, más por hacerle sufrir un poco que porque realmente le importe a quién haya o no invitado su madre.

—Señor. Quizá sea el momento idóneo para marcharnos.

El sirviente, desde luego, parece más inteligente que Charlemont, en opinión de Allegra, porque cualquiera se habría dado cuenta de que han sido descubiertos. Y, sin embargo, hay algo en ella, quizás algo escondido en la boca del estómago, que le divierte cuando Charlemont insiste:

—Claro. Sólo un segundo. Disculpen. Lo cierto es que soy nuevo en la ciudad, apenas he tenido la oportunidad de conocer a

nadie, aunque debo decir que los pocos a los que he conocido me han recibido con los brazos abiertos.

—¿Charlemont? —pregunta su madre, como si de repente el nombre le llamara la atención—. ¿No seréis vos pariente de…?

Entiende que el tal Brandon Charlemont no quiere que su madre termine la pregunta porque, tras dar un paso hacia atrás, hace una reverencia con la que prácticamente toca la nariz con el suelo. Y consigue el efecto deseado, a ella no se le escapa, porque su madre vuelve a reír.

—Señor, amo Charlemont… —insiste el sirviente, Domenico, con urgencia.

Charlemont ladea satisfecho la cabeza.

—Espero que nos volvamos a ver pronto, señorita.

Y Allegra también lo espera. Su encuentro con Charlemont ha hecho que la velada, aunque ella esperaba que fuera tediosa, haya terminado siendo de lo más entretenida.

III

Villa Gentilleschi, hacia el final de la velada

—Bueno. Vamos a ver qué otros placeres puede ofrecernos esta fiesta.

Al fin y al cabo, piensa el caballero Charlemont, todavía no es muy tarde y, salvo un rasgón aparatoso en los calzones, ha salido indemne de su pequeña aventura con la ventana y la enredadera.

—Señor, ¿creéis que es buena idea? No me malinterpretéis, pero… quizá ya no seamos bienvenidos aquí.

—¡Ah! —exclama él, despreocupado—. ¿Lo dices acaso por las preguntas de la *signorina* Gentilleschi? Domenico, Domenico… —Se ríe. Las carcajadas de Brandon Charlemont parecen indicar que su propietario no tiene una sola preocupación en la vida—. Te aseguro que, si estaba invitado o

no, le ha importado bien poco mientras estábamos en su alcoba. Te preocupas siempre demasiado, *amico*. ¿No te lo he dicho nunca?

—Me lo decís cada día, mi señor, pero creo que es mi deber preocuparme, ya que vos hacéis un pésimo trabajo al respecto. Sin ánimo de ofender os lo digo.

Brandon Charlemont se queda observando al joven que le acompaña, sus ojos grandes, oscuros y serios, que le hacen parecer mucho mayor de los dieciocho años que asegura tener.

—Claro, Domenico. Si eso te satisface, adelante —claudica al fin, dándole unos golpecitos en el hombro. Sin embargo, lo guía por una galería con las paredes cubiertas de pan de oro, espejos y un montón de esculturas de gente desnuda que, si no ha entendido mal, los romanos encuentran de vez en cuando bajo tierra.

Por un instante, necesita que su sonrisa se ensanche y su paso se vuelva más desgarbado para darle seguridad, como si él mismo fuera el amo y señor de la finca.

Que lo será.

No de esta, pobres señora y señorita Gentilleschi, añade mentalmente, pero de una muy parecida.

Brandon sabe que el destino que le aguarda es brillante. Llegó a Roma hace apenas unas semanas y, gracias a su encanto personal y a un poco de destreza, ya tiene un pie dentro de los círculos más selectos. Sabe que en poco tiempo se codeará con príncipes y cardenales como si lo hubiera hecho durante toda su vida. Si es listo, y Brandon Charlemont está convencido de serlo, va a conseguirlo.

—Ven conmigo al salón de la orquesta, Domenico. Tómate un refrigerio, te sentará bien —le insiste a su criado al tiempo que él, fiel a sus propósitos, pasa con la cabeza bien alta entre los dos mayordomos que vigilan la entrada a otro de los salones,

lejos de las anfitrionas.

El interior de la villa, además de comida y de una música que llega animada del fondo, está abarrotada de corrillos de hombres y mujeres, todos grandes señores, la flor y nata de Roma. Aunque también está el *signore* Bartoletti.

Tiene cara de sabueso viejo, el *signore* Bartoletti, con unos ojos rodeados de ojeras hinchadas, la nariz bulbosa y salpicada de pequeñas venas azuladas. Lo descubrió dos semanas atrás cuando, precisamente, aporreaba la puerta de la alcoba en la que él estaba con su esposa, la encantadora *signora* Bartoletti.

—A lo mejor hoy también lleva mosquete, mi señor —apunta Domenico, servicial.

—Muy observador, Domenico, gracias. —Como si se encontrara frente a la orquesta, bailando, Brandon Charlemont extiende una pierna y con el impulso de ese movimiento gira su cuerpo ciento ochenta grados para caminar justo en dirección contraria al *signore* Bartoletti, con el mérito de aparentar que esa es la dirección que pretendía seguir en un principio—. Lo cierto es que lo mejor de la velada ya ha pasado hace un buen rato. Y no hay nada más elegante que marcharse de una fiesta a tiempo, ¿sabes?

—Creo que os ha visto, mi señor —susurra Domenico—. Os va a disparar. U os retará a un duelo…

Un rápido vistazo hacia atrás le confirma que, efectivamente, el señor Bartoletti acaba de cruzar también el salón, en su dirección.

—Estoy seguro de que sólo se trata de un malentendido, querido Domenico.

Pese a sus palabras, el caballero Brandon Charlemont emprende un digno trote mientras agarra a Domenico por el brazo para que haga lo mismo. Salen del salón, cruzan el vestíbulo y terminan avanzando por un hermoso camino de

gravilla, flanqueado por arbustos recortados de las formas más caprichosas. Hay grandes jarrones con flores y cintas de seda que forman una pérgola de colores vivos sobre sus cabezas, e incluso tienen que sortear a un pavo real que se interpone en su camino, pero Charlemont no puede quitarse de la cabeza la desagradable sensación de ser un blanco fácil, de modo que, con un par de zancadas de lo más casuales, salen de los jardines a una calle concurrida, donde pueden pasar desapercibidos.

Charlemont sonríe. Siempre se sale con la suya.

IV

A las afueras de Roma, ese mismo día, durante el crepúsculo

James Morley jamás pensó que volvería a Roma tan pronto. O quizá jamás pensó regresar en absoluto. Pero ahí está la silueta de sus edificios contra el atardecer. Suspira y, aunque la belleza de la ciudad eterna ocupa todo el espacio en su mirada, echa la vista atrás para asegurarse de que sus compañeros siguen allí. Ha echado de menos recorrer sus calles, sentir el eco de sus pasos, tan familiar, contra el pavimento, los ruidos, los colores y los olores de Roma llenándole los sentidos.

Fue la muerte la que le expulsó de Roma y ahora, bendita ironía, es la muerte la que le hace regresar.

Es Revna, con su cabello rubio casi blanco cubierto por un manto, bien por el frío o bien para ocultarlo, quien primero llega

a su lado.

—¿Crees que hemos hecho bien en venir? Si los rumores que hemos escuchado son ciertos, allá por donde pasa esa cosa la gente cae enferma. Si nos ha seguido hasta aquí…

—Tenemos que dar la voz de alarma, Revna —responde él al tiempo que dirige una mirada hacia la vegetación que flanquea el camino—. Hace días que perdimos a esa cosa de vista.

Tashiin y Enea, los últimos componentes de la compañía del Turco, se acercan también, sombríos.

—Creo que esto es lo que habría querido el Turco que hiciéramos —dice Tashiin.

—Yo no lo creo —le responde Enea enseguida—. Nunca le gustó Roma.

—Pero el Turco ya no está con nosotros —le recuerda James, tajante, y las palabras se le hacen amargas en la boca—. Le gustara Roma o no, alguien tiene que escucharnos. Algo está cambiando en el mundo. Algo poderoso está despertando. Y esa cosa, y la enfermedad que trae con ella, no es más que el principio.

Lo saben. Lo han sabido desde hace meses.

Un ruido hace que todos los miembros de la compañía giren la cabeza hacia los matorrales que tienen más cerca, pero no ven nada. Aun así, el corazón de James le late avisándole de un peligro que no ha llegado.

Pero llegará, se teme. La muerte le persigue. Como aquella noche en la que cree que todo empezó a cambiar. James Morley, mientras les hace una señal a sus compañeros para que regresen a los carromatos, recuerda.

Aquella noche la muerte se acercaba con un gruñido sordo. A James Morley, que siempre se había enorgullecido de su pulso firme, pulso de músico, le temblaba la mano con la que empuñaba la pistola.

—*Porca puttana!* —exclamó una voz por encima de su cabeza. Al instante, tiritaron las ramas del árbol que tenía a su derecha, y un par de piernas enfundadas en unas calzas de piel gruesa aparecieron por entre el follaje.

La bestia dejó de gruñir. Igual que James, debía de estar observando esas piernas que se agitaban en el aire y que pertenecían al inconsciente de Enea. Quizás el monstruo estaba esperando a ver si acababa cayéndose del árbol o no, como una fruta madura.

Un rumor frenético entre las frondosas copas de los árboles indicaba que el resto de miembros de la compañía trataban de acercarse hasta Enea para ayudarlo, pero no lograron llegar antes de que la rama en la que se sujetaba se rompiera.

Enea, el italiano, cayó estrepitosamente al lado de James acompañado de una lluvia de hojas, fragmentos de madera y de una florida sucesión de palabrotas.

—¿Te has hecho daño? —susurró James, su arma todavía apuntando hacia el último lugar entre los matorrales donde había oído al monstruo.

—He resbalado. Creo que me he torcido el tobillo.

James contó mentalmente un segundo. Al siguiente, Tashiin bajó de un salto mucho más elegante que el de su compañero y cayó acuclillada a su lado. Por culpa de la máscara rematada con un pico alargado y la capa que llevaba, idénticas a la que vestía el resto del grupo, parecía un cuervo que acabara de posarse grácilmente en el claro.

—Nos estamos desviando del plan —advirtió James.

Porque el plan era que James actuara como cebo y que los demás esperaran el momento oportuno para actuar desde la seguridad que ofrecían las copas de los árboles. Ahora eran tres en el suelo y sólo dos vigilando desde las alturas. Una mala proporción.

Tashiin, que ayudaba a Enea a ponerse en pie, ni se dignó a girarse hacia él cuando dijo:

—Al cuerno con el plan.

—No puedes mandar el plan al cuerno, Tashiin —susurró él.

—Creo que ninguno de vosotros se sorprendería si os digo que no es el mejor momento para discutir —replicó entonces la voz del Turco desde las alturas. Sus palabras eran mucho más amables que el tono con el que las pronunció—. Tashiin, ¿te acuerdas de lo que hablamos la última vez?

—Sé que seguir el plan salva vidas —masculló ella, huraña —, pero ahora ya está hecho. Levanta, Enea. Vamos —le dijo a su compañero.

A James no le sorprendieron sus palabras, pero, de todos modos, apretó los dientes en señal de frustración. Enea y Tashiin, Tashiin y Enea, siempre juntos, como si fueran dos mitades de la misma persona. Resignado, continuó apuntando con la pistola allá donde creía que el monstruo estaba esperando.

Ni siquiera debían estar en aquel lugar. Sólo se encontraban de paso por aquella región dejada de la mano de Dios. El bosque de Gevaudan, lo llamaron los aldeanos de mejillas hundidas, y en el bosque de Gevaudan, dijeron también cuando se acercaron recelosos al campamento que la compañía había instalado en las afueras de una aldea miserable, se escondía un monstruo como los que en siglos pasados habían sido amos y señores del lugar.

Decidieron, mientras hablaban alrededor de la fogata, que no perdían nada en comprobar si aquellos cuentos eran ciertos o no.

Cuatro días hacía ya que estaban persiguiendo a la bestia. Cuatro.

Por fin, Tashiin logró que Enea se pusiera en pie, aunque con un gemido de dolor.

La bestia, entonces, se puso en marcha de nuevo. Hojas y ramas se agitaron violentamente mientras se movía hacia su derecha. Luego dio media vuelta, hacia la izquierda, mientras James se apresuraba a seguir sus movimientos con el cañón de la pistola.

—Nos está acechando —observó James—. Está buscando el mejor ángulo desde el que atacar, como lo haría una manada de lobos.

De repente, atisbó entre el verde un retazo de pelaje hirsuto, de un pardo oscuro. Vio también unas orejas puntiagudas, un ojo amarillento y el hocico como el de un lobo también, arrugado para enseñar una panoplia de dientes.

Pero aquello no era un lobo.

Un rugido salvaje les avisó un segundo antes de que la bestia iba a lanzarse hacia adelante.

Un lobo no era grande como un buey, un lobo no tenía franjas de pelo rojizo en los flancos ni garras como cuchillas en las patas.

Corrió hacia Tashiin y Enea, porque una presa herida era una presa segura.

Corrió incluso cuando James presionó el gatillo de la pistola y una bala de plomo se incrustó en su costado.

Tashiin soltó a Enea, que cayó al suelo otra vez. La muchacha llevaba en la mano un cuchillo de acero de Damasco.

—¡Apártate! ¡Apártate, insensata! —chilló James al tiempo que apuntaba con la otra pistola que llevaba al cinto. Como si la testaruda de Tashiin fuera a hacerle algún caso.

Su segundo disparo fue a perderse entre el frondoso follaje del bosque.

El monstruo ya estaba a un paso de Tashiin cuando, de improviso, las copas de los árboles que tenía justo encima crujieron. Los dos últimos miembros de la compañía que

quedaban ocultos en las alturas se dejaron caer sobre el lomo de la bestia. El Turco sujetó el cuello del monstruo y utilizó su enorme envergadura para frenarlo, aun cuando para hacerlo debía estar peligrosamente cerca de aquella boca cuajada de dientes. La otra figura, Revna, aprovechó para clavarle la lanza que tenía en las manos.

Por todo el bosque resonó el rugido de la bestia. Entre los árboles cercanos, bandadas enteras de pájaros emprendieron aterradas el vuelo.

No consiguieron matarla. Todavía con la lanza de Revna clavada entre las costillas, escapó entre la espesura.

Sin embargo, la bestia tampoco había conseguido matarlos a ninguno de ellos, de modo que, en opinión de James, la cacería había sido todo un éxito.

La compañía regresó a su campamento cuando el sol ya amenazaba con ocultarse tras las montañas. Unos cuantos aldeanos les observaban desde sus casuchas mientras comenzaban a guardar sus bártulos dentro de dos carromatos pintados de vivos colores. Decidieron que era mejor para todos si pasaban la noche en cualquier otra parte.

—¿Es sólo impresión mía o…? —La voz de James rompió el silencio en el que estaban todos sumidos mientras ultimaban los preparativos para marcharse— … ¿O esto cada vez nos ocurre más a menudo?

—No volvamos a hablar de cómo Tashiin no sabe ceñirse a un plan —respondió Revna. La odiniana le dedicó una mirada severa, pero James, por una vez, no estaba hablando de eso.

—Me refiero a que es cada vez más frecuente que nos encontremos con prodigios reales, no con rumores o leyendas —replicó enfurruñado—. Cosas que hace siglos que no se veían en estas tierras.

El Turco, líder indiscutible de la compañía, se detuvo para

mesarse sus frondosísimos bigotes.

—Puede que otros no las vieran, pero nosotros sí. Este es nuestro cometido, muchacho —le respondió a James, pensativo —. Pero coincido contigo.

—¿Y no es algo bueno? —exclamó Tashiin desde el pescante de uno de los carromatos. Parecía impaciente por ponerse en marcha.

James asintió, poco a poco convencido de que llevaba razón, convencido de que, por fin, algo estaba despertando en el viejo continente. Algo antiguo y extraordinario. Con el pie, echó tierra sobre los rescoldos de la hoguera alrededor de la que habían acampado y cargó los últimos bártulos antes de que todos subieran a los carromatos.

La única que no lo hizo fue Revna. La muchacha, en realidad, se había quedado callada, con la vista fija en un punto en el camino por delante de ellos.

Cuervos, si es que podían existir los cuervos de color blanco. Había dos, posados sobre una rama que se combaba bajo su peso.

Nadie en la compañía dijo nada, sólo observaron cómo Revna extendía los brazos y ambos cuervos planearon hasta colocarse uno en su hombro derecho, el otro en el izquierdo.

La primera vez que un par de cuervos fueron a posarse sobre las espaldas de Revna, como si hubieran decidido susurrarle sus secretos, Revna les contó historias sobre *Huginn* y *Muninn*, los pájaros que son los ojos y los oídos en el mundo de los mortales de Odín, el más poderoso de sus dioses.

James sintió un cosquilleo de excitación en el estómago. De nuevo, mientras Revna inclinaba la cabeza ahora hacia uno de los pájaros, ahora hacia el otro, pensaba en cómo el mundo parecía estar transformándose frente a sus ojos, como si hubiera habido una noche de siglos, y ahora estuviera saliendo el sol.

Con un graznido, los cuervos emprendieron el vuelo. Se perdieron rápido en el cielo nocturno, como si jamás hubieran estado allí.

Cuando la muchacha regresó a su lugar, junto al Turco, este chasqueó la lengua y, sin más contratiempos, se pusieron de nuevo en marcha.

—Hace tiempo que no visitamos Marsella —dijo Revna con voz despreocupada—. Allí siempre encontramos buen público. Y buena comida.

Ninguno se tomó sus palabras como una mera sugerencia. Nunca lo hacían, así que fueron a Marsella. Y allí encontraron otra clase de muerte acechando. Aunque ahora, a las afueras de Roma, James se pregunta si, acaso, no es él quien realmente ha estado buscándola y no al revés. Porque la muerte, a fin de cuentas, es fácil de encontrar.

—¿Qué haces? —le pregunta Tashiin—. Te has quedado parado.

James niega con la cabeza y, de un salto, se sube al carro. Sí, fueron a Marsella y actuaron, hicieron lo que mejor saben hacer: disfrazarse, fingir que son otros. Después de todo, a ojos de todos son una compañía de cómicos ambulantes. Una más, de hecho, entre las muchas que llegarán a Roma en los próximos días para amenizar los carnavales de la ciudad.

James Morley le hace una seña a Tashiin, que conduce el primer carruaje, para que inicie la marcha. Deben llegar a Roma antes de que se ponga el sol o, por el contrario, se encontrarán cerradas las puertas de la ciudad.

Cuando el primer carro está a unos pasos del suyo, James chasquea la lengua y da una sacudida a las riendas para que el mulo se ponga en marcha.

—¿Ida? —pregunta entonces a la irlandesa, que está sentada a su lado en el pescante. Es la última incorporación a la compañía

—. ¿Ves algo?

La joven tiene la cabeza echada hacia atrás y no se vuelve para hablarle.

—No, pero…

—En Roma estaremos a salvo —le asegura él, aunque sea una mentira piadosa—. ¿Has estado alguna vez?

Advierte cómo la joven deja escapar el aire muy lentamente.

—La verdad es que no. Y mira que he estado en sitios. Más de los que imaginarías, pero en Roma… no, es la primera vez.

V

Porta Flaminia, al atardecer

Roma.

Durante un buen rato, Ida se deja mecer por el vaivén del carro, la vista fija en la miríada de torres y cúpulas cubiertas de tejas vidriadas y remaches de bronce, cada vez más cercanos.

Es hermosa, tiene que reconocerlo. Y antigua. Está segura de que muchos sueñan con ver Roma alguna vez en su vida, aunque lo único que ella habría deseado es tranquilidad, un techo sobre su cabeza y, si no fuera pedir mucho, un plato caliente en la mesa cada día.

Y a Paddy. El tonto de su prometido por quien cruzó medio mundo, pasó tres años terribles en las colonias británicas, allá en América, y por el que luego regresó.

Y ahora está en Roma.

«¡Roma! ¡Por Dios y por todos los Santos!», piensa Ida escandalizada cuando la magnitud de todo se le vuelve a hacer presente. El carro avanza por un camino flanqueado de ruinas y tumbas. A la cabeza le viene otro viaje en carro hace unos pocos meses, uno que hacía con esperanza en el corazón y no con miedo. Esperanza porque cada yarda que desaparecía bajo las ruedas de aquel vehículo infernal la acercaba más a casa. A Paddy.

Agotada, cierra los ojos.

Ida O'Leary conoció a Paddy Doyle, su Paddy Doyle, del mismo modo en que conoció las colinas y el cielo y las casas de la aldea donde nació: porque estaba allí. Siempre estuvo allí, parte integral de su mundo, con esa sonrisa que nunca lograba ser del todo inocente.

Tenía una sonrisa muy bonita, su Paddy. Con todos sus dientes. Los años que estuvo lejos, en el otro extremo del mundo, pensaba en ella a todas horas.

En esa misma sonrisa pensó Ida cuando, por fin, la diligencia en la que viajaba llegó a las afueras de Gleann Arma. El pueblo no era más que un puñado de casas repartidas por una colina verde sin ton ni son, como juguetes caídos de las manos de un niño descuidado. Las únicas construcciones que destacaban eran la iglesia, que de tan pobre que era no tenía ni campanario, la mansión de los Charlemont en la cima de la colina y, a lo lejos, las ruinas del viejo monasterio, que todo el mundo decía que estaban encantadas.

Había pasado fuera tres años largos, durante los que siempre supo que regresaría a buscar a su Paddy. Se lo prometió. Ese era el plan: marcharse a América, ganar algún dinero y, luego, casarse.

En realidad, rectificó mentalmente Ida, el plan inicial era que se marchasen *los dos* a América, pero se torció.

Aunque estaba regresando. El pueblo se encontraba cada vez a menos distancia, así que Ida golpeó con los nudillos la pared del carruaje que la separaba del cochero.

—¡Oiga! ¡Oiga! ¡Iré más rápido a pie! ¡Si no le importa que lo haga, yo me bajo!

—Claro, no hay problema. —El cochero balanceó la cabeza en un gesto de asentimiento.

Acto seguido, con una mano se sujetó la falda del vestido y, con la otra, se agarró al techo del carruaje para preparar el salto.

Y saltó.

Estaba en casa y, allí, su Paddy la esperaba.

Si no fue el amor lo que le dio alas, Ida no sabía lo que era.

No tardó más que un momento en llegar a las primeras casas del pueblo. Nada más hacerlo, levantó la cabeza con más energía porque Ida O'Leary dejó Irlanda tres años atrás con, como habría dicho su querida madre, una mano delante y otra detrás. Eso significaba que se marchó más pobre que una rata, con su trabajo y la fuerza de sus brazos como única riqueza, pero en aquel momento, para su sorpresa, regresaba hecha una señora.

Es decir, quizá no fuera una señora ni por nombre ni por nacimiento, pero llevaba un vestido nuevo, de un azul que enamoraba, y guardaba un puñado de dinero en un bolsillo que ella misma se había cosido en el corpiño.

Al dar unos pocos pasos más, se dio cuenta de que ya habían advertido su presencia. En un campo de cebada cercano, cuatro hombres tenían la cabeza vuelta hacia ella y más adelante, en las callejuelas del pueblo, detectó un movimiento apresurado de ropajes negros. Las mujeres, que hacían sus tareas al sol frente a sus casas, la habían visto también y se habían reunido para cuchichear. Cuando Ida, que jamás habría reconocido que le habían empezado a flaquear un poco las piernas, se acercó,

escuchó lo que estaban diciendo:

—Es Ida O'Leary. —Era la señora Caoimhe Ní Ógain, que había sido amiga de su madre cuando esta vivía. La mujer se santiguó apresuradamente y luego añadió—: Es Ida O'Leary, que ha regresado de las Américas.

—Muchacha, ¿qué has venido a hacer aquí? —Otra mujer, Mary Conaughan, que seguramente todavía viviera en la cabaña al final de la calle, se apiñó contra las demás, como si hubiera querido buscar su protección.

—Nada bueno. Nada bueno, si viene de ese lugar encantado —susurró la señora O'Malley, cuyo marido era uno de los campesinos que habían visto a Ida llegar. Antes de que Ida pudiera abrir la boca, otra, una anciana, se le adelantó:

—Bastante tenemos con nuestros propios encantos, maldiciones y monstruos, niña. Hemos escuchado todas esas historias que llegan desde el Nuevo Mundo, y no queremos más problemas aquí. —La anciana que acababa de hablar la señaló con un dedo sarmentoso que bien podría haber sido un puñal—. ¿A qué has venido de verdad, muchacha? ¿Qué quieres de nosotros?

Cuando Ida se marchó, ya sabía que a su regreso algunos la verían como una extraña, pero pensó, inocente de ella, que no todos.

—¡Nada!

Retrocedió unos pasos. Cuando de niños Paddy y ella se sentaban tras el granero de su padre, siempre hablaban de cómo se marcharían lejos. O, más bien, era Paddy quien lo decía y ella se escandalizaba sobremanera, porque ¿qué mundo podía haber más allá del pueblo? ¿Qué futuro?

Pero en aquel momento, Ida entendió que Paddy había tenido razón desde un principio. Y entonces la anciana señora se agachó para recoger una piedra del camino y lanzársela.

Por suerte, no era una pierda muy grande, pero le impactó en medio del pecho y dolió como una avalancha.

—Tu presencia aquí no nos traerá más que desgracias, niña. ¡Vete!

Ida trató de balbucear una respuesta, pero sólo recibió otro proyectil, que cayó con fuerza a sus pies.

Retrocedió de nuevo. A poca distancia, las mujeres cuchicheaban entre ellas mientras le lanzaban miradas llenas de rencor. Antes de que encontraran proyectiles más contundentes, Ida echó a correr.

El pueblo no había cambiado ni un ápice, ni una piedra del camino se había movido, pensó ella. Una cabra blanca atada a la parte trasera de una casa la miró curiosa mientras pasaba y unas pocas gallinas se alejaron cloqueando cuando atravesó a toda prisa la más al sur de las tres calles del pueblo. El torrente de alivio que sintió al ver la última casa de la calle le hizo avanzar los últimos pasos con energías renovadas.

Ahí vivía la familia de Paddy y ella estaba cumpliendo su promesa. Se marcharían, se casarían e iniciarían una nueva vida en otra parte. Podía oír pasos detrás de ella. Algunas de las mujeres la habían seguido, y también unos pocos niños que debían de haber venido a ver qué estaba causando tanto escándalo.

—¡Paddy! —llamó—. ¡Señor Doyle! ¡Señora Doyle! —también llamó a los padres de su Paddy mientras acercaba la mano a la puerta para golpearla con los nudillos, aunque el brazo le quedó suspendido a medio camino cuando la puerta se abrió antes de que ella lo hiciera.

—¡Ida O'Leary! ¡Has vuelto!

—¡Moira! —La joven que le había abierto la puerta tenía unos pocos años más que ella y llevaba un bebé regordete en los brazos. Se parecía a su Paddy todo lo que puede parecerse una

hermana a su hermano, que es muchísimo—. He vuelto, por supuesto que he vuelto. ¿Acaso os pensabais que no cumpliría mi promesa? ¿Dónde está Paddy, Moira? ¿Sigue haciendo de zapatero en Ballymena? Estoy deseando ver su cara cuando…

Con gesto cansado, Moira se cambió de brazo al bebé, como si estuviera harta de responder a esa pregunta.

—¿Mi hermano? ¿Ese maleante? Llegas años tarde, Ida. Después de que te fueras, se marchó y no hemos vuelto a saber de él.

Ida no quiso quedarse ni un minuto más en Gleann Arma. Mientras Moira, la hermana de Paddy, le dedicaba una mirada hosca, se marchó a sabiendas de que no regresaría jamás. No tenía ninguna razón para hacerlo si su Paddy no estaba allí.

Aunque se lo había prometido. Le había jurado arrodillándose con lágrimas en los ojos que la esperaría.

Y tampoco estaba en Ballymena, el pueblo vecino donde había sido aprendiz de zapatero.

Unos días después, sola, asustada, Ida recordó las veces que ella y Paddy imaginaban el futuro juntos.

En muchas ocasiones, él decía, ensoñado:

—Podríamos ir a Marsella.

Y ella siempre preguntaba:

—¿Por qué Marsella?

Entonces Paddy le cogía la mano y sonreía de aquel modo que tenía él, capaz de convencerla de que el cielo era verde.

—No lo sé. Parece un lugar de lo más cosmopolita. Lleno de oportunidades, ¿no crees?

Marsella. *Marseille,* que la llaman los franceses.

Así que Ida pensó que, al fin y al cabo, si ya había atravesado medio mundo de ida y vuelta, podía viajar un poco más, sin pensar que Marsella sería mucho más grande que Gleann Arma, mucho más cosmopolita y, desde luego, mucho

más francesa. E Ida no hablaba más que unas pocas palabras de francés.

Ahora que lo piensa, mientras Roma se hace más grande, y ella se siente más pequeña, gastó sus pocos ahorros aferrándose a las palabras de un niño con aires de grandeza. Paddy tampoco estaba en Marsella y lo que encontró allí, cree ella, la hizo alejarse no sólo de él, sino de todas las promesas que se había hecho a sí misma cuando soñaba con una vida mejor mientras estaba en América. Y ahora vuelve a estar en una ciudad desconocida, rodeada de palabras desconocidas y, a pesar de la compañía de James y los demás, sigue sintiéndose como si la soledad fuera una mancha negra que, a cada día que pasa, se le extienda cada vez más por el pecho.

—¿Qué vamos a hacer aquí? —pregunta con suavidad, porque quizá le hagan compañía, pero lo que es contarle sus planes…, eso ya es otro cantar.

Cuando James no responde, ella no insiste. El joven parece muy concentrado y, cuando está así, se vuelve irascible.

Ida se echa hacia atrás tratando de ponerse cómoda, cuando alguien le chista desde la parte trasera del carro. Revna está sentada entre fardos y piezas del escenario en el que actúan y le dirige un guiño cómplice.

—Primero, Ida, vamos a contactar con nuestra gente. Pero cuando todo pase, vamos a cantar. Y a bailar. Y a recitar nuestros versos, que es lo que mejor hacemos y, además, nos da de comer.

VI

A las puertas de la Villa Gentilleschi, durante el crepúsculo

El sol se está poniendo y el señor Charlemont gira la cabeza hacia atrás para observar la villa Gentilleschi, aunque ya estén rodeados por las calles y por el bullicio cotidiano de la ciudad. Por un momento, parece que pudiera dar media vuelta y echar a correr de regreso a la fiesta.

Domenico inspira profundamente, como si el aire estuviera hecho de paciencia.

—Señor, por piedad —le insta nervioso mientras también contempla por un segundo la villa, cada vez más lejos, por si aparecieran el *signore* Bartoletti y su mosquete.

Él, se lamenta, es un profesional. Ha actuado como guía y traductor para grandes señores, viajeros ilustres, artistas e

intelectuales, siempre manteniéndoles a salvo, amén de informados, y jamás ha tenido tanto trabajo como con el caballero Charlemont. Parece que no le tenga miedo a nada, de modo que Domenico debe tenerlo por los dos.

—Te preocupas demasiado, Domenico. Estoy seguro de que, de habernos quedado, no habría ocurrido nada malo —le responde el caballero Charlemont en la lengua romanesca que él le ha ido enseñando estas semanas que llevan juntos. Ha mejorado bastante desde que se conocieran porque, según dice su patrón, tuvo un maestro siciliano tiempo atrás y, por lo visto, todavía recuerda ese idioma hermano del suyo.

—La última vez tenía un mosquete en la mano, señor.

—Yo podría tener uno y no por eso querría utilizarlo, ¿no crees?

—No lo sé, señor, a él se le veía bastante convencido… —musita Domenico—. Es decir, desde luego, no quisiera dar la impresión de deciros lo que debéis hacer, pero…

—Tranquilo, no das esa impresión en absoluto, amigo Domenico. De todos modos, no ha ocurrido nada grave, salvo que quizá nuestra estancia en la fiesta se ha hecho más corta de lo que debería. Pero no importa. Habrá más, estoy convencido de ello.

—Veréis, señor. Supongo que sí, aunque las fiestas no son mi… campo de experiencia.

El caballero Charlemont podría preguntarle cualquier otra cosa: datos históricos, consejos sobre cualquiera de las artes, anécdotas o relatos. Todo eso Domenico se lo contaría con gusto, pero las fiestas en villas y *palazzi* son algo que les ocurre a los grandes señores. Pobre de él, hasta conocer a su patrón, no había estado en una fiesta de esa categoría en su vida.

El señor Charlemont es definitivamente extraño, piensa Domenico.

Quizá se deba a que es extranjero. Aunque Domenico, como el guía expertísimo de Roma que es, ha conocido muchos como él.

Es decir, rectifica mentalmente: no como él, desde luego.

—¿Por qué lo hacéis, señor? —pregunta al cabo de un rato, cuando ya están a una buena distancia y se acercan a la porta Pinciana, una de las muchas puertas estaba cumpliendo que tiene Roma, con un arco de mármol blanco y torres de ladrillo circulares a los lados, coronada por siglos de abandono y vegetación.

—¿Por qué hago qué, amigo mío?

Él entreabre la boca. Puede que le haya subido el calor a las mejillas sin querer.

—No es sólo la *signora* Bartoletti o la *signorina* Gentilleschi, es…

Maese Charlemont trata de seducir a todas las mujeres con las que se cruza. También a nobles y muchachos. Y lo hace parecer fácil. Son, de hecho, las múltiples personas con las que Charlemont ha trabado amistad las que les regalan con invitaciones a fiestas y *soirées* continuamente.

Charlemont entonces deja escapar una carcajada.

—¡Ah! ¡Eso!

—Sí, señor. Perdón por preguntar, señor.

A Domenico jamás en su vida entera, desde que nació hasta el día en que muera, se le habría pasado por la cabeza preguntar algo así a cualquiera de sus patrones. Al fin y al cabo, los aristócratas suelen ofenderse cuando la servidumbre (es decir, gente como él) les cuestiona, pero…

Pero lo cierto es que maese Charlemont es extraño, incluso en su trato con él. «Amigo», le llama a menudo, o «mi fiel Domenico».

Esta vez, Brandon Charlemont tampoco se ofende, sino

que levanta las cejas, de un color entre rubio y rojizo, como todo él, para decir:

—Porque es divertido. Y porque no hay ningún mal en ello, si la dama o el caballero están dispuestos y yo también.

Quizá porque el mundo en el que viven, se insiste Domenico, es muy distinto, pero para él las damas son algo diferente a lo que ve su amo; las damas son ángeles, criaturas inaccesibles como esculturas de Bernini, pura suavidad y perfección que a él le hacen paralizarse mientras que su amo hace parecer fácil lo que a él le resulta inalcanzable.

A punto de sentir el rubor en las mejillas, nervioso, Domenico se arrepiente inmediatamente de haberle preguntado; por suerte, algo distrae la atención de Charlemont: timbales y trompetas, cascos de caballo. Son parte, sin lugar a dudas, de la música propia de las calles de Roma junto a los gritos de los borrachos en las tabernas y las campanadas de las iglesias.

Domenico levanta la cabeza a tiempo de ver cómo se acerca una comitiva de hombres a caballo, que son los que están armando tanto escándalo.

—Por aquí, señor —le indica mientras busca un hueco por el que moverse—. Hay una callejuela lateral por la que podemos salir y así evitarnos el atasco… ¿Señor?

Es lo más sensato, de hecho. Las aglomeraciones, en experiencia de Domenico, son pasto ideal para ladrones y mangantes de todas las calañas. Pero el caballero Charlemont, como una polilla que va hacia la luz, ya ha dado un paso hacia la gente que comienza a apiñarse para ver pasar a los jinetes.

—¿Quiénes son? ¿A qué viene tanto alboroto, amigo mío?

Con aire resignado, Domenico se apresura a colocarse a su lado. Hay un grupo de niños de cara sucia y ropas remendadas cuchicheando justo detrás de su patrón y él los disuade con una mirada severa. Uno de los mocosos, un pillo llamado Gianfranco

al que Domenico conoce bien, le saca la lengua.

—Siempre ocurre una cosa u otra en la ciudad, mi señor. Será un noble o un cardenal que quiere hacerse notar. Cuando no es un desfile, regalan juegos en el circo… ¿Señor? —Domenico, desde que entró al servicio del caballero Charlemont, ha intentado que se interese por las maravillas de Roma, por su ilustre y larga historia y por las ruinas que forman los huesos de la ciudad, pero es la primera vez que ve a su patrón realmente interesado en algo que no sea conseguir una invitación para algún acto social—. Señor, desde aquí no vamos a ver nada. Venid conmigo.

Aún con dificultades, Domenico va abriéndose paso hasta llegar a una de las casas que flanquean la calle, un edificio estrecho y alto que lleva amenazando con desplomarse los últimos cien años. Abre con esfuerzo el portón de madera para encontrarse un establo y un par de gallinas que se escapan espantadas. Sin perder un instante, comienza a subir por unas escaleras estrechas y de peldaños torcidos.

—*Signora* Conti! *Signora* Conti, ¿está usted en casa? —pregunta mientras llegan al piso superior. Allí encuentran una alcoba donde, entre una colección de muebles dispares y grandes rollos de tela que ocupan todo el espacio disponible, apenas pueden caminar.

La señora Conti, costurera de profesión, se halla con medio cuerpo asomado por una de las ventanas del fondo y se gira rápidamente en cuanto los oye entrar.

—¡Domenico, criatura! —exclama enseguida. Domenico cierra los ojos, ya que, como imaginaba, la señora Conti se le acerca corriendo, le pone las manos en las mejillas y le llena la cara de besos—. ¿Cuánto tiempo hacía que no me visitabas, eh? Tienes ropas nuevas y no estás tan flaco. Déjame verte.

Manso, él obedece, aunque al instante los ojos de la mujer

se posan en Brandon Charlemont, que lejos de esperar, él mismo se ha hecho un hueco en la ventana y está mirando hacia el exterior. Al estar inclinado, se hace más evidente el rasgón en los calzones que se ha hecho durante la fiesta, pero a él no parece importarle.

—El *signore* Charlemont. Es extranjero —se justifica él—. Hemos visto el alboroto ahí fuera y he pensado que desde aquí…

—Y yo que creía que habías decidido visitar a la pobre *signora* Conti, como cuando eras un niño y os daba comida y vestido a ti y a toda esa tropa con la que ibas —comienza a decir la mujer, primero seria, pero entonces, al ver cómo Domenico se queda lívido, la expresión le muda en otra que es de orgullo—. Estoy tomándote el pelo, *ragazzo*. Vamos.

La mujer no pierde oportunidad de pellizcarle por última vez unas mejillas que ahora guardan una rampante sombra de barba oscura antes de empujar a Domenico hacia la otra ventana de la pequeña estancia. Han hecho bien en subir a pesar del sacrificio de sus mofletes, se da cuenta Domenico. Abajo, la calle se ha llenado hasta los topes. Por el centro avanza un escuadrón de mercenarios norteños y de pajes enarbolando banderas y haciendo sonar tambores. Más atrás, llegan carros con jaulas. No es nada extraño ver animales exóticos exhibidos por las calles de Roma. Domenico ha visto elefantes, camellos e, incluso, en una ocasión vio un león flaco como una raspa de sardina que le dio una pena infinita.

Pero los gritos asombrados de la multitud le hacen fijarse más en las jaulas. En una de ellas hay un ave gigantesca, grande como un buey, de plumas irisadas. Y en otra, una estrafalaria criatura con una cabeza de león, otra de macho cabrío y una tercera de serpiente en la cola. Criaturas que había visto en pinturas y en las viejas esculturas que coleccionan todos los nobles de la ciudad, pero jamás vivas, están ahora desfilando por

su Roma.

—¡Mirad! —exclama la señora Conti, señalando hacia el centro de la comitiva. Allí una figura destaca entre todas; un hombre bajo y fornido, de rostro sereno, como si fuera un santo pintado. Sobre su cabeza ondea un gran estandarte con un campo en verde y un ciervo blanco bordado en el centro.

El hombre sonríe como lo hace un padre a sus hijos. Y la gente corea su nombre como si, con su mera presencia, todos los problemas se solucionaran. Y de alguna manera es así, piensa Domenico. Ese estandarte es conocido por todos en Roma, no hay noble que no haya hecho mejores obras de caridad por los más desvalidos de la ciudad ni noble que mejor contente a las clases altas con las fiestas y los bailes más lujosos.

—¡*Ese*! ¿Quién es ese, Domenico? —Percibe una nota de urgencia que no se esperaba en la voz del caballero Charlemont.

—Es el vizconde de Roden, que vuelve de uno de sus viajes. ¿Señor?

Brandon Charlemont sacude la cabeza. Del cuello se descuelga un pesado medallón y lo observa con detenimiento. Es una joya grande y aparatosa, de oro y esmaltes. Desde que lo conoció, el caballero Charlemont siempre la había mantenido por debajo de su camisa, pero ahora que la tiene en la mano, Domenico se fija en que el medallón representa un escudo con un ciervo blanco sobre un campo verde, idéntico al que ondean los criados que todavía están atravesando las puertas de la ciudad.

—¿Señor? —pregunta tentativamente Domenico. Brandon Charlemont, cosa rara en él, ha perdido su sonrisa. En lugar de eso, mira con expresión pensativa alternativamente tanto a su medallón como a los criados—. Señor —insiste Domenico—. ¿Qué os ocurre? ¿Lo conocéis?

Su amo todavía tarda unos instantes en responder. Cuando

lo hace, es con el mentón levantado y una expresión de satisfacción gatuna en los ojos.

—No te lo vas a creer, querido amigo. Pero ese caballero es mi tío.

VII

Un establo a la sombra del anfiteatro Flavio, unos días más tarde

Ida no tiene palabras para describir Roma, ni en su idioma ni en ese francés endiablado que hablan en Marsella, tampoco en el idioma romanesco que escucha ahora por las calles, que parece una canción que nunca acaba.

La ciudad le parece *demasiado.* Demasiado grande. Demasiado antigua. Demasiado ruidosa. Demasiado hermosa. Y eso que poco ha visto de Roma, salvo las cuatro paredes de los establos que han alquilado para ellos y los carromatos.

Es mejor que no salgan mucho, les ha dicho James a menudo. Por precaución, aunque ella tampoco tiene interés alguno en desobedecerle, aun cuando los días se le hacen larguísimos. El día de hoy, por ejemplo. Eterno. Infinito.

Cansada, Ida se levanta y comienza a caminar por el establo, entre los carromatos y las decenas de fardos que han sacado de su interior, comida, ropa y piezas de tramoya que usa la compañía en sus espectáculos.

Un gorjeo, seguido de un crujido suave, hace que se detenga.

—¿Hola? —pregunta, deseando con fervor que nadie conteste. Debe de ser una rata, piensa. O cualquier otro animalillo inofensivo.

Otro crujido le hace girar la cabeza de repente, pero sólo se trata de Revna, que se acerca.

—¿Ya habéis acabado? —le pregunta. No quiere ser entrometida, pero, aunque Ida se ha aburrido soberanamente estos días, los demás han pasado horas y horas discutiendo cosas demasiado importantes como para compartirlas con ella.

Como era de esperar, Revna le regala una sonrisa llena de calma con los ojos entrecerrados.

—Por hoy creo que sí. Te pido disculpas por ello.

—Oh, no… Quiero decir…, tenéis cosas importantes de las que hablar, si lo entiendo…

—Estamos discutiendo si es el momento oportuno para contactar con nuestra gente —dice la joven odiniana. Cuando, sorprendida, Ida levanta la mirada hacia ella, añade—: Quizá no puedas estar en nuestras reuniones, Ida, pero creo que por lo menos esto debes saberlo.

En realidad, no quiere. Los miembros de la compañía la acogieron y les estará eternamente agradecida, pero, desde luego, Revna y los demás no son los alegres comediantes que aparentan desde el exterior y ella, cuanto menos sepa del asunto, mejor. Suficiente tuvieron con lo que ocurrió en Grasse…

—Se acercan los carnavales, ¿sabes? —dice Revna, todavía con esa sonrisa—. Cuando por fin logremos solucionar todo este

asunto, visitaremos la ciudad.

Si alguna vez logran solucionar el asunto en cuestión, claro. Si las discusiones interminables de Revna y los demás dan su fruto. Eso es lo que querría decirle a la joven, pero, en vez de eso, sólo asiente.

—Por supuesto, me gustaría mucho.

—Quizás incluso —le responde Revna mientras le guiña un ojo—, *con suerte*, puedas encontrar a un romano apuesto que te haga olvidar a ese tonto prometido tuyo.

Olvidar a Paddy. Como si Ida pudiera hacerlo. Allá en América, Paddy era la meta. Cuando recibía algún maltrato, cuando alguno de sus señores la miraba mal o cuando tuvo que hacerle frente a toda esa pesadilla de monstruos y engendros que, ahora mismo, prefiere no recordar, Paddy siempre estuvo ahí, parte fundamental, indisoluble, de sí misma. Como dentro de sí misma están los recuerdos que, ante el comentario jocoso de Revna acerca de la suerte, esa suerte que una vez pensó que tenía al alcance de la mano, ahora la asolan.

—¡Ida! ¡Ida! ¡Aquí!

Ida recuerda ahora, tan claro como sabía entonces, que nunca tenía que buscar de dónde provenía la voz: Paddy siempre elegía el mismo segmento de la valla que rodeaba el corral para encaramarse, él y su sonrisa de oreja a oreja, cuando iba a verla. Dieciséis años tenían.

—¡Has vuelto! ¿Cuándo has vuelto?

—Esta misma tarde. Y he venido directo hasta aquí —respondió él.

Paddy no tenía madera de campesino. Se lo había confesado a Ida con unos ocho años. Tampoco era como si su familia poseyera suficientes tierras como para que él *pudiera* ganarse la vida trabajándolas; de todos modos, apenas si había cumplido los diez cuando se fue a la vecina Ballymena a ejercer de aprendiz de

zapatero. Ida lloró mucho ese día, pensando que Paddy no regresaría jamás, pero Paddy siguió visitando Gleann Arma varias veces al mes y, cuando lo hacía, se encaramaba siempre a la misma verja para darle una sorpresa.

—Anda, baja, *baja* de ahí —le dijo ella mientras lanzaba a un comedero el contenido del cubo que llevaba. De inmediato, el cerdo, que hasta el momento de la matanza en octubre reinaba por encima de los demás animales del corral, se acercó al trote—. Baja de ahí o te vas a descalabrar.

Ese día, Paddy la tomó de la mano. Eran amigos. Desde hacía años, prácticamente inseparables, ya fuera solos o con el resto de jóvenes del pueblo. Amigos, desde luego, aunque en ocasiones Ida sentía un sofoco incómodo en las mejillas cuando Paddy andaba cerca.

—Venga, vamos a dar un paseo, Ida. ¿No te parece que hace una tarde demasiado bonita?

—Todavía me quedan las gallinas por atender y un montón de ropa que remendar, Paddy. En un rato estaré contigo, te lo prometo. Y, ahora, vete de aquí antes de que… ¡Padraic Doyle, basta! —exclamó para que la soltara, porque había pasado de sujetarle las manos a rodearla por la cintura. Las mejillas se le volvieron de color carmesí—. Mira que como te vea aquí mi padre…

—Vamos, Ida… Yo te ayudo con las gallinas —dijo él, y agarró el cubo que había colgado de un clavo junto a la puerta del gallinero para esparcir puñados de grano—. Y esa ropa que tienes por remendar seguirá en su sitio mañana. Vamos, es que quiero enseñarte una cosa, una sorpresa…

No sólo había que remendar la ropa, Ida tenía que limpiar, que cocinar y una multitud de tareas más, puesto que en la granja sólo vivían su padre y ella, pero su Paddy le había dicho que tenía una sorpresa para ella con los ojos brillantes e Ida tenía

muy poco que hacer frente a sus miradas ilusionadas.

Una puerta se cerró con fuerza al otro lado de la casita que era la granja de los O'Leary. Debía de tratarse de su padre, que ya había regresado del campo.

Casi sin pensarlo, Ida le dio un empujón tan fuerte a Paddy que este fue a parar sobre el montón de paja en el que dormía el cerdo.

—¡Escóndete, bobo! —susurró, aunque al mismo tiempo se las arregló para que sus palabras sonaran como un grito.

Ida oyó cinco pasos largos y, al instante, su padre apareció por detrás del pequeño huerto que les abastecía. Había sido un hombre guapo, su padre. Siempre de buen humor y pelirrojo como ella. Pelirrojo como el demonio, que decía su madre siempre.

—¿No está aquí ya?

Ida parpadeó muy lentamente mientras recogía el cubo de grano para las gallinas, el mismo que estaba al lado del montón de paja bajo el cual Paddy se había escondido.

—¿Quién no está?

Aquellos años, su padre parecía cansado y aquellos días lo parecía incluso más.

—Me refiero a ese pillo de Doyle. Sé que ha venido unos días y también sé que, en cuanto pone los pies en el pueblo, acaba aquí.

—Aquí sólo estamos nosotros, padre. Y las gallinas. Y *Rey Jorge*. —*Rey Jorge* era el cerdo, que gruñó desde el otro lado del huerto—. Paddy no ha venido hoy. Quizá ya se haya cansado de mí.

—Mejor, hija. —El padre de Ida vaciló frotándose la cara. Quizá porque venía preparado para una confrontación y se había encontrado a su hija convertida en la estampa de la inocencia—. Mejor…

Ella asintió mientras echaba más puñados de grano al suelo. Lo más inteligente era fingir que estaba de acuerdo con él en todo, pero, aun así, Ida no pudo reprimirse de replicar:

—No es un mal chico.

—Y no digo que lo sea, pero se le da demasiado bien hacer que la gente haga lo que él quiere. Y tú…, tú eres una chica lista, Ida. No quiero que…, ya me entiendes.

Ella asintió despacio, mordiéndose la lengua. Su padre no le había dicho nada que no supiera, pero Ida se negaba a ver ningún problema en ello.

Ese día, el padre de Ida acabó por dirigirle una mirada desvalida. Siempre había sido un hombre de pocas palabras y ella sabía que le costaba hablar de ciertas cosas. Luego se marchó, murmurando algo sobre que le esperaban en la taberna del pueblo.

Cuando su figura ligeramente encorvada se perdió en el camino que llevaba al pueblo, Paddy saltó del montón de paja con una sonrisa pícara, de haberse salido con la suya. Pero fue Ida quien lo agarró a él de la mano.

Salieron de la granja, alejándose del pueblo. Nadie los vio. Las mujeres siguieron faenando junto a las casas y los hombres estaban en los campos de cebada o bebían en la taberna mientras los dos muchachos enfilaban por el camino pedregoso que conducía a las ruinas. Sólo la mansión Charlemont ahí arriba, en la colina, los observaba con aquellas ventanas que parecían ojos.

El sitio al que acabó llevándola Paddy, el antiguo monasterio, había aterrorizado a Ida de niña. Por aquel entonces, las historias sobre el lugar, su horrible destrucción a manos de bárbaros odinianos venidos del norte, y los fantasmas que seguramente todavía lo habitaban seguían en la mente de Ida, vivos, sí, pero transformados en poco más que cuentos. Aun así, cuando Paddy tiró de ella hacia los ominosos muros de piedra, la

muchacha dudó un instante.

Pero la mano de Paddy estaba allí, sujetando la suya, y ese calor que se había adueñado de sus mejillas le bajaba por el cuello y por el pecho.

Pasaron por debajo de aquel portón medio en ruinas, que era lo único que quedaba de la muralla que protegía el monasterio.

—Bueno, ¿y esa sorpresa? —preguntó Ida.

Se habían besado alguna vez. En juegos de niños, o en la mejilla, pero en aquella ocasión el beso de Paddy no fue un juego ni un inocente beso infantil. Ida vivía en un mundo donde la delicadeza era un lujo demasiado grande como para tenerlo en cuenta, pero los labios de Paddy fueron como una pluma sobre los suyos, una caricia, como el primer copo de nieve justo antes de una tormenta, porque, al cabo de un segundo, fue Ida quien sujetó a Paddy por las solapas de la camisa y respondió al beso con tanta energía que ambos acabaron por los suelos, todavía abrazados.

—¿Por qué? —preguntó ella en cuanto pudo separarse, entre jadeos.

Paddy la observó de aquel modo que tenía él, como si todo fuera una aventura, y luego acercó la mano para apartarle un mechón de cabello pelirrojo que se había escapado de debajo el bonete que llevaba.

—¿Por qué no? Medio pueblo se cree ya que lo hacemos y la otra mitad, también. Y es algo bonito. A mí me ha gustado. ¿Y a ti?

Ida asintió, acalorada todavía. No sólo le había gustado, sino que pretendía repetirlo en un futuro no muy lejano.

—Ha sido una buena sorpresa, de eso no hay duda.

—¡Ah, no! ¡La sorpresa era esto!

La muchacha tardó un segundo en comprender a qué se

refería Paddy, que se había levantado de un salto y señalaba hacia un rincón de la iglesia en ruinas del monasterio. Allí había un par de mantas gruesas, una jarra, una cesta cubierta con un paño y, aunque todo el lugar desprendía un aire de lúgubre melancolía, alguien lo había limpiado de malas hierbas y tenía un aspecto casi acogedor—. En el pueblo todo son habladurías y en tu casa…, a decir verdad, sé que no soy santo de la devoción de tu padre. Así que he pensado que podríamos tener este lugar. Para los dos. Un lugar secreto.

Un lugar propio, un refugio.

Sobre la manta, Ida vio algo que brillaba. Una campanilla de un metal de un color rojizo apagado, que tintineó alegre cuando la tomó entre los dedos.

—¿De dónde has sacado esta baratija?

—Debajo de una piedra suelta en el muro. ¿Te lo puedes creer? Quizás alguien la escondió antes de que este lugar fuera una ruina. No lo sé, pero vamos a quedárnosla. ¿No dicen que las campanillas traen buena suerte? —respondió Paddy con expresión inocente. Se apresuró a quitarle la campanilla para colgársela a ella con una cinta alrededor del cuello, pero Ida lo detuvo.

—¿Por qué no te la quedas tú? Yo ya tengo toda la suerte que necesito en la vida.

Suerte.

Ahora, años después, cuanto más lo piensa Ida, más le invade la risa. Es una sensación burbujeante, extraña, que tiene atascada en medio del pecho, porque esa carcajada no es por nada divertido ni por nada alegre. Ida, de hecho, se ríe de sí misma con tanta fuerza que se dobla hacia delante y Revna, preocupada, le pone una mano sobre la espalda.

«Suerte», repite para sí misma.

Quizá le hubiera sido de utilidad cuando la echaron a

pedradas de su pueblo como a una apestada o cuando creyó que su única salida era ese prometido al que dejó atrás tantos años antes.

Si hubiera tenido un poco de suerte, no habría cometido tal estupidez. E Ida siempre ha pensado que era una muchacha lista. «Hija mía, has nacido pobre, así que por lo menos intenta ser lista en esta vida», le decía su madre. Puede que, a los hechos se remite, su madre estuviera tan equivocada como lo estaba ella misma.

—A veces, lo que creemos no está y está lo que no creemos —le dice Revna como si le estuviera leyendo el pensamiento. Ida, simplemente, se limita a arquear una ceja.

Revna siempre habla así, como si cada palabra suya fuera un acertijo e Ida siente que, al escucharla, su cerebro se vuelve una amalgama de engranajes que, oxidados, tratan de comprenderla. Igual que le sucedió cuando, en el viaje hasta Roma, ella misma le contó quiénes eran James y el Turco y el resto de la compañía. Que no eran sólo un grupo de saltimbanquis y actores ambulantes, no. «Suerte», vuelve a pensar Ida, sin saber si la suya es buena o mala.

Porque ¿en qué cabeza cabe que ella, de todas las personas de este mundo, acabara encontrándose con un grupo que se ha dedicado desde hace siglos a buscar y conservar esos prodigios que tanto detesta y que vio con sus propios ojos allá lejos, en las Américas?

Ida repite para sí el nombre de ese grupo, *Garduña*, mientras ve cómo Revna se aleja para, por enésima vez, hablar seriamente con el resto. Ella se queda donde está. No quiere saberlo. No quiere saber nada. Bastante tiene ya, por todos los santos, con conocer esa leyenda de hermanos, prodigios, accidentes de barco y mal fario que le contó. Si es que no puede evitar pensarlo de nuevo: «Suerte». Pero ¿buena o mala?

VIII

Iglesia de San Francesco a Ripa, esa noche

Mientras en la otra parte de la ciudad, *palazzos* y mansiones están llenos de luz y de música, la iglesia de San Francesco a Ripa, en el barrio del Trastevere, está a oscuras salvo por la luna, que se cuela por donde el techo se ha derrumbado. No hay nadie allí que pueda ver a la figura que se desliza de sombra en sombra por una de las naves laterales del templo y, si lo hubiera, nadie daría la voz de alarma al ver la máscara picuda y la capa que lleva el intruso, ya que se trata de un médico de la peste.

Los doctores de la peste son invisibles. Pagados por el erario de la ciudad (y la ciudad siempre paga tarde y mal), atienden a enfermos, en el mejor de los casos, y a moribundos. Son invisibles porque la gente no quiere verlos, como no se quiere ver un mal presagio.

Sin embargo, esa figura de mal agüero que ahora se mueve por la iglesia nada sabe de medicina. Está, en realidad, de caza. Hace días que escucha rumores que dicen que, por las noches, se oyen golpes y el ruido de pasos en la iglesia. Seguramente no sea nada. Como mucho, algún ladronzuelo en pos de tesoros en el templo en ruinas o dos amantes que buscan un lugar discreto para sus encuentros, pero su padre solía estar atento a los rumores. Decía que, tarde o temprano, los prodigios volverían a la ciudad y ellos debían mantenerse alerta.

«Cuéntamela —le pedía siempre su padre mientras la entrenaba en el manejo del cuchillo y de la ballesta, y en bailar con las sombras—. ¿Recuerdas la leyenda, hija mía?».

¿Cómo iba a olvidarla?

La leyenda dice que existía en la ciudad de Toledo, en el reino de Castilla, una hermandad secreta llamada la Sociedad de la Garduña. Eran asesinos, timadores, ladrones, bandidos.

Pero también eran espías, ojos y oídos escondidos entre las sombras, al servicio de la Inquisición. Allí donde el Santo Oficio no podía actuar, la Garduña ejercía de brazo ejecutor. Desenmascaraban herejes, se enfrentaban a brujas y demonios y cazaban monstruos. La Sociedad de la Garduña fue poderosa, extendió sus tentáculos por todos los reinos de Europa.

«¿Y qué pasó?», preguntaba su padre cuando llegaba a ese punto del cuento. Y ella respondía de memoria, sin llegar a comprender la realidad que reflejaban sus palabras: «Pero entonces llegó la plaga con sus oscuros heraldos y la muerte que traía».

Los prodigios fueron prohibidos y perseguidos; los monstruos, exterminados. La gente dejó de pedir milagros y Dios dejó de responder. La Garduña se convirtió primero en un incómodo secreto para la Inquisición y, luego, en una molestia a eliminar.

Dice la leyenda que, en la Sociedad, había tres hermanos. Sus verdaderos nombres se han perdido con el paso de los siglos, pero en los cuentos que de niña escuchaba, esa figura que ahora se detiene junto a uno de los pilares de la iglesia de San Francesco, los tres hermanos se llamaban Osso, Mastrosso y Carcangosso.

Eran fugitivos. Habían escapado de Toledo con todos los conocimientos que, con el tiempo, había recopilado la Garduña antes de que fueran destruidos por el celo de la Inquisición.

Entonces, una terrible tormenta los sorprendió mientras el barco en el que viajaban se acercaba a la costa de Italia. El barco de los tres hermanos desapareció y, con él, el legado de la Sociedad de la Garduña.

Pero ellos sobrevivieron. En el último momento, mientras se aferraban a la vida, una ola milagrosa los empujó sanos y salvos hasta la costa.

El juramento que hicieron mientras caían agotados en las playas de la isla de Favignana sobrevivió también.

Juraron recordar.

Juraron recuperar los conocimientos que se habían perdido en el fondo del Adriático. Los hermanos, desde las sombras, reconstruyeron la Sociedad de la Garduña. Reestablecieron las redes de espías e informantes y adoptaron como símbolo y uniforme aquellas máscaras con las que los doctores de la peste cubrían sus caras, porque fue la peste también lo que trajo la desgracia a su hermandad.

Su padre siempre acababa la historia susurrando: «Y sus herederos siguen al acecho, esperando, pacientes», para entonces señalarse a sí mismo, luego a ella y compartir entre los dos una sonrisa cómplice.

La figura sacude la cabeza como reafirmándose en su propósito. La leyenda fue, durante años, la única canción de

cuna que escuchó.

A ella su padre le hizo prestar el mismo juramento que pronunciaron los tres hermanos, tanto tiempo atrás. Era apenas una criatura, demasiado joven para cargar con aquel peso, pero a su padre no le importó.

«Es nuestro legado —le decía—. Nuestra responsabilidad».

Pero después su padre murió. La Garduña, sus hermanos, le dio la espalda y el legado y la responsabilidad fueron sólo suyos.

La figura se acuclilla a los pies de un montón de cascotes. Se envuelve en la capa que la cubre, porque el frío y la humedad de las piedras se le han colado entre los huesos. Allí aguarda atenta a cualquier ruido y al más mínimo de los movimientos, convertida en una sombra más.

Nadie.

Las campanas de alguna otra iglesia cercana le permiten contar el paso de las horas. En San Francesco reina la calma.

Por fin, la figura se levanta. A pesar del abandono que reina en el lugar, hay una miríada de velas encendidas en una de las capillas, cada diminuta luz, una plegaria. Se acerca despacio y coge una candela nueva para encenderla.

—Sigo fiel a mi palabra, padre. Recuerdo el juramento. —Su voz es un susurro, pero se multiplica irremediablemente contra las piedras que la rodean.

Al dejar la vela junto a las demás, una repentina corriente de aire agita la llama hasta que esta se apaga de nuevo.

Ese aire tiene un hedor dulzón, corrupto. Ha podido olerlo incluso con la máscara que lleva, con un pico como el de los pájaros, relleno de ámbar gris, hojas de menta y pétalos de rosa. Huele a catacumba, a muerte.

En el momento en que gira la cabeza, un estrépito hace retumbar la iglesia. Las sombras en la nave central se mueven al

tiempo que oye algo deslizándose hacia las puertas.

El corazón le late en las sienes, su respiración se vuelve agitada. Hay, o había, alguien allí con ella.

Reanuda su camino en dirección al ábside de la iglesia. Su sombra grotesca, con esa nariz picuda, la capa que le cubre la cabeza y el cabello recogido, parece una burla al proyectarse sobre una escultura de un querubín que decora un capitel cercano.

Observa el altar a través de las lentes que cubren los ojos de la máscara. Tardó mucho en acostumbrarse a esa visión distorsionada del mundo, como también tardó en acostumbrarse al olor de los inciensos y flores secas que la protegen de la enfermedad, de venenos y miasmas. Ahora, sin embargo, es como una segunda piel. Un segundo rostro, a veces más verdadero que el que muestra en sociedad.

Da un paso más y vuelve a detenerse por ese hedor a tumba abierta que le invade las fosas nasales.

Una corriente de aire pútrido hace titilar las velas que hay también sobre el altar. Su sombra agigantada, con esa nariz de demonio, vuelve a proyectarse en las paredes. El olor proviene de algún lugar a su espalda y comienza a caminar hacia allí, pisando con cuidado sobre las tumbas. Todo el pavimento de la iglesia está plagado de sepulturas, porque es en la iglesia donde los vivos y los muertos conviven en mayor harmonía.

Trata de caminar con calma, pero sus pasos se aceleran. Entonces descubre algo en una de las capillas laterales de la iglesia: una tumba abierta. Vacía.

Ella, aunque sabe que no debe, que el silencio es un bien preciado, deja escapar una maldición. Ladrones de tumbas. Ha estado perdiendo el tiempo.

Se asegura de que no haya nadie más allí y, finalmente, sale de la iglesia tan sigilosamente como ha entrado.

Le da tiempo a cambiarse de ropa en el coche de caballos que la esperaba, guarecido en una esquina, mientras se encontraba dentro de la iglesia. Deja allí la capa, la máscara y las botas para que la aguarden hasta la noche siguiente y las cambia por una hongarina en carmesí y una basquiña en tisú de seda. El corsé y demás aparejos ya los llevaba puestos y no le es difícil cambiarse, aunque sí volverse a sentar dentro del carro. Se calza unos zapatos bordados en hilo de oro y, finalmente, soltándose una aguja que llevaba clavada en la melena, deja caer sus bucles oscuros sobre los hombros. Su doncella, desde luego, ha hecho un buen trabajo porque parece recién peinado.

Tras un corto trayecto a través de una Roma dormida, llega a su destino. La joven baja los peldaños del carro ayudada por su lacayo, ese al que algunas noches soborna con unas monedas para que, sin que nadie en la casa se entere, la lleve a donde ella le ordene.

Su madre, a pesar de las horas, la está esperando en una de las salitas de la villa Gentilleschi.

—La fiesta ha sido algo digno de ver, madre —miente ella.

—Sí. Lástima que no invitaran a una pobre viuda como yo —se lamenta la mujer.

Allegra baja la cabeza, mansa. Tuvo que decirle que las damas viudas no eran bienvenidas o, si no, la señora Gentilleschi se habría preparado para ser el centro, el alma y también la protagonista de la fiesta fantasma, y ahora la muchacha se siente ligeramente culpable por haberle mentido y, además, ofendido.

—Aunque la baronesa ha sido una celestina excepcional. Me ha presentado incluso a algunos nobles recién llegados de Florencia para el carnaval.

—No importa, hija —le dice ella con aire ensoñador. En realidad, a todas luces, le sigue molestando no haber sido invitada—. Durante los carnavales tendremos fiestas hasta

aburrirnos, y he oído que ha vuelto a la ciudad el vizconde de Roden. —Allegra levanta las cejas al ver la sonrisita en los labios de su madre. La *signora* Gentilleschi siempre ha tenido gusto por todo lo que viene de Francia: sean modas, perfumes o caballeros —. ¿De veras no te has enterado, hija? Ha llegado con un séquito como si fuera un príncipe de Persia, y una colección de bestias maravillosas. Dice que va a celebrar fiestas cada semana.

—¿Bestias, madre? ¿Qué clase de bestias? —Es lo único que le interesa a ella.

—Y ya sabes, el vizconde sigue soltero…

No es que su madre no haya escuchado su pregunta, es que no quiere hablar de ello. Con la muerte de su padre, cualquier mención a los prodigios quedó completamente vetada en la casa, pero la espina ya se ha clavado en el costado de Allegra. Mientras su madre sigue hablando de las fiestas y de lo casadero que podría ser el vizconde, la muchacha piensa en esa historia de las bestias que ha traído consigo porque su padre siempre decía que, cuando los prodigios regresaran al viejo mundo, lo harían a lomos de monstruos.

IX

Por las callejuelas de Roma, esa misma noche

No era así como quería que ocurriera. James no quería regresar a Roma perseguido por un monstruo y con muertos sobre la conciencia, pero lo hecho hecho está, y la culpa de cómo sucedió todo es una rémora que tendrá que arrastrar al igual que todas las demás. En el establo que han alquilado en las afueras, a la sombra del viejo anfiteatro Flavio, James cierra los ojos.

Se pone en pie sin hacer el menor ruido. En la penumbra, porque sólo una vela en un rincón da un poco de claridad al lugar, comprueba que todos duermen. Querían esperar antes de tratar de establecer contacto con los suyos. En cuanto llegaron a la ciudad, decidieron esconderse unos pocos días, pero a James la espera ya se le ha hecho insoportable.

Con la capa y la máscara cubriéndole el rostro, sale. Está en casa por fin. Los huesos le queman, el pecho se le llena de tierra sucia y ladrillo, de mármoles de colores, estatuas grotescas, fuentes y campanarios. Tan terrible y tan hermosa a la vez, su Roma, con su historia manchada de sangre y el presente lleno de olvido.

«¿Por qué tanta ansia por regresar allí, muchacho?», le preguntó una vez el Turco. No era la primera vez que lo hacía. En realidad, fue la última, sentados en un claro, a medio camino de Marsella.

James, mientras se mueve con seguridad por calles desiertas, piensa en ese día.

—Vi la cara que ponías cuando Revna sugirió que fuésemos a Marsella —añadió el Turco, que se sentó a su lado. Habían parado a dejar que los mulos reposaran, lejos de todo y de todos. El Turco había aprovechado que los demás estaban distraídos montando el campamento para acercarse.

James quiso levantarse de inmediato.

—Qué más da lo que yo desee o la cara que ponga. Vamos a hacer lo que tú quieras. O lo que digan los malditos cuervos de Revna.

—No es más que nuestra misión, James. Tú mismo lo dijiste cuando encontramos a ese monstruo en Gevaudan: algo está cambiando y nosotros somos los ojos de la Garduña. —El Turco colocó con parsimonia un pellizco de tabaco en su pipa.

—Pero deberíamos ir allí. A Roma. ¿Cuántos años más tendremos que pasar recopilando información? ¿Cuántos años más sin hacer *nada* con ella?

—¿Eso es lo que deseas, James? —le interrumpió el Turco —. Lo que estás diciendo no es más que una simple excusa. ¿Por qué quieres ir realmente a Roma?

Aquella mesura le enrabietó, el modo en que el Turco, con

su mirada de cejas pobladísimas, parecía ver a través de él.

—Quiero el lugar que me corresponde. Quiero que acabe este exilio al que me condenaron sin tener yo culpa de nada.

Ahí estaba la cosa. Ahí, el quid de todo, en aquellas palabras que a James le salieron llenas de veneno, tan potentes que notó cómo sus compañeros al otro lado del claro se quedaban en silencio.

—Ya veo —musitó el Turco.

Tres son los líderes de la Sociedad de la Garduña, como tres fueron sus fundadores según la leyenda. El Hermano Mayor es el brazo armado. Comanda guerreros, los protectores y cazadores. El Hermano Menor tiene los ojos y los oídos de la Garduña, es el que controla su red de espías e informantes.

—¿Acaso no te tratamos bien? ¿No eres parte de la compañía?

—No tuve elección.

Fue cinco años atrás. Todavía recuerda el viaje desde Roma, apresurado y con el miedo en las entrañas. Pocos días después de que murieran sus padres, lo sacaron de la ciudad sin miramientos y luego, niño que era era todavía, lo dejaron al cuidado del Turco y de sus saltimbanquis. Para cualquier otro, quizá se hubieran convertido en una nueva familia, pero no para él.

—De todos modos, no te corresponde a ti la decisión, James. Ni la de regresar ni tampoco la de ocupar cargo alguno. —Fue la respuesta brutalmente honesta del Turco—. Aunque tu padre fuera quien era.

Aquella afirmación para James fue como una patada en las costillas, como una losa atada a los pies que le impedía avanzar. No obstante, tuvo el valor de responder, aunque fuese entre dientes:

—Lo sé. Y no lo pretendo de otro modo.

Incluso sabiendo que es cierto, porque su padre, Cyrus

Morley, fue el Segundo Hermano, el que lidera a todos aquellos que estudian e investigan y tratan de desentrañar los misterios que esconden los prodigios, y aun sabiendo que en la Garduña no es hereditario el cargo, nada le aseguraba a James que no podía, al menos, intentarlo.

Quizá no pudiera ocupar el cargo de su padre gracias a su sangre, pero ni siquiera le dieron la oportunidad de demostrar que no era su sangre lo que le hacía merecerlo: era su pasión y los años de estudio lo que le hacían idóneo para el cargo, y el Turco no entendía el vacío hambriento de conocimiento que tenía y sigue teniendo dentro, imposible de llenar. Ansiaba saber *cómo* ocurrían los prodigios.

Ansiaba saber el *porqué.* Por qué, añadió mentalmente, mirando al Turco con expresión serena, un prodigio se llevó a su familia.

Y sólo en Roma, sólo ocupando el mismo cargo que ocupó su padre, que sentía la misma pasión que él, lo podría llenar.

—Tarde o temprano, James —trató de convencerle el Turco —. Todos los caminos llevan a Roma.

Rio sin humor. Era mentira. Por mucho que le había preguntado durante años, el Turco nunca le había contado por qué se lo habían llevado a escondidas lejos de la ciudad, pero James sospechaba que alguien le había ordenado custodiarle.

Aquel día, en aquel claro, el hombre le dio unas palmadas de intenciones paternales en el hombro y se marchó con los demás, fumando su pipa mientras James permanecía en el mismo sitio, la mente bulléndole. No era la primera vez que tenían aquella conversación, no era la primera vez que le pedía al Turco regresar a Roma, pero sí que era la primera que James le confesaba sus verdaderos motivos.

Y ahora, cuando sus pies vuelan por las callejuelas que el tiempo no ha logrado borrar de su mente, vuelve a reír sin ganas

porque, al final, el Turco tenía razón y todos los caminos, o por lo menos el suyo, llevan a Roma.

Los ecos de esa carcajada amarga siguen en el aire cuando James se detiene frente a una puerta de madera descascarillada. Es de noche, tan tarde que ni siquiera quedan borrachos en la calle, pero sabe que encontrará despierto al habitante de la casa.

Tras llamar con los nudillos, oye pasos que se acercan. Son lentos, de alguien anciano o impedido. Después, la puerta se abre dejando escapar una bocanada de aire que huele a resina y cola, y a través de la rendija se deja ver el rostro de un anciano con las ropas y la peluca raída que lleva llenas de virutas de madera y de serrín.

—No hay violín en el mundo que merezca que llaméis a estas horas, caballero. —Detrás del hombre se entrevé el interior de su taller. Allí decenas de piezas de madera cuelgan de rieles metálicos. El padre de James solía llevarlo a este lugar, el taller de Alessandro Mancini, *luthier,* fabricante de violines.

—Soy yo, James Morley, señor.

La puerta a medio abrir se detiene y el rostro del anciano parece contraerse.

—No conozco a ningún Morley.

—Mentís. —A James se le hielan las entrañas y luego se le inflaman de rabia—. Estuve aquí muchísimas veces con mi padre, escuchando cómo hablabais los dos durante tardes enteras.

Hablaban de armonía. De cómo el mundo estaba lleno de música, que la había en el primer llanto de un niño y en el último aliento de un moribundo, en el caer de las lluvias o en el entrechocar del martillo de una fragua. De cómo los antiguos griegos creían que las matemáticas ordenaban el mundo y de que la música era matemática hecha sonido.

Y que quien conociera ese lenguaje secreto podría hablar con los dioses.

Eso mismo se lo inculcaron ambos a James. Porque Mancini era uno de los muchos investigadores, músicos y sabios que trabajaban a las órdenes de su padre en la Garduña.

Pero ahora le acaba de decir que no le conoce.

Empuja la puerta con rabia. Oye, al otro lado de la hoja, cómo el anciano cae con un gemido, pero él entra, no le importa. El hombre se ha quedado blanco, quizá se haya hecho daño. No puede haber envejecido tanto en cinco años.

Se arrodilla a su lado. Lo sujeta por las solapas del guardapolvo sucio que lleva.

—He vuelto a Roma y traigo noticias. Necesito contactar con los Hermanos.

Pero el hombre aprieta los labios hasta que se tornan blancos.

James insiste. Se da cuenta al final de que no le va a decir nada, no sabe por qué. Fue amigo de su padre. Su propio violín, su amado violín, lo hizo Mancini con sus manos.

Cuando ve su propia imagen reflejada en los ojos del anciano, la culpa amarga a James como la hiel y, finalmente, se marcha. Vuelve a las calles mientras renace una llama nueva de esperanza. Mancini no es el único al que conoció, no es el único al servicio de su padre.

Sin embargo, Bozzo, el escribano, no le abre la puerta. Augusto Roncaglia, académico de la universidad de la Sapienza, llama a los guardias a gritos. Lungano, el herrero, por lo menos reconoce quién es, pero se cierra en banda. Hasta que sale el sol, James vaga por la ciudad llamando a las puertas de aquellos que formaban el círculo más íntimo de su padre, pero no le responde ninguno.

Al regresar al establo, el resto de la compañía ya está en pie.

—¿Dónde has estado? —chilla Tashiin—. ¡Ya pensábamos que se te había llevado el *nachzehrer*!

El nombre de esa criatura horrenda de la que llevan tanto tiempo huyendo le hace estremecerse. El enfado ya se le ha pasado y sólo le queda una sorda desesperación.

—He estado tratando de contactar con la Garduña. O con aquellos que conozco.

Antes de que comiencen las quejas, James añade que, a pesar de todo, nadie ha querido hablar con él. Los reproches nunca llegan a salir de boca de sus compañeros, quedando sustituidos por un silencio plagado de dudas.

X

Un apartamento que tiene pinta de haber vivido tiempos mejores, a la mañana siguiente

A un gesto suyo, Domenico corre a traerle su mejor chaqueta, que es de terciopelo genovés, mangas amplias y grandes puños del color del vino, su sombrero y su bastón. Brandon Charlemont da una vuelta sobre sí mismo sin apartar la vista del gran espejo que está apoyado al otro extremo de la habitación y al fin asiente, satisfecho.

La zona donde viven Charlemont y Domenico no es que sea una de las mejores de Roma precisamente, pero podría serlo, con un arreglo aquí y otro allá, y está lo bastante cerca de todo como para no tener que alquilar coche alguno e ir caminando a

todas partes. Esa una de las virtudes del caballero Charlemont: el pragmatismo.

La otra es la perseverancia. Y una férrea voluntad, además de sus buenas maneras y su extraordinario atractivo, si le preguntan a él.

Bien armado, pues, con esta panoplia de buenas cualidades, se ha engalanado, convencido de que hoy triunfará. ¿No tiene un tío en Roma, un tío que, por lo que ha visto, parece nadar en lujos y monedas de oro? Pues si es su tío, si ambos comparten sangre y antepasados, debe presentarse ante él. Es lo que haría cualquier sobrino que respete a sus mayores. Y hacia el *palazzo* de su tío, el vizconde de Roden, marcha con su fiel Domenico.

Hasta que en la entrada se encuentra con una cara. No una cara cualquiera, no. Una que es incapaz de descifrar. Y eso que el caballero Charlemont es bueno leyendo caras. Son la puerta del alma, dicen. En una cara se puede leer la vida de una persona. Arrugas de felicidad o de preocupación, antiguas cicatrices, enfermedades.

No le suele ocurrir eso de encontrarse con una cara que no dice nada. En blanco.

—No. —La voz del mayordomo a las puertas del *palazzo* del vizconde de Roden suena seca como la garganta de un ahorcado.

—Estoy seguro de que, si fuerais tan amable de anunciarnos, su excelencia nos…

—No.

El mayordomo, un hombre de una delgadez tan extrema que sus ropas parecen simplemente flotar en el aire, ni siquiera los mira. Tiene los ojos puestos en el vacío que queda frente a él. Sin embargo, cuando el caballero Charlemont hace un intento disimulado de escabullirse por su lado, este le impide el paso estirando una mano.

—El vizconde de Roden no acepta visitas.

—Eso mismo nos dijisteis ayer, señor.

—Y anteayer —le recuerda Domenico, voluntarioso.

Después de la fiesta en la villa Gentilleschi, el caballero Charlemont no ha tardado en localizar los acuartelamientos del vizconde de Roden. Domenico sólo tuvo que dejar caer unas monedas por aquí, preguntar discretamente por allí, hasta descubrir el sobrio *palazzo* en la vía Longara que tenía alquilado tan ilustre personaje.

Sin embargo, ya ese primer día se encontraron al mayordomo que, como un formidable cancerbero, les impidió el paso. Y lo mismo ocurrió al día siguiente y, definitivamente, parece que en esta tercera ocasión los vaya a rechazar también.

El caballero Charlemont frunce el ceño. Echa una mirada veloz hacia arriba. En los pisos superiores del *palazzo* se advierten sombras que pasan frente a las ventanas. Está convencido de que el vizconde de Roden se encuentra en el interior, diga lo que diga el mayordomo.

—Pero ¿seríais tan amable, caballero, de transmitirle un mensaje de mi parte? —Con una floritura, saca de la manga abullonada de su camisa una tarjeta de visita. La sostiene delante de las narices del mayordomo, pero este no cambia ni un ápice su postura.

—Su excelencia es un hombre muy ocupado, pero le transmitiré el mensaje, no lo duden.

El caballero Charlemont querría resoplar de frustración, pero, en su lugar, fuerza sus facciones para perfilar una sonrisa despreocupada.

—No querríamos entreteneros más, caballero. Ya regresaremos otro día. —Nada. El mayordomo ni siquiera pestañea, como si estuviera hablándole a una pared. Brandon Charlemont golpea los adoquines del suelo con su bastón de

punta de plata—. Vámonos, Domenico.

Se marcha, digno como un emperador: el mentón apuntando hacia el cielo, el bastón marcando sus pasos rítmicamente y el gesto de serena resignación. Después, en la esquina más cercana, se detiene tan abruptamente que el bueno de Domenico choca contra su espalda.

—Disculpad, señor —murmura el muchacho mientras se frota la nariz dolorida—. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿De dónde vamos a sacar dinero? Es decir…, señor, no quiero parecer desagradecido, pero se me prometió un salario que…

—Querido Domenico —exclama Charlemont con la sonrisa de alguien que jamás se ha enfrentado a una preocupación en su vida—, te pido disculpas. Me postraría a tus pies si no estuviera el suelo tan sucio. Ya sabes: los fondos que mi familia me ha enviado para mi estancia en Roma se han retrasado. Cosas de banqueros y otra gente de mala calaña, pero estoy seguro de que, en cuanto mi querido tío sepa de mi presencia en… Oh.

Un carretero acaba de detenerse frente al palacio. El hombre, que viste una chaqueta tan mugrienta como su delantal, un granjero a juzgar por el cloqueo frenético que proviene de su carro, está hablando con el mayordomo de mirada impasible.

—¿Decíais, señor? —susurra Domenico.

El mayordomo hace un gesto brusco hacia la parte posterior de la casa, por donde deben de entrar criados, proveedores y demás visitantes de baja categoría.

—Ven, muchacho.

Sin perder el tiempo, Charlemont sujeta a Domenico por la muñeca y, dando un rodeo, se detienen en otra esquina desde la que se domina, en esta ocasión, la entrada trasera del *palazzo*.

Es una feliz coincidencia que la puerta esté abierta, que el campesino que acaban de ver hablando con el mayordomo haya

dejado su carreta justo enfrente y que, con la ayuda de unos cuantos mozos, esté descargando jaulas con pollos y cajas llenas de huevos.

Brandon Charlemont se yergue y comprueba que lleva todos los botones de la chaqueta, el cabello bien atado en una cola baja y el sombrero inclinado a la última moda.

—¿Vais a intentar entrar? ¿Es eso, señor? —Los ojos oscuros de Domenico lo observan con cierto aire atemorizado, pero él cree firmemente que, cuando las oportunidades se presentan frente a uno, hay que aprovecharlas.

—Esta noche, querido Domenico, te prometo que cenaremos algo más que pan y agua. —Sonríe y, con aire jovial, camina en dirección al *palazzo,* mezclándose con los atareados transeúntes que a esta hora llenan la calle. El campesino y los mozos siguen descargando la carreta entre resoplidos, demasiado ocupados como para ver cómo, cuando Brandon Charlemont pasa por al lado del mulo que tira del carruaje, da una palmada seca en las ancas del animal.

Lo que sí ven es que la bestia de repente levanta la cabeza, lanza un rebuzno indignado al aire y comienza a galopar frenético mientras la carreta va perdiendo pollos, cajas y huevos por el camino. Mozos, granjero y también el mayordomo se apresuran detrás de él entre gritos mientras los avispados transeúntes afanan las mercancías caídas.

Brandon Charlemont se da el placer de girarse hacia Domenico, que sigue escondido tras la esquina, y señalarle hacia la puerta que ha quedado abierta para él.

Entra como si fuera el señor de la casa, ensayando ya lo que va a decirle a su querido tío cuando lo tenga delante.

Aunque, para su desgracia, el mayordomo regresa de inmediato.

—Habéis tentado demasiado a vuestra suerte, caballero.

Era una posibilidad que algo así ocurriera, se dice Brandon Charlemont mientras ese espantajo de hombre lo sujeta por las solapas de la camisa, pero tenía que arriesgarse.

Por flaco que sea, el mayordomo tiene fuerza, desde luego, porque tira de él hacia arriba, hasta que queda de puntillas, cara a cara con esos ojos como cuentas de vidrio.

—Conozco a los de vuestra calaña —dice entre dientes. Por primera vez percibe emoción en su voz, aunque tal emoción sea el desprecio—. Vividores, charlatanes, pedigüeños. Marchaos. —Entonces, con un empujón brutal, lanza a Charlemont hacia atrás—. ¡Marchaos antes de que os eche a las bestias!

Y Brandon Charlemont cae sobre su espalda. Su sombrero sale despedido, sus ropas impolutas se manchan con el suelo polvoriento y los huesos comienzan a dolerle todos al mismo tiempo.

—Es un malentendido señor, un malentendido… —trata de decir mientras lucha por ponerse en pie.

—¡Vosotros! —El mayordomo ya no le está hablando a él, sino a los mozos que acaban de regresar—. Este caballero se marcha. Estoy seguro de que agradecerá vuestra colaboración.

Lo cierto es que no. Brandon Charlemont no agradece ni que lo echen a rastras del *palazzo* ni que, mientras lo hagan, le caiga una lluvia de golpes y patadas. Tiene que ser Domenico, Dios lo bendiga, quien venga a rescatarlo y se lo lleve renqueando lejos de allí.

XI

El establo a la sombra del anfiteatro Flavio, ese día a última hora de la tarde

En un cuartucho adyacente al establo que alquilara James a su llegada, Ida sabe que hay una nueva discusión en curso. A ella no le han dado mucha más información, aparte de lo que le contara Revna días atrás: que tratan de contactar con la Sociedad de la Garduña, pero que tienen ciertos problemas. Y ahora están allí, hablando en voz baja y frases rápidas, y de nuevo se han olvidado de invitarla a sus deliberaciones.

No es que Ida *quiera* estar presente. Ella, al fin y al cabo, desea sólo calma y tranquilidad, tampoco quiere meterse en berenjenales, pero un poco de entretenimiento…

Deja escapar un suspiro. Ha pasado los días remendando los trajes que usa la compañía para sus representaciones, que

estaban llenos de rasgones y descosidos, pero incluso ese trabajo se le está haciendo tedioso.

Pero, de pronto, percibe un crujido. Lleva oyéndolo desde que llegaron y, al final, Ida se ha convencido de que tiene que tratarse de una rata o, por lo menos, de un ratoncito aventurero.

Deja a un lado su labor, toma una lámpara encendida y se pone en pie.

Entonces vuelve a oír una especie de rumor que proviene claramente de la parte posterior del carromato en el que suelen viajar Tashiin y Enea. Echa una ojeada llena de cautela.

Lo primero que ve es una multitud de cajas y baúles. Allí es donde los miembros de la compañía guardan sus trajes para las obras. Si la rata se ha metido por todo lo que hay va a acabar hecho un desastre.

—El niño Jesús montado en un borrico, Ida —se dice mientras se inclina más hacia el interior del carro—, ¡cómo tienes que verte!

Ahora advierte otro crujido y luego un sonido seco, como el que harían unas uñas diminutas arañando una superficie de madera.

A la luz temblorosa del fuego ve dos círculos de un inquietante color amarillo. El corazón le da un vuelco. A punto está de soltar la lámpara y de provocar un desastre cuando ve que se trata de los ojos de algún animal, aunque no de una rata, sino que Ida puede ver dos orejas largas, un pelaje de color pardo grisáceo y una naricita que se mueve de una forma de lo más graciosa. Un conejo. Quizás acabe siendo la cena un día de estos.

—Me ha asustado usted, señor conejo.

Es entonces cuando se da cuenta de que lo que había pensado que era un conejo no lo es, porque los conejos no tienen cuernos.

Con un alarido, Ida se echa hacia atrás. De milagro la

lámpara no se le cae dentro del carro, pero eso es todo lo que se le puede pedir a Ida en cuestión de destreza, porque acaba resbalando hacia atrás y aterriza directamente sobre sus posaderas.

—Ay… —musita dolorida.

Un estrépito hace que se gire. Allí están James, Revna, Tashiin y Enea, armados hasta los dientes.

—¡¿Qué ha ocurrido?! ¿Está aquí? ¿Nos ha encontrado? ¿Dónde…? —chilla James, que parece dispuesto a conquistar un pequeño país él solo.

—No, no. —Roja de la vergüenza, Ida se apresura a ponerse en pie—. Es… ¿Sabéis que tenéis un jackalope ahí dentro?

Sabe qué es esa bestia que acaba de ver. De sobra que lo sabe. En casa de su antiguo patrón, el fiscal Vandell, allí en las Américas, colgaba de una de las paredes del salón el cráneo de uno de estos seres a modo de trofeo.

—¡Sí! ¡Pero no debes acercarte a él, Ida! ¡Es peligroso!

—Es…, bueno, es básicamente un conejo, ¿no?

James, Tashiin y Enea intercambian una mirada sombría que Ida no entiende. No le parece muy peligroso el pobre animalillo, la verdad.

—Es el que estaban exponiendo en Marsella, ¿verdad? —pregunta, aunque está convencida de tener razón—. Fue así, ¿sabéis? Fue gracias a él como os encontré —recuerda.

Marsella, además de ser una ciudad muy vieja, también era mucho más grande de lo que imaginaba. Quizá la sensación se debiese a la multitud de casas cerradas con crudas mamposterías y tablones, como si hubiera demasiada ciudad para pocos marselleses. Según le habían dicho apenas unos años atrás, una enfermedad había diezmado la población. Y estaba sola. Llevaba muchos días sola, asustada y hambrienta porque se había gastado

la mayor parte de sus magros ahorros en el viaje.

—¡Acérquense! ¡Acérquense si quieren ver verdaderas maravillas!

Las voces eran tan fuertes que Ida tuvo que levantar la cabeza.

Frente a ella se levantaba una iglesia de ladrillo con un gran portal de caliza blanca y, justo a la sombra de uno de sus campanarios, un hombre estaba encaramado sobre un barril, vestido con una casaca verde esmeralda llena de lazos. Tenía el sombrero decorado con un manojo de plumas de faisán en la mano y lo movía como si con su vaivén pudiera atraer más al público.

Aquel día, tantas semanas atrás, Ida se acercó llena de curiosidad. No era la única que lo hacía, de modo que miró esperanzada a su alrededor, porque definitivamente donde había fiesta y gente charlando su Paddy iba de cabeza.

—¡Acérquense! —logró entender Ida a duras penas, por el idioma y porque, de pronto, en el campanario de la iglesia dieron las doce—. Recién llegados de América: ¡monstruos y engendros! ¡Milagros! ¡Maravillas! ¡Acérquense y observen, señoras y señores!

Entonces, con una cabriola, el hombre abrió su casaca de color verde y, de allí, sacó aquella criaturita asustada, que pataleaba frenéticamente mientras la multitud enloquecía de emoción.

Muchos se echaron hacia delante, ansiosos por ver aquella bestia de cerca, pero Ida dio un paso hacia atrás. Monstruos, engendros, milagros y maravillas. En Europa habían desaparecido hacía mucho tiempo, pero las Américas estaban llenas. Bien que lo sabía ella, que las había visto con sus dos ojos. ¿Por qué querría nadie traerlos a de vuelta? Bastantes horrores había ya en el viejo mundo como para añadir unos cuantos más.

Ida, de repente, se dio cuenta de que querría estar en cualquier lugar menos en ese. Si lo que decía el hombre de la casaca verde era cierto y tenían más monstruos enjaulados en el callejón, ella habría regresado con gusto a Gleann Arma a que la apedrearan un poco más.

Se echó para atrás hasta que chocó con alguien.

—Disculpe mi torpeza —dijo.

Y ese alguien le respondió:

—No se preocupe, disculpas aceptadas.

No fue hasta un par de segundos después cuando Ida se fijó en que el joven con el que había chocado, un muchacho alto con el cabello pajizo y de facciones delicadas, le había respondido en la misma lengua que ella había usado: el inglés.

Se giró de nuevo hacia él, pero el joven ya se estaba alejando con paso decidido.

A Ida le dio un brinco el corazón. Estaba en una ciudad extraña rodeada de gentes extrañas, sola y desesperada, y oír a alguien que hablase algo que ella pudiera entender sin problemas fue como estar en casa, como tener un poco menos de miedo.

—Disculpe, disculpe, caballero… —La voz le salió como de ratón asustado. Tal vez fuera esa la razón por la que el joven, que caminaba con la cabeza gacha, a paso rápido, no le respondiera. Quizá no la había escuchado—. Señor… —repitió ella.

El joven, sin embargo, apretó el paso y comenzó a alejarse mientras, por un segundo, Ida se sintió como fulminada por un rayo. Podría haberlo dejado estar. Quizá el joven sólo supiese de inglés esas cuatro palabras que le había dicho y ella se estuviera aferrando a un clavo ardiendo, pero un clavo, en aquel momento, era lo único que tenía. Ida, resuelta, comenzó a ir tras el joven que de pronto, después de soltar un reniego, echó a correr.

Por suerte para ella, que ni tiene las piernas muy largas ni está acostumbrada a las carreras, el joven sólo se alejó un par de

calles, hasta llegar a una plazoleta rodeada de casas porticadas.

Y en la plaza había un carromato pintado de colores estrafalarios que hacía de fondo improvisado de un escenario todavía más precario, construido con maderas que parecían a un mal viento de desmoronarse.

Y también había, Ida se dio cuenta, música.

La melodía que colmaba la plaza provenía, precisamente, de allí. Dos personas cantaban: un muchacho y una joven vestidos con ropa elegante enfrascados en una balada de amor.

El joven al que Ida venía siguiendo, sin darse tiempo a recuperar el aliento, cogió un violín de la parte trasera del carromato que hacía de escenario y, con una mirada de disculpa a los dos amantes que cantaban, comenzó a tocar con ellos.

No era sólo Ida quien se acercaba empujada por la curiosidad. Pronto la plaza estuvo abarrotada de gente, que a discretos codazos trataban de abrirse paso para estar cuanto más cerca, mejor. La misma gente que exclamó «¡Ooooh!» y «¡Aaah!» cuando los dos enamorados terminaron de cantar y saltó al escenario un actor que llevaba una máscara y un traje a rombos de múltiples colores. Luego, trabajosamente, con achaques de anciano, subió otro hombre con una máscara tocada por una larga nariz y unos frondosísimos bigotes.

Ida no entendió nada de la obra, porque en ningún momento apartó la vista del violinista que desde el borde del escenario tocaba ajeno a cualquier cosa que no fuera su música y su instrumento.

Al terminar la función, la gente encontró otras cosas con las que entretenerse y los actores se sentaron a los pies del escenario a descansar.

Desde luego, habría sido mucho pedir encontrar a alguien en esta ciudad que hablara su gaélico natal, pero por lo menos el inglés no se le hacía un embrollo en las orejas, como lo hacía la

lengua de los franceses.

Ida, después de pensarlo mucho, finalmente se les presentó, les pidió ayuda y, no sabe cómo, ha terminado con ellos aquí, en Roma. El recuerdo desaparece de su cabeza tan pronto como ha llegado y lo sustituye una indignación sin límites. Sabe perfectamente lo que es estar sola y asustada, y cree que nadie, ni siquiera esa criatura, un jackalope como los que ella misma vio en América, merece algo así.

—¿Y lo habéis tenido metido en esa jaula desde que salimos de Marsella?

—¡No vamos a dejarlo suelto para que nos destroce el carro! —protesta Tashiin, que aferra con fuerza esa daga de color azulado que lleva siempre, pero Ida deja escapar una media carcajada. Ella es la primera en asustarse de los monstruos, pero el pobre animalito apenas si puede considerarse como tal.

—En casa, allí en Gleann Arma, teníamos conejos. Yo los cuidaba y eran bien simpáticos. —Puede que sea porque, en cierto modo, el terror y la soledad en la mirada del animalito le han tocado de cerca el corazón, pero Ida, a pesar de que los demás tienen los ojos desorbitados y las armas a punto, acerca la mano a la jaula y deja que el conejo se la olisquee—. Tú no eres peligroso, ¿verdad que no, amiguito? —pregunta con una cantinela.

Cuál es su sorpresa cuando el jackalope sacude la cabeza y repite la frase que acaba de decir Ida, palabra por palabra.

XII

Una taberna de mala muerte, ese mismo día por la tarde

Brandon Charlemont no está acostumbrado a que sus planes salgan mal. De hecho, no es una cuestión de costumbre, sino de suerte. Está convencido de que la suerte ha estado de su lado desde que tiene memoria y, en su cabeza, es difícil asumir que en esta ocasión no haya funcionado.

Charlemont, que es de lejos el parroquiano mejor vestido del antro al que le ha llevado Domenico tras su fracaso, sujeta delicadamente la punta de su pañuelo contra una herida bien fea que le han hecho en el labio. En el regazo tiene el sombrero, que es el que ha salido peor parado de toda la situación en casa de su tío, el vizconde.

—No os preocupéis, mi señor —le dice Domenico tras

observarlo durante un rato, nervioso y en silencio—. Sé que vais a ser fiel a vuestra promesa…

«Promesas». Él mismo se sorprende de la carcajada tan amarga que se le escapa al escuchar a su sirviente.

—Algo se me ocurrirá, Domenico, te lo… Algo se me ocurrirá.

—Claro, *signore,* seguro que vuestra familia consigue haceros llegar el dinero.

Fue la sonrisa, franca y confiada, de Domenico, la misma que tiene ahora en los labios, la que hizo que Charlemont se acercara a él en primer lugar.

Hace semanas de aquello. Sólo estaba paseando, pero todo en él debió de delatarle como el recién llegado que era, porque se le acercó un enjambre de jóvenes, algunos por simple curiosidad y otros ofreciéndole toda clase de servicios en todos los idiomas imaginables. Uno intentó meterle la mano bajo la casaca para robarle el dinero que llevaba allí guardado, pero se llevó un manotazo de regalo.

«¿Necesitáis un guía, señor? Nadie sabe más de Roma que Domenico Rossi. Puedo haceros de intérprete, enseñaros los lugares santos de Roma y los no tan santos. Conozco todas las leyendas, el arte y la historia; contratadme a mí y veréis la ciudad con ojos de romano».

Charlemont primero escuchó la voz y luego vio la sonrisa. Aquel muchacho vestía los mismos harapos que los demás y tenía la misma cara sucia. Brandon Charlemont ni siquiera tenía intención de tomar bajo su cuidado otra boca a la que alimentar, pero decidió contratar sus servicios de todos modos. Le contó que, por una serie de circunstancias adversas, apenas tenía dinero, pero lo compensó con promesas.

—Hoy, amigo —dice de repente, mientras hace una señal al aire. Un instante después, un diligente tabernero les deja sendos

vasos de vino sobre la mesa—. Te prometí que hoy no cenaríamos sólo pan y agua.

La herida en el labio le duele, aunque no tanto como el orgullo.

—No tengo nada en contra del pan, mi señor… Desde luego, es mucho mejor tener pan que, por ejemplo, no tener nada de nada. Mucho más sano, sin lugar a dudas.

Brandon Charlemont niega pensativo con la cabeza. Empuja uno de los vasos de vino hacia su criado y el otro se lo bebe de un trago. Acto seguido, levanta la mano otra vez hasta que un nuevo vaso se materializa delante de él. Cuando el contenido de ese segundo vaso desaparece por su garganta, se inclina hacia adelante, apoyando las manos en la mesa.

—¿Sabes que ese mayordomo me ha llamado vividor? Vividor, charlatán, pedigüeño. Me ha llamado… ¡calaña!, Domenico. Y me ha dolido, ¿sabes? Aquí —dice, tocándose el centro del pecho—. Me ha humillado.

—Veréis la cara que se le queda cuando por fin contactéis con vuestra familia, *signore.*

Es encomiable que Domenico trate de animarlo, pero lo cierto es que Brandon Charlemont no le escucha. En eso no le ha mentido a su criado: ha tomado la decisión de aliviar, aunque sólo sea por una noche, la pobreza que los azota, de modo que observa a su alrededor en busca de ideas.

La taberna está atestada, hay decenas de mesas entre los arcos de ladrillo que sostienen toda la estructura, aunque la mayor parte de la clientela son artesanos y campesinos. Al otro extremo de la sala también hay un grupo de odinianos que hace más ruido que los demás. Llevan ropas coloridas y más collares y abalorios que una reina, pero Brandon Charlemont todavía es lo bastante sensato como para no jugar con esos bárbaros norteños.

Abatido, sigue paseando la mirada por la sala hasta que,

para su sorpresa, una mirada ajena le encuentra a él.

Hay dos hombres en un rincón oscuro de la taberna. Un lugar ideal desde el que observar al resto de los parroquianos con discreción.

Brandon Charlemont aparta la mirada rápidamente, consciente de que ya deben de haberse fijado en él.

Levanta una mano de nuevo para pedir más vino y, apenas un segundo después de que el tabernero le traiga algo para saciar su sed, los hombres ya están de pie junto a su mesa. Él aprovecha para limpiarse la comisura de los labios con su pañuelo.

—Buenas tardes, caballero —dice uno de ellos con voz melosa—. ¿Podemos sentarnos?

Pese a que Domenico ha abierto la boca para protestar, él hace un gesto afirmativo con la mano, uno que procura que parezca un tanto torpe, como si el vino se le hubiera subido a la cabeza.

—Claro… Claro, señores. Sean libres de hacerlo. ¿Quieren algo? ¿En qué puedo ayudarles?

—Señor, mi amigo y yo no hemos podido evitar fijarnos en que parecéis un caballero de posibles.

Lo parece, desde luego, porque Brandon Charlemont se ha puesto sus mejores galas en su tercer intento a la hora de tratar de contactar con su tío. Parece rico y también abatido. Entiende por qué los dos hombres, que enseguida se presentan como Bianchi y Leoni, han pensado que sería una presa fácil.

—Brandon Charlemont, para servirles a ustedes —se presenta él a su vez.

De repente recibe un puntapié por debajo de la mesa y una mirada de advertencia de Domenico.

—*Signore*…, creo que deberíamos marcharnos.

—Claro, Domenico… Pero antes lo educado sería escuchar lo que tienen que decir estos caballeros, ¿no crees? —le responde

él con una sonrisa bobalicona. Por las miradas ávidas de ambos hombres, no tardarán mucho en decírselo.

Efectivamente, apenas un segundo después, el que dice llamarse Bianchi se inclina sobre la mesa.

—Lo cierto es que nos ha parecido ver que, además de un caballero, también parecéis ser un hombre de mundo. Sabéis jugar a las cartas, ¿verdad? Todo caballero que se precie sabe hacerlo. Y mi compañero y yo hemos pensado que, como tal, os interesaría conocer un lugar aquí cerca. Unos pocos amigos nos hemos reunido para unas partidas. Algo amistoso, desde luego, sólo un poco de diversión…

La sonrisa bobalicona en los labios de Brandon Charlemont se ensancha.

—¿Que si me interesa? Pero… —Él también se inclina él hacia adelante, aun cuando Domenico le da otro puntapié frenético, y susurra—: Pero… estamos hablando de… *apuestas*, ¿no? Es lo que le da emoción.

Uno de los dos hombres, Bianchi, se da dos toques en los labios con el dedo índice, pero en ningún momento pretende ocultar una sonrisa afirmativa. Brandon Charlemont no necesita escuchar nada más.

—Bien, ya suena interesante, y ni siquiera nos hemos movido de aquí… ¿Dónde está ese lugar? ¿Dónde puedo poner a prueba a la diosa Fortuna? —pregunta mientras hace amago de incorporarse. Cuando lo hace, se tambalea de un modo tan convincente que Domenico corre a sostenerle y, aprovechando que está cerca, le susurra al oído:

—Estos hombres son timadores, mi señor. Sólo buscan pobres desgraciados a los que desplumar. Y uno de esos desgraciados, señor, sois vos… Además, las apuestas de azar están prohibidas en Roma.

—El juego está prohibido en prácticamente todos los reinos

de Europa, pero eso no significa que no exista, Domenico. —Luego, en voz más alta para que lo escuchen, añade—: Pero, como ha dicho nuestro amigo, no hay nada de malo en distraerse de forma sana.

El tercer vaso de vino Charlemont lo bebe despacio, esta vez saboreando el contenido, que le deja la boca adormilada y un ligero mareo en las sienes. Ya está decidido, por él y por Domenico. Ha fracasado a la hora de hablar con su tío, pero en esto sabe que no fallará.

Casi sin pensarlo, se lleva la mano a la muñeca, allí donde enmarcada en un brazalete de pequeños eslabones lleva una curiosa campanilla dorada que, cuando quiere, caprichosa, deja escapar un repiqueteo cristalino.

—*Signore*, sé que no soy nadie, pero… —insiste Domenico. Su vaso de vino sigue casi intacto junto a los tres de su amo, vacíos—. Pero no deberíamos ir, maestro. Puede ser peligroso.

Pero van a ir, desde luego que sí. Porque una oportunidad como esta no se presenta cada día.

Brandon Charlemont se guarda el pañuelo en el bolsillo y el sombrero, magullado o no, se lo coloca en la cabeza. La mitad de las pocas monedas que le quedan en el bolsillo sirven para pagar al tabernero. La otra mitad, como hizo Nuestro Señor con la multiplicación de los panes y los peces, deberá servir para mucho más.

—¿Estáis seguro, señor?

Brandon Charlemont observa a sus dos guías que, impacientes, les esperan un poco más allá.

—¿Por qué no? Vamos a probar nuestra suerte, Domenico.

XIII

En el establo a las sombras del anfiteatro Flavio, a última hora de la tarde

La bestia habla. Y canta con voz casi humana.

Y ahí lo tiene Ida, en el regazo, como si fuera un gatito.

—*Ambrose* —dice ella con aire divertido—. Te voy a llamar *Ambrose* porque me recuerdas a un Ambrose que tenía unos ojos parecidos a los tuyos.

James no puede dejar de mirar, como quien es incapaz de apartar la vista de un horrible accidente, aunque, en este caso, sea un accidente a punto de ocurrir.

—Tiene ojos de querer arrancarnos el cuello a mordiscos, Ida —murmura por si ella no se ha dado cuenta, pero Ida sólo asiente.

—Precisamente.

Ante tal respuesta, lo único que sabe hacer James es dar un gran suspiro.

—No hace nada, ¿veis? —insiste ella mientras rasca al monstruo detrás de las orejas y este entrecierra sus ojillos negros como si agradeciera el gesto—. Pobrecito, tanto tiempo encerrado, *Ambrose*.

Tashiin y Enea también tienen los ojos medio llenos de pavor, medio de incredulidad. Sólo Revna muestra una sonrisa enigmática; malditos sean ella, sus cuervos y todos los norteños. James se inclina ligeramente hacia delante.

—No es una mascota, Ida: es una prueba.

—¿De qué?

—De que algo está cambiando. Desde que los primeros colonos pusieron los pies en el Nuevo Mundo y descubrieron que allí quedaban monstruos y bestias prodigiosas, nadie había logrado que llegaran vivas a Europa. Sin embargo, aquí lo tenemos. Pero es peligroso, Ida.

El animal, como si lo entendiera todo, le dedica una mirada todavía más recelosa. James juraría que le escucha susurrar «peligroso» como un siniestro eco.

—He visto estos monstruos de los que hablas, James, bien de cerca, pero este es la mar de gracioso. Un conejito. Con astas. Seguro que, si ha hecho algo para que lo miréis así, es porque estaba asustado. O encerrado. Todos haríamos algo así. Y, además, canta. ¿Verdad que te gusta cantar, chiquitín?

El jackalope deja escapar un silbido musical.

James se frota los ojos, incrédulo. Ya sabía él, desde el momento en que la vio irrumpir entre ellos allá en Marsella, que Ida le traería más de un dolor de cabeza.

Apareció de repente, hablando a toda velocidad, una mala costumbre que parece que no la abandona nunca, y les pidió que la acogieran mientras soltaba una avalancha de quejas sobre

Francia, los franceses y esa lengua endiablada que hablan. En eso, por lo menos, James estaba de acuerdo.

Mientras la joven hablaba, el resto de la compañía se miraba entre sí esperando a ver quién reaccionaba primero, pero el Turco encogió los hombros, curioso, mientras que Tashiin y Enea continuaron cuchicheando. Fue Revna quien finalmente se levantó de una forma tan grácil que parecía flotar en su disfraz de Colombina.

—Ay, criatura —dijo, aunque Ida debe de tener más o menos la misma edad que ella—. Ven, ven. Siéntate con nosotros.

Aun a riesgo y cuenta de enfadar a Revna, James frunció el ceño.

—Aristophanes —susurró sólo para los oídos del Turco mientras Ida y Revna entablaban conversación—, hay algo que debes saber. —Lo llamó por su verdadero nombre, algo tan extraordinario que, normalmente, lograba atraer su atención, pero el hombre sólo le dirigió una mirada rápida.

Igual que está haciendo ahora, como si se tratara de un eco, James tamborileó con los dedos en su rodilla, nervioso. Estaba convencido de no tener tiempo para aquello. Y, efectivamente, no lo tenían.

—Y este que parece a punto de agriar la leche con su mirada es James —le presentó Revna.

Al escuchar su nombre, él levantó la vista.

—Bien, ha sido agradable conocerla, señorita O'Leary —trató de concluir—, pero no querríamos hacerle perder el tiempo. Estoy seguro de que lo que sea que la ha traído a Marsella demanda su atención.

Tashiin se rio por lo bajo mientras Ida palidecía, haciendo que el enjambre de pecas que ahora y entonces le castigan las mejillas le resaltasen sobre la piel clara.

—Claro. Discúlpenme. Por supuesto. Me marcharé —dijo.

Entonces, una mano firme, la mano de Revna, se le posó en el hombro.

—Siéntese, señorita O'Leary, por favor. —Al dirigirse a Ida, la voz de Revna era mucho más suave, muy parecida a la que usa cuando interpreta a Colombina, la muchacha enamorada, sobre el escenario. Cuando Revna volvió a dirigirse a James, lo hizo con su verdadera voz, que siempre recuerda que pertenece al fiero pueblo de los odinianos. Incluso cuando habla en un susurro apenas audible—: Le he ofrecido mi hospitalidad a la señorita O'Leary, y para mi pueblo la hospitalidad es algo sagrado.

James esperó un instante, por si Revna quisiera elaborar un poco más el porqué de aquel interés sobre Ida, pero, ante la falta de respuesta, desistió.

—De todos modos, hay algo que debemos hacer —replicó con urgencia. Volvió a inclinarse hacia el Turco que, por fin, tenía centrada su atención en él—. Cerca del convento de Des Accoules, en uno de los callejones, hay un grupo de pedigüeños que, por un puñado de monedas, exhiben monstruos prodigiosos que, dicen, han traído de las Américas. Pensé que era poco más que un timo, pero…

—¿Por eso has llegado tarde al número de canto?

James se mordió el labio, incrédulo al comprobar que el Turco le daba más importancia a sus actuaciones que a lo que, para James, era su verdadero cometido.

—Es otra prueba de que algo está cambiando —insistió casi con desesperación—. De que los prodigios han regresado, Aristophanes. Lo suficiente como para que los monstruos que llegan desde América no mueran nada más pisar esta tierra.

Sólo en Europa se persiguió a sangre y fuego todo tipo de prodigios, sólo aquí fueron tan ciegos, tan salvajes, pero cuando los primeros colonos se asentaron en las nuevas tierras al otro

lado del Atlántico, mandaron de vuelta noticias sobre los monstruos que allí moraban y, por supuesto, al poco alguien intentó hacer negocio con ellos.

Pero las bestias morían.

Aunque lo que había visto James…

—¿Qué era? ¿Un dragón? ¿Una de esas serpientes enormes que devoran personas enteras?

Era mucho pedir que Tashiin no espiara su conversación. Ella y Enea se habían acercado sin ningún disimulo, dejando a Revna charlando con Ida.

—¿Qué importa lo que sea? No debería estar encerrado en una jaula en un espectáculo ambulante. Es un prodigio vivo. Otro más. En Roma tienen que saberlo…

—Pero ¿tan terrible es que no nos quieres decir de qué se trata? —preguntó Enea.

—¿Es un basilisco? ¿Va a convertirnos en piedra si lo miramos? —apostilló Tashiin.

El Turco se levantó. Con una punzada entre el pecho y el estómago, que no sabe si es de pena, de culpa, de horror o vergüenza, James recuerda que era una cabeza más alto que la mayoría de hombres y, desde luego, que él mismo. A pesar de todo, tenía una voz suave como el beso de un ángel.

—Tenéis razón los dos. Nuestros asuntos son importantes, pero también lo es acoger a nuestra invitada. Id vosotros —dijo el hombre al fin, señalándolos a ellos tres y dejando a Revna e Ida al margen.

Ellos asintieron. Al fin y al cabo, el Turco era el líder de la compañía. Ida había observado toda la conversación en silencio, pero enseguida Revna acaparó su atención. Tashiin, que se había colocado su máscara de *arlecchino* sobre los ojos para aprovecharse de su mueca burlona, le dio un golpe en el hombro.

—Vamos. Podemos encargarnos nosotros tres

perfectamente. Enea y yo, de hecho, nos bastaríamos —añadió, y le dio un codazo a su inseparable compañero—, pero te dejaremos venir de todos modos.

Se alejaron con disimulo y, finalmente, encontraron al hombre de la casaca verde encaramado en el mismo barril, haciendo los mismos gestos extravagantes con las manos que James ya había visto antes.

—¡Acérquense! ¡Recién llegados de América, monstruos y engendros! ¡Milagros! ¡Maravillas! ¡Usted, señor! —El hombre de la casaca verde señaló a un caballero con pintas de soldado que pasaba por delante de él—. ¿Es lo bastante valiente para acercarse? ¡O usted, señorita! —se dirigió entonces a una muchacha que trataba de parecer valiente, pero que se veía invadida por una carcajada nerviosa—. ¿Os atrevéis a enfrentaros a la mirada de los monstruos?

Al lado de James, Tashiin y Enea intercambiaron una risita cómplice.

—Hemos visto centenares de exhibiciones así —susurró el italiano, como si apenas unas semanas atrás no hubiera estado a punto de ser devorado por un lobo que, definitivamente, no era un lobo—. Todas han sido un engaño.

En cierto modo, Enea tenía razón. Habían visto exhibiciones similares en casi todos los rincones de Europa, aunque aquella vez James negó con la cabeza.

—Esta vez, no. Estoy seguro de que…

—Siempre lo estás —le cortó Tashiin—. Tu fe es envidiable, amigo.

—¡Acérquense! ¡Acérquense, damas y caballeros! —declamaba insistente el hombre del barril.

—¡¿Acaso queréis tomarnos el pelo?! —resonó una nueva voz entre el público, una mujer rechoncha y bajita, cargada con una caja de repollos—. ¡No pienso pagar para ver pellejos

rellenos de paja!

Sus palabras provocaron una oleada de murmullos entre toda la gente que, poco a poco, se había reunido frente al hombre de la casaca verde, pero este no se inmutó. Al contrario, hizo una cabriola sobre el barril y otro movimiento envolvente con su sombrero.

—¡Me ofendéis, señora! ¡Son bestias vivas y bien vivas! ¿No habéis escuchado las noticias? —La señora de la caja de repollos, murmurando improperios por lo bajo, se marchó, pero el hueco que dejó lo ocuparon rápidamente unos pocos curiosos más—. ¡Una bruja de las colonias logró dominar la magia, como los hombres han dominado los vientos para surcar los mares! Y del mismo modo, mis socios y yo hemos logrado lo imposible, señoras y señores, hemos logrado traer aquí a las bestias *vivas*.

Lo único que logró hacer callar al charlatán del sombrero fue el público que, impaciente, comenzó a avanzar hacia el barril para dejar allí unas monedas antes de pasar al callejón que había detrás, un espacio angosto donde se adivinaban por lo menos una docena de jaulas apiladas.

—Puedo ir yo solo si lo preferís —dijo James. Desde hacía meses, los rumores sobre lo ocurrido en las colonias británicas habían llenado las calles, los sermones en las iglesias y los panfletos que se vendían en esquinas y plazas. Para James fue otra señal, una indicación de que sus sospechas sobre el regreso de la magia eran ciertas. La bestia que había visto aquella tarde también lo era.

Por eso, mientras el hombre de la casaca verde seguía discutiendo a gritos con los presentes, James Morley dio un paso hacia adelante sin importarle si sus compañeros le seguían o no, aunque, al fin, lo hicieron a regañadientes. Tres monedas cayeron en el cuenco a los pies del feriante cuando pasaron por su lado.

Tuvieron que adentrarse a empujones en el callejón.

Dentro, una docena de bestias rugían, rascaban los suelos y los barrotes de madera. James las ignoró. La mayoría de esas desdichadas criaturas no eran más que animales vulgares a los que habían pegado plumas, cuernos y colmillos con más bien poca gracia, pero James señaló entonces un corrillo de gente que intercambiaba susurros excitados junto a la última de las jaulas.

Una con grandes barrotes, demasiado grande para el animal que albergaba.

Se acercaron ignorando las protestas de las personas que tuvieron que apartar para hacerlo.

—¿Cómo lo han hecho? —susurró Tashiin.

—Os lo he dicho. No es un truco. Este es verdadero.

En la antigüedad, dragones y serpientes aladas aterrorizaban Europa, había mantícoras y monstruos marinos, ondinas y duendes. De niño, James vio en la casa de un duque un verdadero cuerno de unicornio que brillaba con luz propia. El ser que tenían delante en ese momento le pareció a James un triste sustituto. Tenía el tamaño de un conejo, el pelaje gris de un conejo, ojos y nariz, que movía nerviosamente, de conejo. Pero tenía también una cornamenta ramificada que le brotaba de la frente, como la de un ciervo.

No estaba pegada. No era una trampa ni un engaño.

Notó cómo Tashiin y Enea se tensaban a su lado. Ahora que lo habían visto con sus propios ojos, no les quedaba ninguna broma atrapada en el gaznate.

—¿Tienes el saco? —inquirió Tashiin entonces. Cuando James asintió, ella añadió—: ¿Lleváis vuestras máscaras?

De nuevo, James asintió.

Tenían que ser rápidos y, para serlo, un plan sencillo era su mejor aliado: un saco, sus máscaras, el callejón, la oscuridad. También formaba parte del plan una esfera de hierbas, resinas y pólvora que Tashiin extrajo de debajo de su vestido de *arlecchino*

y que encendió acercándola a una de las velas que lanzaban su luz temblorosa sobre las jaulas.

Luego, la lanzó rodando por el suelo.

De inmediato, un humo espeso comenzó a escaparse de la esfera con un siseo. Los curiosos del callejón se doblaron para toser y los animales parecieron volverse locos mientras James, Tashiin y Enea se colocaban las máscaras, cuyo pico relleno de hierbas y los cristales que les cubrían los ojos les protegían del humo.

El resto de la gente, sin embargo, estaba entrando en pánico.

James podría haberlo hecho también. Aun a sabiendas que se trataba sólo de pirotecnia, el terror como una mano fría sobre la nuca le obligó a estremecerse. Las llamas, independientemente de su tamaño, siempre lo hacían.

—¡Fuego! ¡Fuego! —chilló alguien.

James recibió un fuerte golpe en el pecho cuando un hombre, desesperado, chocó contra él.

Del impacto, James estuvo a punto de perder el saco, pero logró sujetarlo en el último momento.

Un plan sencillo, se repetía mientras su respiración resonaba contra el cuero de la máscara y atenuaba el resto de sonidos. A prueba de fallos. Abrió la boca del saco y Enea, con un gruñido, levantó la pesada madera que cerraba la jaula del monstruo por la parte superior.

Tashiin es la más ágil de toda la compañía. Ella debía hacerse con la bestia, a primera vista inofensiva, y meterla dentro. No obstante, aquella criatura también resultó ser rápida. Cuando la joven se acercó para agarrarla, esta se escabulló de entre sus dedos profiriendo un chillido frenético.

—¡No dejes que se escape! —exclamó James.

—¡Tienes razón! ¡No lo había pensado! —replicó Tashiin

entre dientes mientras lanzaba un manotazo hacia el conejo astado, que la esquivaba de nuevo.

La bomba de humo, entonces, se consumió por completo y estalló en una pequeña explosión que hizo el aire todavía más irrespirable. Se les acababa el tiempo.

James, con el saco en la mano, se lanzó también hacia la jaula. El conejo astado, un jackalope vivo, de pronto se encontró con que no tenía adónde huir: estaba acorralado.

Aunque, y James lo sabía, los animales acorralados eran peligrosos.

La criatura, presa del terror, se lanzó contra los lados de la jaula. Para James, que todavía veía algo muy parecido a un conejo, un animal inofensivo, sinónimo de la cobardía y la fragilidad, fue toda una sorpresa que los barrotes se astillaran con la fuerza del impacto.

Fue incluso una sorpresa mayor que el ser diera media vuelta y saltase hacia arriba. Hacia él.

Como si le hubiera golpeado un ariete, James salió despedido hacia atrás. Cayó sobre el suelo sucio. Incapaz de respirar porque por el impacto había perdido su máscara, boqueó durante unos segundos. Los ojos le escocían. Cuando intentó gritar, la garganta le quemaba.

En su cabeza no cabían ni la razón ni la calma: todo era fuego y terror.

No oía nada más que los alaridos de los animales aterrorizados. Convertido él también en una bestia acorralada, sólo pensaba en huir.

Se giró, el pecho todavía palpitante de dolor, y se puso en pie con dificultad. Los ojos le lloraban mientras trataba de buscar un atisbo de luz, una salida.

Un golpe y luego un empujón le hicieron trastabillar unos pasos. James tardó unos instantes en reconocer la silueta de sus

compañeros entre tanto humo. Tashiin le puso su máscara entre las manos. James arrugó el cuero con los dedos en sus ansias para colocársela, pero la muchacha le detuvo poniéndole una mano en el hombro.

—Ya es tarde. Vamos a salir. Ya lo tenemos.

—Esperad, esperad… —suplicó él—. Dejadme respirar…

Una tos violenta a su izquierda le indicó que Enea se había quitado también la máscara y un reniego en árabe, que Tashiin había hecho lo mismo. Salieron los tres del callejón, con la espalda doblada y los pulmones inundados de humo. Una multitud de vecinos y curiosos se acercaban armados con cubos de agua. A ellos nadie los vio. Tres personas más, junto a tantas otras que habían salido del callejón entre grandes toses, no eran nada comparado con la expectación de ver aparecer las primeras llamas.

Tampoco vieron que Enea cargaba un saco que se sacudía débilmente.

Prácticamente se arrastraron de regreso a la plaza donde estaban los demás, todavía oliendo a humo y a estiércol. Durante el trayecto James no dijo nada. La vergüenza por haberse asustado empañaba cualquier éxito que hubieran tenido.

Para sorpresa de James, cuando llegaron al carromato que, aún a día de hoy, les hace de escenario, de almacén y también de casa, el Turco y Revna seguía allí alrededor del fuego, charlando con Ida.

—¿Cómo ha ido ese paseo vuestro, muchachos? —preguntó el Turco con voz asombrada—. No os hacéis una idea de la de cosas interesantes que nos ha contado Ida. ¿Sabéis que ha estado en las Américas? Es más, no sólo ha visto llevarse a cabo un prodigio, ella participó en uno. ¿No os parece fascinante?

América. Todavía hoy, James no sabe cómo lo hizo Revna.

Cómo sabía que tenían que ir a Marsella, cómo supo que aquella muchacha pelirroja que les vino al encuentro muerta de miedo les daría tanta información.

La maldijo entonces y también, por costumbre, ahora vuelve a maldecir sus cuervos, dioses y espíritus del norte helado, y también a ese animal de apariencia inofensiva que desde el regazo de Ida le sigue dedicando miradas de recelo. *Ambrose*, le ha bautizado. Vive Dios que en algún momento se le agotará la paciencia.

Tan ocupado estaba en sus propios recuerdos que no se ha dado cuenta hasta ahora de que Revna, Tashiin y Enea llevan un rato cuchicheando entre sí.

—Quizá funcione —comenta Revna en ese momento—. Si no, por lo menos tendremos público asegurado.

—¿Cómo que *funcione*? —se apresura a preguntar James—. ¿Qué tiene que funcionar?

Revna, Tashiin y Enea vuelven a intercambiar unas pocas frases en voz muy baja hasta que la odiniana le responde:

—Estábamos diciendo que, sin lugar a dudas, si Ida y el pequeño Ambrose participaran en una de nuestras actuaciones, tendrían un gran éxito entre el público.

—Espera, espera. ¿Público, has dicho? Ya sabes qué ocurrió en Francia…

Esto último no lo dice James, sino Ida, con una expresión tan asustada como la que debe de tener él.

—Ida, esta criatura extraordinaria, está claro, te ha elegido como compañera y guardiana. Y *canta,* Ida. Podría cantar contigo —concluye Revna, con un tono que no da lugar a objeciones—. Quizá la Sociedad de la Garduña no quiera hablar con nosotros, pero, desde luego, algo como *Ambrose* seguramente llame su atención.

James la mira y los ojos de Ida, de un tono azul que de

golpe se ha tornado un poco más oscuro, están tan abiertos que exclaman miedo y sorpresa por todos lados. Todos saben qué ocurrió la última vez que Ida cantó con ellos, pero el mal ya está hecho, y tal vez Revna tenga razón. Tal vez, si atraen al suficiente público con el jackalope, merezca la pena el riesgo.

Ida, a pesar de todo, asiente.

XIV

Piazza San Marco, casi al atardecer

¿Qué más puede hacer la pobre Ida? La compañía del Turco la acogió cuando más desesperada estaba, así que si le piden que cante…

Pues los ha acompañado hasta una plaza rodeada de columnas de piedra blanca y ha cantado a dúo con su nueva mascota. No las tenía todas consigo, la verdad, pero *Ambrose* ha cumplido su papel y enseguida su voz, al mismo tiempo humana e irreal, se ha unido a la de ella ante un público creciente.

Cuando acaba el concierto con una reverencia, a Ida le da la sensación de que todos los que la rodean están aguantando el aliento. Siente cómo le late el corazón una, dos veces, todavía al ritmo de la música y, luego, aplausos.

—Muy bien, *Ambrose* —susurra, y rasca a su nuevo amigo

peludo detrás de las orejas.

Junto a los aplausos, vítores.

Como si eso le ayudara a creer en lo que está ocurriendo, se gira hacia los demás. Lejos ha quedado el día en que la invitaron por primera vez a comer y ella se sintió, de golpe, menos sola, sin saber lo que vendría después. La compañía le dedica miradas de complicidad, quizá también de alivio. Entonces, James inclina la cabeza hasta que la mejilla se le queda apoyada, con la suavidad de una caricia, sobre el violín.

—Otra más. Para nuestro público.

Otra más, repite Ida para sí. Siente una fuerza, algo que escapa a su comprensión e incluso a su cuerpo, que le insta a aclararse la garganta, como si esta quisiera cantar sola. En la parte de atrás de su cerebro resuenan unas notas, una melodía que cantó hace mucho tiempo, allá en el otro extremo del mundo, donde los prodigios se hacían posibles, una melodía antigua, poderosa y terrible. A veces sueña con esa música, como si las notas tuvieran vida propia y siempre estuvieran esperando la ocasión para salir a flote, pero, gracias a los cielos, James comienza a tocar su violín y la música real, no la que imagina, la aparta de esa terrible sensación de estar al borde de un precipicio.

Es una canción irlandesa. Puede que James la haya elegido como regalo, para decirle que su casa ahora está entre ellos. Aunque los presentes no la deben de conocer, siguen la música con los ojos cerrados, moviendo la cabeza, hasta que la melodía, de pronto, se trunca. Es sólo un instante. Ida ha visto algo. Alguien. Un caballero de hombros anchos y cabello rubio a lo lejos que camina decidido.

Tras tomar una bocanada de aire, la canción continúa y el caballero desaparece calle abajo. Ida ha aprendido la lección. En el mundo debe de haber miles de hombres así: caras, cuerpos, andares y aspavientos que le recuerden a lo que perdió en

Irlanda.

Ya siguió a uno así una vez y no le ha traído más que disgustos.

Fue en Marsella. Porque todo comenzó en Marsella, claro.

Ida, por primera vez en tanto tiempo, tenía la tripa llena. Después de meses sola, se sentía a salvo. No en casa todavía, pero era un comienzo.

Revna, que fue quien primero la acogió de entre todo el grupo, fue más que amable, interesándose por ella, por su salud y por su vida. El hombre gigantesco y bigotudo al que ellos llamaban el Turco, pero que se presentó como Aristophanes Kostas, *griego* (los bigotes se le movían de una forma hipnótica al hablar: «Griego y no turco, aunque esta banda de malnacidos no entienda la diferencia»), también estaba allí.

Sin saber cómo había sucedido, Ida llevaba ya dos días con ellos allá en Marsella. Y aquel día tocaba actuación. Igual que hoy.

—¡Todo el mundo preparado! ¡Vamos! —El Turco se puso en pie. Cuando dio palmas con aquellas manazas que tenía, resonaron un par de pequeñas explosiones—. ¿Ya estamos todos? Mi pareja de *inamorati*, el pequeño *arlecchino* y nuestro acompañamiento musical. —Señaló a James. El joven, con el violín apretado contra el pecho, asintió. Siempre estaba serio y sigue estándolo a día de hoy. El Turco se colocó una máscara de anciano, tocada con una nariz larga y bulbosa, y un sombrero de ala ancha—. Vamos, pues. El pan no se va a ganar solo.

No se habían movido del lugar donde los encontrara Ida días atrás. La mañana anterior se habían acercado unos pocos guardias de la ciudad a husmear y un cura vestido de negro que, con su mirada, pareció condenarlos al infierno de cabeza, pero en aquel instante el público que había ido rodeando el carromato, con su escenario ya montado, parecía entre curioso y divertido.

En cuanto Tashiin, vestida de arlequín, subió a la tarima y comenzó a hacer cabriolas, ahora sosteniéndose bocabajo con las manos, ahora dando una voltereta en el aire, el público abrió asombrado la boca e Ida también.

Daba igual que hubiera visto la representación tres veces antes.

James comenzó a tocar. Lo hizo como lo ha visto hacer siempre, con los ojos cerrados, de memoria.

Mientras la música iba llenando el lugar por encima de los cuchicheos, del bullicio de carretas, del mar, de las campanas que sonaban a lo lejos, subieron los dos enamorados al escenario.

El *arlecchino,* el arlequín, con una última voltereta, se plantó en el centro. Se oyeron unos pocos susurros de estupefacción al ver que lo interpretaba una mujer.

—¡Público bienvenido, bienvenido público! He aquí la historia de dos desafortunados jóvenes —en ese momento, los dos enamorados, los únicos personajes que no llevaban máscaras y que no eran otros que Enea y Revna, se deshicieron en reverencias hacia el público—, a quienes el amor unió y el destino quería separar.

Ida, mientras hoy canta sobre el escenario una de esas canciones que escuchaba durante su infancia en Irlanda, sabe que lo que tenía delante era magia. Un tipo de prodigio distinto.

Comedia italiana, lo llamaban, *comedia dell'Arte* o *comedia degli zanni*. De hecho, daba igual que Ida hubiera visto ya la representación tres veces, porque siempre era distinta. Lo único que se mantenía eran los distintos personajes: el *arlecchino,* los dos enamorados, un viejo doctor, un pomposo militar, la criada… Personajes con sus distintos caracteres, con sus distintas formas de hablar y de moverse que los pocos actores de la compañía interpretaban con sólo cambiarse de máscara. Ahora la historia se situaba en Verona, con los dos amantes deseando

casarse a pesar de la negativa del padre de ella…

—Real como la vida misma —susurró Ida, embelesada. Sabía que, en aquella ocasión, en la obra, los enamorados triunfarían. *Arlecchino* y el resto de criados siempre eran los que acababan salvando la situación, entre las risas de los espectadores.

Y fue entre el público donde vio algo que la distrajo de la obra, algo parecido a lo que también la ha distraído hoy: cabello rubio recogido en una coleta con un lazo de terciopelo azul, unos hombros anchos, andares elegantes y seguros.

El corazón le dio un vuelco.

—Paddy —soltó ella mientras se ponía apresuradamente en pie—. Paddy, Paddy. ¡PADRAIC DOYLE!

Olvidados quedaron el miedo y las fatigas del viaje. Ida dio un paso adelante porque Paddy (estaba segura, aunque hacía tres años que no lo veía, de que era él, *su* Paddy) no la había escuchado y continuaba su camino entre la gente.

No pensaba a perderlo ahora que lo había encontrado. Ida fue tras él por una calle estrecha. No le importaba que todavía estuviera lejos ni que hubiera decenas de personas y de carruajes y de perros callejeros que le entorpecían el paso. Ella seguía a la carrera.

—¡Paddy, espera! ¡Soy yo!

Había demasiado ruido. No la oía, seguro que era por eso, que no la podía oír a causa del bullicio de la ciudad.

Aun así, Ida lo siguió hasta perder la noción del tiempo. La figura de Paddy se alejaba, siempre delante de ella, e Ida no parecía ser capaz (malditos los tenderos que anunciaban sus mercancías en medio de su camino y el rebaño de monjas que habían elegido justo el momento en que ella pasaba por delante para salir de su convento) de alcanzarla.

Estaba al límite de sus fuerzas, jadeando por la carrera y

por los nervios y por una necesidad física de llegar hasta él, de enterrarse en sus brazos, cuando Paddy se detuvo. Aún desde la distancia, Ida lo vio mirar a su alrededor y, después, entrar en un caserón medio abandonado.

Todas las precauciones, todas las veces que su madre le recordó que debía ser una chica lista (y entrar en un caserón destartalado parecía, de veras, una cosa muy estúpida) se desvanecieron. Cuando por fin llegó frente al portón, Ida lo empujó con tanta fuerza que podría haberlo derribado.

—JESÚS, MARÍA Y JOSÉ, PADRAIC DOYLE, ¿QUIERES HACER EL FAVOR DE DETENERTE? —chilló. Luego parpadeó, por si todas aquellas caras que se habían vuelto para mirarla pudieran ser fruto de un sueño o una alucinación—. Disculpen ustedes.

—Disculpada está usted, señorita —le respondió una voz que, al instante, quedó ahogada por un coro de risas y de una música que provenía de algún lugar de la casa.

—Estoy…, estoy buscando a mi prometido. Se llama… —comenzó, pero su voz se perdió sin que nadie le prestase atención.

Estaba en una fiesta. Debía de serlo. Todavía desde la entrada del caserón, vio pasar hombres y mujeres vestidos con sus mejores galas. Ellos con casacas de las sedas más exquisitas, pelucas con el cabello atado atrás, y ellas con vestidos largos, el cabello recogido en moños de altura imposible y la cara maquillada con polvos claros y los labios muy rojos. Charlaban, reían mientras sostenían en la mano copas de cristal tallado, ajenos a las paredes desconchadas y a la multitud de muebles desvencijados que había por doquier.

Ida ya no era una sirvienta, aunque se sentía como tal: pequeña e invisible. No era una fiesta de la alta sociedad. Tampoco era una fiesta de la *baja* sociedad, a la que ella

pertenece. Parecía otra cosa, más secreta, más desinhibida. Mientras dudaba sobre qué hacer, una de las muchas puertas del vestíbulo se abrió de golpe. Salieron de allí, entre carcajadas, dos hombres que iban, por decirlo así, en paños menores. Además, pronto Ida advirtió más ruidos además de las risas, la charla y la música. Oyó, por ejemplo, el brindar de copas, el tintinear de las monedas y, creía también, el repiqueteo de dados sobre una mesa.

Oh, sí. Ida sabía perfectamente el tipo de fiesta al que se enfrentaba. Frente a ella había una escalinata que subía hacia el primer piso de la mansión. De allí venía la mayor parte del ruido y hacia allí se encaminó la joven aferrada a una barandilla que parecía a punto de desprenderse. Por el camino se encontró con varios hombres y mujeres claramente borrachos, a los que esquivó, cada vez más cerca de su objetivo.

Al localizar una puerta entreabierta al final de las escaleras, Ida supo que, si se daba tiempo para pensarlo, no se atrevería a entrar, así que cerró los ojos y dejó la mente en blanco.

Cuando irrumpió en la habitación, se hizo el silencio.

Pudo contar hasta quince personas en el interior, situados alrededor de una mesa larga, quince rostros peinados y maquillados a la última moda, iluminados por un candelabro de brazos dorados. Gente rica, el tipo de gente que podía tirar el dinero en apuestas, a juzgar por el montón de monedas que había sobre la mesa, entre copas de vino a medio beber, y porque uno de los caballeros presentes sujetaba con fuerza un mazo de cartas.

Pero a Ida no le interesaba lo más mínimo aquel pequeño casino secreto. Ella sólo tenía ojos para una de las personas de la estancia: un joven de hombros anchos y cabello rubio atado pulcramente en una coleta baja.

Observó a Ida con los ojos desorbitados y, entonces, se

levantó.

—Yo os conozco, señorita… —comenzó a decir el joven con expresión confusa, aunque no tanto como la que tenía Ida.

Se le parecía, se le parecía muchísimo, pero aquel no era Paddy. Era Brandon Charlemont. ¿Cómo olvidar esa cara cuando la había visto tantas veces en la gran casa que dominaba todo Gleann Arma o cabalgando por los alrededores del pueblo, cuando visitaba sus dominios?

XV

En las cercanías de la *piazza* San Marco, al mismo tiempo

Desde una calle adyacente, Domenico escucha una melodía que, de pronto, le hace sentir como si estuviera hecho de agua. No es, quizá, la canción. Más bien es la voz, como de cristal, que la canta. Inconscientemente, querría mover los pies hacia la plaza, hacia el origen de esa voz, pero no puede hacerlo.

—¿Habéis escuchado, mi señor? —Cuando gira la cabeza, puede ver a una multitud reunida en la *piazza* San Marco y a una muchacha pelirroja sobre un escenario—. ¿No preferiríais quedaros aquí? Seguro que un espectáculo así os levantaría los ánimos…

Pero su amo sacude la cabeza.

—Otro día, Domenico. No querría hacer esperar a nuestros

amigos.

Los hombres que les guían, el tal Leoni y el tal Bianchi, si esos son sus verdaderos nombres, profieren una risilla satisfecha.

Con una última mirada hacia la plaza, Domenico sigue caminando. Se debe a su señor y, aunque le parece una pésima idea, debe acompañarle a ese edificio justo pasada la colina del Quirinale. Es un lugar antiguo. Antiquísimo. Y a las cosas antiguas en Roma les ocurre como un tronco caído en medio de un bosque que, al morir, se convierte en el hogar de muchas otras pequeñas criaturas. El edificio que tienen delante se encuentra cubierto por una miríada de construcciones más modernas, torcidas, pero que no logran ocultar la belleza de antaño.

Un grupo de hombres alrededor de un fuego no le quita ojo a lo que sea que se mueve a su alrededor. Todos ellos, puede verlo claramente cuando pasa por su lado, llevan un pañuelo de color azul anudado al cuello.

—*Signore*, estos hombres… —le susurra al oído Domenico mientras tira de la manga de su señor.

—Aquí estamos, *signore* Charlemont —le interrumpe Leoni—. Mi compañero y yo debemos volver a nuestros quehaceres. Esperamos que vos lo paséis bien.

Sus quehaceres, sabe Domenico, suponen hacer una nueva ronda por las tabernas cercanas para intentar engatusar a otro incauto y traerlo a este lugar.

—Gracias por todo, amigos míos —responde Charlemont jovial, y los hombres se despiden con una sonrisa, un gesto que cada vez se ha vuelto más afilado.

Aun así, Brandon Charlemont, a pesar de todo lo que ha intentado advertirle Domenico, comienza a subir unas escaleras con paso enérgico hasta que ambos encuentran un amplio vestíbulo cubierto con bóvedas de ladrillo rojo. A los lados del pasillo se abre una multitud de oquedades que deben de ser salas

adyacentes. El lugar es una pura ruina. Mezclados con fragmentos de mármol yacen montones de basura, quizá parte de la antigua decoración, que brillan a la luz de unas pocas antorchas que cuelgan de las paredes.

Y hay ojos por todas partes. Entre ellos, un par de ojos pétreos pertenecientes a una estatua caída a unos pocos pasos de ellos, también los ojillos negros como cuentas de dos ratas que les observan desde lo alto de una pilastra y, finalmente, los de un grupo de hombres que se esfuerzan terriblemente en fingir que no les están vigilando.

—Esos hombres, señor… —insiste Domenico.

Pero Brandon Charlemont se engancha de su brazo como para reconfortarle. Es imposible saber cuántas personas hay porque, por el modo en que esas grandes bóvedas rojas transmiten el sonido, podrían ser diez o podrían ser un centenar. Lo que es inconfundible es el júbilo de los que ganan y el lamento de los que pierden su fortuna jugando a las cartas.

—¿Qué pasa con esos hombres, Domenico? —pregunta su señor.

—Son de la facción *veneta,* mi señor. Los azules. Uno de los equipos, *signore*, de los que corren en las carreras en el circo.

Roma ya no es lo que era. Han perdido el Imperio y la lengua y las costumbres. Y los grandes edificios, símbolos de aquella ciudad que gobernó el mundo, son poco más que ruinas. Pero las facciones, como gusanos en un cuerpo putrefacto, han sobrevivido.

—Pero es de noche, muchacho, no veo ningún carro por aquí y, desde luego, tampoco ningún caballo —responde el amo Charlemont, con una lógica que incluso a él le parece infalible.

—Las facciones hacen mucho más. Allá donde no llega la mano del Santo Padre y de sus guardias llegan ellos. Son criminales y alborotadores, controlan las apuestas y también la

mayoría de casas de mala reputación. Una verdadera plaga todos ellos, los azules, los verdes, los blancos y los rojos.

—Ya veo que no son muy de tu agrado, Domenico, pero escucha… —Percibe un ligero cambio en la voz de Brandon Charlemont y también en su mirada, como si de repente se hubiera apartado un tenue velo y todo en él fuera más nítido, más real—. Deja de preocuparte, hazme ese favor. Sé lo que hago.

¿Confía Domenico en Charlemont? No del todo, se dice. Aun así, porque al fin y al cabo es su trabajo, asiente. Cuando lo hace, el rostro de su patrón vuelve a adoptar el mismo aire bobalicón que tenía antes y sonríe satisfecho.

Después de adelantarse un poco entre las penumbras que reinan en el edificio, ambos se detienen junto a una de las salas que se abren al vestíbulo central. Por lo menos hay una docena de personas dentro jugando a los dados, todas sentadas en barriles y con la espalda inclinada sobre otros barriles que les hacen de mesa. En otra de las salas, otro grupo apuesta en una ruleta que reposa directamente en el suelo y, en otra más, los hombres que había dentro, cuchicheando, les han lanzado tal mirada que se han excusado de allí a toda velocidad.

—Ah, por fin… —dice Charlemont.

En la tercera de las salas encuentran a la gente jugando a las cartas. *All fours, bête…,* juegos populares con reglas sencillas que Domenico conoce, a los que es fácil apostar y todavía más fácil olvidarse de que la banca siempre gana.

Charlemont pasea entre los jugadores hasta que encuentra un hueco al lado del barril donde se está jugando a faro.

—Esto parece interesante… Oh, diantre —suelta cuando tropieza con una botella de vino vacío que estaba en el suelo—. Disculpad mi lenguaje.

—¿Habéis jugado alguna vez, *signore*? —le pregunta el

encargado de las apuestas. El pañuelo azul que lleva al cuello lo identifica como miembro de la facción *veneta.* La mirada que le echa a Brandon Charlemont, que parece calcular cuánto dinero lleva en los bolsillos, lo identifica como jugador profesional.

—Alguna vez, sí, alguna… Creo que puedo recordar las reglas de juego, no quiero importunarles ahora pidiendo que me las expliquen… —Bajo la atenta mirada de Domenico, Charlemont dedica una sonrisa temblorosa para los que están alrededor del tablero y luego le hace un gesto—. Ven, Domenico, ven. Me darás suerte.

—No es ninguna molestia, os lo aseguro —responde el jugador profesional. Sus manos, mientras mezclan las cartas, parecen volar—. Fijaos bien, señor. Yo, humilde servidor de todos ustedes, soy la banca. Y aquí —señala la mesa, donde hay doce cartas, del uno al doce de espadas, colocadas en dos filas— es donde ustedes colocan sus apuestas…

Tras las amables explicaciones del hombre del pañuelo azul, comienza una ronda de juego.

«Es la suerte del principiante», exclama Brandon Charlemont, jovial, la primera vez que gana.

«Bueno, sigo siendo principiante, ¿no creen?», exclama cuando lo hace por segunda vez.

A la tercera, tiene que pedirle a Domenico que le ayude a recoger sus ganancias.

Cuando ya ha ganado media docena de veces, gente de otras mesas, incluso de otras salas, comienza a acercarse con curiosidad. También se acercan niños, Domenico los ve. Son niños que las facciones usan de correos, de recaderos, de espías o aprendices. Él mismo conoce a alguno de ellos e incluso se ha criado en las calles de Roma con algunas de las personas que ahora les acompañan en la sala. A veces incluso él mismo se pregunta cómo ha terminado siendo tan honrado si, en

definitiva, todo lo que siempre le ha rodeado le empujaba hacia lo contrario.

—Bien, parece que tengo una buena racha —exclama Charlemont, y se frota las manos—. Voy a tentar a la suerte una vez más. Caballero —le dice al encargado de las cartas, que tiene la piel perlada por el sudor—, estoy listo.

A Domenico no le gusta nada la manera en que su señor está atrayendo la atención.

Y menos todavía le gusta que Charlemont esté haciendo trampas. Está seguro, no hay más explicación. No se le ha escapado que, cada vez que recibe una mano de cartas, su señor se acaricia la campanilla que lleva en la muñeca. Podría tratarse simplemente de un gesto para atraer a la suerte, algún hábito aprendido, pero es que en el faro la banca siempre gana. *Siempre*.

Sólo podría ganar de este modo si estuviera tocado por un ángel o tuviera la suerte más extraordinaria de entre todos los mortales, pero Domenico de veras que se decanta por las trampas.

De nuevo, la banca reparte las cartas y los jugadores hacen sus apuestas.

—Vaya. —Charlemont tiene una sonrisa que le ganaría la entrada al cielo—. Parece que estoy en racha.

Sólo hay una cosa que hace dudar a Domenico: que nadie, ni siquiera el inconsciente de su amo, sería tan estúpido como para ganar diez veces seguidas sin disimulo.

Por décimo primera vez, las cartas se barajan y se reparten. Pero, en esta ocasión, cuando Charlemont está a punto de poner la ficha que marca las apuestas, se encuentra con que no puede, porque la mano de Domenico le sujeta con firmeza la muñeca.

Ha sido un gesto instintivo, pero en ocasiones él también responde a ellos y, en este caso, la intuición le estaba gritando muy alto para que lo detuviera. Trata de convencerle de que es

muy tarde, que quizá deberían marcharse. O cambiar de juego. Ante sus sugerencias, Charlemont lo único que hace es negar con la cabeza. Él insiste:

—¿Acaso no se está aburriendo, *signore*?

—Al contrario, amigo mío, me lo estoy pasando en grande.

—*Dio porco,* mi señor. —Domenico no blasfema excepto en casos de imperiosa necesidad—. Levantaos.

Aunque los pies de Charlemont parecen fijos al suelo, logra alejarlo lo suficiente como para advertirle, en voz baja y sin importarle que esta vez su patrón se ofenda:

—Hacer trampas es muy mala idea, señor. Y dejadme que os diga una cosa: vos me contratasteis como intérprete y conocedor profesional de la ciudad, y ahora mismo conozco por lo menos una docena de callejones donde os podrían apuñalar en cuanto salgamos de aquí.

—Pero, Domenico —dice Charlemont, cándido como un ángel—, yo no estoy haciendo trampas.

Entonces algo distrae su atención: la gente de la sala se aparta como el mar Rojo ante el bueno de Moisés para dar paso a un hombre gigantesco. Gigantesco, sí, aunque no en cuestión de tamaño. En realidad, el hombre apenas es más alto que un niño, seco como la mano de un muerto, pero su mera presencia parece llenar todo el espacio disponible y atraer todas las miradas. Son la mayoría miradas de respeto como corresponde al líder de la facción azul: Lunardi, Giuseppe Lunardi.

—Domenico, qué alegría que hayas decidido venir a visitarnos. Imagino que es por pura nostalgia, no porque quieras volver a trabajar con nosotros. —El hombre tiene la voz extrañamente aguda y melodiosa. Hay malas lenguas que dicen que es porque, de niño, lo castraron con la esperanza de que llegara a ser un gran cantante de ópera, pero esas lenguas se encarga de cortarlas Lunardi personalmente.

—Lo cierto, mi señor, es que ya nos íbamos…

—Oh, no, no, Domenico. Por favor, seguid jugando. Sin prisas. Disfrutad de la velada tú y el ilustre caballero que te acompaña. Charlemont, ¿verdad?

Si Lunardi se ha tomado la molestia de averiguar el nombre de su patrón, entiende Domenico, es que su destino se ha vuelto muy negro. De modo que no les queda más remedio que obedecer.

Cuando el juego comienza de nuevo, Domenico siente que las piernas no le aguantarán mucho más. Necesitaría sentarse, pero no queda ningún barril libre y, a decir verdad, si tienen que salir corriendo, prefiere estar ya de pie.

De nuevo se barajan las cartas y se hacen las apuestas.

Bajo la atenta mirada del jefe de la facción azul, Charlemont pierde una ronda por primera vez en toda la noche y, después, otra.

Debe de estar haciendo trampas también, aunque en esta ocasión para perder.

A la sexta ronda que el juego va en contra de Charlemont, este finalmente se levanta.

—Vaya. Un mío amigo siciliano me dijo en una ocasión que sólo los hombres pobres y los más ricos se quedan en una mesa de juego cuando tienen una mala racha y, puesto que no soy ninguna de las dos cosas, me retiro, caballeros.

Domenico sabe que, a pesar de ese desastre en las últimas rondas, lo cierto es que Charlemont no ha perdido tanto dinero como el que ha ganado. Ni por asomo.

Lunardi y el resto de miembros de la facción lo saben también.

—Caballero —dice el jefe de los azules, retorciéndose el bigote de bucanero que tiene—, insisto en que os quedéis unas pocas rondas más. Quién sabe cuándo la suerte os puede volver a

sonreír.

A Domenico se le hiela la sangre, la suya y la de todos sus antepasados antes que él, porque sabe reconocer una amenaza cuando la escucha.

Pero Charlemont, en lugar de correr por su vida, lo único que hace es inclinarse en una de esas ridículas reverencias suyas.

—Otro día, quizás. Ha sido un placer.

Domenico es honrado, trabajador y profesional. Se enorgullece de ello. Juró que nunca volvería a su vieja vida, pero se da cuenta de que debe hacerlo para conservar la nueva.

Por eso imita a su señor. Hace una reverencia con la que llega a inhalar el polvo del suelo y, al incorporarse, parece que se maree, que trastabille un instante y que tenga que apoyarse en Brandon Charlemont, aunque lo que en realidad hace es birlarle la bolsa con las ganancias de la noche que lleva en el bolsillo interior de la casaca.

La misma bolsa que, abierta, deja caer haciendo que un torrente de monedas se esparzan cantarinas por el suelo.

—Corred. Corred por vuestra vida, amo Charlemont. —Y no es una sugerencia, sino una orden. La habitación se llena de gritos y de gente que se arrodilla para afanar su parte del tesoro.

Por primera vez desde que se conocen, Brandon Charlemont hace caso de lo que le dice.

Los dos salen corriendo tan rápido que sus pies no tocan el suelo. Los gritos les persiguen, pero ellos son más rápidos. En la calle, el grupo de hombres que montaba guardia tarda unos pocos segundos en reaccionar, los justos para que los dos se pierdan por las calles más cercanas, aunque Domenico sabe que no será suficiente.

—Por aquí, señor —susurra al parar junto al esqueleto destartalado de lo que parece un viejo templo—. Abajo. Vamos. Vamos.

Hay un agujero entre bloques caídos de travertino. Antaño estaría cubierto por algún tipo de reja metálica, de la cual sólo quedan unos pocos restos oxidados, y para allá que Domenico empuja a Charlemont de cabeza y luego va él detrás.

Ni siquiera dentro del túnel permite que su patrón se detenga. Al contrario, lo empuja para que siga avanzando.

—Me has robado las monedas, Domenico.

—Lo sé, señor. Y lo siento, señor. Era eso o que nos mataran, y yo preferiría morirme otro día.

—¡Pero no me he dado cuenta! —Charlemont pierde unos valiosísimos segundos para mirarlo con expresión asombrada.

—Corred, maestro, por favor. Tenemos que alejarnos cuanto antes. Corred, por lo que más queráis.

—Bueno, por lo menos correr es bueno. ¿No es lo que dices siempre? ¿Eso de la manzana y el gusano?

—*Mens sana in corpore sano,* amo Charlemont.

—¿No es lo mismo?

—No, mi señor.

XVI

Piazza San Marco, al mismo tiempo

Las notas que emite el violín de James vibran en el pecho de Ida mientras va desgranándose en su garganta la letra de «Alasdair MacColla», esa canción que conocen todos los niños de su pueblo y que cuenta las hazañas del gran guerrero. Se la sabe de memoria y es imposible que cada eco que resuena en su interior no la lleve inmediatamente de vuelta a casa, y mucho más cuando el jackalope que sostiene entre los brazos se une a ella en esa melodía evocadora, como una segunda voz aguda y cristalina, mientras su cabeza sigue rememorando ese encuentro en Marsella, ese encuentro que lo cambió todo y que, la verdad sea dicha, habría preferido no tener.

No sonaba música alguna cuando se encontró frente a frente con el señor Charlemont. No con el *lord*, no. Sino con su

hijo, Brandon Charlemont el joven. Y, bueno, ahora que lo piensa, es cierto que los rasgos irlandeses pueden llamar la atención fuera de su tierra, y las pecas, el pelo rubio y la piel rojiza a causa de un sol mucho más presente en Marsella que en Irlanda, unida a su propia esperanza de encontrar a Paddy, hicieron el resto.

Lo que no esperaba Ida es que Charlemont, el hijo, supiera quién era ella.

—Yo os conozco, señorita… —le había dicho—. ¿De dónde sois?

—De Gleann Arma, señor —respondió ella, solícita.

—De Glean… ¡Ah, sí! ¡Por supuesto! Sí… Vivíais en esa granja grande en las afueras, ¿no es cierto? O'Leary. —Ida asintió. Incluso lo hizo un poco halagada porque alguien tan importante la recordara, hasta que el joven Charlemont continuó —: Mi padre siempre decía que había que conocer a los arrendatarios, por si alguna vez se les ocurría rebelarse, por si se les… pasaba por la cabeza, saber dónde encontrarlos. Pero resulta que son los arrendatarios quienes nos encuentran a nosotros…

Charlemont dejó escapar una carcajada que acabó con un muy poco aristocrático ronquido e Ida se dio cuenta de que iba borracho. Y que tratara de levantarse tambaleándose sólo confirmó sus sospechas. Ida, por pura inercia, se le acercó para ayudarlo, y entonces procesó lo que el joven acababa de decir.

—¿Los arrendatarios, señor? ¿*Los*?

—Charlemont, ¿jugáis o no? —preguntó uno de los emperifollados caballeros que estaban a la mesa.

—Sí, sí. Un segundo. —Brandon Charlemont se bamboleó de nuevo, pero, de algún modo, logró quedarse encarado hacia la puerta de la habitación—. Disculpadme, *mademoiselle,* la partida…

—Pero ¿qué queríais decir con…? —insistió Ida.

—Es una partida importante, esta sí, así que…

—Ya, ya, pero, si pudiera, su señoría, escucharme aunque fuera un momento…

Charlemont no sólo hablaba como un borracho y olía como un borracho, sino que Ida se percató en aquel instante de las arrugas y manchas en su ropa. Sin embargo, algo de lo que había dicho, con esa boca pastosa, seguía dentro de la cabeza de Ida como una rémora, de modo que la joven hizo algo que no suele gustarle a la gente importante como el amo Charlemont, que fue sujetarlo del brazo y obligarlo a que la mirase.

—Habéis dicho… —¿Qué tenía ya que perder? En Irlanda, en casa, la habrían azotado con tan sólo pensar en hablarle así al señor de las tierras, pero dudaba que en aquel antro de mala muerte a nadie le importara lo que dijera—. Habéis hablado de los arrendatarios. *Los* arrendatarios que os han encontrado aquí.

En aquel momento se sintió estúpida por haber pensado que podía parecerse a su Paddy, no sólo porque su Paddy era, desde luego, mucho más apuesto. No, lo que los hacía distintos era una especie de mezquindad que, de repente, pareció destilar de las facciones del caballero.

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres?

—¿Vamos a comenzar o no? —preguntó el caballero con el mazo de cartas—. ¿Quién es esta, Charlemont? ¿Una amante despechada? ¿O alguien a quien también le debes dinero?

—¡Oiga! ¡Soy prácticamente una mujer casada! —se quejó Ida sin poder evitarlo mientras las personas allí reunidas soltaban una risotada, eso sí, con una educación exquisita. Se quedaron todas mudas, sin embargo, cuando Brandon Charlemont se abalanzó sobre la pobre Ida, que se encogió sobre sí misma mientras él gritaba:

—¡Voy a recuperarlo todo! Sólo necesito un día de suerte,

nada más. Una buena mano.

Ida escuchó más risas. Aunque el caballero Charlemont tenía los ojos fijos en ella, ojos grandes inyectados en sangre, no estaba hablando para ella. Ni siquiera para aquellos que se reían cubriéndose las bocas pintadas de carmín con el dorso de la mano. Hablaba para sí mismo, para convencerse, porque Ida ya había descubierto cuál era el mal que aquejaba al caballero Brandon Charlemont. Había visto a hombres mejores que él sucumbir a la tentación del juego.

Sí, el juego era uno de los males que aquejaban al caballero Charlemont, pero enseguida le quedó claro que no era el único, puesto que, de repente, el hombre jadeó de dolor. Se le doblaron las piernas, se estaba cayendo, y lo habría hecho encima de Ida si ella, en un movimiento instintivo, no lo hubiera empujado con todas sus fuerzas.

Lo que ocurrió a continuación sucedió tan rápido que Ida tuvo la sensación de marearse, porque el caballero Charlemont, ya prácticamente inconsciente, se desplomó hacia atrás, y uno habría esperado que la mesa que ocupaba el centro de esa habitación roñosa fuera de mejor hechura, pero no. La mesa, cuando el joven cayó sobre ella, crujió primero y se desplomó después. Fichas, cartas, monedas y baratijas salieron despedidos. El candelabro, que era lo único que iluminaba toda la estancia, cayó hacia un lado despidiendo gotas de cera caliente por doquier.

La gente se apartó entre gritos. Ida sintió la repentina necesidad de escapar de allí a toda prisa, por si a alguien se le ocurriese culparla de todo ese desastre.

El caballero Brandon Charlemont, sobre la mesa destrozada, gimoteó.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! —comenzó a chillar uno de los jugadores. En todo el altercado, había perdido la elegante peluca

que llevaba, de modo que parecía diez años más viejo. A los gritos del hombre se le unieron murmullos de muchos de los presentes, pero, aun así, Ida se abalanzó hacia el caballero Charlemont y lo ayudó a incorporarse.

—¿A quién más habéis visto, señor Charlemont? —soltó frenética—. ¿A cuál de vuestros otros arrendatarios en Gleann Arma habéis visto en Marsella?

—Él…, él… fue…

Estaba terriblemente pálido. No sólo eso. Por debajo de su camisa entreabierta, Ida vio una miríada de marcas negras, como improntas de dedos finos, sobre la piel.

—¡Fuera de aquí he dicho! —volvió a chillar el jugador que había perdido la peluca. Con expresión furibunda, se acercó a Charlemont y a Ida y, al examinar aquellas manchas, retrocedió a toda velocidad—. ¿Qué tiene? ¿Qué le ocurre? ¡Marchaos! ¡Marchaos ahora mismo!

Ida no lo sabía en aquel momento, excepto que estaba enfermo de algo más que del juego. Un mal feo. Como pudo, arrastró al caballero Brandon Charlemont hasta el pasillo. Algunas personas la observaban con recelo y otras sacaron las cabezas desde las distintas habitaciones.

—Vamos, su señoría. Creo que tenéis que venir conmigo —le dijo.

Como pudo, dirigió al hombre hasta la calle. El caballero Charlemont apenas si podía sostenerse en pie. Cada paso que daba con él a cuestas era un suplicio, pero no quería arriesgarse a soltarlo, no fuese que no pudiera volver a levantarlo después.

Por fin llegaron a la plaza donde, por suerte para Ida, todavía estaba el carromato de la compañía. No sabía dónde más llevarlo. El primero en levantarse al verla llegar fue el Turco, que avisó a los demás con un silbido.

—Señor Charlemont…, no se ofenda —resopló. Al verse ya

tan cerca de su destino por fin se sintió con fuerzas para hablar —: Pero no las tengo todas conmigo de que vaya usted a salir de esta, así que, si es tan amable, me estaba diciendo que, sí, que otro de sus arrendatarios…

No la dejó terminar, porque el caballero Brandon Charlemont se sacudió presa de una extraña convulsión. Cuando Ida fue a inclinarse sobre él, Revna lo apartó de un empujón.

—No lo toque, señorita Ida.

No quisieron decirle más que eso. No entonces, por lo menos. Cubrieron a Charlemont con una manta y lo subieron a uno de los carros. Sus gimoteos ya habían logrado que algunos vecinos curiosos los observaran desde las ventanas.

—¿Viene usted, señorita O'Leary? —preguntó el Turco, y se retorció uno de sus bigotes.

No tuvo que responder, Revna lo hizo por ella:

—Por supuesto que viene con nosotros.

Ida, como si aquella afirmación de Revna hubiera sido, efectivamente, una orden, los siguió. Se marcharon de Marsella como si el viento mismo los empujara a hacerlo. Por aquel entonces, Ida no comprendía nada y, al final, no pudo más que estallar en preguntas.

No obstante, sólo le explicaron que el caballero estaba enfermo, muy enfermo, y que su enfermedad era contagiosa. Y enfermo debía de estar porque, a cada hora que pasaba, unas manchas parduzcas, casi del color de las berenjenas, se le iban extendiendo por el pecho, los brazos y el cuello. Ida lo contemplaba, también en el carro, a una distancia prudencial. Y tenía que morderse la lengua para no preguntarle más acerca de a quién más había encontrado en sus viajes. Quería saberlo. *Necesitaba* saberlo. Pero mientras las manchas se extendían, el caballero Charlemont iba quedándose cada vez más aletargado, como adormecido. Como un muerto en vida, apenas podía abrir

los párpados y mirar a su alrededor con ojos confusos.

Fue al final de su periplo, ya llevaban dos días de camino, cuando el caballero pareció despejarse. Cualquiera habría pensado que aquello era un claro síntoma de mejora, pero Ida, que desgraciadamente había visto morir a su madre y a tantos más en Gleann Arma, sabía que esa lucidez no era más que el paso previo a la eterna despedida.

Por eso, todavía a una distancia prudencial, se animó a preguntar.

Y su respuesta, tal y como ella esperaba, le atizó en el corazón como un mazo.

Momentos más tarde, por fin el caballero Charlemont descansó y James, envolviéndolo en una manta, fue quien se lo llevó lejos mientras ella y el resto lo esperaban en los carros en un claro de un bosquecillo.

James les dijo que había enterrado al caballero Charlemont en un hoyo poco profundo a un lado del camino sin rezos ni ceremonia.

—¿Y ahora? —recuerda Ida que preguntó mientras subían a los carromatos.

El Turco se santiguó. En aquel momento, Ida no entendió su respuesta.

—Recemos para que no se levante.

Aunque Ida pensó que ojalá lo hiciera (cómo se arrepiente ahora de aquel pensamiento) porque no dejaba de repetir en su cabeza, una y otra vez, aquellas últimas palabras que intercambió con él, en aquel episodio de lucidez antes de su muerte.

—Me dijo que había visto a alguien más del pueblo. ¿A quién, señor Charlemont? Dígame a quién, por lo más sagrado —le había preguntado ella, sabiendo que el tiempo se le acababa.

—A ese maldito diablo, Doyle —había escupido Brandon Charlemont con un estertor—. Magnífico jugador de cartas. Se

lo llevó todo. Todo mi dinero. Mi ropa. El medallón de mi familia.

Paddy. Paddy Doyle.

A Ida, en lo más profundo de su corazón, no le sorprendió.

XVII

En la cloaca máxima, ya de noche

Llevan ya un tiempo en este lugar. Aquí y allá, claraboyas redondas en la bóveda del techo dejan pasar haces de luz de luna, que les ayudan a discernir el camino correcto. Cloaca máxima, lo ha llamado Domenico, diciendo que los antiguos romanos eran mucho más civilizados que los modernos y que usaban esas enormes canalizaciones para drenar el agua de lluvia y otros desperdicios, aunque a él sólo le parezca un túnel enorme, con un canal de agua en medio.

Es bueno que Domenico le cuente este tipo de cosas, piensa. Significa que ya se ha calmado.

De todos modos, hace un trecho que no habla, aunque cree que se debe no a que Domenico no tenga palabras que decirle. Simplemente cree que, en esta ocasión, el silencio de Domenico

se debe a que se está guardando algo.

—¿Dónde aprendisteis a jugar así, señor? —le pregunta finalmente tras desviarse por una bifurcación de la cloaca. Ajá, piensa él. Ahí está lo que se estaba guardando su fiel sirviente.

El problema viene en la respuesta, y por eso se muerde el labio inferior. La pregunta que le ha hecho Domenico va dirigida a Brandon Charlemont, pero, en realidad, la respuesta está en Padraic Doyle.

A menudo su madre le contaba que el día que nació se puso a llorar. Evidentemente, todos los bebés lloran al nacer, pero la madre de Padraic Doyle, Paddy para todo el que le conocía, contaba, no siempre riéndose, que el llanto de Paddy fue estridente, desesperado, una protesta frenética al conocer el lugar dejado de la mano de Dios donde le había tocado nacer.

Padraic Doyle pasó su primera infancia presa del terror más absoluto, pero aquel niño grandote, rubio como el niño Jesús que había pintado en la iglesia del pueblo, no temía ni a los monstruos ni a la guerra ni a la hambruna ni a la enfermedad. A lo único a lo que temía, desde que tuvo uso de razón, fue a que su vida fuera a transcurrir entre las cuatro calles y los campos ingratos de Gleann Arma, y que lo hiciera siendo tan pobre y miserable como todos sus vecinos.

Un culo de mal asiento. Eso era. De acá para allá todo el día, metiéndose en líos.

Él, de haber estado en el lugar de sus padres, también se habría mandado a sí mismo de una patada a Ballymena para ganarse la vida en cuanto cumplió los diez años.

Conoció al Siciliano cuando, para no morirse de hambre, trabajaba limpiando los establos y fregando los suelos de la posada con peor reputación del pueblo. Allí no era extraño encontrar hombres que mataban el tiempo apostando a las cartas, y el Siciliano se había hecho un hueco entre ellos. Los hacía reír

y pagaba rondas a diestro y siniestro; encantador. Sólo el diablo sabe qué hacía aquel extranjero, calvo y menudo, tan lejos de su hogar, pero aquella noche, doce años tendría ya, aquel siciliano abandonó la posada con el jornal de la mitad de los clientes en el bolsillo.

Padraic Doyle dejó el cubo y el cepillo con el que había estado fregando las tablas del suelo y salió corriendo detrás de él.

«Señor. Señor, por favor, deteneos», le suplicó Paddy al hombre, arrodillándose frente a él.

Luego, le rogó que le enseñara su magia. Aquel hombre no sólo había desplumado a sus vecinos. Es que ellos le habían dado su dinero y lo habían hecho con una sonrisa en los labios. Padraic Doyle incluso lloró unas lágrimas que no eran ciertas, claro, pero sí lo bastante convincentes.

El Siciliano entonces le dijo: «Desde luego, muchacho. ¿Qué quieres aprender? ¿El respetable arte de convertir un juego de azar en uno de habilidad? ¿Quieres que te enseñe prestidigitación? ¿Engaños y tretas? Tendrás que pagarme primero, por supuesto».

El muchacho le puso en las manos las pocas monedas que componían toda su fortuna. Tras sostenerlas en la palma durante unos segundos, como si estuviera pesándolas, el Siciliano se las guardó en un bolsillo oculto en la parte interior de la casaca. Se dio media vuelta y, a pesar de las protestas e insultos de Paddy, siguió caminando.

Aquella noche, Paddy Doyle se fue a dormir con el estómago vacío, pero había aprendido una lección importante: que la esperanza volvía descuidados a los hombres.

A la mañana siguiente, el Siciliano regresó a la posada. Le hizo una seña con la cabeza a Paddy para que lo siguiera. Le enseñó todo lo que sabía y más, todavía no sabe por qué. Por pena, quizás, o por aburrimiento. Trabajaron juntos,

desplumaron a damas y caballeros a lo largo de las islas británicas, asistieron a fiestas y se batieron en duelo más veces de las que Paddy puede recordar.

El caballero que no es Brandon Charlemont, justo en ese momento, con el recuerdo vívido en su memoria, se gira hacia Domenico.

—¿Que dónde he aprendido a jugar? Como todos, querido amigo. En fiestas y celebraciones. Es un pasatiempo, un divertimento la mar de popular en los selectos círculos entre los que me muevo.

—Pero yo os he preguntado dónde habéis aprendido a jugar *así* —insiste el joven mientras sacude una cabeza cubierta de bucles morenos, al tiempo que le da un cierto énfasis a la palabra «así».

En la oscuridad, la campanilla que Paddy lleva en la muñeca tintinea suavemente.

—No entiendo lo que me estás preguntando, Domenico —responde él con una expresión cuidadosamente honrada—. No hay otra forma de jugar: se aprenden las reglas y luego es todo cuestión de azar. ¿Acaso hay otro modo?

—No, señor.

El Siciliano resultó ser, primero, un buen maestro y, después, cuando Paddy creció, un buen socio. Aprendió que una sonrisa siempre le llevaría más lejos que la violencia, a tener las manos rápidas y la lengua, más todavía. Memorizó el funcionamiento de cientos de juegos y cientos de maneras de hacer que el azar se doblegara ante su voluntad.

Fueron años en los que Paddy se sintió más vivo que nunca. Que sintió que su vida era aquella que le correspondía, aunque siempre, siempre, siempre acababa regresando a Gleann Arma, aunque fuera sólo por unos días.

El Siciliano no lo entendía (pero, piensa Paddy, el Siciliano

no conocía a Ida).

Tampoco entendió lo que ocurrió en Marsella. Fue en Marsella donde vio al verdadero Brandon Charlemont, el mismo que en Gleann Arma solía pasearse junto a su padre por entre las casas de sus pobres arrendatarios, repartiendo sonrisas y fingiendo que se interesaba por sus penurias y sus vidas discretas. No lo reconoció. ¿Cómo iba a hacerlo si Padraic Doyle iba vestido como un gran señor, como su igual, en aquella fiesta? Estaba claro que algo le había hecho la vida a Charlemont. Sus ropas no tenían el lustre de las cosas nuevas, y jugaba como si a cada mano de las cartas se apostara la vida.

Padraic Doyle se pegó a él. Dejó que le contara su vida. Pagó sus copas y escuchó sus historias hasta que una noche le ganó todo lo que tenía. Se hizo con sus últimas monedas, su ropa, sus joyas. Era justo que le robara también el nombre.

Al Siciliano le pareció una terrible idea. Así se lo dijo, y le advirtió también que acabaría colgado tarde o temprano. Fue allí donde se separaron, con una encajada de manos de caballeros.

Domenico entonces se detiene. Tiene las cejas fruncidas, la boca entreabierta en un titubeo.

—De hecho, sí que lo hay, señor. Desde luego, no querría acusaros de nada. La suerte del principiante, habéis dicho, ¿verdad?

—Exactamente. Del mismo modo que ha sido mala suerte que la bolsa con todas mis ganancias cayera al suelo, ¿verdad?

Ve a Domenico abrir la boca; luego, cerrarla con las mejillas rojas de vergüenza.

Sin decir otra palabra, lo lleva a abandonar la cloaca máxima para adentrarse por una sucesión de sótanos de edificios largamente de-saparecidos, catacumbas y, finalmente, un pasadizo ascendente que desemboca, para sorpresa de Paddy, en la cripta de una vieja iglesia. Cuando salen a la calle, Paddy se da

cuenta de cuánto han caminado. Están fuera de la ciudad. Desde donde se encuentran, ve las murallas iluminadas por una miríada de antorchas y deja escapar un suspiro sorprendido.

—¿Ahora tenemos que hacer todo el camino de vuelta?

—Mejor eso que una emboscada en un callejón, maestro —le responde Domenico, seco. Sigue enfadado con él y, para asombro de Paddy, este hecho le produce una punzada de culpabilidad en el pecho.

En silencio y cabizbajo, sigue a Domenico de regreso a la ciudad. Las grandes puertas están cerradas, pero siempre hay unos pocos pasos auxiliares para viajeros o, más a menudo, caballeros que hacen escapadas a los burdeles que hay tras los muros de la ciudad. Es un paseo largo, aunque Paddy admite que también es reconfortante. El río está cerca, escucha el rumor de la corriente y saborea la humedad que sube en forma de neblina y lame los edificios circundantes. Están caminando al lado de un templo redondo, sostenido por esbeltas columnas, cuando descubren un puñado de funcionarios de la ciudad pintando grandes letras en el muro de una casa vecina.

—¿Qué se supone que hace esta buena gente a estas horas, Domenico? —pregunta con cautela. Domenico siempre se pone de buen humor cuando le hace preguntas.

El muchacho levanta la cabeza.

—Ah, *eso*, mi señor… Están pintando el programa de festejos. Para la próxima jornada de carreras en el circo. ¿Habéis estado alguna vez?

—Estuve, sí, al poco de llegar.

Picado por la curiosidad, Padraic Doyle se acerca a los hombres que siguen dando brochazos de pintura roja en la pared. Allí están los nombres de los famosos aurigas que van a correr y el número de carreras previstas para el día.

—Señor, ¿habéis visto esto? —dice Domenico, señalando a

las últimas palabras que acaban de pintar los operarios públicos, aunque no hace falta. Él también se ha dado cuenta de que el espectáculo, programado para dentro de unos pocos días, lo patrocina el vizconde de Roden.

Paddy lo sabe, claro que lo sabe. Porque antes de robarle su bolsa de oro, su ropa, su medallón e incluso su apellido, lo que le robó fue información. Y supo desde ese instante que, desde Marsella, iría a Roma. Porque si el incauto de Charlemont tenía un tío rico y poderoso al que apenas conocía pero que pasaba largas temporadas en Roma, el nuevo Charlemont (es decir, él mismo) tenía que conocerlo. Y, a ser posible, desplumarlo también.

XVIII

Los desvencijados apartamentos de Paddy y Domenico, días más tarde

—Hoy, sí.

Al poco de llegar a Roma, Padraic Doyle aprendió una frase: «La fortuna ayuda a los audaces». Es decir, lo que aprendió fue un galimatías en latín, pero el bueno de Domenico tuvo a bien traducírselo. La fortuna ayuda a los audaces, y Padraic Doyle, Brandon Charlemont para todos los demás, si tiene una cualidad de la que pueda estar orgulloso, es de su audacia.

—Así pues, ¿vamos a intentarlo de nuevo, señor? ¿En el circo?

—No vamos a intentarlo, Domenico; vamos a *lograrlo* —le replica él.

«La fortuna ayuda a los audaces», se repite Brandon

Charlemont, Paddy Doyle, mientras salen por fin al exterior. Es día de fiesta en Roma y hay una multitud inquieta que se mueve hacia el oeste por las callejuelas.

Él también aprendió otro dicho de niño: que a la tercera va la vencida, y han sido tres las veces que él y Domenico se han plantado frente al palacio donde reside el vizconde, su pariente. En realidad, el del verdadero Brandon Charlemont, pero tanto da.

Han sido también tres las veces que el mayordomo estirado no les ha permitido la entrada.

Por tanto, está claro que, si a la tercera no ha ido la vencida, es porque a la cuarta sí que irá.

—Lo que no entiendo, mi señor —el muchacho se mueve con pasos nerviosos en torno a él, ahora a su derecha, ahora a su izquierda—, es que si sois familia de su excelencia el vizconde, este sea tan reticente a recibiros. No me malinterpretéis, no. Quiero decir, estoy seguro de que sus razones tendrá, señor.

Es una buena pregunta. Ya lo decía Paddy, que Domenico era un joven muy listo.

—Lo cierto, Domenico, es que, como ya te conté, mi familia es muy extensa y no especialmente bien avenida. Y, sí, su excelencia el vizconde de Roden es mi tío, tío segundo, para más señas, pero lo cierto es que no lo he visto jamás.

—Entiendo. Por aquí, señor —añade Domenico, y señala una calle a su derecha que desemboca en una plaza estrecha y larga, donde todavía les resulta más difícil avanzar entre la gente. Muchos llevan banderines con los colores de sus respectivas facciones.

Paddy le sigue. A Domenico se le ha pasado definitivamente el enfado con él, de modo que mientras caminan va contándole anécdotas y detalles, que él hace como que escucha, aunque tiene otras cosas más importantes en la cabeza.

Tiene, por poner un ejemplo, un plan.

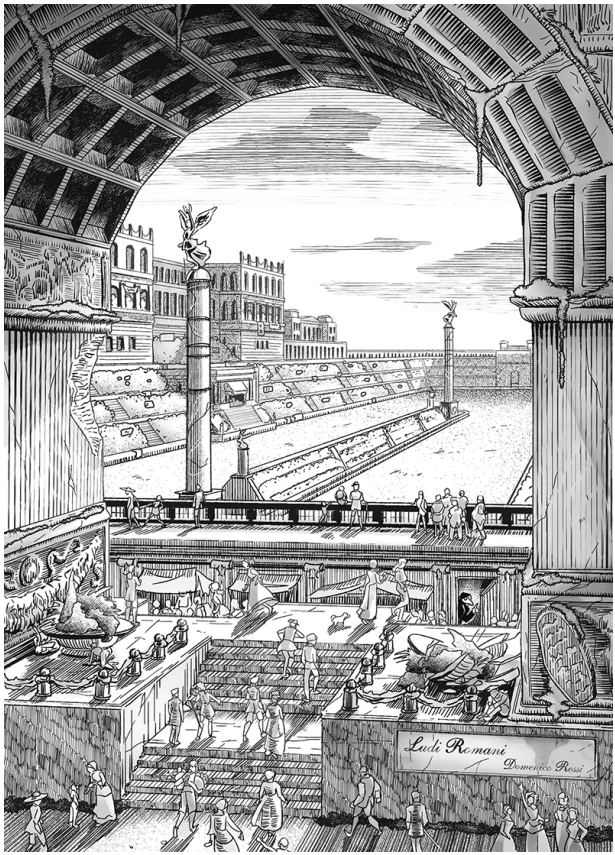
Todavía es un plan muy rudimentario, pero le va dando vueltas mientras se mueven de callejuela en callejuela cada vez con más dificultad. La ciudad está atestada y, sin embargo, siguen llegando más y más personas. Los ricos en carrozas o cómodamente transportados en literas por sirvientes uniformados; los pobres, un verdadero ejército de mendigos, peregrinos, campesinos y artesanos, se mueven a pie, charlando a voces y, de vez en cuando, irrumpiendo en cánticos de júbilo. Por si fuera poco, la escasa anchura de las calles se ve diezmada por la presencia de una variopinta colección de tenderetes que venden todo lo necesario para disfrutar de un día de carreras en el circo.

—El circo… —comienza Domenico— es el más grande que se haya construido jamás en Roma y el único que todavía sigue en pie.

Y tan en pie.

Delante de ellos se alza una de las muchas colinas de Roma (seguro que tarde o temprano Domenico le dice cuál es) coronada con una miríada de edificios medio en ruinas. Y a sus pies está el Circo Máximo.

El edificio es un símbolo glorioso de lo que es esta Roma de la que tanto habla Domenico: un estadio tan grande que apenas si lo abarca entero con la mirada, con parte del graderío construido sobre arcos de piedra blanca mientras que aquí y allá, donde las construcciones de los romanos no han sobrevivido al paso de los tiempos o al saqueo, asoman añadidos en ladrillo rojo.



Paddy ha visto construcciones impresionantes a lo largo de sus viajes, pero ese mármol que brilla bajo el sol, las gentes vestidas con el color de sus distintas facciones, los gritos del público, de vendedores de comida, los banderines, la música que parece provenir de todas partes, todo aquello le deja sin habla un segundo.

—Adelante —dice al fin.

No es sencillo abrirse paso entre tanta gente. Aun así, logran entrar por uno de esos grandes arcos de piedra de un blanco lustroso y, desde allí, comienzan a subir por unas escaleras de peldaños desgastados, esquivando a comerciantes y corredores de apuestas hasta que llegan a las gradas más altas del

estadio, las dedicadas a los ciudadanos pobres de Roma y a los extranjeros.

—Si no es molestia, repítame el plan, señor, porque no acabo de comprenderlo —le dice Domenico mientras se dobla sobre sí mismo para recuperar el aliento.

—Eso es porque no te he contado el plan —se apresura a responder él.

Paddy, de un elegante salto, se sube a uno de los bancos de madera del graderío. Aunque algunos de los espectadores que quedan por detrás se quejan, él no se inmuta. Desde esta posición privilegiada, ve a las multitudes que rugen sus cánticos y también la arena, donde las bandas de música ya comienzan a retirarse para dar paso a la docena de carros que se preparan en uno de los extremos del estadio. Sin embargo, lo que le interesa a Paddy es la tribuna de autoridades que hay un poco más allá, en el sector de gradas destinado a las élites de Roma.

—Y… ¿señor? ¿Cuál es? ¿Cuál es el plan?

—¡Tú! ¡Idiota! ¡Bájate de aquí! —Un hombre grande como un buey que está sentado detrás de él intenta apartarlo de un manotazo.

Paddy Doyle hace lo único que puede hacer un caballero, que es ignorar a ese energúmeno.

—Allí. ¿Lo ves, Domenico? —Paddy señala hacia el mar de estandartes que hay en la tribuna. En medio de todos ellos se encuentra, gigantesco y orgulloso, el emblema del ciervo del vizconde de Roden—. Sé que cuando me presente, mi pobre tío recordará a su prima, mi querida madre, y me acogerá con los brazos abiertos de la compasión que alguien de su posición debe ostentar. Ahora sólo tenemos que llegar hasta allí.

—Pero, señor…

Antes de que Domenico pueda contarle lo que ya sabe, que la tribuna de autoridades les está vetada, una manaza se pone

sobre su hombro e intenta apartarlo. Es el hombretón de antes, vestido con ropa de la facción de los verdes y con cara de muy malas pulgas.

—¿Vas a apartarte o no, idiota?

Aún sobre el banco de madera, Paddy sonríe sin moverse de donde está.

—Domenico, *caro amico,* ¿te he contado alguna vez cómo en los primeros días en Roma, antes incluso de que la fortuna hiciera que cruzáramos nuestros caminos, conocí a la deliciosa *signora* Bartoletti?

El hombretón de los verdes, entonces, se levanta a su vez. Una fanfarria frenética hace que desvíe su atención por un momento. En la arena del circo, una docena de trompeteros anuncia el inicio de las carreras. La multitud, como una sola voz, ruge tan fuerte que el circo bien podría venirse abajo.

—Creo…, creo que no me lo habéis contado, señor —balbucea Domenico.

Los carros ya están en la línea de salida, cada uno pintado con los colores de su correspondiente facción.

Los romanos, piensa Paddy, están locos. Especialmente ese que lleva quejándose un buen rato de que le está tapando la vista, que trata de apartarlo de nuevo de un manotazo y que él esquiva con una finta que parece una reverencia.

—*Porco straniero* —ladra el hombretón, que intenta arrearle un golpe con el banderín de los verdes que lleva en la mano.

—Hubo una pelea, ¿sabes? —Paddy lo esquiva otra vez haciendo equilibrios sobre el banco, con tan mala suerte que golpea a otro de los espectadores que está sentado a su lado—. *Mi scusi, signore.*

En la tribuna de autoridades, el vizconde de Roden se levanta. La gente, de inmediato, le aclama en agradecimiento por

haber pagado de su bolsillo el espectáculo del día. El vizconde alza los brazos y, de repente, el estadio entero guarda silencio. En la mano lleva un pañuelo blanco como el alma de un santo. Un ejército de trompetas lanza al aire una nota aguda, temblorosa por el esfuerzo. En ese instante, el vizconde suelta el pañuelo, que cae lentamente. Cuando toca el suelo, el circo entero vuelve a estallar en gritos. Los aurigas, con una ferocidad desmedida, azuzan a los caballos.

Al tiempo que el hombre de los verdes intenta asestarle un puñetazo a Paddy, otro caballero al que Paddy ha pateado (casi) sin querer y que lleva un manto de color azul, se levanta. Resulta que la facción azul y la verde son enemigas acérrimas. Quién lo iba a decir.

Ya es mala suerte, también, que el caballero seguidor de los azules piense que haya sido el otro caballero, el seguidor de los verdes, el que ha intentado golpearlo a él y no Paddy, que observa la escena con expresión inocente.

—Santo cielo, Domenico. Pensaba que tu Roma era la cuna de la civilización —musita al tiempo que algunos de los espectadores a su alrededor se unen a la pelea, que se está convirtiendo en una batalla campal.

—Eso fue en Grecia, mi señor —atina a decir Domenico justo antes de que otros dos hombres de facciones contrarias, que se han enzarzado a puñetazos, estén a punto de arrollarlo.

En la arena del circo, las cuadrigas casi han llegado al otro extremo y comienzan a girar para completar la primera vuelta ante un público entregado.

—¿Acaso no son lo mismo? —Ahora prácticamente toda la sección de gradas en la que están se ha alzado en armas. Verdes contra azules, rojos contra blancos, cada uno ha elegido un bando.

—No, señor. Son civilizaciones distintas. Aunque lo cierto

es que los antiguos romanos…

—Ahora no, Domenico —lo frena Paddy. A su espalda, dos contendientes que caen, todavía forcejeando entre sí, acaban de romper uno de los bancos de madera, cuyas tablas se convierten rápidamente en garrotes improvisados—. Vámonos.

—¿Es eso lo que pasó, señor?

—¿Qué? —Paddy tira de Domenico, que estaba justo en la trayectoria de un seguidor de los azules que se lanzaba contra sus enemigos armado con una jarra de vino. Un segundo después, oyen el sonido inconfundible de una jarra que se estrella contra una cabeza ajena—. Ah. La pelea, sí —responde al recordar la pregunta de Domenico—. Conocí a la *signora* Bartoletti gracias a una pelea, sí, señor. Aquí hay mucha violencia, la verdad.

—Pero si habéis sido vos quien…

—Qué espectáculo más bárbaro, desde luego —se reafirma Paddy.

En la arena, dos carros acaban de chocar con tanta fuerza que el público ruge. Los que se están peleando bajan los puños por un instante y levantan las cabezas para luego seguir con su reyerta con energías renovadas.

Paddy baja del banco en el que se había encaramado. Quizás es porque, en ese mismo momento, una docena de guardias suben apresurados por las escaleras. Guía a Domenico hasta el final de las gradas, donde una barandilla alta los separa del nivel inferior, destinado a nobles y gente de bien. Sin muchos miramientos, empuja al muchacho para que salte.

Por poco no caen encima de la cabeza de una señora emperifollada, por lo menos una duquesa, que estaba atenta a la pelea, pero Paddy se disculpa con una sonrisa. Así fue como conoció a la *signora* Bartoletti: hubo una pelea (él, lo jura, no tuvo nada que ver) y tuvo que saltar a las gradas de abajo para

ponerse a salvo, aunque en esa ocasión *sí* cayó sobre la *signora* Bartoletti. En su regazo, de hecho, aunque a ella no pareció importarle tanto como a la mujer que, mientras se marchan ahora, se pone a gritar.

Las cuadrigas ya han completado la segunda vuelta, pero Paddy y Domenico compiten con ellas en velocidad mientras cruzan una nueva sección de gradas en pos de la tribuna de autoridades. Impaciente, el público se pone en pie cuando dos carros de facciones contrarias están a punto de chocar en la siguiente curva. Ellos siguen corriendo mientras parece que, a sus pies, el circo mismo se estremezca de la emoción.

—¡Señor! ¡Los guardias!

Desde luego, era demasiado pedir que todos los guardias del circo corrieran a sofocar la pelea, pero Paddy lo habría agradecido enormemente.

Sólo unos pocos pasos los separan ya de la tribuna de autoridades y de los estandartes de todos los colores que ondean orgullosos. Allí está la bandera con el ciervo sobre el fondo verde esmeralda. Paddy no se detiene, como no lo ha hecho nunca, ante la adversidad.

Gritos de horror, algunos de alegría, recorren de nuevo el graderío como un huracán. Un carro pintado de rojo acaba de volcar despidiendo fragmentos de madera. Los presentes se ponen en pie, de puntillas, e intentan mirar los unos por encima de los otros.

Y los guardias también.

Paddy es el primero en llegar a la balaustrada de mármol que separa a los ilustres ocupantes de la tribuna. Apoya las manos en la piedra fría y se impulsa hacia arriba mientras los guardias, como el resto del público, observan atentos el desarrollo de la carrera.

Salta. Después, ayuda a Domenico a hacer lo mismo.

Uno de los guardias, de repente, les da el alto. Pero es tarde. Tiene el estandarte del ciervo justo sobre la cabeza y, delante, a su excelencia el vizconde de Roden.

Antes de que pueda hacer o decir nada, Paddy saca del bolsillo el medallón.

—¡Tío! ¡Por fin!

—¿Quién sois vos, si puede saberse, caballero?

De inmediato, el mayordomo con cara de permanente dolor de tripa que les ha cerrado las puertas en las narices en las anteriores ocasiones ladra:

—¡Su excelencia! Son un par de pordioseros que…

Paddy se inclina, tiene lágrimas en los ojos, lágrimas de pura pena, sinceras, *sincerísimas*. Echa las manos hacia adelante, toma la mano del vizconde, su tío, para besar el anillo que lleva.

—Por fin, señor, por fin os he encontrado. Vos no me conocéis, pero yo sí os conozco. He cruzado mares, países enteros, durante largos meses de penuria —exclama, no tanto para el vizconde de Roden, que le observa con curiosidad, como para el resto de nobles y príncipes que observan. Tras tomar una bocanada de aire, muestra el medallón con el emblema del ciervo para que todos lo vean—. Soy vuestro sobrino, vuestra excelencia. Brandon Charlemont, el hijo de vuestra querida prima Ciara.

XIX

Piazza San Marco, una semana más tarde

Hoy ha venido todavía más gente. Algo más de una semana tras su primera actuación, se ha corrido la voz y una pequeña multitud se ha reunido, dándose empujones nerviosos para estar cuanto más cerca de la colorida tarima de madera, mejor. Una multitud, como siempre son esas cosas, ruidosa y alborotada mientras Tashiin hacía piruetas y Revna y Enea recitaban versos, pero que cuando cantaban Ida y su bestia prodigiosa, ha quedado muda en un silencio asombrado.

—¿Lo habéis visto? —pregunta Enea en voz muy baja al acabar el espectáculo.

James asiente.

Hoy, una figura enmascarada ha permanecido un buen rato bajo los soportales que rodeaban la plaza. Medio oculta, sí, pero

a la vez demostrando sin pudor que los estaba vigilando.

Está claro que por lo menos han conseguido llamar la atención de la Sociedad de la Garduña, aunque no lo suficiente. Al acabar la actuación, la figura había desaparecido.

—Si el Turco estuviera aquí… —murmura entonces Tashiin con los dientes apretados—. Él conocía los lugares de reunión y a los hermanos en Roma…

—Yo también. Contacté con ellos y, por si no lo recuerdas, Tashiin, me dieron la espalda. Siento si soy un pobre sustituto del Turco, pero no creo que él lo hubiera hecho mejor. O tú, si se diera el caso —responde James. Se arrepiente enseguida del tono en que lo ha dicho, que provoca que Tashiin deje escapar una retahíla de palabrotas en árabe dirigidas a él. La joven es impaciente. Está llena de fuego, como esos *yinns* del desierto del que proviene su gente.

—Haya paz. —Revna es la otra cara de la moneda. Sus palabras han sonado amables pero frías—. Contactarán con nosotros. Tarde o temprano. Quizá llevamos demasiado tiempo sin tener contacto con nadie y recelan. Quién sabe.

—¿Ocurre algo?

Al escuchar su voz, todos se giran hacia Ida, que hasta ese momento estaba entretenida con su nueva mascota y se les ha acercado con la bestia entre los brazos.

—No, querida. —Revna, ahora, sonríe. Hace bien. Puede que Ida viaje con ellos y comparta su comida y refugio, pero no deben olvidar que no es parte de la compañía y, mucho menos, de la Sociedad de la Garduña—. Deberíamos marcharnos ya. Se hace de noche y mereces un descanso. Has hecho una gran actuación hoy.

—Pero no ha funcionado… No habéis… llamado la atención de quien queríais. ¡No os penséis que estaba escuchando a escondidas! —añade apresuradamente—.

Simplemente estaba cerca… En realidad, si lo quisierais, podría irme un poco más lejos y…

James levanta una mano.

—No va a ser necesario. Nos marchamos.

No hay más discusión. En la compañía no se discute con el líder, sea el Turco o, como es ahora, James. Todos montan en el carromato y ponen rumbo a los establos que les hacen de refugio. El avance es lento. En las calles hay más gente que nunca, como si la proximidad de los carnavales los empujara a salir de sus casas, y James, nervioso, azuza al pobre mulo para que camine con más brío y que la multitud se aparte de su paso.

Pero no llegan. Cuando están a pocos pasos de su refugio, la mano helada de Revna le obliga a tirar de las riendas.

—Espera.

La gran puerta de madera que da a los establos y que James está seguro de haber cerrado cuando se marcharon se encuentra entreabierta.

—Por fin se han decidido a venir a nuestro encuentro —susurra Tashiin.

James asiente despacio. Aun así, cuando baja del carro y se acerca a los establos, les hace una seña a los demás para que no le sigan y desenfunda sus pistolas.

En cuanto llega a la puerta, ya sabe que algo no va bien. Es por el olor. No huele a paja seca ni a polvo, sino a tumba. Podredumbre y decadencia.

Junto a los jergones donde han dormido estos días hay una figura agazapada que levanta la cabeza cuando James hace lo mismo con su pistola.

Ojos negros como cuentas. La cara roja, hinchada. «Está aquí —piensa mientras lucha por que el terror no se apodere de él—. Está aquí». La criatura les ha encontrado.

James dispara al mismo tiempo que el monstruo deja

escapar un grito que es como la muerte misma.

La bala se clava en la pared de madera y la criatura, enseñando los dientes, carga.

Sabían que les había seguido. Lo sabían todos, aunque durante días, después de Marsella, ninguno de los miembros de la compañía dijera nada. Quizá cada uno de ellos pensara que los ruidos, las sombras esquivas que veían a veces alrededor del campamento eran fruto de su imaginación, o tal vez pensaban que los rumores de una extraña enfermedad extendiéndose por allá donde ellos habían pasado eran sólo fantasías. No obstante, James se ha acostumbrado a dormir con su violín contra el pecho y sabe que ni Tashiin ni Enea se han separado de sus armas.

Pero la bestia acabó por alcanzarles. Fue en un pueblo llamado Grasse que era poco más que un puñado de casas y una plaza con una iglesia con el campanario derruido. Ni siquiera sabe por qué el Turco eligió aquel lugar para montar su pequeño escenario frente a una veintena de campesinos de mirada recelosa.

Lo tenían todo listo: trajes y máscaras, el violín. Ida iba a cantar aquel día. Les pareció una buena idea. La habían escuchado canturrear para sí misma mientras viajaban y tenía una buena voz.

Entonces, sucedió.

Un murmullo entre la audiencia, un grito de terror y, de pronto, allí estaba aquel noble irlandés al que habían enterrado nada más salir de Marsella, o algo que había sido él. La ropa que llevaba, más ajada y manchada de tierra, la cara abotargada, pero eran sus ojos y su cabello rubio lo que le hacían inconfundible.

Esa misma ropa, ese mismo rostro inhumanamente hinchado que ahora, a miles de millas de distancia, escapa haciendo un ruido horrible, como el de una bota de vino al ser agitada.

—¡Tashiin! ¡Revna! ¡Enea! —En cuestión de segundos están ahí. Enea le tiende su propia capa y la máscara, que siente como un peso reconfortante sobre el cuerpo—. ¡Ida! ¡No te muevas de donde estás! —chilla, aunque no se entretiene a comprobar si la muchacha le hace caso. No puede: ha comenzado la caza.

XX

Palazzo Borghese, esa noche

Padraic Doyle es el rey de Roma. Bueno, lo es Brandon Charlemont, que para el caso es lo mismo. En algún momento Domenico le contó que Roma no tiene reyes ni los ha tenido en mucho tiempo, pero él desde luego se siente como si lo fuera. Se siente como si pudiera salir de sí mismo, se siente alto, fuerte, elegante. Se siente en su piel, como debe ser.

Le gusta esta ciudad. Le gusta mucho.

—La fortuna nos sonríe, amigo mío —dice mientras dos grandes puertas ornamentadas se abren ante ellos. Ya se oyen las risas y la música más adelante. Paddy siempre había pensado que en Roma, al ser una ciudad de curas y monjas, las fiestas serían tan animadas como pasar el rosario, pero no podía estar más equivocado.

—¿Eso significa que finalmente podréis pagarme por mis servicios, mi señor?

—Pronto, Domenico, pronto —se apresura a responder él sin perder la sonrisa—. Sabes que agradezco tu paciencia, pero fíjate, ¿no estoy cumpliendo con mi palabra?

Él cree que sí. Comen cada día y tienen un techo sobre sus cabezas. Tiene ropas nuevas y otro bastón con pomo de plata. Domenico tiene una librea casi nueva que su generoso pariente el vizconde les ha regalado. Mientras cruzan la entrada al salón de baile, atraen no pocas miradas, de modo que él, enfundado en las lujosas ropas del caballero Brandon Charlemont, inclina la cabeza y saluda. No en vano, esta fiesta es en su honor.

—Quiero decir, señor —insiste Domenico; como siempre, parece incapaz de decidir si camina a su derecha o a su izquierda, por lo que pasa de un lado al otro sin cesar—. Que está siendo un honor haceros de guía y de criado, y de ayudaros a entender mejor el idioma, pero…

—Me honra que digas que está siendo un honor para ti, *caro* Domenico. —Como si hablaran un lenguaje propio, Paddy le hace un gesto para que le deje solo y pone la mejor de sus sonrisas cuando se acerca al vizconde de Roden, a quien acaba de ver—. ¡Tío! ¡Mi querido tío!

«Soy vuestro sobrino, el hijo de vuestra querida prima Ciara», fue lo que selló su destino, lo que hizo que el vizconde, en medio del rugido de las masas, le abrazara como a un hijo. Desde entonces, todo han sido atenciones, reverencias, comidas pantagruélicas. Y bailes. Han asistido a uno prácticamente cada noche durante esta última semana.

Esta noche, quien le ha invitado como huésped de honor no es otro que el príncipe Marcantonio Borghese; según Domenico, es una de las mayores fortunas de Roma, mecenas de las artes, de las ciencias y de un puñado de cosas más.

—Mi querido sobrino, aquí estáis. —Al tiempo que Paddy hace una reverencia tan profunda que la frente casi le toca el suelo, su pariente le hace un gesto para que se levante. El vizconde de Roden es un hombre enjuto, de mirada severa, pero que se suaviza cada vez que pone los ojos sobre su sobrino—. El príncipe Borghese está ansioso por conoceros.

—Siempre a vuestro servicio, vuestra excelencia.

Por norma general, las palabras de su tío son órdenes para Paddy. Al fin y al cabo, todo lo que ha conseguido en Roma en la última semana es más de lo que esperaba conseguir: el reconocimiento, los halagos se los debe a él, pero en esta ocasión el muchacho parece dudar.

Ha sucedido al dirigir la mirada hacia el fondo de la sala, donde está la orquesta de cámara rodeada de bailarines. Allí está la señorita Gentilleschi.

La ha buscado en otras fiestas, en otras reuniones, sin éxito, pero ahora está aquí. Recuerda con demasiada claridad el rato que pasó con la joven semanas atrás, la manera en la que, tras su encuentro en la alcoba, ella misma trató de tentarlo y de ponerlo nervioso delante de su propia madre y, no sabe por qué, el rubor parece alcanzarle las mejillas.

—Sobrino mío, ¿os encontráis bien?

Como fulminado por un rayo, Paddy se yergue. La *signorina* Gentilleschi dedica una reverencia a su pareja de baile mientras disimula una sonrisita traviesa tapándola con el dorso de la mano.

—Sí, por supuesto, mi señor, por supuesto.

—Entonces, venid. De hecho, el príncipe Borghese…

—Sí… —balbucea él y, aunque lo intenta, no logra centrar toda su atención en su tío. Es como la vez que se cayó de cabeza desde el tejado del granero, cuando su padre habría jurado que se les moría allí mismo. Duda, incluso, si no le habrán puesto algún

mejunje extraño en el vino.

La *signorina* Gentilleschi, que lleva un vestido del color de la medianoche, ataca un minueto entre risas.

—Veo, sobrino, que has encontrado a alguien de tu interés.

Ahora sí, Paddy clava la mirada en su tío, con la garganta llena de hiel porque se ha distraído mirando a la *signorina* y le ha ofendido, aunque el vizconde de Roden, para su desconcierto, esté sonriendo.

—No, mi señor, no. Estoy a vuestro servicio, yo jamás…

Pero el hombre levanta la mano donde lleva el anillo con el escudo del ciervo, el símbolo de su familia y que, dada la falta de descendencia de su tío, quizá Paddy espera heredar, con todo lo que conlleva. Una miríada de arrugas, como la tela finísima de una araña, se le ha formado alrededor de los ojos y en las comisuras de los labios, dándole un aire entre divertido y complaciente.

—*Hijo* mío, todos hemos sido jóvenes. Sería muy cruel celebrar esta fiesta en tu honor y pretender que no hicieras lo mismo que cualquier muchacho de tu edad. Ve —insiste el vizconde mientras pone una mano amable sobre su hombro—. Ve y diviértete. Ya tendremos tiempo después para presentaciones.

—Jamás osaría desobedeceros, señor.

—Oh. —Su tío ríe—. En ese caso, creo que debo comandaros que habléis con la *signorina* Gentilleschi, pues. Es, desde luego, una de las invitadas más distinguidas, aunque sólo sea por apellido, y nunca está de más codearse con lo más… selecto de Roma, sobrino.

Como Brandon Charlemont jamás desobedecería a su tío, Paddy se despide con una rápida reverencia antes de que este cambie de opinión. Los bailarines siguen en el otro extremo de la gran sala, una treintena al menos. Se mueven en dos filas

enfrentadas al son de la música, entre espejos y luces y pan de oro, dando la impresión de que la sala sea una fabulosa gruta subterránea.

Paddy usa el cordón rojo que pende del pomo de su bastón para colgárselo del chaleco, así tendrá las manos libres. Observa a la *signorina* Gentilleschi, que vuelve a reír por lo bajo y, esta vez sí, permite que una sorprendente rojez le invada las mejillas.

En los bailes de la alta sociedad hay una serie de normas no escritas sobre cómo entrar en un corro: hay que esperar a que acabe la pieza anterior y, si el pretendiente está interesado en bailar con cierta dama, debe pedírselo respetuosamente. Pero a Paddy le arde la sangre por bailar *ahora.* Que la *signorina* esté bailando con un caballero con galones de soldado le importa más bien poco. Es sólo cuestión de maña y de un poco de discreción, de colocarse, como hacen muchos otros, alrededor de los bailarines para observar la danza y luego, en el momento adecuado, estirar el pie para hacerle la zancadilla.

La *contradanse* apenas se ve interrumpida. El caballero que bailaba con la *signorina* trastabilla y cae con un gritito de desconcierto, y el lugar que acaba de dejar vacío lo ocupa rápidamente Paddy con una naturalidad pasmosa.

—¿El homenajeado se cree con más derechos que los demás? —le pregunta ella sin interrumpir la danza, con una sonrisa que es toda una provocación.

—¿Decía algo, *signorina* Gentilleschi? —pregunta él, y trata de acompasar sus pasos a los del resto. Por mucho que Domenico hubiera intentado enseñarle a bailar en aquel cuartucho que tenían alquilado, Paddy tiene que reconocer que es más difícil de lo que parece—. No me he dado cuenta de nada.

—Puedo imaginarlo —responde ella mientras, sin pudor alguno, toma las riendas y le dirige los pasos—. Por cómo mueve los pies, quiero decir. Hacia el otro lado, señor Charlemont.

Una vez más, y ya van tres, a Paddy se le sube el rubor a las orejas. Aunque en esta ocasión cree que se debe un poco a ese orgullo herido por el comentario de la *signorina* Gentilleschi sobre su forma de bailar.

—Por supuesto. —Sin perder la calma, él gira hacia el lado correcto. Está convencido de que, si permanece tranquilo y hace los suficientes movimientos ampulosos con las manos, nadie se dará cuenta de lo mucho que se equivocan sus pies—. Y me alegra que se acuerde de mi nombre —añade antes de decir en un susurro—: Espero que también recuerde *otras cosas* de mí.

La *signorina* Gentilleschi suelta una pequeña carcajada y el pecho de Paddy se hincha. La ha hecho reír. Se siente como un soldado vencedor en mil batallas mientras, a un cambio de ritmo de la música, se acerca a la joven para sujetarla delicadamente de la mano.

—Quizá —remarca ella, y gira para pasar por debajo de su brazo.

Tras ese último movimiento, las parejas vuelven a separarse en dos filas enfrentadas. Los últimos compases de la danza se vuelven más lentos y, para alivio de Paddy, la pieza acaba.

Lo sorprendente es que, de pronto, la *signorina* le tome de la mano y, como si continuaran bailando, le dirija hacia un lateral del salón, hacia la puerta que da a los jardines del *palazzo*.

—Creo que me vendría bien recordarlo, no obstante —le dice al oído—. Y dejad de llamarme *signorina*, soy Allegra.

Como si flotara por encima del suelo, Paddy se deja guiar por la *signorina* Gentilleschi, Allegra, hacia el jardín. Allí, como ha sucedido en cada fiesta a la que le ha llevado su tío, en jaulas de madera, entre árboles perfectamente podados y matorrales de flores de perfume embriagador, se exponen las bestias que su tío ha traído de sus viajes y que lleva a cualquier acto al que los inviten para deleite de la alta sociedad romana.

Aunque ya las haya visto más veces, Paddy no puede evitar que se le corte el aliento.

—Son excepcionales, ¿no creéis? —le pregunta Allegra una vez que ya han salido a los jardines, delante de algo que a él se le asemeja a un pollo enorme de color rojo.

—Excepcionales. Excepcionales, sí —comenta él. Por mucho que ese pollo rojo de enorme cola extienda sus alas delante de ellos, no sabe si queriendo escapar o atrayendo su atención, está mucho más interesado en el escote de Allegra que en lo que hay en las jaulas.

—¿De dónde creéis que las habrá traído vuestro tío? Jamás habíamos visto algo igual en Roma.

—Oh. —Paddy hace un gesto amplio con su bastón—. Mi familia tiene contactos por todo el mundo, *signorina*, y según me ha dicho mi tío, desde hace años se ha interesado en coleccionar todo tipo de monstruos.

—¿Este? —Ella señala al pollo casi con adoración—. No será un verdadero fénix, ¿verdad?

—Verdadero, verdadero, por supuesto. De la verdad más absoluta —resuelve él pensando que, si la *signorina* Allegra dice que es un fénix, sea lo que sea un fénix, él no va a contradecirla.

—No os imagináis lo que me gustaría ver la colección completa, caballero Charlemont.

—Los tiene en el jardín de su casa, abiertos a todo el mundo que quiera verlos. Aunque siempre podemos arreglar una visita privada…

La joven no responde. Sólo sonríe de esa manera enigmática que él no acaba de entender; pero lo que Paddy sí que sabe interpretar es ese gesto, esa manera que tiene la *signorina* de acercarse a él, algo inclinada, dejándole a la vista la plenitud de su escote, la mirada queriendo ser inocente, pero en absoluto acorde con la sonrisa. Las manos de Allegra, entonces, se aferran

a su cintura.

—Me encantaría.

En cuanto ella le rodea con los brazos, Paddy ya sabe lo que viene a continuación, pero, al mismo tiempo, no deja de sorprenderse cuando esos labios carnosos, casi de terciopelo, se unen a los suyos. Al principio, tímidamente a pesar de que ya se hayan besado en otra ocasión, pero no transcurre mucho tiempo antes de que él la atraiga por completo contra sí y, muy lentamente, tan lento y delicado como años de experiencia en hacerlo le han enseñado, los entreabre con sus propios labios y la besa a su vez.

No sabe cómo sucede, pero acaban besándose contra la jaula primero y, después, contra la pared. Sus manos le recorren la espalda desnuda, de una piel tersa y sedosa, y a continuación Paddy pasa delicadamente a los hombros y el cuello. Se complace cuando ella deja escapar un pequeño gemido y, cuando va a proponerle que quizá sea una buena idea que busquen una estancia algo más privada, ella se separa.

Su atención ya no está en Paddy, sino en una algarabía que proviene del exterior de los jardines. Por el rabillo del ojo, Paddy atisba un retazo de tela negra, quizá una máscara. Son doctores de la peste.

—Debéis disculparme, caballero, pero debo ausentarme. —La joven acaba su frase con la cabeza ladeada y un parpadeo capaz de provocar una nueva guerra en Troya, de modo que Paddy sólo puede asentir con la garganta seca y contemplar cómo la muchacha se aleja.

XXI

Barrio del Trastevere, esa noche un poco más tarde

—No me gusta hacer estas cosas dentro de la ciudad. Podrían vernos y acabaríamos todos en la hoguera —susurra Tashiin.

Se han detenido. El monstruo, al verse perseguido, se ha refugiado en lo que parece ser una iglesia medio abandonada en el barrio del Trastevere, en la ribera oeste del río.

—¿Tienes alguna alternativa? —dice James, que se ha detenido a su lado, entre las sombras.

—No. Pero me he quitado un peso de encima diciéndolo, eso es todo. Podría ser peor. Podríamos tener que hacer esto en medio de la calle. Además, lo hacemos por el Turco.

La máscara que es Revna asiente.

—Por Aristophanes Kostas.

Estas tres palabras lo deciden todo. Suben los escalones que hay en la entrada y van a refugiarse de nuevo en la penumbra que proyectan las dos grandes columnas que, unidas por un frontón triangular, flanquean la puerta principal.

Es un mal lugar, una iglesia, piensa James mientras avanzan por la nave central. Aquí cualquier susurro se convierte en un secreto a voces, cualquier paso parece la marcha de un ejército.

—Tiene que haberse escondido por aquí. Vamos. Rápido.

Como polillas que se precipitan hacia la luz, los miembros de la compañía se acercan al altar de la iglesia que, aun lleno de polvo y suciedad, está iluminado por una miríada de velas. Entonces cada uno de ellos toma una de las candelas y se despliegan por todo el espacio en busca del monstruo.

Es James quien lo encuentra.

Entre cascotes, hay una tumba antigua. El nombre del inquilino está borrado, pero se puede identificar en el centro una calavera grabada sobre la piedra. «*Memento mori*», quiere decir ese cráneo que reposa sobre dos huesos de piedra: «Recuerda que vas a morir».

Pero la lápida está desencajada y aquello que se ha buscado cobijo ahí debajo no está muerto, no del todo.

—Aquí.

Desde rincones distantes de la iglesia, los demás se acercan. A su paso, las velas que llevan iluminan retazos de pintura de las paredes y las caras de los santos en los retablos carcomidos.

Sin perder más tiempo, entre los cuatro sujetan la gran losa y comienzan a empujar, arrancándole un chirrido atronador a la piedra.

—Santa María, Madre de Dios —recita James mientras, poco a poco, van revelando lo que hay debajo. Tashiin está a su lado, sosteniendo su cuchillo. Revna al otro, preparada—. Orad por nosotros. ¿Cuándo creéis que llegó a la ciudad? ¿Cuánto

tiempo hace que se oculta en esta vieja tumba y, desde aquí, acecha por las calles?

En el norte, esas criaturas se llaman *nachzehrer*, «los que viven después de la muerte». Difuntos que salen de sus tumbas para propagar una terrible enfermedad entre sus antiguos vecinos y familiares.

—Déjate de rezos y acabemos ya con él —le apremia Tashiin—. Recuerda, James: por el Turco. Por su memoria.

Porque es esta la criatura que apareció en el pueblo de Grasse aquella noche. Recuerda que él estaba tocando el violín, sumido en ese momento de paz que siente cada vez que se acercaba al instrumento y producía melodías aprendidas en la infancia, una tradición milenaria que se enorgullecía de conocer y de compartir. Primero, oyó los gritos de la gente que se había reunido para ver el espectáculo de la compañía. Entonces, James abrió los ojos. A la luz de las antorchas con las que iluminaban el escenario lo vio, en medio de la multitud, sus iris como pozos de tinta fijos en ellos.

Avanzaba renqueante en su dirección. A cada paso que daba, el estómago de la bestia se bamboleaba, como si estuviera lleno de algún líquido viscoso.

—Es imposible. Imposible… —El Turco bajó de un salto del escenario, todavía vestido como el personaje de una de sus comedias, y le dirigió a James una mirada llena de pánico—. ¿No lo enterraste? ¿No le pusiste una piedra dentro de las fauces para que no pudiera escapar de su tumba?

James quiso responderle y su garganta no se lo permitió. La bestia, con las puntas de los dedos acabadas en unas uñas demasiado largas, tocaba a todos aquellos que no habían huido lo suficientemente rápido y así los condenaba.

James sabía lo que iba a ocurrirle a aquella gente. En pocos días, les aparecerían manchas oscuras allí donde el *nachzehrer* les

había tocado. El resto dependería de la salud del infectado, pero el final sería el mismo: primero, una debilidad arrolladora, sueño y pesadillas. Luego, la muerte. Y después de la muerte, el desdichado difunto saldría también de su tumba para propagar la enfermedad entre nuevas víctimas.

—¡Morley!

El grito del Turco le hizo volver en sí.

El monstruo corría hacia él. Había perdido el interés en todo lo demás. Corría hacia James con movimientos espasmódicos, como si cada paso fuera sólo una caída que no llegaba a producirse del todo.

—¡James! ¡Cuidado! —le advirtió Revna.

Y el engendro, de un salto, se plantó sobre el escenario. Recuerda que Ida dejó escapar un grito que resonó en perfecta armonía con esa música que salía de su violín.

La gente se golpeaba entre sí en sus ansias por escapar. En el caos, las antorchas cayeron, dejándolos a merced de la oscuridad. Sonaron disparos de mosquetes y de una pistola gigantesca que el Turco llevaba desde hacía días, cargada, en el cinturón.

Y cuando acabaron la violencia y los gritos y las antorchas se encendieron de nuevo, vieron que el monstruo había escapado y que el cuerpo del Turco estaba tendido en el suelo. La muerte le había llegado en forma de tajo directo al corazón, creyeron, causada por las garras del monstruo.

Ese mismo *nachzehrer* que ahora tiene delante, se repite James, acurrucado en una tumba que no le pertenece.

En la penumbra de la iglesia, James saca una piedra plana que ha cogido de las ruinas. Se inclina. James ha visto a muchos muertos a lo largo de su vida, pero pocos como ese. Un muerto con el pelo lustroso, la piel tersa y las mejillas sonrojadas.

—Acabemos de una vez con él —le apremia Tashiin.

El muerto, de repente, les devuelve la mirada.

Los ojos de la criatura se abren todavía más en una mueca salvaje, su cuerpo se mueve en un espasmo violento mientras suelta un alarido. No hay manos lo bastante fuertes como para evitar que salte fuera de la tumba, ni piernas lo bastante rápidas como para alcanzarla cuando huye por la nave central de la iglesia.

—Maldita sea… —masculla Enea, seguido de un florido reniego en su florentino natal.

—Ya lamentaremos luego las oportunidades perdidas. —Revna es la primera en ponerse en pie, la primera también en salir en pos del monstruo—. Pero ahora… ¡corred! ¡Por Odín y todos los dioses que nos observan! ¡Corred antes de que escape!

A James no le gusta cazar dentro de las iglesias, porque cualquier ruido, como por ejemplo sus pisadas mientras corren tras la bestia, se vuelve atronador. Menos todavía le gusta salir a la calle, expuesto a ojos vigilantes, pero debe hacerlo. Han fallado, y esa quemazón del fracaso que le invade los huesos es la misma que le impulsa a no pensar, a moverse con todas sus fuerzas y abrir el doble portón de San Francesco a Ripa, empujándolo con el cuerpo entero.

La encrucijada frente a la iglesia está en penumbra; el cielo, encapotado. Ni con cien velas como la que lleva en la mano lograría ver más allá de unos pasos, pero aun así James ladea la cabeza. Por la calle que está a su izquierda le llega un chirrido rítmico, como el frotar de montones de paja seca, de cuero envejecido y, muy de fondo, aunque él lo advierte con su oído de músico, un borboteo grave. Es el sonido de un cadáver que camina.

—Por allí —les susurra a sus compañeros, que se han colocado a su lado. No necesita más palabras, la compañía, como cuando lleva a cabo una de sus actuaciones, se pone en marcha

con perfecta sincronía.

Cuatro sombras que se mueven por ese callejón lleno de inmundicia en pos de una quinta silueta que se aleja.

Enea es el primero en lanzarse sobre el monstruo. Lo golpea en la parte baja de la espalda haciéndolo trastabillar y se aparta a tiempo de esquivar sus garras afiladas. Al mismo tiempo, Tashiin estira el brazo con el que sostiene el puñal y corta la carne blanda que este tiene detrás de las rodillas.

El aire se llena del hedor de la materia en descomposición y luego el monstruo cae, todavía lanzando dentelladas al aire.

Esta vez, James no duda. Con un movimiento certero, la piedra que hay en su mano queda firmemente encajada entre las fauces del monstruo, que gime mientras parece que sus mandíbulas manchadas de rojo vayan a desencajarse en cualquier momento.

Sólo la estaca que Revna le clava en el pecho logra detenerlo definitivamente.

—Por fin… —suspira Tashiin. La muchacha se deja caer sentada en el suelo y se quita la máscara, dejando al aire su rostro sudado y una maraña de rizos oscuros, para abanicarse con ella —. Qué poco nos ha faltado.

—Levanta. Levanta. No te descubras aquí, podría vernos cualquiera… —la apremia James con un tono de voz demasiado seco a juzgar por cómo Enea, de inmediato, se tensa.

—James tiene razón —les corta Revna. Por la posición del pico de su máscara, está mirando hacia arriba.

Y arriba, en las casas estrechas y altas de ese callejón romano, han aparecido nuevas constelaciones hechas de velas, candiles y lámparas, y de los ojos de los vecinos que, entre curiosos y aterrados, les observan. En pocos segundos, los primeros curiosos se acercan.

Ya lo decía él, piensa James saboreando la hiel en su

garganta. En la iglesia las cosas habrían sido malas, pero, desde luego, en la calle es peor.

XXII

Palazzo Borghese, un poco más tarde

Paddy no vuelve a ver a la *signorina* Allegra Gentilleschi en toda la noche. No es que la haya estado buscando con la mirada, oh, no, desde luego que no. En realidad, Paddy no piensa en ella en absoluto durante el resto de la velada en que el vizconde de Roden lo pasea por el gran salón del palazzo entre duques, marqueses y cardenales. Aunque puede que un poco sí, quizá sí.

La joven, con su vestido de medianoche, la cabellera recogida en un peinado alto que le enmarcaba el rostro entre bucles morenos y esa mirada viva, todavía no ha abandonado la cabeza de Paddy al final de la velada, cuando los sirvientes comienzan a apagar velas y candelabros, y los invitados dan cuenta de los últimos bocados de comida que quedan antes de marcharse.

—Nos hemos ganado un buen descanso, Domenico —le dice Paddy a su sirviente cuando por fin salen del *palazzo* Borghese. Hay luna nueva esta noche, el cielo está encapotado y las calles sólo quedan iluminadas por algunas antorchas en las esquinas y por el trémulo resplandor de las velas en las ventanas. La oscuridad, junto a un viento que de repente se alza, húmedo y pestilente desde el río Tíber, sería suficiente como para que la ciudad estuviera desierta, pero, para sorpresa de Paddy, a medio camino encuentran una pequeña multitud que les bloquea el paso.

—*Permesso…* —Que quiere decir «con permiso» en la lengua de los romanos, y con su bastón intenta apartar suavemente a las personas que tiene delante—. *Permesso…*

Sus quejas son en vano. Quizá por culpa del clima, mucho más suave que el de las islas británicas, los romanos tienen una manía espantosa de hacer corrillos en la calle con motivo de algún espectáculo callejero, por una pelea interesante o simplemente para charlar con sus vecinos a cualquier hora del día o de la noche.

—Hay un cadáver, *signore* —le informa Domenico de improviso. No sólo eso. El muchacho, un poco pálido, retrocede unos pasos.

—Ah. —Puede que Paddy deba admitir, por esta vez, que el corrillo de gente en la calle está más que justificado. Aun así, recupera los ánimos muy pronto—. Pero, Domenico, la gente muere cada día. Tampoco veo razón alguna para quedarse aquí en medio entorpeciendo el paso.

Para su sorpresa, Domenico lo agarra del brazo y tira de él hacia atrás con brusquedad.

—Apártese, amo Charlemont, ahora.

—¡Oye! —Sus quejas se extinguen porque él ha podido ver también el cadáver. Y Paddy, para su desgracia, ha visto unos

cuantos cadáveres a lo largo de su vida.

Sin embargo, este tiene la piel de un color entre negro y violáceo; las facciones, hinchadas. Algún animal le debe de haber metido una piedra en la boca y le ha clavado una estaca en el corazón.

Por si eso fuera poco, Paddy se da cuenta, mientras retrocede, de que es un cadáver que conoce.

—Desde luego, creo que ya hemos visto lo suficiente, Domenico. Será mejor que nos marchemos de aquí. —Horrorizado, sigue mirando al cadáver mientras se pregunta, una y otra vez, qué hace Brandon Charlemont, el verdadero, al que desplumó allá en Marsella y al que le ha robado el nombre, aquí. En Roma. ¿Acaso es casualidad? ¿O ha venido buscándolo a él?

No se va a alegrar de que esté muerto, pobre diablo. Pero reconoce que siente un alivio inmenso por que así sea.

Retrocede un paso, con la mala suerte de que su espalda choca con alguien que le lanza un insulto primero, y luego un empujón. Enseguida, más murmullos se van multiplicando. A pesar de que su dominio del idioma romanesco todavía no es el mejor, entiende perfectamente qué están diciendo:

«La plaga. La plaga ha llegado a Roma».

—¿Plaga? —pregunta. Sí es cierto que, en las últimas reuniones y fiestas a las que ha asistido, le han llegado rumores sobre una nueva enfermedad que se está extendiendo desde el sur de Francia, pero no cree que sea el caso, por razones evidentes—: ¿Es que nadie ve que el desgraciado tiene una estaca en el corazón?

—Callaos, mi señor. No queréis llamar la atención ahora.

Incluso el codazo que le da Domenico parece aterrorizado.

—Sí, sí, pero no es… ¿evidente?

—*Untore! Untore!* —El grito les sorprende a Domenico y a él cuando ya han comenzado a retroceder prudentemente. No lo

pronuncia una sola persona, sino varias. Una acusación, un clamor airado.

—¿Domenico? —pregunta. No sabe qué significa la palabra, sólo que no parece algo bueno.

—Los *untores* son esos que propagan la enfermedad echando polvos y pócimas en las esquinas y en las fuentes y en los pomos de las puertas, señor.

—Pero… yo no he hecho tal cosa.

—Yo lo sé, maestro, pero estos caballeros de aquí dicen que han visto a unos extranjeros alrededor del cuerpo del pobre finado y, desgraciadamente, aquí el único extranjero que hay ahora sois vos.

XXIII

La misma calle al mismo tiempo, entre las sombras

Brandon Charlemont es un idiota, pero Allegra no quiere que lo maten. No torturado, paseado por la ciudad cubierto de harapos y luego colgado para escarnio de todos como se hace con los asesinos y envenenadores, piensa frenética. Además, es posible que Allegra se sienta un tanto culpable por lo que ha ocurrido un rato antes, durante la fiesta.

—*Untore! Untore!* —chilla la gente. La figura de Brandon Charlemont, que reconoce entre las demás por sus ropas de colores brillantes, retrocede unos pasos apresurados.

En realidad, habría seguido besándolo con gusto durante toda la noche, porque es apuesto, ocurrente, un idiota sin duda, ya lo ha dicho, pero además es… liviano. Allegra siempre ha

pensado que su madre, nobles y damas de su selecto círculo social ponen en ella unas expectativas que son como un yugo sobre los hombros. Brandon Charlemont la mira como si con recibir una sonrisa se sintiera el hombre más rico del mundo. Pero ha visto algo a través de las rejas del jardín, algo que le ha llamado la atención a pesar de los labios de Charlemont, y eso que son unos labios muy interesantes: figuras que corrían por uno de los callejones adyacentes.

Y, como siempre, Allegra ha tenido que recordarse su juramento. Se ha escabullido de la fiesta y se ha cambiado el vestido color medianoche por la capa y máscara en el carruaje. De los misteriosos enmascarados ya no queda rastro. Lo que sí ha encontrado en la calle es un cadáver ennegrecido por la plaga y al tonto pero encantador caballero Charlemont metido en un buen lío.

Por un instante, su cuerpo piensa por sí mismo y se echa hacia delante. Sólo una antorcha ilumina la calle. Nadie la reconocería y quizá con su atuendo inspirara cierto respeto, pero…

Su padre la entrenaba. Por las noches, en el patio de los naranjos, disparaba contra monigotes pintados y daba cuchilladas al aire.

¿Podría hacer lo mismo con una persona?

Allegra se queda donde está mientras, unos pasos más adelante, la multitud extiende su dedo acusador hacia Brandon Charlemont.

Tras echar un vistazo hacia arriba, se da cuenta de que en puertas y ventanas han aparecido candiles que iluminan caras de asombro y la calle se ha llenado de curiosos que, en cualquier momento, podrían convertirse en una turba enfurecida.

—*Untore!* ¡Demonio! ¡Asesino! —Los gritos de la gente no le permiten escuchar lo que dice Charlemont con las manos

levantadas en señal de sumisión, pero debe de estar asegurando que es inocente. Le cree.

Un par de jóvenes fornidos empujan al criado de Charlemont, que se ha interpuesto entre su patrón y los demás. No es la primera vez que Allegra ve este tipo de justicia rápida desarrollarse ante sus ojos. Eso de los *untores* es un cuento, una excusa para encontrar un culpable sobre el que descargar el miedo y la rabia al ver la sombra de una nueva plaga sobre ellos. Además, Charlemont es extranjero: poco más necesita la gente que lo acusa.

—Señores, creo que aquí ha habido un terrible malentendido… —dice la voz de Charlemont, alta y clara. Un instante después, suelta un gemido. Lo están acallando a golpes.

La mano se le va a la pequeña ballesta que lleva atada con correas en el pecho. Es una malévola obra de arte que recibió como regalo en su undécimo cumpleaños. Sin pensar en qué está haciendo realmente, clava la vista en esa única antorcha encajada en un soporte de la pared que ilumina el callejón.

Allegra apunta.

Apenas con una leve presión en el gatillo, la ballesta se dispara. Es un arma de asesinos y ladrones y de gente discreta. El virote sale volando sin hacer más ruido que el de un silbido y pasa rozando el extremo encendido de la antorcha, que se apaga.

En la calle reina un silencio breve. Luego, empiezan los gritos. Unos son de asombro; otros, de terror por esa oscuridad repentina. Algunos, incluso, advierten:

—¡Brujería! ¡Brujería!

—¡La plaga! —dice otra persona—. ¡La plaga está en Roma y con ella llegan monstruos y prodigios!

Justo después, alguien más añade:

—¡Deberíamos marcharnos de aquí! ¡Huyamos! ¡Este lugar está maldito!

Allegra, bajo la máscara, sonríe al reconocer que se trata, ni más ni menos, que de la voz del señor Charlemont.

En apenas unos segundos, los candiles de las ventanas se apagan y un coro de pasos indica que la calle queda vacía. Sólo dos siluetas permanecen allí unos pocos segundos, pero incluso estas, que pertenecen a Charlemont y a su criado, se marchan finalmente.

Allegra, en cambio, se queda donde está durante un buen rato. Normalmente no se interesaría por un muerto más o menos tirado en la calle. Por desgracia, no es una visión extraña en la ciudad, pero le preocupa lo que han dicho de la plaga. Si eso fuera cierto…

Todavía contra la pared, Allegra da unos pasos. Quiere comprobarlo por sí misma.

Luego, se detiene. Al final de la calle, dos tímidas luces aparecen. Oye pasos. Dos hombres, a juzgar por sus voces cuando uno murmura: «Dicen que lo han visto por aquí». Y otro responde: «Míralo, ahí está, pobre diablo».

Se refieren, seguro, al difunto tirado en medio de la calle.

Entonces uno de los hombres, altísimo y flaco, chasquea la lengua.

—Tanto tiempo buscándolo y lo encontramos aquí, en Roma.

Allegra, todavía con el cuerpo pegado al pequeño saliente que le hace de refugio, aguanta la respiración. Nada de esto le gusta. No entiende por qué esos hombres querrían acercarse al cadáver (tanto tiempo buscándolo, han dicho) y mucho menos por qué cargarlo entre los dos y comenzar a arrastrarlo calle abajo.

Dos posibilidades se ciernen sobre ella. Allegra podría aprovechar el momento para escapar en dirección opuesta. Aunque la escena le parece extraña, su padre le hizo jurar que

estaría atenta a monstruos, prodigios y maravillas, nada más. Por otro lado, vuelve a observar a los criados junto a ese grotesco bulto que arrastran por el suelo embarrado, preguntándose adónde se lo llevan.

En cuanto los hombres se pierden en la oscuridad al final de la calle, Allegra respira profundamente y cuenta lentamente hasta diez. Después sale tras ellos.

Sigue a los hombres mientras arrastran su penosa carga por calles poco transitadas, vigilándoles desde los soportales y las esquinas en penumbra. Roma de noche se convierte en un lugar un tanto triste. Los mármoles de las fachadas no tienen sol que los haga brillar y las estatuas en plazas y en las puertas monumentales de los palacios se convierten en siniestras siluetas que parecen vigilar a los mortales que caminan a sus pies. Todo tiene un aspecto sucio y decadente, aunque eso no hace que ame menos su ciudad mientras se dirige hacia el barrio del Trastevere.

La persecución acaba de un modo brusco, y con una palabrota que se le escapa a Allegra porque, de repente, los hombres entran en los jardines de una gran mansión que se levanta justo al borde del río.

La muchacha avanza hasta los mismos límites de la finca. ¿Para qué habrán traído el cuerpo hasta aquí?

No lo sabe. Tampoco tiene tiempo para pensar porque, en ese momento, una figura sale de la casa, todavía vestida con las ropas lujosas que llevaba en el baile en el *palazzo* de los Borghese. Es el vizconde de Roden, el tío y benefactor de Brandon Charlemont.

—¿Lo habéis encontrado? —pregunta a esos dos hombres a los que ha seguido. Estos no responden, lo que llevan ya es una respuesta, a lo que el vizconde añade—: Si hay uno, tiene que haber más. Debemos encontrarlos también, por el bien de todos.

Tanto el vizconde como sus criados desaparecen de su

campo de visión y, de un manotazo, Allegra se quita la máscara y permite que el aire húmedo del río le refresque momentáneamente las mejillas. Una multitud de preguntas se agolpan dentro de ella. ¿Qué es lo que acaba de ver? ¿Qué es lo que acaba de ocurrir?

Un crujido la hace girarse bruscamente, con una mano ya en el mango del cuchillo que guarda bajo la capa.

—¿*Signorina* Gentilleschi? ¿Allegra? —Brandon Charlemont, que se acaba de salvar de una cuchillada sólo porque Allegra lo ha reconocido a tiempo, se acerca a ella—. ¿Qué hacéis aquí y a estas horas?

Aunque sonría, Charlemont no parece el mismo que el que apenas unas horas antes hacía reverencias y lanzaba halagos a diestro y siniestro. Su gesto es un pálido reflejo de lo que debería ser: trémulo, inseguro. Tiene un cardenal feo en un ojo y algo de mal humor en la mirada.

—Os debía una disculpa —responde ella con las primeras palabras que se le pasan por la cabeza. Se arrepiente de inmediato, por supuesto. Es imposible que Charlemont crea que realmente estaba aquí, junto a la puerta de entrada de la finca, por él, nadie es tan pagado de sí mismo—. Aunque estoy convencida de que encontrasteis una nueva pareja de… *baile* en cuestión de un instante.

Con cuidado, Allegra oculta su máscara bajo la capa, que es lo bastante larga como para disimular que ya no lleva el vestido color medianoche con el que Charlemont la ha visto en la fiesta.

—Oh. —La actitud de Charlemont, pese a su ojo morado, cambia al instante, como si se hubiera puesto un disfraz—. Bailar, lo que se dice bailar, ya habréis descubierto que no es lo mío. —Sonríe y deja entrever una colección de dientes blancos mientras se le forman unas arruguitas alrededor de los ojos. Allegra, sin saber por qué, también sonríe.

—Quizá deberíamos solucionarlo.

—Pero os habéis marchado. Es que, aparte de bailar mal, ¿huelo peor? —De nuevo, Allegra sonríe. Pero es que es inevitable: Charlemont es el idiota más encantador que ha conocido en Roma—. De todos modos —continúa cuando ella mira hacia los jardines de la que ha resultado ser la casa del vizconde de Roden, donde los criados han desaparecido con su siniestra carga—, huela bien o huela mal, me vais a permitir sentarme. Ha sido… Domenico dice que este lugar es la cuna de la civilización. Una de ellas por lo menos, pero lo cierto es que el hecho de que vos me dejarais plantado no ha sido lo peor que me ha ocurrido esta noche. Cielo santo, ni siquiera que una turba enfurecida quisiera colgarme lo ha sido. —Brandon Charlemont de pronto parece derrumbarse, como si se riera de sí mismo y, a la vez, como si se quitara ese disfraz que le ha parecido que se ponía sólo segundos antes—. No me hagáis caso, *signorina*. Hoy he visto una cosa que me ha parecido imposible.

—El nuestro es un mundo lleno de imposibles, señor Charlemont.

«El mundo está lleno de imposibles, Allegra», decía siempre su padre.

—Debe de ser cierto —dice Charlemont, y encoge los hombros y vuelve a sonreír—. Porque yo estoy aquí y vos también. Decidme: ¿por qué no venís conmigo? Podemos pasear por los jardines. Habíais dicho que queríais ver la colección de bestias y de prodigios de mi tío y…

Y tanto que tiene bestias, y prodigios, y monstruos, piensa Allegra tras lo que ha visto no hace muchos minutos.

Charlemont la toma de la mano. Y es tentador. Porque nadie sospecharía nada y, entonces, ella podría ver e investigar de primera mano. Sin embargo, nada más sentir su contacto, Allegra siente un calambrazo. Lo mira. A pesar del moratón en el ojo,

Charlemont ha vuelto a recuperar su aura jocosa y seductora. Sí. Es un calambrazo de deseo y a Allegra no le avergüenza reconocerlo.

La razón por la que se suelta es otra: no confía en él.

No después de lo que ha visto hacer a su tío esa noche. No después de comprobar lo fácil que le es a Brandon Charlemont cambiar de estado de ánimo, como quien se coloca una máscara sobre otra.

—Es tarde, caballero Charlemont —le dice con una medio sonrisa que, en verdad, quiere implicar todo lo contrario.

Porque es ahí donde acaba de decidirlo: si quiere saber qué buscaba el vizconde, por qué ha recogido ese cadáver, lo más sencillo es seguir al idiota de su sobrino. Y para conseguirlo, lo primero que tiene que hacer es tentarlo.

—La noche es joven, *signorina* Allegra —le insiste él.

—Y como tal, habrá otras, caballero. Espero que descanséis.

Se gira y comienza a caminar en dirección contraria, aunque, de alguna retorcida manera, no le habría importado que Charlemont insistiese un poco más.

XXIV

El mercado de la *piazza* Navona, un par de días más tarde

—¿Y por qué no? —exclama alegre su señor, el caballero Charlemont, ante la mujer que le enseña orgullosa un rollo de tela de color musgo, que parece suave como una nube—. Enviadla con la factura, por favor, si sois tan amable, a la residencia del vizconde de Roden en la vía Longara.

Al escuchar esas palabras, Domenico levanta la mirada al cielo, como si de repente fuera a aparecer un coro de ángeles para darle paciencia. Han pasado varios días desde que descubrieran ese cadáver lleno de manchas del color de las berenjenas en la calle y, desde luego, el ambiente está cambiando no sólo en el mercado, sino en toda la ciudad. Las noticias corren rápido por Roma, aunque maese Charlemont se empeñe en no darse cuenta.

Por no hablar de que esa noche del cadáver estuvieron a punto de matarle y, si continúa llamando la atención así, probablemente no sea la última vez que lo intenten.

—¿Cuál es vuestro mejor vino, maestro? —pregunta Charlemont poco después a un comerciante que han encontrado paseando por la *piazza* Navona, atestada de mesas y mostradores y tenderetes por ser día de mercado, pero más vacía de lo habitual.

«La plaga ha regresado a Roma», no se le olvida que, aterrorizados, dijeron algunos aquella noche.

Sí, percibe tensión en pequeños gestos, aquí y allí, conversaciones más quietas, una expectación apenas disimulada. Cuando el tendero les ofrece una botella de vino de Burdeos, Charlemont encarga una caja entera que vale una pequeña fortuna. Pagada por su tío, por supuesto.

Domenico, que olvida por un instante la discreción que debe a su oficio, se lleva las manos a la cara.

—Señor, si me permitís un consejo, no estoy seguro de que sea sensato… —comienza, pero Charlemont no le escucha, bien porque está distraído con el bullicio del mercado o bien porque está demasiado ocupado dando sorbitos a una copa en la que el tendero le ha servido muestras de la mercancía—. ¿Señor?

Quizá, piensa mientras una punzada de mala conciencia le atraviesa el pecho, es que simplemente Charlemont no quiere escucharle.

—Un segundo, amigo mío —responde Charlemont, pero el segundo pasa, y unos cuantos más, mientras no sólo visita puestos de sedas y telas, sino también otros de dudosa reputación, como el de un platero al que Domenico conoce bien porque tiene fama de vender gato por liebre y joyas preciosas que resultan ser de latón pintado y cristal a los incautos que pasan por su tienda. Por cómo habla su patrón con él y observa

distintas baratijas, parece que, por lo menos en este caso, sabe lo que se hace.

Mientras Charlemont se decide por adquirir un broche dorado que es falso a todas luces pero que a él no parece importarle, Domenico se aparta unos pocos pasos para dejar que sus sentidos se empapen de todo lo que lo rodea. Puede oler la suciedad más abyecta, desperdicios humanos y animales, barro y sudor, junto a la fragancia de las especias y los perfumes que valen su peso en oro. En el mercado, también, se pueden encontrar todos los colores imaginables, tonos que serían la envidia de cualquier pintor, y se siente una especie de música de fondo, compuesta por el entrechocar de las monedas que cambian de manos, el trajín de las mercancías y la cantinela de compradores y vendedores que discuten.

Roma es hermosa. Llena de ruido, caótica y sucia, pero hermosa, al fin y al cabo, y a Domenico la hermosura suele serenarle el alma, aunque esta vez el tumulto en su interior no quiere calmarse.

Que acabe de ver, entre la gente que viene y va, un retazo de tela de color azul tampoco es de gran ayuda.

Las facciones, se recuerda, tienen ojos y oídos por todas partes. Y muy buena memoria para recordar a quienes intenten jugársela.

—¡Aquí estás, Domenico! ¡Te había perdido de vista un segundo! Te has perdido los licores, amigo mío, pero no importa, los probarás cuando lleguemos a casa.

Domenico todavía trata de ignorarlo unos instantes, pero más pronto que tarde siente la mano de Brandon Charlemont, tan amistosa como siempre, sobre el hombro.

Lo cierto es que le gustaría enfadarse por la poca cautela de su amo. Y cree que lo está consiguiendo, porque nota los dientes apretados.

—Deberíamos regresar, señor —comenta, manso. Los ojos clavados en los de Brandon Charlemont, que en un primer instante le parecen inocentes, aunque algo bajo esa mirada le hace dudar—. Vuestro tío os estará esperando.

—Siempre tienes toda la razón, Domenico. Ve tú delante, por favor. Tú, que conoces el camino. —Él, con un suspiro, da media vuelta y comienza a caminar sorteando los puestos del mercado. Durante el trayecto, Charlemont le pregunta por la gran iglesia que hay en un lado de la plaza, «Sant'Agnese, señor —responde él, y por la fuente que hay enfrente añade—: Representa los cuatro grandes ríos del mundo, del maestro Bernini». Domenico sospecha terriblemente que tantas preguntas son el absurdo modo de Brandon Charlemont de hacer que se calme.

Él, desde luego, preferiría su paga. Y que su patrón no le pusiera tantas veces en peligro.

Cuando llegan a las inmediaciones del río y luego a la gran casa del vizconde, Charlemont, después de gastarse una fortuna, no ha hecho mención a ese dinero que le debe. Domenico ya está harto, así que en cuanto cruzan la gran cancela de hierro de la finca, abre la boca para subsanarlo. Sus palabras, sin embargo, se las lleva el viento. El vizconde en persona está en la puerta de la casa. Al verlo, Charlemont hace una profunda reverencia y Domenico se apresura a hacer lo mismo.

XXV

El *palazzo* del vizconde de Roden, un poco más tarde

—Aquí estás, sobrino. Estaba esperando a que regresaras de hacer tus encargos. ¿Serías tan bondadoso de acompañarme?

Por supuesto que Paddy acompaña a su tío cuando este se lo pide, y lo hace con una sonrisa: no hay que morder la mano que a uno le alimenta.

Mientras su tío se dirige hacia los jardines del *palazzo*, Paddy se despide de Domenico con un gesto. Se da cuenta entonces de que los jardines están abarrotados de gente, personas de todas las edades y condiciones, algunos charlando animadamente, otros en solemne silencio, que se mueven a su alrededor.

A Paddy no le sorprende. Todos los días desde que llegó, su

tío ha abierto las puertas de los jardines para que cualquier habitante de Roma, rico o pobre, culto o analfabeto, pueda deleitarse con todas esas bestias extrañas que ha traído de ese viaje que ha hecho por todo el mundo.

—Estas bestias son uno de mis mayores orgullos, sobrino —le dice cuando pasan al lado de la jaula que contiene ese pájaro emplumado que, por lo que ahora sabe Paddy, es algo llamado fénix—. Llevo aprendiendo de ellas mucho tiempo.

—Sois todo un estudioso —responde Paddy, más por decir algo que porque realmente sepa adónde quiere llegar el vizconde.

—Son una señal: un tiempo nuevo se acerca. Hace siglos que no se veían ejemplares así en Europa.

Paddy asiente porque, en realidad, a él eso de Europa le queda muy grande y, quizá, demasiado lejos. Siempre ha pensado que es mejor centrarse en el suelo que pisan sus pies en el momento, que resultan ser unos baldosines de color de la tierra cocida que les llevan hasta una fuente.

—Estoy preocupado, sobrino mío. —Hay algo en cómo ha modulado la voz el vizconde que hace que a Paddy le dé un vuelco el corazón. No sabe el qué ni por qué, pero siempre se ha jactado de ser bueno leyendo las caras de las personas y, ahora mismo, el rostro de su tío que no es su tío (se recuerda) parece verdaderamente preocupado mientras se sienta en el borde de la fuente y observa a los visitantes que pasean por sus jardines. En la puerta trasera de la casa hay una larga cola de gente. También reparten comida—. Estás en peligro.

En cuanto lo escucha, el cerebro de Paddy comienza a girar a toda velocidad. ¿A qué se está refiriendo su tío? ¿Estará hablando del *signore* Bartoletti y de su mosquete? Paddy da un paso atrás, pero mantiene la sonrisa. Quizá se esté refiriendo a cuando bajó por la enredadera de la villa Gentilleschi y casi pierde los calzones. Peligro. La verdad es que la vida de Padraic

Doyle no es que haya sido muy tranquila. Y su madre siempre le decía que era un inconsciente. También…, también se lo decía Ida. Pero él no está de acuerdo. Si acaso, lo que lleva haciendo toda su vida ha sido lo contrario: huir del peligro.

Y al pensar en eso, en la «huida», recuerda:

—¿Fue por lo de las cartas, mi señor? ¿Por lo de la facción *veneta*? Os juro que no sabía nada, fue culpa de Domenico, que…

—No, hijo. Lo estamos todos. Esta ciudad entera y su gente, y estoy… —Al vizconde se le quiebra la voz, los nudillos se le vuelven blancos—. No puedo protegerla. No puedo ayudar más que… con esto —proclama mientras señala hacia su alrededor—. Puedo regalar comida y espectáculos para que el pueblo se divierta. He conseguido mi fortuna y llevado aquí mis negocios, ¿sabes? La ciudad me acogió con los brazos abiertos y, por mucho que quiera devolverle multiplicado todo el bien que ha hecho por mí, puedo pagar médicos que atiendan a los enfermos, sepultureros que se lleven a los cuerpos para mantener limpias las calles y dar comida a los pobres, mas…

—¿Podría ayudaros, querido tío? No soy más que un hombre, pero cualquier cosa que sea necesaria… —Al escucharse a sí mismo, Paddy se queda sorprendido por sus propias palabras. Porque, precisamente, son verdad. Algo le ha pinchado dentro al ver la preocupación del vizconde, y eso es extraño porque, hasta ese momento, la única patria de Paddy había sido Paddy mismo, pero algo tiene la ciudad. O quizá sea culpa de Domenico, que le ha llenado la cabeza de tonterías, no sabe.

El vizconde deja escapar una risa triste justo cuando una de las bestias del jardín, una que tiene entre sus cabezas la de un león, ruge.

—Hay…, hay algo, aunque… es imposible.

—Nada es imposible si alguien le pone suficiente empeño.

Que lo miren a él, que nació muerto de hambre en el culo del mundo y aquí está, en la ciudad más grande y rica del mundo, y príncipes y nobles le hacen reverencias.

—No, no. —A Paddy le da la sensación de que su tío está atormentado por lo que sea que ha cruzado su mente. Se pone en pie y se aleja y Paddy no puede hacer más que ir tras él. Entonces, el vizconde se detiene y se gira para mirarlo—. No puedo pedírtelo.

—¡Podéis pedirme lo que sea, mi señor! ¡A mí, que tanto os debo!

Su tío por fin se detiene a la sombra de unas columnas que sostienen un porche en la parte de atrás del *palazzo*.

—¿Puedo contarte una historia, sobrino mío? —Sorprendido por el cambio no sólo de tema, sino también de tono en la voz del vizconde, asiente. Lo cierto es que todo esto está despertando su curiosidad. Porque donde hay misterios siempre suele haber ganancias—. Es una historia que sucedió aquí, en esta misma ciudad. Hubo una epidemia, una de tantas con las que la providencia castiga a los hombres. Como siempre ocurría, la enfermedad causó miseria y muerte por las calles de esta ciudad tan querida, pero entonces algo sucedió. Algo que salvaría Roma: se encontró una copa, un cáliz de valor incalculable. Las leyendas que he estudiado no se ponen de acuerdo; algunas dicen que se encontró enterrada en las entrañas de la ciudad, otras que la fabricó un orfebre en una sola noche, inspirado por Júpiter y los antiguos dioses. Lo que sí afirman todas es que, en lo más virulento de la epidemia, la gente de Roma sacó aquella copa en procesión, como se saca a los santos. Y la ciudad se salvó. Esa copa milagrosa salvó la ciudad entera.

De repente, recuerdos de la noche de la fiesta le asaltan a traición. Primero, el baile. Luego, el callejón donde vio a alguien que no debería haber visto y entonces…

«La plaga. La plaga ha regresado a Roma».

El vizconde, con parsimonia, apoya una mano en el fuste de una de las columnas. Es un gesto lleno de nostalgia, de pena, pero también de esperanza.

—Aun cuando por todo el continente los prodigios eran perseguidos, las reliquias destruidas y aquellos que invocaban prodigios, aniquilados, la copa salía en procesión cada vez que una nueva plaga asolaba la ciudad. La llamaban «el Último Prodigio de Roma».

Las palabras tienen poder. Eso lo sabe cualquiera, pero Paddy es un experto por cuestiones profesionales. No son sólo letras, símbolos o sonidos. Las palabras, al fin y al cabo, expresan ideas, y las ideas a veces pueden entrar dentro de la cabeza de la gente y hacer cosas extrañas en ellas, y para él «el Último Prodigio de Roma» suena a algo místico, sagrado y poderoso.

—Entonces… sólo es cuestión de coger esta copa y usarla de nuevo, ¿no? —A Paddy le parece fácil. Tanto enredo y tanto lamento cuando tienen la solución ahí mismo.

—Ya no hay tal prodigio, sobrino.

—¿No lo hay? —pregunta Paddy.

—Desapareció hace casi un siglo.

—Pero veo que las buenas gentes de esta ciudad, y más ahora, no lo han olvidado —responde Paddy, sin saber realmente qué decir—. Y vos tampoco, mi señor.

—No, no lo he olvidado. Cuando no tenemos nada más, debemos aferrarnos a la esperanza —dice el vizconde, y se queda unos segundos callado. Como respondiendo a su silencio, la bestia de tres cabezas vuelve a rugir dentro de su jaula y los caballos en el establo, a lo lejos, piafan nerviosos—. Será mejor que entremos.

Mientras cruzan la puerta de entrada del *palazzo,* Paddy llega a recuperar su sonrisa de siempre, que le baila en los labios,

revivida, pero sólo durante unos instantes, porque cuando por fin llegan a la sala principal, la mirada del vizconde se endurece y va a clavarse en los ojos abiertos de sorpresa de Padraic Doyle, disfrazado de Brandon Charlemont.

—Has dicho que querías ayudarme, ¿verdad, hijo mío? Y has sido sincero, lo he visto en tus ojos. —Con un paso rápido, el vizconde ya está junto a él y le sujeta la muñeca en un gesto desesperado—. ¿Quieres hacerlo? ¿Por mí? ¿Por Roma?

—Claro… —se reafirma él, dubitativo.

—¿Podrías conseguir el Último Prodigio? ¿Hacer que salve la ciudad de nuevo?

Paddy Doyle tiene un amplio catálogo de carcajadas siempre preparadas para su público: francas y abiertas, sarcásticas, seguras de sí mismas. El sonido que sale ahora por su boca es una risa de puro nerviosismo.

—Pero, querido tío, ¿acaso no me habéis dicho que se perdió? ¿En qué podría ayudaros yo, pobre de mí?

—He dicho que el prodigio se perdió, aunque quizá debería haberlo explicado de otro modo: en realidad, se lo llevaron. La Inquisición interrumpió a sangre y fuego la última procesión en la que se sacó la reliquia para conseguirlo, como habían hecho con tantos objetos de poder. Pero este no lo destruyeron. Era demasiado poderoso como para deshacerse de él, demasiado importante. Lo escondieron. Y sólo unos pocos grandes cargos de la Iglesia saben cómo encontrarlo. Y después de mucho investigar, también yo lo sé.

A Paddy la risa se le hiela en la garganta al notar que el vizconde vuelve a acercarse demasiado a él, como si el ansia fuera lo que le hubiera empujado a hacerlo.

—Hay cuatro anillos. Cuatro para los cuatro más cercanos al papa, los de máxima confianza. Consíguelos todos para mí. ¿No querías ayudar hace un instante? Consígueme los anillos y

lo encontraremos.

—Mi señor, debo decir que es una idea estupenda. Es decir, con la situación actual, con eso de la plaga, bien vale la pena intentarlo. Buena idea, desde luego… Bien seguro que os harían mucho más caso a vos si fuerais a pedirlo, no a mí, que, al fin y al cabo, sólo soy vuestro sobrino, prácticamente un desconocido en la ciudad. Ni siquiera sabría por dónde empezar, no puedo… simplemente hablar con esos señores que decís que tienen esos anillos y pedírselos con buenas palabras…

La expresión del vizconde se mantiene amable, pero la mano que ahora le pone en el hombro le recuerda a Paddy a los grilletes de un condenado.

—Vais a conseguirme esos anillos, caballero. Por los métodos que sean necesarios. Robadlos si hace falta. No debería ser tan difícil, dado que habéis usurpado la identidad de mi verdadero sobrino.

XXVI

Al mismo tiempo, en una sala contigua

«No debería ser tan difícil, dado que habéis usurpado la identidad de mi verdadero sobrino. ¿Qué os creéis? ¿Qué os habría aceptado en mi casa sin asegurarme antes de que erais quien afirmabais ser?».

«*Madonna,* madre de Dios, rodeada por un coro de querubines. Es un farsante. Un farsante», se repite Domenico a gritos dentro de su cabeza.

Está mal escuchar a escondidas a los demás. Lo sabe todo el mundo. Lo sabe Domenico, incluso cuando durante años tuvo que espiar conversaciones ajenas y hacer otras cosas de las que se avergüenza incluso más, sólo para tener algo que llevarse a la boca.

Aun así, el muchacho no se mueve de donde está,

parapetado contra una de las hojas de la gran puerta que da a la sala y que está entreabierta.

Ha sido una completa y absoluta casualidad que se encontrara en este lugar, siendo testigo de esta conversación. Él simplemente estaba esperando ahí a que regresara su patrón.

—Señor, mi buen señor —masculla Charlemont (si ese es su verdadero nombre) en la otra habitación—. No entiendo por qué me decís esas cosas tan terribles. Por piedad, por la memoria de vuestra prima, mi madre, que estáis equivocado…

—No os estoy culpando, *sobrino* —repone el vizconde, haciendo énfasis en esa última palabra—. Sólo os admiro. —En ese instante, la voz del vizconde se vuelve comprensiva, un tanto paternal, incluso—. Os acogí, seáis quien seáis, en vez de mandaros apresar como seguramente habrían hecho otros porque estabais perdido. Porque se debe odiar al pecado, pero no al pecador. Sin embargo, ahora, hijo mío, tenéis que devolverme el favor. Os necesito a vos y vuestra capacidad.

Por primera vez en la vida, Domenico se da cuenta de que su señor, ese que se ha hecho llamar Charlemont desde que llegaran a Roma, se ha quedado sin palabras.

—Yo, mi señor, yo…

—No digáis nada y hacedle caso a este pobre hombre que sólo quiere y desea vuestro bien y el de Roma misma. Necesitamos esos anillos y nadie como vos, seáis quien seáis, para conseguirlos. Nadie engaña a la alta sociedad romana y vos lo habéis conseguido. Sois la persona indicada, ¿no os dais cuenta? Os habéis codeado con príncipes y cardenales sin parpadear, sin levantar ninguna sospecha. Me lo debéis a mí y se lo debéis a Roma, la ciudad que os ha acogido.

Es cosa del destino, está convencido, porque Domenico conoce lo suficiente las historias sobre el destino —*fatum*, lo llamaban los antiguos romanos— como para saber que en

ocasiones depara bromas crueles. Por ejemplo, que el hombre al que ha estado sirviendo, al que le ha salvado el pellejo unas cuantas veces ya, *ese*, sea un impostor.

Es un farsante. ¿Y qué más? ¿Un ladrón? ¿Un timador? ¿Acaso Domenico no vio con sus propios ojos cómo Charlemont se dedicó a timar a los miembros de la facción *veneta*?

Cosa que le convierte, además de en un farsante, en un idiota.

Aunque él mismo es todavía más idiota, piensa Domenico, por creer todas esas promesas que, de repente, se han convertido en humo.

No quiere escuchar más, decide. Domenico se aparta de la puerta unos pocos pasos mientras Brandon Charlemont, aunque no sea ese su nombre, desde luego, deja escapar un nuevo torrente de excusas. Camina con la cabeza baja y las orejas invadidas de un zumbido agudo, como el que haría la rueda mal engrasada de un carruaje, y sube corriendo hacia la alcoba que ha compartido con Charlemont. Domenico tiene pocas pertenencias en su haber: algunas prendas viejas, un puñado de baratijas y ese cuaderno de páginas gruesas donde con el paso de los años ha ido bocetando las bellezas de su amada Roma. Todo lo recoge con presteza. No quiere quedarse. Ni quiere ni puede, porque Brandon Charlemont es un mentiroso y un timador y a la gente como él acaban colgándola de algún puente, y Domenico no quiere estar cerca cuando eso ocurra.

Cuando está listo, baja apresuradamente hasta la puerta de servicio del palazzo dispuesto a marcharse y no mirar atrás.

XXVII

En el establo a la sombra del anfiteatro Flavio, ese mismo día

Hay veces en las que les ha alcanzado la medianoche en medio de una discusión de frases inacabadas, alguna voz más alta que otra y con Tashiin, brazos cruzados en un rincón de los establos, negándose a dirigirse a él. En ocasiones, a James le resulta increíble cómo pueden discutir tanto, pero cuando llega el momento de subirse al escenario, todos funcionan como un engranaje perfecto.

Porque, incluso ahí, sobre la tarima, mientras cada uno cumple con su papel, todos tienen los ojos puestos en el público, buscando no sólo esas máscaras de doctor que ocultan más de lo que dicen, sino también esas manchas violáceas que marcan a los enfermos.

Porque la plaga todavía no se ha extendido del todo por Roma. Pero llegará.

¿Cuánto tiempo hace que el *nachzehrer* lleva en la ciudad? ¿Desde que ellos mismos llegaran? ¿A cuántos infectó antes de que pudieran acabar con él?, se pregunta James una y otra vez, mientras la culpa, como una niebla espesa pegada a su piel, tiñe todos sus pensamientos.

Porque es culpa suya que esté aquí. Suya. Sólo suya. Y sus hermanos de la Garduña, la sociedad a la que sirven, siguen rehuyéndoles. Sólo les vigilan, han visto sus siluetas al acecho durante sus actuaciones y James ya no sabe qué más hacer no sólo para advertirles, sino para cumplir el cometido que, al fin y al cabo, los trajo a la ciudad.

En James, la desesperación escala progresivamente a cada hora que pasa y no querría pagarlo con sus compañeros, pero no puede evitarlo, como si unidos a la culpa, el mal humor y la frustración se agarrotasen a su garganta como garras que escapan cada vez que abre la boca.

Por eso hoy, en silencio, James rebusca entre las pertenencias de la compañía. Años de recolección de restos, objetos, partituras. Tienen un hueso de lo que creen que es un dragón, convertido en piedra, dientes de sirena afilados como estiletes, un pedazo de cáscara de huevo de basilisco. Papeles. Libros. Está en el carro del Turco, donde el hombre guardaba todo celosamente.

Pero el Turco ya no está.

Y James ha tenido una idea, es un último recurso, pero ya no se le ocurre qué más hacer. Tienen a Ida. E Ida les ha contado muchas historias sobre lo que ha vivido en las Américas. Ahora mismo puede escucharla faenando en el establo. Cuando lo hace, canturrea y esa bestia endiablada que se ha encariñado con ella canta a dúo.

Entonces, detrás de él, oye un ruido. Claro que es Revna. Como siempre, la maldice a ella y a sus cuervos blancos, y su clarividencia, que a veces le asusta. Aunque, cuando se gira hacia la joven, no ve nada malo en su expresión, ni recelo ni sospecha, sólo curiosidad.

—Puedo ayudarte a buscar si lo deseas.

—No estoy buscando nada —miente él.

Aunque el espacio ya sea mínimo, Revna entra en el carro, pero se mueve con una suavidad que es demasiado incluso para alguien que pertenece a la Sociedad de la Garduña, como si no pesara nada, un copo de nieve. A pesar de lo que le ha dicho, Revna sonríe y, durante unos minutos, ambos rebuscan en silencio hasta que ella acaba por dar con un fajo de papeles.

Son partituras. En sus viajes han recogido de todo, pero el Turco siempre tuvo un interés especial por reunir las músicas de la gente, esas canciones que se cantaban para trabajar, pero también para llamar a la lluvia y alejar los malos espíritus.

—Entiendo que no quieras contarles a los demás lo que pretendes hacer.

—No sabes *qué* pretendo, Revna.

Ella ladea la cabeza. Sonríe, y no lo hace sólo con los labios, sino también con esa mirada de ojos azules casi blancos.

—¿Acaso no pretendes llamar la atención de la Garduña de una vez por todas? ¿Darles algo que no puedan ignorar? —Al escucharla, a James se le abren los ojos de recelo, a pesar de que Revna se lleva un dedo a los labios, como si quisiera prometer que esta conversación va a ser un secreto entre los dos. —La joven, entonces, examina con atención las partituras—. Vas a intentar pedir un prodigio, ¿me equivoco?

No puede hacer nada más salvo asentir lentamente. Si mintiera, se teme que ella lo sabría. O se lo dirían sus malditos cuervos, tarde o temprano.

—¿Qué otro remedio nos queda? —dice nervioso—. Si lo que Ida nos ha estado contando estas semanas es cierto, si de verdad cuando estuvo en América logró que se hiciera la magia, ¿por qué no ahora? ¿Por qué no conmigo?

—Quizá lo que deberías preguntarte es si ella *quiere,* no si ella *puede*.

—¡Tiene que hacerlo! —suelta demasiado alto, demasiado violento.

Revna no se amedrenta lo más mínimo.

—Va a ser peligroso. Sabes de sobra que estas cosas no se pueden controlar.

James asiente. Lo sabe. Un alud de recuerdos tristes, terribles, de un incendio y de una gran pérdida, le llena el pecho, aunque su rostro permanece impasible.

Sin hacer más comentarios, Revna le tiende las partituras y él las toma entre los brazos. Ambos se quedan callados, como si escuchar a Ida canturreando de fondo, la única que mantiene el buen humor a pesar de las circunstancias, fuera la manera de sellar ese pacto acerca de lo que pretenden hacer hoy.

A Ida no le va a gustar lo que quiere hacer, cree, aunque ya ha decidido que no se lo va a contar. Y tras ver esa sonrisa enigmática de Revna, tampoco se lo contará a Tashiin y Enea. Ellos serán siempre fieles a la memoria del Turco. Demasiado, quizás, y el Turco, aunque hablaba de partituras y de melodías prodigiosas con él, siempre estuvo completamente en contra de ponerlas en práctica.

Y hacía bien.

XXVIII

En un edificio que parece abandonado cerca de Santa MariaSopra Minerva, un poco más tarde

Al principio, cuando salió del *palazzo* del vizconde huyendo del farsante de su patrón, Domenico caminaba sin rumbo presa de un malestar que le había nacido en la boca del estómago y que, sin darse cuenta, se había transformado en una rabia pausada pero latente. Toda una vida huyendo de criminales y estafadores para terminar trabajando para uno.

Ahora sí que sabe hacia dónde va, aunque la rabia no le ha abandonado. Y tampoco porque desee hacerlo. Más bien se ha visto obligado.

Tras mucho caminar, llega al final a un conjunto de callejuelas con casas que parecen encaramadas las unas sobre las otras, de ladrillo rojo y madera, apoyadas lánguidamente contra

el lateral de una iglesia de paredes blancas. Siente una leve tristeza al verlo, algo que no debería ocurrir cuando uno llega a lo que considera su hogar. Y no es ni siquiera que vaya a echar de menos los lujos y la belleza de la mansión. Es que ese lugar es un recordatorio de la parte de sí mismo de la que se avergüenza.

—¡Has vuelto! —Primero es sólo una voz la que chilla, pero al instante se le une un coro que responde—: ¡Domenico ha vuelto!

Allí están. Una docena de caras sucias van apareciendo en algunas ventanas del edificio que un momento atrás parecía abandonado, algunas desde detrás de cajas amontonadas, desperdicios de una *osteria* cercana. Incluso uno de los niños, el pillo de Gianfranco, el mismo al que cazó tratando de robarle a su patrón el día que llegó el vizconde de Roden a la ciudad, se da la vuelta con una mano dentro de la bolsa de un caballero que ni se ha enterado todavía del hurto.

Domenico se siente de repente el pastor de las cabras más zarrapastrosas del mundo. Los niños revolotean a su alrededor, todo mocos y harapos y ojos legañosos, y todos a la vez preguntan, a la vez tratan de tocar la librea que le pagó Charlemont, seguramente porque jamás hayan visto una ropa tan lujosa, y al menos en tres ocasiones tiene que dar un manotazo cariñoso para apartar manos pequeñas, pero de dedos muy largos, que ya se abalanzaban hacia su zurrón.

—¿Qué nos has traído, Domenico? —pregunta Pasquale, uno de los más pequeños.

La alegría al ver a sus niños se empaña de golpe, convertida en vergüenza. No consigue responderle a Pasquale, que le dedica una expresión llena de desamparo que Domenico no sabe si es genuina o aprendida. Sabe de sobra que, de entre ellos, los que antes dominen el arte de parecer tristes y hambrientos antes lograrán llenar la panza gracias a algún transeúnte compasivo.

—¿Cuánto le has podido sacar a ese gran señor con el que andabas el otro día? —inquiere Gianfranco, que empuja a los demás hasta que Domenico le dirige una mirada de advertencia —. Caminaba como si llevara cien ducados escondidos en los calzones.

—¿Tenemos cien ducados? —pregunta otro de los niños. Este, se da cuenta Domenico con desaliento, es nuevo. Lo habrá encontrado cualquiera de los otros, será un huérfano o habrá huido de su casa o lo habrán echado, y lo habrá traído al edificio, oficialmente abandonado, que es su hogar.

—Si tuviéramos cien ducados, viviríamos en un palacio —responde un tercero, dándole un empujón al nuevo—. Y comeríamos huevos de avestruz.

—¡Tengo hambre! —corea una nueva vocecita, a la que Domenico no logra identificar entre tantas miradas hambrientas.

—Yo no le he sacado nada al señor Charlemont —responde al fin—. Estaba trabajando para él. No robándole. *Trabajando*.

Los niños dejan escapar una risita, como si acabara de decir una palabrota y, de repente Domenico siente cómo los pies le pesan. Alguno de ellos conseguirá empezar como aprendiz en alguna parte y se forjará una vida honrada. Al menos, él siempre está ojo avizor por si alguno de los menestrales de la zona necesita una mano más, pero no es fácil, y sabe que muchas de las caras sucias acabarán siendo borrachos pendencieros, ladrones, soldados de fortuna o mercenarios de alguna de las facciones.

—Entonces, ¿ya has acabado? ¿Te ha pagado? —vuelve a intervenir Gianfranco al tiempo que sus palabras inflaman una nueva llama de esa rabia sorda en el pecho de Domenico.

—Pronto. El señor Charlemont espera un pago de su familia y entonces me dará lo que me corresponde, y haremos un banquete. No sé si lograré conseguir huevos de avestruz, pero

con los de gallina podéis contar. Y pasteles de miel y venado y pan blanco —susurra con la garganta seca por tener que repetirles las fábulas con las que su patrón mismo le engatusó a él. Su padre siempre decía que la mentira llama a la mentira, y tenía razón.

La mayoría de los niños se sumen en una alegría alborotada. Gianfranco, en cambio, le dedica una mirada escéptica. Domenico se da cuenta de que el niño, estas últimas semanas, parece haberse hecho mayor. A su culpa por haberles mentido se le une la de haberlos dejado solos tantos días, y para nada. Gianfranco es el que le sigue más de cerca en edad y habrá tenido que encargarse de los pequeños.

—No te preocupes, Domenico, si no te pagan todavía —le dice el muchacho a los otros niños, frotándose la cara con la manga de una camisa tan sucia que se deja un borrón oscuro en la mejilla. Domenico no deja de notar un deje de malicia en su voz—. Sé cómo conseguir dinero.

—Ya lo he visto —responde él, arrepintiéndose enseguida de su tono. Al último que debería culpar por ello es al propio niño.

Por suerte para Domenico, ya han llegado a la entrada de la casa, de modo que no tiene que sostener la mirada escéptica de Gianfranco. Abre la puerta de un empujón. No hay cerrojo y, de hecho, es prácticamente un milagro en sí mismo que se aguante todavía en sus goznes, y entra en ese lugar lleno de penumbra todavía rodeado de niños que hablan entre sí de banquetes y palacios futuros.

Al fondo de la primera habitación hay un montón de maderos que, a falta de una palabra mejor, bien podrían ser una escalera que conduce a las partes superiores del edificio. Por esa misma escalera se encarama Domenico, dejando atrás a los niños. Sube peldaños y más peldaños, dispuestos en una espiral cerrada,

los mismos que subió la primera vez que él, junto con la banda de niños con la que iba por aquel entonces —de los demás no sabe nada desde hace años, pero supone que estarán muertos o habrán ido a buscar fortuna quién sabe dónde—, se había escabullido dentro del viejo edificio pegado a la iglesia de Santa Maria Sopra Minerva.

Al final de las escaleras, queda una oquedad justo para meter un jergón. Era mucho pedirles a los niños que ese espacio, el único de todo el edificio que podría llamar suyo, quedara incólume durante todo ese tiempo. Resignado, aparta un sinfín de trastos con el brazo y se tumba dispuesto a descansar un poco.

Domenico, aunque no lo pretenda, duerme un buen rato, lo necesita, pero lo despierta un nuevo alboroto desde el piso de abajo. Todavía algo atontado, lo primero que hace es mirar por la ventana. Se ve el campanario de la iglesia y palomas que compiten ferozmente por migas de pan que alguien ha tirado. Entonces, se percata del porqué de tanta algarabía: allí están, acercándose a la casa, dos hombres con pañuelos azules anudados al cuello.

El mismo azul que creyó ver por la mañana en el mercado de *piazza* Navona. El color de la facción *veneta*.

Tratando de no hacer ruido, de que ni siquiera los niños se enteren, abre una de las ventanas que hay al lado opuesto del edificio y escapa.

XXIX

A la sombra de las ruinas de un arco de triunfo en las cercanías de la *piazza* della rotonda

Mientras Domenico huye por los tejados romanos, la compañía está montando su pequeño escenario a la sombra de unas viejas termas cubiertas de maleza. Se acerca el carnaval. James lo ve en las calles, que se engalanan, en la cantidad de gente que continúa llegando a Roma a pesar de la epidemia a punto de estallar. Lo siente también en el cuerpo, porque no es el primer carnaval romano que vive y sabe que la ciudad se transforma. Que Roma es un disfraz: entre sus viejos monumentos, en las traseras de cada iglesia de mármol, en los rincones de cada plaza siempre hay una mancha, algo oscuro que, por mucho que la ciudad se engalane, siempre permanece para el ojo que lo sabe ver.

Una buena multitud espera, y no es por el carnaval. Es por

ellos. Se ha corrido la voz y las actuaciones de Ida con su bestia prodigiosa son la comidilla de todos.

Sin embargo, lo que James pretende hacer hoy va mucho más allá de una mera canción. Entre las partituras encontró una melodía que, durante siglos, había servido para llamar un prodigio. Y lo piensa llevar a cabo, le pese a quien le pese, esté en contra de sus compañeros o no. Quiera Ida o no quiera. Porque Ida ha vuelto de las Américas, ha visto prodigios con sus propios ojos. Y hay algo en ella, James lo sabe. Ese temor en su mirada cada vez que escucha la palabra, ese temblor de voz cada vez que rememora lo que vivió en el Nuevo Mundo. Ida cree en el poder de la música a la hora de pedir prodigios, y creer también es poder, bien lo sabe James. Por tanto, para llevar a cabo el suyo, necesita de toda esa fe que guarda la muchacha en su interior.

—Empecemos —les apremia James a todos, que ya están con sus máscaras y sus trajes—. Es una actuación más.

—*In boca al lupo* —susurra Enea, «hacia la boca del lobo». Entre los actores, desearse suerte trae las mayores calamidades.

El espectáculo se desarrolla sin imprevistos. La gente ríe e interviene en los fragmentos de comedia, se emocionan al escuchar a Revna recitar. Mientras, James llama la atención de Ida para que se ponga a su lado.

—Vamos a cantar unas pocas canciones nuevas, Ida.

—Pero… no he tenido tiempo de aprendérmelas —se queja ella.

—Sólo tienes que dejarte llevar, no te preocupes.

Ida le observa con los brazos en jarras, la cabeza ladeada, como si no estuviera creyéndole del todo.

En cualquier caso, James no tendría por qué estar nervioso. No ocurrirá nada malo.

Al final, sacude la cabeza. Trata de dedicarle una sonrisa tranquilizadora a Ida, que fracasa, así que simplemente espera a que acaben los recitados de poesía y las cabriolas de Tashiin.

—Todo irá bien, Ida.

Toca una de las partituras al azar. En los papeles ajados, con su letra angulosa, el Turco tiene escrito que, según contaban, esta música alejaba el mal tiempo y propiciaba las cosechas. No es una melodía difícil, pero tiene algo de atrayente que se clava en los huesos.

Él, todavía tocando, comienza a cantar la letra despacio. Cuando se repite el estribillo, Ida ya lo está acompañando.

Del fondo, entre el público, alguien comienza a dar palmas. Se unen al cántico. El jackalope también. Poco a poco, todos los presentes cantan a una sola voz, aunque no conozcan la música.

No parece que vaya a ocurrir nada más. No al principio, hasta que James siente un cosquilleo, como si su piel quisiera encogerse y expandirse a la vez.

El Turco jamás habría permitido algo así. Decía que, en cualquier caso, aquellas partituras que guardaba celosamente eran para ser protegidas, no usadas.

Pero el Turco ya no está entre ellos, se repite James.

Y algo más ocurre. La música se hace más fuerte, sin que él toque con más brío. Sin pensarlo, James deja que el instinto vuelva a tirar de él, sus dedos se mueven frenéticos sobre las cuerdas del violín, cambiando la melodía, interpretándola no como es, sino como *debería ser*.

El agua de una fuente cercana, de repente, empieza a cantar también. Por toda la ciudad los perros ladran y parece que todos pájaros se vuelvan locos. Bandadas de palomas vuelan, cloquean gallinas, los pájaros cantores se agitan.

Y en los balcones y entradas de las casas de la plaza en la que se encuentran, las plantas adormecidas por el invierno florecen.

Se acaba el prodigio con una nota en falso justo en el momento en que James ve esa misteriosa figura que la última vez los espió, pero que esta vez continúa allí al acabar el espectáculo.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué has hecho, James? —pregunta Tashiin, asombrada, furiosa incluso.

Ahora es el momento.

Aunque Tashiin trata de sujetarlo, James deja su violín, ignora la mirada de Ida, también llena de recelo, y sale corriendo tras la figura que, al verle, escapa.

XXX

Por los tejados de Roma, al mismo tiempo

Lo más importante, en su situación, es no mirar hacia abajo, le dijo su padre una vez cuando era niño. Por descontado que Domenico ladeó la cabeza, hacia el suelo pulido del palacio en el que trabajaban, y sintió cómo si la propia tierra tirara de él. Temblando de miedo, se aferró al precario andamio en el que estaban encaramados mientras su padre se partía de la risa y seguía aplicando concienzudamente una capa de cal en el muro de la cúpula sobre la que luego pintaría ángeles y demonios, dioses, héroes y bestias caracoleantes.

Domenico nunca aprendió esa lección y ahora, mientras se escabulle a través de un derrumbe en el muro de la casa abandonada y salta hacia el tejado de la iglesia de Santa Maria Sopra Minerva, la vista se le va a la plaza que queda debajo de sus

pies. Los hombres se acercan a la entrada de la casa, quedando de repente rodeados por un enjambre de niños. Como si pudiera oírlos, seguro que les están contando lo hambrientos que están, qué pobres son, una limosna, por favor, buenos señores. Eso, piensa, por lo menos los detendrá unos minutos, pero no va a solucionar el problema principal, que es que los dos hombres le están siguiendo, y Domenico no tiene ni la menor idea de por qué.

Lo sospecha, por supuesto. Nada bueno pudo salir de aquella noche cuando el señor Charlemont fue al escondrijo de la facción y les trató de afanar un buen montón de dinero, maldita sea su estampa.

Agarrándose con las manos y también con los pies descalzos, pues se ha dejado las botas olvidadas junto a su jergón, llega hasta el borde del tejado, rezando (*Sancta Maria Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus*) para que una teja suelta no le haga resbalar hacia un destino de lo más breve. De allí, se dice, quizá pueda saltar por encima del callejón que separa la iglesia de las casas contiguas, tan cerca que están, y quizá, con suerte, si sigue entero, bajar hasta el laberinto de callejuelas que es el *rione* de Sant'Angelo.

Detrás de él, justo en ese instante, escucha una maldición y el sonido de unos pies resbalando. Domenico ya no se pregunta si *será capaz* de saltar a los edificios contiguos: tendrá que hacerlo, pueda o no.

Su padre amaba las alturas, tal vez porque encaramado en un andamio o haciendo equilibrios sobre una cornisa su vista parecía abarcarlo todo, y luego lo que veían sus ojos lo podía plasmar en los frescos que pintaba para ganarse la vida, porque su padre fue pintor, puede que no famoso, pero sí acomodado, y Domenico habría seguido su mismo camino si su padre no hubiera tenido la poca delicadeza de morir un día y dejarlo solo,

huérfano, cargado de deudas y de un miedo atroz a caerse y a partirse la crisma como lo había hecho él.

—¡Tú! ¡Detente, majadero!

El grito que escucha a sus espaldas le da las fuerzas que necesita para llegar al final del voladizo del tejado y saltar por encima de la callejuela que flanquea la iglesia hacia los edificios del otro lado. Cae torpemente, golpeándose las manos, el mentón y las rodillas contra la techumbre de la casa contigua, pero cae donde quería, que es lo que le importa.

Los hombres de la facción, ya junto al campanario, se dirigen hacia él soltando improperios, pero Domenico enseguida se ha puesto en pie, dolorido, y corre sin tiempo ni aliento para pensar en tejas sueltas o posibles caídas, porque ninguna de esas cosas importaría si le alcanzan.

Aquí arriba, se dice frenético, aquí arriba le será imposible dejarlos atrás. Es demasiado visible, un blanco en movimiento. Desde abajo, a pie de calle, le llega en sempiterno rumor de la ciudad, charlas y discusiones, rezos, maldiciones, el chirriar de los carruajes y de los animales que tiran de ellos, campanillas y una música alegre de violín. Una melodía extraña, como de agua, que hace que por un momento se distraiga como si todo a su alrededor fuera bueno.

De repente, sus pies cambian de dirección, como si siguieran el origen de esa melodía. Domenico corre hacia la parte frontal del edificio en el que se encuentra, deteniéndose de golpe al borde mismo del abismo.

Podría bajar si se lo propusiera. El edificio, como tantos otros en Roma, tiene la fachada profusamente decorada con cornisas, hornacinas con estatuas, un frontón partido, molduras, columnas y pilastras. No es muy distinto de los andamios por los que trepaba de niño.

Como siempre, comete el error de mirar hacia abajo. Hay

una gran multitud, se da cuenta entonces. Forman un semicírculo alrededor de un precario tendal de colores amarillo y azul. De ahí proviene esa música que venía escuchando, una melodía de violín tocada con una dulzura que le sigue siendo difícil ignorar.

Una nueva plegaria brota en sus labios cuando deja la relativa seguridad del tejado y pone los pies en la cornisa que corona el edificio. Con cuidado, comienza a doblar una rodilla mientras estira la otra pierna hacia abajo, buscando algún saliente en el que apoyarse.

Cuando una mano como una pinza de acero le sujeta la muñeca, Domenico da tal respingo que por poco no se precipita al vacío.

—Nos has hecho sudar, mocoso. —Una cara fea como el pecado aparece en lo alto de la cornisa. El hombre, que parece ser todo bigotes y piel mugrienta bajo un sombrero de cuero desgastado, tira de él con fuerza. A su lado emerge otro rostro, el de un hombre mucho más joven, menos castigado por la vida, que le atrapa la otra mano sin piedad.

—¡Soltadme! ¡Soltadme os digo! —chilla Domenico, arrepintiéndose enseguida.

—Ni siquiera sabes por qué queremos hablar contigo —se apresura a responderle el hombre de los bigotes.

—Algo reprobable habrá hecho si pone tanto empeño en huir… ¡Cuidado! —exclama el otro cuando la mano de Domenico casi se escabulle de su agarre.

Él está seguro, como de que el cielo es azul, de que el hombre ha estado a punto de soltarlo a propósito sólo para asustarlo, y a fe de Dios que lo ha conseguido.

—No he hecho nada, no sé qué queréis de mí, por piedad.

—No te preocupes, no tienes que hablar con nosotros, sino con Lunardi. Ya sabemos que lo conoces bien.

Por supuesto que lo conoce y por supuesto que lo recuerda, ahí, mientras su patrón hacía trampas jugando a las cartas.

Ambos hombres, al unísono, tiran de él. Aunque estén izándole hacia la salvación, Domenico se siente caer presa del pánico mientras abajo, bajo el tendal de colores, la música se vuelve más animada. Le dijo al señor Charlemont que se alejara de las facciones, que eran peligrosas. Bien lo sabe él, aunque no está en absoluto orgulloso. Era una criatura, solo en el mundo. Estaba incluso más desesperado que sus niños, porque ellos ahora tienen a Domenico para procurar por ellos y, en cambio, él no tenía a nadie. Entre las filas de la facción por lo menos comía si había sobras y podía elegir cualquier rincón de su cochambroso escondrijo y acurrucarse para dormir casi con el convencimiento de que no le iba a pasar nada.

A cambio, sólo tenía que actuar como correo, ojos y oídos. Al menos, al principio. Luego sólo pequeños robos, hurtos para ayudarles a todos a subsistir. Domenico se marchó cuando los trabajos que le pedían, trabajos que necesitaban de una hoja afilada y una puñalada certera, fueron demasiados.

Siente el sudor perlándole la frente, un presentimiento de condena futura. Si los matones logran subirlo de nuevo al tejado con ellos, llevarlo con su jefe, sólo puede imaginar un futuro corto y brutal. Y no sólo para él, sino también para el señor Charlemont que, por muy farsante que sea, no merece una muerte como la que probablemente le proporcionen los de la facción.

Jadea, los pies le duelen, los brazos también. Muchos pisos más abajo, el público que se había arremolinado alrededor de quien sea que esté tocando ese violín comienza a aplaudir. Está acabándose la función.

Domenico gira la cabeza hacia el toldo de colores chillones

que tiene justo debajo, sostenido por cuatro fuertes postes de madera. No sabe cuál de las dos muertes será más segura, sólo la que puede resultar más misericordiosa.

Apoya los pies sobre la piedra de la fachada, calentada por el sol. Mira hacia abajo, ahora sí, porque quiere. Sin miedo. Se da impulso hacia atrás con todas sus fuerzas. Las manos de los dos matones sólo logran retenerle durante unos instantes. Después, cae.

Cuando un buen rato después Domenico despierta y abre los ojos, ve un ángel.

XXXI

En el escenario de la compañía, justo en el momento de la caída de Domenico

James Morley oye un estrépito tras de sí, el sonido de algo pesado cayendo, unos pocos gritos de alarma, pero no pierde el tiempo dándose la vuelta.

Tampoco lo pierde esperando a sus compañeros.

Corre, aunque lo que querría es saltar, bailar, maravillarse, porque lo han logrado: han pedido un prodigio y los dioses, sean cuales sean, han respondido.

Pero no puede dejar escapar esta vez a los hermanos de la Garduña que estaban vigilándolos, se dice mientras ignora el dolor que siente en las piernas y el aire que le quema en el pecho.

Hoy, a pesar de que sus instintos le pedían que cerrara los ojos mientras tocaba el violín, como si esa melodía le empujara a ese estado de trance en el que parece que la música se toca sola, ha mantenido los ojos abiertos y, como ocurrió la última vez, había dos figuras oscuras bajo los soportales al otro extremo de la plaza.

Porque, aunque cualquiera habría pensado que esas dos figuras eran simples doctores de la peste, James sabe que no. Por cómo se mueven, por cómo esquivan a la gente con agilidad, son algo distinto. Son lo que vino buscando a Roma.

—¡Fuera! —masculla airado mientras aparta a un puñado de visitantes extranjeros que miran, embobados, una iglesia cercana—. ¡Abrid paso!

Es por los malditos carnavales, que hacen que la gente tome las calles en previsión de unos días de excesos y diversión. James deja escapar una maldición y avanza a empujones y codazos frenéticos. Tras él, advierte los gritos de la compañía.

El Turco tenía una regla: nunca enfrentarse a solas con el enemigo, pero de poco le sirvieron sus propias normas al viejo Aristophanes Kostas, de modo que James ignora las llamadas de sus compañeros y, cuando las dos figuras encapuchadas se escabullen por un callejón, él lo hace también. Un callejón que parece vacío salvo por una rata de pelaje negro que le observa desde un rincón, aunque James, que da unos pasos cautelosos hacia delante, sabe que no lo está.

Es una trampa. Por supuesto que es una trampa, pero él avanza todavía más hasta el centro de la callejuela, allá donde la luz del sol no llega, consciente de que va a caer en ella.

El primero de los hermanos de la Garduña en mostrarse emana de las sombras que reinan en las paredes y se planta delante de él. Al segundo lo delata el finísimo roce de su ropa cuando le corta el paso por detrás.

Dos brazos fuertes, entonces, le sujetan por la espalda.

—Morley, ¿qué buscas? —susurra una voz, distorsionada por la máscara.

—Entonces, ¿sabéis quién soy? Sabéis quién fue mi padre, ¿verdad? Cyrus Morley. Fue el Segundo Hermano de la Garduña. Si no por mí, por su memoria, hablad conmigo. Necesito…, necesitamos contactar con… —No logra acabar la frase porque una mano se le cierra alrededor de la garganta.

—No deberías estar en Roma —prosigue la siniestra silueta que tiene frente a él—. Tú y la compañía del Turco tendríais que estar en Francia.

—¡El Turco ha muerto! —grita James, tratando de desembarazarse. La falta de aire hace que se maree—. Murió dos meses atrás, y hemos regresado para advertir a los hermanos.

La garra que le ahoga se le clava con más fuerza todavía.

—¿De qué tenéis que advertirnos?

—Vientos nuevos recorren el mundo. Los caminos están llenos de rumores. Los prodigios están regresando, hermanos. Llegan desde el otro lado del mar y están en nuestros bosques y bajo nuestras ciudades.

—Dinos algo que no sepamos, muchacho.

James siente cómo se le seca la boca. Lo saben, pues. Por supuesto que lo saben. Ese es el propósito último de la Sociedad de la Garduña, pero entonces, ¿por qué no hacen nada? ¿Por qué se esconden?

—La plaga… —masculla como último recurso, al borde de sus fuerzas—. La plaga que ha llegado a Roma no es natural. La provoca…

—También nos encargaremos de ello.

—Podemos ayudar —dice él—. Nosotros. El Turco está muerto, pero el resto de la compañía sigue fiel a la Sociedad de la Garduña. Si tan sólo pudiera hablar con los Hermanos… Si me

escucharan…

Cuando James entró en el callejón, quizá se esperaba una paliza. Al fin y al cabo, desde que la compañía llegara a Roma, sus hermanos en la Sociedad han dejado claro que no querían contacto alguno, por la razón que fuera. Lo que James Morley no espera es que el hermano que tiene delante deje escapar una risotada.

—No necesitamos vuestra ayuda —se limita a decir justo antes de soltarle—. El Hermano Menor no os van a recibir. Vuelve a tus comedias callejeras y a buscar partituras y reliquias, como debes, y vete de Roma o nos encargaremos de que te marches.

Jadeando, James cae de rodillas. Por un momento, la vista se le ha nublado por la falta de aire y, cuando por fin levanta la cabeza, los dos hermanos de la Garduña ya no están.

Trata de ponerse en pie, aun cuando todavía nota el cuerpo débil. No entiende qué está ocurriendo. Esta es su gente, creen en lo mismo que él, lo mismo en que creía fervientemente su padre y el padre de su padre antes que él. No entiende por qué rechazan su ayuda, por qué se niegan a ver el cambio que llega y el peligro que se cierne sobre la ciudad.

Por qué no lo quieren *a él*. No lo acogen de vuelta a Roma, al seno de la Sociedad. El pesar y, sobre todo, una rabia que podría inflamar el aire le embargan.

—¡Morley! ¡Morley, malditos tus huesos!

Tashiin es la primera que llega. No se preocupa por ver si él se encuentra bien o no, sino que se adentra en el callejón cuchillo en mano.

Es Revna, de hecho, quien le ayuda a levantarse.

—No tendrías que haber ido tras ellos tú solo. El Turco siempre decía…

—Ya va siendo hora que lo entendáis: el Turco está muerto

—deja escapar en medio de un gemido que es, a la vez, de dolor y frustración. ¿Cuántas veces ha repetido ya las mismas palabras? ¿Diez, veinte?

Y, como siempre, se arrepiente de haberlas pronunciado, como se arrepentiría de haber recibido una cuchillada en el corazón.

Apoyado entre Enea y Revna, James sale renqueando del callejón, de vuelta al bullicio del centro. Mientras, les cuenta a sus compañeros la breve conversación con los hermanos de la Garduña, sus burlas y negativas.

—No tiene sentido —dice Revna—. Algo grave ocurre si los hermanos no se escuchan entre sí.

La luz, una vez que vuelven juntos a la calle principal, le ciega por un instante y James no puede evitar pensar que quizá no sea él el que esté ciego, sino que son los demás los que lo están.

XXXII

En el escenario de la compañía, tras la caída de Domenico

A Ida le han pasado muchas cosas raras a lo largo de su vida. Está la vez que escuchó hablar a *Rey Jorge*, el cerdo que tenían en casa, en Gleann Arma, aunque su padre insistiera en que eran los ronquidos del vecino. O cuando, allá en América, cruzó su camino con una música endiablada. Por no hablar, claro, de la absoluta locura que han resultado los últimos meses de su vida, comenzando con que Paddy no estaba esperándola en casa como había prometido y acabando con que está en Roma, con un conejo cornudo sobre el regazo que, cree, acaba de hacer que una fuente cante, que ladren los perros y que un puñado de plantas medio muertas florezcan.

Ah, y hace un segundo ha estado a punto de aplastarla un

joven que acaba de caer del cielo. Estaba recogiendo los aparejos de la compañía (ella sola; no se va a quejar, claro, pero es que han salido todos corriendo, sólo Dios sabe por qué y ella prefiere no preguntar, pero la han dejado con todo el trabajo) cuando ha oído un grito y luego alguien ha caído sobre el tendal con el que dan sombra al escenario, rasgándolo en el proceso.

Ida mira hacia arriba y ve que la lluvia de hombres ha cesado, aleluya.

—¿Señor? —Al no recibir respuesta, deja al pequeño *Ambrose*, el jackalope al que ha bautizado así en homenaje a cierta persona que conoció en su otra vida, en América, en su jaula—. No te muevas de aquí, pequeño.

El animalillo trata de morderle un dedo, pero lo hace con cariño.

Entonces se acerca cautelosa unos pasos hasta que se da cuenta de que quien ha estado a punto de matarla es un muchacho más o menos de su edad, moreno y con una sombra de barba de lo más graciosa, que tiene los ojos cerrados pero que gimotea un poco. Para la caída que ha tenido (suerte del toldo, aunque luego le tocará a ella remendarlo), gemir un poco, cree ella, es señal de que no se ha roto del todo la crisma. Aunque nunca está de más preguntar.

—¿Os encontráis bien? —dice al tiempo que se agacha junto a él.

El muchacho no responde, continúa con los ojos cerrados y contrae el gesto mientras se lleva la mano a la cabeza. Llevarse la mano a la cabeza, deduce Ida, también es bueno, eso quiere decir que no está tan confuso como para no saber dónde la tiene. Por eso repite:

—¿Os encontráis bien, señor?

El muchacho abre los ojos un segundo. Después, parpadea repetidamente hasta que, en el último parpadeo, fija sus ojos en

ella y susurra:

—*Sei un angelo?*

Que si es un ángel, cree que le ha preguntado. ¡Esa sí es una buena ocurrencia! Ida niega con la cabeza porque, además, por pura cuestión lógica, el ángel lo sería el joven, que es el que ha caído del cielo, que es de donde se supone que vienen las criaturas celestiales y no al revés.

Ya le sabe mal desilusionar al chico, que sigue con sus ojos de color verde oliva, enmarcados por unas pestañas oscuras y larguísimas (Ida puede que esté prometida, pero no por eso deja de apreciar estas cosas), clavados en ella. Y finalmente niega con la cabeza.

—Me temo que no. Señor. *No* —repite ahora más lentamente, usando las pocas palabras del idioma local que conoce—. *Siniore.*

El muchacho contrae el rostro por última vez y cierra los ojos mientras se incorpora. Ella le ayuda a hacerlo. Después, se frota la coronilla enmarcada en rizos oscuros y agita la cabeza.

—Oh. Qué alivio. Eso significa que estoy vivo —le responde en inglés, y ella, sobresaltada, da un respingo.

—¿Habláis mi idioma?

—Imagino que sí, si vos sois inglesa y esta es vuestra lengua.

—En realidad, irlandesa —responde ella—. Aunque lo parezca, no es lo mismo.

—Irlandesa… —murmura el muchacho mientras sigue frotándose la cocorota—. No paro de encontrarme con irlandeses, para bien o para mal.

—¿Sí? Pues ya me diréis dónde —susurra Ida porque, como le ocurre a menudo, ha pensado en Paddy, perdido por el mundo, pero rápido sacude la cabeza—. No me hagáis caso. Venid, os ayudo a levantaros.

No es que tenga prisas en echar al pobre joven, pero por muy bonitos que tenga los ojos, estaba a medio desmontar el escenario y a Ida no le gusta dejar las cosas a medias.

El muchacho asiente, aunque cuando Ida le tiende una mano para asistirlo, él la rechaza y acaba incorporándose él solo, con las mejillas teñidas de un rojo furioso, quién sabe por qué.

—*Santa madonna* —susurra, mirando el toldo que le ha amortiguado la caída—. Lamento el destrozo, señorita.

Ida mira hacia arriba, hacia los dos pisos que separan el suelo de la azotea del edificio.

—Sí, pero más destrozo os habríais hecho vos de no ser por el tendal. —Se fija en que la tela del toldo no se ha roto sólo por las costuras, sino que se ha deshilachado completamente—. Ahora nos hemos quedado sin él y, aunque pretendía arreglarlo, no sé si seré capaz de arreglarlo *tanto*.

No sabe por qué, sus palabras provocan que el joven palidezca y suelte una palabrota.

—No puedo pagaros la reparación, señorita. Lo siento. Soy una persona honrada pero pobre.

—Ah, sí, a mí me ocurre lo mismo. Lo de ser pobre, por lo menos, y la honradez se intenta, porque la intención es lo que cuenta. ¿Puedo preguntar por qué habéis caído del cielo?

—No ha sido nada —responde él, que ya parece más recuperado porque da un par de saltitos, nervioso—. Una pequeña discusión con dos caballeros que buscaban a alguien a quien conozco.

—¿Y no podíais haberles contado dónde está ese alguien? —pregunta Ida porque, al fin y al cabo, el joven se habría ahorrado la caída.

—Es que creo que tenían intenciones de matarlo.

—Vaya.

—Sí… —El joven se queda pensativo y luego, como

activado por un resorte, exclama—: ¡Tengo que advertirle!

—No me parece una mala idea, no.

—Pero… el tendal… ¿Qué puedo hacer, señorita? ¿Qué puedo hacer para compensaros?

—Nada, nada. Si estaba más que viejo. Y en realidad ni siquiera es mío —comienza Ida, pero el muchacho sacude la cabeza, como si estuviera debatiendo algo consigo mismo, tan concentrado que Ida no se atreve a interrumpirlo hasta que el muchacho exclama:

—¡Ya sé! ¡Os ofrezco mis servicios! ¿Habéis visitado la ciudad, señorita? ¿Queréis conocer los rincones más hermosos de Roma?

—No es necesario…

—¡Insisto! Insisto, sí… —murmura el joven, que da un paso hacia delante y otro hacia atrás—. Permitidme que haga, por lo menos, esto. Por vos. —Tras un segundo de vacilación, como el que haría alguien antes de saltar a un abismo, el muchacho añade—: Por mi ángel.

Santa María, José y la mula del belén, piensa Ida. Y vuelve a pensarlo en voz más alta cuando el muchacho hace una leve reverencia, una de esas que a Ida no le han hecho en la vida y, ella no sabe por qué, siente cómo el rubor amenaza con cubrirle las mejillas.

—Aceptad, por favor, el regalo de Domenico Rossi, señorita.

—¿Quién es Domenico Rossi?

Para alivio de Ida, el joven deja de moverse el tiempo suficiente como para dedicarle una mirada extrañada.

—Yo, señorita.

—Ah. Bien. Yo soy Ida O'Leary, para serviros…

—No, no, soy yo quien está a vuestro servicio. —Como en un arrebato, el joven vuelve a hacerle una reverencia a Ida, luego

le toma ambas manos entre las suyas. Y después por fin la suelta, apartándose un paso—. Os debo la vida, señorita Ida, por lo que prometo enseñaros Roma y sus maravillas.

—Si vos lo decís… —responde ella, dubitativa.

—Yo no rompo mis promesas.

Eso sí que es un alivio, piensa Ida. Porque de promesas rotas su vida está llena. Aunque, a decir verdad, no es que le haga mucha ilusión irse a conocer Roma con un desconocido mientras hay una criatura suelta dejando enfermedad por todos los rincones.

—Si vos lo decís… —repite ella. Ya no aguanta más quieta, así que se gira y se agacha a recoger. Que se haya agachado más sinuosamente de lo que lo habría hecho de haber estado sola seguro que sólo es una coincidencia.

—Volveré. Os he prometido abriros los ojos para que veáis Roma con los míos.

Ida se agacha de nuevo, aunque lo hace con media sonrisa porque quizá tenga reparos en visitar Roma con la que, con perdón, está cayendo, pero hacía mucho tiempo que nadie la miraba ni le sonreía así y, desde luego, ella no es de piedra. Cuando se incorpora, con los brazos cargados de trastos para guardar en el carro, el muchacho ya no está.

A quien sí ve, en cambio, es a sus compañeros. Llega James, magullado, apoyado en Tashiin y Enea, mientras que Revna camina unos pasos por detrás con expresión sombría.

XXXIII

En el *palazzo* del vizconde de Roden, mientras Domenico habla con Ida

Pues se ha acabado. Ya está. *C'est fini*, que dicen los franceses. *Addio,* que dicen aquí, en Roma. *Goodbye*, que dicen allá en casa. No ha tardado mucho en subir a su alcoba después de hablar con su tío que no es su tío, se recuerda Paddy. Pero a él lo cierto es que le gustaba que lo fuera.

Un hombre amable ha sido, a pesar de todo. Todo sonrisas y buenas palabras.

Pero ya está. Se ha terminado. «Por su propio bien —le ha dicho al referirse a por qué lo acogió—. Porque se castiga el pecado, pero no al pecador». Pero Padraic Doyle ha pecado tantas veces que, mira, mejor no tentar a la suerte.

Abre rápidamente el armario y saca lo primero que se

encuentra: un par de casacas, una capa, unas medias. Poco más. Con las joyas y alhajas que tiene escondidas en un cajón secreto de la cómoda de caoba y roble que hay al fondo de la habitación tiene mucho más cuidado. Lentamente, va metiendo cada una en una bolsita de terciopelo que, después, guarda a buen recaudo. La lástima es no poder llevarse el vino que compró por la mañana.

Otra vez será, se dice mientras guarda el resto de la ropa que cabe en el pequeño hatillo que ha formado. Porque Padraic Doyle es optimista. Que se haya terminado, por ahora, su aventura en Roma no quiere decir que no vaya a haber otras. Ha estado cerca de conseguir su objetivo, que es hacerse vergonzosamente rico y vivir una vida regalada el resto de sus días. A la próxima, se acercará más. Tampoco es que esta sea la primera vez que huye sin dejar rastro. Le faltan dedos en las manos y en los pies para contarlas.

Suspira. Porque es cierto: es muy fácil acostumbrarse a la buena vida. Y ya frente a la puerta de la alcoba, se despide un segundo del papel de seda que cubre la pared, con filigranas turquesas y plateadas, también de la ménsula de pan de oro y mármol de Carrara y de la cama en madera de nogal con dosel de seda. Entonces, les hace una reverencia y se marcha.

Echará de menos también esas escaleras del *palazzo* y los desayunos con su tío —que ya no es su tío, se recuerda—, en los que le anunciaba las fiestas a las que quería llevarles, las obras de caridad que harían ese día (porque su tío, es cierto, durante el día no hace más que bondades para las pobres gentes de Roma) o de los recados que le encomendaba hacer en el mercado.

Aunque, bueno, podría ser peor. Su tío el vizconde podría haberlo desposeído de su ropa nueva y del bastón con el puño de plata que compró con su generosidad. Podría haberlo hecho arrestar, azotar por su engaño. Es más, piensa Paddy, que abre las

puertas principales del *palazzo,* podría seguir en Gleann Arma comiendo barro y viendo las mismas cincuenta caras todos los días.

Por un instante, en cuanto sale definitivamente del *palazzo* con la intención de no regresar jamás, Paddy se queda quieto en medio de la calle, golpeando el suelo con la punta de su bastón. Siente que le falta algo.

Entonces cae en la cuenta: no tiene al lado a su fiel Domenico. Aunque quizá sea mejor así. Paddy ha hecho pocos amigos de verdad a lo largo de sus aventuras y tejemanejes y, ahora que lo piensa, tal vez sea mejor marcharse sin decirle nada.

Un calambre de culpa le atraviesa el estómago. No le ha pagado, también le ha engañado. Al principio Paddy no veía problema en ello porque ni siquiera pensaba que Domenico se acabaría quedando con él tanto tiempo y tampoco que le acabaría gustándole tanto ese muchacho nervioso que sólo habla de piedras y de leyendas.

Pero Paddy Doyle toma esa culpabilidad y la entierra muy profundamente en su conciencia, es un equipaje que no puede llevar consigo ahora mismo.

Tras respirar profundamente, se yergue.

Pero no logra dar más que unos pocos pasos antes de volver a pensar en su conversación con su tío postizo. Porque Roden le ha hablado de perdón y de redención.

También le ha prometido que, en caso de tener éxito en su misión, le daría un título y tierras y rentas, y todas las camisas bordadas que pudiera desear, lo cual resulta ser un aliciente todavía mayor. Que él, Padraic Doyle, era el único que podía lograrlo, que no había visto nunca a alguien con su talento para infiltrarse en la alta sociedad.

Lo necesita, recuerda mientras sale de la finca y se interna por las callejuelas adyacentes. A él. A Paddy Doyle. A Padraic

Doyle le han dicho muchas cosas a lo largo de su vida, pero lo de necesitarlo, ninguna.

Sólo tenía que conseguir unos tontos anillos. Cuatro. De las manos de cuatro cardenales, los más cercanos al Santo Padre y papa de Roma, amo y señor de media Italia, y luego conseguir una copa maravillosa que sana a los enfermos, ni más ni menos. Padraic Doyle no diría que ha hecho cosas más difíciles en la vida, pero ha hecho algunas prácticamente igual de complicadas, como aquella ocasión en la que se invitó a sí mismo a las bodas de los duques de Bridgwater y salió con una botella de vino de Marsala en cada bolsillo de la casaca y con el novio agarrado a su brazo.

Aun así, Paddy cree que ha tomado la decisión acertada, porque la cosa podría salir muy bien o muy muy mal (le gusta cómo luce su cuello sin una soga alrededor, y al fin y al cabo está seguro de que puede conseguir fama y fortuna en cualquier otro rincón de mundo).

Además, Padraic Doyle puede ser muchas cosas, pero no es un ladrón. No, al menos, un ladrón como le está pidiendo que sea el vizconde. No.

Aunque le gusta Roma. Comienza a caminar, pero al poco sus pasos, de nuevo, pierden brío. Le gusta mucho Roma. Sus calles, su vida. Esa alma decadente bajo una capa de aparente santidad. También, ahora que lo piensa, le gustan los besos de Allegra Gentilleschi. Aunque no va a ser tan tonto como para quedarse en la ciudad por una mujer, cree.

—¡Señor! —Le parece escuchar entre el bullicio de la calle. También le gusta Domenico, pero cree que a Domenico no le gusta él y en realidad, para ser sinceros, cree que al muchacho le irá mejor sin su presencia. Paddy levanta la cabeza en un gesto de alerta que haría morir de envidia al mejor de los sabuesos. Luego, cambia de dirección. Ha decidido marcharse ahora que

puede, se repite—. ¡Señor Charlemont!

Paddy cruza por en medio de un grupo de mendigos, esquiva una silla de mano que acarrean cuatro esforzados porteadores y pasa a través de un corro de zíngaros que, armados con un arsenal de flautas y campanillas, aprovechan la concurrencia para ganarse unas monedas.

—¡Aquí, señor Charlemont!

Paddy da dos pasos más. Antes del tercero, cierra los ojos con un suspiro en los labios. Supone que puede despedirse de Domenico y marcharse después, así que se gira en dirección a su voz. Acto seguido, deja escapar un grito de sorpresa.

—¡Madre mía, muchacho! ¿Qué te ha ocurrido? —Porque el pobre Domenico, ahora que lo ve de cerca, está hecho un *eccehomo,* con el cabello revuelto, un lado de la cara hinchado y esa librea casi nueva que él mismo le dio rasgada.

—Os advertí que tratar de ganar el juego con la *veneta* era una idea pésima, señor.

Al escuchar sus palabras, una punzada no de culpa, porque Paddy sigue opinando que culpa no tiene ninguna, pero sí de furia le atraviesa las entrañas. Una furia que crece al ver que Domenico, por un momento, parece desfallecer.

—Vamos, ven, tienes que descansar —le dice al tiempo que él mismo se pasa el brazo del muchacho por encima de los hombros.

—No. Me marcho. Sólo venía a advertiros. A eso y a deciros que rompo definitivamente mi asociación con vos.

Paddy parpadea. Una. Dos veces. Esperaba cualquier cosa, pero no que fuese Domenico el que decidiera romper su amistad. Porque eso es lo que ambos son para Paddy, por muchos engaños y tejemanejes que haya de por medio. Una punzada de orgullo herido le cruza el pecho, pero queda inmediatamente sustituida por otra que, en realidad, lleva sintiendo desde que

saliera del *palazzo* y se diera cuenta de que Domenico no estaba con él. La punzada, quizá, sea de culpa. Una un poco escondida, pero culpa al fin y al cabo. Paddy es muchas cosas, pero así como no es un ladrón tampoco, cree él, es mala persona.

Aunque lo cierto es que el propio gesto de Domenico, con las cejas fruncidas y las mandíbulas apretadas, y la mirada que este le profiere, una que podría matar si las miradas tuvieran ese poder, le termina dando las últimas claves de lo que está pasando por la cabeza del muchacho. Por eso, tentativamente, le pregunta:

—Pero ¿por qué haces esto, querido amigo? ¿Acaso estás enfadado?

Domenico hace una pausa, aunque no deja de mirarlo como si realmente deseara una soga alrededor del cuello de Paddy. Entonces, toma aire y se inclina en su dirección.

—¿QUE SI ESTOY ENFADADO? —Domenico nunca ha alzado la voz con él y es un espectáculo digno de ver. Es el volcán más pequeño del mundo—. ¡No me habéis pagado todavía! ¡No me escucháis nunca! ¡Y no sois quien decís ser! ¡Así que, claro, por supuesto que rompo mi asociación con vos!

—¿Cómo que rompes tu asociación conmigo? Espera, *espera*… —balbucea, aunque apenas hace unos instantes Paddy pensara marcharse de la ciudad con viento fresco. Es decir, piensa marcharse. Por mucho que le guste Roma, por muchísimo que vaya a pensar en los besos de Allegra Gentilleschi y a pesar de que siente un aprecio sincero por Domenico.

—¡Os he escuchado! ¡Con el vizconde! Quiere que robéis algo. Dice que no sois su sobr…

Paddy es rápido y no le deja terminar la frase porque las calles tienen ojos y oídos. Con un empujón, mete a Domenico en el callejón que queda entre dos grandes edificios y lo ayuda a apoyarse contra la pared más cercana. Enseguida, Paddy se da

cuenta de que no están solos. Por lo menos una docena de siluetas cuchichea al verles, acurrucadas contra los muros desconchados.

Pues resulta que este callejón ni lugar discreto ni nada de eso, pero ahora Domenico parece querer estrangularle, así que no está en situación de buscar otro.

—Espera, espera, amigo mío…

—¡Amigo! ¡Si ni siquiera sé cómo te llamas!

—Paddy. Padraic Doyle —admite él con facilidad. Extrañamente, cuando esas palabras salen por su boca se siente más ligero. Le gusta ser Brandon Charlemont, el gran señor, casi tanto como le gustan los lujos y las reverencias y las fiestas, pero es un descanso ser Paddy Doyle de vez en cuando.

—¿Qué clase de nombre es Paddy?

—Un nombre irlandés, supongo. En mi pueblo había por lo menos cuatro más. Uno pensaría que no había más nombres para elegir.

—Bien, pues. Ha sido un placer, Paddy. Ahora, voy a marcharme y… —De repente, Domenico aprieta mucho los labios mientras le observa de arriba abajo—. Veo que no soy el único. —Las manos de Paddy se le van rápidamente al hatillo donde ha metido sus pertenencias, como si quisiera ocultarlo—. No es que me importe —se apresura a añadir Domenico—. Es más, creo que es de las cosas más sensatas que habéis hecho últimamente.

—¡Oye! ¡Te equivocas! ¡No me marcho!

La cara de sorpresa que pone Domenico al escucharle decir esas palabras probablemente sea tan exagerada como la que pone él mismo en cuanto se escucha decirlas.

Porque claro que se marcha, ¿verdad? Por lo menos, eso pretendía y, a la vez, cuando Domenico ha dicho que no le importa que lo haga, Paddy Doyle ha sentido otra emoción con

la que no suele estar muy familiarizado: vergüenza.

Porque Domenico tiene razón: lo más sensato sería escapar bien lejos de la ciudad y del vizconde de Roden, pero al mismo tiempo…

Es verdad que le prometió una paga al pobre Domenico. Normalmente, le importaría muy poco, pero la vergüenza que siente se fusiona con esa culpa que había enterrado en el fondo de la conciencia. Es verdad que le debe dinero a Domenico y es verdad también que Domenico le gusta más que mucha de la gente que ha conocido en sus correrías, y es difícil encontrar un buen criado hoy en día, y están los escalofríos que siente cuando piensa en los besos de Allegra. Tampoco olvida esa promesa del vizconde de hacerlo rico si triunfa.

Y él, sabe, puede hacerlo.

—Sí —repone lentamente. Cuando lo hace, la vergüenza viene sustituida por una especie de excitación, la misma que siente cuando se reparten las cartas antes de una apuesta o cuando se hace con la fortuna de un incauto—. Sí. No me marcho a ninguna parte, Domenico. Al contrario, me quedo. Voy a hacer lo que me pide el vizconde y…, y… —Mientras la cabeza de Paddy bulle de ideas, tretas, escenarios y planes, se da cuenta de una cosa importante—. Y necesitaré tu ayuda, querido amigo.

Porque Paddy no es un ladrón. Oh, no. Timador y charlatán, sí, capaz de hacer el ocasional juego de manos, también. Pero robar…

En cambio, Domenico le demostró sobradamente sus habilidades cuando tuvieron aquel pequeño desencuentro con la facción y su bolsa con las monedas desapareció como por arte de magia.

Por cómo el muchacho retrocede ofendido, Paddy entiende que tendrá que convencerlo.

—Domenico…

—No, no. A mí no me metáis en esto.

Justo en este momento, en el callejón en el que están resuena una tos estertórea. Ve caras pálidas, cuellos con marcas negras como si de dedos se trataran. Son enfermos de esta plaga que ya llena Roma.

Convencer a las personas es un arte. Desde hace tiempo, Paddy aprendió que no tiene sentido apelar a la razón o a la lógica. Hay que apuntar, como decía siempre su maestro el Siciliano, a las vísceras.

Paddy sabe que la víscera más vulnerable de Domenico es el corazón.

—Siempre me has dicho que amas esta ciudad, ¿no es cierto? —pregunta él.

—Con toda mi alma, señor.

Paddy entrecierra los ojos. Esta es la reacción que necesitaba: llegada directamente desde las entrañas.

—Y has escuchado cuál es la misión que me ha encargado mi tío, ¿verdad?

—No es vuestro tío —apunta Domenico, aunque Paddy no desfallece.

—¿Acaso no somos todos hermanos en este mundo? Y, por lo tanto, tíos y sobrinos los unos de los otros, también. En fin. Decía que ya lo has escuchado: mi tío me ha encargado encontrar el Último Prodigio de Roma. Conoces la leyenda, ¿verdad? Por supuesto que sí, porque conoces los secretos de cada piedra de este malogrado lugar.

—Es… mi trabajo.

—¡Y haces un magnífico trabajo! —le contesta Paddy con un fervor casi religioso, asegurándose de que tiene toda la atención de Domenico, de halagarlo. Con un ademán suave, señala hacia los enfermos. Luego tiene que controlar un

respingo, porque una nueva figura, grotesca, acaba de aparecer entre las sombras. Paddy tarda un segundo en darse cuenta de que se trata de un doctor de la peste, tocado con una de esas máscaras que les hacen asemejarse a criaturas salidas de una pesadilla—. Míralos, Domenico. Sabes que esto es sólo el principio. Si la leyenda es cierta, podemos salvarlos. Si conseguimos lo que nos pide mi tío y conseguimos encontrar el Último Prodigio de Roma…

Hace una pausa brevísima para dar más efecto a su discurso, pero entonces le distrae ese maldito doctor, que se acaba de poner en pie repentinamente. Como no hay mal que por bien no venga, Paddy tiene una idea. Toma la muñeca de Domenico con suavidad y lo guía de vuelta hacia el bullicio de la calle.

—Es una misión. Una misión sagrada, si me preguntas a mí. Prácticamente una cruzada de la cual regresaremos vencedores, como héroes, nos van a coronar con coronas de laureles. ¿No me contaste que eso se hacía con los héroes de la antigüedad? El vizconde me lo ha pedido a *mí*, confía en *mí* para esta misión, así que, si no es mi tío realmente, poco le falta y yo, Domenico, confío en *ti*. Sé que no he sido sincero contigo, pero lo soy ahora: no es un crimen lo que te estoy pidiendo que cometas, sino un gran bien para todos. ¿Lo harás, Domenico? No por mí —añade, y señala hacia los romanos que ríen y bailan y charlan a gritos. Si se esforzara un poco más, sería capaz de que le aparecieran un par lágrimas en los ojos—, sino por tu hogar. Y porque mi tío, sí, sí, ya sé que no es mi *verdadero* tío, nos va a cubrir de oro si lo hacemos. —Paddy acaba su discurso bajando la voz, de modo que Domenico tiene que inclinarse hacia él para escucharle. En esa posición, mirándolo a los ojos, Paddy espera paciente a que sus palabras hagan mella en la cabeza del muchacho.

Domenico sacude la cabeza, entreabre la boca. Él asiente para animarlo.

—¿Y bien? —insiste.

Lentamente, Domenico asiente. También da un largo suspiro, pero al suspiro Paddy no le hace caso. Lo importante es que Domenico ha dicho que sí.

XXXIV

En el callejón en el que, hasta hace un momento, estaban Paddy y Domenico

No es hasta que Brandon Charlemont y su criado se marchan cuando Allegra corre hacia el final del callejón. Ha sido torpe. Se ha dejado llevar por las emociones al escuchar…, al escuchar que…

Por suerte, sabe perfectamente dónde encontrarlo. Estará en la casa del vizconde de Roden, la misma que Allegra lleva vigilando desde que, unas noches atrás, los criados trasladaran allí el cadáver de aquel pobre diablo enfermo de plaga del callejón. En un principio, seguir sus movimientos le pareció una pérdida de tiempo, pero hoy…

Levanta ligeramente su máscara para frotarse la cara con las manos.

El Último Prodigio.

Hacía mucho tiempo que no escuchaba estas palabras. Años. Pero debería ser imposible, porque el Último Prodigio se perdió hace más de un siglo. Aunque también parece imposible que el idiota de Brandon Charlemont no se llame Brandon Charlemont y…

No. Eso, por lo menos, sí tiene sentido. Ya desde que lo conoció había algo que no encajaba en él, en cómo se esforzaba para que su personalidad se derramara fuera de sí mismo. No se había dado cuenta hasta ahora, y ese pensamiento le produce un cosquilleo de enfado que trata de relegar a lo más profundo de su mente, porque no importa ya quién sea Brandon Charlemont, o incluso ya no importa que por un segundo —un instante, lo que tarda un pájaro en batir las alas— le hubiera parecido alguien remotamente interesante.

Todavía sin quitarse la máscara, adoptando ella también un papel, el de uno de esos abnegados médicos de la plaga, se acerca a los pobres y enfermos que esperan en el callejón. Seguramente, hasta allí los hayan expulsado los *piadosos* ciudadanos de Roma, fuera de la vista de todos.

—Id al lazareto de la isola Tiberina. Allí deberían atenderos —musita al tiempo que saca unas cuantas monedas de uno de los bolsillos de su capa y las reparte entre las seis manos temblorosas que se estiran hacia ella entre bendiciones. Espera no equivocarse, puesto que los hospicios para los enfermos suelen quedarse sin recursos ni espacio demasiado a menudo, pero no puede hacer más por ellos. No ahora, porque no quiere perder de vista a Charlemont y a su criado.

Los sigue de lejos, la cabeza gacha, la sangre hirviéndole en las venas. El Último Prodigio. ¿Cómo pretenden conseguirlo si

está perdido? La Inquisición lo destruyó, como destruyó toda la magia en el mundo.

Es imposible, se repite. Pero si fuera posible…, si realmente el Último Prodigio se encontrara escondido en alguna parte de esta ciudad, tiene que hacerse con él primero.

Porque si lograra recuperar la reliquia y hacer que funcionase, no sólo podría salvar su ciudad de la desgracia que se cierne sobre ella.

Si lograse recuperar el Último Prodigio de Roma, quizá también podría quitarse el peso que es el legado de su padre de una vez por todas.

¿Cuántas horas, cuántos días pasó su padre hablando de aquella copa maravillosa y de la pérdida que supuso para el mundo cuando desapareció?

Y siempre que lo hacía, una tristeza extraña embargaba a Allegra. Porque Pantaleone Gentilleschi ni siquiera deseaba encontrar aquel prodigio que la Inquisición les había arrebatado para la gloria de la Sociedad de la Garduña, sino para él. Para su familia.

Cuando piensa en ello, Allegra siente una culpabilidad como un abismo en las entrañas. Aprieta el paso mientras agradece llevar todavía la máscara y la pesada capa de piel porque, de ese modo, son los demás quienes se apartan de su camino lanzándole miradas de espanto.

Allegra era la menor de cuatro hermanos y la única mujer.

El mayor, que había de heredar el nombre, la fortuna y las tierras, murió sin llegar al año de vida. El sarampión se lo llevó.

El segundo, un muchacho que había sido la viva imagen de su madre, con el cabello claro y una alegría sin fin, contrajo fiebre abdominal durante un caluroso verano a los diez años recién cumplidos.

La viruela mató al tercero, el pequeño Pantaleone, y fue

como si una luz desapareciera de los ojos de sus padres.

Quedaba sólo ella. No era más fuerte que sus hermanos, no tenía mejor salud, pero el destino la quiso viva. Una vez Allegra le preguntó a su padre si este había decidido desvelarle los secretos de la Sociedad de la Garduña, contarle su legado y su destino, porque era la única superviviente entre sus hijos. Que si la habrían condenado a una vida distinta de haber estado vivo alguno de sus hermanos. Su padre lo negó vehementemente, se mostró incluso ofendido por la idea, pero ella nunca llegó a creérselo.

Allegra llega a la vía Longara a tiempo de ver cómo Charlemont y su criado se internan entre los arbustos recortados en formas geométricas que pueblan el jardín del *palazzo* del vizconde. Una tercera figura, vestida con ropas principescas, los recibe.

Allegra daría lo que fuera por escuchar de qué están hablando, porque sospecha que están discutiendo sobre ese robo que ha mencionado Charlemont, pero debe ser prudente. A regañadientes, da media vuelta y llega hasta su casa, donde deja su ropa de la Garduña escondida en el jardín y se pone un vestido sencillo. Se cuela en la villa justo a tiempo de oír que su madre la llama, y parece que lleva haciéndolo un buen rato.

—¡Allegra!

Tan sólo por el tono agudo, Allegra puede intuir con qué estado de ánimo se encuentra su madre y hoy, prácticamente sin dudas, le da la impresión de que está muy enfadada.

El sonido de pasos apresurados la precede. Su madre llega desde el salón de la casa, con un vestido de color dorado y musgo, y su larga cabellera recogida con lazos y broches de madreperla. Detrás de ella, corriendo, llega Antoinette, su doncella. Francesa, como todos los complementos de moda que tiene su madre. Cualquiera podría pensar que se está preparando

para ir a un baile, pero lo cierto es que *madame* Gentilleschi siempre va vestida como para asistir a una reunión social, por si se diera el caso.

—Madre. Disculpadme. Estaba fuera, en el jardín, y no he oído que me estabais llamando.

Con eso consigue parar el golpe. Su madre suele estar tan ocupada acicalándose o con sus rondas de visitas a amigos y conocidos que apenas se da cuenta de si ella está en la casa, pero en este momento *madame* Gentilleschi se yergue mientras Allegra trata de tapar sus botas sucias de barro con el borde del vestido. Su pelo revuelto y sus mejillas sonrosadas por la caminata desde el Trastevere no puede ocultarlas con nada.

—No deberías permitir que te tocara el sol, hija mía. Se te va a oscurecer la piel y te van a salir pecas. —Acto seguido, la señora Gentilleschi se inclina haca su criada, que procede a aplicarle un lunar falso en el pómulo izquierdo—. ¿Y qué haces vestida de este modo, por el amor de Dios? ¿Y si te viera alguien?

—Lo siento, madre. Voy ahora mismo a adecentarme. —Es mejor darle siempre la razón, más rápido y sencillo. Allegra hace una reverencia apresurada, pero justo cuando trata de marcharse, su madre la detiene.

—Aprovechando que vas a vestirte como Dios manda, hija, elige también el vestido para la fiesta de los Barberini, así Antoinette podrá arreglártelo para entonces.

Se había olvidado por completo. La familia Barberini, una de las más poderosas de Roma, celebra cada año una recepción en su palacio para marcar el inicio de los carnavales. Allegra asiente con una expresión cuidadosamente mansa en el rostro.

Sin embargo, en su cabeza bullen las imágenes que ha visto hoy en el callejón mientras espiaba al idiota de Charlemont y a su criado, los enfermos, esos que aumentan exponencialmente

cada día que pasa, y todo lo que ha escuchado. Allegra no sabe qué puede terminar ocurriendo en la ciudad, pero preferiría que su madre no anduviese cerca.

—Madre. Quizá fuera… —No sabe cómo decirlo sin ofenderla, o sin asustarla incluso—. En esta época del año, nuestra villa en Tívoli debe de estar espléndida y seguro que los criados requieren indicaciones suyas de cara a la primavera.

—¡Qué majaderías dices, Allegra! ¿Y perderme los carnavales?

Es cierto que las palabras de su madre suelen ser bruscas, pero siempre las compensa con gestos como el que le hace a continuación, acercándose a ella y acariciándole el rostro, como si todavía fuera una niña pequeña, antes de mandarla de nuevo a su alcoba para arreglarse.

Allegra, por tanto, sube las escaleras que conducen al piso de arriba. Las mismas donde vio a su padre por última vez antes de morir. Poco a poco, sube los peldaños, apoyada en el pasamanos de bronce pulido. Un retrato de su padre, un hombre fuerte, con una mirada capaz de infundir temor, la vigila.

La noche en que murió, oyó pasos frenéticos por toda la casa, cuchicheos a media voz. Allegra, desde su alcoba, vio a su padre bajando las escaleras con paso firme, la máscara y la capa puestas.

Cuando Allegra se ofreció a ir con él, su padre se negó con un ademán hosco, impropio de él.

«No puedes venir conmigo —dijo como única explicación —. Es una emergencia, pero regresaré pronto. Prometido». Ella, que había aprendido ya de niña a representar el papel de hija obediente, asintió. Sin embargo, aquella noche lo siguió sin ser vista, tal y como su padre le había enseñado.

XXXV

En una taberna roñosa en las traseras del Campo de' Fiori, días más tarde

«Tenemos que salir de la casa. Vamos a tomar el aire, con lo bueno que hace». Esa ha sido la única razón que le ha dado el señor Charlemont. Bueno, Paddy. A Domenico le cuesta hasta pronunciar su nombre, tan acostumbrado que estaba al anterior y, también, por lo bien que su señor continúa interpretando su papel.

De verdad que Domenico no sabe cómo se ha metido en esto.

A veces cree que tendría que haber dejado que Paddy se marchara. Muchas veces, en realidad. Casi todo el tiempo.

Lo piensa ahora, que salen del taller de un impresor, un lugar que olía a tinta y a metal, cada uno con un grueso de

folletos bajo el brazo.

Folletos que han pagado con el dinero del vizconde, ni más ni menos.

Domenico, como en tantas ocasiones ha hecho durante la tarde, vuelve a sacudir la cabeza. Después de que Paddy le convenciera para unirse a esta locura de misión, el vizconde los recibió en la puerta. Si se había dado cuenta de que su sobrino postizo había tratado de escapar, no lo demostró. Al contrario, les dio toda la información necesaria y un saco bien lleno de monedas para gastarlo en lo que fuera menester.

Por ejemplo, en estos folletos que tienen en las manos, que todavía huelen a tinta fresca y que Paddy observa pensativo.

—Primero, vamos a recuperar fuerzas —dice Paddy mientras arrastra a Domenico hacia un montón de mesas esparcidas al sol de la tarde. Algunos hombres allí sentados, que juegan a los dados y beben, los miran primero de reojo, pero luego con mucho más agrado cuando Paddy añade—: Tabernero, si fuera tan amable: otra ronda para todos mis amigos. —Y les dedica a los parroquianos una sonrisa llena de humildad antes de volver a inclinarse hacia Domenico—. Veamos: Colonna, Barberini, Alltemps, d'Este. —Otra vez esos nombres. Desde que regresaron al *palazzo* de la vía Longara no han hablado de otra cosa. Son los nombres que les dio el vizconde de Roden. Los nombres de los cuatro cardenales a quienes tienes que tomar prestadas (eso de «prestadas» lo dice Paddy. Aunque Domenico tiene claro que lo que van a hacer es robar) sus joyas—. Veamos, sí…, continúa.

Pero se queda callado. Tiene la impresión de que lo único que necesita Paddy es eso: una audiencia, un recipiente en el que volcar sus ideas. Paddy se pone entonces a enumerar la residencia de cada uno de los cardenales, sus costumbres, sus aficiones y también sus vicios, que son muchos, como los de la

mayoría de hombres poderosos.

Poco a poco, el plan se despliega ante él. Una locura. Una aventura imposible que cuanto más desgrana Paddy, más duda Domenico que vaya a ser posible llevar a cabo, pero al mismo tiempo…

Al mismo tiempo Domenico se descubre fascinado, escuchando con una media sonrisa que, cuando se da cuenta de que está ahí, borra de su rostro. Pero no le cabe duda: el plan de Paddy, sus reflexiones y comentarios son como todo él: una fantasía, una mezcla de suerte y cara dura que, a primera vista, parece tener unos fundamentos sólidos, como un mecanismo de relojería, que le maravilla que funcione aunque no tiene la menor idea de por qué.

—¿Sabes, amigo mío? —Domenico ya ni se molesta en corregirle cuando lo llama «amigo» un buen rato después, cuando el plan ya ha sido revisado y expuesto, y no queda vino en los vasos—. Me alegra que decidieras aceptar mi propuesta y ayudarme. Con un gesto de mano, pide dos vasos más para ellos y otra ronda, quién sabe cuántas van, para el resto—. Y no te arrepentirás —insiste Paddy, aunque Domenico tiene la impresión de que sí lo hará—. No bromeaba cuando te dije que esta iba a ser una hazaña digna de…, digna de… ¿Quién era ese que me contaste que se mató a trabajar?

—De Hércules.

—Eso. Una hazaña digna de Hércules. Y una paga digna de… ¿Cuál era ese otro que todo lo que tocaba se convertía en oro?

—El rey Midas —responde, aunque no se molesta en recordarle lo mal que acabó el pobre rey. Y Hércules, ya puestos. Lo que hace es limitarse a observarlo mientras paga otra ronda. Está bien cerca de que los clientes de la taberna lo saquen a hombros por la puerta, y le gusta. Lo sabe. Y no puede evitar

que le dé un poco de rabia. Pero no sabe por qué. Por eso le dice, ya sin la pompa con la que, cuando se creía su criado o su guía o lo que fuera que fuese cuando trabajaba para él y no con él—: No lo he hecho por ti, ¿sabes? —Y lo hace con ese deje de mal humor que no sabe de dónde ha salido. Quizá del mismo sitio que esa media sonrisa que borró de su cara en cuanto fue consciente de ella. No. No ha decidido participar en toda esta locura *por él*.

Pero qué inescrutables son también los caminos de los hombres porque, en cuanto lo escucha, en el rostro de Paddy aparece un mínimo gesto de desilusión (que, también sea dicho, desaparece muy rápidamente) y a Domenico también le da una pequeña punzada de tristeza en el pecho.

—¿Y no me vas a decir por qué? ¿Es por el dinero? —le pregunta Paddy—. ¿Por la fama? No. Por la fama, no. No, tú.

—Podría querer la fama —contesta él rápidamente casi sin dejarle terminar la frase, un poco ofendido, aunque sepa que no es cierto.

—No me lo digas… Hay…, hay… —Paddy se inclina hacia él. Le mira fijamente, como si quisiera encontrar la respuesta en sus ojos—. Lo haces para ganarte el favor de una joven dama. O de un apuesto caballero.

Su ángel. No la conoce lo suficiente como para hacerlo por ella. No del todo.

—No me pongas esa cara, amigo mío. Hay querubines muy guapos aquí en Roma. Y tú eres uno de ellos. No me digas que nunca te has mirado al espejo.

Domenico, no sabe por qué, se sonroja por la cara la ha puesto… ¿Quién sabe por qué ha puesto esa cara a la que se refiere Paddy? Desde luego, él no. Aunque sí que le late el corazón un poquito más rápido cuando piensa en Ida, su ángel.

—¿Sabes qué? —concluye Paddy—. Acabaré por

descubrirlo. —Dicho esto, se levanta bien brioso. Parece la persona más serena de toda la taberna, y eso es mucho decir cuando el lugar se ha llenado hasta los topes desde que han llegado. Quizás haya corrido la voz de que en esta hay un idiota invitando a rondas—. Buenas tardes y gracias —le dice al tabernero, inclinándose con una mano en su sombrero y la otra en su fiel bastón.

—Señor, os dejáis… —comienza Domenico. Unos pocos de los panfletos se han quedado encima de la mesa roñosa.

—No, querido amigo. Si hubiera querido dárselos a toda esta gente, la mitad de los papeles habrían acabado arrugados y por el suelo. Mucho mejor si los cogen ellos mismos, llevados por la curiosidad. —Mientras habla, Paddy toca distraídamente esa campanilla en su muñeca.

De repente, un soplo de aire hace volar los panfletos, que revolotean como una nueva raza de palomas por la plazoleta, y muchos acaban en manos de los clientes de la taberna. Sin embargo, a Paddy no parece habérsele pasado la sed. En uno de los extremos de *piazza* Navona, entre comerciantes que preparan el mercado para el día siguiente, se sientan en una *osteria* llena de mesas largas y bancos corridos. De nuevo, todos los presentes reciben una ronda por cortesía del rubio extranjero. Y de nuevo también, parte de los papeles que llevan quedan olvidados sobre la mesa y al poco pasan a las manos de los clientes. Los que saben leer, lo hacen en voz alta para todos los demás.

Domenico, después, se limita a seguir a Paddy hasta otra plaza, una que hay justo detrás de *piazza* Navona. Allí sobre un pedestal se levanta una de las estatuas más tristes que decoran Roma. Le faltan los brazos, las piernas, la nariz. Representa, parece, un guerrero barbudo con el cuerpo contorsionado. La llaman el *Pasquino.*

Pobre *Pasquino,* dicen que más de un papa ha querido

lanzarlo al río porque la estatua, además de afear la ciudad, se ha convertido en un lugar en el que ciudadanos anónimos pegan papeles con quejas, rumores y sainetes contra el poder, y ahí es donde Paddy Doyle deja los últimos panfletos, bien a la vista.

«A QUIEN PUEDA INTERESAR», reza en la parte de arriba de uno de los panfletos que Paddy ha dejado allí. «Que en la ciudad de París el Bien Amado Luis XV de Francia obró el milagro. El día de Pentecostés, ante una multitud de enfermos de escrófula, el monarca administró su toque real junto con la mágica fórmula *Roy te touche et Dieu te guérisse*, curando a más de la mitad de los miles de asistentes a la ceremonia».

No es muy distinto de los panfletos, gacetas y hojas de noticias, muchas infundadas, que corren por la ciudad, donde el rumor es tan importante para el entretenimiento como las comedias o las carreras en el circo. Y eso debe parecer. Un rumor más que pase a engrosar las habladurías de la ciudad: papel barato y tinta que se emborrona fácilmente.

—Bien, pues. Ahora sólo falta esperar al día indicado —dice Paddy.

—¿Por qué?

—Hay que descansar, querido amigo.

XXXVI

En las cuadras del *palazzo* del vizconde, el domingo posterior

Días más tarde, mientras se prepara para su primera misión (se niega a llamarla «robo»), Paddy no sabe cómo se ha metido en esto. Es decir, sí que lo sabe. Encontró a Brandon Charlemont en Marsella, regalo de alguna divinidad o del mismísimo destino. Charlemont, al que había visto cabalgar entre las gentes de Gleann Arma junto a su padre, altivo, inalcanzable, porque así es como nobles y aristócratas mantienen el control: convenciendo a los pobres campesinos de que ellos están hechos de otra pasta, una más pura, irrompible. Pero cuando se lo encontró, Charlemont estaba borracho y medio arruinado, y Paddy sabía su secreto: que era un hombre, ni más ni menos, como los demás. Luego lo desplumó, como haría con cualquier otro, y finalmente

decidió tomar su identidad, una especie de venganza moral por todos los que se habían quedado en el pueblo.

Por eso ahora no tiene más alternativa que seguir hacia adelante y tratar de superar los obstáculos como vienen, uno por uno, como ha hecho siempre. En este caso, sus obstáculos son cuatro carcamales de nombre Colonna, Barberini, Alltemps y d'Este.

—Esto me duele en el alma, ¿sabes? —suspira largamente Paddy, aunque Domenico le dirige una mirada llena de escepticismo.

—Es sólo ropa, señor.

Sólo ropa, será posible. Paddy suspira de nuevo, entristecido. Tras las cuadras del *palazzo* hay unos cuantos charcos secos de barro (y ruega a Dios que nada más) y de allí Paddy toma un puñado de fango que procede a frotar contra la cara, el cabello y también sobre la vestimenta de Domenico. A un nuevo suspiro resignado de Paddy, Domenico añade:

—Además, soy yo quien está quedando sucio como la pezuña de un marrano.

—Y más sucio quedarás cuando hayamos acabado. Déjame verte, Domenico —dice dando un paso hacia atrás. Domenico tiene un aspecto deprimente, pero, aun así, falta el toque final. Del suelo coge el cuenco en el que han mezclado harina, agua, huevo y cenizas. Con la otra mano, hace que Domenico levante el mentón ligeramente para aplicarle pegotes de esa suerte de engrudo pegajoso que han elaborado, haciendo que parezca que la piel de su cuello y de sus mejillas estén cubiertas de unas desagradables pústulas—. ¿Ves? Esto también es una pena, una cara tan bonita.

Las cejas de Domenico se arquean al instante al tiempo que se le colorean las mejillas.

—Nadie en su sano juicio se va a creer que esto es real —

susurra mientras Paddy se aparta con una sonrisa bien tranquila en los labios.

—Con un poco de suerte, nadie se acercará a ti lo suficiente como para fijarse.

—Siempre he pensado que un plan que depende de la suerte no suele ser bueno. Sólo lo digo. No os ofendáis.

—No puedo ofenderme cuando tienes razón. —No sabe por qué, puro instinto, quizá, Paddy dirige su mirada hacia el gran palazzo. En una de las ventanas de la planta principal, cree ver una sombra que les observa con atención.

—¿Entonces?

—Entonces, amigo mío, si no confías en la suerte, tienes que confiar en mí. Vamos —dice, porque no es bueno que Domenico le dé vueltas a sus dudas. Eso es, piensa él, incluso peor para sus planes—. Estás magnífico, Domenico. Mira estas pústulas. Este aspecto demacrado. Hasta estoy a punto de creerme que realmente estás enfermo. Vas a causar sensación.

Tiene la impresión de que, mientras se ponen en marcha, Domenico musita «pero tampoco confío en vos», aunque trata de ignorarlo, como también ignora un temblor que se ha apoderado de su mano y los pasos poco firmes que da. Es domingo y, como cada domingo, legiones de romanos se dirigen a misa. Hoy especialmente las calles que rodean la iglesia de los santos Celso e Giuliano están atestadas.

De repente, una legión de campanas repiquetean. Son las doce del mediodía y la música, que parece provenir de todas partes, llama a la plegaria. Domenico camina con la vista al frente, esa mandíbula suya, tan elegante, apretada, porque desde luego que esas pústulas de pega que tan artísticamente le ha pintado Paddy atraen las miradas.

Uno podría pensar que, en la situación en la que están, con cada vez más enfermos en la calle —los ve aquí y allí, refugiados

bajo pórticos y arcos, grupos de gente aletargada, con la piel marcada—, llamar la atención de esa manera no es recomendable, pero en realidad eso es lo que quieren, piensa Paddy, que camina unos pasos por detrás de él. Público. Atención.

Paddy echa una mirada a su alrededor. Este es el lugar, y es la hora, si la información que les dio su tío que no es su tío, el vizconde, es cierta. Mientras el tañido de las campanas va disolviéndose por entre todos los demás ruidos, las charlas, los gritos, Paddy le hace una seña a Domenico para asegurarse de que está preparado.

Pero Domenico no debe de estarlo porque, de pronto, se le acerca, con sus ojos oscuros muy abiertos.

—No puedo hacerlo —susurra mientras, con manos torpes, se aferra a la camisa de Paddy—. Seguro que algo sale terriblemente mal y me acaban colgando por ladrón, o peor. Como si lo viera, señor.

—No sé si hay algo peor que ser colgado. Es decir: nunca lo he probado, pero siempre me ha parecido una muerte de lo más desagradable. Espera. Escucha. —Detrás de ellos se oye una conmoción, varios hombres a caballo se acercan—. ¿Crees que será él?

—No me habéis escuchado, ¿verd…? —La frase de Domenico se trunca cuando Paddy le coloca ambas manos sobre las sienes.

—Sí te he escuchado. Pero sólo hay una cosa peor que depender de la suerte a la hora de llevar a cabo un plan, y es depender de un hombre que duda.

—Pero es que…

Paddy gira la cabeza. Como les ha asegurado el vizconde, el hombre al que buscan está llegando en este mismo instante. El cardenal Colonna es un hombre de costumbres y, como cada domingo, ha venido a misa.

—Deja que yo haga mi parte. —Con cuidado, le pasa ambas manos por el pelo enredado. Domenico no parece más seguro de sí mismo, pero sí más tranquilo, de modo que con eso tendrá que bastar—. Estoy seguro de que harás la tuya perfectamente. Y, ahora, perdona por el empujón. No es nada personal, ya sabes. Sino parte del plan.

Antes de que Domenico responda, Paddy lo aparta de sí con fuerza. No contento con eso, retrocede un par de pasos, apresurado, hasta que su espalda choca contra el primer transeúnte desprevenido que encuentra.

—¡Disculpad! Disculpadme una y mil veces, señora… —le pide entre reverencias a la mujer a la que ha arrollado, una dama vestida en sedas rojas y con la cara maquillada con polvos blancos—. No era mi intención, pero…

En cuanto está seguro de que la mujer le está mirando a los ojos, Paddy desvía la mirada. No lo hace hacia cualquier lugar, sino hacia Domenico, hacia esas pústulas falsas sobre la cara y hacia esas marcas que tiene en el cuello. De inmediato, la vista de la mujer se mueve en la misma dirección y retrocede dejando escapar un alarido.

—¡Un apestado!

Como al lanzar una piedra en un lago cristalino, el ademán de la mujer y sobre todo su grito hacen que varias cabezas se vuelvan hacia ellos.

—¡Alejaos de él! —dice una voz.

—¡Fuera! —corea otra—. ¡Llévate tu enfermedad a otra parte!

Maldiciones y plegarias se extienden por doquier, numerosas manos se agitan en el aire haciendo gestos para protegerse del mal de ojo y la expresión de Domenico se muda de terror. Esto forma parte de lo que han planeado, pero Paddy duda que su compañero tenga dotes de actor, sino que más bien

está asustado de verdad.

—*Madre di dio!* ¡Sacadlo de aquí!

Público.

Para que todo funcione como es debido, necesitan público. Mientras parece que, de un momento a otro, la multitud vaya a correr a Domenico a palos de allí, cosa que no va a permitir, por supuesto, Paddy echa una ojeada hacia la comitiva que hace unos instantes estaba llegando a la plaza. El cardenal Colonna ha abierto la puerta dorada de la carroza en la que iba y está dándose cuenta, con la mirada plácida y un tanto estúpida de un gran bovino, de que las gentes de Roma no le están prestando atención.

Un alarido de Domenico, lleno de angustia, reclama su atención al tiempo que la mujer del vestido rojo le golpea en la cabeza con un gran abanico.

Es el momento.

Paddy se yergue, inclina un poco el ala de su sombrero para que le quede ligeramente ladeada y, de un salto, se interpone entre Domenico y todos los demás.

—¡Conteneos! —No sólo habla en voz muy alta, que no es lo mismo que hablar gritando, sino que gesticula, hace aspavientos ampulosos y seguros que provocan que los que están más cerca tengan que apartarse si no quieren llevarse un manotazo—. ¡Alto, un momento! ¡Detened esta barbarie, os lo suplico!

Sólo necesita que la multitud vacile un segundo, quizá preguntándose qué hace ese joven, alto y apuesto y vestido como un marqués en medio de tal jaleo, pero con ese segundo le basta.

Sin mostrar el mínimo signo de miedo, se acerca a Domenico. Hace que levante el mentón al tiempo que escucha unos pocos murmullos de asombro y examina de cerca esas pústulas de pega que tiene en el cuello, las huele, para dar más

efecto a su espectáculo, y las toca ligeramente con la punta del dedo, como si fuera un verdadero entendido.

—¡He viajado mucho —declara, aprovechando un momento entre gritos de «¡alejaos de él!» y «¡no lo toquéis!», cuando el silencio parece ser más acuciante—. De oriente a occidente, y del norte al sur, y he visto con mis dos ojos dolencias y enfermedades, y este pobre muchacho no sufre el mismo mal que se está extendiendo por la ciudad.

Según han ensayado, ahora es el momento indicado para que Domenico intervenga, pero este sólo le observa con ojos de conejo asustado. Un pequeño contratiempo, se dice Paddy, pero nada más.

—No —repite—. No es la plaga, desde luego, ni tosferina, ni la rabia, ni lepra, ni cólera, ni viruela, ni tuberculosis…

—¡Pero dinos qué tiene, *porca puttana*! —La voz le llega de algún punto a su espalda, providencial. Como activado por un resorte, Paddy se gira con tanta energía que los faldones de su casaca se levantan en un elegante vuelo. Al instante, el círculo de gente a su alrededor se amplía, como si de un espectáculo callejero se tratara. A unos pasos de allí, continúa detenida la carroza dorada del cardenal Colonna con él al lado. Tiene que apresurarse o este perderá el interés y se meterá en la iglesia.

—En Francia e Inglaterra lo llaman escrófula, o mal del rey.

—¡Si este pedigüeño es un rey, yo soy el emperador del Sacro Imperio! —lo interrumpe el mismo de antes, pero no por ello se deja distraer. De nuevo, Paddy centra su atención en Domenico, que está sudando profusamente.

—¡Por supuesto que no es un rey, querida turba enfurecida! ¡No! ¡Qué ocurrencia! Es, eso sí, lo puedo ver en sus ojos, que rebosan nobleza, que es un buen muchacho, joven, honrado y trabajador, ¿verdad? —dice para que le escuchen todos mientras le pasa un brazo por los hombros.

—Oh, sí… —Es lo máximo que logra articular Domenico. Tiene ya la frente perlada de sudor, también las sienes, y de repente Paddy ve, con pánico, que uno de los furúnculos de pega que Domenico tiene a un lado del cuello ha comenzado a desprenderse.

—Pues no sufras más, amigo mío, porque el mal del rey tiene una cura infalible. Prodigiosa. De efectividad comprobada…

—¡Las manos! —colabora alguien de entre la gente—. ¡Lo leí hace unos días en un panfleto!

—¡Pues a qué esperas, *fannullone*! —le apremia otro.

—No las mías, desde luego, ni las de usted, ni las de usted, ni las de usted. —Paddy va señalando a todos los que están a su alrededor. A la señora que ha pegado a Domenico, con la velocidad del rayo, le hace una reverencia—. ¡Sino las manos de un rey! En Francia y en Inglaterra, las multitudes se congregan para recibir la bendición. Con sólo acercar unas manos reales, esas horribles pústulas desaparecerán. ¿Acaso aquí, en Roma, que es la cuna de todos los milagros, no ocurriría lo mismo?

Ahora sí, para despabilarle, le da un codazo a Domenico, que deja escapar un gritito de sorpresa.

Como si el muchacho hubiera entrado en comunión con su comediante interior, levanta los brazos al cielo y se mesa el cabello.

—Pero… ¡Oh! —masculla Domenico, desesperado—. ¡Si Roma no tiene reyes!

Roma no tiene reyes. Se lo dijo Domenico uno de los primeros días. Ni los ha tenido desde hace mucho, lo cual a Paddy le pareció una idea brillante, ya que en su opinión los reyes son todavía más perezosos y corruptos que el resto de nobles, pero mucho más difíciles de embaucar. Sin embargo, en la ciudad sobran príncipes, eclesiásticos y aristócratas, como el

cardenal Colonna, que se encoge en su carroza cuando primero la de Paddy y luego todas las miradas de los presentes se vuelven hacia él.

—Pero seguro que podríamos encontrar a alguien con la sangre lo bastante azul, alguien emparentado con príncipes y duques.

En ese momento, una mano voluntariosa tira de Domenico hacia adelante. Otra le empuja en dirección a la carroza del cardenal como si olvidaran que, apenas unos minutos atrás, lo habrían molido a palos, pero es que a la gente le gusta las historias de reyes que curan y de vírgenes que se aparecen, porque transmiten esperanza y la esperanza, como todo el mundo sabe, es la riqueza de los pobres.

Público, vuelve a decirse Paddy. Un hombre accedería a muchas cosas si hay suficiente gente mirándolo. Un hombre como, por ejemplo, ese cardenal de cara redonda que observa con ojos desorbitados cómo Domenico, hecho un mar de lágrimas, se arrodilla a sus pies.

Si se negara ahora, Paddy está seguro de que las iras de la multitud se volverían contra él. Por cómo el cardenal sacude nervioso la cabeza y por cómo manda retroceder a los mercenarios que le protegen con un gesto brusco, el hombre también lo sabe.

Va a cumplir con su papel. Tal y como Paddy esperaba —porque él siempre confía en su suerte, como le ha dicho tantas veces a Domenico—, el cardenal Colonna extiende los brazos. Primero, para pedir silencio. Los cuerpos de los que están más cerca de ellos se aprietan y se dan empujones para verlo todo mejor. Luego, el cardenal acerca las manos hacia Domenico y se las pone a ambos lados del cuello.

La gente, en ese momento, ve lo que quiere ver. Un prodigio verdadero. En cuanto las toca, las pústulas que tiene

Domenico en el cuello se desprenden en copos blanquecinos. Una exclamación maravillada recorre la explanada de extremo a extremo y los murmullos de los que han visto el prodigio con sus pocos ojos se extienden hacia los que sólo se van a enterar de oídas.

Domenico, entonces, sujeta las manos del cardenal en un gesto que, a ojos de todos, es de pura gratitud.

Y es justo en ese instante cuando Paddy toma una pesada bolsa de cuero que llevaba colgada del cinto, porque la magia tarde o temprano se rompe, se acabarán los vítores y, con toda probabilidad, el cardenal se dará cuenta enseguida de que le han birlado el anillo. Durante un segundo, Paddy sopesa la bolsa en la mano derecha, la abre y, con todas sus fuerzas, la lanza hacia arriba.

—¡Un prodigio!

La gente mira hacia arriba mientras una lluvia de monedas, el contenido completo de la bolsa, cae sobre sus cabezas. Y mientras ellos miran, Paddy sujeta a Domenico por la muñeca.

—Nos largamos. Vamos, vamos.

Ya están corriendo cuando las monedas comienzan a caer creando un tintineo metálico y breve. Esquivan a unos pocos, saltan por encima de otros que se han lanzado al suelo para tratar de hacerse con parte de ese tesoro caído del cielo.

—¿Lo tienes? —pregunta Paddy cuando se da cuenta de que, antes de huir, quizá tendría que haberse asegurado de que Domenico, efectivamente, le ha robado el anillo al arzobispo.

—¡Lo tengo!

—¡Lo tienes!

Lo tienen. Uno menos.

Todo el lugar es un absoluto caos de cuerpos que chocan y se empujan, pero Paddy tiene a Domenico firmemente agarrado y no tiene intención alguna de soltarlo mientras avanzan un

poco, y luego otro poco, a cada vez más velocidad a medida que se alejan del centro del tumulto. Tampoco lo suelta cuando, de repente, una figura siniestra se interpone en su camino, uno de esos médicos de la peste, a los que no ha dejado de ver por toda la ciudad. Paddy, impulsado por la inercia de la carrera y por la sensación hirviente que siente en el pecho fruto de la excitación y de la tensión, lo aparta a un lado de un empujón sin mirar hacia atrás y sigue corriendo.

XXXVII

En la *piazza* Minerva, unos días más tarde

La plaga se está extendiendo por Roma como un mal olor. No se les ha escapado que cada vez más enfermos repudiados por sus vecinos o incluso por sus familias han acabado en callejones o soportales, esperando su cruel destino o a que se apiade de ellos alguno de los doctores de la plaga que hay en la ciudad.

Hay más *nachzehrer,* pues. Debe de haber más, pero aunque han salido de caza más veces, no han encontrado nada. Sólo lo que también ven durante el día: la presencia creciente de personas aletargadas, sin fuerzas, en rincones y portales.

Y también esas bestias que ha traído ese famoso vizconde. No se ha cansado de insistirles a sus compañeros que son una prueba más de lo que él dice: los prodigios están volviendo a Europa, y que esas bestias sigan con vida en estas tierras no hace

más que demostrarlo.

Pero ellos se han rendido.

—No hacemos nada más aquí. Deberíamos marcharnos —dice Tashiin mientras preparan, una tarde más, el escenario en la plaza de siempre. No es una idea nueva. Ella misma lo propuso apenas dos días antes—. Los hermanos no nos quieren aquí. Lo han dejado bien claro.

Quizá, piensa James al escuchar a Tashiin, no es porque no les quieran, sino porque no pueden. Al igual que la Inquisición en Europa es ya algo del pasado, la Garduña ha perdido también su poder. Ya estaba en franca decadencia cuando su padre vivía y ahora es imposible que la situación haya mejorado.

—Así nos lo pagan —bufa Revna mientras prepara los disfraces—. Siempre hemos sido fieles a la Garduña y ahora nos rechazan. No tiene ningún sentido.

Sobre ese escenario en el que después volverán a interpretar sus papeles, se hace el silencio. En eso por lo menos todos están de acuerdo. No lo tiene. No tiene sentido, aunque cada uno de ellos, cree James, piense en una razón distinta.

—Puede que sea por el prodigio de la fuente. No tendrías que haberlo hecho —susurra Tashiin.

Lo han hablado muchas veces. El prodigio de la plaza. El último recurso que encontró James para llamar la atención de los hermanos.

—Todavía no sé por qué os preocupa tanto que obráramos un prodigio delante de los ojos de todos, más que preocuparos de *por qué* funcionan ahora. Es lo que queríamos. Es lo que buscan los nuestros. Y hemos podido demostrarlo.

—De todos modos, hemos pecado de imprudentes. No deberíamos haber llamado la atención. —Esos ojos tan oscuros de Tashiin, tan propios del Reino de Granada, de donde procede, refulgen con furia—. Es todo lo que digo. Por eso seguimos

existiendo.

—Tal vez la Garduña siga existiendo porque se esconde, pero si no hacemos nada cuando la ocasión lo pide, entonces ¿*para qué* existimos?

—¿Qué sugieres?

No lo dice, pero lo piensa. Podría asaltar las calles. Gritarlo. Cantar, tocar hasta que las propias estatuas de Roma se unieran a coro y hacerlos salir. *Tienen* que salir. Tashiin parece que le haya adivinado los pensamientos.

—El cargo de tu padre ya no te protege, Morley —musita, tan flojo que a lo mejor esperaba que no lo escuchase.

Los demás no lo entienden. Los demás no comparten con James esa urgencia que tiene bajo el pecho. Asumen como corderos esa misión que les encomendó el Turco: la de buscar prodigios por toda Europa. Nada más. Pero ¿para qué quieres buscarlos si no quieres usarlos? ¿Qué van a hacer sino recuperar eso que creían perdido en la oscuridad más absoluta?

—Deberíamos intentarlo de nuevo —sugiere James, tratando de que la rabia que siente dentro no le traspase los poros de la piel, pues nota que una pequeña chispa sería capaz de provocar un incendio entre ellos.

En cuanto termina su sugerencia, los demás le miran en silencio, un silencio breve, que queda roto por un ruido ahogado, como una palabrota que no acaba de salir del todo. Es Ida.

—Preferiría… —Ida vacila. Hasta ahora, desde que la acogieron, no ha rechistado. Les ha seguido por media Europa, cantó con su jackalope cuando se lo pidieron y usó su voz para llamar al primer prodigio, pero ahora hay algo en su expresión que a James le dice que esto está cambiando—. Estoy de acuerdo con Tashiin. *Estamos* de acuerdo —dice mirando al pequeño monstruo—. Si hay que actuar, actuaremos. Bien tenemos que

comer. Pero sin prodigios. Si los vuestros quieren contactar con nosotros…, ya saben dónde encontrarnos, ¿verdad?

Ida, con el jackalope entre los brazos, trata de erguirse, de parecer segura de sí misma, mientras Revna y Tashiin ríen por lo bajo. James, por el contrario, aprieta los dientes.

Son todos contra él y James tiene la impresión de que siempre es igual.

—Ida tiene razón, James —comenta Revna; tiene la voz suave, pero está claro que no va a claudicar.

James coge el violín no sin lanzarle una mirada furibunda a Ida que ella le devuelve apretando los labios. Nadie le entiende. Nadie siente esa presión en el pecho que siente James.

XXXVIII

También en la *piazza* Minerva, un poco más tarde

A Domenico, días después de conseguir ese anillo, todavía le recorre un cosquilleo por todo el cuerpo. Es una sensación extraña, una quemazón en cada brazo y cada pierna a todas horas. Como si no supiera cómo estar dentro de su propia piel. Quizá, si se pareciera más a Paddy, lograra saberlo.

Que, hablando de Paddy, quién sabe dónde se ha metido. Lo ha acompañado al mercado de *piazza* Navona, y este se ha despedido de él con una reverencia y le ha dicho: «Nos vemos en las termas al caer el sol». Y ha desaparecido entre los puestos y tenderetes. Él ni siquiera se ha molestado en preguntarle adónde iba: sabe perfectamente que, si Paddy no lo ha anunciado a los cuatro vientos, no se lo va a decir.

En cualquier caso, no le importa. Al menos, por el momento. Es que Domenico, lleno de esa energía que no parece abandonarle, se siente extrañamente satisfecho.

Y luego, claro, se avergüenza de esa satisfacción. Domenico juró que jamás volvería a esa vida de hurtos y pillajes. Que no tomaría el camino fácil y que sería tan limpio como limpia querría que estuviera su ciudad, porque si uno quiere algo, lo primero que tiene que hacer es empezar por sí mismo. Para ser un mangante y un bravucón, se habría quedado haciendo trabajos para la facción *veneta*.

Pero a la vez… se siente bien. Paddy, Padraic Doyle, tiene un entusiasmo contagioso.

Se siente también valiente, cosa que no le ocurre muy a menudo.

Y como Domenico se siente valiente, y además todavía le queda un buen rato antes de encontrarse con Paddy, ha decidido ir hacia la *piazza* Minerva, la plaza donde ahora sabe que está colocado el escenario de su ángel, es decir, la señorita Ida.

En realidad, ha ido ya varias veces. Siempre que ha podido escaparse, se ha acercado a ver la actuación de esa compañía de comedias, pero hoy, espera, va a ocurrir algo extraordinario: va a hablar con ella.

Sólo de imaginárselo se marea.

El muchacho respira profundamente. No sabe por qué lleva pensando en ella desde que la vio —bueno, sí, sí que lo sabe, pero si lo piensa mucho se le calienta la cabeza—. Piensa en ese cabello tan rojo como el fuego y en esa constelación de pecas por encima de la nariz y, sobre todo, en esa manera con la que Ida parece nombrar el mundo: palabras claras, sin los dobles sentidos y artificios de Paddy ni la pomposidad de los nobles de Roma. Ida, su ángel, tiene los pies en la tierra y una voz que, por fin, ahora está escuchando.

Los pasos se le acompasan al son de esa voz que a cada momento le resulta más maravillosa, y hay un corrillo de romanos que se va haciendo más numeroso. Él tiene que empujar y dar algún que otro codazo y murmurar algún que otro «*mi scusi*» para colocarse en primera fila.

Allí está. Allí, sobre un escenario que a Domenico le parece el mayor y más lujoso de los teatros, Ida canta y baila lentamente, descalza, mientras esa criatura cornuda la acompaña sin perder el compás.

Entonces, el violín hace un arpegio inesperado. Por un instante, se olvida de Paddy, de las termas, del cardenal Altemps y de todo lo demás. Tan enfrascado está en los movimientos y la voz de la señorita Ida que no se da cuenta de que termina la actuación, el público se disipa e Ida se acerca a él, la bestia todavía entre sus brazos.

—¿No nos vas a dejar ni una moneda? —le pregunta, con las cejas levantadas. Domenico agita la cabeza. Un poco azorado, se rebusca entre los bolsillos hasta que ve a la señorita Ida sonreír —. Era broma, a ti te lo dejamos gratis. Has vuelto —añade ella con un deje de sorpresa en la voz.

Para alegría y, a la vez, terror de Domenico, ella se baja de un salto del escenario y se lo queda mirando como si esperara que Domenico dijera algo.

Que él estaría *encantado de hablar.* De hecho, a eso ha venido: a hablar con Ida, pero es que ahora se nota la garganta seca.

Ella sigue mirándolo, paciente.

¿Por qué no tiene la facilidad de palabra de Paddy? ¿Por qué no es capaz de decirle algo bonito a la señorita Ida, algo que la haga volver a reír, algo ingenioso y creativo, y lo único que hace es mantener la boca abierta, como un bobo?

Ella levanta las cejas, todavía esperando. La bestia que lleva

en brazos deja escapar lo que Domenico juraría que es una pequeña carcajada.

Tiene que hacer algo antes de que Ida se canse de él o se piense que le está tomando el pelo. Coge una gran bocanada de aire.

—¿Qué es…, qué es esa bestia?

Desde luego, habría querido decirle muchas cosas. Alabar su voz o su cabello rojo, pero al final lo único que le ha salido es hablar de esa bestia que le mira con suspicacia.

—¿*Ambrose*? —Se ríe—. Se supone que es un jackalope. Viene de las Américas, pobrecito.

—Ca…, canta bien. —Al instante, cierra los ojos. Es idiota.

—Gracias, supongo. De parte de él.

Domenico mira al cielo, esperando que aparezca una nube de tormenta y que un rayo lo fulmine para terminar con su agonía.

Necesita decirle que ella también. Ojalá arreglarlo de algún modo, poner una sonrisa como las de Paddy Doyle, que parecen capaces de arreglar todos los malentendidos del mundo, inventarse alguna excusa, lanzar un halago, hacer una reverencia.

Sin embargo, lo que hace es acercar la mano hacia el tal *Ambrose*, pensando que con eso gana tiempo y que, bien mirado, el animalillo parece inofensivo. Cosa que piensa hasta que el jackalope *Ambrose* hace amago de darle un golpe con las astas y le enseña unos colmillos afilados.

—*Madre di Dio!*

—No es muy amigable —se justifica Ida con media sonrisa.

Por lo menos ha logrado hacerla reír. Domenico va a considerarlo un éxito.

—Bueno, contigo sí que lo es —le dice mientras, maldita sea, en su cabeza sólo quiere que Ida le sostenga con el mismo cariño con el que sostiene al animal.

—Llevaba mucho tiempo en una jaula y yo lo liberé. Supongo que será por eso. —Ida hace una pausa y ladea la cabeza. Hay algo travieso en su mirada—. ¿Hay algo más que desees saber del pobre *Ambrose*?

Vuelve a mirar hacia arriba, pero el cielo sigue azul, ni una nube de tempestad a la vista, *porca miseria.* El nudo en la garganta de Domenico se hace más grande, más incluso, hasta que una sola frase sale de ella, demasiado aguda y apresurada:

—¡Tú también cantas muy bien! ¡Como los ángeles!

El silencio perplejo que le dedica Ida queda roto cuando, de repente, uno de los miembros de la compañía, el violinista, se aleja del escenario a grandes zancadas. Durante ese tiempo, Domenico ha tenido oportunidad de que sus mejillas se tornen de un rojo volcánico y de sentir una vergüenza como un pozo sin fondo.

—Me voy —vomita entonces. Se siente físicamente mal. Seguramente la señorita Ida piense que es un ridículo y un idiota —. Tengo…, tengo que… marcharme. El deber me llama.

Ella sigue observándole con curiosidad, la cabeza aún ladeada.

—Claro… No querría entretenerte. —Domenico ya retrocede—. Vas a volver otro día, ¿verdad?

Cuando escucha la sugerencia, a Domenico le parece que, en lugar de latidos en su pecho, esté escuchando una fanfarria: ella casi le ha pedido que regrese. Y, por supuesto, él no puede hacer más que obedecerla.

—Cla…, claro —musita.

—Además, recuerda tu promesa.

—Mi prom… —Domenico no termina la frase porque sus pies caminan solos.

—¡De enseñarme Roma!

Y parece que Ida hubiese pedido un prodigio o formulado

un conjuro porque, en ese momento, contra todo pronóstico, al escucharla decir la palabra mágica, «Roma», algo nuevo se enciende en el corazón de Domenico, que está lleno de energía e ilusiones. Sus pies, obviamente, se han detenido.

—¡Claro! ¡Claro! ¡Si yo no rompo nunca mis promesas!

Domenico no quiere marcharse, no cuando podría planear con Ida todo lo que piensa enseñarle. Se marcha simplemente porque, en ese instante, oye unas campanas en la lejanía y sabe que, si llega tarde, el plan que ha ideado Paddy nunca saldrá bien.

A pesar de todo, el corazón le late desaforado cuando se marcha. Sólo una vez antes de entrar en la calle principal se gira para mirar a Ida. Se da cuenta de que ella también lo está mirando a él. Domenico, como si acabaran de darle un susto de muerte, echa a correr como alma que lleva el diablo.

XXXIX

De camino a Santa Sabina all'Aventino, tras la actuación

No ha habido magia, no ha habido prodigios, ni esa energía que le recorre el cuerpo cuando los dioses escuchan. Los demás han ganado y James ha perdido. No: han perdido todos. Esta vez, la Garduña ni siquiera se ha dignado a mandar a uno de los hermanos a vigilarlos.

James decide que no vale la pena descargar su furia por todo lo que está pasando contra el resto de la compañía. No gana nada con ello, salvo ponérselos en contra todavía más.

Aun así, una vez que se ha alejado lo bastante de la plaza donde han tocado y se ha adentrado en las calles bulliciosas de Roma, que todavía parecen serlo más durante el crepúsculo, lo que James tiene todavía clavado como un cuchillo es lo que ha

dicho Tashiin: ya no puede actuar como si el cargo de su padre le protegiera.

La carcajada que se escapa de la garganta de James encuentra su eco unas casas más allá. Hay un palacio con las ventanas iluminadas. Una fiesta, una de las tantas que se estarán celebrando en la ciudad.

Hace tiempo, casi en otra vida, él vivía en Roma. Sus padres eran artistas: su madre violinista, su padre compositor. Tenían mecenas ricos que les permitían vivir con comodidad, tener contactos.

Había nacido y crecido con historias, su madre y su padre se las contaban, de otros tiempos, otras latitudes. Algunos los habrían llamado cuentos, leyendas, pero sus padres no. Sus padres creían fervientemente en lo que le contaban: monstruos submarinos, bestias salvajes, criaturas fantásticas escondidas en cuevas y bosques, esperando la noche para salir. Pero también las nubes negras, los ciclones y torbellinos, las tormentas. Y el fuego. Ese fuego que ahora recuerda como si lo tuviera todavía delante, el fuego que se llevó a sus padres.

Una nueva carcajada, acompañada por música de baile, le hace levantar la cabeza. Fiestas y alegría, aunque no será durante mucho. Los ricos de esta ciudad tienen la mala costumbre de huir cuando las cosas se ponen feas. Lo único que debe de mantenerlos todavía aquí es el carnaval. El carnaval y que no pisan lo suficiente las calles más oscuras de la ciudad, los callejones y los bajos de los puentes, para advertir que el número de enfermos está aumentando a cada día que pasa.

James aprieta un puño con rabia. Porque, si de él dependiera, sabrían el origen de esas manchas oscuras que aparecen en el cuello y en el pecho de todo aquel que se cruza con uno de los portadores, uno de esos *nachzehrer* que el señor Charlemont ha ido infectando desde que llegara a la ciudad tras

ellos.

Porque para eso están la sabiduría y el conocimiento: deben ser compartidos, celebrados, y James está cansado de ocultarse bajo ese disfraz que, desde tiempos inmemoriales, decidió colgarse la Garduña para pasar desapercibida. Si por él fuera, se lo arrancaría delante de todos los que ahora están bailando en el *palazzo* y les contaría lo que pasa. Lo que hay escondido, lo que no saben.

Con estos pensamientos, camina por Roma sin rumbo fijo, aunque de algún modo sepa hacia dónde le llevan sus pasos. A un lugar que todavía no ha visitado, un lugar que vio nacer su peor pesadilla, porque se hizo realidad.

Es la casa donde vivía con sus padres. O, al menos, lo que queda de ella. Recuerda aquella noche en fragmentos, aquel incendio que no se supo de dónde había salido, la sensación de que las llamas aumentaban en fuerza con su propio miedo, como si él fuera el que las controlase, los gritos, que buscaba a su madre y a su padre entre el humo sin encontrarlos, cómo salió él solo de la casa y cómo se hizo el silencio una vez que se derrumbó por dentro y se extinguió el fuego.

Porque, sí, los pasos le han llevado al último lugar donde vio a sus padres con vida, un lugar donde la música y los prodigios iban de la mano. No podía ser de otra manera, teniendo en cuenta que sus padres creían fervientemente que, de alguna manera, era la música la que ayudaba a los humanos a hablar el lenguaje de los dioses. Hoy, después de tanto tiempo, ya no sabe si lo que tiene son meros sueños o recuerdos: su madre tocando el violín, él acompañándola con una melodía que sentía dentro y que lo ataba a la tierra mientras los magnolios del jardín florecían al compás, o esas teclas del clavicordio de su padre, con tonos distintos y pulsiones distintas, incesantes, buscando despertar unos poderes que el James de ocho años no

alcanzaba a comprender.

Da una patada a una piedra. El muro que anteriormente rodeaba el jardín está destruido y los magnolios, casi secos, aunque aquí y allá alguno de ellos todavía conserva alguna flor. James se acerca a ellos y cree que no se ha sentido más solo en la vida: abandonado por sus padres, por todo aquel mundo que lo protegía y, ahora, abandonado por lo que él creía que eran sus guías: la Garduña.

XL

Por la Porta Pia, al mismo tiempo

Hay pocas cosas en el mundo que las calles de Roma no hayan visto: vieron el nacimiento de un imperio. Vieron también su caída a manos de los bárbaros y su renacimiento, y el paso de reyes y papas, artistas y villanos. Lo que ahora ven las calles de Roma, perplejas, es cómo dos jóvenes corren por Porta Pia tan desnudos como Dios los trajo al mundo. Es una suerte que sea de noche y no haya muchos transeúntes, porque sólo se tapan las vergüenzas con sendas toallas que llevan anudadas alrededor de la cintura.

—¡Cómo se te ocurre! ¡Es que cómo se te ocurre! —chilla Domenico. Con una mano, se sujeta la toalla a la cintura.

Paddy, en vez de responderle, deja escapar una carcajada que eclipsa el sonido lejano de las botas de los guardias que han

salido en su búsqueda.

Él insiste. No le entra en la cabeza, no le cabe en el espacio que queda entre sus sienes, lo que Paddy acaba de hacer.

—¿En qué mundo a alguien se le ocurriría algo así?

—Pero hemos salido, ¿verdad? Y hemos logrado lo que nos proponíamos. Buenas noches, señora —añade mientras saluda a una dama que, escandalizada al verlos, deja escapar un alarido.

Luego, en unas pocas zancadas, Paddy le adelanta. En su mano, por un segundo, brilla el oro del segundo anillo.

—¡Pero las has destruido! ¡Has destrozado las termas!

—¡Discrepo! ¡Sólo necesitarán un poco de reparación! ¿No decías que llevan funcionando durante siglos? Seguro que algún arreglo han necesitado más de una vez…

Domenico se arriesga a echar una ojeada rápida hacia atrás. Entre los edificios que tienen alrededor se adivinan las majestuosas cúpulas de las termas que mandara construir el emperador Diocleciano. Nubes de vapor, espesas y blancas, salen por puertas y ventanas.

—Pero… —susurra Domenico.

—Pero ha sido magnífico, ¿verdad?

«Magnífico», dice.

«Magnífico», cree Domenico, no es la palabra adecuada. Después de tener éxito días atrás con el anillo del cardenal Colonna, esta noche Paddy parecía estar de un buen humor extraordinario, a pesar del ambiente lúgubre de unas calles cada vez más atestadas de enfermos. Sabían, por la información que les había dado el vizconde de Roden, que su siguiente objetivo solía ir a las termas por lo menos una vez a la semana, y hacia allí han ido ellos dos.

—¡Ni por asomo! Ha sido aterrador, ¿me oyes? Aterrador —logra decir al fin Domenico, cuando da con una palabra que a él le parece más adecuada—. Vayamos por aquí —añade, y gira

bruscamente por una calle estrecha que les interna cada vez más por el *rione* de Trevi, a los pies de la colina del Quirinal.

Que casi han destruido las Termas de Diocleciano, las últimas que todavía siguen en funcionamiento en la ciudad desde los tiempos de los antiguos romanos. Un verdadero prodigio de ingeniería donde unos grandes hornos calientan agua que luego distribuyen mediante cañerías por las distintas piscinas del recinto.

Desde hace siglos sólo el dinero logra abrir las puertas de las termas. Por suerte, de eso el vizconde tiene en abundancia.

Cuando han logrado entrar en una sala sostenida por un bosque de columnas de piedra negra, les han hecho dejar sus ropas como al resto de usuarios de las termas. Y luego, guiados por un criado, han pasado al ala central de los baños. Paddy lo ha hecho con una sonrisa de oreja a oreja y esos gestos de gran señor que siempre tiene. Domenico lo ha hecho con la boca abierta, la cabeza inclinada hacia las cúpulas del techo y unas ganas irrefrenables de taparse las vergüenzas.

Hasta ese momento, todo iba bien.

Han avanzado entre las fuentes y piscinas de agua caliente de las que emanaba vapor mezclado con todo tipo de perfumes, mármoles y estatuas de ninfas y dioses de la antigüedad, hasta que Domenico ha identificado a la persona que estaban buscando. «Es él». El cardenal Altemps estaba a pocos pasos de ellos, sumergido en una de las piscinas de agua caliente y charlando animadamente con otros grandes señores como él.

Paddy le ha dicho que no se moviera y ha dejado a Domenico solo en medio de toda aquella gente. Sólo le ha dado un consejo: que esperara, porque el cardenal Alltemps acabaría saliendo a toda velocidad de la piscina y, entonces, sería su momento de actuar. Nada más.

—¿Por qué no me lo has dicho? —exclama Domenico.

Todavía se oyen unos pocos gritos, pero lejos. Despacio, tanto Paddy como él dejan de correr hasta detenerse en una callejuela en la que no hay más luz que la de la luna—. ¿Por qué no me has contado lo que pretendías hacer?

—Porque me habrías dicho que era una locura.

—¡Claro que te lo habría dicho! ¿A quién se le ocurre hacer que el agua hirviera?

—¡Pero ha funcionado!

—¡Por los pelos! ¡Porque Dios o el diablo lo han querido!

—Pero ha sido magnífico. Vamos, Domenico. Reconoce que te ha gustado ver a todos esos señores tan importantes correr desnudos de acá para allá como pollos sin cabeza. Reconoce que te has sentido algo satisfecho, por no decir que estamos un poquito más cerca de convertirnos en los salvadores de esta ciudad, ¿eh? Vamos…

Por lo menos, ha sucedido como Paddy le había prometido: tras esperar un buen rato, Domenico ha oído un alarido. No sólo ha sido el cardenal quien ha salido de la piscina de agua caliente a toda prisa, rojo como un cangrejo, sino también todos los que estaban allí.

Luego, un juego de manos: Domenico se ha acercado al cardenal Alltemps mientras este boqueaba buscando aire fresco y, solícito, se ha ofrecido a ayudarlo a caminar. En apenas un segundo, le había sacado el anillo de su fofa mano.

Entonces, ha oído el silbido del vapor escapando por fuentes y surtidores, cada vez con más fuerza, y algunas de las viejas canalizaciones de cerámica resquebrajarse.

Todavía en esa callejuela, cuando ya no se perciben los pasos de los soldados sino el arrullo de una fuente cercana, Domenico entrecierra los ojos y se muerde la cara interna de las mejillas, porque por supuesto que ha sido magnífico. Todavía recuerda la sensación que le ha invadido al hacerse con el anillo,

cómo se ha estremecido de puro regocijo, pero no piensa admitirlo ante Paddy.

—No…, no había visto a nadie… —comienza—. ¡No había visto a nadie tan rojo en la vida!

«Apoteósico». Esa es la palabra que busca pero que no quiere pronunciar.

Cuando ya tenía el anillo, Paddy ha vuelto a aparecer, tan tranquilo, como si fuera a las termas cada domingo por la tarde. No han salido por la puerta principal. En vez de eso, Paddy le ha dado una toalla y lo ha guiado a través de una puertezuela de vuelta a las calderas, donde un ejército de sirvientes seguía alimentando el fuego con inusitado fervor. Seguramente, el hecho de que Paddy fuera repartiendo monedas a puñados mientras pasaban ha tenido algo que ver. Porque eso es lo que ha hecho el muy animal, el inconsciente, el loco de Paddy Doyle: ir a los grandes hornos con los que se calientan las aguas de las termas y sobornar a los sirvientes para que echaran al fuego toda la leña de la que disponían, haciendo que el cardenal Alltemps saliera escaldado de su baño.

Domenico tiene que rendirse ante la evidencia: ha funcionado. Ni siquiera le importa ya que, cuando estaban a punto de salir, hayan escuchado los gritos de los guardias y hayan tenido que salir corriendo sin más ropa que la ridícula toalla. Se echa a reír, en parte por los nervios, sí, porque todavía pueden encontrarles y colgarles, o peor, pero también ríe porque Paddy, mal que le pese, tiene razón: ha sido magnífico, apoteósico y, a la vez, ridículo, porque quién iba a pensarlo…

—Quién iba a pensar que funcionaría… —exhala casi sin aliento mientras Paddy se echa a reír, todavía más fuerte que él, a su lado. Le duele el estómago, se dobla, incapaz de contener las carcajadas. Ríe tan fuerte que a punto está de perder todo el decoro y la toalla que lo cubre.

Entonces, incluso por encima de sus risas, oyen un sonido sibilante y seco, como un latigazo, justo antes de que un virote de ballesta vaya a clavarse en el suelo a sus pies.

También ve una figura agazapada en lo alto de un viejo acueducto que emerge por entre las casas.

Antes de que puedan reaccionar, la silueta baja de un salto desde los restos del acueducto, la capa revoloteando a su alrededor, apenas haciendo ruido cuando cae. Parece alguien salido de una pesadilla, una figura oscura, con los ojos brillantes, hasta que se da cuenta de que lo que brilla son dos lentes que tiene en la máscara, que reflejan una luna que asoma por los tejados.

—El anillo. ¡El anillo, ahora!

¿El anillo? ¿La figura les está pidiendo el anillo? Domenico recuerda la conversación que tuvo con Paddy en aquel callejón días atrás, se acuerda de los enfermos y de un médico de la plaga que los estaba atendiendo. ¿Será el mismo? ¿Será el mismo, también, el que se cruzó con ellos cuando robaron el anillo del cardenal Colonna? Y aún más importante, ¿qué sabe del anillo? ¿Por qué sabe que lo tienen ellos? ¿Sabe algo sobre el Último Prodigio?

Domenico ya tenía suficiente con que le persiguieran los guardias de las termas y los matones de la facción *veneta* por culpa de Paddy, añadir ahora espantajos como ese no le hace ninguna gracia. Además, así. Domenico, que es un joven de pocas ambiciones, sólo le pide a Dios morir por lo menos con unos calzones puestos.

—Creo que no nos hemos presentado. Le pido disculpas por nuestro aspecto. Seguro que, si le contamos la historia de lo que nos ha pasado, se partiría de la risa. —Paddy, sosteniéndose la toalla bien firme contra su cintura, se adelanta un par de pasos. Incluso así parece un señor, sin ser él nada de eso, con ropa o sin

ella.

—No necesito escuchar historia alguna. Sé que habéis robado el anillo del cardenal Alltemps y lo quiero.

Mientras les sigue amenazando con la ballesta, Domenico piensa que él le daría los anillos a esa persona o demonio. Le daría todo el dinero que no tiene, la verdad, pero él es él y Paddy, en cambio, como el idiota e insensato que es, no se mueve del sitio.

—No creo que esté usted al servicio del cardenal Alltemps, ¿verdad? ¿Sabe que lo que está haciendo es robar? —Ni un dedo mueve Paddy ni parece en absoluto nervioso. Pero no pasa nada, porque Domenico sí que está nervioso por los dos.

—Paddy, no creo que vaya a fallar con ese trasto dos veces. Quizá…

—Por supuesto que no voy a fallar —replica ofendida la persona tras la máscara. Domenico abre la boca, extiende las manos hacia la figura enmascarada como para dar énfasis a sus palabras, pero Paddy se le adelanta:

—Bueno, pero antes no nos ha atravesado con una de esas flechas no porque le haya faltado la puntería, sino porque no ha querido.

—No querríais comprobarlo, señor Charlemont.

Parece realmente convencido de lo que dice, claro que, en general, Paddy siempre parece convencido de que sus opiniones son las únicas en el mundo. La persona de la máscara está perdiendo la paciencia, porque deja escapar un bufido, todavía con la ballesta entre las manos.

Domenico está seguro de que va a dispararle a Paddy, aunque sea para borrarle esa sonrisa de los labios.

La figura enmascarada, con esos ojos hechos de lentes de cristal, levanta la ballesta y apunta al corazón del irlandés.

Pero no dispara. En lugar de eso, deja escapar un rugido de

frustración y, de un salto ágil, se lanza hacia Paddy y trata de arrebatarle el anillo de las manos. Quién iba a decir que Paddy se apartaría todavía más rápido.

Durante unos segundos, Domenico es el incómodo testigo del baile más extraño que haya visto en su vida. La figura enmascarada se lanza hacia Paddy, que a su vez la esquiva con una finta o con un salto. Sólo les falta música de fondo un poco animada, una *Allemande* quizá, mientras se mueven en círculos, uno encarado con la otra, para que realmente sea una danza. Pero no es una danza sino una batalla, una que no es equilibrada. Aunque Paddy no pierde su expresión mansa, la figura enmascarada se mueve más rápido, mientras que los quiebros de él son cada vez más atropellados. Es sólo cuestión de que dé un mal paso y todo el enredo en las termas no habrá valido para nada.

—¡Está bien! ¡Está bien! —La danza se detiene abruptamente, la figura enmascarada con la ballesta de nuevo preparada, y Paddy con la mano donde lleva el anillo levantada en señal de rendición mientras que, con la otra, todavía se sujeta la toalla que lleva alrededor de la cintura—. Me rindo. Queda más que claro que aquí yo tengo las de perder y que vos, seáis quien seáis, no pararéis hasta conseguir este tan codiciado anillo. Sin embargo…

—¡Basta de sin embargos! ¡Basta ya de excusas!

—Como he dicho…, me rindo… —Paddy señala con la mirada el dedo donde lleva puesto el anillo, como si quisiera indicarle a la figura que se dispone a moverse para darle la joya y que haga el favor de no disparar. Entonces, musita—: Oye, Domenico…

—¿Sí? —responde él, sobresaltado.

En ese momento, Paddy mueve la mano, sí, pero no la que lleva el anillo, sino la otra. Rápido como una centella, deshace el

nudo con el que llevaba sujeta la toalla y la lanza en dirección a la figura enmascarada. Esta, en un acto reflejo, levanta las manos para cogerla y, al hacerlo, suelta la ballesta.

El arma sólo permanece un instante en el suelo antes de que Paddy se lance a por ella y apunte, en un radical cambio de tornas, a la figura encapuchada, que ahora tiene su toalla en las manos.

—Nos marchamos. —De nuevo, la voz de Paddy suena calmada.

—¿Así? —le pregunta Domenico.

—¿Así, cómo?

—Vas desnudo.

Paddy encoge los hombros.

—No es nada que no hayas visto antes. —Hace una pausa y, luego, su mirada se posa sobre la figura encapuchada—. ¿Quién sois?

Desafiante, la figura ni se mueve ni responde.

—Podría quitaros la máscara y saldríamos de dudas —insiste él.

—Vos tampoco vais a dispararme a mí, Charlemont —susurra, quizá con un deje de desesperación en la voz.

Y, efectivamente, no lo hace. Paddy no dispara ni siquiera cuando la figura se aparta de un salto, silenciosa como la sombra que es, y huye calle abajo.

XLI

En un callejón cercano a la Porta Pia, instantes más tarde

«Oye, Domenico, ¿me prestas tu toalla?». «¡No!». Escucha, ya lejos, el eco de una discusión que se desvanece mientras regresa al lugar donde se ha enfrentado a Charlemont, con el corazón desbocado y brasas bajo la piel.

Su ballesta está ahí, en el suelo. Se agacha para recogerla, pero, de repente, se ahoga. Allegra siente que se ahoga, así que se quita la máscara de un manotazo, dejando que el aire frío le golpee las mejillas.

Charlemont tenía razón: ha fallado a propósito. Habría podido ensartarle el corazón con facilidad, y no sólo en este callejón en lo más profundo del rione de Trevi. Habría podido hacerlo cuando, durante la tarde, lo ha visto por el mercado de

piazza Navona. También, al caer la noche, cuando lo ha visto salir de la casa del vizconde de Roden, y una docena de veces más durante el trayecto hacia las termas, porque Charlemont iba distraído, sin percatarse de esa silueta que lo vigilaba desde lejos.

Allegra, que todavía se siente incapaz de respirar a un ritmo regular, lanza una maldición larga, de las que su madre jamás le permitiría pronunciar en su presencia. Ha fracasado. Esa vieja herida, la de no estar a la altura, la de creer que su padre la entrenó no porque viera su valía, sino por ser la única de sus vástagos que quedaba con vida, se abre.

Allegra dirige los ojos hacia el cielo, por si su padre, allá donde esté, quisiera perdonarla.

Así permanece no sabe cuánto tiempo, aunque a lo lejos oye las campanas de una iglesia cercana.

Cuando por fin se incorpora, le duelen los huesos. Entonces, otro pensamiento furtivo se hace un lugar dentro de su cabeza, uno que está al rojo vivo por la vergüenza, porque ha visto innumerables pinturas y estatuas, y también ha visto desnudo a Charlemont, pero, desde luego, es la primera vez que ve a alguien tan cómodo en su desnudez.

Allegra vuelve a maldecir, ahora para sí, mientras trata de relegar esa visión, ese pensamiento y las imágenes que lo acompañan al fondo de su mente. Otros más importantes toman su lugar. No sabe qué hacer. Ha fracasado, se encuentra perdida y la ciudad…

No se trata sólo de los enfermos, cada vez más numerosos. Algo se remueve en las entrañas de la ciudad. Puede olerlo en el aire igual que huele a desperdicios y piedra mojada. Cada día, además de desfiles y fiestas, hay procesiones por uno u otro barrio, a las que siguen mendigos y peregrinos que se pueden contar por centenares. Algo ocurre, está segura, u ocurrirá. Allegra hace días que se teme que el objetivo de encontrar esos

anillos que podrían llevarla hasta el Último Prodigio de Roma no sea sólo importante para que ella pueda cumplir una promesa que hizo a un hombre muerto.

Allegra se levanta. La certeza de esa calamidad sin rostro que se avecina le da fuerzas para dar unos pocos pasos y para colocarse de nuevo la máscara. Y es esta misma certeza, como agujas bajo la piel, la que guía sus pasos.

Lo que está ocurriendo en Roma, que de repente haya aparecido la plaga, el robo de los anillos, Charlemont…, qué más quisiera ella poder manejarlo todo sola, pero sabe Dios que no puede. Por eso mismo, deja atrás el rione de Trevi para acercarse al río. Avanza cada vez más rápido, como si quisiera perseguir la luna en su carrera por el cielo. A estas horas de la noche, una humedad gélida se derrama desde el Tíber hacia sus dos orillas, pero Allegra ignora el frío abriéndose paso entre jirones de neblina blanca hasta adivinar una forma, como el lomo erizado de un leviatán en medio del río. Se trata de una pequeña isla, la isola Tiberina.

Todavía se encuentra lejos, pero ya llega hasta ella el lamento de los enfermos.

Los hay en todas partes alrededor de la pequeña isla: junto a la ribera del río y en los puentes que la conectan con ambas orillas del Tíber, y ocupando todo el espacio también alrededor del hospital de San Giovanni y de las ruinas de un antiguo templo dedicado a Esculapio, un dios de la medicina ya olvidado. Los enfermos se fijan en la joven. Mientras cruza rápidamente por el puente Fabricio en dirección a la isla, decenas de manos se levantan suplicantes, porque así como el resto de la ciudad ve la muerte en las ropas de un médico de la plaga, estas gentes ven una fútil esperanza.

La persona a la que busca es un hombre corpulento, de grandes manos y piel oscura llena de cicatrices, que examina a

uno de los enfermos a la luz de un candil. Cualquiera lo confundiría con un pirata de las Antillas si no fuera porque lleva el pelo tonsurado y el hábito negro de los frailes de san Juan de Dios, que atienden el hospital.

—Bien, bien —dice el hombre cuando ella se le acerca, aun cuando Allegra lo ha hecho con el sigilo de un gato—. Ya era hora de que la ciudad nos mandara un poco de ayuda. Me harán bien dos manos más, si podéis prestármelas. Podéis empezar con alcanzarme a mis pequeñas amigas, por favor.

Allegra supone que con «amigas» se refiere a una vasija llena de una suerte de gusanos gordos y retorcidos que tiene a sus pies: sanguijuelas.

A pesar del rechazo que le produce, toma la vasija y se la acerca al hombre, que sigue ocupado examinando los brazos y el cuello del enfermo acurrucado a sus pies, lleno de marcas oscuras como huellas de un dedo fantasmagórico.

—Tomasso —susurra. El hombre no reacciona al oír cómo lo llama, pero deja la vasija con las sanguijuelas a un lado. Pone una mano en la mejilla del enfermo al que estaba atendiendo, un joven con ropas de seda manchadas de Dios sabe qué, y le dedica una sonrisa afable que parece imposible en su rostro de bucanero —. Tomasso —le apremia Allegra, nerviosa, y aun así tiene que esperar a que él susurre unas palabras que suenan a disculpa cerca del oído del enfermo y se levante parsimoniosamente.

—Preferiría *padre* Tomasso. *Fray* Tomasso, incluso — responde él, tocándose el círculo de cabello rapado que tiene en lo alto de la coronilla.

—No quise creerlo cuando me dijeron que te habías hecho fraile.

—Conozco esta voz, pero no veo a la niña a la que pertenecía.

—Y yo conozco la tuya, la voz, y tu rostro, pero no veo

tampoco al soldado que fuiste.

Tres hermanos son los que crearon la Sociedad de la Garduña y tres son sus líderes siglos después. El padre de Allegra fue el Primer Hermano, el líder de la mano militar de la Sociedad, y Tomasso fue, cuando ella era una niña, su lugarteniente, su nexo con los miembros de la hermandad.

Durante unos segundos se observan en silencio, cada uno esperando a que el otro haga el primer movimiento. Es Tomasso quien, con esos gestos lentos que jamás le había visto cuando servía a su padre, le hace una seña para que le siga hacia el corazón de las ruinas de ese antiguo templo que hay en la isla. Entre las lastras rotas del pavimento crece una hierba alta que susurra cuando la capa de Allegra la roza. Aquí, al contrario que en el resto del lugar, no hay enfermos, como si los que han acudido a la isla en busca de cuidados pensaran que es un lugar todavía sagrado o, al contrario, que sigue maldito por estar dedicado a un dios que no es el suyo.

Ambos se detienen justo en el centro del antiguo templo, entre las columnas que parecen huesos rotos a la luz de la luna. Y tras frotarse la cara con las manos, el hombre implora:

—Déjame verte, criatura.

Muy despacio, Allegra se quita la máscara.

—Ya no hay ninguna niña —le responde ella.

—Quizá tú no la sientas, pero aquí está: una niña que juega con fuego. ¿Qué haces con eso puesto, Allegra? Tu padre nunca debió haberte iniciado en los secretos de la Garduña. No tenía derecho a hacerlo. Deberías estar agradecida de que, cuando murió, nadie te buscara para enmendar su error. Vete, ¿me oyes? Vete, guarda esa máscara. O mejor, quémala.

—He hecho lo que me pidió mi padre. He mantenido su legado —le responde ella, desafiante—. Y he escuchado un rumor. Se habla del Último Prodigio de nuevo.

—Es imposible. Se perdió.

—Tú y yo sabemos que hay cosas más imposibles en este mundo. Necesito contactar con los Tres Hermanos, Tomasso —le interrumpe ella—. Hay algo importante que…

—Juraste que dejarías todo esto atrás, Allegra.

La voz cortante de Tomasso le hace dar un respingo.

La noche que murió su padre, fue Tomasso quien la llevó a un lado y quien le hizo prometer que renegaría de su educación, de su entrenamiento y de su legado. Así estaría a salvo. Le dijo que era porque, sin la protección de su padre, los nuevos líderes de la Sociedad la verían como una aberración.

Sí. Se lo prometió a Tomasso y mintió. Al fin y al cabo, le había jurado lo contrario a su padre mucho antes, y no pretendía romper su palabra.

—Hazme caso. Toma lo que te he dicho como una segunda oportunidad, una advertencia. Aléjate de todo esto, Allegra. —Como para dar énfasis a sus palabras, Tomasso da un par de pasos hacia un lado para poner distancia. Pero también parece que la conozca mejor de lo que ella misma cree, porque se detiene.

—Se lo prometí a mi padre. Eso vale más que la promesa que te hice a ti.

—¿No te es suficiente con saber que yo sí que lo dejé todo?

—Eso sólo me dice que mi padre quizá errara al elegirte como su mano derecha. Que no eres de fiar.

Tomasso se gira lentamente y Allegra aprieta los dientes. Por cómo la mira, a ella también le da la sensación de que lo que ve él no es más que una niña asustada.

—De quien no debes fiarte es de la Garduña, hija mía.

Allegra retrocede, como si las palabras de Tomasso le afectaran. Le es difícil interpretarlas o entender por qué lo dice, pero su expresión sombría, el modo en que la mira, todo eso

hace que le lata fuerte el corazón.

—No entiendo lo que quieres decir.

Pero Tomasso no da más explicaciones, vuelve a sus quehaceres mientras añade:

—No es necesario que lo entiendas. Las cosas han cambiado desde que tu padre fuera nuestro líder. Es mejor que, esta vez, cumplas lo que me prometiste a mí.

—No. —Las manos de Allegra se aferran con fuerza a su máscara. La enormidad de lo que está ocurriendo en la ciudad la abruma—. La ciudad va a sufrir, y quizá podamos encontrar el remedio. Si lo que he escuchado es cierto, Tomasso…

—Ya te lo he dicho, pequeña Allegra. Soy fray Tomasso ahora. Sólo atiendo a los enfermos y mantengo los ojos bien abiertos. No puedo ayudarte.

—Encontraré a otros, pues. —Allegra da un paso hacia atrás con el corazón encogido de frustración—. Muchos todavía le son fieles a mi padre, aun llevando cinco años muerto. Les pediré ayuda a ellos.

Tomasso niega apenado con la cabeza.

—Deberíais marcharos. Tu madre y tú, a vuestra villa en Tívoli, lejos de la ciudad. Otros ya lo están haciendo.

—Ayúdame, Tomasso. Por mí. Por la amistad que te unía a mi padre y por fidelidad a esta ciudad.

No recibe más respuesta que una mirada de parte de Tomasso que a ella le parece llena de dudas, tanto que por un segundo tiene la esperanza de que él vaya a aceptar lo que le pide. Sin embargo, al cabo de poco el hombre retrocede, sus hombros anchísimos encorvados como los de un anciano, y vuelve con sus enfermos.

Allega se marcha del lugar tal y como ha llegado, con el rostro escondido tras la máscara, huyendo de los enfermos que le piden ayuda, pero, incluso cuando ya ha cruzado el puente de

nuevo, incluso cuando se interna en las calles del barrio judío, con sus casas demasiado altas y estrechas, le parece sentir el roce fantasmagórico de las manos de los moribundos tirando de su capa.

De pronto siente un miedo irracional a detenerse, así que no lo hace ni cuando le quema la respiración aprisionada bajo la máscara, ni cuando siente que le pesan las extremidades. También continúa adelante, sin detenerse, cuando al cruzarse con un grupo de mercenarios de colorido uniforme, sin duda soldados al servicio de la ciudad, estos le dan el alto.

Sólo se detiene al llegar a una pequeña elevación en el terreno, tan breve que ni tiene el nombre de colina. Se quita la máscara para respirar a grandes bocanadas, como si al aire más fresco y más limpio de este lugar pudiera hacerle frente al hedor a enfermedad que dominaba la isla. Allegra respira hasta que le duele el pecho y siente cómo se marea.

Da unos pasos tambaleantes. Allí donde pisa, hay viejos fragmentos de madera y ladrillos calcinados. Donde ahora sólo queda un solar cubierto de maleza junto a algún magnolio que se aferra desesperadamente a la vida, antes fue una casa. No quedan más que ruinas, como en el resto de la ciudad, y el recuerdo de un viejo incendio. Cuando levanta la cabeza, ve una figura enmascarada.

XLII

En una casa que fue presa del fuego cinco años atrás, cerca de Santa Sabina all'Aventino

Es un fantasma. Un fantasma del pasado.

—¿Allegra? —pregunta James, esperando en cualquier caso que esa figura que acaba de aparecer en lo alto de la loma lo saque de su error.

Cuando la mira fijamente se da cuenta de que, a pesar de los rasgos, que se le han afilado, sigue siendo esa niña que correteaba junto a él tantos años atrás por este mismo jardín. Ellos jugaban mientras sus respectivos padres se reunían en la casa para discutir del pasado y del futuro de la Garduña, tratando de desentrañar los misterios de esos prodigios que tenían como objetivo sin que a ellos les llamase la atención más allá de las melodías fallidas que escapaban hacia el jardín desde las ventanas de la casa.

Eran amigos. Una amistad infantil, sin condiciones.

—¿James? ¿Qué hacéis aquí? —susurra ella con voz temblorosa.

—Hacía mucho tiempo que no honraba a los muertos.

—No. Qué haces *aquí*. En Roma. Pensé… Me dijeron… que tenías familia. Allí, en tu país.

—¿Eso te dijeron?

No sabe por qué esas palabras le salen junto a una carcajada si, en realidad, lo que siente dentro es una rabia que le quema. Que tenía familia en Inglaterra. ¿Y quién le dijo algo así a Allegra? Y más importante: ¿para qué? ¿Para qué ocultar que aquella noche, cuando aún no podía ni tenerse en pie, lo sacaron en secreto de la ciudad? Para controlarse, tiene que taparse la boca con la mano.

Se fija entonces en su ropa oscura, en la máscara que oculta tras la espalda. Es apenas perceptible, pero James también ve que Allegra da un leve paso atrás.

—Sigues siendo uno de los hermanos de la Sociedad, pues —comenta la joven—. ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho?

Cinco años han pasado desde el incendio, cuando todo cambió. Una parte de él quiere dejar las máscaras a un lado, preguntarle a Allegra cómo está, qué es de su vida. Otra, sin embargo, la parte de James que domina frente a la otra, está recelosa y dolida con ella, aun cuando no sabe exactamente por qué.

—Y tú —la corta él, sin responder a su pregunta—. Veo que también.

Ella se apresura a corregirle:

—No. En realidad, no.

Hay un rastro de vergüenza en sus palabras, oculta bajo una pátina de desafío.

Se están guardando secretos el uno al otro, de eso está

convencido.

—Pero no llevarías las ropas y la máscara si no siguieras en contacto con ellos, ¿verdad? ¿Conoces los lugares de reunión? ¿Las contraseñas? Has estado aquí todos estos años, Allegra. Necesito hablar con ellos. Eso —se arriesga a admitir—. Eso es lo que he venido a hacer.

—No sé cómo hacer lo que me pides, lo siento, James.

—¿Qué estás diciendo?

—James, tú sabes… —Allegra calla entonces y luego reformula—: ¿Qué ocurrió aquella noche? Tienes que saberlo. Tú estabas ahí —señala al frente—, dentro de la casa. —El incendio. ¿Qué ocurrió, le pregunta, el día que murieron sus padres? El día en el que también murió el padre de Allegra. James se descubre apretando los dientes, con un pie echado hacia atrás para retroceder. Como si Allegra supiera lo que está apunto de hacer, añade—: No te fíes de la Garduña, James.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué sabes?

—No…, nada. Es un consejo que me ha dado un viejo amigo, pero no importa, olvídalo.

Pero James no puede olvidarlo. Tampoco quiere. Porque quizá sea por eso por lo que les están rehuyendo, quizá haya más en toda la historia que lo poco que tanto él como los miembros de la compañía saben. Quizás el Turco…, se descubre pensando, pero el Turco ya no está y, de saber algo, probablemente no se lo habría dicho a ninguno.

Querría preguntarle más cosas. Tal vez no todas relacionadas con la Garduña, con lo que son y fueran sus propios padres, pero James calla. Calla porque, ahora mismo, no sabe ya ni en quién confiar. Ni siquiera en la persona que tiene delante, que una vez fue su confidente y amiga. Allegra sólo le mira y James desearía que sintiese lo mismo que él. Pero lo único que ahora tienen en común es ese silencio y ese duelo que cae sobre

ambos como una losa.

Abre la boca, pero no sale ningún sonido de ella, y cuando Allegra es consciente de que él no va a hablar, simplemente se pone la máscara y se da la vuelta. Él hace lo mismo, aunque en la dirección opuesta. Si no estuviera tan enfadado, James se habría dado cuenta, mientras regresa a los establos donde seguramente le esté esperando el resto de la compañía, de que una sombra le está siguiendo.

XLIII

En el *palazzo* del Vizconde de Roden, esa noche

Ha sido una noche de lo más entretenida. Primero, la operación en las termas, que ha resultado salir mucho, muchísimo mejor de lo que Paddy esperaba, y luego ese pequeño contratiempo por culpa de ese personaje enmascarado en el que Paddy, además de estar a punto de perder la vida y el anillo que tanto les ha costado conseguir, también ha perdido la toalla con que se tapaba las vergüenzas, y pronto el joven ha descubierto que, aunque suele gustarle ser el centro de atención, en esta ocasión era excesivo.

—¿Y qué habrías sugerido? —pregunta Paddy con el ceño fruncido. Por suerte para sus pies doloridos, ya están cruzando los cuidados jardines del *palazzo* del vizconde, en silencio salvo por el rumor de las bestias, inquietas, que siguen en sus jaulas—. ¿Preferías que nos presentáramos desnudos, o casi desnudo en tu

caso, en la mansión de mi tío?

—La verdad: habría preferido no tener que robar más de lo estrictamente necesario durante esta noche.

—Ha sido la providencia la que ha puesto en nuestro camino esa ropa tendida, amigo —responde Paddy, señalando el par de calzones y camisas remendadas que llevan, que a él le están estrechas y a Domenico, grandes.

—Si la providencia hubiera querido darnos vestidos, nos habrían caído del cielo. Visto que nosotros hemos tenido que saltar una valla y huir de ese perro, yo lo llamaría «robar».

—Cierto. Aunque, si tan en contra estabas, tú podrías haber seguido hasta aquí sólo con la toalla, nadie te lo impedía —le replica él mientras acaban de cruzar el jardín y, por fin, llaman a la puerta de la entrada—. Es una lástima. De haberlo hecho, ahora podría ver cómo tratas de explicarle al bueno de Bonhomme por qué vas medio desnudo. ¡Bonhomme! ¡Buenas noches! —exclama cuando les abre la puerta el mayordomo de expresión marmórea del vizconde. Paddy siempre hace un esfuerzo especial para mostrarse efusivo delante del mayordomo con la esperanza de que, bajo esa expresión gélida, logre ponerlo furioso.

—El señor quiere veros —murmura el hombre, serio, antes de hacer una reverencia para marcharse.

—¡Espera! Seguro que quieres escuchar la historia de cómo Domenico…

—Su excelencia el vizconde ha dado la orden de que fuerais a verle en cuanto llegarais. —Tras una pausa, como si le mortificara decir la palabra, añade—: Señor.

—Dejad que me adecente un poco, por el amor de Dios. Prefiero hacer que mi tío espere unos pocos minutos a que me vea tan desaliñado. Vamos, Domenico —añade mientras se apresura hacia sus aposentos.

Apenas si ha tenido tiempo de acicalarse cuando el vizconde entra sin llamar a la puerta.

—No voy a robarte mucho tiempo, sobrino mío.

—¿Mi señor? —aventura, aunque la perspectiva de meterse en la cama y dormir le parece de lo más atractiva.

—¿Lo tienes? —pregunta el vizconde mientras baja el par de escalones que le faltan para llegar a la planta en la que él está y se acerca.

Por alguna razón que desconoce, a Paddy se le seca la garganta. Quizá por cómo la voz del vizconde le suena rasposa o por el brillo avaricioso en sus ojos. Aun así, logra dominar sus nervios y extiende la palma de la mano para que el vizconde vea su botín.

—Como os prometí, señor. Ya os dije que podíais contar con mi talento y mi buen hacer en tan importante mi… —En un par de pasos rápidos, el vizconde se le acerca y le arrebata el anillo de un manotazo—. Misión.

Ni un mísero «gracias» le da.

Aunque, claro, Paddy no demuestra que por un momento se ha sentido contrariado. Que su tío tome el anillo si quiere, no le importa.

—Todavía quedan dos más. En pocos días van a empezar los carnavales y se celebra una fiesta en la villa Barberini. Irás allí y traerás los que faltan.

—Por descontado, señor —trata él de tranquilizarlo. Cuando, antes de ir a las termas, Paddy le dio el primero de los anillos, el vizconde parecía satisfecho, amable. Ahora, en un instante como un relámpago, algo parece haber cambiado en él, pero de nuevo Paddy sólo se preocuparía si no tuviera siempre un plan por si la situación se torciera—. Veréis, hay unos pocos cabos sueltos que debo tener en cuenta, debo planificarlo con cuidado y, por supuesto, está la cuestión de que tal vez necesite

un poco más de apoyo monetario, así que espero que en unos días…

¿Por qué de repente a Paddy le falta el aire? Descubre que, en un arrebato, el vizconde crispa las manos contra la barandilla de la escalinata.

—Espero no me decepciones, querido sobrino. La redención tiene sus propios caminos. —La voz de Roden, tan suave como siempre, tiene ahora una cualidad grave. Los ojos, clavados en los de Paddy, los tiene ribeteados por finísimas venas rojizas—. Pero estoy seguro de que vos lo lograréis. Nunca me equivoco.

—Señor… —Con sumo cuidado, Paddy se alisa el cuello de la camisa y, después, hace una reverencia. Como si el aire le siguiera faltando, como si la presencia del vizconde llenara todo el *palazzo,* necesita escapar de su presencia—. Buenas noches, señor.

XLIV

En la alcoba de Domenico, esa misma noche

Domenico estaba durmiendo tan ricamente. Pero ya no, porque es difícil dormir cuando Paddy Doyle está arrodillado a su lado.

—¿Estás despierto?

—No.

Siente la boca pastosa y el cerebro como hecho de queso. Quizás es que no está acostumbrado a dormir en una cama. Eso es cosa de ricos y señores. Se le escapa un gemido, porque el hecho de que Paddy haya venido a su alcoba en medio de la noche no augura nada bueno.

—¿Por qué sigues dormido? —No es una pregunta, Paddy se lo dice como si fuera un reproche.

—¿Por qué sigues tú despierto?

—Pienso mucho.

—Eso no puede ser bueno —masculla Domenico, que aparta con suavidad a Paddy, que está encima de él.

Por supuesto que Paddy no le escucha.

—El tercer anillo. Todavía necesito pensar en cómo vamos a conseguirlo. Y el cuarto también, en realidad. Llevo horas dándole vueltas sin parar. En unos días comienzan los carnavales y estoy seguro de que coincidiremos con ellos, pero habrá demasiada gente y pocos lugares a los que huir si alguna cosa sale mal, que, desde luego, nada tendría que salir mal. ¿Acaso nos ha salido mal hasta ahora? —Antes de que Domenico pueda responderle, añade—: Tengo la impresión de que la cabeza se va a despegar de mi cuerpo, así que, aprovechando que estás despierto, ¿tienes alguna idea? ¿Una sugerencia? Sería bienvenida. Creo que necesito tomar el aire, Domenico. ¿Vamos a alguna parte?

Domenico, con parsimonia, se frota los ojos mientras Paddy le dirige una mirada nerviosa, una expresión que, de hecho, Domenico cree no haber visto nunca en su rostro: parece genuinamente preocupado y eso, por ser algo tan extraordinario, le pone nervioso también a él.

—Estoy seguro de que si trataras de dormir un poco…

Paddy lo agita para que se mueva y Domenico deja escapar un gemido de resignación. Después, no sabe cómo porque no recuerda haber llegado hasta ahí, se encuentra con Paddy sentado hacia el límite de los jardines de la finca, allí donde una balaustrada de caliza clara da a las aguas del río. Los acompaña también una botella de vino, porque aun cuando la brújula moral de Domenico se ha tambaleado un tanto, Paddy ha insistido en hacer una rápida visita a las bodegas de la casa.

Nada.

Han estado dándole vueltas y nada.

Más de una hora después, la botella de vino ya está medio

vacía, pero lo que es ideas no han tenido ninguna que fuera a servirles.

—Ya se te ocurrirá alguna solución —sentencia Domenico después de un silencio que se ha alargado hasta hacerse incómodo.

No se da cuenta de lo que ha dicho. No le había dado importancia hasta que una palmada demoledora le hace doblar el lomo. Paddy se está riendo.

—Claro que sí, claro que sí. ¿Ves? Sabía que tenía que elegirte a ti.

Domenico no entiende. Le mira. Paddy tiene un aire extraño. ¿Melancolía, quizá? Un rastro como de tristeza, y Domenico se da cuenta de que en estos días Paddy le ha contado anécdotas e historias y en ellas siempre estaba acompañado por su maestro siciliano, pero Paddy llegó solo a Roma. Sin nadie. Y a él le llama amigo y compañero fiel. Puede que Domenico haya sido pobre y miserable toda su vida, pero tenía a su padre que le quería hasta que se descalabró, y luego tenía a sus niños, y su ciudad, y cae de pronto en que Paddy no tiene a nadie.

—No fuiste tú. No me elegiste tú.

No es eso lo que ocurrió. Fue Domenico quien lo vio primero, de eso está seguro. Hacía demasiado que no encontraba trabajo, y ese día esperaba en el Campo di Fiore como tantos otros cuando vio al que creyó que era Brandon Charlemont paseando como si fuera el amo y señor del lugar, golpeando el suelo a cada zancada con ese bastón ridículo que llevaba.

Domenico, en ese momento, tuvo una revelación, y era que ese joven rubio y apuesto, más bien corpulento, que caminaba a paso tranquilo, no llegaría a la noche sin que alguien lo destripara para ver si por dentro estaba hecho de oro.

También vio consternado que unos pocos ya se le acercaban con paso decidido: Domitila y Flavia, dos jóvenes hermosas que

prometían a los viajeros enseñarles los lugares más animados de Roma, aunque esos lugares acabaran siendo, para muchos, el fondo del Tíber, y Rossini, que bajo su abrigo negro ocultaba dos afiladas navajas de barbero, y también matones de las distintas facciones, charlatanes, vendedores de humo y de mentiras, pero a todos se les adelantó Domenico. Se sintió fascinado por Paddy porque atraía las miradas sólo por estar allí, por moverse, como lo hace un actor o un gran cantante, o como lo hace un río o el fuego, que son fuerzas difíciles de controlar y de comprender.

Es curioso que, ahora que le conoce, piense que quizá Paddy se las hubiera arreglado perfectamente él solo, y ahora él no estaría metido también, válgale Dios, en este lío de robos y conspiraciones.

Tiene que reírse.

—¿Qué es tan gracioso?

—Nada. Nada en absoluto. Todo me lo he buscado yo. —Claramente, Paddy no entiende lo que le ha querido decir. Bebe un trago de vino mientras balancea las piernas desde esa balaustrada que da al río—. ¿Cómo lo haces?

Domenico suelta esta última pregunta casi sin pensar, quizá por el sueño interrumpido o porque ha bebido demasiado vino para las horas que son.

—¿El qué?

Domenico se toma su tiempo en responder. Porque la pregunta, es cierto, abarca tantas cosas que no sabría desgranarla. Entonces, la mente se le va hacia esa tarde, cuando ha reunido el valor para hablar con la señorita Ida.

—Que cómo lo haces. Cómo lo haces para creerte tus propias palabras. Y, sobre todo, para que los demás se las crean también.

La reacción de Paddy no le sorprende. Se inclina hacia atrás

mientras se ríe, se ríe con fuerza, con ganas.

—Es un arte, querido amigo.

—¿Un arte?

Desde luego, no es ninguna de las artes que Domenico conoce.

—Y como todo arte, tiene su entrenamiento. —Domenico no responde, sólo se termina la botella de vino de un trago y le mira fijamente—. Dicen que «ver es creer», ¿verdad? —Domenico asiente—. Pues es lo mismo: sólo tienes que creer que puedes hacerlo. Creerte capaz de todo. Una vez que lo intentas una, dos, tres, infinitas veces, sale solo. Si ves a un hombre que duda, que mira por encima del hombro o que trata de esconderse, vas a sospechar de él, ¿no es cierto? En cambio, ¿por qué habrías de sospechar de alguien que habla fuerte y que actúa con seguridad?

A Domenico no le parece una explicación muy convincente, la verdad. Pero sí lo suficientemente clara como para comprender por qué Paddy se comporta como lo hace y por qué consigue lo que quie-
re, igual que acabó atrayendo a todos nada más llegar a la ciudad: Paddy se creía el gran noble Charlemont y todos, incluido él, lo vieron así.

—Y… —trata de añadir Domenico, aunque al sentir que sus mejillas se ponen coloradas, no continúa.

—¿Y qué, mi fiel amigo?

—Y los demás… —Aunque Domenico, cuando dice «los demás», en realidad se refiera a Ida—. ¿Los demás serán capaces de verlo también?

Paddy no dice nada. Sólo lo mira y sonríe de esa manera tan típica en él, como si lo supiera todo del mundo y como si, además, fuese capaz de ver a través de él.

—Sí, si lo haces bien. Claro que hay otras cosas a tener en

cuenta. El porte y la voz, y el saber qué quiere escuchar cada persona. Porque todos queremos creer a alguien que nos halaga y que nos dice lo que queremos oír, pero… —Los ojos de Paddy le atraviesan como si Domenico estuviera hecho de cera—. A ti no te interesa que lo vean los demás, amigo. Sólo una persona, ¿me equivoco?

Domenico baja la cabeza, ahora sí, seguro de que tiene rojas hasta las puntas de las orejas.

—Es sólo que…, bueno, hay una chica. Me rescató cuando me perseguía la facción *veneta* y es…, es… Es un ángel que…

—¡Sabía que habías conocido a alguien! —le interrumpe Paddy—. ¡Oh, malandrín!

Domenico se queda en silencio, más consciente que nunca de su rubor. Paddy también, como si esa exclamación hubiera sido el gran final de una ópera o de una obra de teatro. Esa milésima de segundo en silencio que precede a los aplausos. Aunque en lugar de aplausos, el silencio lo que hace es que ambos oigan cierto rumor bajo los pies. Domenico baja la mirada. En la oscuridad, la altura no le angustia tanto. Hay una sombra moviéndose a lo largo del lecho del río, con cautela.

Tensa los músculos. Paddy a su lado hace lo mismo. Seguramente los dos estén pensando en el enmascarado que pocas horas antes les ha dado alcance o, incluso, piensa Domenico con un escalofrío, alguna de las facciones; pero la sombra sigue su camino, impasible hasta llegar casi bajo sus pies. Entonces, da la impresión de que desaparezca.

—Qué raro —susurra Paddy.

Domenico levanta la cabeza.

—No tanto —le dice—. Justo debajo de nosotros desemboca una de las ramas de la cloaca máxima. —Es la misma que usaron para escapar de la facción *veneta* días atrás—. Hay gente… que usa las galerías subterráneas para moverse por la

ciudad sin ser vistos. Algunos las usan de refugio o buscan cualquier cosa que haya podido acabar allí para venderla.

—¿Gente como tú?

—¡No! —se indigna él, aunque luego rectifica—: Es decir, ya no. A no ser que sea para salvar a falsos nobles arrogantes.

Paddy levanta las cejas y vuelve a echarse a reír.

—Creo que ya te he robado demasiado sueño, amigo mío. Pero no creas que te voy a ahorrar el contarme *todo* lo de esta misteriosa chica tuya. Y luego, claro, pregunta lo que quieras. Consejos, recomendaciones. Lo que necesites, porque para eso están los amigos, ¿verdad?

Domenico asiente, repentinamente aterrorizado al ver la expresión pícara que le ha aparecido a Paddy en el rostro, así que balbucea una excusa, todavía rojo como un pimiento, y le convence de que será mejor que se marchen:

—Hay que descansar. Cuando lleguen los carnavales —dice —, no dormiremos mucho.

Por eso ninguno de los dos ve cómo una siniestra procesión de figuras silenciosas y torpes, igual que la primera que han descubierto, van entrando una a una también en la cloaca.

XLV

Por la vía del Corso, al comienzo de los carnavales

Roma está en ebullición. Once días duran los carnavales de la ciudad. Once días durante los que Roma entera parece convertirse en un gran escenario al aire libre. Si en una esquina no hay música, hay una compañía de comedias representando uno de sus espectáculos. Los romanos han desempolvado sus ropas más vistosas y se han puesto plumas en los sombreros y máscaras grotescas mientras las carrozas de las grandes familias, los Farnese, los Borghese, los Panphili y los Della Rovere, los Urbino, los que ostentan el poder en este lugar bendito, pasan entre ellos.

Porque ahí están ellos: Paddy, Domenico, en el centro de toda esa energía pulsante, de los vítores y de los bailes, caballos

tan engalanados como sus jinetes y batallones de soldados que desfilan con paso marcial. La carroza del vizconde de Roden, una fantasía de flores doradas y cascabeles, se encuentra al final de la comitiva, que avanza como una gran serpiente de pedrería por la vía del Corso.

Aun así, Paddy golpea con los dedos el asiento tapizado de la carroza, un ritmo rápido, *un-dos-tres*, *un-dos-tres*, pensativo.

Siente una tirantez extraña en el cuello, como la marca de una soga. Es un recordatorio. Hoy tienen que conseguir los otros dos anillos. Así se lo advirtió su tío. Un rato antes, mientras él y Domenico, con sus mejores galas, se preparaban para salir, el vizconde ha salido a la puerta de la casa y allí se ha quedado, mirándolos con interés mientras marchaban.

Cuando le ha preguntado si no los acompañaba, el vizconde se ha excusado diciendo que tenía otros asuntos que atender y a Paddy el cuerpo se le ha llenado de una extraña inquietud.

Trata de ahogar ese recuerdo mirando hacia el mar de rostros que rodean las carrozas mientras enfilan su camino vía del Corso arriba. En unas pocas horas asistirán a los festejos que, con motivo del carnaval que empieza, ha organizado la familia Barberini, y será el momento idóneo para acabar de llevar a cabo esos robos sin importancia. De ese modo, Paddy habrá cumplido su palabra y, además, por las molestias recibirá un destacable montón de dinero, que todo el mundo sabe que es el mejor amigo del hombre, porque viste mucho y consuela en los momentos difíciles.

—Bien, pues. Entre que llegamos y no llegamos, deberíamos repasar nuestro plan —susurra para luego hacer una pausa. Domenico tiene los ojos fijos en la gente, y a Paddy no le gusta hablar solo—. ¿Domenico? ¿Me escuchas?

Ciertamente, no lo hace. Domenico observa con semblante

preo-cupado a través de la ventanilla. No sólo Paddy lleva sus mejores galas, una casaca tan dorada como su sombrero, y una media máscara que representa el disco solar, rodeado de rayos fulgurantes. Domenico lleva una nueva librea con los colores del vizconde y un pequeño antifaz que representa a un gato, que queda algo deslucido por los mechones rebeldes que se le escapan alrededor de la cara.

—¡Domenico! —insiste, pensando que quizá no lo haya oído con tanto barullo.

—No. No lo sé. Hay algo que…

Paddy arrastra el trasero por el asiento de terciopelo de la carroza hasta colocarse justo frente a Domenico.

—Yo veo que está todo… como debería estar, ¿verdad?

De nuevo, Domenico le regala un silencio pensativo.

—Hay menos gente de la que debería.

—¡¿Menos?! —se sorprende Paddy—. ¡Jamás había visto tanta gente junta! —exclama, dejando por un instante de ser Brandon Charlemont, caballero de mundo, para ser Paddy Doyle, de Gleann Arma, donde ver a diez personas juntas era algo extraordinario y quince, un milagro. Sin embargo, la mirada se le va un momento hacia las últimas filas de gente. Algo allí ha atraído su mirada, aunque no sabe qué exactamente.

—Quizá… esta es la primera vez que veo el desfile desde una de las carrozas —se apresura a asegurarle Domenico justo antes de que su expresión cambie por completo, de preocupada a ilusionada. El joven levanta el mentón y prácticamente saca medio cuerpo por la ventanilla de la carroza mientras Paddy lo observa con interés.

—¿Qué ocurre ahora?

—Nada. Lo he dicho antes, la gente…

—A uno no se le pone colorada la cara por la gente. —Aparta a Domenico de la ventana sin miramientos—. Déjame

ver.

Paddy se hace un hueco para buscar lo que sea que haya hecho que las mejillas de Domenico se inflamaran. La carroza está pasando justo en ese momento por una encrucijada y Paddy puede ver, a lo lejos, un destartalado escenario cubierto con telas de colores.

—¡Es tu ángel misterioso! ¡El que te rescató de la caída! Lo es, ¿verdad? —Domenico no le ha contado mucho y lo que le ha dicho ha tenido que sacárselo casi con un gancho, pero sabe lo suficiente como para que, entre eso y la cara de bobo que se le ha quedado a Domenico, Paddy pueda adivinar lo que está ocurriendo.

—¿La has vuelto a ver? —le pregunta.

—Sí… No, yo… —se limita a responderle Domenico mientras se quita el antifaz y se frota la cara con ambas manos.

—Como te comportes así cuando estés delante de tu ángel…

De inmediato, Domenico deja de frotarse la cara para mirarlo fijamente. Parece que va a abrir la boca, pero la cierra mientras el rubor se le extiende por el cuello y también por las orejas. Vuelve a boquear y entonces, como si lo que fuera a decir le costara un mundo, aprieta los ojos y suelta de corrillo:

—Es que no sé cómo hacerlo.

—¿El qué?

—¡Lo que haces tú!

—¿Qué hago?

Domenico sigue con los ojos cerrados mientras la carroza va alejándose y, con la mano, hace un gesto como de agitar el aire, ahí, delante de sus narices.

—*Eso*.

—¿Qué, Domenico? —le apremia, quizá para vengarse de que Domenico no haya querido contarle nada de esa muchacha

que lo trae de cabeza—. Deberías aprender a hablar más claro, desde luego. A veces dudo de por qué te contraté como guía.

—¡Eso! ¡Exactamente *eso*! ¡Hablar! ¡Te he visto seducir a damas y nobles, a señoritas en los mercados y a jóvenes en las tabernas! ¡Y todo lo has hecho hablando!

A Paddy le darían ganas de reír a carcajada limpia si no tuviera a Domenico tan ofuscado delante, así que se contiene para no hacerlo. Toma una bocanada inmensa de aire y carraspea antes de decir:

—Pues habla. Si tú tampoco haces más que eso, Domenico querido. ¿No te has dado cuenta? Cuando hablas de esta ciudad y de sus historias, parece que nada pueda hacerte callar. Tú también haces magia, haces que la gente quiera escucharte. —Cuando acaba la frase, Domenico abandona su ofuscación para mirarlo con atención. Él se toma su tiempo, permite que Domenico le mire, que le pregunte. Casi podría decir que puede ver los engranajes de su sesera funcionando como los de un reloj. Y una vez que Paddy cree que le ha dado el tiempo suficiente para que esos engranajes se detengan, continúa—: Entonces, ve a ver a esa moza, pero en lugar de hablar de piedras y de reyes muertos, habla de ti y de ella, hasta que se dé cuenta del buen partido que eres, hombre.

—¿Qué? —balbucea Domenico, ora mirándolo a él, ora mirando por la ventana a ese escenario que se aleja cada vez más.

Estar cerca de las mejillas de Domenico es como hacerlo junto a un buen fuego en invierno. Tras un brevísimo repaso a su plan, y porque Paddy Doyle en el fondo es un romántico y lo cierto es que le desea todo el bien del mundo a Domenico, que aunque lo niegue es su amigo fiel, toma una decisión: abre la portezuela de la carroza.

—Abajo. Salta.

—Pero si tenemos que ir al *palazzo* Barberini a…

Paddy no le deja acabar:

—No podremos llevar a cabo nuestro plan hasta que todos estén bien bebidos y bien comidos, de modo que calculo que tendrás por lo menos un par de horas. Vamos, no me hagas rogarte.

Para acabar de convencerle, Paddy le da un fuerte empujón con el que le hace bajar del carro. Por suerte, Domenico es ágil como un gamo y cae de pie, aunque un poco traspuesto, pero Paddy está convencido de que es porque el amor le da temblor en las piernas.

—De veras que no… —comienza a decir. Pobre muchacho, es demasiado responsable.

—Dos horas —le recuerda Paddy mientras cierra la puerta de la carroza.

—¡Pero…! —Domenico todavía insiste en correr junto al coche, aunque Paddy le ve echar una mirada hacia donde está su ángel misterioso.

—¡Ya lo sabes! ¡Actitud ante todo! —le grita—. Háblale con la misma pasión con la que hablas de tu ciudad, convéncete a ti mismo de que tus palabras merecen ser escuchadas y tu ángel caerá rendido a tus pies. Además, ¡con esta librea estás muy guapo! —le insiste—. ¡Ve!

Cuando Domenico va quedándose atrás, Paddy se deja caer en los asientos mullidos de la carroza, convencido de haber hecho una buena acción.

Durante un buen rato, la comitiva avanza por la calle que finalmente se ensancha hasta convertirse en la *piazza* del Popolo. También allí baila y canta una verdadera multitud, también aclama a los ocupantes de las carrozas mientras desfilan. Por un segundo, Paddy siente una euforia imparable recorriéndole el cuerpo, convencido de que Roma es, como siempre dice su amigo, la ciudad más maravillosa de la creación.

Entonces, todo se tambalea.

—¡Cuidado! —avisa al cochero. Algo ha sacudido la carroza con tanta fuerza que prácticamente le ha hecho caer de su asiento.

De pronto, la carroza da otra sacudida y Paddy mira frenético por la ventanilla. Todo a su alrededor es un torbellino de caras sonrientes, telas de colores y máscaras grotescas, nada más.

Le parece adivinar una sombra entre la gente, una nota de oscuridad que se desliza por un mar de sedas de colores. Los cuatro caballos blancos que tiran de la carroza relinchan asustados y, tras recibir un latigazo del cochero, se echan hacia adelante con tanta brusquedad como se han detenido.

De repente, todo vuelve a ser un bullicio alegre lleno de cantos y bailes. Las carrozas avanzan a buen paso entre vítores, porque empieza el carnaval, que es tiempo de celebración y de excesos. Pronto, ese momento extraño, como un mal paso, queda relegado en el fondo de la cabeza de Paddy, que deja que la euforia del momento le embargue y haga pasar el tiempo como un borrón. Cuando por fin la carroza del vizconde de Roden, como tantas otras, se detiene frente a la gran casa de la familia Barberini en Roma, todo le parece un sueño.

Y así, mientras baja del carruaje con su casaca que parece de oro, como creyéndose por un instante que es un gran señor más, ve a Allegra Gentilleschi observándole.

XLVI

En las traseras del escenario situado en la *piazza* Minerva, al mismo tiempo

Cuanto más hablan entre sí, más se repite la idea: quieren marcharse. Ya les ha quedado claro que no tienen nada que hacer en Roma. La función de la compañía es viajar, documentarse, investigar. Si la Garduña no ha contactado con ellos es porque no necesitan ese contacto. Y a cada conversación, a cada voz más alta que otra, a James le hierve la sangre.

Pero no puede obligarlos a quedarse. Eso también lo tiene claro. Puede que, tras la muerte del Turco, se haya convertido en el líder accidental del grupo, pero con él o sin él, se marcharán de Roma.

Como carbones que arden lentos, negros por fuera pero con el corazón al rojo, James siente rabia. No sabe qué está

ocurriendo. No sabe por qué la Sociedad de la Garduña les está dando la espalda. Por qué reniegan de él. Está en Roma, esto es lo que siempre ha querido, y todo lo que ha hecho desde que huyeran de Marsella ha sido para regresar a su hogar, de donde no debió haberse marchado jamás. Pero no se siente en casa.

—Vamos a hacerlo una última vez, os lo ruego, una última oportunidad —les insiste antes de la actuación a los demás, que le observan descontentos.

Horas ha pasado tratando de convencerlos. Un último prodigio verdadero y aceptará con gusto marcharse de nuevo si, definitivamente, la Garduña vuelve a ignorarlos.

Tashiin y Enea, al unísono, mientras acaban de colocar las últimas tablas del escenario, asienten a regañadientes.

—¿Revna? —tantea con la garganta seca.

La odiniana tiene la mirada puesta en las alturas, quizás esperando que, de un momento a otro, lleguen sus cuervos blancos para decirle qué debe hacer.

—Una última vez. Aunque sea para tener algo ahorrado para cuando nos marchemos.

James se vuelve hacia Ida, que tiene a su mascota encaramada hombro. Ella, como lleva sucediendo desde que la engañó para que cantara esa canción que provocó que respondiera el agua de las fuentes, le devuelve la mirada con recelo. Desde entonces, apenas le ha dirigido la palabra y eso, tratándose de Ida, con su cháchara incesante (aunque sólo sea para tapar los momentos incómodos), es revelador de lo que siente. *Ambrose*, el Jackalope, suelta un maullido de gato enfadado y frota la cabeza contra el cuello de la joven y ella susurra:

—Si viene la Inquisición a preguntar, yo no me hago responsable.

—No vendrán. Ya no tienen poder aquí, como en el Nuevo

Mundo. Y si lo intentaran —James baja la voz—, nadie de aquí lo permitiría.

Porque es obvio que desde que pidieron el prodigio sobre el escenario ha ocurrido algo: varios centenares de personas les rodean. Muchos han comenzado a seguirles al identificar su carruaje destartalado y ahora esperan. Es una multitud ruidosa, expectante, que cuando ve subir a Tashiin para hacer sus piruetas y malabarismos se remueve y alguien grita:

—¡El prodigio! ¡Queremos escuchar a la joven del prodigio!

Cuando vuelve a mirarla, James observa que Ida ya era pálida, pero lo que le cubre ahora el rostro va más allá de la mera palidez. El murmullo entre su público se extiende y amplifica. Algunos de los que están más cerca se ven empujados contra el escenario. Con una de sus piruetas, Tashiin, ojo avizor, se planta al lado de Ida y le tiende la mano.

—Te aclaman a ti, Ida —musita con un brillo divertido en los ojos—. A ti y a tu pequeño demonio astado. Eres la sensación del momento.

—¿A mí? Pero si yo soy…

—Eres parte de esta compañía. Y eres nuestra estrella. Quién lo iba a decir.

—Yo no, desde luego. Santa María y su coro de ángeles… ¡Oye! —protesta cuando Tashiin tira de ella.

Ida se queda allí, en medio del escenario, congelada durante un segundo, como siempre. Aunque, quizás, hoy con más razón. Con una mano, acaricia distraídamente al jackalope tras la oreja mientras se muerde la uña del dedo meñique de la otra.

—¿Y si esta vez no funciona? —pregunta lo bastante bajo como para que sólo la escuchen los miembros de la compañía.

Pero funcionará, piensa James mientras se coloca el violín bajo el mentón. Porque, aunque nadie quiera escucharle, él tiene

razón y, en esta Europa que ha desterrado los prodigios durante siglos, estos están volviendo a funcionar. Quién sabe por qué. Él, desde luego, no. Puede que, como le dijo el Turco hace mucho tiempo, no sea sólo la música, unas notas determinadas las que producen la magia, sino la fe de quienes las hacen vibrar: el convencimiento de que hay alguien que está escuchando, sea el Dios de los cristianos, el de los hebreos o el de los árabes, o sean esos dioses crueles de los odinianos del norte.

Así, James toca. Es una melodía sencilla, una de las muchas que han ido recogiendo penosamente a lo largo de los años en sus viajes, una melodía que se ha pasado de generación en generación, sabiendo que ocultaba algún tipo de poder largamente olvidado.

Primero, lo siente en las yemas de los dedos. Un cosquilleo que se le va extendiendo por todo el cuerpo y que logra que el corazón le lata más rápido. Cuando Ida se une a él, siente un escalofrío que le recorre la espalda. Pronto, a la de Ida se le une la voz de *Ambrose* el jackalope, bellísima y no del todo humana. James se siente parte de ese todo que es el universo, una euforia que no sabe de dónde sale. Siente una pertenencia a todo y a todos.

Aunque su cuerpo luche por cerrar los ojos y dejarse llevar por la melodía, trata de mantenerlos abiertos. Mientras toca, ve algo más: enfermos. Se acercan. Se abren paso sin necesidad de apartar a nadie: la gente les deja pasar. ¿Cómo hay tantos? Se han movido por Roma, han paseado y cazado, hecho una docena de actuaciones y no imaginaban que hubiera estas decenas, centenares incluso.

Exclaman asombrados, miran al cielo. James también.

Unas luces danzan arriba. En el cielo hay colores, rojos, verdes y azules, gigantescas franjas, como cintas. Es hermoso. Fuego en el cielo. Quizá sea lo más hermoso que haya visto en su

vida.

—Las luces del norte —dice Revna con la voz quebrada, como si hubiera perdido el aliento de repente—. No puede ser, tan al sur.

Al fondo de la plaza, no sólo James, sino todos los miembros de la compañía ven unas figuras oscuras. Van enmascaradas, como tantas otras que también lo van, ahora que han comenzado los carnavales. No se limitan a observar, se están acercando a ellos.

XLVII

En la *piazza* Minerva, durante las luces del norte

—*Mi scusi* —se disculpa Domenico, siempre educado. La ha escuchado y, ahora, Domenico no tiene espacio entre las orejas para nada más, de modo que ni siquiera se da cuenta de que acaba de chocar con un caballero llevando una máscara de *dottore della peste,* o algo que se le parece.

Tampoco ve, al contrario que gran parte de los habitantes de la ciudad, esas luces que acaban de aparecer como fuegos fatuos en el cielo.

Pero es que está tan cerca. Sobre el escenario, a unos pocos pasos, Ida canta, pero a él le está costando horrores llegar hasta ella. Domenico siempre ha amado esos once días de carnaval que transforman Roma por completo. De la mano de su padre o

encaramado sobre sus hombros, si se lo suplicaba con suficiente insistencia, iban a ver las carrozas el día que empezaban los festejos y caminaban, como camina ahora, por unas calles atestadas que siempre le han parecido una nueva maravilla de Roma, pero que en este instante son su peor enemigo.

Con el corazón volviéndosele loco en el pecho y la piel ardiéndole de calor a pesar del frío de febrero, avanza unos pasos más hasta que, de repente, se da cuenta de que Ida ha dejado de cantar. Es por culpa de esos enmascarados con los que ha chocado antes, vestidos de doctores de la peste, que están rodeando el escenario.

No van disfrazados, se descubre pensando mientras se le retuercen les tripas. Los enmascarados visten del mismo modo que ese que se encaró con Paddy y con él tras robar el anillo del cardenal Alltemps en las termas. Cuando sus piernas toman la determinación de darse la vuelta y marcharse, oye el único sonido en este valle de lágrimas que le hace quedarse.

—¡Domenico! —Levanta la mirada. Los enmascarados ya están junto a la tarima, pero no parecen interesados en ella, gracias a Dios, sino que se han acercado al violinista malhumorado. Ida se asoma por el borde del escenario con su jackalope en brazos—. ¿Qué haces aquí?

«Venir a adorarla», está a punto de decir, pero en vez de eso toma la mano de la joven en un arrebato y la ayuda a bajar de la tarima, porque los gestos hablan por sí mismos. En las historias, Ida se sonrojaría, una muchacha inocente y buena como ella, y bajaría la cabeza, seguro, pero lo que hace Ida es dar un saltito hasta el suelo, abrir mucho los ojos y acercarse, sus manos todavía entrelazadas, a la cara para verlo mejor.

—¿Me has cogido de la mano?

—¿Sí? —Mortificado, Domenico intenta apartarse, pero pronto descubre que ella no le deja—. Lo siento…

—¿Lo has hecho románticamente o sólo para ayudarme? —pregunta, pícara. Domenico se muere de la vergüenza, porque quizá sí que le ha agarrado la mano con intención romántica. Todo lo que hace con su ángel es romántico, cree él—. No, no… Está… bien —dice Ida, aunque luego baja la voz, como si nadie fuera a escucharla, para añadir—: Ya me estaba preguntando cuándo lo harías, a decir verdad.

Y el caso es que, entre el uno y la otra, todavía no se han soltado. Esa revelación pone una sonrisa en la cara de Domenico, que podría competir en brillantez con el mismísimo astro rey. Por un instante, no hay ni música ni carnavales, sólo ellos.

Pero es un instante muy breve, porque esos enmascarados siguen ahí y a Domenico no se le olvida que algunos de ellos pueden llevar una ballesta escondida.

—Ida…, ¿sabes quién es esta gente? ¿Sabes qué quieren? —se aventura Domenico, que después de la hazaña de cogerle la mano a su ángel se siente muy valiente.

No sabe por qué, le da la impresión de que en algún momento la miran a ella. Un gruñido de *Ambrose,* el jackalope, acurrucado contra el brazo de Ida, parece confirmárselo. Un escalofrío le recorre el espinazo mientras la mano de Ida aprieta la suya, incluso cuando Domenico se da cuenta, avergonzado, de que la tiene toda sudada.

—Oye. No quiero ser atrevida, pero ¿y si nos marchamos? —le pide sujetado a un *Ambrose* cada vez más nervioso contra el pecho—. Tú y yo. Por lo menos alejarnos un poco y dejar que la compañía haga sus negocios en paz.

Alejarse un poco. Domenico se pone de puntillas, aunque eso no le permite ver mucho más allá. Todavía están rodeados de una enorme multitud que, de pronto, se le antoja bastante menos festiva que hace unos minutos.

—Bien… Sí, claro. Claro. Por supuesto. Cómo no. Puedo

llevarte a donde quieras. Y cumplir mi palabra: ¡enseñarte Roma! —Levanta el mentón. ¿Cómo lo hace Paddy? ¿Cómo logra creerse siempre sus palabras?—. Tú…, tú no te sueltes, ¿de acuerdo?

El tacto de sus dedos fuertes, un tanto ásperos, le acompaña mientras ambos se escabullen entre el gentío.

XLVIII

Sobre el escenario de la compañía, al mismo tiempo que Ida y Domenico se marchan

James no ve nada más allá de las figuras enmascaradas que se están acercando.

No ve a las multitudes que les abuchean descontentas ni a los enfermos, gentes con el rostro y las extremidades llenas de marcas violáceas que se agolpan en los contornos de la plaza. Ni siquiera ve cómo Ida baja de la tarima y se escabulle hasta que es demasiado tarde como para impedírselo.

Porque por fin ha llegado la Garduña. Es todo lo que él esperaba: su gente. Pero, al mismo tiempo, le pone nervioso verlos así, entre el pueblo. Se muestran sin pudor, aun al abrigo

de los carnavales. No es lo que él aprendió, no es lo que le enseñaron. Quizás el mundo en este sentido también esté cambiando.

Sin embargo, lo que más le llama la atención es la máscara del que precede a la comitiva. Es de cuero claro, cuajado de filigranas de metal. Es una máscara que reconocería en cualquier parte, porque le identifica como quien realmente es:

—Es el Hermano Menor —susurra.

Ya lo era antes, cuando su padre vivía. Él también sobrevivió al incendio, piensa con un escalofrío. Él también sabe qué ocurrió.

El resto de la compañía se tensa, Tashiin y Enea se acercan a él, nerviosos y sin saber cómo actuar. El Hermano Menor, el señor de los secretos y los espías, no debería estar aquí, porque quien ostenta el mando en la Garduña no se muestra ante los simples soldados.

Ni siquiera le da tiempo a asumir qué está ocurriendo, porque el Hermano Menor y una docena de hermanos más, una marea oscura entre el colorido de los carnavales, han llegado a los pies del escenario.

James se levanta desafiante.

—Soy James Morley, de la compañía del Turco.

—Ya sé quién eres, James Morley. —El Hermano Menor mira también a los demás, que siguen en tensión, quizás un poco aturdidos por la presencia del Hermano, y luego al cielo, donde todavía bailan las luces del norte—. Y todos los demás. Todo este revuelo lo habéis organizado vosotros. *Vosotros*.

—Bien, pues. Aquí estamos —asevera Enea.

—Ahora que habéis venido a nosotros —repone Tashiin, que nunca tiene miedo—, seguramente queráis algo, me imagino.

Es imposible saber si el Hermano Menor sonríe bajo la máscara, pero a James le parece que sí. Por fin. Por fin la

Garduña les va a hacer caso, les acogerá y ayudará.

—Hemos estado siguiendo vuestros pasos con interés.

—No os ofendáis —insiste Tashiin—, pero nos parecía más bien al contrario, la verdad.

El Hermano Menor hace un gesto despectivo con la mano, ignorando lo que acaba de decir la chica.

—No os confundáis, lo sabemos todo. Este es nuestro cometido: espías, ojos y oídos.

Al tiempo que toda la plaza se levanta en voces y gritos y una algarabía que a James le parece propia del carnaval, sus oídos se taponan porque lo que él siente es lo opuesto. Siente como si el tiempo se detuviera o, tal vez, como si llevara detenido mucho tiempo, tanto como el que llevan en Roma. Por eso da un paso apretando los puños, no le importa no darle al Hermano Menor el respeto que merece.

—Hemos perdido un tiempo valiosísimo por vuestra culpa —le dice—. Hay que actuar. Hemos venido a alertaros y a ayudar.

—Lo sabemos. Lo sabemos, desde luego, y os pido disculpas. Están ocurriendo grandes cosas, y no sabíamos en quién confiar. —La calma con la que responde el Hermano Menor a su urgencia, la manera en la que paladea cada palabra, todo hace que el corazón de James se incendie todavía más—. Pero hemos seguido vuestros pasos, hemos visto a la chica… ¿Dónde está la chica? —Es imposible saberlo con la máscara, pero a James le da la impresión de que el Hermano Menor mira en la dirección hacia donde se ha escapado Ida. No sabe si es por eso por lo que unos pocos de los de su comitiva se alejan mezclándose entre la gente. Por el rabillo del ojo ve que Revna da un paso, pero él la detiene con un gesto rápido. Fija la vista de nuevo en el Hermano, que añade—: Y tenías razón, James Morley de la compañía del Turco. El cambio se acerca. En

realidad, ya está aquí. ¿Vais a ayudarnos a hacerlo posible?

La confusión de James se hace patente cuando, acompañando a las palabras del Hermano Menor, la algarabía que él había confundido hace unos instantes con la del carnaval aumenta de tono y se da cuenta de que no es así, de que son los propios hermanos de la Garduña los que están sembrando el caos, echando a los ciudadanos de donde están, moviéndolos por las calles, agitándolos con voces y gritos y proclamas que no llega a entender.

Entonces, James vuelve a mirar al Hermano Menor. Las lentes de su máscara le impiden llegar más allá, hasta el foco de su mirada. Y querría decir algo, algo que no sabe poner en palabras, pero que por suerte Revna sí:

—Que hayáis acudido hoy aquí, a plena luz del día, no es una casualidad, ¿cierto?

Es justamente eso, esa afirmación de Revna lo que James no era capaz de identificar. La Garduña se mueve en las sombras, durante la noche, a escondidas de todos. Que estén hoy aquí, delante de todo el mundo, es mucho más que una indiscreción. Su su padre y el padre de Allegra, Pantaleone Gentilleschi, no habrían permitido algo así. Sombras y humo son. Son susurros y son sueños, la Garduña.

—Vendréis con nosotros —se limita a responder el Hermano Menor.

James, entonces, se da cuenta de que están rodeados. Un círculo de hermanos enmascarados se yergue a su alrededor.

XLIX

En la villa Barberini, al comienzo de la fiesta

Hoy ha puesto especial interés en arreglarse para la velada en la villa Barberini. No sólo ha procurado que su madre no la acompañe esta noche (la infusión de hierbaluisa con un ligerísimo toque de belladona ha hecho su efecto y la ha dejado roncando en la *chaise longue* de la salita azul; hoy no podía permitirse ni su compañía ni su juicio), sino que hasta le ha pedido a la metomentodo de Antoinette que le haga un recogido especial, plagado de prendedores plateados con forma de estrellas y que deja su nuca completamente al descubierto. Una media máscara, también plateada, con forma de cuarto creciente le cubre parte del rostro al tiempo que un tirabuzón se le escapa, travieso, mientras baja del carruaje.

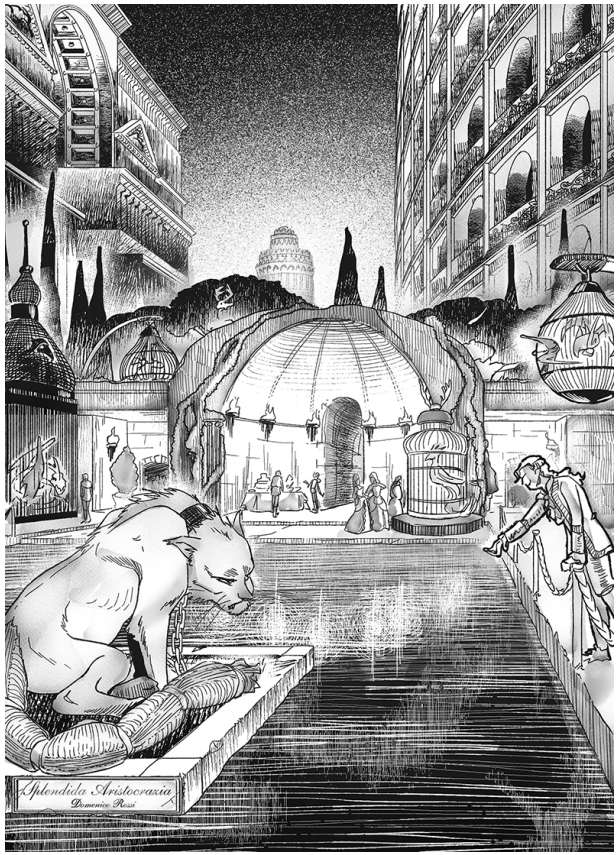
Entonces, lo ha visto.

Allegra no va a negar que le haya saltado el corazón en el pecho durante un instante; pero no sabría (o no querría) reconocerse el porqué. Sí, sabe que ha venido a la fiesta con un objetivo: localizar al caballero Charlemont antes de que cometa ese robo que, está segura, ha venido a hacer. Ha fallado en los dos anteriores, pero no lo hará una tercera vez.

No obstante, en cuanto lo ve bajar del carruaje con esos aires de grandeza que tiene, vestido como un príncipe, siente un incendio en el pecho.

Quizá sea esa actitud que tiene, la de llenar el paisaje tan sólo con su presencia, o esa apabullante seguridad que, en cuanto rasca un poco, se resquebraja como una débil porcelana. Quizá sea porque le resulta el ser más libre que haya conocido jamás, alguien que es centro y eje de su propio universo y todo lo demás parece combarse a su alrededor. También es un idiota, se recuerda, pero esa extraña dualidad que no sabe de dónde ha salido, ese jugar con las normas al tiempo que las rompe todas a la vez, eso hace que la curiosidad de Allegra y también su corazón peleen constantemente contra su cabeza.

Haciendo un gran esfuerzo para no acercarse a él todavía, Allegra se interna en la villa. Camina por los jardines, donde un joven de voz delicada canta arias de ópera, también junto a los animales exóticos, sueltos o en jaulas, que decoran el lugar, cerca de las mesas con comida repartidas con exquisito gusto entre setos de formas geométricas. Quiere que sea él quien la busque, que tenga la mente puesta en ella, en vez de en el robo que va a cometer.



Y la encuentra, sí, en el gran salón, justo cuando la orquesta afina. Segura, con su peinado lleno de estrellas brillantes y su vestido lleno de filigranas de plata, Allegra levanta el mentón y lo invita con una sonrisa.

Él acepta la invitación con otra más ancha, más brillante.

Mientras Charlemont se le acerca, el rubor en las mejillas de Allegra se extiende al recordar la última vez que se encontraron en una fiesta, cómo se besaron y cómo tuvo que dejar aquellos besos a medias al ver al grupo de hermanos de la Garduña a través de las verjas del jardín. Una parte de ella, una que no puede controlar, lamenta haberse tenido que marchar en aquella ocasión.

Otra parte de Allegra, sin embargo, la llama a estar alerta. Le recuerda que no es su amigo ni su amante, sino su adversario. Y que, desde luego, no es Brandon Charlemont.

La música está empezando. Unos pocos compases rápidos animan a todos los presentes a reunirse alrededor de los músicos que ocupan uno de los extremos de la habitación.

—Sabía que os encontraría aquí —le dice al oído cuando llega hasta su altura.

—No podía perderme la fiesta, sabiendo que nos quedó un baile pendiente —responde él, y hace una reverencia, una de esas que sólo sabe hacer el caballero Charlemont, dando con la cabeza casi contra el suelo.

—Lo sé, señor. —Charlemont ha dicho «baile», pero la rojez en los pómulos de Allegra ha entendido otra cosa—. ¿Estáis preparado?

—Yo siempre estoy preparado.

Al son de la música, las parejas que se disponen a bailar, entre las que ellos se encuentran, forman dos filas enfrentadas. Dedican una reverencia hacia los asistentes que se han acercado a hacer de público. Es el momento para que ambos se dirijan sendas inclinaciones de cabeza también.

Comienzan a bailar. Pasos lentos, al ritmo de la música, primero hacia su derecha. Luego, con un elegante giro, hacia el lado opuesto, manteniéndose en paralelo. A Allegra no se le escapa que, bajo las máscaras, ambos tienen los ojos fijos el uno en el otro.

Cuando de improviso un violín comienza la melodía principal, a Allegra el cuerpo se le estremece. Sabía que podía suceder, que el idiota de Charlemont aprovecharía la danza para terminar lo que ya comenzaran en la fiesta anterior. Y casi lo logra. Allegra se descubre inclinándose hacia delante, su mirada fija en los labios de él, que está intentando volver a besarla. Es

como luchar contra una tempestad cuando Allegra obliga a su propio cuerpo a retroceder. No. No va a negar que desea besarlo, aunque sólo sea porque es una de las personas que mejor la han besado en la vida y porque, real y sorprendentemente, se divierte mucho con él. Pero esta noche el plan es otro, el objetivo es otro, y debe mantenerse fiel a todas esas promesas que ha hecho en la vida y que la han traído hasta aquí.

Por eso, quizá un poco bruscamente (porque de no hacerlo así, no habría podido), aparta la cara y también el cuerpo, que se le tensa, aunque ambos sigan bailando como si no hubiera sucedido nada.

—¿Allegra? —pregunta él, consciente del rechazo—. ¿Os ocurre algo?

Así, con las yemas de sus dedos tocándose, las espaldas erguidas y los pasos elegantes, comienzan a moverse hacia un lado, siguiendo la coreografía de la *sarabanda*.

—No. ¿Qué tendría que ocurrir? —responde ella.

Con un nuevo cambio de la música, las parejas se detienen y vuelven a encararse, todavía con las manos tocándose. Él insiste y a ella cada vez se le hace más difícil el rechazo, ahora que lo tiene tan cerca y que ve el brillo de sus ojos azules, puede que más oscuros por la decepción.

—Me temo que mi forma de bailar no ha cambiado desde la última vez.

—Es un tanto rústica, todo sea dicho.

Acompañando una floritura de la melodía, todas las parejas, ellos incluidos, deben dar un pasito hacia adelante. Ahora son sus dos manos las que se tocan, y sus cuerpos están a menos de un suspiro de distancia. Allegra vuelve a percibir una nota esquiva de decepción en su mirada. Sin embargo, un compás después, la música les hace retroceder de nuevo.

El corazón le late a toda velocidad en el pecho porque, a

pesar de todas las razones que tiene para desconfiar de él, para odiarlo incluso, sí, querría besarlo.

L

Por la vía del Corso, después de que el Hermano Menor se lleve a la compañía

—Oye, Ida… ¿Adónde quieres que vayamos? —pregunta Domenico, ya sin ninguna pompa, mientras, a duras penas por el enjambre de gente, logran llegar a vía del Corso.

Mentalmente, Domenico trata de serenarse. No sólo ha sido Ida la que le ha pedido que la acompañe, sino que no le ha soltado la mano desde que él se la ha dado para bajar del escenario. Domenico también intenta recordar todo lo que ha visto de Paddy en las semanas que lleva a su servicio: la manera en que le ha visto tratar a damas y nobles, las palabras que constantemente salen de su boca y que siempre tienen un efecto pacificador en todo aquel que las escucha. Amén de provocar medias sonrisas, carcajadas veladas y leves sonrojos en la

mayoría de los que le rodean, ya sean de alta o baja cuna.

—¿Puede ser un lugar tranquilo? —responde Ida. *Ambrose*, acurrucado dentro de una bolsa que Ida lleva cruzada al pecho, imita sus palabras en un susurro.

No cree que deba existir un lugar así en todo el centro, no en un día como hoy al menos; aun así, Domenico le dedica a Ida una mueca llena de una seguridad que no tiene.

—Claro. Desde luego.

Por un instante, se le pasa por la cabeza la idea loca, inconcebible, de llevar a Ida a la fiesta en la villa Barberini. Se pregunta cómo sería llegar con la muchacha pelirroja agarrada del brazo, como hacen los señores, pero Domenico es lo bastante sensato como para no mantener la idea en su cabeza durante mucho tiempo.

Un lugar tranquilo, se repite. Hay demasiada gente a su alrededor como para orientarse, de modo que Domenico acaba por levantar el mentón buscando las alturas. Así identifica el templo de Gesù e Maria, casi pegado a San Giacomo in Augusta y, más adelante, las cúpulas gemelas de las dos iglesias dedicadas a Santa María al final de la calle. Camina con la cabeza vuelta hacia esas construcciones que parece que quieran arañar el cielo lleno de colores y tiene tiempo, incluso, de maravillarse con su belleza, cuando choca contra la espalda de alguien.

—*Madonna* —suelta, y se frota la nariz.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —Ida resopla. Está muy cerca y, a decir verdad, Domenico se estremece un poco ante su contacto—. Oye…, quizás…, quizás ahora que lo pienso, no deberíamos habernos alejado, hay muchísima gente…

Pero Domenico, envalentonado, sacude la cabeza, porque ha visto a su ángel y, además, *le ha cogido de la mano* y, si ella le ha pedido que se alejen, lo harán. Como que se llama Domenico Rossi que lo harán.

—¿Disculpen? —Por intentarlo, piensa, que no quede—. *Permesso?* ¿Nos dejan pasar? —pregunta sin éxito.

Domenico frunce los labios mientras golpea rítmicamente el suelo con el pie. Dar un rodeo le llevaría demasiado tiempo y nadie le asegura que vaya a encontrarse el camino más despejado, así que la única salida que le queda es hacia adelante.

Respira profundamente y, con decisión, comienza a escabullirse entre la gente. De inmediato, Domenico se ve sumergido en un mar de cuerpos que se empujan y balancean, y sus fosas nasales se llenan del olor a ropas sucias y a sudor, a mugre mezclada con los mejores y peores perfumes que el dinero puede comprar. Derecha, izquierda, se desliza por cualquier recoveco que ve, como agua entre guijarros, un poco cada vez.

Pero pronto descubre que el atasco está provocado por dos puertas abiertas en el *palazzo* Costa, perteneciente a un mercader de Génova venido a más. Frente a ellas, cuatro guardias con los colores de la casa están de pie, espalda contra espalda, como protegiéndose. En las ventanas del palacio: rostros asustados, criados de la casa sin duda, no apartan la vista de la calle donde hay desperdigadas cestas y cajas, vacías, Domenico supone, porque alguien habrá robado su contenido.

Altercados, peleas y pequeños crímenes son también habituales por carnavales. Es decir, son habituales todo el año, porque Roma es hermosa pero peligrosa, aunque los excesos que se dan durante el carnaval…

Sin embargo, no se trata de eso.

—¿No lo habéis oído? ¡Se marchan! Nos abandonan a nuestra suerte…

Hay muchas voces a su alrededor, pero esta última sobresale por encima de todas las demás.

—Como las ratas abandonan un barco que se hunde —dice otra voz, que se multiplica entonces entre cuchicheos y susurros.

—¿Quién se marcha? —susurra Ida.

—Los ricos. —Domenico se inclina hasta que sus labios rozan el oído de la muchacha—. Siempre hacen lo mismo cuando hay problemas. Se marchan a sus villas en las afueras para esperar a que pase el peligro, aunque normalmente no…

—Seguro que creían que si huían durante los carnavales no nos daríamos cuenta. —Una tercera voz acaba su frase con una ristra de maldiciones que hace que los sirvientes de la casa, todavía pegados los unos a los otros, se encojan visiblemente. Pobres diablos, piensa Domenico, si su único crimen ha sido obedecer a sus patrones. Las cosas, se teme, están a punto de ponerse feas, y él no se lo perdonaría nunca si a Ida le ocurriera algo, de modo que decide marcharse cuanto antes.

—*Permesso*, con permiso —repite de nuevo, en vano. Está llegando más gente y nadie parece dispuesto a moverse. Un espectáculo callejero más.

Por encima de todos los ruidos, otro grito se extiende:

—¡Traidores! —Y, este sí, este suena tan cerca que Domenico ve de dónde procede. El corazón, entonces, se le encoge. Quien ha hablado es una figura alta y siniestra, vestida de negro—. ¡Deshonran esta ciudad con su cobardía y con su egoísmo!

Se trata de una figura tocada con una máscara picuda, una mancha entre los disfraces coloridos de sus conciudadanos.

—Siempre es así —continúa diciendo el enmascarado—. Ellos se marchan y los humildes mueren.

Sus palabras, llenas de rabia, se extienden como un veneno. Domenico ve cómo pasan de boca en boca, de oreja a oreja y, al hacerlo, las expresiones de quienes las pronuncian se vuelven sombrías y llenas de rencor. Decenas de miradas se dirigen de nuevo hacia los soldados, que sostienen espadas y pistolas con manos temblorosas.

Es sólo cuestión de segundos que alguien entre la multitud, borracho de vino o de ira, dé un paso hacia adelante. El desafortunado es un hombre que viste un abrigo marrón tan manchado como su sombrero torcido, que Domenico ha visto a menudo mendigando junto al puente Sant'Angelo. Sólo tiene la oportunidad de dar dos pasos hacia los soldados. Al tercero, uno de ellos, sobrepasado por los nervios, dispara la pistola que lleva en las manos.

Es un error. Un gran error, piensa Domenico mientras la indignación parece que inunde todo el aire disponible. La multitud se agita, ruge dispuesta a cobrarse una venganza rápida, pero no son ellos quienes se manchan de sangre.

Antes de que el cuerpo del mendigo caiga al suelo, de rodillas, la figura enmascarada se lanza hacia adelante. Al mismo tiempo, como fantasmas, dos siluetas idénticas a la primera, a las que Domenico no había visto, emergen de entre la gente. Tres de los guardias se desploman con virotes de ballesta clavados en la garganta y en los ojos. El cuarto deja escapar un aullido de terror que se trunca cuando una de las figuras le clava un puñal en la piel blanda del abdomen.

LI

En la villa Barberini, durante la fiesta

Es parte del juego de seducción, se dice Paddy mientras una y otra vez intenta acercarse a Allegra y la muchacha, las mismas unas y otras veces, le rechaza. No ha podido evitarlo: en cuanto ha descubierto su figura entre toda la gente del salón, se le ha inflamado la sangre y los pies se le han movido solos.

No ha importado que una vocecita dentro le recordara a qué había venido a la fiesta: otra voz mucho más alta le decía que tenía tiempo de sobra.

—Me temo que mi forma de bailar no ha cambiado desde la última vez —ha susurrado cuando ha sentido su rechazo, a sabiendas de que esa no podía ser la razón.

—Es un tanto rústica, todo sea dicho.

Sin poder evitarlo, Paddy suelta una carcajada mientras da

un paso hacia delante, como le pide la música.

—¿De qué os reís, señor? —Él calla, porque no piensa confesarle que se estaba riendo de sí mismo. De cómo el cuerpo entero se le ha estremecido al acariciar sus dedos finos pero llenos de fuerza—. ¿Acaso no vais a contármelo? —pregunta ella tras unos instantes de silencio.

—El señor Blanchard, mi instructor, siempre decía que bailaba como un ángel. —«Muchacho, bailas como un ángel al que le hayan cortado las alas. Y atado los tobillos», decía en realidad el Siciliano, su maestro. Así como las cartas, las apuestas y los engaños los había aprendido prácticamente de forma natural, durante las lecciones de baile, en cambio, que el Siciliano consideraba fundamentales para hacer de él un buen caballero, Paddy no tenía tanto talento—. Si os soy sincero, hasta ahora ninguna dama se ha quejado. Es más, por lo que sé, en todos los bailes en los que he participado ninguna de ellas…

—Veo que tenéis mucho éxito con las damas.

—¿Eso son celos? —pregunta él, quizá con demasiado ímpetu.

—Una simple observación, señor.

De nuevo, las parejas se ponen de frente, dan un paso para acercarse, que Paddy aprovecha para hacer un poco más largo y quedar escandalosamente cerca de Allegra, tentándola, las manos tocándose de nuevo, aunque sólo sea durante unos segundos.

—Tengo cierto encanto natural, eso no podría negarlo ni aunque quisiera.

Allegra levanta las cejas. Un temblor tenso, tan sutil que sólo Paddy puede verlo, recorre su rostro.

—Y una humildad digna de un santo. —Él le devuelve el gesto mientras, al son de la música, cada pareja comienza a formar un círculo, con las damas en la parte interna y los caballeros en la externa. Paddy, por un momento, pierde el paso

rompiendo la simetría de la composición. Allegra parece vacilar y Paddy se arriesga a perder el paso otra vez mientras vuelve la cabeza hacia ella. Inesperadamente, la joven se ha sonrojado—. De veras, señor Charlemont, la humildad no es una de vuestras virtudes.

—No pretendía ofenderos.

Poco a poco, la melodía de la *sarabanda* se vuelve más lenta, más suave, y también lo hace el ritmo al que bailan las parejas.

—No me habéis ofendido.

La música se extingue con un suspiro.

—No lo parece —susurra Paddy. El resto de parejas se separan, algunas se apartan para ir a buscar algunos refrigerios o simplemente descansar. Quedan ellos dos, cerca el uno del otro, como si una fuerza invisible les hubiera empujado a chocar. Así permanecen unos segundos hasta que Allegra ladea la cabeza. En sus labios aparece la más leve de las sonrisas.

—Si alguna vez me ofendéis, os daréis cuenta, señor.

¿Es una invitación, como cree? ¿Una oferta de paz? ¿O quizás una verdadera amenaza? Padraic Doyle, cuya vida y sustento dependen de saber leer las emociones de los demás, boquea confundido.

De pronto es consciente de que la orquesta ataca una *Allemande* con energía y de que la charla de los invitados a la recepción se ha vuelto más animada, señal inequívoca de que el vino está haciendo mella y de que el sol ya no está bajo, sino que ha desaparecido.

No sabe cuánto tiempo ha pasado. ¿Una hora ya? No sabe.

La garganta se le seca. Paddy vuelve la mirada hacia el fondo del salón, donde camareros de punta en blanco rellenan de vino las copas de los invitados cuando estas apenas se han vaciado, tal y como esperaba que ocurriera durante la fiesta.

Busca a su alrededor. Trata de encontrar entre tantas caras conocidas a sus objetivos: Barberini y d'Este, pero entre máscaras y disfraces, todos de repente le parecen iguales.

—Pensé que queríais bailar, Charlemont —insiste Allegra.

—Sí, sí. Absolutamente —responde atolondrado—. Sólo es que… debo hacer…

—¿Algo más importante que bailar conmigo? —comienza la joven. Parece que está bromeando, pero luego añade—: Os acompaño.

Antes de terminar la frase, Allegra le ha agarrado del brazo. Por un instante, Paddy se siente el invitado más importante de la fiesta, el más reluciente, con la muchacha a su lado. Sin embargo, la sensación dura poco porque, por mucho que le guste pasar el tiempo con Allegra (y debe reconocerlo: le gusta mucho, muchísimo), este es el peor momento para ello, porque debería ser el instante en el que llevar a cabo su plan y hacerse con los dos anillos restantes. Allegra no entra, ni de lejos, en la ecuación. Pero la muchacha no parece dudar y es ella la que, todavía a su lado, brazo con brazo, da el primer paso.

—Eh… —comienza mientras siente la boca pastosa porque está seguro de que lo que va a decir es lo que menos le apetece en el mundo—. ¿No sería mejor que me esperase en la pista de baile?

—Prefiero acompañarlo, señor Charlemont —responde ella con un brillo de determinación en la mirada que Paddy no le ha visto nunca.

Sin tener muy claro qué dirección tomar, al final se dirige hacia la mesa de refrigerios y se consuela pensando que, efectivamente, la fiesta se desarrolla como esperaba. Ve mejillas sonrojadas y manchas de vino en solapas y camisas. Todo son gestos alegres y rostros satisfechos. Por fin, logra localizar al cardenal Barberini. Es fácil. Es una de esas personas tan seguras

de su poder que parece emanarlo por cómo habla, por cómo se mueve. Fingiendo que está buscando dos copas, Paddy lo mira por el rabillo del ojo, estudia sus movimientos, la manera en la que se tambalea cuando trata de dar un par de pasos. Está a punto de caramelo.

A quien no ve es al último de los cardenales, Ludovico d'Este. No está. No lo ve y tampoco lo ha visto en lo que va de noche.

—Algo os preocupa —dice Allegra mientras toma una copa de vino, sin despegarse de su lado—, puedo verlo. Quizá pueda ayudaros.

Él también coge una copa de un camarero que pasa por su lado. Se da cuenta de que Domenico tampoco ha llegado, pero todavía tienen tiempo, supone. Y ya que tiene a Allegra al lado, dado que no tiene a Domenico para explicarle los quiénes y los modos de la ciudad, no le queda más remedio que preguntarle a ella.

—Echo en falta al cardenal d'Este. Pensaba que era íntimo de Barberini —le dice tras dar un leve sorbo de la copa, mientras mira hacia ninguna parte, como si no le preocupara el hecho de no haberlo visto.

Allegra, en ese momento, hace algo que le sorprende. Primero, entrecierra los ojos, también mira a su alrededor y fija la vista en Barberini, concretamente en sus manos. Después, como si lo que acabara de hacer no tuviera la mayor relevancia, deja escapar una carcajada indolente, se cubre la boca con su abanico y, acercándose a él quizá demasiado, hasta que el aliento que sale de sus labios le cosquillea la oreja, susurra:

—¿No lo sabe? Por cómo actúa, pensaba que sabía todo lo que se cocía en la ciudad, señor Charlemont. —Paddy carraspea, no por lo que le ha dicho Allegra, sino porque ese aliento, ese cosquilleo, cree él, le ha llegado hasta el pecho y ahí se le ha

clavado—. Se ha marchado de la ciudad. No es el único. Gran parte de la nobleza y burguesía romana ha huido o planea hacerlo para refugiarse en sus villas en el campo, por miedo a la plaga.

El escalofrío que recorre la espalda de Paddy al descubrirlo tiene visos de quedarse ahí todo lo que queda de noche.

Si d'Este no está, no puede conseguir su anillo. Será divertido contarle este pequeño contratiempo a su tío.

Pero no tiene tiempo para regodearse en su desgracia porque, de pronto, oyen el bramido inconfundible de mosquetes disparando.

LII

Frente al *palazzo* Costa, al mismo tiempo

En una ocasión su padre le dijo: «Domenico, yo sólo pinto cosas hermosas. Para las otras, para la crueldad y la violencia y la miseria, ya está la vida». No sabe por qué le vienen a la cabeza esas palabras, aunque Domenico sospecha que es porque, apenas hace unos instantes, cuatro demonios enmascarados han salido de la nada, apuñalado a un grupo de guardias y sembrado el caos en la ciudad que tanto ama.

Y ellos siguen allí, en medio de todo.

—Creo que jamás me había alegrado tanto de ser pobre —susurra Ida, que es de las pocas cosas bellas que hay ahora mismo a su alrededor, de modo que Domenico decide mirarla a ella, porque le parece hermosa, incluso con la expresión asustada y sosteniendo contra su pecho ese animal extraño, prodigioso,

que no parece dispuesto a separarse de ella.

—Bien pensado, yo también —le responde él mientras en el gran palacio donde ha empezado todo se rompen unas cuantas ventanas, lanzando una lluvia de vidrio sobre la calle. La ciudad ha cambiado en un momento, como el reflejo en un espejo, igual pero opuesto. Los festejos alborotados del carnaval se han tornado en gritos y empujones, en cuerpos que chocan los unos con los otros—. Vamos, sígueme. Te llevaré con los tuyos.

—¿Y tú qué vas a hacer?

Es una pregunta excelente, piensa al tiempo que se mueven calle abajo a trompicones. Su primer impulso, por supuesto, es huir. Domenico no ha sido nunca muy valiente, porque los valientes mueren jóvenes. Y luego…, luego…

—Intento decidir una cosa después de la otra. —No es capaz de pensar más allá. Primero, dejar a la señorita Ida sana y salva con los suyos; con ese tal violinista James, malhumorado y arisco, y esa pareja de jóvenes que parecen las dos caras de una misma moneda, y esa extranjera rubia y alta, que por alguna extraña razón le parecen mucho más preparados para proteger a Ida ante estos altercados que él—. ¿Los ves por alguna parte? —pregunta cuando, contra todo pronóstico, logran desandar los pasos que les separan de la plaza donde Ida y él se han encontrado.

—Veo… el escenario y el carruaje, pero… ¿dónde se habrán metido?

—Estoy convencido de que, allí donde estén, estarán bien —trata de animarla.

—Mejor que nosotros, seguro —dice ella, aunque luego añade rapidísimamente—: No es por ofender. Es decir: por suerte estabas tú conmigo cuando ha comenzado todo, porque, si no, creo que mi situación sería bastante más alarmante, pero…

Hay muchas posibilidades de que Ida esté diciendo esto,

precisamente, porque una conmoción desde el otro extremo de la plaza, en dirección al río, le hace ver que se acercan soldados a pie, con los mosquetes apuntado al cielo —de momento— como un mortífero bosque.

De nuevo, esas palabras de su padre, que decía siempre con una sonrisa y las manos manchadas de pintura, se le vienen a la cabeza. Él querría ver sólo la belleza del mundo, dejando atrás todo lo demás, pero no va a poder ser.

Comprueba que tiene la mano de Ida bien agarrada. Ya no es un gesto como el de antes, que ha sido un torpe acercamiento romántico, sino un gesto que permite a la joven no separarse de él y que, al mismo tiempo, a él le permite tener un centro, un objetivo: sacar a su ángel de este lugar.

—Atrás. Atrás, Ida…

Ya no les es tan difícil moverse, puesto que mucha de la gente que les rodea, al ver cómo se acercan los soldados, han tenido exactamente la misma idea que ellos. Domenico se concentra en la mano de Ida, todas sus fuerzas volcadas en no soltarla por nada en este mundo, mientras recibe empujones y pisotones. Siente un calor asfixiante, aun con el cielo encapotado, que amenaza lluvia o incluso nieve.

Son los embates de la multitud, más que su propia voluntad, los que los llevan de nuevo frente al *palazzo* Costa, donde ha empezado todo. La gran casa, que tan orgullosa se alza entre edificios más humildes, tiene las puertas destrozadas y abiertas de par en par. En el suelo siguen desplomados los cadáveres de los soldados que la protegían, que no son obstáculo para que varios grupos, amparados en el caos y en las máscaras de carnaval que llevan, entren a saquear.

Un poco más allá, al sur de la calle, Domenico oye un nuevo estrépito, otra puerta de grandes batientes que acaba de ser derribada.

—*Madonna!* —exclama con desánimo. Entiende esa rabia. Él mismo la ha sentido también muchas veces. Los ricos se pasean por la ciudad entre sedas mientras los pobres llevan ropas que son más remiendos que tela. Los ricos comen en mesas que se comban bajo el peso de los platos, los pobres tienen que buscar en la basura y cuando hay guerras o, como sucede hoy, una plaga que parece asolar la ciudad, los ricos se marchan y los pobres mueren.

Si Domenico fuera de otra pasta, de una naturaleza distinta, habría empuñado las armas ya, presa del miedo y de la rabia, y se habría unido a la turba para derribar las puertas de las mansiones nobles, una por una…

—*Madonna mia!* —exclama otra vez.

—¿Qué ocurre? —pregunta Ida sin soltarse de él.

¿Habrá llegado la violencia ya al norte de Roma, donde se encuentra la villa Barberini?, se pregunta frenético Domenico. ¿Habrá allí también sonido de cristales rotos y tiros y gritos y sangre derramada?

—¡Paddy!

—¿Has dicho *Paddy*?

—¡Mi patrón! —rectifica él enseguida—. ¡El señor Charlemont, mi patrón! Está en…

—Estoy segura de que has dicho Pad… —Las palabras de Ida se convierten en una exclamación de alarma cuando recibe un empujón tan fuerte que prácticamente la tira al suelo. Por un instante, Domenico ve, aterrorizado, cómo Ida queda engullida por la multitud, aun cuando sus manos, sudadas, agarrotadas por el esfuerzo, todavía siguen entrelazadas.

—¡Eh! —No sabe de dónde saca las fuerzas ni la iniciativa de devolver el golpe que ha recibido Ida y aparta a la gente mientras de su boca sale un torrente de palabrotas que harían sonrojar a un carretero—. ¡Eh! —le chilla a una mujer de tez

oscura cubierta con un velo—. *Via!* —espeta en dirección a un hombretón de largos bigotes mientras lo empuja con todo su cuerpo—. *Buffone! Cagasotto! Vai!* ¡Aparta!

Debe de ser algún tipo de milagro, la mano bondadosa de un santo, lo que hace que Ida regrese a su lado, aunque teme que no será por mucho tiempo.

—Ida. Sé que no nos conocemos tanto, pero voy a pedirte que confíes en mí.

Quizá la imaginación de Domenico habría esperado que ella se deshiciera en agradecimientos o que, quién sabe, se inclinara para besarle en los labios, pero la señorita Ida sólo cierra los ojos y, luego, resopla.

—Si te soy sincera, estoy hasta las narices de que me pasen cosas así.

Ahora es ella quien, de un certero codazo, se quita de encima a un joven larguirucho que ha tropezado con ella.

—¿Así? ¿Cómo que cosas así?

—Bueno. Mira, me faltarían dedos de la mano para contarte en cuántos líos me han metido, porque lo más terrible de todo es que nunca ha sido por voluntad propia. —Ida calla al advertir la expresión de Domenico—. No importa. Yo sólo le pido a la vida comer cada día y tener un techo sobre la cabeza y no estar a punto de morirme cada unos cuantos meses, y la vida me viene con estas, así que no me queda otra que plegarme a tus deseos. Voy a acompañarte, Domenico. Por lo menos, esta vez lo haré por propia voluntad.

Domenico oye entonces una salva de disparos más cerca de lo que le gustaría y el aire que por la mañana olía a flores se llena de humo y de pólvora. Poniéndose de puntillas, trata de ver qué hay a su alrededor. A un lado de la calle: soldados. Al otro lado: más soldados, lo cual es siempre una mala señal. Le parece advertir también una esquiva silueta negra, tocada con una

máscara picuda.

«Piensa, Domenico, piensa —se ordena mentalmente—. ¿No eres el mejor guía de Roma? ¿No te conoces estas calles como la palma de tu mano? ¿Acaso estabas mintiendo?».

Levanta el mentón, en parte para respirar una bocanada de aire fresco y, en parte, para ver la fachada del *palazzo* Costa de nuevo. La entrada principal de la casa se encuentra en vía del Corso, pero…

—¡Hay una salida trasera! ¡El *palazzo* ocupa una manzana entera de casas!

—¿Qué? —masculla Ida con la voz llena de cautela.

—Si podemos llegar hasta allí, si no hay guardias…

—¿Y si los hay?

—Siempre podemos confiar en la suerte.

—Hablas como un viejo amigo mío.

—Sí. Tengo un amigo yo también que diría exactamente lo mismo.

—Deberíamos presentarlos. Se caerían en gracia de inmediato.

Todavía hay gente que atraviesa las puertas rotas para entrar a saquear el palacio y Domenico imagina que es a esas personas a quienes primero van a disparar los guardias que se acercan a pie y a caballo. Sin embargo…

—Vamos a hacer una estupidez, Ida.

—No me habías dicho nada de una estupidez, ¿eh? Y este tipo de cosas, creo, hay que contarlas de antemano si tenemos que confiar el uno en el otr…

—Tú no te sueltes.

No sabe de dónde le ha salido tanta seguridad en la voz. Ida respira hondo y dice:

—No me sueltes tú a mí.

Tira de ella al tiempo que se oye una nueva salva de

disparos y los relinchos de caballos a la carga. Tira de ella con desesperación y todas las fuerzas de las que dispone hacia esas puertas abiertas. No se detiene ni siquiera cuando tropieza con algo blando que está en el suelo, ni cuando le parece notar algo al rojo vivo, una bala sin duda, que le pasa rozando la mejilla. Entran, casi caen, en un vestíbulo de techo abovedado. Los saqueadores han hecho parte de su tarea: faltan jarrones y candelabros, el suelo está cubierto de fragmentos de estatuas rotas y las telas de las pinturas, acuchilladas, cuelgan de los marcos dorados como retazos de piel seca. Le duele el corazón al verlo.

—¡Por aquí! —apremia a Ida para que le siga a través del vestíbulo hacia un gran salón cubierto por una bellísima pintura que simula un cielo cuajado de figuras mitológicas que Domenico, incluso de pasada, cree que podría pintar mil veces mejor. La media docena de personas que están afanándose en llevarse todo lo posible levantan la mirada.

Domenico da un fuerte tirón a la mano de Ida, porque esas personas, todas y cada una de ellas, visten los abrigos azules que les delatan como miembros de la facción *veneta.* Y si están los miembros de la *veneta*, poco falta para que pronto lleguen los de la facción verde o roja. Es de esperar que, allá donde haya violencia, estén ellos.

La esperanza de que nadie le reconozca tiene una vida muy corta.

—¡Tú! ¡Rossi!

—¡Lo lamento! ¡Os equivocáis de persona! —exclama Domenico sin detenerse y pálido como una sábana.

Una nueva puerta conduce a más estancias y, desde esta, a una miríada más de salones, hasta que finalmente llegan a una larga galería flanqueada por ventanales y con el suelo cubierto con una larguísima alfombra persa. Corren, agarrados todavía de

la mano, sin aliento. Una carrera desesperada hacia una puerta que hay al fondo.

—¿Conoces a estos caballeros que nos siguen? —resuella Ida.

Domenico le pregunta consternado:

—¿Nos están siguiendo?

—Por lo menos van en nuestra misma dirección.

La alfombra del suelo ahoga cualquier sonido de pasos, pero un fogonazo de luz y la detonación de una pistola que hace estallar uno de los ventanales de la galería le confirman que sí, que van tras ellos.

—Pero ¿quiénes son? —exclama Ida, y agacha la cabeza para esquivar los cristales.

—¿Me creeríais si os dijera que últimamente a mí también me han metido en asuntos poco recomendables sin ser yo responsable? Allí está la puerta, por fin…

—¡Sí! ¡Ya me he dado cuenta!

—¿Qué haces? ¿Por qué te detienes? —pregunta con un grito Domenico, puesto que Ida ha frenado bruscamente y se ha dado media vuelta, encarándose a los miembros de la facción *veneta* que los persiguen.

—Es sólo un segundo…

Y, ciertamente, a Ida sólo le lleva un segundo agacharse y tirar de la alfombra con una fuerza considerable, lo que provoca que los hombres que les persiguen caigan de bruces al suelo.

Domenico no creía que pudiera admirar más a Ida, pero resulta que se equivocaba.

Mientras los hombres maldicen y se quejan, ellos dos empujan, a la vez, la puerta que hay al fondo de la galería.

Les recibe con los brazos abiertos el bullicio de la ciudad, también el aire frío y los gritos. Sin detenerse, Domenico e Ida se internan entre la multitud. Y donde hay una multitud, hay

vividores y ladrones, y justo Domenico nota una mano escurridiza metiéndose bajo su librea, a la que da un fuerte manotazo.

—¡Pero bueno! —chilla al tiempo que baja la mirada para encontrarse con una cara tan sucia como conocida—. ¡Gianfranco! —Al instante, reconoce unas pocas más—. ¡Marco! ¡Lucrezia! ¡Massimo!

Sus niños. Habrán salido a ganarse el jornal aprovechando las aglomeraciones de carnaval, pero están en peligro, se dice Domenico.

—¡Perdón! ¡No te habíamos reconocido vestido así! —trata de disculparse Gianfranco.

—¡Marchaos! ¡Volved a casa! ¡Ahora! —Comienza a hacer aspavientos para espantarlos, pero al instante se queda helado.

Enmascarados. Les están apuntando con ballestas.

LIII

En la villa Barberini, tras los disparos

Deberían estar a salvo. Se supone que se encuentran en el lugar más seguro de toda Roma porque Allegra puede ver de reojo al Santo Padre Benedicto XIII, pontífice máximo, señor indiscutible de Roma y de media Italia y, con ellos, también están cardenales y obispos, prelados, priores, abades, príncipes y duques y condes y marqueses, *dandies* y vividores, todos con expresión de mudo terror, pero todos, también, rodeados de mercenarios armados hasta los dientes que han tomado la iniciativa de proteger la mansión Barberini. Al fin y al cabo, si algo le pasara a toda esa gente, se les acabaría la paga, y no hay nada que valore más un mercenario que el dinero en su bolsillo.

Y, sin embargo, no lo están.

El primer aviso de lo que iba a ocurrir han sido los disparos

de mosquetes. Los gritos de alarma, que por un momento alguien ha confundido con los festejos de los carnavales y se ha echado a reír.

Ha sido entonces cuando los atacantes han comenzado a llegar en gran número, aunque no se trataba de hordas enemigas como tantas veces ha ocurrido en su pobre ciudad, sino que eran sus propios conciudadanos los que han irrumpido en el gran salón entre gritos.

Al hacerlo, todos esos grandes señores, con sus riquezas, su poder que parece ir más allá de la vida y de la muerte, han demostrado que eran sólo hombres como los demás y han empezado a correr aterrados por el gran salón llamando a sus guardias desesperadamente.

Allegra y el caballero Charlemont no pierden tiempo en gritar: no tienen guardias que les vayan a proteger. Ellos son de los primeros que logran salir a los jardines donde muchos de los invitados, que todavía no se han dado cuenta de lo que está ocurriendo, les observan con curiosidad. Ni siquiera el animado cuarteto de cuerda que hay junto a uno de los parterres de flores ha dejado de tocar.

Se detienen, sólo un segundo, para recuperar el aliento.

—¡Mi madre! —exclama Allegra al fin, cuando siente que puede articular alguna palabra.

—¿Qué le ocurre a vuestra madre? —El caballero Brandon Charlemont, que sigue a su lado, la observa con los ojos muy abiertos.

Junto a ellos pasa un grupo de mercenarios odinianos hablando algún tipo de lengua gutural. En la orquesta, un violinista toca una nota en falso al ver que cada vez más gente llega corriendo desde el salón principal.

—¡Está en nuestra casa! ¡Sola! —añade al ver que Charlemont no está captando la importancia de todo lo que está

ocurriendo en Roma. Si las turbas han alcanzado la mansión Barberini, probablemente estén llegando también a las del resto de la ciudad—. No sé qué está ocurriendo, no sé qué locura ha invadido las calles, pero si se ha extendido, mi madre está en peligro.

—También estamos *nosotros* en peligro, Allegra. —Un grito proveniente del interior de la casa parece querer darle la razón—. Escuchad…

Parte de lo que altera a Allegra es que su madre está en casa sola por su culpa.

No habría imaginado que pasaría esto. Jamás. Si no, no le habría servido esa infusión para que se durmiera. No se siente orgullosa de ello, más bien al contrario, pero lo último que necesitaba esa noche en la que tenía que vigilar de cerca al caballero Charlemont por si pretendía cometer otro robo era tenerla a su alrededor, buscándole marido.

Con la garganta seca, Allegra da unos pasos, pero se da cuenta de que la mano de Charlemont la detiene.

—No os atreváis, señor.

Charlemont tiene el buen tino de apartar la mano. Allegra pasa por su lado. Los jardines del *palazzo* Barberini son hermosos, como el paraíso en la Tierra, y están rodeados de un alto muro que ni siquiera ella puede saltar. Desesperada, vuelve la mirada hacia atrás, donde está la única puerta de acceso a la finca. Por allí han entrado los atacantes y se da cuenta con pasmo de que por allí tendrá que salir también ella.

—No es mi intención ofenderla, mi señora, pero ¿qué podéis hacer vos en esta situación?

No se detiene, aunque frena el ritmo. No tiene ni su capa ni su máscara ni su ballesta. Poco puede hacer con este vestido que apenas si la deja respirar, ni puede correr con estas faldas, pero se trata de su responsabilidad, se trata de su madre.

—Cualquier cosa, señor Charlemont —responde molesta, porque ahora mismo el tiempo le quema entre los dedos y el señor Charlemont se está convirtiendo en un obstáculo latoso.

—¡Esperad! Esperad, Allegra. —Nunca lo había visto tan serio. No es difícil, por supuesto, porque desde que lo conoció, y teniendo en cuenta que ya lo ha visto en paños menores en más de una ocasión, no le ha parecido que Brandon Charlemont sea capaz de tomarse nada en serio—. Como caballero que soy, no puedo permitir que…

—No sois vos quien tiene que permitirme nada, Charlemont.

—¡No me refería a eso! —Charlemont se agita el cabello y murmura algo en un idioma extraño que no es italiano, desde luego, pero tampoco francés ni inglés—. ¿Qué clase de caballero sería si no tratara de asistiros en todo lo posible?

Sería un caballero listo, piensa Allegra.

—No os necesito, señor.

Ella se va a marchar, que él haga lo que quiera. Ya está harta. Sujetándose las faldas del voluminoso vestido como puede, Allegra deja a Charlemont atrás. Corre por una estrecha franja de jardín que rodea la gran casa, todavía imaginándose miles de escenarios: lo que va a encontrar cuando llegue a la entrada principal, pero también lo que encontrará en su propia casa. Su madre… De sus labios se escapa una plegaria, espera que su madre esté a salvo.

Allegra acaba deteniéndose, ahogada por el esfuerzo, justo en la esquina del palacio. El corazón le da un vuelco, primero de esperanza porque ve, por fin, la puerta de la finca abierta de par en par. Luego, de horror: el patio que se extiende desde la fachada del palacio hasta la verja está salpicado de muerte. Hay por lo menos dos docenas de cuerpos caídos entre atacantes y soldados. Algunas de las carrozas con las que habían llegado los

prohombres de Roma están hechas pedazos, todavía enganchadas a los caballos de tiro que relinchan desesperados.

En rápida sucesión, el corazón de Allegra vuelve a dar una voltereta digna de un saltimbanqui al oír un ruido tras ella, que resulta ser el caballero Charlemont.

—Marchaos. —Charlemont levanta las cejas y ella se arrepiente inmediatamente de haberle dicho eso. Maldito Charlemont. Maldito sea mil veces, porque le confunde la mente, porque primero era ese caballero encantador, atractivo aunque un poco bobo, que le hacía gracia, y ahora es un adversario que la ha derrotado una y otra vez, y ya no sabe dónde comienza uno y acaba el otro, y querría odiarlo, y lo odia, pero a la vez… no—. No me sois de ningún servicio. Al contrario, sois un lastr…

—¡Alerta! ¡Chitón!

La mano de Charlemont, que le tapa la boca mientras tira de ella hacia atrás, huele a perfume caro. De la boca de Allegra todavía se escapa un ruido de protesta, que ella ahoga de inmediato.

Un grupo de ciudadanos, los mismos que poco antes cantaban y bailaban y hacían entrechocar jarras de vino, entran en tromba en los jardines. Todavía visten ropas alegres de carnaval, pero arrugadas y manchadas de suciedad, como soldados que vienen de la batalla.

No los han visto.

Allegra deja escapar un suspiro, todavía con la mano de Charlemont contra los labios.

Quienes sí los ven son otros cuatro hombres que, justo en ese momento, llegan desde los jardines que quedan a su espalda.

En lo que tarda un parpadeo, Brandon Charlemont se ha interpuesto entre la joven y ellos. Brandon Charlemont, determina Allegra por enésima vez, es idiota.

—¡Caballeros! —exclama extendiendo los brazos. Con esa

casaca dorada que lleva, parece un amanecer—. ¿Podemos ayudaros en algo?

—Quizá sí que podáis, señor —grita de vuelta uno de los hombres.

Allegra aprieta los puños, aun cuando lo que desearía es apretar el mango de su ballesta. Entiende entonces que Charlemont se ha interpuesto entre esos hombres y ella para dejarle vía libre para ir al encuentro de su madre. Podría marcharse sin más, pero no lo hace.

—Dejadme que me presente, señores —continúa Charlemont, hablando de ese modo que tiene él, como si sus palabras fueran maná caído del cielo. Se inclina con los brazos extendidos a los lados. Sólo Allegra está lo bastante cerca como para ver que está agarrando con fuerza desmedida su bastón de mango de plata. No cree que le vaya a servir de mucho, puesto que los hombres llevan garrotes y uno de ellos, una espada (robada, seguro, de las manos muertas de un soldado)—. Brandon Charlemont, caballero irlandés, a vuestro servicio, muy humildemente.

—Humilde, ha dicho —resopla uno de los hombres.

—¿Irlanda? ¿Dónde está eso? —pregunta otro.

—En el norte, señor. Al oeste del mar helado —responde Charlemont como si no estuvieran en peligro—. Al lado mismo de las islas británicas, pero más bonito, en mi humilde opinión.

A Allegra no se le escapa que, mientras suelta toda esa cháchara, Charlemont le dirige una mirada por el rabillo del ojo. En silencio, le está diciendo que se marche.

Es entonces cuando uno de los hombres, menudo pero musculoso, blande el garrote que lleva y habría golpeado la bonita cara de Brandon Charlemont si este no se hubiera apartado de un saltito. Algo en su muñeca, una campanilla, tintinea.

El hombre maldice y, al instante, vuelve a intentarlo, pero Charlemont lo esquiva también con una floritura, con absoluta seguridad, como si estuviera en un baile, exactamente como hizo aquella noche en el callejón cuando Allegra intentó robarle el anillo del cardenal, sólo que esta vez logra oír el tintineo de una campanilla, una que Charlemont lleva colgada con una cadena dorada de la muñeca.

—Señores —tiene ánimos de decirles con expresión inocente—. Creo que aquí ha habido un terrible malentendido. ¿Qué les parece si lo hablamos como personas civilizadas?

No debe de parecerles bien, porque los hombres restantes se unen a la refriega. Aun sin armas y con ese vestido aparatoso, Allegra no puede más que hacer lo mismo, aunque sólo sea para equilibrar las tornas.

Quizá sea esto, precisamente, lo que les salva del primer embate. Nadie esperaría ver a una muchacha de buena cuna saltar delante de un hombre armado, y mucho menos dirigirle una patada en medio del pecho que lo manda dando tumbos hacia atrás.

—¡Virgen santísima! —exclama Charlemont mientras Allegra, aprovechando la inercia de su movimiento, golpea a otro de sus atacantes en la espinilla y logra arrancarle un graznido de dolor.

Pero los hombres se recuperan de su sorpresa en cuestión de segundos. Allegra esquiva un garrotazo de milagro, pero el segundo lo recibe en las costillas, tan fuerte que se cae al suelo, enredándose los pies con su odiado vestido. Charlemont no acaba mucho mejor. Atacado por dos de los hombres a la vez, se aparta para no recibir una estocada directamente al corazón del que lleva la espada, aun cuando, con eso, recibe un golpe demoledor en el estómago. Él también cae con un gemido, aunque es más de fastidio que de dolor.

—¡Charlemont! —se le escapa. Allegra planta una mano en el suelo para tratar de levantarse mientras que, con la otra, tira del irlandés hacia arriba.

—¿Acaso no me habéis visto? ¡Os estaba indicando con la mirada que os marcharais de aquí! —A la desesperada, desvía otro ataque con su bastón de caballero.

—¿Creéis que estaba atenta a vuestras miraditas ahora?

—¡Da igual! ¡Marchaos! ¡Puedo contenerlos!

—¿Acaso creéis que soy una cobarde?

—¡Sois una dama!

—¡Con más razón todavía!

Aunque, sí, debería marcharse. Por su madre, por sí misma. Pero Allegra quiere pensar que se ha quedado no por Brandon Charlemont, sino por lo que sabe sobre el Último Prodigio, aunque si acaban los dos muertos, como todo parece indicar, de poco habrá servido.

Un movimiento brusco a su derecha le hace levantar los brazos por instinto, pero los golpes siguen cayendo sin piedad sobre ellos, uno, otro, y otro más, que Allegra recibe con los ojos cerrados y cubriéndose la cabeza con los brazos.

Hasta que los golpes cesan.

Allegra se niega a abrir los ojos temiéndose que esa pequeña tregua dé paso a algo todavía peor.

Unas gotas de un líquido cálido le caen repentinamente sobre las manos. Ahora sí, Allegra levanta tímidamente el mentón, aparta los brazos con los que se cubría.

Sangre.

En sus manos y en la boca del hombre que la estaba atacando, saliendo a borbotones viscosos, y en su pecho, de donde sobresale la punta de una espada.

Los otros también están muertos. Caen al suelo uno tras otro, todavía con expresiones de mayúscula sorpresa en el rostro.

Y al caer los cuerpos, quedan a la vista sus salvadores: media docena de mercenarios vestidos con túnicas escarlata y barbas trenzadas, feroces odinianos del norte helado al servicio de algún prohombre de la ciudad.

El que va en cabeza limpia su espada con el borde de la túnica parsimoniosamente y les dirige unas palabras en su lengua gutural que Allegra no puede comprender antes de lanzarles una orden a sus compañeros. Los odinianos se marchan, seguro que en busca de otros contra los que luchar, dejándoles a Charlemont y a ella solos con los cadáveres.

Ella, durante unos instantes, todavía se queda quieta, ahogada por tanta muerte.

—Santo cielo, ¿se puede saber qué estáis haciendo? —exclama la joven al ver que Charlemont, magullado pero con una mirada de determinación en el rostro, le quita el abrigo de un tirón a uno de los cadáveres y procede a hacer lo mismo con otro.

—Bien queríais salir para comprobar que vuestra madre está a salvo, ¿verdad? Pues, por mucho que me duela, y me duele, os lo aseguro —prosigue él mientras se quita su propia casaca, esa dorada, la que le hacía parecer una divinidad descendida del cielo, y se viste con uno de los abrigos manchados de sangre. A Allegra, que todavía tiene la vista fija en él, horrorizada, le da el otro—, con estas ropas que llevamos no vamos a lograrlo.

LIV

En una celda en un edificio desconocido, al mismo tiempo

Está en el cielo. En el paraíso. Por lo menos, la idea que tiene el pobre Domenico del cielo es abrir los ojos y encontrarse con los de Ida, y eso es precisamente lo que acaba de ocurrir. Sin embargo, un mundo de dolor le atraviesa las sienes casi al instante, y el gemido que deja escapar Domenico y las manos con las que se cubre los ojos no hacen más que empeorarlo.

—Jesús, María y José, pensaba que te me habían matado, Domenico —dice Ida, aunque la voz le suena cada vez más lejana, como si estuviera perdiendo la consciencia otra vez.

Un bofetón, suave pero decidido, le hace abrir los ojos de nuevo.

—¿Qué pasa?

—A un primo mío una mula le dio una coz en toda la cabeza una vez. Se quedó dormido como te está pasando a ti, pero no se despertó jamás. Así que no te duermas y no tengas las narices de dejarme aquí.

No va a ser él quien desobedezca a la señorita Ida, así que Domenico, todavía sintiendo la cabeza como si fuera un saco lleno de gatos arañándose entre sí, trata de incorporarse. Los recuerdos regresan rápidos como flechas y se le clavan, dolorosamente claros, entre los ojos.

Las figuras encapuchadas sembrando el caos. Su huida con Ida. Agarrados de la mano que estaban. Los enmascarados se les han lanzado encima. Han tratado de llevarse a *Ambrose*, que desde el zurrón donde está refugiado ahora le mira con ojos de conejo asustado, pero antes comenzó a rugir y a morder como un loco, impidiendo que lo separaran de Ida. Luego, un dolor como una explosión en la coronilla y, por fin, ya no ha sentido nada más hasta que ha despertado de nuevo.

Se lleva la mano a la parte trasera de la cabeza. Tiene un bulto del tamaño de un huevo de gallina.

—*Madonna santissima.*

—No te lo toques, tontaina, que te dolerá todavía más —le advierte Ida, aunque él no puede evitar perfilar con las yemas de los dedos los bordes de ese accidente geográfico que le ha crecido en la coronilla. Al final, Ida resuelve el problema dándole otro manotazo en la palma de la mano, como el que se le daría a un niño pequeño—. Basta ya. Deja de tocarte eso, que te vas a quedar tonto.

—De acuerdo —musita bajando la cabeza. Aun así, como siempre, Domenico tiene problemas para dejar las manos quietas y acaba por tamborilear con los dedos en el suelo. Se da cuenta entonces de que el material bajo sus pies no es de ladrillo ni de losas bien escuadradas, sino *tufo,* la piedra porosa, de un gris

sucio, sobre la que se asienta Roma entera. Están, pues, bajo tierra, en alguna caverna excavada por la mano del hombre. Sobre sus cabezas hay un agujero circular, una claraboya que desemboca en un círculo lejano de luz.

En cuanto Domenico se pone a cuatro patas —no se cree con fuerzas para aspirar a una mayor verticalidad—, la habitación zozobra a su alrededor. Poco a poco, avanza una mano, una rodilla, otra mano, otra rodilla, y así sucesivamente hasta quedar frente a esa puerta que parece bastante sólida, a decir verdad.

—Lo siento —le dice Ida tras dejar escapar un carraspeo—. Me quejo mucho, pero creo que esos enmascarados nos han capturado por mi culpa…

—¿Cómo que por tu culpa? —responde él de inmediato—. No, seguro que me buscaban a mí.

Es decir, bien es cierto que al menos uno de ellos les ha estado persiguiendo a Paddy y a él como un mal olor todos estos días. Sin embargo, cuando Domenico advierte la mirada de Ida, vacila.

—¿Por qué crees que te buscaban a ti?

—¿Y tú? ¿Por qué crees que te buscaban a *ti*? Vamos, cuéntamelo. Así al menos no estaré encerrada y, además, con cara de tonta.

Domenico siente cómo se le anuda la garganta. No quiere contárselo. No se siente orgulloso de ello.

—Tómate tu tiempo. —Con cuidado, Ida deja que *Ambrose* salga de la bolsa y se lo pone en el regazo como si se tratara de un perrito de esos que usan las grandes damas para hacerse compañía. Luego, con gesto ausente, le acaricia el lomo—. Tampoco creo que nos vayan a sacar de aquí en breve.

Aunque quizás Ida esté equivocada, piensa Domenico, porque al otro lado de la puerta oye un ruido de pasos.

—¿Hola? ¿Me escucháis? —pregunta mientras se pone en pie tan rápido que se marea.

No recibe respuesta alguna, pero ahora está seguro de que algo o alguien se remueve al otro lado de la puerta. A la desesperada, Domenico pega la cara contra la abertura de la cerradura. Al otro lado ve una habitación no mucho más acogedora que aquella en la que se encuentran. Hay unos pocos muebles desvencijados y un candelabro de latón en el suelo. Advierte en ese momento pasos cortos, ligeros, antes de que una figura menuda pase justo por delante de él.

Domenico se enciende de rabia, como una antorcha.

—¡Gianfranco! ¡Gianfranco, sé que eres tú! —Le es imposible no reconocerlo incluso en la penumbra y desde el otro lado de una puerta de calabozo—. ¡Gianfranco!

Sin pensarlo, da un golpe a la puerta que hace que el chichón de su cabeza le mande señales de alarma por todo el cuerpo.

—No te enfades conmigo, Domenico —susurra entonces una voz al otro lado de la puerta, voz avergonzada de niño pequeño—. He visto que te atrapaban y he pensado que…

Él abre la boca. Está enfadado. Por supuesto que está enfadado. Primero, porque está aquí encerrado con Ida, que no tiene culpa de nada y, segundo, porque les ha dicho a los niños que escaparan y ahora el inconsciente de Gianfranco se ha puesto en peligro. Aun así, Domenico se obliga a cerrar la boca, a respirar por la nariz y a expulsar el aire muy lentamente.

—¿Puedes sacarnos de aquí, Gianfranco? —pregunta cuando la voz puede salirle sosegada.

Desde detrás de la puerta le llega un silencio preocupado y, luego, un susurro:

—Está cerrada con llave.

—Seguramente la llave esté por algún lugar de la

habitación. Siempre pasa —interviene en ese momento Ida, que se arrastra hasta quedar al lado de Domenico. Lo más probable es que sea puro azar que la pierna de la muchacha esté tocando su rodilla, pero Domenico siente como si el aire a su alrededor se hiciera más liviano.

—Búscala, Gianfranco, por favor… —Domenico presiona la frente contra la puerta, intentando ver mejor la habitación que hay fuera. La silueta del niño pasa rapidísimo por delante de él y puede escucharlo rebuscando entre los polvorientos muebles durante unos segundos. Después, silencio.

Domenico se aparta de la puerta.

—¿Gianfranco? Gianfranco, si encuentras a mi patrón, a Brandon Charlemont…

Para su desánimo, tiene la impresión de estar hablando solo.

Al cabo de unos segundos, oye un sonido rítmico y pesado: dos personas por lo menos se están acercando desde un lugar que Domenico no alcanza a ver.

Se aparta un poco más de la puerta. No sabe si Ida se lo permite, pero, de todos modos, le coge la mano para que retroceda un poco también. *Ambrose*, el jackalope, se le encarama al hombro de un salto, como si pudiera adivinar qué va a ocurrir después.

La puerta se tambalea. Acaba de recibir un golpe, Domenico se da cuenta, no para tratar de liberarlos, sino para asustarlos.

—¡Silencio! ¿A qué viene tanto escándalo? —La mano de Ida, que Domenico no ha soltado todavía, se aprieta alrededor de la suya con fuerza sobrehumana. Él le manda un apretón de vuelta. Conoce esa voz. La ha escuchado en alguna parte, pero no acaba de recordar dónde—. ¡He hecho una pregunta! —exclama el tipo que hay detrás de la puerta, aunque Domenico

no se cree capaz de emitir ningún sonido como respuesta.

La puerta recibe otro golpe tan fuerte que hace caer una lluvia finísima de arenilla desde el techo.

—Silencio, ¿entendido? —escupe.

El desconocido se marcha. Sus pasos, que suenan como clavos en un sarcófago, se alejan rítmicamente por un pasillo que queda a su izquierda. Aunque espera escucharlo, Domenico sabe que Gianfranco volverá a aparecer por allí, así que recula hacia el fondo de la celda.

Derrotado, el joven se abraza las rodillas. La cabeza le sigue doliendo al son de los latidos de su corazón.

LV

Hacia la villa Gentilleschi, un poco más tarde

El abrigo huele mal, el sombrero que se ha puesto también, y eso es mucho decir en una ciudad que, en general, huele como el culo de satanás, porque Gleann Arma igual era pequeño y aburrido y miserable, pero por lo menos había aire fresco.

Paddy aprieta los dientes. Ya llegan. Además, tiene otros problemas aparte del mal olor como, por ejemplo, no caerse del caballo.

Es que han robado un caballo, aunque, en opinión de Paddy, no cuenta como robo porque lo han encontrado enganchado a una de las carrozas destrozadas, muerto de miedo. Incluso le habrán hecho un favor, pobre bestia. Ahora, quizá porque el animal sigue aterrorizado, parece que vuelen por las calles de Roma.

—¡Estará bien! —Tiene que gritar para hacerse oír por encima de ese galope frenético.

—¡Lo sabré cuando lo vea! ¡A la derecha! ¡Hacia la derecha, animal, que vamos a matarnos!

Hay terror en la voz de Allegra y en su manera de agarrarse a su cintura, pegada a él, pero también hay una valentía que hace que a Paddy, si lo piensa con detenimiento, se le seque la garganta. Allegra no ha tenido miedo cuando ha decidido ir a buscar a su madre, como tampoco lo ha tenido cuando, después de que Paddy le haya tendido ese abrigo mugroso, se ha arrancado las faldas del vestido que llevaba y se ha quitado perlas y horquillas y prendedores del pelo para dejarse suelta la melena.

—¡Ya llegamos!

En cuestión de minutos parece que la ciudad se haya transformado de nuevo. Cuando han salido del *palazzo* Barberini, vestidos con esos andrajos manchados de sangre, había decenas, si no centenares de personas alrededor de palacio. No se han fijado en ellos, gracias a Dios, confundiéndoles quizá con algunos de los asaltantes. Paddy y Allegra se han montado juntos en el caballo que piafaba nervioso y han comenzado a avanzar entre una multitud todavía ebria de esa orgía de saqueos y violencia.

Pero, a medida que avanzaban por el barrio de Trevi hacia el este, han visto salir cuadrillas de soldados desde muchas casas nobles, y pequeños ejércitos privados de las distintas embajadas, que han hecho que las multitudes se disiparan tan rápido como solía desaparecer el alcohol por el gaznate de su padre. Ha sido entonces cuando Paddy, agarrado con todas sus fuerzas a las crines de la bestia, ha espoleado al caballo.

—¡Aquí! ¡Es aquí! —Una mano de Allegra se clava en la cintura de Paddy. Con la otra, la joven señala una casona decorada con esa enredadera que le salvó el día que se

conocieron. A él apenas le da tiempo a detener el caballo cuando ella salta, dejando que a Paddy, de nuevo, la garganta se le vuelva de esparto.

—¡Madre! ¡Madre! —chilla. La casa, por lo menos, parece intacta. Allegra utiliza todo su impulso para abrir la verja de entrada—. ¡Madre! ¡Madre!

Tres «madre» ha pronunciado Allegra con desesperación y, por fin, el cuarto es de alivio. Al tiempo que desmonta él también del caballo, Paddy ve cómo la puerta de la casa se abre despacio, dando paso a la encantadora madre de Allegra, que se frota los ojos como si estuviera medio dormida.

—No lo habría logrado sin vos. —Ella se le acerca hasta que sus labios quedan, de repente, muy cerca de su oreja—. Debo daros las gracias. Mi madre está bien. Gracias. De todo corazón.

A Paddy le han dado muchos besos a lo largo de su vida: inocentes, descarados, largos, cortos, llenos de pasión, pero ninguno tan suave como los labios de Allegra que, de repente, tocan su mejilla.

Él se ríe, porque un calor de cualidades volcánicas se le ha subido a las mejillas y eso tampoco le había ocurrido antes.

Ella ya corre, se lanza en brazos de su madre.

Ese gesto tan sencillo, ese abrazo tan íntimo, consigue que Paddy aparte la mirada. Es incomodidad lo que siente, aunque no vaya a reconocerlo. Y es posible que también, si examina concienzudamente su corazón, una pizca de envidia.

Observa impaciente los puños manchados de sangre de su camisa, los arreos del caballo, el suelo y el cielo, con un resoplido. Necesita marcharse. Ahora que la *signorina* Gentilleschi ha encontrado a su madre, él tiene muchas cosas que hacer, pero no puede marcharse así, sin más. Cuando vuelve a girar la cabeza hacia ella, Allegra y su madre siguen muy cerca la

una de la otra, con las manos entrelazadas. Esa angustia como una cicatriz mal curada se le enrosca alrededor de la garganta.

Sus padres siempre fueron más proclives a darle azotes que afecto. Ya no les culpa. Aun así, en ocasiones se pregunta si el cariño de sus padres hubiera podido retenerlo con más fuerza en Gleann Arma, si…

De un salto vuelve a montar sobre el caballo, una bestia robusta, más propia para arrastrar grandes pesos que para llevar a un jinete sobre la grupa.

—¡Señor Charlemont!

La madre de Allegra sale apresurada de la casa.

——Señor Charlemont, señor Charlemont… —Allegra, en cambio, se queda atrás. Roja. Mortificada—. Ahora que se han calmado las cosas, mi hija y yo… vamos a marcharnos hoy mismo de la ciudad; tenemos una villa, nada ostentoso, desde luego, en las afueras. Dos mujeres solas… No nos iría mal la protección de un hombre valiente…

—¡Madre! —protesta ella con voz estrangulada.

—Mi hija me ha contado lo que habéis hecho hoy por ella, señor Charlemont…

—Os pido disculpas, mi señora. Tengo que…

—Pero…

—Tengo que marcharme, señora, *signora* Gentilleschi.

Esgrime una sonrisa radiante, fuera de lugar. Paddy Doyle se toca el ala de ese sombrero horrible que lleva en una despedida de lo más entusiasta.

Va a marcharse, no por Allegra ni por ese beso que todavía siente como una marca ardiente en la mejilla, ni siquiera porque él, extrañamente, se haya sentido incómodo al ver cómo Allegra y su madre se abrazaban. Se marcha, piensa mientras tira de las riendas para que su montura dé media vuelta, porque ha perdido un tiempo precioso. Porque en vez de tratar de hacer el trabajo

para su falso tío, ganar un porrón de dinero y desaparecer, ha decidido ayudar a Allegra y casi lo matan y, además, lleva el abrigo de un muerto y un sombrero apestoso. Esta ciudad no le hace ningún bien.

No, desde luego, desde *lueguísimo* que no se marcha porque, por un momento, haya estado muy tentado de aceptar la oferta de la madre de Allegra.

—Vamos, concéntrate, Paddy —murmura en su lengua materna, un *Gaedhilge* que creía olvidado.

Como si quisiera animarle, ese caballo de patas grandes y cuello grueso que se ha convertido en su compañero relincha mientras agita la cabeza.

Y con estas cábalas que se hace Paddy, el trayecto que cuando escapaba con Allegra se le ha hecho larguísimo, ahora pasa en un suspiro, en parte porque las calles de Roma se están quedando desiertas y ya no es difícil avanzar.

En realidad, lo que le hace darse cuenta de que ya ha llegado a su destino es el olor a humo, un humo negro, de madera y pinturas y telas que se queman. Hay fuego que sale por las ventanas de los pisos superiores de la villa Barberini.

Paddy ata apresuradamente el caballo y camina entre una multitud que no hace nada para detener el incendio. La gente está en ese momento de limbo, entre la fascinación por las llamas y el miedo. Soldados y curiosos, enfermos que Paddy ve con esas marcas violáceas que se les extienden bajo la ropa. Es como si todo se hubiera detenido para que los romanos pudieran observar esas llamas que caracolean hacia el cielo.

Paddy entra en los jardines y, sorpresa, su casaca dorada sigue en el sitio donde la dejó. Es lo único bueno que probablemente le vaya a ocurrir en lo que queda de día, está seguro, de modo que se la pone y reemprende su camino hacia el edificio.

¿Y si aceptara la invitación de la madre de Allegra?, vuelve a preguntarse mientras entra por la majestuosa puerta que da a los jardines, quizá por no pensar en los muertos que va sorteando a su paso. Imaginó cómo era la mujer el primer día que la vio, durante esa velada en que por poco no lo descubre en la alcoba de su hija (Allegra, piensa para sí en voz baja, Allegra lo ha besado de una manera distinta a como lo hacía aquella noche). Una gran dama venida a menos que ve su futuro reflejado en el buen casamiento de su hija.

Pero sería un engaño, desde luego. Aunque Paddy no ha tenido nunca muchos remordimientos a la hora de engañar a nadie en su vida. Salvo a Ida, pero en Ida nunca piensa porque parece que se le caiga el cielo sobre la cabeza cuando lo hace.

Entonces, llega al salón principal. En el techo, una fabulosa pintura que representa un cielo lleno de figuras majestuosas —a Paddy le parecen dioses, hombres, y héroes— ha comenzado a caerse a tiras. De repente entiende esa desazón de Domenico cuando ve esas ruinas de Roma, una tristeza que se le pega al velo del paladar, por la belleza perdida.

Paddy sacude la cabeza. No puede tampoco perder tiempo con esto. Hay más cuerpos aquí, los han atrapado en el salón como ganado en el matadero.

Paddy se detiene al ver una figura vestida de rojo eclesiástico que resulta ser el cardenal Barberini.

Era también algo bello el plan que había trazado. Era un plan que implicaba a un camarero sobornado para servir copa tras copa al cardenal, y máscaras, engaños y tretas, un grupo de acróbatas y hasta un doble de Domenico. Habría sido perfecto. Lástima.

Por lo menos, el anillo aún está aquí, en el puño entrecerrado del cardenal. Paddy deja escapar una plegaria. Quizá lo haga cuando no tiene más remedio, pero no le gusta

robar a los muertos.

Sale de la casa en el mismo momento en que algo dentro se derrumba, el anillo en una mano, su casaca dorada en la otra. Entonces, encuentra a un niño junto al caballo. Podría ser peor. Podrían ser maleantes y asesinos, así que se acerca con cautela.

—¿Vos sois el ricachón que tiene a nuestro Domenico a su servicio?

—Yo mismo, jovencito.

La reverencia de Paddy, florida, perfectamente estudiada, sólo le reporta una mirada escéptica por parte del niño.

—Unos tipos con máscaras lo han encerrado, está en la cloaca, justo donde desemboca en el río. Dice que si vais a rescatarlo.

Paddy ni sabe de dónde ha salido ese niño ni sabe qué habrá hecho Domenico para que lo secuestren, pero recuerda a la figura enmascarada que, más de una y de dos veces, les ha sorprendido y pedido los anillos insistentemente.

—Espera, espera… ¿Puedes llevarme hasta allí?

La expresión del niño ya se lo dice todo. Que será niño, pero no tonto.

—Domenico me ha dicho también que me pagaríais una limosna generosa por avisaros.

—Dudo que Domenico te haya prometido tal cosa —masculla Paddy.

—Ha sido una ardua tarea encontraros. Roma es muy grande, ¿sabéis? —insiste el niño, que quizás haya cambiado de excusa, pero sigue con la mano extendida hacia adelante, para ver si le cae alguna limosna—. Y yo un pobre huérfano desvalido…

Paddy acaba por darle una moneda al niño, que guarda entre los remiendos de su ropa y se escapa corriendo.

Paddy se enfrenta a un dilema. Observa la casa Barberini, que pronto será pasto de las llamas. Roma está sucumbiendo a

una locura que no logra entender. Está dividido. Domenico o el último anillo, o incluso tomar la palabra de la madre de Allegra, quién sabe.

Duda y, entonces, decide.

LVI

En otra celda en las cloacas, al mismo tiempo

James abre los ojos con la impresión de que su cabeza se encuentra entre un martillo y un yunque.

—Maldita sea.

Siente un dolor cuyo epicentro se encuentra en la parte de atrás de la cabeza y que luego se extiende hasta las sienes, la espalda y las puntas de los dedos.

Deja escapar una palabrota más larga y, luego, se incorpora. Sabe que ha estado inconsciente y que le tomaron cautivo los hermanos de la Garduña justo cuando…

—¿Tashiin? —Ella está allí, arrodillada junto a una puerta de aspecto macizo, pero no logra distinguir nada más que su silueta. Los ojos se le entrecierran de dolor, aunque comienza a tener la cabeza más clara—. ¿Qué haces?

Una mano amable se le coloca sobre la espalda para ayudarle a incorporarse y él se deja, aún con la mente entre brumas, hasta que escucha la voz de la persona que está a su lado:

—Será mejor que no te levantes, James.

—Revna —acaba por mascullar—. ¿Dónde estamos?

—Bajo tierra —murmura la odiniana, mirando al óculo que hay en el techo. Lejos, en la superficie, hay momentos en que la luz del sol queda bloqueada por algo. Quizá la claraboya vaya a conectar con la calle quién sabe cuánto más arriba. Cree que hay gente pasando por encima, pero duda que los oigan gritar.

James se incorpora. Sacude la cabeza. Quizá sea todavía por culpa del golpe, pero todo le parece ridículo. Todo lo que ha ocurrido con la Garduña. El Hermano Menor. Su oferta y el rechazo. Han sido ellos quienes han organizado todos los disturbios en Roma, pero ¿cómo? ¿Por qué? Nunca ha sido así la Garduña, nunca ha sido ese su propósito. La urgencia, como le ha ocurrido tantas veces en su vida, le quema y le sirve al mismo tiempo de combustible.

—¡Eh! —grita con todas sus fuerzas a la par que trata de ponerse en pie—. ¿Alguien puede oírme?

—Pero ¿se puede saber qué haces? —Esa mano que ha sido tan amable como para ayudarle ahora trata de taparle la boca, cosa que James no está dispuesto a permitir y lo evita dando un codazo hacia Revna.

—¡Exijo hablar con quienquiera que esté al mando! —La celda es pequeña, en cuatro pasos tambaleantes la cruza todavía gritando—: ¡Ahora!

Entonces cae arrodillado y, con la misma inercia de su movimiento, golpea la puerta con los puños.

—James. Será mejor que te tranquilices. —No sólo es dura la voz de Tashiin. En esta ocasión, es Enea el que se interpone

entre él y la puerta, pero James se niega a rendirse. No. Él vuelve a golpear la puerta, aunque al hacerlo una oleada de dolor sordo le suba por los brazos.

—No te atrevas a decirme que me tranquilice. No te atrevas. —Después, al entender que la razón por la que Tashiin esté arrodillada contra la puerta es porque está intentando forzar la cerradura, añade—: Si logras abrirla, entonces ¿qué? ¿Salimos tan tranquilos, dando un paseo? ¿Es eso?

—También podemos salir luchando —susurra la muchacha con los dientes apretados.

—¿Luchar contra los nuestros? —pregunta James.

—No son los nuestros —sentencia Revna—. No nos habrían encerrado así. No sé qué son ya. ¿No los habéis visto? Se han vuelto todos locos. Había una buena razón por la que la Garduña se escondía de los ojos de todos, pero mostrarse así, a plena luz, agitar a la gente y azuzarlos los unos contra los otros como perros…

—Tengo que hablar con ellos, con el Hermano Menor otra vez —dice James, convencido. Con la mirada, reta a sus compañeros a que le detengan—. Seguimos formando parte de la Sociedad.

—¿Queréis callar los dos? —insiste Tashiin—. Puedo abrir la puerta, he hecho cosas parecidas antes, sólo necesito un poco de tranquili… —En ese preciso instante, todavía inclinada junto al cerrojo, se detiene con expresión sorprendida. Dentro del mecanismo de la puerta, algo metálico hace un chasquido—… dad.

Y ese chasquido sucede casi al mismo tiempo que unos pasos acercándose desde el otro lado de la pesada hoja de madera.

Son enmascarados con ballestas y armas. Los lidera un hombre altísimo, delgado como un junco, que extiende una

mano hacia ellos para que se detengan.

—Venía a preguntar qué demonios estaba ocurriendo aquí —retumba la voz de su carcelero—. Pero veo que ya no es necesario.

Pueden gritar y quejarse, pero no pueden evitar que los separen. Es un castigo por lo que ha intentado hacer Tashiin, y cada uno va a parar a una celda distinta, más pequeña y con la puerta más gruesa que la anterior. Allí, en la suya, a solas, James reflexiona. Por eso, por ese plan que están llevando a cabo, la Garduña había estado evitándoles. No lo entiende. Cuando sus padres vivían, cuando eran líderes, la Sociedad era un secreto.

Más tarde, no sabe cuánto más, un ruido le hace abrir los ojos. Se había quedado dormido. Alguien está junto a la puerta de la celda. La hoja se abre lentamente y James reconoce la silueta y la máscara tachonada en metal del Hermano Menor.

LVII

En un claro de un bosque a varias millas de Roma
dos noches más tarde

—Voy a llamarte *Aonbarr.* No te quejarás —le dice Paddy al caballo de patas grandes y grueso cuello, el que tomara prestado mientras huía de la mansión Barberini y el mismo que le ha traído hasta aquí. Es su único compañero, así que, a falta de otro interlocutor, Paddy le habla a él—: Es el nombre del caballo de un dios, ni más ni menos. Uno de esos dioses antiguos de Irlanda. Es lo más apropiado. Hemos tenido un viaje de lo más peliagudo, entre salir de Roma sin que nadie nos detuviera y luego encontrar este lugar, que no ha sido fácil tampoco. Por no hablar de esos bandidos de ayer, ¿te acuerdas? Magnífica coz le

diste al que intentó apuñalarme, por cierto. Te lo agradezco.

Duda que el caballo, *Aonbarr,* le haya entendido, pero desde luego lo parece, porque el animal sacude la cabeza y deja escapar un breve relincho. Paddy sonríe y, luego, echa una nueva rama para alimentar el fuego.

Si quisiera marcharse lejos, buscar fortuna en cualquier otra ciudad y tomar una nueva identidad, no habría un momento más indicado. Ya no está en Roma, sino acampado entre unos olivos que parecen tan viejos como el mundo mismo. Podría ignorar esa gran casa que queda a unas pocas yardas de donde está, en lo alto de una colina suave, montar sobre la grupa de *Aonbarr* —cada vez le gusta más el nombre— y ni el vizconde de Roden ni el mismísimo Santo Padre, ni los ángeles del cielo ni los demonios del averno lograrían encontrarlo.

—Pero no voy a hacerlo —resuelve satisfecho. El caballo golpea el suelo con una de sus gigantescas pezuñas—. La decisión está tomada, amigo mío.

Hace frío en este campo medio abandonado, pero el bosquecito que ve a su izquierda, apenas unos pinos entre más campos de olivos, no le habría servido para sus propósitos. Paddy echa un poco más de madera al fuego y, con cuidado, se quita una cadena fina pero resistente que lleva en el cuello y que le compró a ese platero tan amable al que conoció en el mercado. Allí lleva el anillo que ha robado de la mano de un obispo muerto.

—Tanto enredo por algo tan pequeño. ¿Te lo puedes creer? ¿No es más fácil dejar que la gente haga lo que quiera, que pidan favores a los dioses cada día si quieren? Tanta manía en ocultar cosas y en prohibirlas.

En algún lugar en el bosquecillo de pinos que ha dejado atrás, una rama cruje.

Paddy vuelve a colocarse la cadena alrededor del cuello.

—Tú espérame aquí, fiel corcel —le dice a su caballo mientras, echando un poco de tierra sobre el fuego, apaga la minúscula hoguera con la que se estaba calentando. Sus ojos tardan unos segundos en adaptarse de nuevo a la oscuridad. Hay una media luna en el cielo, suficiente como para distinguir el camino que le lleva hasta la casa en la cima de la colina.

A medida que va acercándose, Paddy oye el sonido de las charlas, la música y las risas. No hay nada como ser rico, se dice. Los ricos pueden marcharse de Roma como ladrones un día por la mañana y, por la tarde, ya estar haciendo fiestas y banquetes porque han dejado no sólo a los enfermos, sino también su memoria detrás.

Al llegar a los pies del muro que rodea la villa, Paddy advierte un nuevo crujido. Podría, desde luego, tratarse de algún animalito salvaje rondando por la zona, o tal vez el viento agitando las ramas de los árboles. Él, en cualquier caso, encoge los hombros: es la viva imagen de la calma.

—Veamos… —murmura. A unos pocos pasos de donde se encuentra, el muro está algo agrietado, dejando ver su corazón de ladrillos rojizos que le sirven de asidero para trepar y, con un salto, colarse dentro de la finca.

Los jardines son como muchos de los que ha visto en Roma: ordenados y extravagantes a la vez, con parterres de arbustos formando intrincadas figuras geométricas, fuentes y árboles en flor. Al fondo, la gran villa, una construcción rectangular a la cual se llega a través de una doble escalinata. Y por lo que puede ver Paddy, por las ristras de farolillos como fuegos fatuos, la música, la orquesta y un grupo de malabaristas haciendo cabriolas entre los invitados, están pasando una velada de lo más divertida.

No hay nada, repite para sí por enésima vez, nada como ser rico.

Es una verdadera suerte que Paddy haya recuperado esa hermosa casaca de color dorado y la máscara que simula los rayos del sol que, pese a estar un poco magullada, todavía le sirve. Así pertrechado, con paso seguro, como si sólo hubiera ido a dar una vueltecita por el jardín, Paddy se adentra en la fiesta. Da buena cuenta de los aperitivos que hay expuestos en una serie de largas mesas y también saluda con inclinaciones de cabeza a diestro y siniestro. Condes, marqueses y príncipes de la Iglesia le saludan de vuelta, aunque por sus expresiones ligeramente tensas deben de estar todos preguntándose de qué le conocen.

Encuentra al cardenal Ludovico d'Este, su cuarto y último objetivo, junto a la orquesta, vestido de sultán persa y tan bebido que no logra mantener erguido el turbante que lleva en la cabeza.

Paddy toma una copa vino blanco, que bebe sin quitarle un ojo de encima al cardenal, que en este momento comienza a hablar con una dama de mediana edad y mirada pícara. Su amante, sin duda. Tampoco se le escapa que el cardenal lleva el ansiado anillo en el dedo corazón.

Cuando la copa está vacía, Paddy la deja sobre una mesa cercana. Ya ha hecho todo lo que tenía que hacer. Se marcha, aunque tiene la precaución de meterse un buen puñado de confites en los bolsillos, uno nunca sabe a cuántos días de distancia estará su próxima comida.

Sin no poca dificultad, vuelve a trepar por el muro que rodea la finca y salta al otro lado, donde la música apenas si es audible y no hay ni luces ni risas, como si hubiera caído de improviso en otro mundo. Comienza a caminar mientras cuenta mentalmente: uno, dos, tres, cuatro… No ha dado ni diez pasos cuando algo afilado, rapidísimo, pasa zumbando por su lado y va a clavarse en el suelo junto a su pie derecho.

La expresión de Paddy se mantiene impasible, pétrea incluso, cuando la figura enmascarada aparece frente a él como

salida de la nada.

—Dámelos —exige su atacante. A causa de la máscara que lleva, su voz suena áspera, de ultratumba.

Paddy levanta las manos en señal de rendición.

—Buenas noches a vos también.

El enmascarado deja escapar un bufido de frustración. Dando un paso hacia adelante, apunta esa dichosa ballesta con un proyectil ya cargado al pecho de Paddy. Él está razonablemente convencido de que no va a dispararle, pero eso no le evita sentir un pequeño escalofrío en el espinazo.

Poco a poco, con movimientos tranquilos, mansos, se lleva la mano al bolsillo de la casaca y de allí saca un puñado de brillantes confites.

—No hace falta apuntarme con ese trasto para pedirme que… ¡Eh! —protesta cuando la figura enmascarada le hace tirar los malogrados caramelos de un manotazo.

—¡Los anillos! ¡Dame los anillos!

—Tendríais que haber especificado. Vos estaríais más satisfecho y yo no habría perdido mis confites. En fin —añade con un suspiro teatral mientras se quita la cadena que lleva colgada del cuello—. Aquí tenéis. Vos ganáis. Aunque, si no fuera mucho pedir, tengo curiosidad por saber por qué os interesan tanto estas tristes baratij…

Sin dejar de amenazarle con la ballesta, la figura enmascarada le arranca la cadena de la mano y se la acerca a esas lentes grotescas que tiene en lugar de ojos. Un segundo después, deja escapar un rugido.

—¡Sólo hay uno!

—Bueno, uno no está nada mal, en mi opinión. Mi trabajo me ha costado conseguirlo…

—¿Dónde está el anillo del cardenal d'Este? —Cada una de sus palabras la remarca dándole un empujón, aunque Paddy

permanece impasible—. ¡¿Dónde?!

—Pero ¿habéis visto la cantidad de gente que hay ahí dentro? Testigos. Guardias. Tienen incluso una banda de saltimbanquis para amenizar la fiesta. No he podido acercarme a menos de dos pasos del cardenal. Podéis registrarme si así lo deseáis.

Para facilitarle la tarea al desconocido, Paddy extiende los brazos en cruz. La figura enmascarada vacila, pero enseguida se le acerca. Con una mano todavía dirige la ballesta contra su pecho y, con la otra, comienza a darle palmaditas en los brazos, el torso y las piernas.

—No os dejéis ningún rincón por comprobar. Según recuerdo, tras nuestra aventura en las termas, me habéis visto con menos ropa que muchos de mis amigos más íntimos, así que ya nos tenemos confianza.

Se está ganando realmente ese proyectil de ballesta, pero Paddy quiere a su adversario nervioso. No porque sea divertido tratar de adivinar signos de nerviosismo bajo esa máscara y esa capa, sino porque una persona en ese estado de ánimo tiende a cometer errores y a pasar cosas por alto.

Cosas como, por ejemplo, que Paddy Doyle oculta un pequeño cuchillo entre los pliegues de su ropa.

El enmascarado hace que se dé la vuelta. Le ordena con voz seca que coloque las manos a la espalda. Paddy, por supuesto, obedece sin rechistar. Ya sabía que, cuando el enmascarado apareciera —estaba *seguro* de que lo haría en cuanto creyera que ya había robado el anillo; es lo mismo que ha hecho todas las veces: esperar a que consiguiera uno de los anillos para tratar de arrebatárselo, pero esta vez va a ser distinto—, decidiría atarle y, de ese modo, no ser un obstáculo.

—¿Y vais a dejarme aquí, atado e indefenso? —se queja con ojos de mártir. Hace el gesto de forcejear un poco con sus

ligaduras, pero se rinde enseguida.

—Tarde o temprano os encontrarán los guardias haciendo la ronda alrededor de la finca.

Paddy deja escapar un suspiro resignado al tiempo que se sienta en el suelo con las piernas cruzadas.

—Me quedo mucho más tranquilo, gracias.

—No se merecen.

—¿Vais a intentar robar el anillo vos, entonces? —Aunque la figura no dice nada, Paddy está seguro, porque el enmascarado se gira hacia la misma sección de muro que él ha trepado y lo examina con atención. Por si necesitara algún incentivo más, Paddy añade—: Mucha suerte. La vais a necesitar.

El enmascarado, con mucha más elegancia que él, trepa por el muro y desaparece de su vista.

Paddy espera. Cuenta lentamente hasta cien para asegurarse de que su captor no regresa y, luego, forcejea con sus ligaduras hasta que consigue colocar las manos delante del cuerpo. Con un poco de maña y algo de contorsionismo, logra asir el pequeño cuchillo que lleva escondido entre las ropas y, segundos después, la cuerda cae a sus pies.

Se frota las muñecas para recuperar la fuerza en las manos, ya con una sonrisa en los labios.

Gira la cabeza hacia el bosquecillo de pinos no muy lejos de donde él ha dejado su caballo. Paddy se ha fijado bien al llegar, le ha dado la impresión de que, si el enmascarado quería vigilar la villa y sus alrededores, elegiría un lugar así. Ojalá no se equivoque, piensa mientras comienza a caminar hacia allí.

LVIII

En la villa campestre del cardenal d'Este, instantes más tarde

Allegra odia a Brandon Charlemont. Odia sus sonrisas de autosuficiencia y el modo en que nada parece sacarle de sus casillas. Odia haberle visto desnudo y sentirse incómoda por ello. Odia que él se haya dado cuenta. Odia que sea tan encantador y, sobre todo, Allegra Gentilleschi aborrece sentir una deuda inmensa con él porque apenas dos días antes, durante los altercados en Roma, la ayudó a regresar con su madre.

Y hablando de su madre, Allegra sabe que debe apresurarse. El cardenal d'Este no es ni mucho menos el único que posee una villa por la zona, por encontrarse lo bastante lejos de Roma como para tener un aire más puro, pero lo bastante cerca como para llegar allí en unas pocas horas de cabalgata. También la

familia Gentilleschi posee unas pocas tierras y un caserío rodeado de viñedos, la villa Artemisa, y es allí donde, al caer el sol, Allegra ha dejado a su madre. Su plan era interceptar a Charlemont, robarle todos los anillos a la vez y regresar antes del amanecer, pero el patán de Charlemont ha fallado en su cometido, de modo que tendrá que hacerlo ella.

Ligera como una pluma, Allegra salta al otro lado del muro que rodea la villa. No se queda durante mucho tiempo en el mismo lugar. Medio agazapada, se mueve pegada a la sombra que proyecta contra ese mismo muro y acaba deteniéndose en la parte trasera de la casa, oculta tras el pedestal de una gran estatua de algún héroe de la antigüedad.

Desde su escondite, Allegra observa. Puede identificar una docena de soldados armados con mosquete y pistolas. Como peones en un tablero, se mueven de forma previsible, haciendo rondas cortas alrededor de la finca. Los invitados se juntan en pequeños grupos de tres, cuatro o cinco, para separarse otra vez y formar nuevos grupos. Bailan, comen y beben cerca de una persona en torno a la cual pivotan todos los demás, invitados y también guardias, a la que no quitan los ojos de encima.

—Ahí estás —murmura.

Una cosa tiene que reconocerle al odioso de Charlemont: va a necesitar mucha suerte si quiere hacerse con el anillo.

Y tiempo.

Allegra observa el desarrollo de la fiesta. Se fija en los camareros que vienen y van, en cómo los movimientos del cardenal d'Este, cada vez que uno de ellos le rellena la copa, se vuelven más torpes.

No sólo eso; después de la quinta copa, que el hombre liquida de un trago largo, el cardenal comienza a balancearse incómodamente sobre sus pies. Cuando ya se ha bebido la séptima, lo ve mirar a su alrededor y dar unos pasos

tambaleantes.

Necesitaba tiempo, se repite Allegra. Cualquiera que haya bebido tanto, ciertamente, va a tener que aliviar la vejiga en uno u otro momento. Y su ballesta, añade sopesando el arma entre las manos. Eso también.

El cardenal se pone en movimiento y los guardias se percatan de ello. Es entonces cuando Allegra apunta con su ballesta y dispara.

El primer proyectil pasa cerca del guardia apostado junto a la gran verja de entrada, lo bastante cerca como para escucharlo, pero demasiado lejos como para verlo. El segundo, instantes después, pasa zumbando por detrás de dos soldados que montan guardia en la periferia de la fiesta. No es una amenaza, sólo un sonido extraño que despierta su curiosidad. Un tercer proyectil, un cuarto, Allegra dispara con pulso firme hasta que la mayoría de los guardias comienzan a mirar a su alrededor, buscando el origen de ese ruido extraño mientras el cardenal se mueve hacia uno de los laterales de la gran casa en busca de algo de intimidad.

Allegra sospecha que esta va a ser su única oportunidad, de modo que se pone en marcha. Se aleja del pedestal que la ha cobijado hasta este momento y camina, acuclillada y oculta, tras los frondosos parterres.

El cardenal está justo frente a ella, farfullando una ristra de palabras malsonantes mientras manosea la túnica colorida que lleva. Un segundo después, el hombre deja escapar un suspiro de alivio y un sonido cantarín, de riachuelo de montaña, le indica que el hombre por fin ha conseguido apañárselas para orinar contra la pared de su propia casa.

Debería hacerlo ahora, piensa Allegra. Un salto, un tirón y luego una huida rápida. El hombre está tan borracho que, con suerte, pensará que ella, con su máscara y su capa oscura, son resultado de su imaginación, o tal vez un invitado más, y les dará

tanto crédito como si dijera que se le ha aparecido el mismísimo demonio.

Se prepara para saltar. A la cuenta de tres, dice para sí. Uno. Dos. Antes del «tres», el sonido de pasos le hace esconder la cabeza tras su parapeto.

Un guardia se acerca. Quizás haya encontrado uno de los virotes de ballesta y se haya dado cuenta de que algo anda mal, o quizá sea simple precaución. El cardenal gruñe una palabrota, se coloca bien la ropa y se limpia las manos frotándolas contra el muro color terroso de la villa.

Allegra cierra los ojos. Piensa. *Piensa*, se ordena. No puede dejarse ver, no puede dar la voz de alarma. La Sociedad de la Garduña es un secreto, así ha sobrevivido al paso de los siglos, así la educaron a ella.

Frenética, rebusca entre los pliegues de la capa hasta dar con un puñado de objetos esféricos, del tamaño de huevos de gallina. Las últimas que le quedan. No sabe cómo los artesanos de la Garduña fabrican estas pequeñas bombas de humo, como tampoco sabe si su padre tenía más que las pocas que encontró escondidas en su casa.

No tiene tiempo ni manos suficientes como para prenderlas, pero…

A su derecha ve una de las largas mesas donde los aperitivos para los invitados, *petit-fours,* canapés y *bonbons,* están expuestos como joyas exquisitas entre grandes candelabros de plata. Hacia allí lanza Allegra las esferas que huelen a pólvora y especias, a la desesperada.

Una de las bolas explosivas golpea de refilón uno de los candelabros, que se tambalea y luego cae. Con suerte, y ya tenía razón el maldito Brandon Charlemont deseándosela, prenderán los primorosos manteles bordados de las mesas.

Y puede que alguna de las bombas también.

Allegra cierra los ojos y espera con el alma en vilo.

Entonces, oye la explosión.

Los invitados chillan, la música que tocaba la orquesta se trunca cuando el cantante, un *castratto* entrado en carnes, deja escapar una nota en falso. Los saltimbanquis que entretenían al público se detienen a media cabriola.

El guardia que estaba junto al cardenal corre hacia la nube de humo espeso que se ha comenzado a extender por el jardín y ella, entonces, se abalanza sobre el cardenal d'Este, que debe de estar más borracho de lo que ella creía, porque le dedica una mirada torpe, lenta.

Le coloca el antebrazo contra el cuello y empuja hasta que la espalda del arzobispo choca contra la pared llena de orines.

—Mostradme la mano, monseñor —susurra con esa voz grave que pone siempre que habla tras la máscara. Voz de pesadilla.

Ahora sí, el cardenal, mientras la observa como si fuera un demonio venido del mismísimo infierno, levanta su mano derecha. Está temblando.

El anillo se resiste a salir del dedo hinchado y cubierto de sudor del cardenal.

—¿Quién sois? —inquiere el hombre con voz pastosa. Detrás de ellos, más bombas de humo se han prendido por fin, lanzando nubes grisáceas que huelen a huevos podridos.

—Nadie, mi señor. Una sombra.

El cardenal d'Este grita. Allegra da un último y firme tirón y, por fin, el anillo está en la palma de su mano. Es una suerte. No le habría gustado tener que cortarle el dedo.

Luego, corre. Deja un tumulto tras de sí, carreras y exclamaciones de sorpresa, invitados que tratan de alejarse del humo entre revoloteos de ropas coloridas. Alguno de los guardias dispara en dirección a la nada. Allegra ya no está allí.

Salta de nuevo el muro exterior de la finca como si tuviera alas en los pies, encontrándose de repente en medio de una noche tranquila, con la única luz de la media luna.

Para su alivio, Brandon Charlemont sigue allí, con las manos firmemente atadas a la espalda y su sonrisa de niño travieso.

—¿Qué? ¿Cómo ha ido?

Ni se digna en contestarle. Pronto llegarán los guardias y, entonces, será problema de Brandon Charlemont, no suyo.

Allegra echa a correr, un anillo en una cadena alrededor de su cuello, el segundo en su puño firmemente cerrado, hacia el bosquecillo de pinos donde ha acampado. Allí le espera paciente su caballo, al que sube de un salto. De un fuerte tirón de riendas, Allegra hace que el animal arranque un galope que la llevará a casa con su botín.

Cree, incluso, que llegará antes del amanecer y que su madre no se enterará de nada.

Tan feliz pensamiento se trunca de golpe cuando tiene que agarrarse con fuerza a la silla de montar. Le ha dado la sensación de que resbalaba.

Allegra vuelve a espolear a su caballo, convencida de que no es nada, pero resbala otra vez. Todavía tarda un segundo en darse cuenta de que no es ella, sino toda la silla de montar, que se está deslizando hacia un lado. No sabe qué está ocurriendo.

Con un alarido de sorpresa, cae.

Desde detrás de su máscara, el impacto le resuena en la cabeza con un chasquido seco. Mareada, confusa, Allegra ve cómo su caballo se aleja al galope mientras que otro llega, a trote ligero.

—¿Tú? ¿Cómo?

Brandon Charlemont ya no tiene las manos atadas. «¿Cómo? ¿Cómo lo ha hecho?», piensa ella. Y el hombre

desmonta de su caballo con esa sonrisa de siempre, la que tanto le atrajo el día en que le conoció y que tanto aborrece ahora. Se agacha a su lado y, con aire de suficiencia, señala las correas de la silla de montar de Allegra. Cortadas.

—Muchas gracias por su colaboración, querido enmascarado —dice al mismo tiempo que le arranca del cuello la cadena con el anillo y toma el otro del suelo, allí donde ha caído de su mano abierta por el golpe—. Ha sido un placer.

Brandon Charlemont, tras un instante de pausa, como si dudara entre hacerlo o no, le da un golpecito con el dedo índice sobre el largo pico de la máscara. Cuando lo hace, la campanilla en su muñeca emite un tintineo que a ella le parece de burla.

—Eres un bastardo… —logra mascullar Allegra. El cuerpo le duele a oleadas sordas.

—Me lo dicen a menudo. *Au revoire, mon ami*.

Ella logra incorporarse, estirar una mano hacia él para tratar de retenerle, pero Brandon Charlemont ya ha montado en su caballo, el mismo con el que, una noche atrás, atravesaran Roma al galope, y se aleja de allí sin mirar atrás.

LIX

En Villa Artemisa, la residencia campestre de la familia Gentilleschi, tras la medianoche

Ha llegado antes de la medianoche a la villa de verano de la familia. Esa es la única cosa que ha salido como tenía previsto.

Con cuidado, Allegra aplica un paño mojado a ese rasguño de aspecto desagradable que se ha hecho en un brazo. El corpiño y una de las mangas de su traje se ha rasgado, una de las lentes de la máscara se ha agrietado al caer del caballo, y se promete a sí misma que Brandon Charlemont se las va a pagar.

Vuelve a mojar el paño en el aguamanil que hay en su alcoba, tiñendo el agua de rosado.

Ha escapado de milagro, todavía no sabe cómo. Mientras veía a Charlemont alejarse, tan ufano por haberla hecho caer en su trampa, los ruidos provenientes de la villa se han hecho más

frenéticos y cercanos. Pronto, los terrenos alrededor se han convertido en un avispero de guardias, de criados azuzando sabuesos de caza. Durante unos instantes interminables, Allegra se ha sentido como lo que el mundo quiere convencerle de lo que es: una muchacha de dieciocho años que sólo ha conocido un mundo de privilegios, que debe ser resguardada de todo lo demás.

Le ha costado convencerse de que no era así. Que es fuerte, que es la hija de Pantaleone Gentilleschi, quien fuera el Primer Hermano de la Sociedad de la Garduña, que la entrenó para un destino mayor que ella misma. Entonces, ha plantado ambas manos contra el suelo terroso y se ha incorporado al tiempo que los aullidos de los perros se acercaban cada vez más.

Pero no ha seguido el rastro de Charlemont, como debería de haber hecho. Ahora se arrepiente, pero no pensaba con claridad cuando ha espoleado el caballo dejando atrás los gritos y ha puesto rumbo a la casa rodeada de viñedos. Necesitaba descansar, limpiarse las heridas, y necesitaba…

Allegra levanta la cabeza de repente. Le ha parecido oír un ruido entre tanto silencio y el corazón le ha dado un vuelco.

Con cuidado, esconde el paño manchado de sangre bajo la cama. Sale de la habitación, todavía a oscuras, y cruza un corto pasillo para deslizarse en la habitación que se encuentra al fondo.

Ve con alivio que su madre sigue dormida. Se recuerda que debe marcharse, pero, aun así, se acerca un paso hacia la figura cubierta por la colcha de rosas bordadas. El miedo que sintió días atrás, cuando pensó que podría perder también a su madre, le asalta de nuevo convertido en una piedra en la garganta.

Puede que su madre y ella siempre tengan alguna u otra desavenencia, que sienta una permanente culpa cuando está con ella, por no ser lo que su madre esperaba, pero pese a todo la quiere.

Al tiempo que Allegra da un paso atrás, su madre se remueve.

—¿Allegra? Hija, ¿qué haces despierta a estas horas? —farfulla sorprendida. Allegra no se acurrucaba en la cama con su madre, buscando su calor y cariño, desde que era una niña. No sabe por qué dejó de hacerlo, como tampoco sabe por qué lo hace ahora, consiguiendo que su madre pierda el hilo de lo que estaba diciendo. Su madre, aún con las cejas alzadas en un gesto de sorpresa, se hace a un lado para hacerle espacio y le pasa una mano por el pelo alborotado—. ¿Te ocurre algo, hija?

—No, madre.

No espera que ella la crea. No le importa. Allegra sólo quiere un segundo de paz, un momento, aunque sea breve, para recuperar fuerzas.

—¿Es por ese caballero? ¿Charlemont? —«Charlemont». Bien. En eso no va desencaminada su madre. Allegra ahoga un resoplido contra la colcha mullida de la cama tras el cual su madre añade—: Ah, ya lo sé… Yo también creo que habríamos tenido que insistirle con más ahínco en que viniera con nosotras. Es apuesto, ¿verdad? Y está bien conectado. Pero todo pasará, hija mía, todo pasará y volverás a verle. No estés triste.

—No estoy triste, madre. Es sólo que… —Es sólo que tiene que marcharse, perseguir a Charlemont y esa promesa que le hizo a su padre, y no quiere hacerlo porque está agotada. Y asustada también. Habría podido perder a su madre, piensa, y la habría perdido por culpa de una mentira—. Madre… —susurra con una voz tan pequeña como se siente en este momento—. Madre, antes de que padre muriera…

—¿Por qué un pensamiento así de triste tan tarde por la noche, hija?

Querría contárselo todo. Sería tener un peso menos sobre los hombros

—Por… —Cierra los ojos. No se cree capaz. No va a poder. Su madre dejó bien claro que, al morir su padre, la Garduña debía ser culpable de lo ocurrido. La Sociedad, sus enseñanzas, incluso su propia existencia quedaron desterradas de la casa Gentilleschi para siempre y Allegra teme que su madre vaya a apartarla a ella también—. Porque le echo de menos, madre.

—Todos le echamos de menos. Pero ahora está con tus hermanos. Esperándonos.

Un beso, un beso de madre, suave como el plumón, le hace cosquillas en la frente. Allegra todavía se da unos instantes para disfrutar de esa sensación cálida que se le extiende por todo el pecho, pero se da cuenta de que es la señal que necesita para marcharse.

Se aparta a regañadientes hasta quedar de pie junto a la cama de su madre.

—¿Ya te marchas?

—Sí, madre.

Si cabalga sin parar, antes de que acabe la noche estará en Roma de nuevo.

—Por la mañana le diré a Antoinette que nos prepare un poco de desayuno, ¿qué te parece? Chocolate caliente, buñuelos con azúcar y canela.

Lo que le parece es que Antoinette trabajará en vano, pero Allegra asiente de todos modos.

—Por supuesto, madre.

Antes de que su madre pueda responderle, ya está fuera. Será más fácil pensar en excusas después. Su madre está segura en la casa de campo. Es más fácil de ese modo.

Recoge su maltrecha máscara y baja a toda velocidad las escaleras que conducen al piso principal de la casa. Es mejor así, se repite. Sin despedidas.

LX

En una celda en las cloacas de Roma, esa misma noche

Ya es de noche. *Ambrose*, acurrucado en su regazo, ronca y Domenico hace lo mismo en el rincón opuesto de la celda. Cree que han pasado como un par de ellas desde que están ahí encerrados. Al menos, les han dado de comer, que ya es algo.

Eso sí, se han aburrido como ostras porque, por mucho que le ha insistido, al final Domenico no le ha dado detalles de por qué cree que les han encerrado, salvo que su patrón es una especie de caradura profesional que lleva semanas metiéndole en líos.

No puede juzgarle. Ella tampoco le ha contado mucho, porque cree que los secretos de la Garduña no son cosa suya y porque para explicar cómo y por qué están aquí tiene que

hablarle de Paddy e Ida se da cuenta, no sabe por qué, de que preferiría no discutir el tema de Paddy, que al fin y al cabo es su prometido, con Domenico.

No tiene nada que ver con que Domenico le parezca guapo, sobre todo cuando sonríe. Aunque podría estar menos flaco y dejar de estar tan nervioso todo el rato.

De hecho, Ida está tan aburrida, tan desesperada que, aunque normalmente sería para ella una muy mala noticia oír pasos junto a la celda, en esta ocasión se va a alegrar.

—Shhh… —susurra—. Domenico, levanta…

Tiene ojos de bueno, Domenico recién despertado. El muchacho abre la boca para preguntar qué está ocurriendo, pero la cierra al tiempo que una silueta oscura entra en la celda.

Es el mismo que se acercó a la compañía del Turco en la plaza cuando hace dos días les capturaron. Debe de ser un tipo importante a juzgar por la máscara que lleva, que es como una intrincada joya, y por la ropa y las manos, con las uñas perfectamente recortadas y pulidas, ligeramente en punta, que tienen pinta de no haber trabajado un día en su vida. Ida suele desconfiar de ese tipo de manos y, en consecuencia, de la gente a la que pertenecen. *Ambrose* se despierta en ese instante y trata de hacerse un ovillo contra ella, lo cual no deja de ser también una señal. Él tampoco se fía.

—Por fin nos conocemos —dice el enmascarado. Y se lo dice a ella.

Por lo menos ya han descubierto quién de los dos es el culpable del lío en el que se han metido. Pero a Ida eso no le consuela demasiado.

Ella retrocede hasta chocar contra la pared.

—No tengas miedo, muchacha. No voy a hacerte daño. ¿Sabes quién soy?

—No tengo el placer, pero imagino que sois el que manda y

el que nos ha metido aquí dentro.

—Soy el Hermano Menor. Quien es ahora el líder de la Sociedad de la Garduña. Repito: no voy a haceros daño ni a ti ni a tu amigo. Os hemos estado observando. Te hemos estado observando, a ti y a esa bestia que traes contigo. ¿Me permitiríais verla?

Ambrose intenta ocultarse debajo de ella. Está temblando.

—No lo veo yo muy dispuesto. No os ofendáis, pero debe de ser por el tema del calabozo. El pobre no entiende nada y no tiene mucha apreciación por las jaulas.

—Mis hombres no han logrado alejarlo de ti cuando os traían hacia aquí. Es un animalito de lo más fiero. Y fiel. O más bien tozudo. —El Hermano Menor se acerca un poco más—. ¿Cómo has conseguido que confíe en ti?

—Lo saqué de una jaula y le di de comer. Y le gusta que le rasquen detrás de las orejas.

Ida juraría que el Hermano Menor ha levantado las cejas en un gesto de sorpresa, incluso con la máscara puesta.

—Bien, pues. Voy a hacerte una oferta, jovencita. Puedo sacarte de esta jaula, igual que te he metido en ella. A cambio sólo necesito tu voz. Vuestra voz. —Y señala a *Ambrose*, o al bulto que es *Ambrose* dentro del zurrón donde siempre lo lleva Ida y donde acaba de meterse—. Hay poder en ella. Lo he visto con mis propios ojos. Puedo hacerte rica, Ida O'Leary. —El Hermano Menor remarca su nombre, quizá para hacerle saber que la ha estado observando y sabe quién es—. Puedo darte fama si eso es lo que quieres. Puedo darte poder y riquezas.

Lo cierto es que suena de maravilla, pero suele haber un problema con las promesas: que Ida ya aprendió la lección hace mucho tiempo, allá en Gleann Arma, cuando tuvo que marcharse sola a América, y es que no se las cree.

El enmascarado se acerca un poco más. Ida le lanza una

mirada frenética a Domenico, que está mudo en un rincón. Eso le gusta también de él, porque es un chico sensato. Ida necesita más gente sensata a su alrededor.

—No vas a conseguir una oferta mejor, muchacha.

Se acerca más, estira una mano como si quisiera quitarle a *Ambrose*.

—No le gusta mucho que hagáis eso, señor. Quien avisa no es traidor. Y *Ambrose* tiene bastante mal carácter. —Un chirrido en el interior de la bolsa le llama la atención—. Es verdad, *Ambrose*. No me digas que no.

El hombre no debe de estar acostumbrado a que le digan que no, porque se acerca. La gente importante no suele estarlo. Igual que un gato ronronea cuando está a gusto, *Ambrose* lo hace cuando están a punto de ocurrir cosas malas.

El enmascarado le arranca la bolsa a Ida.

Pero el jackalope es más rápido que él. Ida advierte un rugido de depredador y ve una mancha de color grisáceo moverse a toda velocidad en la periferia de su visión. El animal salta y, con más precisión de la que tendría Ida jamás, le golpea con sus astas en medio del pecho.

Un golpe demoledor.

Mientras *Ambrose* aterriza en el suelo y procede a sentarse sobre sus cuartos traseros, como si la cosa no fuera con él, el enmascarado suelta a Ida y luego se lleva ambas manos al pecho. Entonces se desploma.

—Bueno —dice Ida—. Ahora, ¿qué?

Ambrose se relame una pata en un gesto que a ella le parece de falsa modestia.

—Vámonos. Vámonos. Corre —susurra Domenico mientras le da la mano otra vez, como cuando huían por las calles de Roma.

Salen a una sala con humedad en las paredes, hechas de

bloques de piedra vieja donde hay dos puertas más. Domenico corre hacia ellas, tiene unas llaves en las manos.

—¿De dónde las has sacado?

—Las tenía el enmascarado. —Domenico cierra la puerta donde estaban ellos, dejando dentro al Hermano Menor.

—¿Se las has robado? —pregunta Ida. Siempre acaban gustándole los mangantes, no sabe cómo lo hace.

Cuando Domenico abre el resto de puertas buscando una salida, resulta que lo que abre son otros calabozos como el suyo, de donde acaban saliendo James, Revna, Tashiin y Enea.

Sucede un instante de perplejidad, silencio y admiración.

Pero no tienen tiempo para nada más, todos tienen claro que lo que hay que hacer es escapar.

LXI

A las puertas de Roma, esa misma noche

Roma, al caer la noche, parece una intrincada constelación caída en la Tierra. Algunas partes de la urbe que los romanos creían eterna, encendidas de vida y otras, completamente a oscuras allá donde las ruinas y las casas abandonadas son todavía dueñas y señoras. Así es su ciudad, que fue magnífica, pero que se está apagando poco a poco.

A medida que se acerca, primero al trote, luego a un galope ansioso, la ciudad se va haciendo más presente. Le llega a los oídos el rumor de bestias y de animales por igual y el olor, que sólo advierte cuando regresa después de una ausencia prolongada. Los alrededores de la ciudad están sembrados de conventos, pequeñas granjas y antiguos monumentos funerarios hechos en piedra tan blanqueada como los huesos que reposan

dentro de las tumbas.

Y cuando la impaciencia la abruma y su caballo protesta al ser espoleado por enésima vez, por fin aparecen las puertas de la muralla ante sus ojos.

El caballo de Allegra vuelve a relinchar, se encabrita incluso, dando unas pocas coces al aire, cuando ella tira con fuerza de las riendas.

A los pies de las murallas, hay una ciudad fuera de la ciudad, docenas de pequeños fuegos, campamentos improvisados, carruajes, familias enteras que giran la cabeza hacia ella en cuanto baja apresuradamente del caballo.

—¿Habéis visto llegar a un jinete con una casaca dorada? —pregunta desesperada. Alguien tiene que haber visto a Charlemont, su ropa no era precisamente discreta—. ¿Lo habéis visto? —le insiste a la persona que tiene más cerca, un odiniano con aspecto de comerciante, vestido con una túnica color esmeralda y con el cabello y la barba llenos de abalorios.

El hombre intercambia un par de palabras como rugidos de fiera con los otros cuatro odinianos con los que comparte un fuego y, luego, le dice unas pocas más a ella, que es incapaz de entender. Lo que entiende, eso sí, es el gesto con la que la invita a girarse.

—¡Usted! —se dirige entonces a un campesino que descansa junto a un carro destartalado. Le habría pasado por alto de no habérselo señalado el odiniano. Es sólo una más de las caras que ha visto hasta ahora, con el semblante abatido como muchas otras, pero enganchado a su carro hay un mulo viejo y, justo a su lado, el caballo que usó Charlemont para escapar con ella de la casa Barberini y que ahora está aquí—. ¿De dónde ha sacado este caballo? —La pregunta ha sido errónea. Se da cuenta nada más ver cómo en el rostro del campesino nacen nuevas emociones. Miedo, ira. Sus palabras han parecido no una

pregunta, sino una acusación—. Os lo podéis quedar. Por el infierno bajo nuestros pies, podéis quedároslo —masculla mientras desmonta de un salto, su máscara ya preparada en la mano—. Pero quiero saber adónde ha ido el hombre que os lo ha dado. Eso es todo.

El hombre, en una demostración de desprecio absoluto, escupe en el suelo.

Con un gesto rápido, tan instintivo como ponerse una segunda piel, Allegra se cubre el rostro. Como siempre, parece que el mundo exterior quede en un segundo plano. Los sonidos se atenúan, pero se hacen de algún modo más vívidos también y su vista se acostumbra rápido a las lentes.

El hombre intenta apartarse, pero Allegra ya le sujeta por el cuello del abrigo. Lo acerca hacia ella hasta que el pico de la máscara toca la nariz, bulbosa y llena de venas violáceas, del campesino.

—No os quiero ningún mal, señor. Creedme que no. ¿Adónde ha ido? —Incluso amparada por la oscuridad, la escena no ha pasado desapercibida para muchos de los que les rodean. Hay cuchicheos rápidos, cabezas vueltas hacia ellos. Allegra se marea sólo con pensar en cuántas personas la estarán observando, pero se mantiene firme—. Sólo una palabra, caballero, y seréis libre.

Aunque no es una palabra lo que recibe, sino un gesto de mentón, como un espasmo. Señala hacia la espalda de Allegra e, inmediatamente, comienza a musitar una letanía de tonos cantarines, una plegaria.

Sin soltarlo, ella gira la cabeza. Entre granjas y campos se adivina la silueta de un campanario de ladrillo.

Encuentra la puerta de la iglesia abierta, ya sea por descuido de un párroco despistado o porque alguien haya forzado la cerradura, alguien que llevaba demasiada prisa como para borrar

su rastro.

Allegra entra. No hay silencio que pueda compararse al que habita dentro de una iglesia. Silencio de respiración contenida y polvo de siglos, que rompen sus pasos mientras camina por la nave central del edificio. A ambos lados, columnas de formas y materiales diversos sostienen un techo de madera pintada y, al fondo, el altar.

Allí, una veintena de velas irradian un círculo de claridad a su alrededor. Allegra toma una de ellas, no sin antes advertir que una mancha de cera todavía caliente en el suelo de piedra indica que alguien ha hecho lo mismo antes que ella.

Y el rastro de cera, se da cuenta, mientras una sensación efervescente le recorre el espinazo, continúa por los escalones hasta una capilla lateral, y en esa capilla lateral, otra puerta —esta vez una verja de hierro medio oxidada— se encuentra abierta también.

Roma no es una ciudad. Son muchas, cada una encima de la otra. Las ruinas de los grandes edificios, el circo, las termas, los teatros y palacios afloran aquí y allá, pero los verdaderos huesos de esta Roma antigua están debajo. Túneles, cloacas, palacios enterrados, pasadizos y cisternas y catacumbas.

No hace mucho, Brandon Charlemont ha bajado los mismos escalones que conducen a uno de esos viejos cementerios que son parte de las entrañas de la ciudad. Cementerios gigantescos, verdaderos laberintos que se extienden hasta quién sabe dónde. Allegra, antes de bajar el primer peldaño, respira hondo.

LXII

Por un pasadizo al que se entra desde una iglesia a las puertas de Roma, al mismo tiempo

Por supuesto que oye todo tipo de ruidos extraños. ¡Más faltaría! Lo extraño, razona Paddy, sería que aquí abajo *no* hubiera ningún ruido inesperado. Entonces *sí* debería preocuparse, repite en su fuero interno.

De todos modos, ahora ya no puede dar media vuelta. Domenico está encerrado allí donde estos túneles desembocan en el río, o eso le ha dicho ese mocoso descarado que vino a verle, y bien tendrá que rescatarlo, pobre muchacho.

No sabe cómo va a hacerlo, pero, bueno, la noche anterior logró quitarse de encima al enmascarado y se hizo con el anillo

que faltaba. Tampoco será tan difícil, cree él. Optimista e irlandés tenía que ser.

Se detiene de golpe, la mano izquierda apoyada contra una pared de piedra áspera y la otra sosteniendo un cirio, del cual quedan apenas unas pocas pulgadas. Ladea la cabeza tratando de captar el sonido que le ha llamado la atención, de algo arrastrándose, un sonido seco, sibilante.

Al tiempo que otro chirrido apagado llega a sus oídos, Paddy levanta el mísero cabo de vela sin percatarse de que está dejando un rastro de cera derretida en el suelo, y reza por que no se le apague ahora. Sigue avanzando. Cree que va por buen camino, por aquí pasaron él y Domenico cuando huían de los de la facción *veneta*, y a esa creencia va a aferrarse, por lo menos hasta que un nuevo murmullo le hace detenerse.

—Seguro que sólo se trata de una rata, una inofensiva rata —razona en voz alta.

Como si de un extraño diálogo se tratara, ahora sí, sin atisbo de duda, oye un gruñido sordo que resuena rítmicamente contra las paredes de roca.

Decide trotar más rápido. Y un poco más todavía, lo máximo que puede sin que se le apague esa vela agónica que le protege de la total oscuridad.

—Una rata —se repite sin creerse ya ni una palabra de lo que dice—. Esto debe de estar lleno de ratas enormes.

El cuerpo le pide jadear por el esfuerzo, pero él, obstinado, mantiene controlada la respiración. Echa la cabeza hacia atrás. No ve nada. Tampoco ve mucho más frente a él, ya que la luz de la vela es demasiado tenue, aunque suficiente como para advertir una abertura a su derecha.

A quién pretende engañar. Eso que escucha, más cerca todavía, no sabe qué es, pero desde luego no se trata de una rata.

Trastabillando, Paddy se escabulle por esa abertura al final

de la galería que se abre a un espacio mucho más amplio. A punto está de caer, de quedarse a oscuras. Gotas de cera caliente se le derraman sobre las manos mientras intenta mantener viva la llama de la vela.

Pero va por buen camino. Ahí, en ese pensamiento, hay una brizna de esperanza. Recuerda el túnel circular con las paredes hechas de grandes sillares de caliza. Cloaca máxima, la llamó Domenico. Le resulta familiar también el olor a podredumbre y lluvia estancada, a cosas muertas que quedan olvidadas para siempre.

No ve venir el ataque. Sólo lo oye: pasos rápidos, un chapoteo cuando su atacante pisa un charco detrás de él. Aun así, logra esquivar el primer golpe, que iba dirigido a sus riñones.

El segundo, cuando Paddy se gira con la vela todavía en la mano, el bastón de puño de plata en la otra, lo recibe directo al estómago. Una oleada de náuseas le sube por la garganta.

—¡Oh! ¡Sois vos! —exclama al descubrir que quien le ha atacado no es otro que el enmascarado. En algún momento tendrán que tomarse juntos una jarra de vino en una taberna porque, con tantas veces que se han visto, desde luego que tiene curiosidad por saber qué narices quiere de él y por qué insiste tanto—. Verdaderamente tenéis el don de la oportunidad —añade porque, a pesar de todo, *esa otra cosa* que ha escuchado arrastrarse por las cloacas sigue por alguna parte.

El enmascarado hace otro amago de lanzarse hacia él, que Paddy evita por los pelos, manteniendo la vela en alto. No quiere quedarse a oscuras en este lugar, ahora menos que nunca. A su espalda, desde el fondo del túnel, le parece oír otro susurro cavernoso.

Tiene que reírse. No lo hace por alegría ni porque haya ocurrido algo divertido. Es una carcajada de puro terror.

—No soy vuestro amigo, señor Charlemont —ruge el

enmascarado. La llamita de la vela se refleja en las dos lentes que tiene en lugar de ojos, dándole un aspecto todavía más fiero—. Me habéis engañado una vez, pero no habrá más…

—Sí, entiendo que podáis haberos ofendido, pero voy a haceros una propuesta…

El enmascarado trata de agarrarlo por la solapa de la casaca y Paddy le da un manotazo mientras retrocede.

—Sabéis lo que quiero. Dádmelo y me marcharé —jadea el otro con voz extrañamente aguda—. No os lo merecéis. No sois digno de encontrar el Último Prodigio.

—Mirad, si con que liberéis a mi pobre Domenico yo me doy por satisfecho…

—Los anillos, señor Charlemont.

—Primero, Domenico. Sé de buena tinta que unos enmascarados se lo han llevado y no conozco a más…

—¡Yo no tengo a vuestro sirviente, Charlemont!

Con un nuevo rugido, el enmascarado trata de sujetarlo con la otra mano. Esta vez lo consigue, pero a Paddy comienza a importarle bien poco porque, cuando vuelve a echar una mirada hacia atrás, le parece ver algo moviéndose en la oscuridad.

El aire en la cloaca cambia ligeramente. Se llena de un toque dulzón, desagradable, como huelen los años y el olvido.

—¡Detrás de nosotros! ¡Viene hacia aquí!

—No caeré en otra de vuestras tretas, Charlemont.

Desde luego, Paddy no confiaría en alguien como él, ni siquiera cuando sus palabras y sus ojos están teñidos de genuino pavor. Forcejea para liberarse del enmascarado, pero este le sujeta como si tuviera una garra de hierro. En el proceso, Paddy vuelve a quemarse con la cera caliente de la vela y el dolor es como una revelación.

Con un gesto rápido, lanza un reguero de cera derretida sobre las lentes de la máscara. Luego, se impulsa hacia atrás con

todas sus fuerzas.

Quizá por la sorpresa de verse repentinamente cegado, quizá por la fuerza de la desesperación de Paddy, su captor le suelta por fin.

Esa cosa detrás de él, esa cosa que viene arrastrándose por la alcantarilla y que huele a muerte y a maldad, esa cosa sisea.

Paddy por fin lo ve, aunque habría preferido no hacerlo. Se da la vuelta, retrocede. A la luz de la vela, ya en sus últimos momentos de vida, sólo un pegote de cera blanda entre sus dedos, ve una cara hinchada y unos ojos que no miran a ninguna parte.

Podría ser el verdadero Brandon Charlemont. O algo que se le parece mucho, pero no puede ser porque Brandon Charlemont está muerto. Lo vio con sus propios ojos, con una estaca clavada en el corazón, en medio de una callejuela de Roma.

La sangre se le hiela, los huesos parece que se le hayan vuelto de piedra. Su único impulso es huir. Nada más. Y podría hacerlo porque el monstruo —aunque parece una persona, tiene aspecto de persona, pero hay algo eminentemente *erróneo* en ese rostro abotargado— ha girado la cabeza hacia el enmascarado, que sigue en pie, tratando de limpiarse en vano la cera de sus ojos de cristal.

Dos pájaros de un tiro mataría si se marchara, pero igual que Paddy no es un ladrón —timador, de poco fiar, un poco caradura, desde luego que sí— tampoco es un asesino, de modo que cuando ese ser monstruoso se abalanza contra el enmascarado, él chilla:

—¡Cuidado!

Y no sólo eso, no. Porque chillar «cuidado» y luego escapar sería lo mismo que no hacer nada, así que Paddy, aun cuando su cuerpo se resiste vehementemente a hacer tamaña tontería, corre

hacia el monstruo y trata de apartarlo de su enmascarado adversario.

Es como golpear un tonel lleno de agua.

—*Santa madonna* —se le escapa a Paddy, puesto que no está Domenico para decirlo. Empuja al monstruo de nuevo, que sisea en su dirección mostrándole una boca del color de la sangre.

Era lo que quería, ¿verdad?, se pregunta Paddy, y las piernas le tiemblan desenfrenadamente. Quería llamar la atención de ese ser inmundo. Bien. Lo ha conseguido. Y ahora las manos del monstruo se dirigen hacia su cuello.

Pero, un instante después, algo lo golpea con fuerza en la cabeza. Algo de aspecto pesado que resulta ser una máscara picuda. El monstruo trastabilla hacia atrás. De una de sus mejillas horriblemente hinchadas comienza a derramarse a borbotones una sangre de color escarlata, aunque Paddy no lo ve.

Demasiado ocupado está observando, con la boca abierta y los ojos desorbitados, el verdadero rostro del dichoso enmascarado que tantos dolores de cabeza le ha causado en los últimos días.

—Es una broma, ¿verdad?

—¡Apártate, idiota! —masculla Allegra, porque se trata de Allegra, la misma Allegra Gentilleschi que últimamente también le ha causado considerables dolores de cabeza, si bien por otra razón.

Paddy permanece inmóvil cuando ella salta hacia delante y golpea al monstruo dos veces más, golpes certeros, en la cabeza, en las piernas horriblemente combadas.

—Pero… —logra balbucear.

—¡No me vendría mal un poco de ayuda, señor Charlemont!

Allegra esquiva un embate de su adversario y, sin perder pie, vuelve a golpear a esa horrible criatura en la cabeza, con su máscara firmemente agarrada por el pico. El monstruo retrocede, lanzando dentelladas. Y Allegra —la misma Allegra, se repite Paddy, es ella, está convencido, aunque no sabe explicar por qué es ella ni por qué está aquí— le arrea un puñetazo directo al mentón que lanza salpicaduras de sangre.

El monstruo da media vuelta con esos mismos movimientos con los que les ha atacado, rápidos pero desmadejados, como si sus articulaciones no funcionaran correctamente, y escapa cloaca abajo.

Por fin, Paddy les da permiso a sus piernas para que se rindan y estas, obedientes, lo dejan caer al suelo. Ni siquiera le importa que el agua que cubre el suelo comience a mojarle las calzas. Peores problemas tiene, a decir verdad.

—¿Qué, por todos los pelos de la barba de san Pedro, era esa cosa? —pregunta, por si Allegra supiera responderle.

—¿Adónde va? ¿Adónde se ha ido? —Es la única respuesta de ella, que al mismo tiempo que escudriña la oscuridad saca una vela de entre los pliegues de su ropa, una idéntica a la que tiene Paddy, y la enciende, aunque la mayor parte de la cloaca sigue en penumbra.

—¿Qué más da? Mientras se vaya en dirección contraria a donde estamos nosotros…

Allegra le observa, una mirada de amenaza velada, aunque acto seguido da un paso hacia donde se ha marchado el monstruo.

—No me he olvidado de que tenemos un asunto pendiente.

—No, desde luego, podéis estar tranquila, lo tengo presente. Aunque, si me lo permitís, ¿Allegra?, una pregunta, porque intento entender qué estáis haciendo aquí, vestida de esta guisa. ¿Qué es esta máscara? ¿Qué sabéis vos del Último Mil…?

Signorina? ¿Allegra? Pero ¿adónde vais?

No sabe ni por qué malgasta el aliento si ella no va a contestarle. Paddy se incorpora, aunque no tiene ninguna intención, en absoluto, ni por todo el oro del mundo, de seguirla.

—Vos sabéis qué es, ¿no es así? ¡Allegra! —afirma más que pregunta, porque Allegra no parece asustada. No del mismo modo que lo está él, por lo menos—. ¡Allegra! *Signorin…!*

La vela en las manos de Paddy, que tan heroicamente ha sobrevivido hasta este momento, se consume.

Eso, por supuesto, deja al joven frente a una situación de lo más peliaguda: puede quedarse donde está y rezar por encontrar una salida a oscuras o bien puede seguir a Allegra y encontrar algo mucho peor.

Es una decisión difícil, aunque él la toma muy rápido. Echa a correr detrás de la joven, convertida en una lucecita cada vez más lejana.

—¿Qué se supone que estáis haciendo, Charlemont?

—No voy a permitir que una señorita se lance sola hacia el peligro…

—¡No me vengáis ahora con estas otra vez, Charlemont!

La fiereza en los ojos de ella consigue que Paddy lo admita:

—¡Es que no quiero quedarme solo aquí!

Ella le responde con un resoplido que Paddy quiere entender como que le permite acompañarla. No sabe si también le da permiso para interrogarla, pero él va a hacerlo de todos modos. Tiene demasiadas dudas en la cabeza.

—¿Estáis segura de que no podéis ni tomaros un minuto para explicarme qué está ocurriendo aquí? ¿Por qué lleváis este extraño disfraz? ¿Por qué…?

Allegra se detiene con tanta brusquedad que él choca contra su espalda. Mientras murmura una disculpa, levanta la vista. Hay luz.

Delante de ellos, la cloaca se ensancha todavía más, convertida en una gigantesca boca que se abre directamente a las aguas del río Tíber.

Aquí es donde el niño, Gianfranco, le dijo que estaba cautivo Domenico, pero encuentran otra cosa.

Una docena de candelabros de pie proyectan hilos de luz y ejércitos de sombra en las paredes de piedra. Hay decenas de cuerpos tendidos en el suelo, en filas ordenadas. Hombres, mujeres, ancianos. Paddy ve a un niño que no tendrá más de diez años. Todos tienen las mejillas llenas, sonrojadas, los ojos abiertos y una piedra entre las fauces.

Allegra le tapa la boca justo a tiempo de evitar que se le escape un grito.

Pero Paddy escucha algo que es todavía más aterrador:

—PADRAIC DOYLE, ¡¿NO TE DA VERGÜENZA?!

LXIII

En la cloaca máxima, al instante siguiente

Una vez, de niños, Paddy le trajo una cesta enorme de manzanas diciendo que eran un regalo, pero en realidad eran del huerto de su vecino Brennan Corr y a Ida le cayó una bronca de espanto. Luego, ella quiso hacer lo mismo con Paddy, reñirlo hasta quedarse sin aliento, pero él puso ojos de cachorrillo abandonado y, la verdad, como Ida siempre ha sido tirando a blanda de corazón, no pudo enfadarse con él.

Pero, uy, ahora mismo sí que está enfadada.

Han salido de esos calabozos inmundos, y gracias a Dios que tienen a Domenico, que le ha cogido de la mano y les ha guiado por esas galerías que parecían no acabarse nunca.

Entonces, han oído ruidos. Y gritos. Ida normalmente no es nada partidaria de ir hacia los gritos, pero es que también veían

un poco de luz, así que para allá que han ido. ¿Y a quién se encuentran?

A Paddy Doyle vestido como un mono de feria. A Paddy Doyle en carne y hueso, tan guapo como lo recordaba y más, con esa cara de no haber roto un plato, pero de ser capaz de sisarte la vajilla entera y, encima, hacer que le invites a comer.

También hay una especie de sala y por lo menos un centenar de *nachzehrer* tendidos en el suelo, pero la verdad es que ahora mismo no podrían importarle menos. Ya se asustará después.

—PADRAIC DOYLE, ¿NO TE DA VERGÜENZA QUE HAYA TENIDO QUE CRUZARME MEDIO MUNDO BUSCÁNDOTE Y VOY Y TE ENCUENTRO AQUÍ, EN ESTE AGUJERO?

—¿Ida? —pregunta él, atolondrado.

—¿Paddy? —pregunta Domenico—. ¿Os conocéis?

—¡Sí! —Pues resulta que él es el jefe caradura de Domenico del que le ha hablado. Si es que tiene sentido y todo—. ¡Es Paddy! ¡*Mi* Paddy!

—¿Quién es Paddy? —pregunta una chica. Porque, oh, también hay una chica, debe de tener su misma edad y va vestida con ropajes negros que a Ida le son bastante familiares. Entonces parece entenderlo todo y se gira hacia él—. ¿Te llamas Paddy? ¿Qué clase de nombre es Paddy?

—¿Por qué todo el mundo me pregunta lo mismo? Al fin y al cabo, ¿qué clase de nombre es Allegra?

—Uno ni la mitad de estúpido que Paddy —le responde ella, seca, mientras se vuelve hacia Ida y los demás. Y entonces le cambia la expresión—. ¿James? ¿Qué haces aquí?

—¿Qué haces *tú* aquí?

Y, por encima de todas las demás, la voz alegre de Paddy:

—¡Domenico! ¡Justo ahora estaba yendo a rescatarte,

amigo mío!

Estas cosas ocurren en las comedias que representa la compañía, no en la realidad. Ida comienza a marearse, y no por el olor nauseabundo del lugar. Se gira hacia James y los demás, por si estuviera imaginándoselo todo. Tashiin y Enea les observan con expresión entre incrédula y divertida, mientras que Revna sólo tiene una sonrisa enigmática en los labios. James está pálido como una luna llena.

Mientras tanto, siguen rodeados de monstruos. Los cuerpos están tendidos, con las manos rígidas a los lados, todos con esas mejillas redondeadas y llenas, los labios sonrosados. Todos con una pesada piedra encajada en la boca, aunque ese hecho no llega a tranquilizarla del todo, porque entre los cuerpos hay algunos huecos, y en la cabeza de Ida, esos huecos existen porque algunos de los monstruos campan libres.

Ida no quiere estar en este lugar, y eso mismo piensa proponer: que se marchen. Todos ellos. Luego ya le gritará a Paddy.

Pero antes de que pueda hacerlo, la compañía se pone en movimiento. Con James liderando, se mueven entre esas cosas con pasos sinuosos, la espalda encorvada.

—¿Cómo…, cómo es que hay tantos? —comenta James.

—Miradles la boca. —Enea se inclina hacia uno de ellos e Ida querría gritarle que no lo haga—. Alguien tiene que haber colocado esas piedras ahí.

Ida, más por no quedarse sola que por otra cosa, trata de seguirlos, aun teniendo la horrible certeza de que perderá pie y pisará a uno de esos seres sin querer.

—¿Qué son esas cosas? ¿Qué son? Lo sabéis, ¿verdad? —pregunta la muchacha que estaba con Paddy. Allegra, la ha llamado.

—*Nachzehrer*. —De un salto, James se mueve hacia la

siguiente hilera de cuerpos.

—Son muertos, señorita Gentilleschi —explica Revna. La joven comienza a decir: «¿Cómo sabes mi nom…?», pero la odiniana continúa como si nada—: Son muertos que se levantan de sus tumbas. También son la plaga que está asolando la ciudad, señorita. Estas criaturas salen de sus tumbas y vuelven para hostigar a los vivos, a sus familiares y amigos, robándoles su esencia vital. Y cuando sus víctimas sucumben a la enfermedad, pueden acabar convertidas también en una de estas criaturas. Lo sabemos bien, pues uno de ellos nos siguió desde Marsella hasta aquí. —Ida no sabe si se lo está imaginando, pero Revna mira a James de soslayo—. Pero aquí hay centenares. Y con esas piedras entre los dientes no deberían poder moverse. Así que alguien debe de haber reunido a los que se iban transformando… y alguien debe de estar permitiéndoles salir y sembrar más muerte.

—Escuchad… ¿Cómo es posible? —interviene entonces Paddy, que no es lo bastante valiente como para mirar en su dirección—. No lo entiendo, una enfermedad es una enfermedad, y esto…

—Lo recuerdo —dice Allegra de repente—. Lo vi. —Y la mirada de Allegra se clava en Paddy, sus ojos convertidos cada uno en un puñal—. Esa noche. La noche que comenzó a extenderse la plaga. La noche que encontraste al muerto en la calle.

—¿Qué? ¿Estabais allí? ¿Por eso os encontré en la casa por la noche? Fue por eso, ¿no es ciert…? ¿Otra vez estamos con esas? —«Otra vez», ha dicho Paddy. Será porque la joven, Allegra, ya le ha apuntado con una ballesta que acaba de sacar de debajo la capa y seguro que lo ha hecho en alguna otra ocasión. Seguro también, piensa Ida, que Paddy se lo merecía.

—¿Qué ocurre, Allegra? —pregunta James.

—Vi también al vizconde de Roden. Y vi, señor Doyle,

cómo sus criados se llevaban a ese monstruo con ellos. Así que, puesto que trabajas para él, algo sabrás de todo esto.

—Pero si yo no sé…

—Ahora, señor Charlemont —susurra ella, aunque, de algún modo, logra que sus palabras suenen como un grito. Se gira entonces hacia James y el resto de la compañía—: Lo escuché hablar con su sirviente. Hace unas semanas volvió a Roma un noble muy conocido aquí, cargado de oro y con una colección de bestias prodigiosas encerradas en jaulas. Paddy, o como quiera que se llame, trabaja para él. Escuché cómo hablaba con su criado, James. Decía que el vizconde le había encargado robar los anillos de los consejeros más próximos al papa. Decía que con ellos lograría encontrar el Último Prodigio de Roma.

—Pero el Último Prodigio ya no existe —responde James —. Lo sabes tú tan bien como yo.

—¡Pregúntaselo a él! ¿Qué planea el vizconde? ¿Por qué guarda este horror bajo su casa?

Paddy levanta las manos.

—¡No lo sé! Me dijo que lo único que anhela en esta vida es servir a la ciudad. ¿Por qué habría de mentirme?

—¡Bien mientes tú más que hablas!

Ida comienza a ponerse nerviosa. Están aquí, en este lugar lúgubre, rodeados de monstruos y pegando gritos en vez de escapar.

—Domenico…, ¿no deberíamos hacer algo? —le pregunta.

—Sí…, creo que sí. Supongo.

Pero Domenico no reacciona. Así que Ida lo primero que hace es arremangarse y darle al muchacho la bolsa donde está *Ambrose* acurrucado. Luego, tratando de no pisar nada raro, comienza a moverse. Supone que la muchacha de la ballesta no va a dispararle a *ella*.

—Tengo una propuesta. ¿Por qué no baja la ballesta,

señorita? Créame, cualquier cosa que me diga que os ha hecho este tonto me la creo, pero no sé yo si merece que le atraviesen con una flecha. O quizá sí, pero, por favor, no lo haga ahora.

—¿Y tú quién eres?

—¡Soy su prometida!

—Lo que faltaba —bufa Allegra.

Ida se gira hacia Domenico y no sabe por qué, al decir en voz alta que es la prometida de Paddy, su corazón le ha dado un vuelco extraño.

Entonces, los monstruos tendidos se agitan. Es una visión que hiela la sangre. Gruñen. Hacen fuerza hacia arriba como si quisieran levantarse pero un gran peso se lo impidiera, produciendo ese ruido, ahora lo sabe, de piel seca quebrándose.

Cuando Ida quiere darse cuenta, tiene a James a su lado. La mano del músico cae a plomo sobre su hombro. Detrás de ella, Revna ha corrido hacia Domenico.

—Viene alguien —susurra James mientras, casi arrastrándola, la lleva hacia un rincón oscuro, a resguardo. Allí también se agazapa el resto de la compañía con el pobre Domenico, que parece entre sulfurado y confuso.

—¿Y Paddy? —dice entonces Ida, porque Paddy sigue en su sitio, mirando a su alrededor como preguntándose adónde ha ido todo el mundo. Incluso la chica de la ballesta, Allegra, se ha escondido también.

—Nosotros sólo cuidamos de los nuestros.

—Y de los amigos de los nuestros —añade Revna, dándole unos golpecitos en la coronilla a Domenico—. Me gusta este chico. Ya te dije que aquí encontrarías a un romano guapo que te haría olvidar al tonto de tu prometido.

Al otro lado de esa especie de caverna en la que están, aparece la luz de una candela.

LXIV

En la cloaca máxima, a continuación

El Siciliano solía decirle a modo de consejo: «Nunca seas la última rata en abandonar el barco, muchacho».

Le han dejado solo. Allegra, Domenico, Ida con estos extraños que la acompañaban. Ida, se repite Paddy, que debía estar en América, que en la cabeza de Paddy había encontrado a un muchacho mucho más merecedor de su amor que él y que quizá tenía una granja o un negocio próspero, porque si alguien podía salir adelante en esas tierras malditas, esa era ella.

Los pasos se acercan y los muertos cada vez están más agitados, mientras Paddy ahí en medio, como los jueves, no se atreve tampoco a moverse, como si el estar inmóvil le fuera a ser de alguna protección.

Lo único que hace es girarse hacia uno de los extremos de

la cloaca donde ha aparecido un punto de luz, una linterna, y con su claridad delimita las sombras de dos personas recortadas contra los sillares de piedra de la pared.

—Hijo mío, ¿qué haces aquí?

Paddy no se ha dado cuenta hasta ahora, pero lleva aguantando la respiración desde hace un buen rato. Ahora todo el aire se le escapa como una exhalación al reconocer la voz del vizconde de Roden.

—¡Mi señor! Es… —Echa una mirada hacia allá donde cree que se han ocultado Allegra y los otros (y también Ida; sigue sin entrarle en la cabeza que esté aquí, es imposible, seguro que está enfadadísima con él), pero no logra verla. Mientras, su tío se le acerca. Paddy ve que quien lo acompaña no es otro que Bonhomme, el mayordomo, con su expresión perennemente seca —. Es una historia de lo más extraordinaria, mi señor. No os la creeríais, la verdad…, y una historia, sin duda, que os voy a contar enseguida, pero antes, ¿seríais vos tan amable de responderme unas pocas preguntas a mí?

Fuerza una sonrisa, el corazón le late, porque no cree, *no puede creer* que el vizconde, con sus ojos claros que parecen incapaces de mentir, que es un hombre bueno porque le acogió como si realmente fuera su sobrino a pesar de haberle engañado, tenga algo que ver con el horror que les rodea.

—No importa. La providencia te ha traído hasta aquí, esto es lo importante. ¿Los tienes? —La voz del vizconde, contra la estructura abovedada de la cloaca, suena ávida—. Los tienes, ¿verdad? Ahora sí. Por fin…

—Sí… —La voz le ha salido con un recelo que él no pretendía—. Señor… Mi señor, con todo mi respeto, providencia o no…, ¿qué hacéis aquí abajo? ¿Qué es esto? Y, si me permitís preguntar también, mi señor… —se da cuenta entonces—, ¿qué es esa máscara que lleváis bajo el brazo?

El vizconde parece sorprendido de habérselo encontrado aquí, desde luego. Mucho más que de ver esas criaturas, decenas de ellas, labios rojos y ojos abiertos, que se agitan cada vez con más violencia. Y esa máscara…, como la que tiene Allegra, como la que llevaban todos los miembros de ese extraño grupo que ha llegado con Ida. Máscaras como las que llevaban, recuerda, los que se llevaron a Domenico, según dijo el niño.

—Estoy orgulloso de ti, muchacho. —En sus ojos hay un agradecimiento infinito, pero cuando alarga la mano hacia él, Paddy adivina un movimiento extraño, un espasmo de avaricia que le arranca un temblor en las puntas de los dedos—. Estaba convencido de que lo conseguirías. Vamos a salvar la ciudad. Te lo dije, ¿no es cierto?

El cuerpo de Paddy por fin toma el control y le hace dar medio paso atrás.

—No me habéis respondido, mi señor.

—Dame los anillos. —El vizconde tiene la voz grave pero aterciopelada, la voz de un padre bondadoso, pero Paddy ahora también distingue notas discordantes en sus palabras. Se le seca la garganta—. Tu trabajo acaba aquí, muchacho. Dame los dos que me faltan y tendrás tu recompensa: el reconocimiento que mereces y también las riquezas. Es eso lo que querías, ¿no es cierto? ¿Qué importa todo lo demás? ¿Acaso tengo que creerme que alguien como tú tiene conciencia? ¿Remordimientos?

Al siguiente paso que Paddy retrocede, sus talones topan con algo y este algo deja escapar un siseo furioso.

—No. —Es lo único que logra articular, una palabra ahogada y débil que quiere decir muchas cosas: que no, que la gente como él no suele tener esa carga que es la conciencia y que no, no va a darle nada.

Allegra, al fin y al cabo, tenía razón y él ha estado ciego, tan ciego. Le han ganado en su propio juego. El vizconde le alimentó

con las palabras que él quería escuchar, le enseñó sólo lo que él quería ver, y Paddy…, Paddy se dejó arrastrar por toda esa ilusión, por sus propias ambiciones, llevándose un bocado amargo que ahora es incapaz de tragar. El estómago le quema de rabia y de vergüenza, la misma con la que observa al vizconde de Roden, su expresión serena que, hasta ahora, le parecía sincerísima, pero que en este momento a Paddy le parece que se resquebraja, dejando ver otra cosa debajo.

—¿Es esta tu última respuesta, muchacho?

Ambición. Eso es lo que ve. Una ambición como un pozo sin fondo.

Ni tiempo para responder le deja. El vizconde hace una seña con una mano y Paddy se da cuenta, tarde, de que no va dirigida a él, sino al impávido mayordomo que está a su lado. Este, de malas maneras, se le acerca y le rasga la bonita casaca dorada de un tirón, quedándose con un trozo de seda en la mano. Paddy no entiende qué pretende hasta que el mayordomo acerca el retal de ropa hacia las narices de esos monstruos que yacen todavía agitándose violentamente.

Entonces, el mayordomo quita la piedra que uno de esos seres de pesadilla tiene encajada en la mandíbula. Y hace lo mismo con otro, y con otro más. Si Paddy se ha preguntado en algún momento el porqué de esas piedras, ahora lo sabe. Pronto, el sonido de dientes chasqueando se expande por toda la cloaca y, con movimientos espasmódicos, alargan sus manos hacia él, manos rollizas, de uñas largas, y no son rápidos, pero no necesitan serlo si Paddy se encuentra paralizado por el terror.

Siente un precipicio en el estómago, cree que se cae y se aferra al hombro de su tío que no es su tío (ahora menos que nunca), el vizconde de Roden.

—Ayudadme… —balbucea.

Pero sigue cayendo. Mientras lo hace, el vizconde parece

que vaya a sujetarlo, pero no es cierto. Paddy nota una quemadura de fricción en el cuello cuando el arzobispo le arranca la cadena donde llevaba colgados los anillos de un brutal tirón.

Manos frías se aferran a sus tobillos, a sus pantorrillas, tiran de su casaca y de los faldones de su chaleco.

Oye, detrás de él, algo afilado que rasga el aire. Uno de los monstruos cae hacia atrás con un proyectil de ballesta clavado en la cuenca ocular.

Paddy grita hasta que se le acaba el aliento. Luego, toma una bocanada de aire y grita un poco más.

LXV

En las aguas revueltas del río Tíber, unos minutos más tarde

Los antiguos romanos tenían dioses para cualquier cosa. Tenían dioses para las puertas, para el primer paso que aprendía a dar una criatura, para la lluvia y para las cosechas. Tenían una diosa para las cloacas, para los vientos, los mares y también para los ríos.

Y los romanos modernos no los han olvidado. Allegra ha escuchado historias, maledicencias sobre conciudadanos suyos que, en noches señaladas, a espaldas de todos, siguen haciendo sus ofrendas y sus rituales y adoran a los dioses antiguos, por si todavía siguieran allí.

Allegra, que abre los ojos bajo el agua turbia, que aun arrastrando el cuerpo inerte de Paddy Doyle, siente cómo una

fuerza que no parece suya la impulsa a romper la superficie, puede que hoy crea que algún dios misericordioso vive todavía en el río.

Da una bocanada de aire que le parece infinita mientras lucha para que el río helado no se la lleve al fondo otra vez.

Esas cosas se han lanzado encima de Paddy después de que el vizconde de Roden se revelara como quien verdaderamente es: el Hermano Menor. El actual Líder de la Sociedad de la Garduña. Tiene sentido y, a la vez, le resulta imposible. Ella habría podido marcharse. James y sus compañeros han escapado hacia los túneles y ella habría podido hacer lo mismo, deslizarse por entre las sombras, invisible, pero en vez de eso ha disparado su ballesta una, dos, tres veces.

Tres cuerpos han caído al suelo como sacos llenos de rocas.

Entonces, Allegra ha salido de entre las sombras, su máscara ya libre de cera tapándole el rostro. Ha sorteado los monstruos en unos pocos saltos, su vista fija en Paddy, toda su concentración centrada en agarrarle del cuello y obligarlo a moverse hacia la boca de la gran alcantarilla. «Rápido. Rápido. Los demás se han marchado, nos toca a nosotros».

—Vamos, idiota —farfulla ahora mientras trata de que la cabeza de Charlemont, es decir, de Paddy Doyle, quede por encima del nivel del agua—. Vamos, ayúdame o nos acabaremos ahogando.

Haciendo oídos sordos a sus súplicas, Paddy boquea y agita los brazos, lo cual sólo consigue que a Allegra le entre agua en los ojos y en la nariz.

—No… No sé nadar. Te lo he dicho…

Es cierto. Al llegar al final de la cloaca máxima, Paddy ha intentado detenerse al ver que esta desembocaba directamente en las aguas revueltas del río Tíber y ha musitado: «Es que no sé nadar».

«Rezar sí sabes al menos, ¿no?», le ha preguntado ella justo antes de lanzarlo al río de un empujón, ya con las manos de esos *nachzehrer*, como los ha nombrado James, rozándoles.

—Mueve los pies. Trata de mantenerte a flote. Vamos. Mira: allí está la isola Tiberina, podemos llegar hasta ella —le ordena, porque si algún dios de este maldito río de verdad les ha salvado la vida, sería una pena haberle molestado en vano.

Pero logran alcanzar la orilla de esa isla donde se encuentra el hospital de fray Tomasso. Milagro o no, Allegra se deja caer sobre la minúscula playa con Paddy todavía bien aferrado mientras tose agua negra, y las fuerzas a las que se había aferrado con uñas y dientes la abandonan por fin.

LXVI

En una de las salidas de la cloaca máxima, al mismo tiempo

James tiene la cabeza llena de ruido mientras huyen, túneles y túneles, con ese muchacho que ronda a Ida abriendo camino con Ida agarrada de la mano. No quería marcharse. Ha tenido que arrastrarla.

Los anillos de los cardenales. El Último Prodigio. El Hermano Menor. El presente y el pasado, de pronto, parece que se mezclen en sus pensamientos. Los monstruos. Está claro ahora, aunque eso no diluye el nudo de culpa que James tiene en el pecho. Quizá sea por su culpa que el *nachzehrer* que acabó siendo el difunto Charlemont llegara a Roma, pero ha sido el Hermano Menor quien ha cultivado a los demás y el que los está usando para sus propios fines. Sean estos cuales sean.

Salen a la luz a través de un túnel angosto entre bloques caídos y columnas truncadas. Demasiada luz y aire fresco, que le marean, y cae.

Más cuerpos se precipitan a su alrededor. Se trata del resto de la compañía, ahogados después de la carrera desesperada.

—¡Paddy! ¡Tenemos que ayudarle!

James aprieta los dientes. Domenico, el romano, corre junto a Ida y la ayuda a levantarse. Encaramado a su hombro, el pequeño jackalope lo observa todo con los ojos muy abiertos.

—Va a estar bien. Estará bien —le asegura Domenico a Ida —. Si alguien puede estarlo…

James se aleja. Demasiado ruido. Da unos pasos entre las ruinas por donde han salido, casi a los pies de una enorme columna decorada con relieves de una guerra ya olvidada. Aun así, no está solo durante mucho tiempo. Al fin y al cabo, por mucho que no quisiera, asumió el papel de líder de la compañía, y en momentos así la compañía viene a él.

—Si yo estuviera escondiendo un ejército de monstruos bajo la ciudad —Tashiin es la primera en intervenir—, tampoco querría que me molestaran. Ni siquiera los miembros de mi propia sociedad secreta.

James se ríe, o tiene que hacerlo, porque es cierto. Tendrían que haber sospechado mucho antes que algo ocurría. Un ejército de monstruos, Tashiin lo ha dicho perfectamente. Monstruos que están en Roma por su culpa.

—Bien, pues. ¿Y qué vamos a hacer? —pregunta Enea.

—Nada. ¿Qué podemos hacer en contra de uno de los Tres Hermanos? Nada. Ya habéis visto lo que pasó el día de los carnavales, cuando nos apresó. Es el Hermano Menor, los ojos y oídos de la Garduña. Tiene un poder que no podemos imaginar.

—Hay dos hermanos más.

—No. No los hay. Sólo está él desde que murieran mi

padre y Pantaleone Gentilleschi. —Como única respuesta, como si la revelación fuera tan pesada como las piedras que dejaban inmóviles a los monstruos de la cloaca, la compañía mantiene un silencio expectante. Entonces, James prosigue—: Vino a hablar conmigo a mi celda. La noche que nos separaron.

Estaba en la celda, solo, después de que Tashiin tratara de forzar la cerradura. Aquella misma noche, el Hermano Menor fue a verlo con una oferta.

—Dijo que la Sociedad de la Garduña hace demasiado tiempo que está en la sombra. Que habíamos perdido de vista nuestro propósito. No es preservar la memoria de los prodigios, sino hacer que regresen. El enemigo, ahora, es débil. La Inquisición en Europa es sólo un título honorífico y a los pocos que tienen aquí los mandan a América a batallar contra los monstruos. Dijo… que se había fijado en lo que habíamos dicho. En la calle.

Y lo dijo, piensa James, con los ojos brillantes de admiración. Le habló de cómo sus actuaciones habían traído esperanza a la gente. Le habló de las voces prodigiosas de Ida y su jackalope, y de…

Revna le pone las manos en los hombros para que la mire.

—James. ¿Qué te dijo?

Él respira hondo.

—Dijo que quería que lo ayudáramos.

Eso, piensa, no es ninguna mentira.

—¿Ayudarlo a qué? ¿A que esas cosas tomen la ciudad entera? —interviene Tashiin.

—¡No lo sé! ¿Acaso crees que acepté su propuesta? —responde él, tan furioso que se da la vuelta de golpe. Es entonces cuando se fija en dos cosas:

La primera, que la ciudad, en los dos días que llevan encerrados, ha cambiado. Ha desaparecido toda seña de los

carnavales. Hay gente en la calle, sí, pero expectante, como si esperaran algo que no están seguros de que vaya a ocurrir, gente reunida en corrillos, y unos cuantos puestos de mercado a la sombra de una iglesia en ruinas, pero también hay soldados. Llevan el uniforme de alguna de las casas nobles de la ciudad y lo observan todo desde un rincón.

La segunda cosa es que Domenico e Ida se han acercado a un niño piojoso y están hablando con él en voz baja. El niño, finalmente, se va después de pedirles limosna y de no recibir más que una mirada severa.

—¿Qué hacéis? ¿Qué habéis hecho?

—Lo encontrarán —dice el chico. Cree que más bien habla para Ida—. Si ha salido de las cloacas, tarde o temprano los niños lo encontrarán.

Al tal Paddy, claro.

—James… —insiste Revna.

—Te lo he dicho, he rechazado…

—Bien. Entonces, ¿qué hacemos?

También hay enfermos en las calles. Hay que saberlos ver. Han ido perdiendo fuerzas y reposan inmóviles en los rincones de la ciudad, como si estuvieran a un paso de ser olvidados. James tuerce el gesto. No sabe qué responderle a Revna.

LXVII

En la isola Tiberina, un poco más tarde

Cuando Allegra vuelve a abrir los ojos, se encuentra en una habitación blanca y ve un sol cada vez más alto a través de una ventana.

Paddy está allí, sentado junto al camastro de paja en el que ella está tumbada. Detrás de él hay una figura vestida con hábito negro y expresión sombría.

—Tomasso… —susurra. La garganta le quema, pero tiene que hablar con él. Incluso con su atuendo de fraile, Tomasso fue el lugarteniente de su padre, su mano derecha en la Sociedad de la Garduña, y es su deber contarle todo lo que está ocurriendo…

Pero el hombre la detiene con un gesto.

—Voy a traeros ropa seca. Descansad.

—No creo que podamos hacer nada más, señor —le dice

Paddy antes de que ella pueda replicar—. Y gracias.

Con una mirada de advertencia, Tomasso sale de la habitación, pero ella no piensa quedarse donde está. Tiene que levantarse aun cuando ni brazos ni piernas le responden. Tomasso tiene que escucharla. Alguien, quien sea, tiene que hacerlo.

Pero, a pesar de sus esfuerzos, el cuerpo la traiciona y un fuerte pinchazo entre las costillas la obliga a toser. Al instante, Paddy la sujeta con manos delicadas —siempre le gustaron sus manos, cómo la tocaba, piensa Allegra a traición— y la ayuda a tumbarse de nuevo.

—Creo, si me permitís, que incorporarse ha sido muy mala idea.

—Guárdate tus opiniones para ti. No las quiero ni las necesito.

—Para, ¿quieres? —suplica Paddy. Algo ha cambiado en él, tiene la mirada que tenía en la cloaca, como si no fuera la suya: una que todavía guarda ecos de terror, pero, a pesar de todo, no confía en él. ¿Cómo va a hacerlo después de tantos engaños? No confía porque con él ha sido traición tras traición, como en una de esas comedias representadas en cada esquina de Roma. El joven que tiene delante es un actor, un farsante que oculta rostros nuevos bajo innumerables máscaras.

—Detente. Te lo contaré todo, ¿de acuerdo?

Respira hondo mientras sus miradas, por un segundo, se encuentran. Luego, comienza a hablar. Es una historia fantasiosa la que le cuenta Charlemont. O Paddy. O comoquiera que se llame. Una historia que habla de un pueblo diminuto y de un niño que era un culo de mal asiento (sus propias palabras, no las de Allegra) y de un timador siciliano.

Charlemont, Doyle, le cuenta la historia como si la estuviera viendo encima de un escenario, con gestos y grandes

voces contra las que Allegra, a veces, no puede reprimir una sonrisa cuando él le habla de aventuras, timos y tejemanejes.

En algún momento, incluso ella se da cuenta de una cosa: que ese repentino ataque de sinceridad de Doyle, y ese es el nombre que le va a dar a partir de ahora, puede que sólo esté entreteniéndola, que sólo sea una treta para que se quede en ese camastro recuperando las fuerzas.

No le perdona. Eso no. Son esas mismas palabras, esas mismas sonrisas, las que lograron encandilarla, y ahora esos sentimientos se le han enquistado dentro y no logra sacar nada en claro de ellos. ¿Arrepentimiento? ¿Se arrepiente de aquellos besos y caricias? O, quizá, vergüenza, aunque no debería avergonzarse de nada. O tristeza. Enfado. Porque toda la vida de Paddy Doyle, por cómo lo ve, por cómo la está contando él, ha sido una enorme farsa, y se teme que lo que ocurrió entre ellos también.

—Y cuando tuve todo su dinero… —está diciendo Paddy en este instante. Su relato lo ha llevado a Marsella, a una partida de cartas y a un encuentro fortuito—. Cuando tuve entre mis manos todo lo que le pertenecía a Brandon Charlemont, pensé que…

—Pensaste que podrías darte a la gran vida a costa del nombre y de la fortuna de otro.

Él asiente muy despacio, con esa sombra oscura en la mirada que podría ser remordimiento, pero el vizconde de Roden bien que lo ha dicho allí, en la cloaca: ¿acaso la gente como él puede tener conciencia, escrúpulos?

—No me pareció tan mala idea en su momento. No es como si él se hubiera ganado esas riquezas trabajando honradamente la tierra. Mi padre sí era honrado. Borracho pero honrado. Y mis vecinos, también; pero la miseria que ganaban tenían que dársela a un gran señor que ni vivía en Gleann Arma

ni se preocupaba por su gente más que para recoger sus rentas anuales. Y sé que así es el orden natural de las cosas. —Paddy encoge los hombros. Su tono de voz se ha hecho más suave, como si ya no hablara para Allegra, sino para sí mismo—. Pero no importa ya. Lo hecho hecho está. Y el resto de la historia ya la conoces. Llegué aquí, creí que había engañado al vizconde de Roden, cuando está claro que él me engañó a mí.

Cuando Paddy se ríe, una carcajada sorda que tiene poco de divertido y mucho de burla hacia sí mismo, Allegra sacude la cabeza. Las ganas de descerrajarle un tiro entre las cejas comienzan a descender.

—¿Y no sabías nada? ¿De veras ni siquiera sospechaste?

—Me pareció un héroe. Un hombre bueno que dejaba entrar a cualquiera en sus jardines para admirar esas bestias extrañas y que repartía comida a los pobres y que perdonaba mis faltas. De esos no abundan. Y me hizo sentir como si yo pudiera ser un héroe también. Eso hace la gente como yo. Decimos lo que los demás quieren escuchar porque, en el fondo, todos queremos tener la razón, así que cuando alguien nos la da, es difícil cuestionarlo… Ahora, claro, me parece ridículo. Ser un héroe.

Un héroe. Tiene que reírse. A medida que el relato de Paddy avanzaba, Allegra se ha incorporado y se encuentra sentada, con las piernas cruzadas y tapadas con una manta remendada pero limpia. Quizá le crea, sí. Aunque Paddy sea capaz de mentirle aún con la expresión honesta de un santo, esta vez cree que no miente.

—Te toca —dice él, aprovechando que Allegra se ha quedado en silencio.

—¿Por qué?

—Porque yo ya te he contado mi apasionante vida, *signorina* Gentilleschi. —Ella, claro, no responde, sólo le observa

con las cejas alzadas. Entonces, Paddy deja escapar el aire por la nariz—. Y porque, tal y como lo veo yo, Allegra, los dos tenemos una cuenta pendiente con el vizconde. Yo, por lo menos, sé que la tengo. Y ya conoces el dicho.

«El enemigo de mi enemigo es mi amigo», se dice Allegra, claro. Son las mismas palabras que se le deben de estar pasando a Paddy por la cabeza en este momento. Ella aprieta los labios. Fuera, más allá de esa habitación de paredes encaladas, están las hordas de enfermos con la piel manchada de tinta negra, apagándose poco a poco. Y la clave para encontrar ese antiguo prodigio se encuentra en manos de ese hombre.

Deja escapar una carcajada llena de tristeza.

—Aliémonos. ¿Por qué no? —Las palabras le queman en la lengua, pero Allegra decide ignorarlo—. No importa, de todos modos. Podríamos jurarnos fidelidad eterna, hacer un pacto de sangre, y no cambiaría nada. Él tiene todo lo que quería. Tiene los anillos y a esos monstruos. No parece alguien que vaya a detenerse por nada.

La situación es grave. Allegra no quiere dar pie a ninguna clase de esperanza, porque no la hay y, sin embargo, Paddy sonríe.

—¿Qué ocurre?

Él se frota la cara tratando de mantenerse serio.

—Nada. Sólo que ya te lo he dicho. No soy un héroe. Al contrario. Tengo numerosos defectos.

—Numerosísimos, diría yo.

—Desde luego. Pero también… —Esa sonrisa le brota de nuevo en los labios, como caída del cielo—. Soy precavido.

Allegra ve, alarmada, cómo Paddy se mete una mano dentro de los pantalones. Tras forcejear un poco, esa misma mano emerge de entre su ropa con una bolsita de cuero entre los dedos. La sonrisa de Paddy podría iluminar el mundo entero

cuando abre la bolsita y deja caer, allí mismo sobre el camastro, uno, dos, tres y cuatro anillos.

—Hay un platero en *piazza* Navona, un trabajador de lo más diligente. Cuando el ilustre vizconde me encargó el trabajo, me dio un dinero para comprar todo lo que fuera necesario. Y pensé… Bueno, sólo quería tener un incentivo si finalmente rompía su promesa y no me pagaba. Ya sabes. Ser un héroe está bien, pero comer cada día también.

Allegra no puede apartar los ojos de los anillos y tampoco de Paddy.

—Pero…

—Entonces, ¿vas a jurarme fidelidad eterna?

Qué idiota es.

—Déjame verlos —le ordena ella tras un silencio que interminable. Todavía no confía completamente en Paddy, y no sabe si podrá hacerlo jamás, pero él le tiende los anillos sin vacilar.

Ella los sopesa pensativa entre las manos. Cuatro anillos de oro, anchos, el tipo de joya vistosa que llevan los poderosos. A Allegra le parece que pesan menos de lo que deberían, aunque este dato no es lo que le hace fruncir el ceño.

—¿Qué ocurre? —Paddy está muy callado también. Se inclina hacia ella con interés, hasta que sus hombros casi se tocan. Allegra, con cuidado, se aparta un poco.

—Llevan una inscripción —responde ella al tiempo que sostiene uno de los anillos en alto para que él lo vea. Efectivamente, por la cara interna de cada uno de los anillos se adivinan unas letras grabadas.

—¿Qué dice?

—*Plebem voco, Congrego clerum* —comienza a leer ella con dificultad, los nervios acuchillándole las costillas. Cuando acaba con el primer anillo, el instinto le hace mirar los demás. Es,

de hecho, una única frase que Allegra poco a poco va ordenando dentro de su cabeza—: *Laudo deum verum, Plebem voco, Congrego clerum, Defunctos ploro, Pestem fugo, Festa decoro, Funera plango, Fulmina frango, Sabbata pango, Excito lentos, Dissipo ventos, Paco cruentos*.

Se ríe. Tiene que reírse.

—Pero ¿qué…? ¿Qué ocurre? ¿Qué son esas palabras? ¿Instrucciones? ¿Alguna clase de encantamiento?

Y Allegra se ríe más fuerte. Una carcajada que acaba abruptamente con una nota amarga.

—*Pestem fugo*, «ahuyento la peste».

—Eso, esa… parte sobre la peste, ¿no es una referencia a lo que estamos buscando? ¿Una pista?

—No es nada. —Las palabras le forman un nudo amargo en la garganta—. Es…, es una fórmula que se suele inscribir en las campanas de la ciudad. Sólo eso. Viejas supersticiones. Quizá sea una pista, pero mira. —Hay un ventanuco en la habitación, suficiente como para que ambos se asomen. Desde ahí, Allegra extiende la mano hacia el paisaje de tejados, torres, cúpulas y también, como manos que se alzaran hacia el cielo, centenares de campanarios—. Aunque lo fuera, ¿por dónde empezar?

—No digas eso. —Allegra se queda helada al notar la mano de Paddy sobre la suya, un escalofrío nervioso le recorre el espinazo por ese gesto tan íntimo, que él hizo más de una vez, hasta que se da cuenta de que Paddy lo único que quiere es tomar los anillos para examinarlos él—. Sólo necesitamos un poco de suerte y…

—¿Suerte? —Ahora se siente tonta. Le ha salido la frase más brusca de lo que pretendía, pero el enfado es el único modo que tiene de olvidar cómo se ha sentido hace un instante, ese escalofrío ridículo que le ha recorrido la espalda—. Necesitamos mucho más que eso.

—A mí nunca me ha dejado de lado —le responde él. Por cómo habla, Paddy no sólo confía en la suerte, sino que tiene *fe* en ella, como los antiguos romanos adoraban a su diosa *Fortuna.* La campanilla que lleva colgada de una cadenita alrededor de la muñeca parece que esté de acuerdo con sus palabras porque, en ese momento, tintinea.

—¿Y cómo nos va a ayudar esa suerte tuya?

—Bueno, es la suerte, no puedes exigirle…

Ella chasquea la lengua, las palabras de Paddy le suenan a excusa. Entonces, contrariada, deja los anillos en la mano de Paddy incluso antes de esperar a que él esté listo, y estos se le resbalan por los dedos.

Cuando el primero golpea el pavimento de piedra blanca, un sonido metálico, imposiblemente agudo, llena el aire. Y luego otro, con un timbre más cristalino, se añade al primero con más fuerza. Después, otro, más grave y un cuarto sonido, como si un punzón quisiera atravesarle las sienes, se extiende con tanta fuerza que Allegra tiene que echarse hacia atrás.

Entonces, sucede un instante de silencio. No sólo calla Allegra, que observa a Paddy con expresión asombrada. Parece que la ciudad entera se haya detenido alarmada.

Un segundo después, como un eco de ese sonido infernal, en varios puntos de la ciudad resuenan decenas de campanas en el mismo momento en que Tomasso aparece de nuevo en la habitación, el rostro mudo de sorpresa.

—¿Qué demonios ha sido eso? —Sin embargo, cuando Allegra trata de explicarse, Tomasso añade—: Bien pensado, no quiero saberlo. Acaba de llegar un grupo que exige veros. Y que me aspen si sé cómo han descubierto que estáis aquí. Dicen no sé qué de unos niños.

LXVIII

En la destartalada casa de Domenico, horas más tarde

Todo ha ocurrido muy rápido. Primero, se han presentado Domenico, Ida, y su estrafalaria compañía y un montón de niños de cara sucia. Después, no sabe cómo, Domenico se los ha llevado a todos a una casa destartalada que, según él, es un lugar seguro.

Por si fuera poco, les ha hecho trepar hasta el tejado. Las vistas son bonitas, todo torres y cúpulas y tejas vidriadas, pero no puede quitarse de encima la impresión de que, con un mal golpe de viento, el edificio vaya a derrumbarse.

Aunque, de hecho, tampoco le iría mal, porque cuando levanta la mirada, se encuentra con un puñado de caras observándole. No sabe cómo ha acabado tanta gente en el mismo

lugar al mismo tiempo, todos, le parece, compartiendo un mismo objetivo. A él, que lleva toda la vida trabajando solo, tanta gente junta le asfixia.

Está Allegra, cuya figura se recorta contra el atardecer de Roma, sosteniendo los cuatro anillos en la palma. A su lado, Domenico y ese chico, James, que lidera ese grupo variopinto que encontró con Ida. Paddy, que si de algo sabe es de adivinar las intenciones de los demás, sabe que el tal James está deseando cogerle los anillos a Allegra. Ve en él algo parecido a lo que vio en el vizconde en las catacumbas. Quizá no lleven el mismo nombre: ambición, pero es parecido. Es ansia, quizá sea eso, ansia; pero Paddy no sabe por qué. Y luego, apartada en un rincón, está Ida.

Ida, a la que jamás pensó que volvería a ver.

Ida, que jamás ha abandonado sus pensamientos, a pesar de todo.

Ida, que le mira fijamente como si él fuera el único en ese tejado que espera que no se hunda y que carraspea y tiene los brazos en jarras.

—Creo que tú y yo tenemos un asunto importante que atender —le dice finalmente.

Un asunto importante, vive Dios que sí.

Da un paso hacia donde ella le está esperando. Está cambiada. Parece mayor. No sabe cómo alguien puede haber cambiado tanto en tres años, pero tampoco sabe si él también está distinto y no se ha dado cuenta hasta ahora. Cuando llega a su altura, un poco apartada de los demás, contra una balaustrada que espera que no se caiga, Paddy abre la boca para decir algo, todavía no sabe qué, pero no le da tiempo a nada porque Ida le da un bofetón.

Paddy se lleva la mano a la mejilla. La siente caliente, pero no sabe si es del golpe o de vergüenza.

A Paddy nunca le importó mucho qué pensara de él la gente de Gleann Arma. Ni siquiera lo que decían de él sus padres o las vecinas, cuya única afición era cuchichear, pero, en cambio, con Ida…

—Tengo que… —Paddy siente la garganta como hecha de corcho. Ida está aquí, frente a él, de carne y hueso. Pero ¿cómo puede ser? No logra entenderlo. Ida, *su Ida*, que en un tiempo fue su otra mitad, su amiga inseparable, pero casi en otra vida, casi en el otro extremo del mundo—. Tengo que explicarte…

—No te atrevas, Paddy. *No te atrevas* —le advierte ella en un tono cortante mientras abre más los ojos.

—Pero ¿cómo vas a perdonarme si no dejas que me explique?

—¡¿Y qué te hace pensar que voy a perdonarte, idiota?! ¿Qué podrías decir para hacerte perdonar después de tres años? Tres, Paddy, en los que me deslomé fregando suelos y casi me devoraron monstruos horribles…

—¿Qué monst…?

—¡No me interrumpas, hombre! Mientras intentaban devorarme no una, sino en varias ocasiones, Paddy, para tener un futuro juntos, tú y yo. Eh, dime: ¿cómo quieres que te perdone para que, después de todo eso, cuando regresé a Gleann Arma NO ESTUVIERAS?

Aunque los demás estén al otro lado de ese tejado que Paddy sigue esperando que no se hunda, él está seguro de que el grito, y también la ristra de insultos en su lengua natal que le dedica Ida, lo habrán escuchado perfectamente.

—Pero…, pero ahora estás aquí —susurra él con un hilo de voz.

—¡Esa es otra! —Ida se levanta en un arrebato, los puños apretados, la barbilla erguida. El conejo astado, sentado sobre sus hombros, bufa de indignación. Paddy se encoge, temiéndose

otro bofetón que, cree, le estaría bien merecido—. ¡Porque luego fui a Marsella! ¿Tú sabes lo lejos que está Marsella?

—Pero… — comienza él.

—Y desde entonces no he parado de lidiar con monstruos y con prodigios y más prodigios, y con gente muriéndose a diestro y siniestro, Paddy, y acabo encontrándote aquí vestido de marqués, metido en quién sabe qué lío y, de verdad, no quiero que me pidas perdón ni que te expliques, pero a la vez sí que quiero, porque no lo entiendo. ¿De acuerdo? —Paddy cierra los ojos. Habría preferido ese bofetón a escuchar tanto dolor en las palabras de Ida—. No logro entender nada. Teníamos un pacto, teníamos…

Paddy recuerda que el día que Ida decidió que se marcharan a América tuvo miedo. Un miedo sin fin que le recorrió el cuerpo desde la punta de los dedos hasta la coronilla. Él, que puede contar con los dedos de una mano las veces que ha sentido miedo en toda su vida, aquella noche tuvo la sensación de que se le paralizaba el cuerpo entero y le faltaba la respiración.

—¿Y si nos marcháramos de aquí? —sugirió ella.

Era tarde, lo recuerda perfectamente. En Roma, cuando se pone el sol, una miríada de luces se enciende por toda la ciudad dándole una nueva vida. En Gleann Arma, en cambio, cuando faltaba el astro rey, el mundo entero parecía apagarse.

El padre de Ida había muerto unos días atrás. Una tarde se había quejado de que le dolía el pecho y por la noche, en la taberna, cayó desplomado todavía con media pinta en las manos. Al enterarse de la noticia, Paddy regresó a toda prisa al pueblo. Llegó a tiempo de ver cómo lo enterraban. Estaban contra el muro del pequeño cementerio, mientras el sol se ponía y un viento helado les llegaba desde el mar, cuando le hizo la propuesta.

—Puedo irme contigo a vivir a Ballymena —añadió ella hecha un manojo de nervios—. No quiero estar aquí cuando lleguen.

Ninguno de los hermanos de Ida había pasado de la infancia y, al morir su padre, la granja y todo lo que allí había lo heredó un primo al que ella ni conocía ni tenía intenciones de conocer.

Se acercó a Ida y la tomó de las manos, que tenía frías como témpanos.

—Si has dicho siempre que es aquí donde quieres vivir toda tu vida, Ida. Quizá tu primo necesite ayuda en la granja o pueda acogerte alguna de las casas del pueblo…

Aquello era cierto. Centenares de veces habían hablado los dos, sentados sobre los muros de piedra ligada con barro que separaban los campos del pueblo, o en el patio de la casa de Ida, o a la sombra de las ruinas del viejo monasterio, centenares o quizá más veces. Y cuando hablaban del futuro que anhelaban, Paddy sólo deseaba marcharse de Gleann Arma y no volver nunca la vista atrás, mientras que Ida sólo pedía una vida tranquila entre los suyos.

Ella, entonces, se apartó un paso. En retrospectiva, luego Paddy se dio cuenta de que a Ida todo la abrumaba: la incertidumbre y la falta de su padre y la sensación de no tener nada ni nadie más a lo que aferrarse.

—No. No, lo he decidido. No voy a quedarme aquí para ver cómo mi casa se convierte en el hogar de otro. Y ya…, ya sé lo que vamos a hacer. Tú y yo. Siempre hemos sido tú y yo, ¿verdad?

—Eres mi más querida amiga, lo sabes bien.

A Paddy se le había hecho un nudo de nervios en el estómago.

—Entonces, ¿qué me dices? Puedo irme contigo a

Ballymena y cuando acabes tu aprendizaje como zapatero…

—Pero no tienes ni referencias ni una carta de recomendación —respondió él, que tenía claro que Ida no podía irse a Ballymena porque descubriría que Paddy ni era aprendiz de zapatero ni vivía ya en el pueblo vecino, sino que se pasaba las semanas con el Siciliano ganando a las cartas el jornal de los pobres incautos que se topaban con ellos—. No encontrarías trabajo y yo, como aprendiz que soy, no podría mantenerte…

Ida, en aquella oscuridad que les rodeaba, dio un paso atrás apartándose de él. Después, vino un silencio muy largo mientras el viento ululaba a su alrededor.

—Pues nos marcharemos a América. Allí uno puede ser lo que quiera. ¿No es eso lo que dicen? *Lo que quiera*. Quizá sea peligroso, con todas esas historias que cuentan de monstruos y engendros y tormentas, pero es un mundo nuevo. Yo puedo encontrar trabajo en una granja o incluso como sirvienta en una casa, no me importa. Y tú puedes seguir tu aprendizaje como zapatero, seguro que allí necesitan más zapateros que aquí, sin duda, con todo ese continente enorme por el que andar… Y luego ya podremos casarnos.

Casarse.

El nudo en el estómago de Paddy se apretó aún más, como la cuerda de un ahorcado. Él no quería casarse con Ida. *Quería* a Ida, de aquello nunca ha tenido ninguna duda. Era lo único que todavía le hacía regresar a Gleann Arma. Cuando pensaba en el hogar, Paddy pensaba en ella. Y se habían dado algunos besos, desde luego. Y más que besos, porque al fin y al cabo sólo se tenían el uno al otro y una sana curiosidad. Y las habladurías en el pueblo no eran pocas, pero aquella mención al matrimonio tomó a Paddy por sorpresa.

Ella, por lo menos, parecía muy convencida. Casi tan convencida como lo estaba Paddy de que ella también lo *quería* a

él, pero de esa forma suya: de ser el puntal el uno del otro, de ser amigos fieles, de confianza ciega y un afecto que iba más allá de cualquier duda, pero ¿amor? Ida no lo quería como se quiere a un amante o a un esposo. Y Paddy tampoco sentía eso por ella: no le temblaba el pulso, no sentía cómo su alma se sosegaba al verla ni quería ser la mejor versión de sí mismo cuando la tenía delante, no como le ocurre, piensa, alborotado, con…

Paddy de repente piensa en Allegra.

Pero tenían quince años recién cumplidos y no conocían nada más.

Él todavía tenía la boca abierta, las extremidades convertidas en paja cuando Ida volvió a abalanzarse hacia él, buscando un abrazo que Paddy le correspondió a duras penas.

—Vamos a hacerlo, Paddy. Ahora. Yo lo tengo todo preparado, un poco de ropa, algo de comida y dinero. En Cork podemos encontrar pasaje que nos lleve a las Américas y el futuro será sólo nuestro. Paddy…

Quién sabe qué habría ocurrido si aquella noche Paddy hubiera sido valiente. Si le hubiera dicho todo aquello que sentía: que su amistad no estaba hecha para ir más allá, que ellos dos eran el uno parte del otro, pero que no estaban hechos el uno para el otro. Diablos, pensó, si se casaban, seguramente acabarían volviéndose locos y odiándose, y él no quería odiar a Ida. Que la vida que él quería lo alejaba de Gleann Arma, sí, para ir con su maestro el Siciliano, vivir la vida del jugador de cartas, de un caballero errante que se ganaba la vida quizá no muy honradamente, pero que la vivía al máximo. Habría podido ser valiente o, quizá, muy cobarde y aceptar aquella loca propuesta de su amiga con tal de no herir sus sentimientos. Marcharse lejos como ella no sólo quería, sino que necesitaba, cruzar el océano y ver qué les deparaba la vida al otro lado.

Pero Paddy, aquella noche, fue él mismo. Y fue egoísta.

Sacudió la cabeza, pensando en una o, mejor, muchas excusas para no aceptar aquella propuesta, del mismo modo que hace ahora, tantos años después. Apenas ha cambiado nada. Los dos, uno frente al otro, quizá un poco mayores. Bajo la cofia, le parece que Ida tiene el cabello más largo, tal vez las facciones más afiladas, y puede que él sea más ancho de hombros y que se le marquen en la cara los años de correrías y las veces que ha escapado del filo de alguna espada o de una bala por los pelos.

—¿Por qué me mentiste, Paddy? —dice ella de repente, de nuevo con los brazos en jarras. Él cierra los ojos, porque cuando Ida lo regañaba, siempre asumía esa misma pose e incluso eso lo ha echado de menos.

—Yo no quería…

—Porque nunca fue cierto, ¿verdad? No le debías dinero a tu patrón, no estabas obligado a quedarte a su servicio como aprendiz, que es lo que usaste como excusa, ¿no es así? —Ida deja escapar una carcajada donde la broma es, claramente, ella misma—. ¡Tú no has sido aprendiz de zapatero en tu vida!

—Lo fui, unos pocos meses… —Y cuando dejó de serlo, buscó excusas e inventó fantasías cuando ella le preguntaba cómo iba su aprendizaje. Tenía práctica, pues, cuando esa noche, con aquel viento irlandés que parecía provenir de las entrañas de la tierra soplando con más y más fuerza, fue tejiendo como siempre excusas y mentiras, exageraciones y omisiones, hasta que Ida, finalmente, se marchó sin él.

—No quería hacerte daño, Ida, sólo…, sólo es que… —Se mesa el pelo buscando unas palabras que no vayan a dolerles a los dos, pero, al entender que eso es imposible, decide decir la verdad—: Queríamos cosas distintas.

—¡Pero decidimos que cuando yo regresara nos casaríamos!

—No, Ida, lo decidiste tú —responde, aunque decir sólo

eso sería faltar a la verdad, así que Paddy, aunque le raspe la garganta, aun cuando allí donde tiene la nuez se le haga un nudo, añade—: Y yo fui tan egoísta que no quise decirte la verdad.

Al pronunciar esas últimas palabras, Paddy acaba con la boca abierta, como un jadeo, y entonces ocurre una cosa que no se esperaba: las palabras continúan sin él. Le salen a borbotones, tal y como las siente. Le confiesa a Ida sus mentiras y omisiones, pero también sus anhelos. Su vida, su historia, su verdadero maestro y su verdadera profesión, que le ha llevado a vagar por media Europa y buena parte de la otra mitad, y también le habla de ellos dos, de lo importante que Ida ha sido siempre para él. También le habla de sus remordimientos, que no van a servir para que ella le perdone, pero que al soltarlos le hacen sentir un poco más ligero.

Ida sólo escucha. Durante su discurso, Paddy le ve la ira en los ojos y en el modo en que se sienta frente a él. Sin embargo, poco a poco sus facciones se relajan y en ellas se instala una expresión pensativa.

Cuando a Paddy las palabras se le acaban y se siente vacío y ligero, y un poco mareado porque, la verdad, ser sincero y abrir su corazón y sus verdaderos sentimientos nunca ha sido santo de su devoción, ella susurra:

—Eres un idiota, Padraic Doyle.

—Me lo dicen a menudo.

—Por algo será.

Le sigue, a este último intercambio de palabras, un silencio largo, que acaba cuando Ida deja escapar un suspiro y se pone en pie, estirando las extremidades entumecidas.

—Sé que no vas a perdonarme jamás.

—No te lo mereces.

Lo sabe perfectamente, así que Paddy se limita a asentir.

—Pero… ¿puedo decir que me alegro de verte? Y de que

estés bien.

—Tampoco diría tanto. Por lo que yo sé, estás metido en un buen lío y de rebote yo también, y te juro que si ahora me vienes con que es el destino o esa suerte tuya en la que tanto confías lo que ha vuelto a juntar nuestros caminos, juro por los clavos de Cristo, Paddy, que acabaré dándote tal paliza que…

Las palabras de Ida quedan interrumpidas, de improviso, por cuatro tañidos agudos. Ese sonido cristalino, perturbador, que oyó Paddy en cuanto cayeron contra el suelo los anillos de los cardenales. Como esa vez ocurrió también, las campanas de Roma responden.

Es un buen momento, decide, para dejar la conversación atrás. No porque se haya acabado, no. Demasiados años, demasiadas mentiras, nada va a sanar en unas pocas frases, y Paddy vuelve a dejar que su cobardía tome el relevo y lo impulse a acercarse al resto del grupo, con Ida detrás.

—¿Qué hacéis? Si mi tío el vizc…

—No es tu tío —le interrumpe Domenico, y Paddy, con un carraspeo, trata de ignorarlo y continúa:

—Si el vizconde de Roden todavía no ha descubierto que no tiene los verdaderos anillos, ahora le habrá quedado más que claro.

—Debemos intentarlo de nuevo —insiste el otro chico, James—. Algo no estamos haciendo bien, aunque estamos cerca, ¿no lo veis? ¿No sentís todo ese poder?

Paddy vuelve a fijarse en él y le parece ver de nuevo algo en su mirada que no le gusta. Tampoco le gusta cómo usa esa palabra: «poder». Porque no es por el poder por lo que están haciendo esto, cree, sino por la ciudad. Porque es lo correcto. Si fuera por el poder, Paddy ahora sí, se habría largado con viento fresco. Allegra se ha dado cuenta también, y esa joven de cabello casi blanco, tan extranjera como él mismo, parece que también.

—¿Cómo era…? ¿Qué decía esa frase inscrita en los anillos? —pregunta Paddy. Ha tenido una corazonada. Puro instinto, aunque se lleva la mano a la muñeca, a esa suerte que lleva siempre colgada en forma de campanilla. Una campanilla que encontró con la misma Ida, ahora recuerda, tantos años atrás.

—¿Hay una frase inscrita en la cara interna de los anillos? —pregunta James.

Tiene sentido, piensa Paddy. Y rápido como una centella, toma el primero de los anillos de la mano de Allegra, ignorando su grito de protesta. Tiene sentido que, si en lugar de lanzarlos a la vez, lo hacen siguiendo el orden de la frase…

—*Laudo deum verum, Plebem voco*, *Congrego clerum, Defunctos ploro* —murmura Paddy.

El primero de los anillos cae haciendo una nota aguda, de riachuelo. Como movidas por una mano gigantesca, bandadas de pájaros por toda la ciudad emprenden el vuelo. Palomas y tórtolas, y una miríada de gorriones, y dos docenas de garzas reales se elevan desde el río. «*Pestem fugo, Festa decoro, Funera plango*». El segundo, en cambio, suena grave, demasiado para una joya tan pequeña. Como llamados por la nota, ladran perros y piafan caballos. «*Fulmina frango, Sabbata pango*». El tercer anillo vuelve a dejar un sonido más agudo, que comienza a mezclarse con los demás formando un acorde que suena disonante y, la mismo tiempo, extrañamente pleno.

—¡*Ambrose*! ¡Estate quieto! —exclama Ida, tratando de sujetar a la bestia cornuda, que parece querer saltar de entre sus brazos. Algo retumba en el cielo, tintinean ventanas y las vidrieras de las iglesias.

Paddy deja caer el último de los anillos.

«*Excito lentos, Dissipo ventos, Paco cruentos*».

Con la última nota, queda un acorde extraño en el aire, en

tensión, como si todo esperara una última nota musical para completarlo y hacer que la armonía funcione. Una música inacabada, imperfecta, apenas audible y que, a la vez, parece retumbar dentro de su cabeza, incluso cuando Paddy, de un manotazo, recoge los anillos.

—¿De dónde viene? —pregunta James frenético mientras se pone en pie y gira sobre sí mismo, oteando azoteas y torres a su alrededor.

LXIX

Por el barrio del Trastevere, al cabo de un rato

Roma es gigantesca. Domenico no tiene pruebas, pero tampoco dudas, de que es la ciudad más grande del mundo. Debe de serlo, puesto que también es la más santa y la más antigua y la más gloriosa, y porque le duelen los pies y las piernas y seguramente no sólo su cuerpo, sino también el de una buena parte de sus antepasados de tanto que han caminado.

Esa armonía vibrante sigue ahí, en el aire, cuatro notas bailado al unísono en una danza frenética. Apenas son audibles. Mientras caminan buscando el origen de esa melodía, los pocos romanos con los que se cruzan les observan con curiosidad.

—¿Podríamos…, podríamos reposar un poco? —se queja Paddy en ese instante, y es la tercera vez que lo hace. Las dos veces anteriores, los demás le han replicado o le han hecho callar.

Ahora simplemente le dedican un silencio resignado.

Si lo piensa, lo único bueno que tiene caminar tanto es que les ha dejado tiempo para hablar, porque un puñado de desconocidos que, por acción del destino, se han encontrado en este *casino*, en este fregado, se han contado quiénes son unos y otros.

Eso no significa, claro, que Domenico no haya entendido ni la mitad de lo que le han contado. La señorita Gentilleschi y ese otro caballero, James Morley, han hablado de sociedades secretas y de magia y prodigios y de una raza de monstruos que llevan semanas arrastrándose bajo su ciudad provocando esa plaga aterradora, y lo más increíble es que, a pesar de todo, una idea se le ha quedado bien grabada en la mollera: que está en sus manos tratar de evitarlo.

Que todos los santos les protejan.

—Viene del otro lado —dice la joven de piel oscura, Tashiin, cuando se topan con el cauce del río—. ¿Verdad? Viene de la otra ribera, estoy segura.

Así pues, guiados por Domenico, encuentran un puente por el que cruzar, aunque a él no le parece que esa música diabólica se esté sintiendo más cerca o más lejos. Es allí, mientras pasan por encima del agua revuelta del río, cuando Domenico reúne fuerzas suficientes como para acercarse un poco a su ángel.

Ella ha sido la única que no ha abierto la boca en su correr por Roma como pollos descabezados. Todo el tiempo se lo ha pasado con expresión pensativa, triste incluso.

Las razones no las conoce de cierto, pero tanto Ida como Paddy le han contado lo suficiente, cada uno por su lado, como para adivinar el porqué de tanta compunción. ¿Debería arrimarse más? Domenico se hace esta pregunta con miedo, de modo que lo único que hace es observarla.

La primera vez que la vio, Domenico creyó que se le había

aparecido un ángel, porque creía que iba a morir y uno espera —si ha sido bueno, y Domenico tiene sus faltas como todos, pero tampoco tantas— que sean los ángeles quienes le reciban en las puertas del cielo. Pero después fue a verla y escuchó su voz, esa voz que hacía del mundo un lugar más hermoso, y hablaron, la conoció y quedó convencido de que su sola presencia provocaba que lo que la rodeaba se contagiara de sus otras cualidades.

Podría decirse que Domenico está enamorado de Ida. Es una conclusión a la que ha llegado él solo, después de mucho cavilar. No le había ocurrido nunca. Se había infatuado de damas que veía pasar por la calle o de muchachas con las que intercambiaba unas pocas palabras, y había soñado con las bellezas pintadas en palacios y esculpidas en plazas, pero…

—Pero, bueno, ¿acaso tengo monos en la cara para que me mires con tanto interés? —le pregunta Ida de repente.

Lo que le ocurre justo en este instante a Domenico es que, al escuchar la voz de Ida, siente una oleada de calor volcánico en las mejillas y se le traba la lengua.

—¿Qué…? ¿Yo? No.

—No, ¿qué? —insiste ella, curiosa, apretando el paso para quedar a su altura. *Ambrose* el jackalope, como un perrito, la sigue.

—No, nada.

Bastante le ha costado determinar sus sentimientos por su ángel, pero esas nuevas revelaciones sobre ella, sobre Paddy —cuando lo piensa, querría sacudirlo, zarandearlo fuerte y preguntarle qué se le pasó por la cabeza para abandonarla—, son como piedras atadas a sus tobillos, porque si Ida quiso a Padraic Doyle, que es valiente, fuerte y elegante, además de un jeta de primer nivel, no sabe qué podría ella ver en él. Todos estos pensamientos pasan rápidos como centellas por la mente de Domenico y, como no va a compartirlos ni ahora ni nunca con

Ida, se contenta con lanzarle una sonrisa. Una un poco desvaída, todo sea dicho.

—Me estaba preguntando si estabas bien, eso es…, eso es todo —añade al cabo de un segundo.

—Ah, eso. —Ida desvía la mirada, con esa tristeza que hoy lleva a cuestas como un peso sobre sus párpados, aunque pronto sacude la cabeza, resuelta—. Sí. Bueno. Tengo mucho en lo que pensar, aunque creo que en las circunstancias en las que estamos lo que me va a faltar es tiempo, pero…

Domenico no sabe si son imaginaciones suyas. O quizá sea simplemente que el pavimento, por falta de mantenimiento, tiene una pequeña irregularidad, pero Ida se ha acercado tanto a él que sus manos acaban rozándose.

—Claro —musita él—. Claro.

Otra sonrisa, aunque no tan conseguida como la anterior, tira de sus labios hacia arriba. Ida necesita tiempo para pensar porque se ha reencontrado con su prometido largamente añorado y Domenico no tiene ninguna intención de inmiscuirse, aunque, al mismo tiempo, el calor en sus mejillas amenaza con derretírselas, así que da una zancada más larga hacia adelante y estira el cuello para comprobar si un poco de aire fresco le ayuda.

—¿Podéis oír de dónde proviene? —susurra la señorita Gentilleschi, mirando a su alrededor con un deje de recelo.

—Sí. Y podemos…, si no es mucho pedir…, ¿podemos descansar un poco? —resopla Paddy, que se detiene un segundo, las manos apoyadas en las rodillas.

De nuevo, ningún miembro de ese improvisado grupo le dedica más que una mirada breve, tras la cual siguen caminando hacia el otro lado del río.

Es un barrio particular, el Trastevere, como si no perteneciera realmente a Roma. Un barrio de extranjeros y

mercaderes. Domenico siente decenas de miradas que se clavan en ellos, pero no es de extrañar, piensa. Como toda la ciudad, el barrio del Trastevere parece estar cayendo en un sueño profundo y ellos son un elemento no sólo extraño, sino sospechoso.

Se detienen a los pies de la iglesia de Santa Maria, con su campanario que domina el barrio entero. Paddy, incluso, se sienta en el suelo. Está sudando a mares, aun cuando el sol no calienta, pero ninguno de ellos repara mucho en ello porque ahora sienten la música más cercana.

No sabe por qué lo hace y, si lo sabe, prefiere no detenerse a pensarlo porque, probablemente, reconocer que se acerca a la fachada de Santa Maria con la intención de encaramarse al campanario para que Ida se fije de algún modo en él quizá sea demasiado para Domenico que, hasta este momento, había pensado que el gran amor de su vida era la propia Roma.

—Ayudadme a subir, ayudadme… —les pide a los demás mientras esas campanas continúan tañendo desde algún lugar al oeste.

Es James quien corre hacia él y, entrelazando las manos a modo de peldaño, ayuda a Domenico a encaramarse al pórtico que cubre la entrada al templo. Desde allí, como animado por algún tipo de fuego en su interior, Domenico se impulsa hacia arriba usando la estatua de mármol de algún santo de expresión perdida como agarradero y, de allí, salta al tejado de la iglesia. La vista desde este lugar es mejor que desde cualquiera de las colinas de Roma, pero no se detiene a admirar el paisaje. Sus ojos se vuelven hacia el lugar del que proviene el sonido.

Ahora sí, por fin.

Ahora sabe claramente de dónde viene esa música.

—Tendríamos que haberlo imaginado —murmura para sí.

La cúpula, como una gigantesca caja de resonancia. De ahí viene.

Roma es una ciudad de arquitecturas imposibles. Torres tan altas que parecen tocar el cielo, acueductos de arcos esbeltísimos, túneles y palacios enterrados bajo la ciudad, pero la cúpula que mira Domenico, con la respiración trabada en el pecho, quizá sea una de las mayores maravillas de la urbe.

San Pedro, en el Vaticano, como no puede ser de otro modo. ¿No es allí donde reside todo el poder de la Iglesia en este mundo? ¿Y no es esa misma Iglesia, la cabeza de la Inquisición, la que ocultó el Último Prodigio?

—¿Qué ves? ¿Qué ocurre? —le pregunta desde abajo James, impaciente.

Y lo que ve es un torrente de personas que hormiguean frente a la basílica y por las calles circundantes. Domenico ha vivido toda su vida en Roma y nunca había visto a tanta gente junta.

Mira hacia abajo. Todos esperan a que diga algo, pero él sólo tiene ojos para Ida, porque presiente que se acercan problemas —o, más bien, serán ellos quienes vayan de cabeza hacia el peligro que les espera—, así que decide, en este momento, que en cuanto pueda le va a decir a Ida que se ha enamorado de ella, y que sea lo que Dios quiera.

LXX

En la plaza de San Pedro del Vaticano, al cabo de mucho correr

—Bueno… —musita la pelirroja Ida, la irlandesa, que ha resultado ser la prometida de Charlemont. A Allegra, desde luego, esta nueva información no le ha afectado en absoluto—. ¿Y ahora qué?

Apenas han logrado adentrarse en la gigantesca plaza que hay frente a la basílica, rodeada de una doble columnata de mármol, como gigantescos brazos que acogen a la multitud. Resuena música de timbales y de cornetas desafinadas, miles de manos se alzan al cielo y Allegra ve algo, primero a lo lejos, pero luego se acerca: un carruaje dorado y de pie en él, como uno de esos emperadores de antaño, un hombre.

Y ese hombre, vestido de un blanco inmaculado, levanta un

brazo al aire. De inmediato, la casualidad quiere que una bandada de palomas blancas salga volando desde detrás de la fortaleza de Sant'Angelo y pasen como un vendaval en vuelo rasante por la plaza.

—Dijo… —comienza Paddy. Tiene un aspecto terrible, pero el ceño fruncido de determinación—. Dijo que los que gobiernan esta ciudad son corruptos y estúpidos. Que la gente vería que él…, que él puede salvarla.

Todavía está demasiado lejos para verlo bien, pero es él, sin duda: el vizconde de Roden. Es él, el mismo que tiene una legión de monstruos bajo la ciudad, el mismo que es la causa de esa muerte que pende sobre sus ciudadanos, el que ahora llega vestido de salvador. La ira que siente Allegra en ese momento apenas puede contenerla en el pecho.

—Pero… no puede, ¿verdad? —aventura Domenico, que se ha acercado a Paddy y ahora le ofrece un hombro sobre el que apoyarse—. Es decir, si todo lo que nos habéis contado es cierto, necesita el Último Prodigio.

—También podría destruir a sus monstruos, pero supongo que sería mucho pedir —resuelve Paddy con una mueca.

—Entonces… —Allegra, cree, habla por todos cuando dice —: Vamos a demostrar que es un farsante. Vamos a encontrar el prodigio antes que él.

Lo harán aquí, ahora. Están cerca, sólo les queda desentrañar un misterio más, comprobar adónde les lleva ese camino de miguitas de pan que han seguido por toda Roma. A lo lejos, resuena un trueno. Por la mañana el cielo parecía un espejo, limpio de nubes, pero ahora amenaza tormenta.

Allegra mira a su alrededor a la espera de una señal. James, que se ha quedado un poco apartado del grupo, levanta el mentón.

—Ya estamos cerca, pero es tan débil… Escuchad. —Esa

vibración que llevan siguiendo desde el otro extremo de la ciudad, pueden sentirla incluso por encima de los gritos de la gente—. Un momento, dejadme intentarlo… —añade entonces.

Algo sigue rumiando, algo se le acaba de pasar por la cabeza cuando, sin mediar palabra, James toma la maltrecha funda de su violín, que lleva acarreando todo el día. Sin perder el tiempo, apoya el instrumento bajo su barbilla, levanta el arco en el aire y comienza a tocar. Cuatro notas en rápida sucesión, las mismas que forman ese acorde fantasma al que persiguen. La mayor parte de la gente que les rodea ni siquiera repara en él. Deben de pensar que es uno de los muchos músicos callejeros que, al ver tal muchedumbre, ha aprovechado para ganarse algo de jornal.

—Escuchad —murmura James sin dejar de tocar—, escuchadlo bien.

La música cambia en ese justo instante. Varía el orden de las notas, su ritmo y cadencia. James está jugando con ellas, acariciándolas hasta que, de fondo, a Allegra le parece que se funden y crecen con la música de los anillos. Cuando James baja el arco del violín, se ha formado un nuevo sonido. Es un eco. Es lo que queda flotando en el aire cuando la música se acaba. Sutil pero poderosa. Es la música que no se ve y que eriza los pelos de la nuca y hace brotar lágrimas de quien la escucha.

Rápida como una centella, la música ahora proviene de la fachada de San Pedro.

—¡*Ambrose*! ¡*Ambrose*, no! —grita Ida.

Allegra se gira al tiempo de ver cómo el animalito echa a correr. Parece que la entienda, porque le dedica una mirada rápida, pero que no le importe. Un conejo con cuernos de ciervo, vivir para ver. Lo persiguen mientras el ser se escabulle por entre la gente a saltitos decididos.

Cinco puertas tiene la basílica de San Pedro. Allegra

siempre ha pensado que sólo un gigante sería capaz de abrirlas por la fuerza, pero ahí están las grandes hojas de bronce dobladas e inservibles por las que pasa primero *Ambrose* y ellos, detrás. Dentro hay una mezcolanza extraña de personas: las hay que miran hacia el techo con expresión bobalicona, los que pasean entre frescos y se detienen a observar una escultura de la *Pietà,* tan perfecta que parece que la piel de la Virgen sea real. Luego, hay quien corre, lámparas y cirios en mano, llevándose todo lo que encuentra de valor antes de que los soldados que deben concentrarse en el palacio del papa reúnan el valor suficiente para salir a detener el saqueo.

Ambrose se detiene en medio de la nave central del templo. Olisquea el aire, moviendo a toda velocidad su nariz de conejo, como dudando, hasta que James vuelve a tocar esas cuatro notas.

La vibración posterior ya no es sólo un eco fugaz. Gana fuerza, sube por las columnas y se amplifica en las bóvedas y capillas, como si la basílica fuera una copa gigantesca y alguien estuviera pasando un dedo por su borde.

Ambrose vuelve a lanzarse hacia adelante, aunque ya no les hace falta seguirlo. El lugar que buscaban se ha revelado por fin. Sobre el altar principal del templo hay un baldaquino hecho de bronce dorado y Domenico, no puede evitarlo, dice que lo esculpió el extraordinario Bernini. Suben los escalones que llevan hasta allí, sin importarles que sea un lugar sagrado, prohibido incluso para ellos. La perspectiva de acabar su búsqueda les llama, así como esa música.

Y allí está *Ambrose*, el primero en llegar, tan tranquilo, acicalándose una pata. Les dedica una mirada como amonestándoles por haber tardado tanto.

—Ven aquí, tonto, que no puedo perderte de vista ni un momento —dice Ida de inmediato. El animalito se deja coger en brazos soltando un gorjeo de protesta.

Allegra se arrodilla. Cae con tanta fuerza que le duelen los huesos por el golpe, pero no podría importarle menos. Allí, justo donde *Ambrose* se ha detenido, una losa es distinta a las demás. Está agrietada, una herida reciente, tal vez provocada por esa misma vibración que les ha guiado hasta aquí, que deja ver una oquedad y cuatro escalones que se hunden en la nada.

Fuera, la multitud grita de júbilo. No es por ellos, por supuesto. El vizconde de Roden debe de haber llegado ya a la plaza, pero a Allegra le resulta una coincidencia curiosa.

No hay tiempo para dudas. Allegra pone un pie en el primer peldaño y, luego, en el segundo. Allí, en un soporte clavado en la piedra hay una lámpara que ella coge sin dudar. Un aire cálido, seco, le alborota el cabello mientras sigue bajando hacia las entrañas de la tierra.

A la luz de esa humilde lámpara, lo primero que ven son paredes pintadas de colores rojos y ocres, flores, pájaros, un dios con el sol como corona montado en un carro. Los escalones los han llevado a un lugar que parece imposible, una ciudad bajo la ciudad. Sus pasos transcurren por una especie de callejuela estrecha, flanqueada por construcciones medio aplastadas, aunque no derrotadas, por el peso de la gran basílica de San Pedro.

—Son tumbas —exclama Domenico—. Aquí antes… había un gran cementerio, y los cementerios eran sagrados para los antiguos. No se podían destruir, pero sí… se podía construir encima. Eso hizo el emperador Constantino cuando edificó aquí la antigua basílica, pero pensaba que todo esto estaba perdido para siempre… Es hermoso…

—Es el hogar de la muerte —le corta Paddy con un jadeo, como si le faltara el aliento—. Encontremos el Último Prodigio y marchémonos de aqu… ¡Ay!

Ha sido Ida quien le ha dado un manotazo para que no

acabe la frase. Allegra no puede evitar mirarlos, como tampoco puede evitar una punzada extraña en la boca del estómago que no sabe qué significa exactamente y, a decir verdad, tampoco tiene ahora tiempo para indagar en sí misma. Sacude la cabeza. El único pensamiento que se permite ahora es el Último Prodigio. Encontrarlo y marcharse de este lugar que, aunque hermoso, le da escalofríos.

Al final de esa extraña calle subterránea encuentran, al fin, otra puerta que da a otra serie de escalones que se sumergen todavía más en el subsuelo. No hay pintura que la decore, es sólo una abertura cruda en la tierra, como un mordisco. Con la lámpara en alto, Allegra abre el camino otra vez. Los peldaños primero están hechos de ladrillos descascarillados, pero, tras unos pocos pasos, nota la piedra bajo sus pies. Y Allegra se pregunta si lo que buscan se encontrará por fin al final de ese descenso.

La escalera acaba abruptamente. Allegra da un traspié. Paddy, que va detrás de ella, choca contra su espalda y musita una disculpa a la que ella no responde.

La calidad del aire ha cambiado, los sonidos también. En su tropiezo, sus pies han lanzado un sonido seco al aire que, ahora, les regresa ampliado cien veces.

Vuelve a levantar la lámpara.

—Más luz —implora—. Dadme más luz…

—Aquí hay más lámparas, espera —se apresura James. Pronto todos ellos llevan lámparas de latón ennegrecido en las manos. Todavía tienen aceite dentro y un cabo de mecha seco pero que aún prende. Las encienden y ni siquiera así la luz combinada de todas ellas logra iluminar la sala, gigantesca y repleta de estanterías, gabinetes y librerías, a la que han llegado.

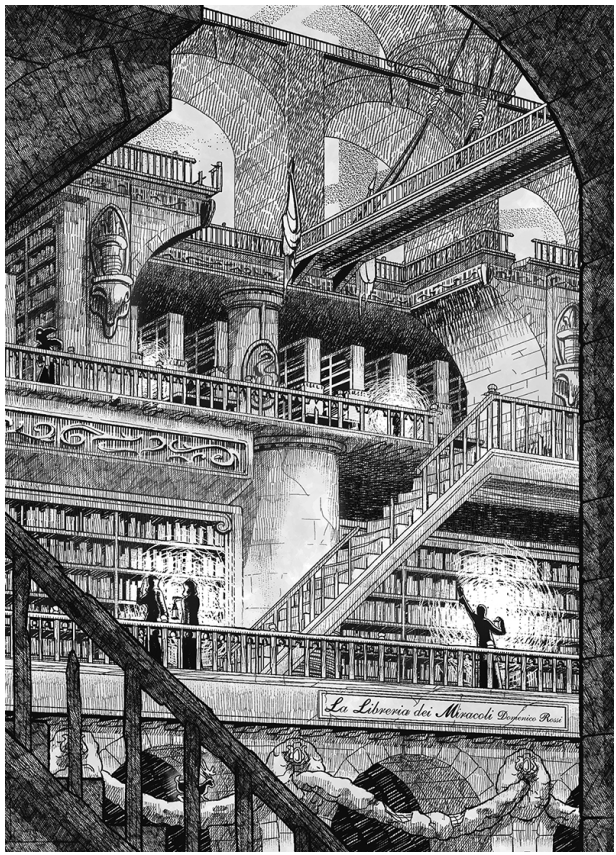
LXXI

En la biblioteca de los prodigios, después de bajar escalones y más escalones

Es una biblioteca. Aquí, bajo la ciudad. Un laberinto de pasajes y recovecos, de salas y rincones. Es imposible abarcarlo todo. Las lámparas iluminan tenuemente espacios cada vez más lejanos a medida que sus compañeros exploran por su cuenta. Quién sabe desde cuándo está aquí, desde cuándo lleva la Iglesia ocultando este tesoro que tiene ante sus ojos.

James, con el asombro brillándole en las pupilas, levanta su lámpara en alto. Aquí, un estante lleno hasta arriba de pergaminos polvorientos. Allá, en un nicho excavado en la roca viva hay docenas de baratijas amontonadas, campanillas y tambores. Cuando vuelve la mirada a su izquierda, se sobresalta al ver una boca gigantesca, abierta en un rugido mudo. La

calavera, ya sólo un montón de huesos amarillentos, parece humana, salvo porque tiene el tamaño de un tonel y porque no tiene dos cuencas oculares, sino una sola.



A cada paso que da, más prodigios encuentra. Quiere investigarlo todo y, a la vez, no puede decidirse por dónde empezar porque teme no tener tiempo en esta vida para abarcarlo todo, leerlo todo, conocerlo todo.

Al final, su mano se detiene sobre un tomo fino encuadernado con primor, que levanta una nube de polvo cuando lo saca de su estantería.

—Aquí hay partituras… —susurra más para sí que para los demás. Aun así, debe de haber hablado más alto de lo que creía

porque, de inmediato, oye pasos que se le acercan—. Hay…

Ahora que ha empezado, James no puede parar. Abre libros, despliega pergaminos, hay música de todas las épocas, salmos e himnos, escritura de los imperios de oriente, egipcio copto y en la escritura de los árabes.

—James.

—Aquí está la partitura completa de *l'Arianna* de Monteverdi. Hace un siglo que la Inquisición la declaró música prohibida cuando, en una representación en Florencia, las barandas de madera del teatro comenzaron a brotar como si fueran árboles vivos. Hay conocimiento suficiente para cambiar el mundo, para mejorarlo, esto es mucho mayor que el Último Prodigio, esto…

—James —repite Ida.

Por fin levanta la cabeza. Los demás han dejado de vagar por esta biblioteca de prodigios y están frente a él, siete siluetas que sostienen sus míseras linternas, con expresiones sombrías como ánimas de camino al purgatorio.

Ida, tras inspirar una bocanada de aire, da un paso hacia adelante. Tiene miedo en los ojos.

—James, ¿por qué no…, por qué no dejas eso?

Él, entonces, se mira las manos, como están haciendo los demás. En ellas está su violín. Ni siquiera recuerda cuándo lo ha sacado de su funda, pero ahora que lo ve, el cuerpo le tiembla de ganas de volver a sentir la música fluyendo a través de él, de ser testigo de todas y cada una de esas maravillas que han estado tanto tiempo ocultas entre las páginas de estos libros. Es casi doloroso guardar el violín.

—Claro, claro. Por supuesto. Deberíamos seguir buscando —dice con voz neutra. Unos pasos más allá, Revna se ha detenido también para observarlo—. Si lo que creemos es cierto, el Último Prodigio debería estar por alguna parte.

Se da la vuelta. La boca se le ha quedado atrapada en un rictus tenso que él, para relajarlo, frota con una mano. Ida tiene razón. Necesitan el prodigio, por la ciudad. Pero, al mismo tiempo, cuanto más camina y más admira de esta biblioteca, más le tiemblan las manos, le hierve la sangre, como si todo el poder contenido aquí haga que esta le corra más rápido por las venas.

—¿Tú lo sabías? —La voz de Allegra, suave como el terciopelo pero con una cualidad de puñal, le vuelve a despertar del anhelo que el descubrimiento de la biblioteca le está provocando—. ¿Tú sabías que existía algo así?

—¿Cómo iba a saberlo? —responde él, todavía con la boca seca y la sangre murmurándole en los oídos—. Todas las crónicas, todas las historias… Todos sabemos, o sabíamos al menos, que la Iglesia jamás se ha molestado en entender lo que desconoce y que el fuego siempre ha sido su mejor arma. Pero tiene… sentido. ¿Quién en su sano juicio tendría valor para destruir un poder así?

—Cuanto más lo pienso, la verdad, menos me extraña. Todo esto es un arma, James. —Allegra le mira, las cejas fruncidas—. Y nadie destruiría un arma así si puede esconderla.

Un arma, dice Allegra. De nuevo, las comisuras de la boca de James se estiran hacia los lados mientras acelera ligeramente el paso por una galería que va bajando en espiral, como si condujera al mismísimo infierno.

—Suenas como lo harían ellos. No es un arma, Allegra. Es un regalo. ¿Acaso no hiciste el juramento?

Sabe que lo hizo. Sólo así podría llevar la máscara de la Sociedad de la Garduña. El padre de Allegra rompió la regla de entrenarla, pero esa no la habría roto jamás. El juramento de los Hermanos, el juramento con el que los miembros de la Sociedad prometen dedicar su vida a que los prodigios vuelvan a florecer en el mundo.

—Creo en el juramento, pero ha quedado bastante claro que no podemos creer en la Sociedad.

Él asiente. Hierático. Serio.

No pueden confiar en la Garduña. Tiene razón Allegra. No pueden. No estando en manos de quien está. No cuando arriba, sobre sus cabezas, se está fraguando la traición. Rehúye la mirada de Allegra. Se aleja de ella y también de los demás.

James camina entre libros y polvo y por delante de la piel de alguna clase de criatura reptiliana colgada como si fuera un horrible tapiz. Se ha perdido, aunque no se preocupa. James ha pasado perdido gran parte de su vida.

Con sus padres, cuando era niño y sus obligaciones con la Garduña les llevaban de extremo de Europa a extremo de Europa. Se encontró a sí mismo en Roma, en su arte y su erudición, y en sus calles bulliciosas.

Al morir sus padres, se perdió de nuevo. Se vio abocado a una vida sin rumbo, sometido a las inclemencias del tiempo, no más libre que un oso amaestrado bailando al son de una flauta. Pero todos los caminos llevan a Roma. Eso siempre lo ha sabido, como siempre supo que, tarde o temprano, regresaría.

James se detiene. Le falta el aire y no sabe por qué.

Sabe lo que tiene que hacer. Ahora. Sabe perfectamente qué tiene que hacer. Dar un paso hacia delante, cruzar la cámara sin que sus pasos resuenen por esa cúpula infinita. Apagar, con un gesto rápido, la candela que delata su posición. Puede escuchar a los demás moviéndose y charlar a media voz. No se darán cuenta.

Y si se percataran…

Ha llegado demasiado lejos, ha hecho demasiadas cosas ya. Ya tiene demasiadas culpas sobre su espalda, unas pocas más no harán diferencia alguna.

No. No la hacen.

«Sé lo que has hecho».

La voz le parece tan real que James, asustado, levanta la mirada.

Es la voz del Turco, pero el Turco, viejo testarudo, está muerto.

James sacude la cabeza, las palabras todavía rodeándole como fantasmas.

—Sé lo que has hecho —dijo el Turco. Lo agarró con aquellas manazas suyas mientras a su alrededor, en aquel pueblo de Francia, todo era caos.

Él logró mantener la expresión de inocencia unos segundos, a sabiendas de que el Turco no le iba a creer. ¿Desde cuándo sospechaba? ¿Desde cuándo lo sabía?

—¡Déjame!

Se zafó de él. El monstruo, el *nachzehrer,* los había encontrado y la gente corría. Todo estaba oscuro, lleno de gritos. Aun así, cuando James trató de retroceder, el hombre se abalanzó detrás de él.

—Eres un insensato, James Morley. O un loco —jadeó horrorizado el Turco—. ¡Tú has hecho que esta bestia nos haya seguido hasta aquí! No se la pusiste, ¿verdad? La piedra dentro de la boca. Lo dejaste libre y ahora nos ha encontrado…

Él sacudió la cabeza. Sí. El Turco le había descubierto, pero tenía que hacerle entender por qué, por qué lo había hecho…

—Pero así nos escucharán. No podrán ignorarnos más, tendrán…

—No vamos a hacerlo. No iremos a Roma, James. ¿No lo entiendes? Es por tu bien.

Fue el Turco quien le enseñó a luchar. Aquellas primeras semanas, cuando lo enviaron fuera de Roma con aquella estrafalaria compañía de saltimbanquis, era incapaz de dormir de puro terror, se asustaba de su propia sombra y de los ruidos de

los bosques por los que viajaban. El Turco, que a ojos del James niño era como un gigante salido de una leyenda, le enseñó el arte del sigilo, el de la espada y la pistola. Le enseñó de bombas y venenos y a llevar siempre una daga escondida en la manga.

Y pese a todo, no vio venir el ataque hasta que el puñal estuvo firmemente clavado en su corazón.

Cayó muerto allí mismo, con los ojos desorbitados por la sorpresa.

James ni siquiera tuvo que contarles mentira alguna a los demás. Vieron al Turco muerto, con el pecho ensartado, y culparon al monstruo equivocado.

Después de aquello, James se ha preguntado en muchas ocasiones cómo lo descubrió.

Quizás el Turco lo había estado vigilando desde las sombras mientras enterraba al malogrado Brandon Charlemont sin esa piedra que debía detenerlo entre los dientes, pero con su propio pañuelo para que les siguiera el rastro.

Quizá, simplemente, el Turco le conocía demasiado bien y, de algún modo, le veía la culpa en los ojos con cada muerte que sembraban a su paso.

Porque James siente culpa… y un remordimiento que es como agujas dentro del corazón, pero es que fue un error enviarlo con la compañía tras la muerte de sus padres. Un castigo que él no habría merecido jamás. James sabía que sólo algo grande, algo que sacudiera los mismísimos cimientos de la ciudad, lograría hacer que en la Garduña reaccionaran.

Y James, al fin y al cabo, lo ha logrado. Ha regresado al hogar, a Roma, a su vida. Y ha encontrado lo que tantos otros antes que él juraron preservar.

Echa una última mirada hacia atrás. Los demás son sólo tenues resplandores perdidos por el laberinto de estanterías. Da un paso. No tardará en regresar.

LXXII

En la biblioteca de los prodigios, al mismo tiempo

No hay ni una maldita silla ni un miserable banco en este horrible cementerio de libros, así que Paddy, tras decidirlo unilateralmente, se sienta en el suelo. Ni siquiera le importa el polvo de lo que parecen siglos en su ropa. Está muy cansado.

Ahogando un bostezo, se frota la cara. Ahora entiende que ha sido un error sentarse, porque nada más hacerlo el sueño comienza a apoderarse de él, pero no debe dormir ahora. La idea es atractiva, desde luego. Dormir y olvidar por un tiempo el enredo en el que se ha metido. Monstruos y robos y bibliotecas escondidas. Él no firmó eso cuando decidió tomar la identidad de Brandon Charlemont. Sólo quería comida decente, un poco de diversión y amasar una discreta fortuna a costa del incauto

pariente de Charlemont, pero ahora se ha estropeado todo.

—Alguien va a pisarte si te quedas aquí, Paddy. —Da un respingo sobresaltado. Sí que se estaba quedando dormido, pero la voz de Ida, que está de pie a su lado, le ha despertado de golpe.

—Ya sería mala suerte, con lo grande que es esto. —Hace amago de levantarse, pero las fuerzas vuelven a fallarle, así que Paddy decide quedarse donde está y simplemente suspira—. Sólo estoy descansando un poco. Ya que hemos llegado hasta aquí, dudo que al dichoso prodigio le salgan patas y se marche por sí solo, de modo que puede esperar.

Levanta el mentón hacia Ida, ya que supone que ella va a marcharse, pero en vez de eso la muchacha acaba por menear la cabeza y se sienta a su lado. *Ambrose* corre a acurrucarse en su regazo.

—La verdad sea dicha, esto es agotador.

Los dos se quedan quietos, callados y con los hombros tocándose ligeramente. Y es tan extraño. Solían pasar mucho tiempo así, sentados y sin hablar, cuando vivían allá, en Gleann Arma, porque en un pueblo de apenas cuatro calles los temas de conversación se agotaban pronto, pero a ninguno de los dos le importaba hacerse compañía en silencio.

Es extraño, sí, pero también asombroso que incluso cuando Ida (supone) sigue furiosa con él, e incluso después de tantos años, todavía tenga la impresión de que, si ella está cerca, todo va a ir bien.

—Oye, Ida —acaba diciendo al cabo de un buen rato. Se está durmiendo otra vez, así que, antes de que ella le responda, añade—: Siento que te hayas visto metida en esta situación. Y lo de haber viajado hasta el otro extremo del mundo. Dos veces.

—Sólo faltaría. Que no lo sintieras, quiero decir.

—No soy tan…

—¿Egoísta? ¿Descerebrado? ¿Caradura?

Él asiente. Las palabras de Ida duelen más de lo que imaginaba. Pero la verdad duele, decía siempre su madre, y sabe que ambas están en lo cierto.

Ella se echa a reír de repente. Su risa está fuera de lugar en el sitio tan lúgubre en el que se encuentran.

—Mi padre siempre me decía que eras un *malandando* y un jeta, y resulta que tenía más razón que un santo, pobre hombre.

—Pero he intentado cambiar. —Qué escasa suena esa excusa ahora—. Todo esto, en realidad, es porque pensé que por una vez podía hacer algo por los demás y no por mi propio beneficio. Y mira cómo ha salido.

—Quizá necesitabas más práctica en eso de ser honrado antes de meterte en un enredo tan grande, Paddy.

—Tú también tienes más razón que un santo, Ida, ¿lo sabías?

—Claro que lo sé. Mira, bien pensado, aquí el que realmente ha salido perdiendo de los dos con eso de no casarse eres tú.

—¿Eso es que me perdonas?

—No, eso es que me alegro de no haberme casado contigo, que es distinto.

Se apoyan el uno en el otro, como hicieran tantas veces de niños.

—¿Sabes, Ida, quién es trabajador, honrado y buena persona? Domenico. No le digas que te lo he dicho, no se le vaya a subir a la cabeza, pero es un gran partido.

Ella se queda callada, un poco pensativa. No sabe si es impresión suya, pero un ligero calor parece irradiar de su persona, posiblemente de sus mejillas, pero está tan oscuro que él no lo ve.

—Pues a mí Allegra me parece una muchacha muy sensata. Y lo bastante lista como para mantenerte por el buen camino si

no estoy yo para hacerlo. —Ahora es él quien se sonroja—. ¿Qué? —se defiende Ida—. ¿Qué te piensas, Padraic Doyle? ¿Que no tengo ojos en la cara o qué?

Cuando él sólo es capaz de balbucear una disculpa, Ida le da unas palmaditas en la rodilla mientras murmura algo como: «Ahora voy yo y encuentro el dichoso prodigio de una vez, ya verás».

Se marcha dejándolo solo. Durante unos minutos parece que el sueño que comenzaba a arrastrarlo se ha esfumado. Un poco más allá, una luz se mueve poco a poco. Reconoce perfectamente el perfil de Allegra recortado entre las sombras y, entonces, una punzada de angustia le atraviesa el estómago. Piensa en lo que ha dicho Ida. Si hay una cosa que Paddy ha estropeado sin remedio es su relación con Allegra. Claro que, de haber sabido que él era un vividor muerto de hambre, tal vez ni siquiera le hubiese dirigido la palabra.

Su necesidad de hablar con ella, cara a cara, es mayor que ese cansancio que le atenaza el cuerpo, que ya es decir.

—¿Qué? —suelta Allegra antes incluso de que Paddy pueda acercarse lo suficiente. Le aterra y le fascina a partes iguales esa forma que tiene ella de controlar todo lo que le rodea. Parece un verdadero prodigio.

—Nada. Nada —dice él. Se ha puesto nervioso de repente, aunque sea cierto. Se ha acercado a Allegra, sí, pero es que, por una vez en la vida, no tiene ni un plan ni una jugarreta en mente, sino sólo a ella. Además, ni tretas ni juegos servirían de nada, porque Paddy es duro de mollera, pero no tanto como para no entender que no está en sus manos si Allegra le perdona o no, está en las de ella.

Pero puede que ese «nada, nada» sea una especie de tregua, porque Allegra le hace un gesto con el mentón y durante un buen rato los dos caminan por esos pasillos interminables.

Mueven libros en busca de mecanismos ocultos, acarician las paredes con las manos. En una ocasión, Allegra vuelve a lanzar los anillos de los obispos al suelo, aunque lo único que consigue es que todo el sistema de túneles y cavernas resuene estruendosamente, como si se encontraran en el interior de una gigantesca campana.

—Con suerte, lo encontraremos tarde o temprano.

—No me hables de tu suerte ahora —resopla ella—. En realidad, preferiría que no hablases en absoluto.

Paddy levanta las manos en señal de rendición, pero cuando han pasado por tres pasillos y cruzado al menos tres salas de ese laberinto de libros y estantes, decide sacarse de dentro una duda que le corroe:

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Desde luego que sabe que ella no le va a dejar, así que continúa—: Si hubieras sabido quién era de verdad, si hubieras sabido mi nombre y mi origen, ¿te habrías fijado en mí? ¿Me habrías hablado siquiera?

—No intentes redirigir la realidad. No soy yo la que ha actuado mal aquí, *Paddy*. —Y esta última palabra, su nombre, «Paddy», lo dice con una entonación distinta. Escucharlo de sus labios es hasta confuso para él.

Paddy calla. Hay algo más que enfado en la voz de Allegra. Él es bueno discerniendo esas cosas. Es, de hecho, lo que le hace tan bueno en lo suyo. Y ese sentimiento que hay, además del resentimiento, es tristeza.

—No te he preguntado eso.

—Desde luego que no.

—Si no hubiera hecho lo que he hecho, si no hubiera tomado prestada la identidad de Brandon Charlemont, no te habría conocido.

La vio, lo recuerda, de pie junto a su madre. No fue la belleza de Allegra lo que primero llamó su atención, ni la

perfección de su postura, que cualquier dama de buena cuna envidiaría. Lo que a Paddy le atrapó de ella en un primer momento fue que, bajo esa fachada, Allegra estaba pendiente de todo lo que ocurría a su alrededor. Todo lo analizaba, desde quién componía los corrillos de gente charlando a los camareros que se movían de un lado al otro hasta el muchacho de voz celestial que estaba cantando un aria junto a la orquesta. Allegra observaba con tanta atención que, por un instante, Paddy llegó a pensar que era alguien como él.

Sus miradas acabaron encontrándose, era sólo cuestión de tiempo.

Paddy se excusó con la gente con la que estaba hablando y fue a acercarse con aire despreocupado a la mesa llena de entremeses. Segundos después, ella apareció a su lado, claramente interesada en una bandeja de buñuelos de miel.

Él se presentó con un gesto grandilocuente y una reverencia, ella se tapó una risita con una mano de dedos espolvoreados de azúcar. Hablaron. Fue como la batalla más agradable de la historia, puesto que Paddy, por inclinación natural, siempre habla más fuerte y más rápido que los demás, pero ella no le permitió tomar la ventaja en ningún momento. También, durante ese tiempo que a Paddy le pareció transcurrir fuera del mismo mundo, como si sólo existieran ellos dos sobre la faz de la Tierra, sus cuerpos comenzaron a comunicarse por cuenta propia. Una sonrisa, un roce casual cuando los dos acercaron la mano hacia el mismo y particular bocado de comida. Era un juego al que todo el mundo juega en Roma, hombres y mujeres, casados o solteros, donde incluso el Santo Padre tiene más de una amante y los escándalos de faldas ayudan a amenizar las tertulias de la tarde.

Todo ese tiempo, Paddy sabía qué le atraía de la *signorina* Gentilleschi: una inteligencia que cortaba y el atisbo de algo

oculto, como si ella mostrara sólo una parte de sí misma (y cuánta razón tenía, se dice Paddy). Allegra era un reto, aunque no como alguien a quien conquistar o derrotar, sino como alguien a quien entender, un enigma fascinante.

Acabaron los dos en la propia alcoba de Allegra, conociéndose muchísimo mejor, a la hora de los postres.

En la oscuridad de la biblioteca de los prodigios, todavía con ese recuerdo revoloteándole en la mente, Paddy sonríe. No puede hacer nada por evitarlo, es un recuerdo bonito, incluso aunque luego tuviera que escapar por la ventana.

—¿De qué te ríes ahora?

No quiere romper el momento, pero tentado está de decirle realmente lo que está pensando. Que Domenico tuvo que avisarle de que se le estaba viendo el culo mientras descendía por la enredadera. No lo hace, claro. Aunque lo de reírse de sí mismo también sea uno de sus talentos. Y no lo hace porque prefiere que Allegra siga mirándolo así, con interrogantes en las pestañas y en los labios, como si él también fuera un enigma a descubrir y resultase que, por una vez, estuviese a la altura.

Así que se queda callado como pocas veces en la vida ha querido estar. Y eso, tratándose de Paddy Doyle, es toda una proeza.

Pese a todo, el silencio no impide que entreabra la boca porque ha notado que Allegra se ha acercado un poco más a él. De nuevo sin decir nada, tan sólo con un parpadeo, él le indica que va a besarla antes de que encuentren ese endiablado prodigio o antes de que su tío, el vizconde, que no es su tío, les encuentre a ellos y acaben devorados por esos monstruos que guarda en las cloacas.

Quizás Allegra esté pensando lo mismo. O quizá no, porque Paddy nunca sabe en qué está pensando Allegra. Puede que esta sea esta otra de esas primeras veces en las que acaba de

caer Paddy: una en la que ambos están de acuerdo en algo. Y lo corroboran mientras sellan sus labios en un beso que, por lo menos Paddy, no quiere que termine.

LXXIII

En la biblioteca de los prodigios, al instante siguiente

Le falta el aire. Cuando Allegra abre la boca para respirar, lo único que encuentra es a Paddy, su boca cálida, suave, y unos besos frenéticos a los que ella, con un gemido, responde ávidamente.

El día que se conocieron, en su casa, Allegra estaba cansada, porque la noche anterior la había pasado como tantas otras vagando por la ciudad. Estaba aburrida también y un tanto enfadada con su madre; al fin y al cabo, había insistido en festejar aquella celebración en villa Gentilleschi con la esperanza de que hiciera buenas conexiones sociales o, si Dios quería, encontrara marido.

En lugar de eso, Allegra vio a aquel joven que llevaba una

sonrisa como un ejército invasor en los labios.

—Hacía tanto que… —susurra él mientras, con una última ristra de besos, acaba por enterrar el rostro de Allegra allí donde la mandíbula se le funde con el cuello. Es una pausa breve, una tregua, un armisticio. El aliento de Paddy sobre la piel le hace estremecerse y ella querría responderle con palabras, pero acaba haciéndolo con un gemido—. Volvería a ser Brandon Charlemont. Volvería a ganarle hasta el alma jugando a las cartas para ser él una y mil veces si con ello pudiera conocerte.

Es una afirmación estúpida. Insultante incluso, porque Allegra sigue furiosa con él por su engaño, pero aun así a ella le tiemblan las piernas un instante, tanto que tiene que agarrarse con fuerza a su cuello. Incluso entonces, le parece que zozobra. Quizá por esa razón es ella la que ahora le besa. Lo busca, insistente, en la punta de esa nariz de truhan que tiene, en las mejillas de caradura y en sus labios mentirosos, se aferra a su cuello y se aprieta contra él, dejando que la rodee con los brazos.

—¿Y si fueras tú mismo por una vez? —logra articular entre jadeos. La mano de Paddy ha dejado atrás la zona segura de la cintura y se ha ido a explorar climas más cálidos entre sus muslos.

—Pero yo no soy nadie. Un labriego con aires de grandeza.

—Eres un idiota.

Eso es: un idiota, porque ese muchacho rubio como un sol en el que se fijó y que le ha traído una infinidad de dolores de cabeza quizás haya hecho todo eso porque se avergüenza de ser quien es.

Quizás es que Allegra está enfadada por eso o, quizá, porque las manos de Paddy, y esos labios que no han dejado de besarla, comienzan a abrumarla, así que le da un empujón para cambiar las tornas. Es ahora la espalda de Paddy la que choca contra la pared más cercana con un sonido atronador y son las

manos de ella las que lo buscan y los labios de Allegra los que lo besan por si, por piedad, él deja de decir tonterías de una maldita vez. Mal que le pese, aun furiosa con él, aun cuando lo apuntaba con su ballesta o cuando han corrido para salvar sus vidas, las ganas de besarlo han estado presentes como una molesta espina clavada en el pecho.

—Allegra…

Ella atrapa entre los dientes su labio inferior para acallarlo, para empujarlo con más fuerza contra la pared, que cruje a modo de protesta. Lo que comenzó con un juego en aquella habitación mientras su madre llamaba a la puerta ha mutado en algo distinto cada vez. De amantes a enemigos y de enemigos a aliados a la fuerza. ¿Y ahora? Allegra enreda las manos en el cabello rubio de Paddy, deshaciéndole la coleta con la que lo lleva atado en el proceso. Entonces, respira. Sus besos se vuelven más reposados y las caricias más suaves.

—Allegra —repite él, aunque parece distraerse por un instante, tal vez por culpa de la mano que está explorando su espalda—. Allegra, *que esto se rompe*.

Bien podría haberle avisado antes porque a Allegra sólo le da tiempo a levantar la cabeza antes de que el muro contra el que están apoyados acabe cediendo y se precipiten a través de él con un estruendo y rodeados una nube de polvo que le sabe a moho.

—Maldición —se le escapa a ella.

—¿Estás bien?

—Sí. Me has amortiguado la caída.

—De nada.

La joven sacude la cabeza, aturdida. No se ha hecho daño, pero una humedad desagradable en el brazo le indica que se ha hecho un rasguño al caer, aunque no podría importarle menos, no cuando levanta la mirada y ve lo que ve.

La pared que ha cedido bajo su peso escondía una pequeña

sala. Todo laberinto tiene un centro y es este: el corazón de la biblioteca.

Se incorpora renqueando. Todavía le cuesta mantener el cuerpo bajo control, le tiemblan las piernas, siente la piel tirante, como si una nueva quisiera brotar debajo, pero ya no es por Paddy, o no sólo por él.

Allí, sobre un pedestal de piedra, reposa una copa de plata ennegrecida, la misma que se perdió hace tanto, la misma con la que van a salvar la ciudad. A su lado, un atijo de partituras amarillentas.

«Padre. Padre, la he encontrado».

—Por fin.

En cuanto Allegra habla, le parece que la copa le responda con una vibración agudísima, como si alguien estuviera pasando un dedo por el filo del metal.

No hay tiempo para admirarla ni para ceremonias ni dudas. Ni siquiera lo hay para que Paddy se sacuda el polvo que se le ha quedado pegado a la ropa. Ella toma las partituras, cubre la copa con el borde de su capa, el metal está extrañamente caliente, le parece, y salen de vuelta al laberinto de pasillos, escalinatas y salas de la biblioteca. Algo debe de haber en sus pasos apresurados, porque son los demás quienes van a su encuentro en la gran habitación que vieron al llegar.

—¿Lo habéis encontrado? —pregunta Revna, la odiniana, con los ojos clavados en el bulto que oculta Allegra. Sus compañeros, el italiano callado y la joven árabe que siempre va con él, se inclinan hacia delante e intercambian unas palabras demasiado rápidas como para que ella las entienda. Ida, en cambio, pasea la mirada de Paddy a ella alternativamente, con las cejas levantadas.

Aunque, claro, es imposible que se haya dado cuenta de lo que estaban haciendo antes de encontrar el Último Prodigio. O

eso espera Allegra, porque la alternativa sería morirse de la vergüenza allí mismo.

—No os penséis que ha sido fácil —se apresura a responder Paddy—. Estaba oculto tras una pared falsa. Ha sido una suerte que tuviéramos el buen tino de comprobar si las paredes eran macizas o no.

—Ah. Entonces, *eso* explica los golpes —responde Ida con la cabeza ladeada y una media sonrisa entre los labios.

No. Allegra está segura de que Ida sabe perfectamente qué estaban haciendo, y la risilla que se le escapa al resto de la compañía se lo corrobora. Por suerte, morir no se muere, pero siente una explosión ígnea en las mejillas mientras balbucea:

—Cuando la Inquisición y la Iglesia robaron el prodigio, seguramente quisieron asegurarse de que nadie más lo encontraba.

Con cuidado, descubre el cáliz y lo levanta para que los demás lo vean. Es una copa sencilla, mucho más que la mayoría de copas y relicarios que se encuentran entre los tesoros de cualquier iglesia. El Último Prodigio no tiene joyas engarzadas ni decoración, salvo una serie de pequeños repuntes y repujados por toda la superficie.

—Bien, pues —comienza. De nuevo, la copa vibra. Primero en tono agudo, pero luego el sonido se modula hacia tonos más graves. Cuando quiere darse cuenta, el jackalope de Ida se ha acercado curioso a husmear—. Ahora…

—Tenemos una ciudad que salvar, ¿no es eso? —se aventura Ida—. ¿Cómo lo hacemos?

—Antiguamente…, la gente llevaba el prodigio en procesión. Es lo único que sé, pero hace más de un siglo que no se ve nada así en Roma.

—Ida sabe. Con su voz llama a los prodigios —interviene Revna.

Todas las miradas se vuelven hacia la irlandesa, que se encoge de repente. Durante los últimos días, Allegra ha escuchado rumores de una compañía de cómicos que hacían cantar fuentes y aparecer luces en el cielo, y resulta que son ellos. Pues claro que son ellos.

—En realidad…, no lo *sé.* Es decir, si me preguntáis cómo lo hago, no os puedo responder. En cambio, sé que cuando ocurre un prodigio me siento como…, como si perteneciera.

—¿Como si pertenecieras adónde? —inquiere Allegra.

—A todo. Al mundo. Como si todo fuera como tiene que ser y todo encajara perfectamente, no sé si entendéis lo que quiero decir.

Allegra asiente.

—Como en una pieza musical.

—Sí —responde Ida atropelladamente—. Sí, justo. ¿No es eso lo que ha dicho siempre James?

James. No lo ve, no está con ellos. Allegra piensa que estará perdido por el laberinto, enfrascado en la lectura de partituras largo tiempo perdidas, pero cuando levanta la cabeza, lo ve acercándose desde la escalera principal.

—Exactamente lo que yo he dicho siempre —musita, pero James no está solo.

Una docena de siluetas, quizá más incluso, se deslizan por el espacio de la gran sala y, en menos de un parpadeo, terminan rodeándolos. Otra figura, también con la máscara de la Sociedad de la Garduña, una que Allegra reconoce al instante, se detiene junto a James y, con gesto tranquilo, coloca la mano sobre su hombro.

Les ha traicionado. Esa revelación es como veneno en sus huesos.

—De modo que es aquí. No sólo el Último Prodigio. Todos ellos.

El Hermano Menor, que no es otro que el mismo vizconde de Roden, se recuerda Allegra, habla con una voz suave como la miel, pero no los engaña. Detrás de ella, el más ligero de los sonidos, seda sobre seda, una hoja de acero que se desenvaina de su funda, le indica que los miembros de la Sociedad que los rodean están esperando para atacar. Ella, sin embargo, puede ser más rápida.

—Allegra, ¿qué haces? —murmura Paddy entre dientes, pero a ella el odio le nubla la razón. Da un paso adelante, ballesta en mano.

No es la única. Todos los miembros de compañía del Turco se han puesto las máscaras y, aunque no tienen ningún arma a la vista, están dispuestos a luchar.

—¿Cómo has podido, James? —ruge. El joven tiene la mirada baja, de culpa, pero ya puede sentirse culpable, ya. Ella entonces vuelve a fijarse en el enmascarado—. Apenas hace unas horas ha intentado matarnos y ahora…

—Y ahora yo lo he traído aquí —responde James con aire de desafío—. Porque el futuro de la Garduña está en sus manos.

Manos. Las de Allegra le tiemblan de ira, de odio.

—¿El futuro? ¿No has visto la ciudad? ¿Te has olvidado de los monstruos? Tu padre y el mío nos enseñaron a observar los prodigios. Conservarlos, estudiarlos. No era el cometido de la Sociedad acaparar poder y riquezas. No… esto.

La mención a los monstruos hace que James se encoja de repente.

—No hables de mi padre.

—¡Alguien tiene que hacerlo si vas a traicionar así su memoria!

El Hermano Menor deja escapar un suspiro cansado. Las manos de él son finas, sin apenas arrugas, con las que se deshace de los cierres de la máscara. Se la quita como quien se quita una

carga, un peso de encima.

—¿Se lo dices tú, James? —dice el rostro del vizconde, ahora libre de la máscara. Ojos claros, nariz afilada—. ¿O se lo digo yo?

—Yo los maté, Allegra. Fue culpa mía.

LXXIV

En la biblioteca de los prodigios, después de la revelación

James jamás ha sentido la culpa como un peso, como una losa, como muchos la describen. Para él, la culpa ha sido como una espada de Damocles pendiendo siempre sobre su cabeza. No quiere mirar a Allegra ni a Ida, tampoco al resto de la compañía, pero cree que debe hacerlo.

—Estaba enfermo.

De aquella noche hace ya tanto tiempo recuerda sólo retazos distorsionados por la fiebre, le cuenta a Allegra. No le importa que haya más gente con ellos en las entrañas del Vaticano, habla sólo para ella. El cuerpo le ardía y le picaba, cubierto por una erupción rojiza que le había aparecido en la cabeza para luego adueñarse de todo su cuerpo.

—Gritaban.

—Siempre lo hacían —le corta Allegra.

Y sí. Sí, lo sabe y así se lo dice. James solía espiar aquellas discusiones que tenían los Hermanos, como sin duda hacía Allegra en las ocasiones en que se encontraban en la casa Gentilleschi. Era como escuchar la mayor de las aventuras, el cuento de hadas más maravilloso. Los Hermanos solían discutir sobre viejos prodigios y maravillas, y también sobre las noticias que les llegaban de todos los confines del mundo: un nuevo basilisco en Varsovia, decían, perros negros sembraban el terror en las islas británicas, el caparazón de un gran reptil había aparecido en las aguas del Ródano cerca de la ciudad de Narbona. Y, también, pájaros de tormenta en las Américas, una colonia desaparecida sin que nadie supiera por qué, panteras de agua, jackalopes y dragones que campaban a sus anchas en el Nuevo Mundo.

—Pero aquella noche hablaban de mí. Me estaba muriendo, Allegra. Eso creían mis padres. Eso creyeron tu padre y el Hermano Menor cuando me vieron. —James cree que le falla el aliento. Dirige una mirada hacia el vizconde, que espera a que continúe con esa historia que conoce perfectamente—. Yo también estaba convencido de que ocurriría, más pronto que tarde, cuando mi padre suplicó que intentaran salvarme. Qué mal podría hacer, ¿verdad? Habían recopilado melodías durante siglos, estaban convencidos de que alguna podría disipar la fiebre que se me estaba llevando.

—Tu padre tenía miedo de las consecuencias, Allegra —susurra el vizconde, apretando la máscara entre esos dedos finos que tiene, patas de araña—. Yo también. Y me he arrepentido cada día desde entonces, pero Cyrus Morley nos lo suplicó. Le recordó a Pantaleone Gentilleschi todos los hijos que había perdido por la enfermedad y acabamos aceptando.

Y funcionó. En cierta manera, funcionó.

James continúa su relato con la voz llena de amargura. Mientras él exhalaba su último aliento, su padre comenzó a cantar una melodía que hacía siglos que nadie cantaba. Una que decían que tenía el poder de alejar el fuego de la fiebre.

Y James, sumido en una cada vez más profunda inconsciencia, abrió los ojos al tiempo que le parecía que su cuerpo ya no contenía ni huesos ni carne ni sangre, sino sólo música. La misma que todavía escucha cuando cierra los ojos antes de dormir. La misma que está en el fondo de su mente. Aquella fiebre que había venido a llevárselo abandonó su cuerpo como barrida por un vendaval. Al padre de James le dio tiempo a sonreír, a abrazarlo una última vez antes de que las vigas del techo estallaran en llamas. Luego fueron los cortinajes de las ventanas, la misma cama en la que James todavía yacía y, pronto, la casa entera hasta que no quedaron más que las cenizas. Pero aquella noche ni una de esas lenguas de fuego osaron tocar la piel de James.

Y lo lamenta, musita, cuando la voz se le apaga y esa hoja afilada que es su culpa por fin cae sobre él. Lo lamenta tanto.

—Incluso si eso fuera cierto…, si lo que dices es verdad…, sigue siendo un monstruo, James. ¿Por qué le ayudas? ¿Por el poder? ¿Es eso?

Es un monstruo, sí. Pero James también lo es, supone. ¿Acaso no mató al Turco? ¿Acaso no trajo al *nachzehrer* a Roma para cumplir sus propósitos? James siente culpa porque no puede hacer nada más; aunque se arrepiente, no puede dejar de hacer lo que hace, de buscar, no puede detenerse ahora. Quizá por eso aceptó la oferta que le hizo días atrás el Hermano Menor, cuando todavía lo tenía encerrado en el calabozo, porque James le debe la vida a un prodigio, porque siente que su vida no es suya, no del todo, y porque aquella noche sintió un poder que

iba más allá de todo lo que conocía, el mismo poder que hacía salir el sol y nacer la vida, y necesita saber por qué, por qué se llevó a su padre y no a él, y sólo el vizconde de Roden, el Hermano Menor, puede darle respuestas.

No es un acto de traición lo que ha hecho James. Ha sido un puro acto de supervivencia, la última etapa en el camino que decidió tomar cuando clavó esa daga en el pecho del Turco.

Sin embargo, le duele el odio que ve en la mirada de su otrora amiga y la incredulidad en los ojos de la compañía.

—Has hecho bien, hijo mío —dice el vizconde—, pero se nos hace tarde.

Al unísono, las sombras que esperaban en los rincones caen sobre todos ellos. Sobre Allegra y sobre Paddy, sobre su criado y sobre Ida. Tashiin y Enea, espada contra espalda, ofrecen una resistencia breve pero feroz. Revna los hace retroceder con una maldición escupida en su lengua norteña, aunque acaba extendiendo las manos para que se las aten. Ese es el poder del Hermano Menor, del vizconde de Roden, uno que ellos no tienen ni tendrán nunca, y la culpa de James crece, pero convivirá con ella, como ha hecho siempre.

—¿Dónde está? —pregunta el vizconde alzando la voz, y da unos pasos amenazantes hacia Ida—. ¿Dónde está la bestia?

James ve que es cierto. *Ambrose* el jackalope no está en brazos de Ida ni en el zurrón que lleva colgado. Ella se encoge, parece acobardada, aunque algo en James le dice que no es un gesto completamente sincero.

—¡No lo sé! Lo he dejado que correteara un rato por aquí y…

El vizconde la sujeta por el cuello en un momento de tensión, de rabia, pero luego la deja libre.

—Encontradlo —ordena al resto de hermanos—. Nos marchamos.

Salen de la biblioteca de los prodigios con los insultos de Allegra como música de fondo.

—¿Qué hacemos con ellos, mi señor? —pregunta uno de los hermanos al tiempo que suben los angostos escalones que llevan de vuelta a la basílica de San Pedro. El templo está vacío. Ya no hay rastro ni de los curiosos ni de los exaltados que, cuando ellos llegaron, estaban saqueando los tesoros del lugar, sólo quedan esa arquitectura que quiere tocar el cielo y un silencio que acoge con los brazos abiertos las palabras del Hermano Menor, que dice:

—No son más que un estorbo.

—¿Eso es que vais a matarnos, mi señor? —pregunta Paddy, ese irlandés loco que, lejos de parecer derrotado, levanta desafiante el mentón—. Porque a eso mismo ha sonado. Si me permitís el comentario y, si no, creo que también.

Mientras Ida le amonesta con un «¡Paddy!» que suena como si la muchacha tuviera mucha práctica en regañarlo, el vizconde hace un nuevo gesto de impaciencia con la mano.

—No, no. ¿Por quién me tomas, muchacho? —Se gira hacia el resto de Hermanos que esperan órdenes, quietos como estatuas—. Llevadlos a la cloaca. Allí abajo aún nos harían algún servicio.

—Un momento, un momento… —trata de protestar Paddy, en balde.

Así van a acabar su historia, se lamenta James, que es testigo mudo a todo. Convertidos en muertos que caminan.

Mientras los hermanos de la Garduña comienzan a arrastrarlos, James baja la vista. No quiere verlo. La única que va a salvarse es Ida, a quien mandan hacia él de un empujón. Es un pobre consuelo.

—Si te crees que voy a ayudaros, vas listo, James —sisea, aunque es lo bastante prudente como para no moverse de su lado

mientras a los demás los arrastran lejos.

—Luego me lo agradecerás.

—Bueno, sí. Mira, si estoy dando saltos de alegría. No lo entiendo, James. Incluso yo, que no sé de la misa la mitad, me he dado cuenta de que este tipo no es trigo limpio y que darle poder, como por ejemplo con esa biblioteca que hemos encontrado, es una pésima idea.

—Tú no lo entiendes, Ida.

—Pues la verdad es que no. Sabía que, si por ti fuera, el fin justificaría siempre los medios, pero ¿esto? —concluye ella, abriendo los brazos.

Es más fácil alejarse de Ida que quedarse a escuchar sus reproches. También es un acto de cobardía, por supuesto, pero James la deja atrás y comienza a caminar junto al Hermano Menor por la nave central de la basílica. Un puñado de soldados espera cerca de las puertas destrozadas, manteniendo a raya a la multitud que hay al otro lado. Es allí, en esta frontera entre el silencio que reina en el templo y un bullicio creciente fuera, cuando el arzobispo le da a James la recompensa prometida.

—El conocimiento es poder, James, y el poder corrompe —le aconseja cuando le pone la máscara en las manos—. Toma. Como ves, cumplo mi parte del trato.

Es nueva. Huele a cuero y metal pulido, a incienso. Se parece tanto a la máscara que una vez llevó su padre, la máscara del Segundo Hermano, que una tristeza profunda empaña el orgullo que siente.

Es lo que siempre ha deseado. Regresar a Roma, ocupar el lugar que le corresponde en la Sociedad, como lo hizo su padre, se repite una y otra vez. Es como debió haber sido siempre.

Antes de que pueda decir nada, el vizconde comienza a caminar entre la gente que espera a las puertas de San Pedro. Decenas de manos se extienden temblorosas para tocar las suyas

y el borde de sus ropas. Es imposible que la mayoría de los que se han congregado en la plaza puedan distinguir su silueta entre la muchedumbre, pero los gritos de júbilo se alzan por doquier, como si los presentes se contagiaran unos a otros hasta alcanzar los confines mismos de la explanada.

Ante esa multitud enfervorecida, el vizconde lanza su discurso. Habla de tiempos más prósperos y de vientos de cambio, de una nueva Roma más fuerte, más santa, una ciudad renacida, y esas palabras suyas también se contagian en un eco que va de boca en boca.

Cuando levanta el Último Prodigio sobre su cabeza, Roma lo aclama al unísono.

El poder corrompe, le ha dicho el vizconde a James, y resulta que no era una advertencia, sino una confesión.

Las personas reunidas entre las gigantescas columnas que rodean la plaza ya no son meros espectadores. Son un ejército. Siempre lo es, un pueblo lo bastante desesperado. James, que no se ha movido del dintel de la puerta de la basílica, siente cómo su rabia crece. Es un tipo distinto de música en sus oídos, pero no por ello tiene menos poder.

En algún lugar que alcanza a ver, se rompen cristales y estalla la pólvora. Lejos, más allá de la avenida y de las columnas, se divisa la mole que es el Castel Sant'Angelo, la fortaleza que domina este lado de la ciudad. Allí James distingue una nube de humo que se eleva hacia el cielo y, al instante, una nueva explosión todavía más violenta. Cañones. En cuestión de unos segundos, la muerte cae sobre los congregados en la plaza. Los más afortunados son los que reciben un impacto directo, porque la muerte así es instantánea y, por lo tanto, más clemente. A otros las balas que ruedan y rebotan los dejan malheridos, a merced de una agonía mucho más larga.

La desbandada que sucede a continuación es simplemente

lógica. La gente comienza a correr, muchos en dirección a la basílica de San Pedro. Otros se escabullen entre las columnas de la plaza, pero todos están furiosos.

—No sé qué más necesitas para convencerte de que la has hecho buena, James —comenta horrorizada Ida, que se ha acercado a él.

Mientras tanto, el vizconde de Roden es una figura inmóvil en medio del caos. Las balas no le tocan. Ha sido lo bastante inteligente como para ponerse lejos de su alcance, pero para muchos debe parecer que son su fe y su férrea voluntad lo que lo protegen. Entonces hace un movimiento breve, casi imperceptible. Hermanos de la Garduña, con sus máscaras bajo el brazo, llegan al galope, llevando con ellos un corcel blanco para el vizconde y, del mismo modo en que con su discurso las buenas gentes de Roma se han convertido en un ejército, él se transforma en general al subir a la grupa del caballo. Lo siguen hombres y mujeres, mendigos y menestrales. Lo siguen James y también Ida, guiados por sus custodios —o carceleros, tal vez; James tiene sus dudas—, hasta las puertas cerradas que conducen al palacio donde el papa y sus más cercanos se han refugiado. Allí, guardias armados los esperan con la mirada de los que prefieren dar la vida a dar cuartel.

La fila de romanos en pie de guerra cae bajo una primera andanada de los mosquetes y es pisoteada por los que vienen detrás. Mientras los soldados tratan de cargar sus armas, una miríada de figuras vestidas de negro, como ocurrió en el día de carnaval, aparece de entre la gente como salida de la nada.

LXXV

Alejándose de la plaza de San Pedro del Vaticano, al mismo tiempo

Que los han matado. *Santa madonna in celo,* que diría Domenico. Todos muertos.

Lo cierto es que Paddy no esperaba menos de su tío.

Los soldados que defendían las puertas del palacio caen uno tras otro cuando las figuras vestidas de negro se lanzan sobre ellos. Sin nadie que las defienda, las grandes puertas no resistirán mucho.

—Y más que morirán. Mira, ya están entrando. Han abierto las puertas —dice Allegra mientras, de un brutal empujón, la obligan a moverse en dirección contraria a la batalla.

—Pero… —balbucea Domenico—. Pero ahí dentro están el papa y el gobierno de Roma, no pueden…

—Van a matarnos a nosotros, Domenico, que somos infinitamente mejores personas —le corta Paddy.

—No van a matarnos —susurra la odiniana rubia, Revna—. Van a hacer algo peor. Muerte en vida, ¿verdad? Nos bajarán a las cloacas para que nos infectemos de la maldición del *nachzehrer*.

Su compañera, la muchacha andalusí, escupe al suelo con desdén.

El pobre Domenico hace amago de santiguarse, pero tiene las manos atadas. Todos las tienen, Paddy incluido, aunque espera que no por mucho tiempo, porque los enmascarados han encontrado el cuchillo que llevaba escondido en la manga, pero no el que lleva en la bota. Sin embargo, las fuerzas le van y vienen. Debe de ser por culpa de haber estado a punto de morirse un buen puñado de veces a lo largo de los últimos días.

—¡Vamos! —grazna el enmascarado que Paddy tiene detrás. Lo está guiando a empellones y golpes a través de la plaza de San Pedro y luego hacia las calles que conectan con el barrio del Trastevere.

Hace unos pocos minutos que ya no llueven cañonazos desde el Castel Sant'Angelo, y Paddy piensa fugazmente en figuras negras trepando por los muros de la fortaleza, en casas y palacios de todos aquellos que puedan hacerle sombra al vizconde, su tío que, definitivamente y para siempre, no es su tío.

—Sí, sí… —responde él, manso—. ¿Sabéis, buen señor, que en mi pueblo de origen, un lugar idílico allá en el norte, había un pastor de ovejas que me recuerda muchísimo a vos?

—¡Andando! —le responde el enmascarado con un nuevo golpe, tan fuerte que Paddy cae de bruces y se raspa la barbilla

con las lastras de piedra del suelo. Hay mucha gente a su alrededor, pero no les ayudan; nadie lo mira salvo Allegra y Domenico.

Paddy gimotea y, todavía con las manos atadas al frente, se abraza lastimosamente las rodillas.

—¿No queréis que os cuente la historia de ese pastor, señor? —Si se esfuerza un poco, podría echarse a llorar y todo. Sólo necesita mantener la posición en la que está unos segundos y entonces…

El enmascarado le da una patada que le hace doblarse.

—¡Déjate de historias, *porco cazzo*!

—Oye, oye, yo sí quiero escuchar la historia —interviene Revna, la odiniana.

—Se llamaba O'Neill, el pastor. Era primo segundo mío, el idiota de O'Neill, y trataba a sus ovejas siempre de malos modos, a gritos y golpes. —Recibe otra patada, pero mientras no le obliguen a incorporarse, mientras los seis enmascarados que les custodian se fijen en su rostro contrito de dolor en vez de en lo que hacen sus manos, todo irá bien. Paddy se acurruca todavía más sobre sí mismo y comienza a tantear, frenético, la caña de su bota—. Daba igual que el resto de pastores del pueblo le advirtiera de que sus ovejas responderían mejor a un trato amable. Él seguía con sus prácticas, poco le importaba. Hasta que un día…

—Hasta que un día ¿qué? —pregunta uno de sus captores.

Paddy respira hondo. Todavía se siente débil, pero se prepara.

—Hasta que un día una de las ovejas sacó un cuchillo.

En un movimiento rápido, Paddy corta la cuerda que le aprisionaba las manos y, al instante, clava el cuchillo en la pantorrilla del hombre que tiene más cerca.

No va a matarlo, pero a juzgar por el grito que deja escapar,

tampoco va a caminar durante una buena temporada.

Ya no importa si Paddy siente el cansancio como si fuera Atlas sosteniendo la bóveda celeste sobre los hombros porque, entre moverse rápido o la muerte, elige moverse rápido. Rapidísimo, tanto como Allegra que, al darse cuenta de lo que acaba de ocurrir, se le acerca con los brazos extendidos.

Allegra queda libre de un certero corte. Justo a tiempo de esquivar a uno de los enmascarados que se lanza a por ella. Los miembros de la compañía se ponen en marcha también. Tashiin y Enea se abalanzan al unísono contra otro de los hermanos que les custodiaban, mientras que Revna se le acerca también para que corte sus ligaduras.

—¿Y yo? —exclama Domenico. Agita las manos tan nervioso que seguramente Paddy le acabará rebanando un dedo sin querer.

—¡Primero huyamos! —Tienen la cantidad perfecta de gente a su alrededor. Suficiente como para camuflarse entre ella, pero no lo bastante para entorpecer su paso—. ¡Ve!

Da un tirón a Domenico para señalarle la dirección correcta y luego se lanza con el hombro por delante contra el enmascarado que tiene más cerca. Así consigue avanzar unos pocos pasos, pero entonces Paddy oye un grito a su izquierda y encuentra a Allegra, que ha caído con una rodilla hincada en el suelo. A su derecha, Domenico sigue quieto, confundido. La gente ha dejado de moverse y ha formado a su alrededor un círculo de curiosos.

Esto no va a salir bien. No puede salir bien de ningún modo, piensa Paddy mientras blande ese cuchillito ridículo que tiene, como si fuera a intimidar a alguien.

Y lo cierto es que no.

—¡Cogedlo de una vez!

Dos brazos fuertes le sujetan de repente la mano con la que

sostiene el cuchillo, dos más le sujetan el cuello, asfixiándole. La visión se le torna borrosa y las caras de los espectadores se confunden entre sí. Allegra le dice algo que no logra entender y ve a Domenico preso de las garras de otro enmascarado. Los tres de la compañía están rodeados y sin armas. Por eso a Paddy no le ha gustado nunca la violencia, porque es impredecible, pero así está, atrapado, de modo que invoca las pocas fuerzas que le quedan para dar un cabezazo hacia atrás. Por el «¡oooooh!» asombrado del público y por el chasquido que oye seguido de un graznido, le ha roto la nariz al tipo que le sujetaba por la espalda.

Tiene a otro tipo agarrado del brazo, y ya no se siente con fuerzas de nada que no sea dejarse caer hacia atrás. La buena noticia es que su propio peso es suficiente como para liberarse. La mala es que su adversario no le ha soltado en ningún momento la camisa, que se rasga con un sonido áspero.

Hay una noticia todavía peor y es que, cuando se pone en pie apresuradamente, no escucha ese sonido tan familiar de la diminuta campana en su muñeca. Su suerte, se da cuenta, frenético. Esa campanilla que encontró enterrada en un monasterio abandonado, la que quiso regalarle a Ida, y que siempre le acompaña. Su enemigo no debe de haberle arrancado sólo la camisa, sino que la campanilla se ha perdido entre la tela, y él acaba de perder su suerte entre el mar de pies que les rodea.

—¡Paddy! —grita Allegra, pero le parece que su voz queda al otro lado del mundo, y él a su vez tiene la sensación de pender sobre un gran vacío, a punto de hacer el acto de funambulismo más complicado de la historia, sin una pértiga para el equilibrio ni una red, ni siquiera una cuerda sobre la que caminar.

Se da la vuelta rápido. Quizá pueda encontrarla todavía. Da un paso hacia los curiosos que siguen en círculo y se da cuenta, mareado, de que la gente se aparta de él con expresión de espanto. Luego, da un paso en dirección contraria. Uno de los

enmascarados está de repente frente a él, pero en el último momento da un salto para alejarse.

Paddy siempre se ha sabido atractivo, pero esto le parece otra cosa.

—Vámonos. —La mano de Allegra se cierra alrededor de su muñeca. La siente fría al tacto—. Antes de que recapaciten.

Un estrépito le hace girar la cabeza. Se están acercando más enmascarados, deslizándose entre la gente como fantasmas. Piensa con consternación que deben de ser refuerzos y que no saldrán de esta.

Pero luego, mientras a Paddy se le vuelve a nublar la vista y le flaquean las piernas, se da cuenta de que este nuevo grupo de enmascarados no ha venido a por ellos. Es decir, si hubieran venido a capturarlos, entiende incluso con la cabeza embotada, no se habrían abalanzado contra sus captores.

—¿Qué? ¿Qué está ocurriendo? —balbucea Paddy.

—Tomasso —dice Allegra, que se pasa el brazo derecho de Paddy por encima de los hombros—. Los hombres de mi padre. Han venido.

Domenico se coloca a su otro lado. Ellos tres contra el mundo. Al avanzar ligeramente, la multitud se abre como las aguas del mar Rojo y los miembros de la Garduña les dirigen una seña contra el mal de ojo.

Paddy, todavía con la cabeza dándole vueltas, baja el mentón.

—Oh, diablos. —Ahora que ha perdido su camisa y que se ve, se da cuenta de que subiendo por su estómago, su torso y antebrazos tiene un reguero de marcas de color violáceo, casi negro—. Lo que me faltaba.

LXXVI

En la destartalada casa de Domenico y los niños, un poco más tarde

¿Escapar? Sí, han escapado. Quizá porque los miembros de la Garduña no querían arriesgarse a tocar esas marcas negras de su cuerpo. Tal vez hayan pensado que, visto lo visto, el trabajo en realidad ya estaba hecho. Tampoco ha tratado de detenerlos nadie más cuando han cruzado la ciudad, que era como un avispero. Durante todo el trayecto no han hecho más que encontrarse con gente en las calles y plazas y rincones, todos con expresión nerviosa, como si esperaran el advenimiento de una gran tormenta.

Pero como Paddy se va a morir pronto, poco le importa. Si por él fuera, una riada podría llevarse la maldita ciudad en este mismo instante, convirtiéndola en la ruina que debería ser, y le

daría lo mismo.

Cierra los ojos, apoya la cabeza en la pared contra la que se ha sentado, sucia como todo lo demás. Domenico los ha traído de vuelta a esa casucha a medio derrumbarse y llena de niños vestidos con harapos. Que estarían seguros, ha dicho. Eso tampoco le importa.

—Deberías descansar. —Allegra aparece de pronto en la habitación sombría que Paddy ha escogido, y sus palabras no parecen tanto una sugerencia como una orden, pero él no puede descansar cuando siente una tormenta en la cabeza.

—¿Esta es nueva? —pregunta él, señalando una marca negra, redonda como una moneda, que tiene en medio del brazo.

—Ya estás otra vez. No me estás escuchando.

—Es nueva —afirma Paddy, que asiente con convencimiento para luego pasar a examinarse los pies descalzos —. Me acaba de salir, estoy seguro. ¿Lo ves? Lo…

Es milagrosa la mano de Allegra, siempre consigue que cierre la boca.

—No. Ya la tenías de antes.

Paddy se frota esa mancha oscura sobre la piel, aunque sepa que es inútil. Ojalá pudiera separar su cabeza de su cuerpo durante un rato, se lamenta amargamente, porque no para de pensar en Brandon Charlemont, el de verdad, convertido en esa cosa que se arrastraba por las cloacas. Y él…, él…

—Voy a matarme antes de convertirme en esa cosa.

Pretende que sea una declaración de intenciones. Un testamento vital, que no quiere perderse a sí mismo, transformarse en un monstruo. Quiere ser serio, solemne incluso, pero Allegra sólo le dedica una sonrisa de comisuras suaves y lo empuja para que le deje sentarse a su lado.

—Con todos los enredos en los que te has metido en esta ciudad, ¿ahora quieres matarte?

—No. —Él inspira aire por la nariz. La cercanía de Allegra le llena de una fuerza y de una calidez inesperadas—. Pero la alternativa…

—¿La alternativa es rendirte?

—¿Y qué quieres que haga?

—He estado hablando con Domenico. —Quizá sea la furia que ve en sus ojos lo que la mueve todavía, pero a Paddy no le queda ninguna—. Tú mismo lo has oído. Esto no va a acabar nunca. El vizconde tiene el veneno y la cura, y va a usarlos como le plazca.

Paddy apenas presta atención. Sí, es cierto que el vizconde tiene el Último Prodigio, que sería lo único que podría salvarlo, pero la única solución que ve ahora el cerebro embotado de Paddy es ir a donde esté y pedírselo por favor. No cree, después de haber visto a ese ejército en las cloacas, que vaya a usarlo para lo que le dijo que lo usaría, para salvar la ciudad y, con la ciudad, a Paddy mismo.

Unos golpecitos discretos en la puerta, que no es más que unas pocas maderas clavadas entre sí, les distrae. Es Domenico, que se disculpa por interrumpir.

—Hay… noticias.

Allegra se levanta, sale de la habitación y Paddy, después de unos instantes de duda, se decide a seguirla.

Fuera se encuentran con un niño y se da cuenta de que Domenico le llama por su nombre. De hecho, se sabe el nombre de todos, y le parece fascinante porque Paddy los ve a todos iguales.

Efectivamente, hay noticias.

Están todos muertos: los cardenales, la guardia vaticana, el papa. Todos. Una turba enfurecida ha entrado en palacios y villas. Los que no están muertos han acabado presos.

Pero también hay rumores.

No hay calle ni plaza en toda Roma donde no se diga que al día siguiente se sanará la ciudad y que va a ser el vizconde de Roden quien se encargue de ello.

Allegra tarda apenas dos segundos en colocarse la capa negra y su máscara de la Garduña, y sale al exterior entre maldiciones.

A la vez, el mismo crío que le avisó de que Domenico estaba preso, Gianfranco, cree que se llama, aparece con un muy enfadado *Ambrose* entre los brazos. El jackalope bufa y trata de lanzarle golpes con las astas, pero el niño es más rápido.

—Lo he encontrado rondando fuera. ¿Podemos quedárnoslo?

LXXVII

Por las calles de Roma, a continuación

Allegra sale de la casa, aunque realmente no sepa muy bien hacia dónde ir. Lo único que tiene claro es que, a pesar de todas sus negativas, a pesar de haber renegado de ella y de su pasado en la Garduña, Tomasso les ha ayudado, así que sospecha que no se habrá marchado lejos. Sin embargo, en cuanto da dos pasos fuera de esa estructura desvencijada que Domenico llama hogar, no puede evitar que un suspiro con sabor a lágrimas le suba desde el pecho hasta la garganta. No querría dejar solo a Paddy porque se le va a morir, y no quiere que se le muera por muy idiota que sea. Porque es que, hoy más que nunca, lo es. Se ha dado cuenta al verlo sin iniciativa, apenas sin moverse del rincón donde lo han dejado. Se ha rendido. Es exasperante. Todas esas emociones se hacen un hueco dentro de Allegra, como un animal salvaje en su

cubil, listo para salir y morder en cuanto uno menos se lo espera. El temor por lo que está pasando. La preocupación por Paddy y el enfado profundo con él, primero por morirse y después porque siempre tantos recursos, tanta suerte, tanta estratagema, y ahora resulta que ya no quiere luchar más.

Cuando sale, los niños de la casa la observan desde los rincones, quizá pensando que es un fantasma o el hombre del saco.

En las calles no parece que haya nadie. Se oyen ruidos lejanos. Gritos y cosas que se rompen, ladran los perros y relinchan caballos. Viene un viento frío, el tipo de viento que su padre siempre llamaba «viento de cambio».

No es Allegra quien los ve. Por mucho que su padre la entrenara, cuando una docena de sombras aparecen de esquinas y rincones la toman por sorpresa. Es Tomasso quien va en cabeza, la sombra más alta, la más silenciosa. Puede vestirse de fraile todo lo que quiera, pero sigue siendo un hermano de la Garduña.

—Gracias —dice cuando lo tiene frente a frente.

—Agradécemelo marchándote de la ciudad de una vez, niña. No es segura ni lo va a ser en mucho tiempo.

Detrás de él hay figuras sombrías. Cree reconocerlos. Los viejos soldados de su padre, sus más cercanos y allegados, la observan a través de las lentes de las máscaras. *Niña*. No es una niña. Puede que a sus diecisiete años tampoco sea todavía una mujer, y está perdida, también asustada, y querría con todas sus fuerzas seguir el consejo de Tomasso y acurrucarse una vez más en el regazo de su madre.

Está a punto de decir: «Mi padre jamás lo habría permitido», pero en lugar de eso añade:

—No voy a permitirlo. —Tomasso está a punto de marcharse, pero ella le agarra. Esta vez sí, esta vez ella ha sido más hábil—. Podéis ayudarme o no, eso lo dejo en vuestras

manos. Sabéis lo que está ocurriendo, ¿verdad? Puedes llenarte la boca con que eres un simple fraile, pero estabais allí para salvarnos. —Él no lo niega. No le sorprende. Nadie como Tomasso dejaría completamente atrás su vida, no dejaría sus contactos e informantes—. Sabéis qué pretende el Hermano Menor, que ha encontrado el Último Prodigio y que James Morley se ha aliado con él…, y os necesitamos, Tomasso. Os necesito.

Cuando se hace el silencio, algunas cabezas enmascaradas, de fondo, se inclinan las unas contra las otras para susurrar algo que ella no puede escuchar.

—No es lo que él hubiera querido. No eran esas sus órdenes.

—¡¿Y cuáles eran sus órdenes?! —Allegra ya no puede controlarse y deja escapar toda la furia que guarda en su interior, por el peso que lleva sobre los hombros, porque Paddy se está muriendo, porque la Roma de su padre puede acabar en manos de alguien tan odioso como el vizconde—. ¿Dejar que esta ciudad se perdiera? ¿Dejar que su legado fuera corrompido?

Tomasso ladea la cabeza, apesadumbrado. Podría liberarse sin esfuerzo del agarre de Allegra, pero no lo hace. Se quita la máscara despacio. El rostro, sudado, lo tiene rojo. Allegra advierte algo en el viejo lugarteniente de su padre, un cansancio en el fondo de sus ojos, profundísimo, como si tras años de haber dejado la hermandad, la máscara le pesara demasiado.

—Protegerte, Allegra. Todos sabíamos que Roden era ambicioso. Tenía que serlo, si llegó a la ciudad siendo poco mayor de lo que tú eres ahora y en apenas diez años se había convertido en el Hermano Menor. Tu padre lo sabía y el Segundo Hermano, Morley, también, pero necesitábamos gente ambiciosa, gente con dinero, influencia y poder. La Garduña se muere, Allegra. Y eres consciente de ello. Aun cuando ya no

queda nadie en la Iglesia que nos persiga. Pero a tu padre no le gustaba su forma de ver y de hacer las cosas. Cuando murieron él y el Segundo Hermano en el incendio, todo fue peor. Prohibió la elección de unos nuevos Primer y Segundo Hermano y dejó claro que no pretendía compartir el poder con nadie y que no confiaba en aquellos que habíamos estado del lado de tu padre. Temíamos por tu madre y por ti si en algún momento averiguaba que Pantaleone Gentilleschi te había iniciado en los secretos de la Sociedad. —Las figuras, hasta ahora inmóviles tras Tomasso, asienten lentamente—. Mandamos al hijo de Morley todo lo lejos que pudimos con órdenes de que jamás regresara a Roma. Y nosotros dejamos nuestras antiguas vidas para que tú también pudieras hacerlo.

Las palabras de Tomasso tardan en calarle el pecho como si, una a una, fueran un puñal clavándosele en las entrañas. Le duelen. Le duele el sacrificio que hizo su padre al final, el que hizo la Garduña al completo, por ella. Sólo por ella. De pronto, ese dolor que siente al darse cuenta de lo injusto de la situación se transforma en un enfado que a duras penas puede contener y que se le escapa por la boca como veneno:

—De bien poco ha servido.

—Por desgracia, así es. Márchate, Allegra. Ponte a salvo. Seguimos siendo fieles a tu padre, y para él eras lo más importante, su única hija. Vete y juramos que detendremos a Roden o moriremos en el intento.

—Entonces, moriréis.

—No nos importa si la causa es justa.

Tiene más hombres, más poder. En la penumbra, apenas logra distinguir una veintena de figuras enmascaradas, pero Roden tiene diez veces más. El padre de Allegra jamás quiso hacer gala de su poder en su vida pública. Para el mundo era un noble de segunda fila, sin grandes ambiciones ni riquezas, pero

Roden quiere la gloria, quiere algo que no debería ser: un nuevo rey en Roma.

Sin embargo, por mucho que luche contra ella, la idea de marcharse le resulta tentadora. Es lo que habría querido su padre, al fin y al cabo. Sería fácil para ella aferrarse a eso y dejar morir a Tomasso y a todos los demás, dejar que el hombre que ha traído la plaga a la ciudad se presente ahora como su salvador. Ser la Allegra Gentilleschi que espera su madre, preocupada sólo por un buen matrimonio y por los últimos chismes de la ciudad.

Siente la decisión como un abismo dentro. Al igual que Tomasso y el resto de los suyos, no ha hecho más que seguir los deseos de su padre muerto toda su vida. Ellos, los de protegerla. Ella, los de mantener el juramento que el difunto Pantaleone Gentilleschi le hacía repetir de memoria.

Y no puede evitar reírse, aunque la carcajada que suelta le sepa amarga. Ambos dicen que están siguiendo la última voluntad de la misma persona, pero no pueden ser dos voluntades más opuestas. Es ridículo. Lo ve ridículo. Si a ella le parece ridículo que Tomasso y las sombras que le acompañan puedan dejarse la vida por la memoria de su padre, ¿no es lo mismo lo que lleva haciendo ella todo este tiempo?

—Mi padre murió hace cinco años ya —susurra entonces; son palabras dolorosas pero ciertas—. Los deseos de mi padre no deberían ser un yugo para ninguno de nosotros. Era sólo un hombre, con sus virtudes y debilidades. Podemos escuchar a los muertos, pero deberíamos hacer caso a los vivos. —No sabe por qué ha dicho esas palabras ni por qué algo dentro de ella parece aligerarse al pronunciarlas. Es liberador.

Se aparta. Esa ligereza sigue ahí, dejando un vacío que necesita llenar como sea, con la lucha y con el sacrificio.

Tomasso y los demás permanecen quietos. Ella da un paso hacia atrás, repitiéndose esa idea que ahora le llena la mente,

repitiéndose que lo importante es saber qué quiere ella, algo que quizá lleva ignorando durante demasiado tiempo.

—Sé que nos ayudaréis. Tenemos un plan.

En realidad, no sabe ni una cosa ni la otra, pero al idiota de Paddy Doyle estas cosas siempre le funcionan.

Así que a ella no le queda más remedio que volver para recordárselo.

LXXVIII

En la destartalada casa de Domenico, mientras Allegra habla con Tomasso

Domenico está en lo alto de la azotea con la espalda apoyada en el campanario de la iglesia de Santa Maria Sopra Minerva. Está dibujando, no sabe por qué. Ha encontrado un retazo de papel grueso en el suelo, arrastrado por el viento, un regalo del cielo, y tiene en las manos un carboncillo que es prácticamente una reliquia, de los últimos que le legó su padre. Quizá no sea una reliquia demasiado santa, pero es importante para él.

No sabe por qué está dibujando hoy, salvo quizá por la certeza de que pronto todo puede cambiar.

—Aunque un tirano más, un tirano menos, ¿qué diferencia habría? —susurra cansado.

Ambrose el jackalope no le responde. Por supuesto que no

lo hace, no es más que un conejo con ínfulas, pero el animalito no ha querido apartarse de su lado desde que los niños lo encontraran rondando por los alrededores de la casa. No entiende por qué le ha elegido a él, pero si el bicho es listo, habrá entendido que seguir a Ida era un error.

Como reclamando su atención, el conejillo astado resopla por la nariz y le da un golpecito en el costado.

—Tengo intención de rescatarla, ¿sabes? No como si ella me necesitara. Bueno, es que Ida es lo bastante lista como para salir de esta ella sola, creo yo. Porque, pobre, de todos nosotros es la que menos culpa tiene de nada. Bueno, yo tampoco la tengo, claro. Somos gente humilde. La gente como nosotros, como Ida y yo por lo menos, pasamos por esta vida sin buscar nada más que estar día tras día, y los juegos de poder al final acaban como acaban; es decir, mal. Sobre todo para nosotros, pero como te digo, debe de haber algo que podamos hacer, y si lo hacemos, entonces por fin podremos estar tranquilos Ida y yo, y si no hubiera gente matándose o muriéndose, quizá con un poco de calma, podría decirle que no puedo ofrecerle mucho más que a mí mismo y que eso no es mucho, pero que es para ella si lo quiere.

Se siente repentinamente estúpido, abriendo su corazón ante un conejo. *Ambrose* le sigue mirando con esos ojos redondos y brillantes y, de repente, baja la cabeza para golpearle otra vez la pierna con sus cuernos.

—Yo también la echo de menos, ¿sabes?

Con el dibujo a medio hacer, Domenico vuelve al interior. Ya se está haciendo de noche. Desciende por las escaleras de gato que hay por la casa para suplir la verdadera estructura que se derrumbó tiempo atrás. Él no es más que el hijo de un pintor muerto, sin padrinos, sin ayuda, pero con un rebaño de niños al que cuidar.

Él es gente pequeña y Paddy, por mucho que haya luchado por cambiar su destino, también lo es, pero esas son las cosas que ocurren cuando uno juega a un juego que no puede ganar. Sin embargo, no puede evitar un nudo de tristeza en el cuello cuando lo ve acurrucado en una de las habitaciones de la casa, hecho un pozo de miseria.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer?

Si todo iba mal, al escuchar las noticias que han traído los niños todo ha ido a peor. Allegra se ha marchado y Paddy se ha rendido por completo, aunque eso a Domenico le parezca imposible porque el tonto de Paddy Doyle no tiene suficiente sentido común como para rendirse. Aun así, ante su pregunta, él encoge los hombros. Está mirándose fijamente la mano. Las manchas negras le llegan ya hasta la muñeca.

—Tú nos has metido en esta locura —le espeta—, tú nos sacas.

Paddy apenas reacciona, pero al menos le responde:

—Deberíais marcharos de Roma. No va a salir nada bueno de esto. Tarde o temprano el vizconde nos encontrará. Además, no quiero vivir en una ciudad donde alguien así tenga el poder. En fin, tampoco es que vaya a vivir mucho tiempo más, ¿no? Así que ¿qué más da? Mejor marcharse lejos.

—Pero se saldrá con la suya. —Paddy encoge los hombros de nuevo—. Pensé que te importaría. —Los vuelve a encoger—. Levántate de una maldita vez, Paddy Doyle —repone Domenico con una voz que hasta a él le ha sorprendido—. Levántate y déjate de estupideces, porque tú y sólo tú nos has metido en esto. Tú, que ahora no te crees capaz de nada pero que lo has logrado todo. ¡Hasta codearte con la realeza y la nobleza de Roma! ¡Y escapar de las facciones! ¡Has conseguido los anillos y engañar al vizconde de Roden!

Domenico está enfadado. Muy enfadado. Porque no se cree

que Paddy se haya rendido, aunque una parte en su cabeza le diga que, quizá, toda esa actitud suya también sea un efecto de esa enfermedad que se está extendiendo por su cuerpo. Pero si Paddy se ha rendido, ahora mismo está tan enfadado que él no piensa hacerlo.

Y esa tenacidad sí que la ha aprendido Domenico de Paddy Doyle.

—Pero es que siempre dejamos ganar a los que mandan —insiste—. Por eso se creen con impunidad. ¿Acaso vas a permitir que gane? ¿Que sea él quien finalmente te engañe a ti? ¿A Paddy Doyle? ¿De veras te vas a quedar como un idiota delante de todo el mundo? El vizconde te ha quitado todo lo que has conseguido por ti mismo.

—Sé lo que estás haciendo —replica Paddy con desidia.

Claro, por supuesto que lo sabe. Que puede que esté débil, maltrecho, enfermo y apesadumbrado, pero tonto no es. Idiota, sí. Pero es que no es lo mismo.

Allegra regresa en ese mismo instante.

—¿Dónde estabas? —le pregunta, todavía sorprendiéndose por estar hablándole con tanta confianza a una noble romana.

—Nos van a ayudar. Tomasso, el hombre más fiel a mi padre. Los que todavía le siguen a él. Nos van a ayudar —responde Allegra sin aliento mientras Domenico asiente sin tener ni idea de lo que está hablando la muchacha.

—¿Ayudarnos a qué? —pregunta Domenico.

Allegra lo mira muy seria, pero Paddy interviene, todavía acurrucado contra un rincón:

—Hay tanta gente que quiere matarnos que me da igual, la verdad.

Allegra bufa ante el comentario de Paddy y se acerca a él a grandes zancadas. No dice nada, simplemente lo levanta de la pechera de la camisa, que era de Domenico pero que le han

prestado, y lo eleva como si pesara lo mismo que una pluma.

—¿En serio vas a dejarte morir como un imbécil? Pensaba que eras sólo idiota, no imbécil. —Allegra lo deja caer—. Pues entonces nos dejarás morir a todos. A Domenico. A Ida. A mí.

—Todos vamos a morir tarde o temprano.

Allegra deja escapar un gruñido desesperado y Domenico también.

—Eres un farsante —dice ella.

—Siempre he sido…

—No. Antes eras otra cosa. Humo y espejos y juegos de manos. Ahora eres un farsante porque nos hiciste creer que con tu ingenio todo lo podías, que siempre caías de pie, como los gatos, y al primer contratiempo aquí estás, lloriqueando.

—¡Es que me estoy muriendo! ¡Y he perdido mi suerte! —Paddy alza la muñeca donde llevaba la campanilla—. ¡No puedo hacer nada si no tengo mi suerte!

—¿Sabes por qué? —le pregunta Domenico de repente.

—¿Por qué qué?

—Por qué acepté ayudarte en toda esta locura. Me preguntaste si era por el dinero. O por la fama. No se te pasó por la cabeza que podía hacerlo por esta ciudad. Es mi hogar. Y una vez fue grande. Y bellísima. Y extraordinaria. Y ahora es la sombra de una sombra.

—A mí también me gusta Roma. Jamás me había gustado tanto un lugar como…

—Pues demuéstralo —le dice, envalentonado—. Ayuda, ahora sí, a salvarla. Y sálvate tú también…

—Estoy cansado. Y ya no tengo la suerte que me ha acompañado siempre.

Domenico frunce el ceño, con un poso de calor que va creciéndole dentro. Paddy no es así. No se rinde nunca.

—Tal y como yo lo veo, puedes seguir aquí, creyéndote que

todas las cosas extraordinarias que has hecho se las debes a un pedazo de metal, o usar ese *arte* del que tanto hablas para convencerte a ti mismo y a tu dura cabezota de que el mérito es todo tuyo.

—Pero si te quedas aquí lamentándote —interviene Allegra, en voz más alta—, lo único que conseguirás es darle la razón a Roden, que te ha tomado por tonto y te ha usado para sus propios propósitos. De hecho —añade, mirándolo de arriba abajo—, quizá sí sea verdad. Quizá *sí* fuera todo tu suerte y nada más, y sólo seas un fraude. Quizá no eres ni la mitad de listo, ni de carismático, ni de buen jugador de cartas de lo que crees. Sea como sea, nosotros vamos a intentarlo; si no, moriremos luchando. ¿Vienes, Domenico?

Él vacila.

—La verdad es que yo preferiría no morirm…

Pero Allegra lo sujeta del brazo para tirar de él hacia la habitación contigua. Allí, sombríos, esperan los miembros de la compañía de Ida, que levantan la cabeza. Los únicos que parecen ajenos a todo son los niños, que están jugando con *Ambrose* al escondite.

—¿Qué? —le dice Revna, la chica odiniana—. ¿Ha entrado en razón?

Allegra y él se miran, pero la puerta detrás de ellos se abre de golpe.

Paddy también es una sombra de lo que fue. Ojeroso y pálido, el cabello rubio convertido en un estropajo, pero ahora lleva un brillo de orgullo en los ojos. Golpea el bastón contra el suelo.

—No puedo creer que os penséis que *todo* lo que he logrado en la vida es por pura chiripa —jadea, aunque logra imprimirle un deje de indignación su voz.

—Eso lo has dicho tú —comenta Allegra.

—Jamás diría tal cosa, habréis malinterpretado mis palabras. —Por un momento, a Domenico le parece que vuelve a ser el mismo de siempre—. En fin —sigué Paddy—, dejaré pasar la ofensa porque la situación es desesperada y todos decimos cosas de las que nos arrepentimos después.

Domenico ve cómo ha cambiado la expresión del que fuera su señor. Es apenas perceptible, pero él sí que lo nota, que ha aprendido a captar esos leves movimientos que hace cuando su cerebro comienza a girar. Apoyado en su bastón, Paddy comienza a caminar de un extremo a otro de la triste habitación. Muy lento. Pero a cada paso que da, a cada golpe de bastón, parece tener más energía.

Entonces, como si ni él ni Allegra estuvieran, comienza a pensar en voz alta:

—Está claro que el vizconde no va a darle el prodigio a la ciudad, a la gente. Va a usarlo para su propio beneficio.

—Eso ya lo sab… —comienza Tashiin, pero Paddy levanta una mano pidiendo silencio.

—Es un hombre tozudo. Y orgulloso. Se cree importante. Es el tipo de persona que cree que sabe más y mejor qué les conviene a los demás. —Da dos golpecitos más al suelo con el bastón—. Pero también tiene prisa. Y ambición. No creo que esté desesperado, pero sí ansioso. Y no le gusta nada de nada cuando sus planes se tuercen. Y puede que, si eso ocurre, cometa errores.

—Entonces, ¿qué? ¿Cómo logramos desbaratar sus planes? —observa Allegra, con un deje de ansia en la voz.

—No podemos desbaratarlos. Tiene soldados y recursos que nosotros no podemos ni soñar —responde Paddy, y después añade—: Peeeero podemos hacerle pensar que se los hemos desbaratado, que sería mucho más fácil.

En este instante, la expresión de Paddy cambia

definitivamente, como si recuperara el color en las mejillas mientras musita que podría funcionar. También dice que podría salir horriblemente mal, claro. Eso a Domenico le asusta, pero Paddy no le da tiempo a reaccionar.

—Necesitaré ropa nueva. No puedo ir con estos harapos. Y tenemos que buscar al platero.

—¿Qué platero? —le pregunta Domenico.

Paddy sonríe ligeramente y a Domenico le parece algo aterrador, ya ha experimentado en sus propias carnes qué ocurre cuando Paddy tiene una de sus *magníficas ideas*.

—El que me hizo los anillos falsos.

—Pero si estará dormido a estas horas.

—Pues habrá que despertarlo.

LXXIX

En el *palazzo* del vizconde de Roden, a la mañana siguiente

Ida no ha dormido. ¿Cómo iba a dormir? Hasta bien entrada la noche ha escuchado el sonido de las escaramuzas por toda la ciudad. Sólo podía pensar en eso mientras pasaba las horas encerrada en la habitación más hermosa en la que ha estado jamás. Una alcoba como un cofre del tesoro. En la cama sí se ha tumbado porque, ante todo, Ida es una persona práctica y se ha dado cuenta de que necesitaba descansar.

Cuando un sol comenzaba a ascender como una gota de oro líquido ha venido un enmascarado para guiarla hasta los jardines de la casa del vizconde, donde le esperaba el hombre mismo, con James al lado. Ida, al llegar, les ha dedicado una mirada que combinaba de manera extraordinaria todo el hastío,

la rabia, el cansancio, el rencor y la indignación por verse envuelta en tales tejemanejes, sobre todo a James, porque creía que era su amigo y ha resultado ser una rata traidora. Inglés tenía que ser.

—No me han dado ni un mendrugo de pan para desayunar. Mucho oro y muchas sedas y cuadros y espejos, y me hacen venir aquí muerta de hambre. Vergüenza debería daros. Y mientras os avergonzáis —repite Ida, aunque aquí el único que parece sentirse un poco culpable es James, el vizconde tiene cara de haber desayunado como un rey—, quizá podáis contarme qué queréis de mí para que así pueda hacerlo y marcharme de una vez, que me tiene todo el mundo harta.

—Ida. —Si James se acerca un paso, ella retrocede otro—. Sólo tenemos que hacer lo que sabemos hacer: música. A ti te responden, Ida. Los dioses. Siempre te lo he dicho. Sea por lo que viviste en las Américas, sea porque tú verdaderamente crees en ello, te responden.

—No pongáis esa cara tan seria, señorita O'Leary. —El vizconde dirige su mirada hacia esos cielos a los que quieren apelar—. Mis informadores dicen que, desde esta mañana, fuera de estos muros se han reunido miles de personas. Les prometimos el Último Prodigio y eso mismo vamos a darles. Deberíais considerarlo un honor, no un castigo.

—¡Qué sabréis vos de honor, caballero! Qué sabréis los dos de… —Rápido como la mordedura de una serpiente, el vizconde le da un bofetón. Quizás unos pocos años atrás Ida se hubiera acobardado, porque a la gente como ella la vida se encargaba de recordarle que la supervivencia dependía de bajar la cabeza y decir a sus amos que sí a todo, pero ahora levanta la cabeza—. Muy bonito.

No sin un cierto alivio para Ida, el vizconde pierde el interés en ella para centrarse en los preparativos que se están

llevando a cabo en los jardines de la finca.

—No lo hagas enfadar, Ida —comenta James, que se ha quedado atrás con ella.

—Sí, no queremos que haga que me maten, como ha hecho con los demás, ¿verdad?

—Tú sólo ves lo que tienes delante de tus ojos, eres incapaz de entender que esto que estamos haciendo…, esto es mucho mayor que nosotros. Que el vizconde mismo. En cuanto hayamos obrado el prodigio y toda la gente se haya sanado, muchos más abrirán los ojos. Será el comienzo de algo nuevo, Ida, un nuevo mundo.

—Yo ya he estado en el Nuevo Mundo y he visto los prodigios y lo que pueden hacer. Y te prometo que también vi un montón de muertos y vi cómo, si algo se puede usar como arma, tarde o temprano alguien va a convertirlo en una mientras se llena la boca con cosas como el bien mayor o la gloria de la patria para que idiotas como tú se lo crean.

—Pero vamos a salvar vidas.

A la cabeza le regresan los alaridos de los que han muerto durante la noche. Piensa en Paddy, en Allegra y también en el bueno de Domenico, en la enigmática Revna y en Tashiin y Enea, tan valientes. Incluso en el pobre *Ambrose*, que no sabe si estará bien en alguna parte o lo habrán cazado para exponerlo como atracción en un espectáculo callejero. Y James habla de salvar vidas.

—Después de acabar con unas cuantas que, imagino, deben ser menos importantes, ¿no?

Algo cambia en la expresión de James. Culpa. Incluso miedo —Ida no sabe a qué—, pero opina que le está bien merecido. Cuando el joven decide no responderle, sin embargo, Ida no lo siente como una victoria. No podría viendo que enseguida vienen a buscarla y, como si fuera una pieza más de la

decoración de ramas de olivo y palmas trenzadas, la empujan junto a James hacia un carruaje abierto. Frente a ellos, el vizconde de Roden, a cara descubierta, ataviado con un manto púrpura, que es el color de reyes y emperadores, monta su corcel blanco.

Entonces, le tiende unas partituras. Por lo ajadas que están, deben de ser las que Allegra y Paddy encontraron junto a la copa en la biblioteca. Ella las acoge entre las manos y el pecho.

—Hoy haremos grandes cosas. —El hombre sujeta la copa, el Último Prodigio, con la fuerza de un ave rapaz—. Comencemos —dice para sí, aunque luego repite la orden a todos los que les rodean, y la palabra del vizconde es ley.

Todo se pone en marcha. El desfile será algo digno de ver. Delante de ellos, los mercenarios a caballo portan estandartes y banderas. Justo detrás, los músicos forman bien ordenados y, luego, sirvientes de uniforme alineados, cada uno con un gran crucifijo en las manos, y tres carromatos portan las grandes bestias encadenadas que el propio vizconde trajo a la ciudad. También hay un carro cargado de pan y viandas para lanzar a la multitud impaciente y otro lleno de sacos de monedas. Malabaristas y saltimbanquis más un grupo de bailarines con ropas de colores cierran la comitiva.

Los últimos llegan entonces. Varias decenas de hombres, a pie o a caballo, acompañados de sirvientes y lacayos, con vestidos riquísimos pero expresión sombría.

—¿Quienes crees que son? —le pregunta a James. Ida sigue odiándole por todo lo que ha dicho, pero los preparativos se le están haciendo largos y ella nunca ha tenido mucha práctica en eso de quedarse callada—. ¿Los que han sobrevivido a la matanza que tu amo provocó ayer noche o los pocos lo bastante listos como para venderse por un plato de lentejas al nuevo rey de Roma?

—No es mi amo —susurra James.

—¡Ahora! ¡Ahora!

El vizconde de Roden levanta en alto esa copa que es la última esperanza para muchos. Cuando el metal oscurecido por el paso de los siglos captura los rayos del sol, parece la más rica de las joyas.

Tan lentos que han sido los preparativos y, de repente, parece que la comitiva entre en frenesí. El carro en el que van montados arranca con una sacudida. James entonces tira de ella. Como si esa vergüenza, esa culpa que le abrumaba hubiera desaparecido, el muchacho la obliga a acercarse a él, tiene la mirada fría, la voz firme.

—Haz lo que se te ha ordenado, Ida. Quizá si obedeces, el Hermano Menor se muestre magnánimo y te deje ir y, además, puede que te pague por tus servicios. Poco me importa si apruebas o no mis acciones. Mira a tu alrededor. No puedes hacer nada más.

—Tú mismo lo has dicho, James, no tengo alternativa —le responde ella con la misma frialdad. James tiene razón: vuelve a estar sola, sin control sobre su vida, por su culpa y por culpa del hombre que, delante de ellos, se prepara para salir a la ciudad y reclamarla para sí.

El aire se llena de energía mal contenida, como si hubiera una tormenta en ciernes. «Ahora —parecen decirse los unos a los otros—. Ahora es el momento de la verdad». James, con su violín en las manos, le dirige otra mirada de advertencia. En cuanto el caballo del vizconde cruza la gran puerta del jardín, resuenan las trompetas, los saltimbanquis comienzan a hacer acrobacias, los soldados levantan los estandartes y las bestias, de pronto, rugen.

Debe de haber varios centenares de personas frente al palacio y el vizconde cabalga entre ellas como uno de esos

césares sobre los que le habla Domenico, majestuosos pero crueles.

Sin embargo, sólo tienen que cruzar un par de manzanas para que, de golpe, las calles estén vacías. Ida parpadea, como si el mundo se hubiese detenido tras toda la pompa y el estruendo de los minutos anteriores. Entonces, dirige la mirada hacia el vizconde, que otea pálido a su alrededor. Ida no sabe si de sorpresa o rabia. ¿Dónde está la gente?, parece preguntarse. ¿Dónde están las multitudes aclamándole, como lo estaban el día anterior? Roma entera a sus pies ante la promesa de esa reliquia que tiene en las manos.

—¡Alto! —Un trompetero deja escapar una nota desafinada, con tan mala suerte que llena el silencio que ha dejado el grito del vizconde. Unas pocas figuras se aproximan a él, seguramente espías de la Garduña, y el vizconde intercambia unos cuantos susurros frenéticos antes de ordenar—: Sigamos. Estarán más adelante, esperándonos.

Vuelven a resonar trompetas y los bailarines renuevan sus pasos, aunque un poco a destiempo, y luego tienen que correr cuando el vizconde espolea su caballo vía Longara arriba, hacia el puente Sant'Angelo que conecta la colina del Vaticano con la ciudad. Allí sólo les reciben los cuerpos de los criminales que han acabado sus días colgados de alguna de las horcas que hay a ambos extremos del puente, como si la ciudad le hubiera dado la espalda.

—Menudo prodigio, ¿no? —le suelta Ida a James en cuanto ve el panorama.

Él no responde, simplemente la mira con unos ojos infinitamente cansados, aunque Ida, de nuevo, no sabe de qué ni por qué.

El vizconde, furioso, se gira hacia la comitiva que le sigue y, con el rostro enrojecido de rabia, les ordena que callen.

Es entonces cuando escuchan la música.

Viene de todas partes, como si las piedras milenarias estuvieran cantando.

Y la rabia en el rostro del vizconde se convierte en confusión.

Luego, en sorpresa.

Una figura solitaria se acerca desde el otro lado del puente. Camina despacio, como si no tuviera una sola preocupación en este mundo, balanceando a cada paso un bastón con el pomo de plata. De vez en cuando da un saltito, como para admirar el vuelo que hacen los faldones de su casaca o el brillo de las hebillas de sus zapatos. Es con uno de estos brincos cuando, por fin, la figura se detiene a unos pasos del vizconde.

—Buenos días tengáis, querido tío.

Visto que el vizconde sólo emite un sonido agudo, como si se hubiera ahogado con su propia lengua, Ida aprovecha la oportunidad para asomarse por el lateral del carro, y no salta a darle un abrazo (o un cachete por tenerla tan preocupada) a Paddy sólo porque James, inglés tenía que ser, la sujeta.

Lo que no consigue, claro, es callarla:

—¡Paddy! ¡¿Cómo es que no estás muerto?!

—Es también un misterio para mí, Ida, te lo prometo —responde alegre él mientras da unos golpecitos con el bastón sobre las lastras del pavimento del puente—. ¿Cómo estás? ¿Te han hecho daño?

—De momento, no. ¿Te encuentras bien? ¿Y los demás? —Y tras dudarlo un segundo, porque sabe que Paddy pondrá una de esas sonrisas suyas, añade—: ¿Domenico?

Como se temía, Paddy esboza una sonrisa que haría sonrojar a una monja.

—Créeme si te digo que hemos tenido que sujetarlo entre cuatro hombres fornidos para evitar que, como si fuera un

ejército de un solo ser, viniera a rescatarte…

—¡Ya basta! ¡BASTA! —le corta el vizconde—. ¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Qué habéis hecho?

Paddy, con parsimonia, lo observa con algo de pena, como si estuviera hablando con un lunático.

—Bueno, mi señor. Juramos salvar esta ciudad de la plaga. Vos mismo me lo dijisteis más de una vez: encontrar el Último Prodigio de Roma era una gesta digna del mayor de los héroes y, si os soy sincero, últimamente le he tomado el gusto a eso del heroísmo, de modo que hemos decidido obrar el prodigio y sanar a todos aquellos que, por vuestra obra y gracia, han contraído la enfermedad.

Antes de que los que les rodean puedan intercambiar miradas de suspicacia por el hecho de que Paddy acabe de acusar al vizconde de provocar la enfermedad, Roden da un paso adelante, rabioso.

—¡Mentiras! ¡Calumnias! —ruge agitando el cáliz en la mano—. ¡Yo tengo el Último Prodigio! ¡Soy yo quien…!

—¿Seguro?

Al vizconde la duda lo traiciona el tiempo suficiente como para echar una mirada recelosa a la copa que, hasta hace un momento, estaba sacudiendo, aunque luego añade:

—Este es el auténtico. No voy a caer en tus trucos.

—Bien pensabais que los anillos que os di eran los verdaderos, mi señor. —Paddy remata su réplica con una floritura de mano. Es un gesto que quiere ser despreocupado y lo parece, aunque Ida lo conoce demasiado bien como para no advertir cómo frunce el ceño ligeramente y cómo sus hombros no están tan erguidos como de costumbre—. Pero podéis no creerme si así lo deseáis. Es más: os invito a hacerlo. No me creáis, querido tío, y vedlo con vuestros propios ojos.

La paciencia del vizconde se acaba con un rugido. El

hombre, como enajenado, baja del caballo de un salto con un puñal por delante. Los soldados fieles al vizconde se ponen en marcha también, pero Paddy da un salto hacia atrás, y otro, y vuelve a girar la cabeza hacia las calles que quedan junto al puente.

Desde allí les llega una fanfarria de notas desafinadas. Y allí está la multitud que tanto anhelaba el vizconde, varios centenares de personas formando un grupo compacto.

Paddy da unos pocos pasos más hacia atrás. Nadie le detiene. El vizconde se ha quedado paralizado, sus soldados no logran darle alcance antes de que Paddy se interne en esa procesión que canta y que baila y que se regocija alrededor de un hombre al que pasean montado en un destartalado carro.

En la mano, levantada en alto por si así la creyera más cerca del cielo, lleva una copa que reluce bajo el sol, exactamente igual a la que tiene el vizconde de Roden.

LXXX

Desde el puente Sant'Angelo, a continuación

A cada paso, Paddy tiene que hacer un esfuerzo titánico para no detenerse a descansar. Cada pulgada de su cuerpo, de su piel, parece estar enganchada a un hilo finísimo que tira de él hacia abajo, pero Paddy se adentra entre la gente.

Cuando se gira para verlo, Roden sigue paralizado, con cara de que se hayan meado en su jarra de cerveza.

Un par de niños, mocosos descarados de esos que Domenico cuida, saltan y corean a los demás. «¡Milagro! ¡Prodigio! ¡Magia! ¡Intervención divina! Los enfermos están sanando, se levantan y andan, como ese pobre Lázaro de la Biblia».

Algo le cae en la cabeza. Pétalos rojos de alguna flor que una pareja de mujeres lanza desde una ventana próxima. Cuando

se gira de nuevo hacia atrás, adivina un par de siluetas negras que se internan también en la multitud. Casi le enternece que el vizconde piense que sus esbirros van a tomarlo desprevenido otra vez.

—¡Milagro! ¡Estoy curado! —proclama un hombre, el más hermoso que haya visto Paddy jamás y que no es otro que Enea, de la compañía del Turco.

Mientras puñados de enfermos reales observan la procesión, esperanzados, Paddy se quita su nueva casaca dorada y la mete bajo su jubón para convertirla en una prominente tripa. Procede entonces a un rápido intercambio de sombreros con Enea. Una mujer que pasa por su lado, Revna la odiniana, le tiende una chaqueta de color marrón raído.

Sin detenerse, Paddy cambia la cadencia de sus pasos, encorva la espalda. Es curioso: la alegría de esa gente parece genuina, les brillan los ojos. Paddy se mantiene dentro del grupo, que se empujan los unos a los otros, que se abrazan y cantan himnos, hasta que descubre la entrada a un callejón sombrío.

Visto y no visto. Paddy emerge de entre la multitud y, en dos pasos rápidos, ya está caminando entre las casas destartaladas de la calle. Aquí el cansancio lo invade de nuevo, pero él ya se ha hecho a la idea de que va a seguir hasta que no le quede ni una brizna de fuerza en el cuerpo. Ni se permite detenerse a sabiendas de que, si lo hace, quizá no pueda dar un paso más. Al contrario, Paddy aprieta el paso mientras comprueba que nadie le sigue.

Arriba, de repente, tocan las campanas. Parecen volverse locas. «*Festa decoro*», murmura Paddy para sí. Eso ponía en la inscripción de los anillos, porque las campanas de una ciudad sirven para muchas cosas: para marcar las horas, para ahuyentar las desgracias, para avisar de una amenaza y, también, para guarnecer una fiesta. Y es una fiesta lo que tienen aquí.

Paddy sonríe.

Al final de la calle, ve una sombra. Paddy se abalanza hacia ella, el cansancio olvidado por un instante cuando la besa.

—Ahora no es el mejor momento. Tenemos que…

Él discrepa, por eso la besa de nuevo, la rodea con los brazos. Es el mejor momento porque Allegra está aquí y él también, y ese es el único requisito indispensable.

—Creo que va a funcionar —susurra para luego separarse unas pulgadas de ella, a regañadientes.

—¿Qué ha dicho el vizconde? ¿Cómo ha reaccionado?

—Como si un fantasma hubiera aparecido de la nada para escupir en su comida, Allegra. —Se avergüenza incluso de lo eufórico que está, pero Paddy se siente vivo, como si esas marcas que están estrangulándole el cuerpo se difuminaran por un segundo—. Ida está con ellos. Y James también.

La mirada de ella se ensombrece antes de volver a una fría calma.

—Todavía no podemos precipitarnos. —Para su sorpresa, es Allegra quien ahora tira de él para reclamarle un nuevo beso —. Vamos. ¿Puedes seguir o necesitas…?

—No podemos detenernos ahora.

Allegra le da la mano. Tira de él, manteniéndose siempre en calles poco transitadas. Suben y suben por la colina del Capitolio, casi en el centro de la ciudad. Tienen Roma a sus pies. A la derecha, los barrios populares, las calles torcidas y las casas que se inclinan las unas hacia las otras, como si quisieran compartir secretos. A la izquierda, los límites de la ciudad, donde se concentran las villas de los grandes señores. Detrás de ellos, un campo de ruinas, con el gran anfiteatro y el circo, todavía engalanado con telas para las carreras que iban a celebrarse durante los carnavales.

Desde aquí cuentan, también, las cuatro procesiones que

como gigantescas serpientes se mueven por la ciudad.

Es hipnótico. Son ellas, las decenas de miles de personas que forman las procesiones, las que están haciendo cantar a la ciudad. Suenan himnos, salmos, canciones de viejas para alejar el mal de ojo y la enfermedad se mezclan con el son de los instrumentos de todas a la vez a lo largo y ancho de la ciudad.

—Todavía no entiendo cómo esto ha funcionado…

—Creo que… es porque la gente necesita creer en… —Sin embargo, Paddy no puede continuar porque una sombra aparece de la nada. Va completamente cubierta y él siente el corazón en un puño cuando lo ve. No obstante, se relaja en cuanto la sombra se descubre: es Tomasso, el antiguo amigo del padre de

Allegra, vestido con su viejo uniforme de la Garduña—. ¡Pero avisa, hombre!

Tomasso, sin mucho disimulo, le ignora para dirigirse sólo a Allegra:

—Todavía hay mucha gente que no se ha unido a este lío que habéis montado. —Cualquiera diría que no aprueba su plan y Paddy no le juzga: es una locura—. Necesitamos más si queremos que funcione. Toda la ciudad entera si fuera necesario.

Colgado del hombro, Tomasso lleva un saco de tela gastada todavía medio lleno con las copas, copias exactas de ese Último Prodigio que encargaron fabricar a ese platero que ya hizo los falsos anillos para Paddy. Pobre hombre, la noche anterior lo sacaron casi a rastras de la cama, pero aceptó el encargo con presteza. Seguramente, lo que le animó a decidirse fue la presencia sombría de Tomasso y del resto de hermanos de la Garduña fieles a él.

—Hagámoslo, pues. —Allegra parece otra. Hace ya una vida entera, cuando le perseguía con esa máscara suya para robarle los anillos, Allegra era impetuosa pero insegura. Ahora habla con fuerza y sus pasos son más firmes. Paddy se dejaría colgar antes que reconocer que le asusta un poco y que, al mismo tiempo, le atrae sobremanera—. Moviliza a todos los hermanos, Tomasso, que siembren rumores entre los curiosos y los indecisos. Y nosotros…

—¿Adónde vamos?

—Vamos a hacerles una visita a las facciones.

—¿Te he contado, querida mía, que tuve un pequeñísimo, prácticamente inexistente, altercado con ellos?

—Sí. Pero los necesitamos, las facciones son capaces de mover más gente que todos nosotros juntos.

—Es decir, todo fue un gran malentendido y seguro que ahora al recordarlo nos reiríamos…

—¿Van a matarte en cuanto te vean?

—Espero que no.

—Tendrá que valer.

Si Allegra no le hubiera cogido la mano en ese momento, Paddy no habría sido capaz de dar otro paso. Es la fuerza de ella la que le ayuda a caminar, incluso propicia que le aparezca una sonrisa en los labios, toda dirigida a Tomasso, que le ha dedicado una mirada llena de desaprobación.

Un último esfuerzo. Un último todo. Mientras comienzan a bajar la colina, Paddy observa un grupo rodeado de banderas y estandartes, mucho más elegante que los demás. Roden y los suyos siguen junto al puente formando una columna de gente desdibujada, confusa. Debe de estar así. La sombra de la duda debe de planear sobre el vizconde de Roden. Al fin y al cabo, es verdad, ya le engañó una vez con los anillos. ¿Quién dice que no pueda haberlo hecho de nuevo? En fin, por toda Roma hay gente que se levanta y afirma haberse curado, gente que despierta después de horas, si no días, de sopor.

Paddy siente la ausencia de su suerte como un agujero en medio del pecho, pero tendrá que confiar en que de un modo le encuentre, esté donde esté.

LXXXI

Sobre el puente Sant'Angelo, al mismo tiempo

El vizconde de Roden observa pasar esa procesión frente a él. La gente baila y canta y le ignora, mientras el rostro le palidece y le tiembla la barbilla.

Lleva la mirada a la copa que tiene en la mano y, luego, a la que llevan los otros en procesión. Son idénticas, pero, aunque James habría jurado y perjurado que la que lleva el vizconde es la auténtica, ahora duda.

La rabia del vizconde, entonces, se vuelve hacia Ida. Es la rabia lo que debe de impulsarle a moverse tan rápido, a sujetarla inmisericorde por el brazo hasta que ella deja escapar un gemido de dolor.

—¡No es verdad! Es imposible, ¿no es así? Si ese pillastre hubiera hecho lo que afirma, si me hubiera dado gato por liebre

otra vez, me lo diríais, ¿verdad, señorita? —Más que una pregunta, se trata de una amenaza.

Pero James no hace nada, salvo girar la cabeza. Puede con la culpa.

—Mi señor vizconde, si lo supiera…, si lo supiera os lo habría dicho. Aunque conociendo a mi Paddy, no me extraña en absoluto. Siempre ha sido más espabilado de lo que le convenía, que decía mi padre, señor…

—Señorita, vos sois quien elegís: la verdad o el castigo —sisea el vizconde mientras tira de ella otra vez y termina arrastrándola por el camino lleno de polvo. Se escuchan murmullos entre los presentes, aunque nadie se atreve a intervenir cuando, de un brutal empujón, lanza a Ida al suelo.

Sólo James. Porque aunque puede con la culpa, y puede asumir sus errores, su traición, algo dentro de él se ha rebelado al ver la escena.

—Señor. Señor. —James no llega a interponerse entre Roden e Ida, pero podría llegar a hacerlo—. Ida es una simple criada. Tiene una bonita voz, pero es un tanto corta de entendederas. Si Doyle realmente os ha dado una copa que no es la verdadera, no tiene modo de saberlo.

Ida le dedica una mirada llena de odio, pero al menos Roden la ha dejado en paz. El hombre, tras un rugido lleno de frustración, se yergue. Mientras gira sobre sí mismo, examina la situación. Sus soldados y criados siguen allí, expectantes, y unos centenares de personas, los que le han seguido desde que saliera de su villa, esperan con expresión confundida.

Lejos pero cerca a la vez, continúa la música. El murmullo de cien mil almas que cantan, y cada una una melodía distinta, con su propia voz y su propio ritmo, pero que suenan en armonía. Por cómo la expresión de Roden se contrae, ese sonido le revuelve, pero a James le suena como debería sonar la

esperanza.

Le tiende una mano a Ida para que se levante, pero ella lo rechaza, digna como una reina.

—Volved al carro, señorita O'Leary. Ha llegado el momento de comprobar si vuestra voz es tan prodigiosa como dicen todos —ladra Roden, alejándose todavía unos pasos más. Aun sin pedirlo, uno de los hermanos enmascarados se le acerca, solícito—. Elige a unos cuantos hombres capaces —le dice Roden al enmascarado—. Y bajad a las cloacas. Si tenemos que infectar a toda la ciudad con la plaga para descubrir quién tiene el verdadero prodigio, que así sea.

Que así sea.

Roden habla sin odio, la voz fría y el semblante lleno de calma, mientras James, que es testigo de la conversación, se estremece. Sabe que es necesario. Sabe que lo que pretende el vizconde es un simple fin para lograr un medio y que, si todo va como debería, si esa copa de plata ennegrecida que lleva en la mano es el verdadero prodigio, nadie sufrirá ningún daño. Sin embargo, la idea de ver esas criaturas reptando por las calles de su ciudad le eriza la piel y le seca la garganta.

No puede echarse atrás ahora. La máscara del Segundo Hermano, esa que le permitirá liderar la Sociedad de la Garduña, la que le abrirá las puertas de todos los conocimientos, los secretos de esa fuerza prodigiosa que desea conocer por encima de todo, le pesa en las manos. Tampoco tiene los medios para intervenir. Al fin y al cabo, los hombres que le rodean no le son fieles a él, sino a Roden. Sus hombros, piensa mientras menea la cabeza, pueden acoger un poco más de culpa sobre ellos.

Cuando ya está a punto de subir al carruaje junto a Ida, que se ha quedado muda, horrorizada, la voz de Roden le detiene:

—Señor Morley. Como Segundo Hermano que sois, a vos os corresponde liderar a esos hombres en su misión.

Él levanta sorprendido las cejas. Gira la cabeza hacia Roden, que ha montado en su caballo blanco, la espalda erguida, el aspecto de un hombre bueno y sabio, el salvador de una ciudad moribunda.

—Es una trampa —susurra Ida sólo para él.

—No lo es —asegura él, aunque de repente calla. Entre la procesión que pasa por delante de ellos, ajena a la ira del vizconde de Roden, le ha parecido ver tres figuras enmascaradas, hermanos de la Garduña. Y cree que le miraban a él—. Me necesita.

—Oh, sí. Tienes razón. *Te necesita*.

—¡Señor Morley! —insiste Roden. Delante de ellos, la procesión pasa de largo con sus cánticos y sus bailes, y los deja solos a Roden y su séquito en el puente—. Este es el momento: la ciudad se ha lanzado a las calles y es nuestro deber mostrarles qué nuevo poder va a guiar sus vidas a partir de ahora. No os preocupéis por la señorita O'Leary, va a estar en buenas manos.

James se pone la máscara del Segundo Hermano, pesada ya como una piedra, y respira profundamente.

LXXXII

De camino a las ruinas del foro, un poco más tarde

Las facciones. Allegra sabe que las necesitan para acabar de cerrar la trampa sobre el vizconde de Roden. Sólo si la ciudad entera se pone en pie, sólo si Roden se ve desesperado, rodeado, abrumado, caerá. Por eso mismo, mientras avanzan por una calle pavimentada en dirección a las ruinas del foro, se gira hacia Paddy por si tiene alguna idea.

Será una idea terrible, está segura.

Así, además, lo mantiene alerta. Maquinando una de sus tretas es cuando le brillan los ojos, y parece que le vuelve el color a la cara. Así, repite Allegra en su fuero interno, le es más fácil olvidar que Paddy se está muriendo y que no sabe si llegarán a tiempo para salvarlo.

—¿Qué quieren las facciones? —dice él tan de repente que ella da un respingo. No le da tiempo a responder, la pregunta no es para ella, sino que Paddy se la ha hecho a sí mismo—. Quieren poder e influencia. Como todos. Y dinero. Y quieren, tienen que querer… Imagina llevar *siglos,* son siglos, ¿verdad? Eso me dijo Domenico: *siglos.* Pues imagina llevar siglos compitiendo en todo con las demás facciones. En las carreras y en los antros de juego.

Paddy ha levantado la cabeza y ahora la mira como si tuviera algo en la punta de la lengua y esperara que ella le ayudara a desentrañarlo.

—Y en las calles —añade ella—. Y en todas partes.

Paddy, como fulminado por un rayo, asiente. Entonces su mirada se vuelve hacia su derecha. Una ruina imponente se alza orgullosa por encima de los tejados que la rodean. Fue un gran estadio. Un lugar donde hombres y bestias luchaban a muerte; aunque un terremoto lo medio derrumbara y la otra mitad esté cubierta por vegetación, todo el mundo en Roma sabe que es el escondrijo de la infame facción roja y que en la antigua arena todavía se celebran peleas de gallos, de perros y cosas peores.

Aquí es donde van a intentarlo primero.

LXXXIII

En la cloaca máxima, al mismo tiempo

Roma no es una ciudad. Es una multitud de ellas, entremezcladas. Ni siquiera tienen que alejarse mucho de donde están Roden y el resto de su comitiva para encontrar una casa medio abandonada y, en el sótano, una galería que se sumerge en las profundidades.

A la lumbre de las lámparas que llevan, los hermanos van guiando a James hacia abajo, hacia un mundo de humedad y de penumbras, lleno de sonidos graves: el correr lejano del agua, el paso de un carro en la superficie, burbujeos y temblores de tierra como si estuvieran en el estómago de una gran bestia.

Al poco llegan a la cloaca máxima; allí están los monstruos. Hileras y más hileras de ellos, tumbados sobre el suelo de piedra, iluminados por una ristra de candiles a cada lado del túnel.

Al principio, sólo había uno. Uno. El que él mismo trajo a esta ciudad, y ahora son legión. James, mientras los demás hermanos comienzan a caminar entre las bestias, se estremece.

Cuando lo enterró, el desdichado de Brandon Charlemont no le dio miedo. Una pena infinita, quizás, al ver a un ser humano condenado a esa media vida, a vagar movido por los instintos más bajos. No sabe por qué el Turco le encargó a él la penosa tarea de darle la última sepultura. James sabe que el Turco nunca vio venir su traición, como no vio venir aquel cuchillo directo en el corazón que le clavó días después.

Tal vez, piensa, el viejo Aristophanes sólo quería castigarlo por su mal humor durante los días anteriores en Marsella haciéndole cavar un hoyo en aquella tierra helada al lado del camino.

Fue entonces, con las manos en carne viva tras cavar durante horas, cuando tomó la decisión: dejó el cuerpo de Charlemont allí, muerto, pero no del todo, en el hoyo. No le clavó una estaca en el corazón y tampoco encajó una piedra entre sus fauces, como debe hacerse con un monstruo de los de su clase para inmovilizarlo. En lugar de eso, cubrió esa cara redonda de mejillas sonrojadas con su propio pañuelo para que, si despertaba, siguiera su rastro.

—Cuando vos deis la orden, mi señor, comenzaremos —le sobresalta una voz ronca. Uno de los hermanos se ha vuelto hacia él.

De nuevo, James fija la vista a los cuerpos tendidos. Aun cuando el verdadero prodigio está en manos de Roden —está seguro, se repite; está convencido de ello—, aun cuando sepa que va a surtir efecto y que liberar a los monstruos sea sólo una treta, una demostración de poder, James duda.

Pero por esto mató al Turco. Esto es lo que siempre anheló: magia, prodigios, poder, criaturas maravillosas. La voz en su

cabeza que se lo recuerda tiene un timbre tan cruel como burlón.

James se toca la máscara con la mano. Le pesa tanto que se la quita de un manotazo.

—Adelante —responde, jadeando sin saber por qué razón, aunque logra reponerse enseguida—. ¡Vamos! ¿A qué esperáis?

Los hermanos se ponen en marcha en perfecta sincronía. Moviéndose en paralelo, acercan las manos a las bocas de los monstruos y les arrancan las piedras de un tirón.

La cloaca, al poco, se llena de gemidos y del chascar seco de mandíbulas.

James no quiere quedarse quieto. Tiene la impresión, equivocada pero apabullante, de que si no se mueve ahora, luego no será capaz de alejarse de los monstruos, paralizado por un miedo que ni entiende ni quiere sentir.

Con un rugido, se pone de nuevo la máscara y se lanza hacia adelante. Sin pensarlo, libera a esos seres a manotazos, saltan piedras por doquier, creando una orquesta de ecos contra las paredes de la galería. Quizá la causa por la que lo hace no sea buena a ojos de muchos, pero es la suya.

Ahora, la legión de *nachzehrer* se agita al igual que unas noches antes. Parecen impacientes por salir, por regresar a sus viejos hogares y alimentarse con la esencia vital de sus familias y amigos.

Y los hermanos, con James a la cabeza, siguen moviéndose entre las filas de engendros. Como sumidos en un frenesí, los liberan uno por uno. Muertos que caminan. Los portadores de una enfermedad aterradora. Nada de eso, por un instante, le importa a James Morley.

Llega el momento, no sabe cuándo, en el que ya no queda ninguno de los monstruos sin liberar. Ahora hay que huir. Los hermanos se han replegado.

—¡Señor! ¡Por aquí! —grita uno de ellos, haciéndole señas.

A un lado de la cloaca se abre una galería, apenas lo bastante alta como para que avance por ella una persona. Hacia allá va James, sorteando cuerpos que ya empiezan a incorporarse.

—¿A qué esperáis? ¡Vamos! ¡Escapad!

Pero no se mueven. James ve entonces el brillo metálico de un cuchillo.

«Es una trampa», le advirtió Ida.

LXXXIV

En las ruinas del viejo anfiteatro, a continuación

Durante días, semanas incluso, la gente hablará de lo que ocurrió en el escondrijo de la facción roja, Allegra está más que convencida. Van a hablar de cómo un hombre entró allí borracho como una cuba y de que, poco después, las cuatro facciones de Roma, los rojos, los azules, los verdes y los blancos, irían a la guerra para ganarse su salvación en una ciudad moribunda.

Con el tiempo, de hecho, el cuento se hará más florido, más fantasioso y erróneo, pero Allegra Gentilleschi conoce la verdad, porque la está viendo con sus propios —e incrédulos— ojos.

—¡Todos! ¡Todos completamente sanados! ¡Un milagro verdadero! —berrea Paddy, que se tambalea con tanta pericia que logra caer justo en una de las mesas que hay bajo los grandes

arcos de la entrada al estadio. En una mano tiene una botella de vino, con la otra hace un barrido a su alrededor señalando a los presentes.

—¿Qué dice? —pregunta alguien entre las penumbras que gobiernan las entrañas del viejo anfiteatro.

—Está loco —responde otro.

—No, está borracho —dice una tercera voz.

Aunque Paddy no está borracho: han encontrado esa botella olvidada en una taberna según se acercaban al gran anfiteatro y no ha bebido ni un trago.

El resto se lo ha tirado por encima del jubón que lleva, y que da la feliz casualidad de ser de un azul desvaído.

—¡Todos curados! ¡Sanos como manzanas! *Mens sana in corpore sano!* —continúa, arrastrando letras mientras habla tan exageradamente que incluso logra disimular su acento extranjero —. ¡Todos los miembros de la facción ahora mismo están en la calle! Han encontrado el Último Prodigio, ¡sí! ¡El mismo objeto de gran poder que tantas veces ha salvado la ciudad de la enfermedad! ¡Son héroes! —Y se golpea el pecho, orgulloso, salpicándolo todo de vino otra vez mientras más y más miradas se clavan en ellos dos—. Y vosotros aquí, ¡haciendo el ridículo más espantoso y encerrados como conejos! ¡Qué alegría ver que yo soy…, yo soy…! —Paddy deja escapar un hipido que sería digno del mismísimo Baco—. ¡El primero en disfrutar de vuestras caras al saberlo!

Luego, tan rápido que duda que alguien más se haya percatado de ella, le dirige una mirada apremiante a Allegra.

Ella nunca ha sido buena actriz, pero hace todo lo que puede.

—¡Holgazanes! ¡Patanes! ¡Petimetres! ¡La facción roja pasará a la historia como la más inútil y la más cobarde!

—¡Eso! ¡Eso, mujer! ¡Dilo más alto! Y no podréis hacer

nada por evitarlo porque para ello tendríais que haceros con el prodigio y no seríais capaces, panda de caraculos.

Es el borracho más ebrio que Allegra haya visto en su vida. De un saltito torpe, Paddy se planta en medio de la gente que se ha ido congregando. Muchos, como ocurre en toda la ciudad, están enfermos, figuras apáticas sentadas por los rincones o en las bocas de escaleras que suben a los niveles superiores del estadio, pero otros están bien despiertos y, mientras Paddy grita que la facción azul lo ha conseguido, que es la más grande de Roma, la más poderosa, que ha logrado lo imposible y ha recuperado el Último Prodigio para su gloria, oyen el atronador sonido de espadas, dagas, cuchillos y estiletes saliendo de sus vainas.

Allegra no sabe ya cuántas veces ha pensado: «Ahora es cuando nos matan».

—¡Cállate, desgraciado! —le espeta un hombre menudo, de rostro afilado y ojos muy juntos que le dan un ligero aspecto de roedor.

—¡Ven y hazme callar tú mismo, patán!

Allegra vuelve a pensar que los van a matar, ahora con más convencimiento, porque siente ya cómo alguien la sujeta por la cintura y otro por la muñeca derecha. Ninguno debe de pensar, porque es una mujer, que le queda una mano libre con la que comenzar a dar cuchilladas si hiciera falta.

A Paddy, mientras tanto, cuatro matones con pañuelos y sombreros de color escarlata lo inmovilizan.

Pero es eso lo que han venido a buscar. Incluso la parte en la que, de un certero golpe, el labio de Paddy se rasga, añadiendo más rojo a las paredes, a los nudillos y a las ropas de sus atacantes.

—¡Eso! ¡Eso! ¡Matadme! ¡Antes muerto que permitir que vayáis a su encuentro para robarles el mérito y la fama!

Esta es la señal, y tiene que ser rápido; entre tanto altercado, ninguno de los miembros de la facción roja se ha detenido a preguntarse si quizá pueden hacerse ellos con el prodigio, pero ahora, por cómo algunos se miran y por cómo la golpiza que se está llevando Paddy se aligera un poco, la idea ya está en sus mentes de todos modos, sin que ninguno sepa realmente cómo ha llegado hasta allí.

Allegra toma aire. Tiene claro su papel, que ella cree que interpreta a la perfección, cuando se zafa de los hombres que la sujetan y se lanza a los pies de Paddy, como si quisiera protegerlo.

—¡No, por piedad! Deteneos, por favor, señor… —le implora al hombre con cara de rata que ha sido el primero en saltar sobre Paddy—. Buen señor…

—¡Calla, calla, traidora! —chilla Paddy. También estaba pactada esa frase, como estaba pactado que, en este momento, Paddy se lanzase hacia Allegra y que ella lo apartara de un bofetón para darle más dinamismo a la escena.

—Mi hermano es sólo un inconsciente —vuelve a suplicar a los hombres vestidos de rojo que se han acercado—. Un bravucón que, al verse curado, ha perdido el buen tino y ha venido aquí a hacer que lo maten, pero si le perdonáis la vida, es probable que tengáis tiempo de haceros con el prodigio. Lo llevan en procesión, ni siquiera está lejos de aquí…

Suerte, dice siempre Paddy. Pero quizá no sea sólo la suerte. Quizá, como bien ha reflexionado antes, sea también avaricia, miedo, sed de sangre, lo que hace que la facción roja se ponga en marcha. De los pasillos, escaleras y bóvedas del anfiteatro surgen más hombres a medida que van llamándose los unos a los otros, como si el edificio entero fuera un gigantesco panal, mientras Allegra se da cuenta de que se han olvidado de ella y de Paddy, aunque todos vayan armados hasta los dientes.

—Bien… —A su lado, Paddy trata de incorporarse, aunque trastabilla al hacerlo.

—¿Cómo que «bien»? ¡Han estado a punto de matarnos! —Allegra acaba su frase en un susurro porque justo por su lado pasa un rojo rezagado con una pistola en cada mano.

—Pero saldrán de aquí. Si todo va bien, se unirán a alguna de las procesiones y, si la cosa va todavía mejor, la voz correrá entre las demás facciones y los verdes, los azules y los blancos saldrán a la calle también. Y Tomasso se encargará de que todos tengan un Último Prodigio al que seguir.

—Eso si tu plan funciona a la perfección, cosa casi imposible.

Como respuesta, se gana una sonrisa capaz de deslumbrar al mismísimo sol y descubre, un poco azorada, que ella se la está devolviendo.

Es una señal, cree Allegra, para comenzar a moverse de nuevo. Sujeta a Paddy pasándose su brazo por encima de los hombros y, a trompicones, salen del viejo estadio. Juraría que en la calle hay más gritos que antes. De nuevo, esa música que flota por toda la ciudad comienza a cambiar, de festiva a urgente, una música llena de confrontaciones y gritos.

—Estoy muy cansado, Allegra —dice Paddy de repente. No se lo esperaba. Lo que están haciendo, este último esfuerzo, parece ser demasiado para él.

—Pero si descansas ahora, no lograrás ver tu plan completado.

—Sí, sí, es verdad, pero…

—Camina, Doyle. Ya queda poco. ¡Mira!

El rojo de la facción *russata* llena las calles ahora como una marea. Unas pocas calles más allá, alguien estalla en vítores y cánticos. Roma está de fiesta. Se topan con corrillos de gente cuchicheando y romanos apresurados que caminan en dirección

a la música. Y lejos, en las calles que bordean el río, ven una multitud que se pone en marcha, con un caballero vestido de púrpura, el vizconde de Roden, a la cabeza.

—¿Crees que picará? —inquiere Paddy. La paliza que acaban de pegarle no le ha hecho ningún bien y, de improviso, apoya todo el peso en ella.

—Si no, pensaremos en otra cosa. Pero vamos, muévete. Puedes hacerlo.

—Oye, Allegra.

—Dime.

—Si no me muero…

—No vas a morirte —le suelta ella, más enfadada que convencida.

—De acuerdo. Pero si no me muero…, ¿sigo estando invitado?

—No sé de qué me estás hablando.

—Tu madre me invitó a pasar unos días con vosotras en vuestra villa del campo y he pensado que podría aceptar. Aquí donde me ves, soy un chico de pueblo y, la verdad, comienzo a verle ventajas a eso del campo, si durante una temporada nadie quiere matarme.

—No sé si lograrías estarte quieto el suficiente tiempo como para que nadie pida tu cabeza clavada en lo alto de una estaca, pero se puede intentar, imagino.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un: «Intenta no morirte de verdad, Paddy, y luego ya veremos» —contesta ella con el corazón encogido.

LXXXV

Todavía sobre el puente Sant'Angello, después de que las facciones hayan salido a las calles de Roma

La ira emana del vizconde de Roden como el humo de una fogata. Está rojo, tiene el cuello hinchado y, aun así, hace esfuerzos por mantener una apariencia de calma.

—Avancemos —ordena una y otra vez. Su caballo trata de encabritarse y él lo corrige de un tirón brutal de las riendas—. Y vos, señorita O'Leary, no recuerdo haberos dado permiso para deteneros.

—Sí, sí…

¿Qué más puede decirle? Ida no es tan tonta como para

negarse porque se encuentra sola —hasta James la ha abandonado, aunque lo cierto es que tampoco añora su compañía— y esa gente tiene muy mal pronto, así que respira hondo.

Una banda de músicos, que vigila todos sus movimientos, comienza a tocar con ella, que todavía lleva en las manos esas ajadas partituras que le ha dado el vizconde.

Pronto la voz clara y un tanto grave de Ida se alza por entre los edificios. Los himnos y canciones de las partituras resuenan contra piedras y ventanas y viejas esculturas, en cada hoja de cada árbol, en las alas de una bandada de palomas que emprende un vuelo frenético. Durante unos segundos, Ida siente que algo se le inflama dentro, una sensación terrible y placentera al mismo tiempo, la misma que ha sentido cada vez que ha llamado a los prodigios con su voz.

A pesar de todo, la sensación se rompe y la voz de Ida se diluye entre las docenas que resuenan por toda la ciudad, donde la gente se ha lanzado a las calles, al baile y a la música.

—No puedo… —resuella sin aliento.

—¡Podréis! ¡Más os vale poder, jovencita! —le replica Roden con esa furia que lleva como un manto sobre los hombros —. Poder o no es lo que os separa de acabar en las cloacas.

Ida no quiere acabar en las cloacas, si puede elegir. Se traga la indignación, una rabia que es comparable a la del vizconde, y la cambia por otra cosa que en este momento le resulta más útil.

—¡No puedo! —Los ojos se le cubren de una fina pátina de lágrimas—. ¿Qué gano con mentiros, señor? ¿Qué? No sé por qué está ocurriendo. Quizá sea verdad y no tenéis el prodigio verdadero o quizá…, no lo sé. ¿No escucháis? Hay demasiado ruido. Demasiada música por todas partes…

Eso, por lo menos, es cierto. Las veces que ha logrado convocar un prodigio, Ida ha sentido como si la música, su

música, se fundiera con la misma fábrica del universo. Es eso lo que provoca las maravillas. Igual que una nota aguda cantada con suficiente fuerza puede hacer vibrar una copa de cristal, romperla incluso, pero ahora apenas si se escucha a sí misma entre todo el bullicio. Además, no tiene a *Ambrose* con ella.

Para darle más efecto a su súplica, se lleva las manos entrelazadas al pecho.

—¡Señor! ¡Por favor! ¡Tenéis que creerme!

Quizá sus súplicas hayan logrado atraer la atención de los que les rodean y Roden quiere mostrarse benevolente con ella, o quizá la crea de veras. Sea como sea, Roden, en ese caballo blanco como de un general victorioso, deja escapar un rugido más propio de una bestia que de un hombre.

—¡Pues detengamos la música! —les grita a sus mercenarios de aspecto fiero y a su ejército de enmascarados—. ¡Que no quede una voz en la ciudad salvo la nuestra!

Las palabras del vizconde son ley. Sus seguidores, ahora, tienen un propósito. Mientras Ida se acurruca en ese carro decorado en la que la han montado, la comitiva inicia una marcha frenética por las calles de Roma. Dan con la primera procesión, esa que se ha cruzado con ellos en el puente. Entre gritos y una violencia que asusta, esas pobres gentes quedan dispersadas, y la copa que llevaban al frente es arrebatada sin miramientos de las manos de su portador.

Pero, silenciado este primer grupo, descubren otro. Unas pocas calles más allá, la gente baila alrededor de una nueva reliquia, sea verdadera o no. Roma entera canta.

—¡Detenedlos! ¡Ahora! —ordena el vizconde, que no pierde el tiempo y ya se dirige, a través de una larga calle pavimentada, hacia el norte. Y una docena de sus fieles se apresuran a cumplir sus deseos.

En las callejuelas del *rione* de Trevi, les salen al paso tres

pequeñas procesiones, formadas casi al completo por enfermos y mendigos a partes iguales. A una orden del vizconde, un batallón de mercenarios norteños se encarga de disiparlas. Las tres copas que llevan acaban lanzadas al carro sin grandes miramientos. Si no saben cuál es la verdadera, supone Ida, las conseguirán todas.

Pero Roma sigue cantando.

—Oh, Paddy, Paddy… —se lamenta y se maravilla Ida al mismo tiempo—. ¿Qué has hecho?

El vizconde está cada vez más furioso y su rostro, más rojo. Los hombres como él —los poderosos, los intocables— no suelen tomarse bien los desafíos. Sería divertido si no resultara aterrador verlo pasar de las callejuelas de Trevi a las villas y jardines que quedan más allá de la *piazza* del Poppolo, dando gritos a diestro y siniestro. Otro de sus batallones de mercenarios se pierde al enfrentarse a un grupo vestido con el rojo de la facción *russata*.

Ida no sabe si el vizconde se ha dado cuenta, pero cada vez que manda a sus esbirros enfrentarse al pueblo de Roma, cegado por una creciente frustración, su comitiva se hace más pequeña y vulnerable. Ella, desde luego, no va a decírselo.

Tampoco va a contar que le ha parecido entrever sombras que les vigilan desde cornisas y voladizos.

A los últimos miembros de la Garduña que quedan con ellos el vizconde los envía al otro lado del Tíber, donde hay más banderas y estandartes de colores.

—¿Dónde está? ¿De dónde viene? —ruge el vizconde. Muchas de las voces de las procesiones las ha silenciado él con su violencia, pero hay una de la que no logra descifrar su origen, una clarísima, una melodía tan perfecta que hace que el hombre mire el cáliz que lleva en la mano, este Último Prodigio que cree el verdadero, pero duda. Se pone en pie sobre los estribos del caballo, estira el cuello.

Ahora escuchan bien esa canción. Poco a poco, se ha ido quedando sola, por encima de las demás. Uno pensaría que el vizconde debería estar contento, porque va cerrando el cerco cada vez más, pero nada más lejos de la verdad. Su avance es caótico, y los que van con él no parecen capaces de seguirle el ritmo. Algunos de ellos se quedan atrás por el camino; a otros el vizconde los manda a recuperar más de esas copas que van llenando la parte trasera del carruaje. Ya tienen una docena, puede que más, todas idénticas.

—¡Viene de la *Rotonda*! —exclama Roden, que los hace cabalgar hasta los pies del antiguo Panteón sólo para cambiar de parecer un instante después—. No, no. En San Marco. ¡Allí! ¡Allí! ¡Vamos! —Pero en San Marco ni él ni los pocos que le siguen encuentran nada, salvo una plaza medio vacía—. ¡Encontradla!

Pocos eran ya, pero la mitad de los seguidores del vizconde se lanzan en una alocada carrera por la calle que queda a su izquierda. Roden, un puñado de fieles y, para mortificación de Ida, el carro en el que va ella giran hacia la derecha, por detrás del monte Capitolio, hasta llegar a la extensión en ruinas del antiguo foro.

Ahora sí. En este lugar, la música es nítida, clarísima. Comienzan a cruzar las ruinas cuando Ida advierte que se ha levantado un viento fortísimo y que el cielo ha adquirido un color amarillento.

Entre columnas rotas, colmillos de una gran bestia medio enterrada, una figura espera. Jadea como si llevara un buen rato corriendo. Se trata de un muchacho de nariz aguileña y de piel y cabello morenos, sentado sobre un capitel y, en su regazo, una extraña criatura, un conejo con astas de ciervo, que canta la música más bella, la misma que llevan persiguiendo como locos desde hace un buen rato.

—¡Domenico! ¡*Ambrose*! —Ya le da igual, Ida grita sus nombres, preguntándose qué hacen en este lugar y, si este era el plan, bendita locura de plan.

Ambrose, con una última floritura, deja de cantar y salta al suelo. Ida extiende los brazos, porque está segura de que el animalito la ha echado de menos.

Pero *Ambrose* es una bestia un tanto peculiar y no tiene especial buen carácter, así que no va hacia Ida, sino que, al pasar por su lado, da con sus astas contra las piernas del vizconde y, de propina, le da tal dentellada que el vizconde suelta un alarido de dolor.

El cáliz, el Último Prodigio, cae al suelo.

En un segundo, Ida lo ha recogido y lanzado hacia las manos rápidas de Domenico.

El vizconde, todavía recuperándose de un mordisco que le sangra profusamente, ruge:

—Así que esto es lo que habéis estado haciendo, habéis jugado conmigo…

La furia del vizconde es perfectamente visible, pero ahora está solo. Casi solo, al menos. Señala a los que le quedan fieles, unos pocos mercenarios que le hacen de guardaespaldas, media docena de enmascarados de la Garduña que comienzan a abalanzarse hacia Domenico y el cáliz unos, hacia Ida los otros. En los ojos del vizconde hay algo más. Miedo, por cómo mueve las pupilas, frenético.

—En realidad, señor, si me permite decirlo —se apresura a intervenir Domenico mientras se aleja hacia atrás, el Último Prodigio a la espalda—. Esto de haceros correr para que pudierais seguirnos no es enteramente el plan.

«¿Entonces?», parece preguntar el vizconde con la mirada, y se detiene con cierta brusquedad.

En ese instante, de entre las ruinas aparece más gente.

Enmascarados. Allegra y Paddy llegan también.

—¡Tío! ¡Por fin! ¡Qué maravilla que hayáis llegado!

Ida siente cómo su pecho se inflama, no sabe si de orgullo o de indignación, pero se inflama. Sin embargo, no tiene mucho tiempo para deleitarse con la sensación porque, de pronto, el suelo tiembla bajo sus pies. El color del cielo gana intensidad y las nubes cambian rápido de forma, como si arriba se hubiera desatado un vendaval.

Ida tiene un presentimiento terrible. Incluso sin la música, armónicos que van de lo más grave a lo más agudo, casi inaudible, permanecen en el aire frío.

Es entonces cuando entiende el porqué de ese cambio en los colores del cielo, de esas notas que ha escuchado con claridad. Primero, el olor a quemado le llega directo a las fosas nasales. Luego, Roma estalla en llamas.

LXXXVI

A la salida de la cloaca máxima, unos minutos después

Roma está en llamas. Ardió en el año sesenta y cuatro mientras Nerón, el emperador loco, cantaba, y también arde ahora.

¿Cuánta culpa más podrá cargar James sobre sus espaldas?

Levanta la vista. Se están quemando palacios y torres, y el cielo, que se ha vuelto de color rojo, lo corona todo como si fuera un nuevo emperador.

Ha escuchado la música dentro de su cabeza, como tantas otras veces. La música que cantó su padre aquella noche para ahuyentar su fiebre, la música con la que los mató. La ha visto clara en su mente, como ha visto también la traición del vizconde de Roden.

«A mí me parece una trampa», le dijo Ida, y ha resultado

serlo porque, mientras James corría, ha visto a los hermanos de la Garduña quietos, las manos sujetando firmes sus armas, y ha sabido que querían matarlo. Nunca el vizconde de Roden ha tenido intención de compartir el poder. Nunca pretendió permitirle estudiar los prodigios en paz, vivir esa vida que James tanto anhelaba.

Y mientras, esas bestias, los monstruos que trajo a Roma, seguían levantándose dando dentelladas al aire.

James ha tomado su violín, el único compañero al que jamás abandonaría. La funda del instrumento ha caído al suelo con un golpe seco, un pequeño toque de percusión para dar paso a la música.

Supone que los hermanos de la Garduña no han entendido qué estaba ocurriendo. Si no, habrían tratado de detenerlo.

James se ha puesto a tocar. Ha sido, incluso, fácil. La energía ya estaba en la ciudad, en el aire, en las ruinas. Los dioses, antiguos y nuevos, han puesto sus miradas indiferentes sobre Roma y han escuchado el mensaje, esas notas que desde su cabeza se han transmitido sin pensarlo a sus dedos y han retumbado con fuerza en las paredes de roca de la cloaca.

Aquella noche, cinco años atrás, cuando murieron todos, su padre pensaba que cantaba para ahuyentar la fiebre, una cancioncilla usada por curanderas y mujeres sabias. Pero hoy James ha tocado pidiendo el fuego. En su defensa, si hay defensa posible para él, pensaba en asustarlos. En crear quizás un incendio bajo tierra, acabar con los hermanos que seguían armados y prestos a apuñalarle, quizás acabar con los monstruos, no esto.

Lo primero que ha sentido ha sido un calor abrasador y, después, un fogonazo se ha encendido al fondo de la galería. Un grito. Aquellos que deberían ser sus hermanos prendían como antorchas.

James no ha podido tocar más. El violín, su amado violín, que es parte de sí mismo, se ha quedado en la cloaca y ya debe de ser cenizas porque él ha huido, presa del terror.

Ahora, se repite mientras mira a derecha y a izquierda, Roma arde. No han sido sólo las cloacas. No funcionan así los prodigios. Se piden y, luego, se sufren las consecuencias, y su llamada ha prendido como un polvorín en una ciudad anegada de energía.

Un estrépito a su espalda le obliga a volverse. Ve con horror una cara redonda, unos dedos de uñas largas. Muertos que caminan, los *nachzreher* de la plaga han escapado también de la cloaca como ratas de un barco. Una docena de ellos salen por la misma galería por la que ha escapado él y otro puñado aparece entre las ruinas de los templos que hay cerca, junto a la orilla del Tíber, hormigas surgiendo de un hormiguero, una marea imparable.

—Querías prodigios y cosas extraordinarias, Morley, y bien que lo has conseguido —dice alguien a su espalda.

No los ha visto llegar entre el caos y el fuego, y también por una especie de niebla que lleva hoy en la cabeza que le impide estar tan alerta como siempre. Tres figuras vestidas con ropajes oscuros, tres ángeles vengadores encarnados en Revna, Tashiin y Enea.

—Siempre que el Turco te recordaba que había que ser prudente a la hora de pedir prodigios, te entró por una oreja y te salió por la otra —susurra Tashiin.

Aun así, la compañía no salta sobre él para darle el castigo que merecen los traidores. Al contrario, se inclinan hacia su persona.

—Pero somos miembros de la Sociedad de la Garduña por encima de todo —dice Revna con voz solemne—. Y hemos venido a ayudarte, Segundo Hermano.

—¿A… ayudarme? —Él retrocede confundido. Le falta el aire y, cuando respira, todo es humo.

Enea señala hacia un punto entre las ruinas.

—¿Acaso vas a dejar que arda todo?

La cúpula imposible del Vaticano ya no es blanca, sino roja.

LXXXVII

En las ruinas del antiguo foro, mientras James escapa de la cloaca

Roma está en llamas, su pobre Roma. Domenico tiene lágrimas en los ojos.

También tiene la mano de Ida entrelazada con la suya, lo que quizás haga toda la situación un poco menos mala.

¿De dónde ha salido ese fuego? Apenas unos segundos atrás, estaban todos allí, rodeando al vizconde de Roden. Habían vencido. Lo habían hecho caer en su trampa, corriendo de un extremo al otro de la ciudad, lo habían hecho perseguir una quimera, engañado, agotado, pero de repente el suelo se ha abierto, ha estallado en llamas.

A un lado de ese fuego infernal han quedado el vizconde de Roden junto a Paddy y los demás. Al otro, Ida y Domenico.

También el pobre *Ambrose*, que tiembla de terror. Y para consternación de Domenico, media docena de los esbirros de Roden, que se han lanzado a perseguirles, porque eso es lo más importante: el Último Prodigio de Roma ha quedado a su lado del incendio. Ha quedado más bien en la otra mano de Domenico, la que no está sujetando a Ida.

—¡Corre! —le ordena Ida en ese justo momento, y a Domenico le parece una brillante idea.

—¡Ya corro!

Tras ellos van los hermanos de la Garduña.

—¡Corre *más*!

Ni siquiera Domenico, que es el mejor guía de Roma, sabe adónde ir con seguridad. Lo único que ve cuando mira a su alrededor son llamas, y cree que las calles estrechas que quedan frente a ellos pueden ser una salida o una ratonera, si el incendio se extiende.

Aun así, quedarse en la zona abierta del foro es una opción todavía peor, así que cruza los dedos, reza una oración que duda que alguien escuche, y tira de Ida hacia un pasaje estrecho, cubierto con un bonito arco de medio punto.

Es el peor momento para que se le pase una idea loca por la cabeza.

—¡Ida!

—¿Qué ocurre? Si es que puede ocurrir algo más…

La callejuela se estrecha, se hace más empinada y acaba en unos escalones que suben a saltos. *Ambrose*, sobre el hombro de Ida, bufa como un gato y luego barrita como un elefante, furioso cada vez que uno de sus perseguidores se acerca.

—¡Ida! —insiste, y ya es triste que, por un momento, se le abra un abismo en la boca del estómago no por la situación en la que están, con persecuciones y fuego por todas partes, *madonna,* sino porque se ha decidido por fin.

—¿Qué ocurre?

Tiene que decírselo sí o sí. Que la ama. Al menos, como han podido pasar a solas bien poco tiempo sin que alguien les persiga o quiera matarlos, cree que podría amarla en condiciones más normales.

Pero ¿cómo decirlo? ¿Cómo hacerlo? No es rico ni apuesto ni sabe hablar bien, salvo que lo haga de su ciudad, e Ida es una mujer de mundo, *madonna santissima,* tiene una voz angelical y una criatura prodigiosa en el hombro.

Algo que resulta ser una daga le pasa rozando la oreja y acaba clavada en el estuco de una pared cercana. Eso, amén de unos gritos furiosos tras ellos, le da el último empujón que le falta para abrir la boca:

—¡No soy rico!

—¡Ya lo sé! ¡Yo tampoco! —le responde ella, alterada—. ¡Ya me gustaría!

Las calles aquí son como un laberinto, con escaleras que suben y bajan, y pasajes que se entrecruzan entre sí y que ya se están llenando de humo. En la siguiente bifurcación, Domenico les guía todavía más cuesta arriba, en dirección a la colina del Capitolio.

—¡Ni sé adular a la gente para ganarme su corazón y su voluntad!

—¡Mira, bien por ti! ¡A Paddy se le da de maravilla y no le ha traído más que dolores de cabeza!

El nombre de Paddy, ahora mismo, es como sal en una herida. Detrás de él, oye una detonación. Les están disparando. Lo que faltaba. Domenico está cada vez más convencido de que no van a salir de esta, así que continúa:

—¡Y no tengo nada que ofrecerte!

Cuando mira hacia arriba buscando inspiración, ve que el cielo se ha coloreado de un rojo que bien podría parecer sangre.

—Oye, Domenico, no te ofendas —dice Ida entre jadeos. La mano con la que ella le sujeta comienza a dolerle y el muchacho presiente que no podrá dibujar en unos cuantos días, pero no le importa ahora—. Pero no sé adónde quieres ir con esto y, para ser sincera, no creo que sea el mejor momento para tener esta conversación, ¿no crees?

—¡No!

—Exacto, salgamos de esta y luego ya me contar…

—¡No! ¡No, espera! —insiste él. Como impulsado por una nueva fuerza, enfila un último tramo de escaleras, una construcción estrecha, empinada y traicionera, pero al final se abren a un espacio abierto a los pies del palacio Senatorio, la sede del ayuntamiento de la ciudad.

Una multitud se ha reunido allí, tal vez porque, desde ese punto elevado, se puede apreciar mejor el horrible espectáculo. Hacia ese mismo punto, renovadas las energías, se dirige Domenico al ver que sus perseguidores vacilan al ver tantos testigos.

Ahora o nunca. La fortuna ayuda a los audaces, dijo Paddy en un comienzo, cuando no era Paddy sino maese Charlemont. La suerte está echada.

—Lo que quiero decir, Ida…, lo que quiero decir… es que ni soy rico ni encantador ni sabría vestir bien ni aunque tuviera ropa buena que ponerme, pero sé que en una cosa sí soy experto: en amar las cosas que creo bellas. Tengo gran experiencia en admirar aquello que considero extraordinario. En realidad, quería decirte… —Toma aire y no por culpa de la carrera; el joven cree que su corazón va a salírsele despedido por la garganta—. Quería decirte, decía, que creo que te quiero y te admiro más que a nada. Más que a Roma misma, que ya es decir.

Acaba la frase jadeando y con la mano de Ida sujeta no ya para tirar de ella, sino para acariciarle con delicadeza los nudillos.

Era mucho pedir que Ida se lanzara a sus brazos, pero tampoco esperaba que ella exclamara:

—¡Tienes que estar tomándome el pelo!

—No… —Ojalá esa daga de antes se hubiera clavado en su corazón, porque se habría ahorrado morirse ahora de la vergüenza.

Aunque quizá tenga suerte, piensa, porque tras su reticencia inicial, puede ver cómo los hermanos de la Garduña han vuelto a reanudar la marcha. Domenico suelta la mano de Ida. Ella le ha rechazado y está en su libre derecho de hacerlo. Se aparta un paso y, entonces, Ida se le acerca otro.

—¿Y esperas a ahora para decírmelo? ¡Como si no hubieras tenido oportunidades antes de toda esta locura!

«¿Antes?».

—¿Antes? —susurra, haciéndose eco de sus propios pensamientos. «¿Antes?». No sabe si eso significa que Ida *quería* que se sincerara con ella antes, pero no le da tiempo a preguntárselo.

—¡Pasamos horas encerrados en un calabozo, Domenico! ¡Aburridos como ostras!

—Sí, pero… —Los hermanos de la Garduña ya están cerca y, definitivamente, no parece importarles que estén rodeados de gente—. No me pareció el momento adecuado…

—¡¿Y este sí?!

Incluso *Ambrose* le bufa ahora a él.

Pero no es cierto, Domenico se equivoca. No le bufa a él. Tampoco a los hermanos que se han detenido y que, para sorpresa y alivio de Domenico, ya no dirigen sus armas hacia ellos, sino hacia algo que se acerca.

Una oleada, una marea de cuerpos desmadejados, de labios rojos y dedos largos. *Nachzehrer,* como los llamaron los de la compañía la primera vez que los vieron en las cloacas. Han salido

de su letargo bajo la ciudad, Domenico no sabe cómo, pero decide que ya se lo preguntará luego, que ahora va a tomar la mano de Ida nuevamente.

—Será mejor que…

—Sí, sí, que nos marchemos. Pero creo que debemos retomar esta conversación cuanto antes, si no te importa.

La gente en la plaza comienza a gritar de puro terror y muchos echan a correr.

Cuando uno de los hermanos que estaban persiguiéndoles dispara su pistola, uno de los *nachzehrer* cae y vuelve a levantarse enseguida. No tiene tiempo para un segundo disparo antes de que la marea de monstruos se le eche encima a él y al resto de enmascarados de la Garduña.

Fuego y engendros, piensa Domenico. Fuego, engendros y quién sabe qué más encontrarán si vuelven a internarse por las callejuelas que hay a sus pies. Sin embargo, el gran portón del palacio *senatoriale* se encuentra abierto y parece lo bastante sólido. Además, el edificio no está ardiendo, lo cual siempre es buena señal.

No es él el único que ha tenido la misma idea. Domenico e Ida, junto a un puñado más de gente, entran a la carrera en el gran palacio y cierran tras ellos el portón entre resoplidos y maldiciones. Están seguros aquí, pero el no saber qué está ocurriendo fuera le corroe las entrañas, así que de nuevo tomando la iniciativa, el muchacho guía a Ida hacia la planta noble y, luego, por unas escaleras de caracol estrechísimas, hasta la cima de la torre que corona el edificio. Allí, junto a la gran campana que con sus tañidos marca el día a día de la ciudad, ven el incendio extenderse y a los muertos caminar libres por Roma.

LXXXVIII

En las ruinas del antiguo foro, mientras huyen Ida y Domenico

El grito de Allegra lo llena todo, más que el crepitar de las llamas, más que los alaridos de espanto que se extienden por toda la ciudad.

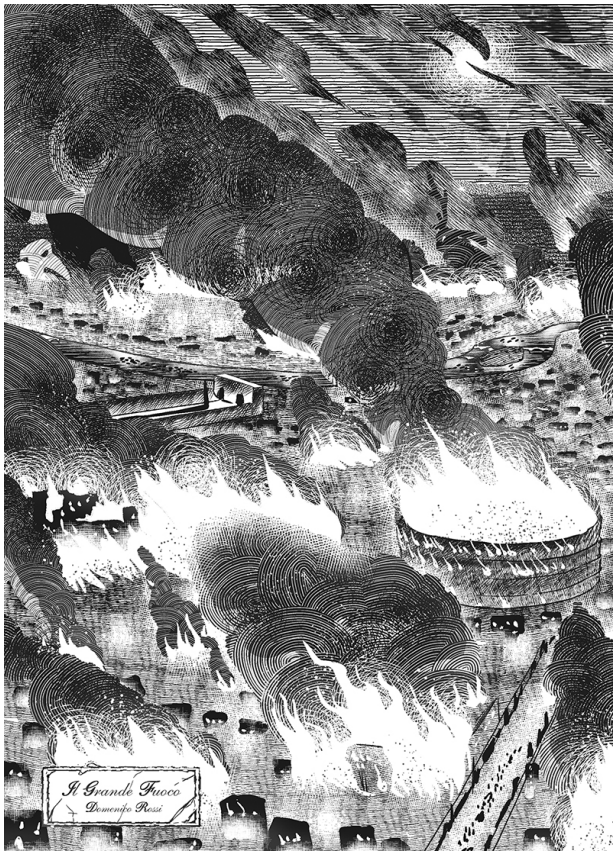
El suyo es un grito que clama venganza, desgarrado, mientras el fiel Tomasso, que la había llevado sobre los hombros cuando era niña, cae con el cuello ensartado a sus pies.

Tendría que haber sido ella, se repite para sí. Tiene una rabia magmática que se le extiende hasta las puntas de los dedos. Tendría que haber sido ella quien se enfrentara a Roden.

Y va a hacerlo. No queda nadie más.

La ciudad ha prendido en llamas. Lenguas amarillas, verdeazuladas, han surgido del subsuelo y trepan por las paredes

como salvajes enredaderas. Un prodigio, una maldición como nunca se había visto, ha tomado la ciudad y el vizconde de Roden, vestido con su manto de santo, de nuevo emperador, ha quedado a su lado del incendio con ella, con Paddy y con Tomasso.



Entonces, Paddy ha soltado un pequeño gemido antes de desplomarse por fin. Las manchas negras en su cuerpo, la señal de la plaga, ya le llegan a la línea de la mandíbula.

Por eso no ha podido detener a Tomasso cuando el hombretón se ha lanzado contra Roden. Tenía que elegir entre ayudarle o detener la caída de Paddy y ha elegido a Paddy.

No sabe si se arrepiente. No quiere pensar en ello.

No ha sido una lucha igualada. Al contrario, ha sido corta y brutal: Tomasso, quizá porque ya no era un hombre joven, quizá porque verdaderamente dejó atrás la vida de la Garduña, ha cometido errores y ha vacilado en sus estocadas y ahora, piensa Allegra sin quitar los ojos de la sangre que mana de su cuello, ahora está muerto.

Y ahora también, el vizconde de Roden ríe. Se quita el manto que llevaba para tener mejor libertad de movimientos y lo deja en el suelo. La espera. A ella.

—Vuestro padre no tenía el derecho de abriros las puertas de los secretos y las artes de la Garduña, señorita Gentilleschi. La máscara no es negocio para las mujeres, ¿no creéis? ¿No habríais sido más feliz como vuestra madre, pensando sólo en fiestas y en casaros bien?

—Seguramente, sí. —Sin dudarlo, además. Asistir a bailes, comer, sin preocupaciones y sin sentir que ella jamás podría llevar el peso del legado de su padre, que nunca llenaría el espacio de sus hermanos muertos—. Quizá no es la vida que habría querido, pero esta es la que he elegido.

—Podéis elegir de nuevo, muchacha. Voy a ser magnánimo: dejadme ir, marchaos vos también. No quiero nada más que el Último Prodigio —añade, y señala a donde estaban Ida y Domenico. Ellos son los últimos con la copa en las manos y Allegra espera que se hayan marchado lejos—. Incluso dejaré en paz a ese pordiosero que tantos dolores de cabeza me ha traído, podéis quedároslo si os place su compañía.

—Allegra, Allegra, espera… —susurra Paddy, incapaz de alzar más la voz. A él también le está perdiendo. Se lo ve en los ojos hundidos y en la piel cenicienta.

—Tengo que hacerlo —responde ella con los dientes apretados mientras, dejándolo suavemente en el suelo, se incorpora—. No me pidas que no me enfrente a él, Paddy. Lo he

decidido.

—No, no —insiste él—. Sólo quería decir que, si me queda una onza de suerte en el cuerpo, espero poder dártela a ti. Ve a por él. Me ha llamado «pordiosero», ¿puedes creértelo?

Es una bendición que su cuerpo le permita dejar escapar un bufido, casi una carcajada, en este preciso instante.

Echa una última mirada al vizconde, que espera con la espada en la mano. Luego, otra a Paddy.

Por si no tuviera la oportunidad de hacerlo más, se inclina y posa sus labios sobre los del tonto de Paddy Doyle. Es un beso dulce, tan distinto a los que se han dado hasta ahora, que eran pura pasión y deseo.

Es una escena hermosa, íntima. Tanto que, de hecho, el vizconde tiene la decencia de apartar la mirada.

Por eso mismo, Allegra aprovecha para desenfundar su ballesta y disparar.

El hombre suelta un alarido. La flecha se le ha clavado en el hombro y no en su corazón, como pretendía, pero es suficiente como para ralentizarlo y darle tiempo a Allegra para coger la espada de las manos muertas de Tomasso.

Roden es un excelente espadachín. Lo descubre de la peor manera cuando, a pesar de sus esfuerzos, este logra hacerle dos rasguños profundos: uno en el antebrazo y el segundo en el costado.

Allegra no se rinde, sin embargo. Bloquea un golpe tras otro buscando un hueco en las defensas de su enemigo. La impulsa un fuego que no tiene nada que envidiar al incendio que se extiende, inmisericorde, a su alrededor; uno hecho de rabia, sí, por tanta muerte y por la destrucción del legado de su padre, pero también por sí misma. Porque Roden tiene razón: si pudiera, lo dejaría todo atrás, el peso y la responsabilidad. La máscara es un honor y también una losa. Era una niña cuando su

padre la entrenó, una niña también cuando le hizo jurar que seguiría sus pasos.

Allegra, entonces, grita. Roden ha vacilado un instante que ella ha aprovechado para emprender el contraataque, una estocada, dos, un corte de izquierda a derecha que marca la mejilla del vizconde con una línea carmesí.

Quizás hoy, se dice, quizás ahora acabe todo. Los prodigios han regresado por fin al mundo, porque Roma arde, porque en los montes y en los bosques vuelven a morar los monstruos y porque, cuando suena la música, los dioses vuelven a responder. Ellos son testigos. Y quizás esta vez la Sociedad de la Garduña no sea necesaria y ella sea libre.

Vuelve a la carga y Roden retrocede una vez más con cada ataque. Allegra da otra estocada con el brazo extendido y le hiere en una pierna, sobre la rodilla.

Mientras sus espadas entrechocan lanzando notas frenéticas al aire, los ojos del vizconde de Roden se abren, desorbitados, al advertir que está perdiendo terreno.

Con un rugido, Roden se abalanza hacia ella. Es un ataque desesperado, con todo el cuerpo, que Allegra esquiva sin temor dando un salto hacia atrás, pero descubre demasiado tarde que eso era precisamente lo que quería su adversario cuando, en unos pasos, Roden se coloca junto a la figura caída de Paddy, con la punta de la espada reposando sobre su pecho.

Por un instante, todo se detiene. El incendio y su respiración agitada, el mundo entero.

—¡Basta! ¡Ya basta! Me dejaréis marchar, señorita Gentilleschi, ¿lo habéis entendido? Vais a soltar espada y ballesta. Vais a alejaros de aquí. A cambio, Padraic Doyle vivirá unas horas más. Es un buen trato, *signorina,* yo no lo desestimaría.

El fuego, ese en el interior de Allegra, se apaga. La mano

con la que sujeta la espada se afloja, casi inconscientemente, hasta que Paddy encuentra fuerzas para levantar la cabeza y chillar:

—¡Ni se te ocurra dejarlo escapar ahora, Allegra!

—No…

—¡Cállate! ¡Cállate de una vez! —Mientras el vizconde grita, la punta de su espada pincha la carne de Paddy que, con un gemido, se retuerce.

—¡Oh! —lloriquea. Entonces, Paddy hace otra cosa. La mira, con la más leve de las sonrisas en los labios. Una que es triste pero satisfecha—. ¡Oh, pobre de mí! ¡Tío, tío querido! ¿Qué he hecho yo para merecer semejante trato?

—¡Yo no soy tu tío, idiota!

Idiota es la palabra. Allegra cree que Paddy le ha guiñado un ojo justo antes de echarse hacia adelante con brusquedad. La espada de Roden atraviesa primero piel, y luego carne, y músculo, y no atraviesa el corazón de Paddy Doyle porque este, con tanto retorcerse y gimotear, ha hecho que la punta de la espada ya no reposara en su pecho, sino sobre su hombro.

Y allí queda la espada de Roden, atrapada en la carne de Paddy Doyle. Eso quería decirle con ese guiño, eso pretendía hacer, desarmarlo a costa de sí mismo, para que Allegra pueda por fin acabar con todo.

Pero la espada de Tomasso cae al suelo y ella también, de rodillas junto a Paddy. Ha tenido que elegir de nuevo: entre la promesa hecha a su padre y ella misma. Mientras Roden, herido, desarmado, retrocede y huye como el cobarde que siempre ha sido, ella toma las mejillas de Paddy entre las manos.

—¿A quién se le ocurre?

—Me habría matado, Allegra. Me habría matado tanto si hubieras aceptado su oferta como si no. La gente como Roden no se rinde nunca. Son los que creen que sólo ellos tienen la verdad de todo, son los que creen que, por tener poder, no deben

rendirle cuentas a nadie.

Lo sabe. Desde luego, sabe que eso es lo que hubiera ocurrido, pero de todos modos Paddy tiene la espada de Roden atravesándole el hombro, y la sangre mana de la herida.

A la desesperada, Allegra se arrastra hacia donde Roden ha dejado su manto y regresa rápido junto a Paddy. La capa, llena de preciosos bordados, queda empapada casi al instante.

—¿Has visto la cara que ha puesto? —A Paddy se le entrecierran los ojos mientras esboza una sonrisa—. Eso ha estado bien. Me ha gustado. Voy a pensar en ella mientras…

—No te me mueras ahora, idiota. Después de todo lo que ha ocurrido, tendrás que compensarme de algún modo.

—No pretendo morirme, la verdad. Pero descansar un poco no me vendría mal. Y luego te lo compensaré tanto como quieras.

—Ya descansarás otro día. Vamos. ¿No dijiste que estabas empezando a cogerle el gusto al heroísmo? No está todo acabado todavía. Esta ciudad merece más que tiranos que la saqueen y que la empobrezcan. Hemos parado el primer golpe. El plan del vizconde ha salido mal, pero sigue vivo, y tiene todavía a sus seguidores y el poder de la Sociedad de la Garduña. Vamos, levanta, idiota —insiste al tiempo que se le quiebra la voz.

No piensa a dejarlo aquí. Solo. Gira la cabeza, Roden está cada vez más lejos, su silueta ya emborronada por el fuego de los incendios. No puede dejarlo escapar, no cuando ahora no tiene a su ejército de mercenarios ni a los hermanos de la Garduña que le son fieles. Es sólo un hombre desesperado.

—No puedo ir. Mira, me voy a quedar aquí tranquilamente, viendo el espectáculo. He tenido heridas mucho peores, te lo prometo. Ya sabes, he estado en duelos y en escaramuzas de todo tipo y siempre he salido de ellas. Ve, Allegra. Si todo lo difícil ya está hecho. Lo hemos detenido. Y estoy convencido de que

Domenico e Ida han puesto el Último Prodigio a salvo. Es un joven excelente, Domenico. Muy capaz y responsable. Hay que detener a Roden y usar el prodigio para salvarnos a todos. Ni siquiera suena difícil. Y cuando regreses, te estaré esperando.

—Me estás mintiendo.

—Yo no miento nunca.

Cuando habla, Paddy parece la sinceridad personificada; aun así, ella responde:

—¿Lo ves? No eres capaz de hacer que una sola verdad salga de esa boca.

Igual que ella tampoco es capaz de evitar que, de pronto, las lágrimas le recorran el rostro mientras se marcha. Otra decisión dolorosa que ha tenido que tomar. De nuevo, ha tenido que poner el legado de su padre por delante de sí misma.

LXXXIX

En las ruinas del antiguo foro, un instante después

Por supuesto que Paddy le ha mentido a Allegra. Una mentira blanca. Una que no busca engañar de verdad, sino que sólo intenta hacer que ella se sienta un poco mejor.

Lo cierto es que Paddy Doyle ha estado en reyertas y escaramuzas, sí, pero siempre ha salido indemne de ellas. Y es cierto también que siente que se le escapa la vida, ya sea por la herida del hombro, ya sea por la enfermedad, la marca del *nachzehrer* que es como un manto de plomo sobre sus huesos.

A pesar de todo, cuando ella se marcha, está sonriendo.

La ve ponerse la máscara y alejarse sorteando ruinas y casas en llamas.

Paddy Doyle nunca pensó que llegaría a viejo. Sabía que su

suerte se acabaría tarde o temprano, aunque jamás habría imaginado que fuera *tan* temprano, con tantas cosas que le quedan en el tintero. Hacerse vergonzosamente rico, por ejemplo. Asistir a más fiestas, cultivar una tripa inmensa a base de buena comida y buena bebida. Llevar ropa nueva cada semana.

Se da cuenta de que todas estas cosas le habría gustado hacerlas al lado de Allegra.

Poco a poco, aun cuando cada una de sus extremidades parece hecha de las mismas piedras que forman los huesos de esta ciudad maravillosa, Paddy se incorpora. Pone ambas manos sobre la guarda de la espada del vizconde de Roden y aprieta los labios.

Esto, lo sabe, va a doler.

Cuando arranca la espada de su herida, se le escapa una carcajada llena de desesperación. Sí que ha dolido, como el infierno, pero todavía le quedan fuerzas para volver a tomar la capa del vizconde y presionarla contra la herida.

—Para ser sinceros… —jadea en voz alta. Al fin y al cabo, según decía Allegra, los prodigios ocurren cuando los dioses escuchan, así que, si hubiera alguno por ahí cerca que pudiera echarle una mano, lo agradecería sobremanera—. Para ser sinceros, preferiría no morirme hoy si pudiera elegir.

Para su decepción, la única respuesta que recibe Paddy es el rugir del incendio que está devorando Roma.

Así pues, cierra los ojos de nuevo. Está muy cansado.

De veras, se dice, no quiere morir. Toda la vida siendo un culo de mal asiento, toda la vida, desde que tiene uso de razón, escapando de un destino de comer polvo y piedras en Gleann Arma y, ahora que encuentra un lugar del que no tiene prisa por marcharse, cuando se ha reencontrado con Ida, que es su más vieja amiga, y con Domenico, que el pobre sabrá mucho de

historia pero poco de vivir y todavía necesita sus sabias palabras…, y sobre todo, si tuviera que hacer un repaso mental de todo lo que le ha ocurrido, y más ahora que ha conocido a Allegra Gentilleschi, que lo llama idiota y lo besa al mismo tiempo, que tiene una daga y una ballesta y una máscara, pero que a la vez baila con todo el cuerpo y el alma…

—Cielo santo, Padraic Doyle —dice ahora para sí. Los dioses, desde luego, han hecho oídos sordos—. Mueve el trasero.

Pero cuesta muchísimo. Aunque lo intenta, apenas si puede abrir los ojos.

Sólo lo hace al oír un ruido de pasos. Entonces, sí. Entonces, Paddy levanta los párpados, despabilado de repente, con la esperanza de que quien se acerca, lo haga para ayudarlo.

Pero oye también, además de los pasos, un sonido de piel seca como el cuero agitándose y una miríada de gruñidos sordos que ya ha escuchado antes allá, en las entrañas de Roma.

Se han escapado. Quién sabe por qué, las bestias han escapado de esa gran tumba donde estaban atrapadas con piedras en la boca y ahora campan libres.

Sin pensarlo, Paddy busca su suerte, esa campanilla que encontró enterrada una vez, pero recuerda que la perdió.

No puede levantarse, ni siquiera teniendo clara en la memoria la sensación helada que sintió cuando esas manos de uñas largas lo sujetaron en las cloacas, como si se le llevaran la vida.

Quién sabe qué le harán ahora.

—Puedo rezar si eso ayudara —dice desesperado, por si en esta ocasión sí hay algún dios espiándole. En Roma, según le contó Domenico, siempre ha habido muchos.

Tras un esfuerzo sobrehumano, logra arrastrarse unos pasos hacia atrás, pero, desde luego, no los suficientes como para apartarse de la trayectoria de estos monstruos que caminan a

trompicones, con sus caras redondas levantadas hacia el cielo.

Pronto le llega ese aroma de dulzona podredumbre a las fosas nasales por encima del humo del incendio que es Roma.

Una mano se le posa sobre el cabello rubio y sobre el cuello lleno de marcas negras. Percibe un sonido burbujeante que proviene de una de las criaturas que inspira el aire con una nariz hinchada.

Las fuerzas le regresan a Paddy convertidas en un alarido. Sabe que en unos instantes volverá a sentir el cuerpo como de piedra, así que apoya desesperado las manos en el suelo y se arrastra lejos, lejos, todo lo lejos que puede mientras más manos le tocan y más caras de mejillas horriblemente sonrosadas se inclinan hacia él.

Se detiene al chocar contra algo. Una piedra, quizás, un bloque de mármol bellamente labrado abandonado por los siglos de los siglos. El golpe contra su espalda ha sido como un latigazo que logra que abra los ojos de nuevo.

Pero ya no tiene a los monstruos encima. Siguen todos allí, dos docenas, incluso más, inclinados sobre una mancha que permanece en el suelo y que Paddy descubre con abatimiento que se trata del manto del vizconde de Roden, que ha dejado atrás en su desesperación.

Uno de los monstruos toma la prenda de ropa y se la acerca a las fosas nasales para olerla.

Poco conoce de estas criaturas, pero algo sí que sabe, porque lo vivió en sus propias carnes: esas criaturas lentas, torpes pero aterradoras, encuentran a sus víctimas por el olfato. Por eso, cuando se levantan de sus tumbas, suelen visitar a familiares y amigos, aquellos que estaban presentes al darles sepultura. Así consiguió también Roden, en las cloacas, que los monstruos fueran a por él.

Uno a uno, los *nachzehrer* vuelven a levantar las cabezas y

olisquean el aire. Uno de ellos todavía sujeta la capa entre las garras. Otro deja escapar una especie de rugido y todos lo repiten, como si Paddy no les interesara lo más mínimo. Tal vez sea así, piensa frenético. Tal vez, ya está condenado; las marcas negras lo cubren entero y es demasiado tarde, no le queda energía vital que esos seres quieran robarle.

El caso es que, todavía con los ojos desorbitados de terror, los ve marchar y luego, con un hilo de voz, añade, hacia el cielo:

—Vaya, gracias.

XC

Hacia la plaza de San Pedro del Vaticano, mientras Paddy se queda solo

James Morley corre. Ya ni siquiera se gira para ver si Revna, Tashiin y Enea le siguen. Atraviesa calles y puentes, cruzándose con las gentes que huyen o buscan refugiarse en lugares seguros con la vista puesta en un único punto: la cúpula.

No va a detenerlo, lo sabe. No así. No tiene la valentía suficiente y por eso lo único que es capaz de hacer, cuando por fin llega a la plaza de la basílica, es detenerse junto a la multitud que se ha reunido allí. Ya no cantan, ya no tienen miradas de esperanza en los ojos, sino de horror.

Las llamas, formando un pavoroso remolino, prenden el edificio del Vaticano con más fuerza, salen por ventanucos y vidrieras y trepan cúpula arriba en sus ansias de tocar el cielo.

James da unos pasos más hacia adelante para retrocederlos de nuevo. Quizá no haya ocurrido todavía, quizá sus temores sean infundados y la biblioteca esté a salvo en su tumba y el conocimiento de siglos, partituras y objetos de poder vayan a salvarse.

Cuando aceptó la oferta del vizconde para convertirse en el Segundo Hermano, como lo fue su padre, James se prometió que era por el bien mayor, que él era el más adecuado para el cargo, puesto que había vivido en sus propias carnes el poder de esa música que mueve el mundo. Y, sin embargo, frente a él está la prueba de que ha fracasado.

—Tenemos que entrar, rescatar lo que podamos —escucha entonces. El resto de la compañía, con Revna en cabeza, ya ha llegado junto a él.

Revna tiene razón, piensa. Si el incendio ha alcanzado las catacumbas, deben tratar de salvar todas las partituras que puedan. Sólo una ya sería un tesoro irremplazable.

Sólo una y su traición a los suyos habría valido la pena.

James, pues, da un paso, aunque el cuerpo le duela de tanto reprimir el instinto de escapar hacia donde el aire sea fresco y no sea el rojo lo que devore todo, pero sabe que, si se detiene ahora, el terror se hará presa de él.

Poco a poco cruzan las puertas ribeteadas en llamas de la basílica. Nada más poner un pie dentro, le golpea el calor como un mazazo. El humo le ciega y le impide respirar incluso tras ponerse la máscara.

A pesar de todo, avanza con la mirada alzada. El fuego se ha hecho amo y señor de las bóvedas y arcos que sostienen el templo. Las hermosas pinturas al fresco se desprenden hechas pedazos, arden tapices y cuadros mientras gotas de metal derretido caen del techo como una lluvia de fuegos fatuos. Nunca San Pedro había estado tan resplandeciente, nunca tan

hermosa como ahora, justo antes de desaparecer.

Cuando llegan al centro del crucero, donde se hallan el altar y esa trampilla que conduce a las entrañas de la tierra, son Enea y Tashiin quienes se apresuran a levantar la pesada losa. Una ráfaga de aire fresco le sacude con fuerza.

Parece que el incendio no ha llegado a la biblioteca de los prodigios. James querría llorar de la alegría.

—No podemos demorarnos más, tenemos que entrar ahí, asegurarnos de que todo está a salvo y, si no, sacar todo lo posible cuanto antes…

Ellos asienten.

—Tienes razón —grazna Revna. Habla como lo que es: la nueva líder de los restos apaleados, desamparados, de la compañía del Turco, ahora que él le ha cedido su lugar.

A una seña de Revna, Tashiin se adentra en las catacumbas y Enea le sigue como una sombra. Se aparta incluso para para dejarle pasar y, cuando James pone el pie en los escalones que bajan al subsuelo, Revna le pregunta, señalando hacia la máscara del Segundo Hermano que lleva puesta:

—¿Ha valido la pena?

Justo en ese momento siente la explosión de dolor entre las costillas. El aire le falta, algo ha fallado dentro de él.

Observa sin entender. La figura de Revna se le hace de pronto borrosa. Se desdibuja y, por un momento, le aterra. Aun así, el puñal que tiene la odiniana en la mano, el mismo que le ha clavado, es bien visible a la luz de las llamas.

—Para mi pueblo, James Morley, la traición se paga con la muerte.

Ahora lo entiende.

No puede moverse. Ni arrastrarse. Algo se rompe en las alturas, un bloque de mármol se precipita hacia abajo y James sabe que todo el edificio es como un gran rompecabezas: cuando

cae una pieza, se desmoronan todas.

Los miembros de la Compañía comienzan a bajar los escalones que llevan a las catacumbas sin llevarse a James con ellos.

XCI

Mientras la compañía se adentra en la basílica de San Pedro

Un demonio recorre las calles de Roma. No tiene prisa. Su presa se cansará antes que ella.

Esta será la última vez que tenga que elegir, se dice. Va a hacer un nuevo juramento consigo misma, uno más justo, uno que le recuerde que su responsabilidad con la Garduña cae sobre sus hombros porque ella lo dispone así, no para sostener la losa que es la memoria de su padre.

Puede que ya sea tarde, claro. Ha dejado a Paddy atrás, consciente de que le mentía. Paddy Doyle, que primero fue su amante y, luego, su enemigo, ahora es un vacío infinito en su corazón, porque puede que no vuelva a verlo más.

Pero acabará con todo de una vez por todas. Allegra

cumple con sus promesas y lo ha demostrado con creces.

Es fácil seguir el rastro del vizconde de Roden. Está frente a sus ojos, marcado en gotas rojas sobre el pavimento resquebrajado del viejo foro romano. Allegra camina creando remolinos entre los jirones de humo y las nubes de ceniza clara que ya caen sobre la ciudad.

Al levantar la vista, por fin lo ve. Roden camina arrastrando la pierna que le ha herido antes. Cuando de repente gira la cabeza y advierte la presencia de Allegra, trata de arrancar un trote que dura apenas segundos.

Ella, paciente, coloca un nuevo virote en su ballesta. Hay centenares de personas aquí. Llegan a pie, en carros y carretas, familias enteras, con las caras rojas de toser. Los que todavía conservan las fuerzas ayudan a ancianos y a enfermos de la plaga, con sus pieles manchadas de negro. El foro siempre ha sido lugar de reunión, el centro del poder de esa Roma que hace tanto se perdió, y ahora es el lugar al que sus habitantes acuden para alejarse del incendio.

Muchos la miran y hacen una señal para alejar la brujería y los malos espíritus, por si ella fuera alguna de ambas cosas. Otros reconocen también al vizconde, que habría de ser el salvador de la ciudad, el nuevo amo, el que les ha agasajado con regalos y discursos. Y aunque el hombre trata de acercarse a la multitud, nadie acude a ayudarlo.

El primer proyectil que ha lanzado Allegra ha sido por su padre. Por el sueño corrompido de un hombre bueno. El segundo, que vuela certero con un silbido de serpiente y va a clavarse en la misma pierna que Roden arrastra, es por Paddy.

El hombre, entonces, no puede huir más. Cae de rodillas delante de uno de los palacios que rodean el descampado, ahora convertido en una pira. Allegra sigue caminando mientras coloca una tercera flecha en el diabólico mecanismo de la ballesta.

—¡Piedad! ¡Basta! ¡Basta! ¡Dejadme respirar, recuperar el aliento por lo menos!

Si Roden hubiera seguido corriendo, puede que lo hubiera matado ya, como se mata a una alimaña, pero el vizconde ahora levanta las manos en un gesto de súplica que lo convierte otra vez en hombre a los ojos de Allegra, y ella decide en ese momento no matar a un hombre a sangre fría.

En duelo, en cambio, puede hacerlo. Por eso mismo, de las dos dagas que lleva ocultas bajo la capa, lanza una que va a caer cerca de él.

—Cogedla —le sugiere—. Será honorable y os prometo que rápido.

Eso último lo dice convencida, incluso un poco demasiado segura de sí misma, decide al ver que la mano con la que el vizconde toma la daga todavía es firme.

—Todo lo que he hecho ha sido por esta ciudad y por nuestros hermanos de la Garduña, niña.

¿Qué le ha dicho antes Paddy? Que no se detendría. Que hay un tipo de personas que se creen en posesión de la verdad absoluta, de una moral más alta, de unas ideas más claras, y que eso les lleva a pensar que los deseos y las vidas de los demás son inferiores a las suyas.

—¡Esta ciudad no necesita más reyes, mi señor! Y la Garduña no necesita más poder, y menos si lo controla un hombre como vos. Vamos —le insiste, cada una de sus palabras ribeteada de ira—. Arriba.

—¿Qué quieres? Puedo reconocerte como Primer Hermano, como lo fue tu padre. ¿No es eso lo que más deseas? Puedo hacerlo. Le di a Morley lo que quería y puedo hacer lo mismo con…

—¡En pie, mi señor! —le interrumpe ella.

Por supuesto que la oferta de Roden ha encendido una

chispa de ambición dentro de ella. Pero, como lo hace una chispa, se ha apagado pronto. Es la decisión que ha tomado: ser Allegra Gentilleschi, nada más.

Roden, por fin, se levanta. Su sombra, alimentada por el fuego que tiene detrás, es alargada y siniestra, un recordatorio de la clase de hombre que es. Por un instante, Allegra cree que Roden está dispuesto a luchar hasta el último estertor. Tiene la vista clavada al frente, llena de determinación.

Y se da cuenta de que no está mirándola a ella, sino detrás de ella.

Pero el vizconde de Roden ni siquiera observa el grupo de hermanos que viene corriendo, algunos de los que se habían separado durante la falsa procesión y que ahora han encontrado a su amo.

El vizconde de Roden contempla a una tropa harapienta, tambaleante, que se acerca también, con una sonrisa de satisfacción.

Son los muertos. Bajo un sol velado por culpa del humo, parecen todavía más espantosos.

—¡¿Lo tenéis?! ¿¡Habéis recuperado el Último Prodigio?! —grita entonces.

Pero la sonrisa de Roden se desvanece cuando sus secuaces le dicen que no.

Eso debe de significar, piensa Allegra con alivio, que todavía lo tienen Ida y Domenico, aunque no sabe si importa ya. En los monstruos que se aproximan ve el destino de su ciudad.

Mientras, el descampado es un pandemonio de gritos. La gente se encuentra atrapada entre los monstruos que avanzan y el incendio que los rodea y pronto comienzan los empujones y los insultos. Por un instante, parece que los dos únicos cuerpos inmóviles en todo el lugar sean los de Allegra y el vizconde, el uno frente al otro.

El caos se ha apoderado de la ciudad, pero en este lugar es donde Allegra piensa que se hace más patente. Sobre todo cuando la marabunta de personas que estaban allí con ellos huyen en dirección contraria a las llamas. Igual que ella, como si tuvieran una sola mente, han tomado una decisión.

Al mismo tiempo, los hermanos de la Garduña vacilan.

Quienes no retroceden son las bestias que, lentas pero seguras, avanzan en una dirección clara: hacia el vizconde.

No se detienen: ante los ojos desorbitados de Allegra, los *nachzehrer* van alcanzándolos mientras el vizconde da un paso atrás, uno fatal que hace que prendan sus ropas y suelte un grito que Allegra no sabe si es de miedo o de dolor.

Y ese grito despierta a los monstruos de ese caminar aletargado porque, por fin, van directos hacia él.

Allegra, entonces, le dispara en la cabeza. No hay odio en su gesto, sólo un alivio infinito. Cuando el vizconde cae muerto en las llamas y las bestias con él, cree escuchar un canto en la lejanía.

XCII

En lo alto de la torre del palacio senatoriale, al mismo tiempo

Ida tiene el pecho lleno de música y escalofríos sobre la piel. Ni siquiera necesita las partituras ya.

Cuando ha subido con *Ambrose* y Domenico a la torre, desde donde se domina Roma entera, todo era caos. Ha visto saqueos y escaramuzas entre facciones vestidas de distintos colores y enfermos de plaga, incapaces de moverse ya, pidiendo ayuda.

No se le ha ocurrido otra cosa que cantar sujetando esa dichosa copa que todos codician. Eso querían James y Roden que hiciera. Según decían, la música sería capaz de producir prodigios, de cambiar el mundo, de hacer que la magia regresara, y el Último Prodigio funcionaría como una gigantesca caja de

resonancia.

En realidad, aunque sabe que funcionan, porque lo ha vivido en sus propias carnes, cuando Ida ha inspirado profundamente y luego ha comenzado a cantar la melodía que hay escrita en esas partituras que encontraron bajo tierra junto al Último Prodigio, se ha sentido ridícula.

Pero tenía que intentarlo.

Así mismo se lo dice a Domenico cuando, tras unas pocas notas, él le pregunta qué está haciendo.

—No lo sé —musita. Al hacerlo, tiene la impresión de que la música siga flotando, obstinada, en el aire—. Esto es demasiado, Domenico, no sé si lograré algo.

Domenico, le dirige una mirada larga, con esos ojos oscuros, honestos que tiene.

—¿Puedo ayudarte? ¿Puedo intentarlo?

—Mal no hará, supongo…

Acto seguido, comienza a cantar él también.

Entonces, Ida descubre algo nuevo en él: Domenico es un cantante terrible. Tiene muchas cualidades, desde luego. Es guapo y listo y amable y honrado (y hace un momento se le ha declarado, piensa Ida con una mezcla de vergüenza y regocijo bajo las costillas), pero cantar no sabe, desde luego. Y de un modo extraño, al unirse la voz desafinada de Domenico con la de ella, siente un calambrazo de energía y, de inmediato, ambas melodías, la suya y la de él, comienzan a sonar como si fueran una.

Domenico también se ha dado cuenta, seguro, porque suelta un gallo y parece que por un momento pierda el hilo de la melodía, aunque lo retoma con admirable rapidez.

—¿Está funcionando? —pregunta entre compás y compás.

Sin embargo, Ida no sabe qué responder porque cree que falta algo. Ida lo siente dentro de los huesos, como si el fuego

que les rodea se le hubiera colado dentro.

Baja la mirada al sentir cómo unas patitas pequeñas e insistentes le golpean la pierna. *Ambrose* se está comportando de una manera distinta. El animalito, en el mejor de los casos, es temperamental y, además, más listo de lo que deja entrever, pero ahora parece desquiciado, dando saltos como si pretendiera trepar por sus piernas, así que sin hacer una pausa siquiera, Ida se agacha.

—Ven aquí, anda —dice mientras se coloca a *Ambrose* sobre los hombros.

Ahora son tres los que cantan allí, en lo alto de la torre. Entre las manos, Ida sostiene el Último prodigio en alto. El metal está caliente al tacto y vibra haciéndole cosquillas en la piel.

Por un momento, a Ida le parece que los fuegos que les rodean, que esos incendios en tejados y cúpulas se hacen más virulentos. La garganta se le cierra y la voz le vacila, pero es sólo un instante. Luego, sigue cantando a pleno pulmón. Es una música sencilla la que cantan, y está segura de que no está acertando ninguna de las palabras que dice, que parecen estar en romano, en latín o en una mezcla extraña de las dos. Pese a eso, aunque parezca imposible, la entiende.

Es una melodía llena de esperanza. Una música que tiene dentro vida y alegría.

Trataron de explicárselo muchas veces mientras viajaban. James trató de hacerlo, contándole que las matemáticas eran el lenguaje del universo. Que hay matemáticas en la distribución de las hojas de una planta y las hay en los cristales de hielo que se convierten en nieve, y también en los planetas que se mueven, y que la música, al fin y al cabo, no es más que matemática hecha sonido, que la música les permite hablar el mismo idioma que la naturaleza y que las fuerzas que la gobiernan. Ahora lo entiende.

Ahora, el Último Prodigio prácticamente le quema la piel. El metal vibra con tanta intensidad que tiene que sujetarlo con ambas manos para que no se le escape de entre los dedos. En cuestión de segundos, de la copa emerge un sonido que es como todas las notas musicales a la vez, un acorde infinito que va de lo más grave a lo más agudo, de la tierra a la bóveda celeste.

Y la música se extiende por la plaza que tienen bajo sus pies y por la explanada del foro. Roma entera los observa mientras la música inunda las calles torcidas y las ruinas cubiertas de musgo, las torres y las cúpulas de tejas vidriadas, llega hasta el río y choca contra las mismísimas murallas que ven a lo lejos.

Cuando quiere darse cuenta, ya no cantan solos. La ciudad, todavía envuelta en humo y llamas, lo hace con ellos.

Es aterrador y hermoso al mismo tiempo. Sin embargo, a pesar de todo, algo se le escapa, algo le falta todavía.

Abajo, muy abajo, ve las figuras diminutas de los romanos reunidos en plazas y descampados que levantan la cabeza. Decenas de miles de ojos se clavan en ellos allí, en lo alto de la torre.

Y por fin, de entre la multitud, surge una voz quebrada que se une a la melodía, y luego otra más. Luego diez, y luego cincuenta. Después, Ida pierde la cuenta.

Quizá los ciudadanos de Roma crean realmente que sus dioses pueden escucharlos o quizá, como decía siempre la madre de Ida, es que la esperanza es lo último que se pierde.

Y quizá tengan razón, porque ella desde luego no creía que algo tan pequeño como su voz pudiera cambiar nada. La voz de una sirvienta pobre y muy irlandesa que siempre ha dejado que el destino tire de ella, y no al revés.

No creía, tampoco, que esa ciudad que ve desde la torre más alta del *palazzo* Senatorio tenga salvación posible, y se equivocaba.

Pero a pesar de que la ciudad entera, las piedras que son sus huesos y la gente que son su sangre y su carne, resuena en armonía, a Ida le sigue faltando algo.

Toma aire bruscamente. La música, atronadora, continúa sin ella.

La mano de Domenico está allí, junto a la suya, cuando Ida decide que quiere cogérsela.

Pobre Domenico. Está pálido, los bucles oscuros del cabello húmedos de sudor, y sigue desafinando a todo pulmón, aunque ya no sea necesario.

Ida, entonces, tira de él. No sabe si eso que le falta, eso que está provocando un abismo alrededor de su ombligo, es un beso de ese romano tímido y siempre nervioso que le cayó un día del cielo, pero decide que cosas más extrañas le han pasado hoy.

Así pues, deja el Último Prodigio en el suelo de la torre y también a *Ambrose*, aunque protesta agitando sus pequeñas patas. Después sujeta a un sorprendidísimo Domenico por las mejillas.

Es un beso muy bonito, a decir verdad, y un tanto torpe, porque cuando ha acercado los labios a los de Domenico, él se ha quedado helado y luego ha tratado de corresponderle con más entusiasmo que maña, pero la madre de Ida también decía que uno no nace enseñado.

Desde luego, Domenico aprende rápido: en apenas unos segundos ya ha rodeado la cintura de Ida con ambas manos y ella tiene la abrumadora sensación de que sólo están ellos dos en el mundo.

Que no hay música ni fuego.

Mientras sigue besando a Domenico con los ojos cerrados, de hecho, Ida tampoco ve cómo, aquí y allá, las legiones de enfermos se levantan. Curados. Ni ve cómo, recuperadas las fuerzas y también la esperanza, los romanos se organizan a gritos

para combatir el pavoroso incendio y también esos monstruos que han estado a punto de destruir la ciudad.

El beso continúa mientras lejos, en el centro del viejo foro, una figura se acerca medio cojeando a otra, enmascarada y vestida con una capa negra, y ambas se abrazan al tiempo que caen de rodillas.

Y entonces Ida y Domenico se separan, jadeando.

—Ida, no puedo ofrecerte… —comienza el muchacho, pero ella le interrumpe poniéndole el dedo índice sobre los labios.

—Ya lo sé. Y si te soy sincera, me da igual.

Epílogo I

De camino al teatro Tordinona, unas semanas después

Dicen que cuando el incendio de Roma estaba en su punto álgido, mientras aquella música barría la ciudad como una tormenta de verano, una de las criaturas que el difunto vizconde de Roden exhibiera en su jardín escapó de su jaula. Docenas de testigos afirmaron que se trataba de un gran pájaro. Que lo vieron elevarse hacia el cielo con las alas cubiertas en llamas, pero sin quemarse.

Se trataba de un fénix, publicaron algunos días después numerosos panfletos y gacetas, esa mítica criatura que moría en el fuego y renacía de sus cenizas.

—¿Crees que podría ser cierto? —le pregunta Allegra, precisamente, con uno de esos folletos en la mano.

—Quizá sí. O quizá sea sólo lo que la gente quería ver: un símbolo —reflexiona Paddy Doyle con una expresión seria que le dura apenas unos segundos. ¿Cómo va a estar serio si Allegra camina a su lado, agarrada de su brazo derecho? Le resulta francamente imposible—. Al fin y al cabo, esta ciudad va a hacer lo mismo, ¿verdad? Renacer de sus cenizas.

Tiene que hacerlo, piensa. Sólo le hace falta mirar a su alrededor. A pesar de que los restos del incendio son evidentes, la ciudad parece viva de nuevo. Tenderos a lado y lado venden cualquier cosa imaginable: comida, ropa, joyas y reliquias de eficacia comprobada. Hay trileros y peregrinos despistados. También ladrones. Y quien no vende compra y quien no, habla a gritos.

—Aquí dice también que de la casa escaparon el resto de criaturas que tenía expuestas —prosigue Allegra, leyendo todavía el panfleto.

—¡Oh! —suspira la persona que está agarrada del brazo izquierdo de Paddy, mientras se da aire con un precioso abanico decorado con plumas de pavo real—. Pero ¿todavía estás con eso, Allegra? Bestias, monstruos y encantamientos… Vas a espantar al querido señor Charlemont y ya no querrá regalarnos su agradable compañía… Parece que no quieras casarte nunca, hija mía.

Paddy cuenta hasta tres y, entonces, escucha a Allegra murmurar, mortificada:

—Madre, por favor…

Pero él, todavía con esa sonrisa que ha hecho nido en sus labios, le da un apretón ligero en la mano que logra que a ella se le ilumine la mirada.

Paddy Doyle, ahora sí, se siente el rey de Roma.

Porque está vivo. Un poco vapuleado y con un agujero feo en el hombro que todavía le duele de vez en cuando, pero vivo,

al fin y al cabo. Desde luego, él tampoco se lo esperaba.

Y porque, agarrada a su brazo derecho, está Allegra, con ese vestido del color de la medianoche. La *signora* Gentilleschi lo está a su brazo izquierdo porque, al final, aceptó su oferta de pasar unos días como huésped en la villa Artemisa.

Luego, los días se convirtieron en semanas y, aunque Allegra sigue llamándolo «idiota» a menudo, la palabra suele venir acompañada de un beso. La *signora* Gentilleschi, por su lado, está encantada con él, con sus reverencias y sus discretos piropos, y porque, cuando sus amigas van a la villa a jugar a las cartas, Paddy siempre se apunta a una partida de *briscola* con ellas.

—Ya estamos llegando. ¡Permiso! —exclama alegre entre el río de gente que se dirige, como ellos, al teatro—. *Permesso!*

Mientras se abre camino, la gente se gira para observarlo. Cualquier otro pensaría que son miradas hostiles, porque Paddy se está abriendo paso a amables empujones, pero él cree firmemente que son miradas de admiración. Cómo no van a mirarle, piensa Paddy, si brilla, si su suerte, se dice mirando a Allegra, ha regresado multiplicada por mil.

Es una suerte, por ejemplo, que justo en este momento lleguen al teatro Tordinona, un edificio grande y moderno, un símbolo más de esa Roma que renace.

Es una suerte, también, que nada más pasar al vestíbulo, lleno de drapeados de color rojo y grandes candelabros en el techo y bronce bruñido y pinturas al fresco y estatuas blancas, Paddy pueda darle un beso en la mejilla a la señora Gentillleschi y, luego, murmurar:

—Volvemos enseguida, mi querida señora.

Entonces, se escapan Allegra y él, agarrados de la mano. Desde el vestíbulo, lleno de la flor y nata de la sociedad romana, se escabullen por una de las puertas de servicio, entre risas y, de

vez en cuando, con algún beso, hasta llegar tras las bambalinas del enorme teatro, donde una docena de personas entre músicos, bailarines y actores se preparan para la próxima función.

—Eso que ha dicho tu madre… —musita Paddy, sólo porque acaba de pasársele la idea por la cabeza y, de repente, le ha parecido urgente decirla en voz alta.

—¿Que te voy a espantar?

Paddy se gira hacia Allegra. Cuando la mira, todavía le da un vuelco el corazón. Nunca le había ocurrido antes, cree, que se le atascaran las palabras.

—No. No… —Es, definitivamente, una sensación nueva, esa de tener un nudo en la garganta—. Eso de que no querría casarme contigo. Sólo quería decir que…, eh…, que no creo que debieras preocuparte en… este sentido. Ya sabes. Si tú quieres. Y tampoco estaba diciendo *ahora*. Es decir. Si tú…

La suerte de Paddy Doyle hace que ella le acalle con un nuevo beso. No es así como esperaba declararse. Él había imaginado un gran gesto, cascadas de flores o, quizá, a sí mismo montado en un caballo blanco, o en un unicornio si pudiera conseguirlo, pero así es como le ha salido y a Allegra no parece importarle mucho.

—¡Pero bueno! —dice una voz. En cuanto se aparta a regañadientes de Allegra, descubre a Ida, que se acerca con su inseparable *Ambrose*, el jackalope, sentado cómodamente sobre su hombro—. ¿Qué hacéis aquí? Esta zona está reservada a los artistas y al personal del teatro. ¡Estamos trabajando!

—¡Pero si yo soy el propietario! —protesta Paddy, indignado.

Da la casualidad de que el vizconde de Roden murió sin descendencia. Lo hizo también sin testamento, pero ya se encargó Paddy, con la inestimable ayuda de Domenico, de hacer uno nuevo.

—Uy, sí, ya veo que trabajas mucho —le responde Ida, que le guiña un ojo.

Paddy habría sido feliz sólo con Allegra, pero, a decir la verdad, tampoco le desagrada ser asquerosamente rico y, como asquerosamente rico que es, compró el teatro. ¿Por qué no? Es un negocio redondo: Ida, con su monstruosa mascota, lo llena cada día.

—No sé qué le ves, la verdad —le dice Ida a Allegra mientras ella se encoge de hombros. Se han hecho amigas, cosa que a Paddy le regocija y aterroriza a partes iguales.

—«Más vale tonto conocido», ya sabes cómo es el dicho —susurra Allegra con una sonrisa que corta, y luego añade—: Mi madre pregunta, por cierto, si tiene que esperar alguna sorpresa hoy, como cuando la última vez llovió dentro del teatro mientras cantabas.

Ida, entonces, deja escapar una carcajada.

—¡Lo siento! Intentaremos que no vuelva a ocurrir.

—No. ¡Si le encantó! Como a todo el público —se apresura a responderle ella—. Pero arruinó completamente su vestido.

Mientras habla, la vista de Allegra se va hacia una montaña de disfraces en un rincón. Allí hay una máscara picuda con lentes por ojos. La muerte de Roden arrastró con él a lo que quedaba de la Sociedad de la Garduña. En alguna ocasión Paddy le ha preguntado si se había planteado tomar el cargo de su padre en la Sociedad, pero ella siempre le dice que ya no hace falta.

Sí, definitivamente, prodigios y demás cosas asombrosas están proliferando como flores en primavera. Esta última semana, Paddy ha escuchado rumores sobre que en el Reino de Granada ha aparecido un *yinn* que concede deseos y que, en la ciudad de Estrasburgo, una misteriosa melodía consiguió que centenares de personas se pusieran a bailar hasta caer extenuados.

Un silbido, entonces, les hace levantar a todos la mirada. La

actividad en la trasera del teatro se vuelve frenética de repente, los actores se preparan y los músicos afinan.

—Deberíamos volver a nuestro palco —dice Allegra—. Nos alegra verte, Ida…

—¡Espera, espera! —se queja Paddy—. ¿Y Domenico? ¿Por dónde anda mi buen amigo?

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Perdón! Estaba acabando de aplicar unos pocos retoques. —Muy arriba, entre las barras y poleas que mueven la tramoya del teatro, una figura les saluda. Domenico baja con la agilidad de una ardilla, con las manos manchadas todavía de pintura. Los entendidos dicen que el Tordinona es el teatro con los decorados más hermosos de toda la ciudad y los grandes señores se dan de bofetadas por un grabado o un retrato hechos por el gran Domenico Rossi.

—Ahora sí, ya podemos regresar a la platea —decide Paddy, satisfecho—. Pero vamos a vernos pronto, ¿de acuerdo? ¡Hay que organizar una fiesta! ¡Un baile, que llega la primavera! —añade para Domenico e Ida. Quizá crean que Paddy no se ha dado cuenta o que no le importa, pero ambos se han cogido de la mano.

—Andando, señor Charlemont —le recuerda Allegra mientras comienza a llevárselo.

—¡Buena suert…! No, no. ¡Qué tonto! Eso no se dice —rectifica Paddy enseguida—. Rompeos una pierna. ¡Eso es!

Epílogo II

A las afueras de Roma, al atardecer

James Morley habría amado ese mundo nuevo que se avecina si hubiera tenido paciencia, si hubiera confiado en el Turco y en su compañía, en vez de en sus ambiciones y demonios.

A Revna le duele haber tenido que matarlo y sabe que va a sentir esa culpa toda la vida, pero era un traidor y, como bien le dijo, la muerte es el único destino para los traidores.

Entonces levanta la mirada hacia el cielo. Le había parecido oír un graznido débil, pero se equivocaba. Sus cuervos no van a visitarla hoy.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

La voz de Tashiin hace que se dé la vuelta. La joven andalusí está de pie junto a uno de los carromatos pintados de colores de la compañía, con Enea, siempre Enea, a su lado.

Revna, junto al segundo de los carros, asiente despacio. A lo lejos se ve la ciudad de Roma, encendida en tonos naranjas y dorados no del fuego, como la vieron semanas atrás, sino por un atardecer que está llegando a su fin. La compañía del Turco, al igual que la Sociedad de la Garduña, agoniza.

—¿Tenéis planes? —les pregunta Revna a sus compañeros —. ¿Algún lugar al que ir?

—¿Tú qué vas a hacer? —dice Enea tras una pausa, con el ceño fruncido.

Qué va a hacer. Es una pregunta interesante, piensa Revna. No necesita que los cuervos le indiquen el camino ahora. La creación entera habla si uno sabe escucharla. Hay susurros y notas escondidas en el viento, en el curso de los arroyos y en lo más oscuro de la noche. Hace días que ese idioma secreto del mundo le indica su próximo paso a seguir.

—Al norte. —Al escuchar esta palabra, Tashiin y Enea, quizás inconscientemente, se acercan el uno al otro—. Ya es hora de que regrese al norte.

Fin

Agradecimientos y recuerdos

No engañamos a nadie si decimos que 2020 ha sido un año desafiante para cualquiera. En nuestro caso, también ha sido un año en el que lidiar con muchos aspectos personales y emocionales (algunos buenos, otros no tanto), y por eso el primer recuerdo que querríamos hacer, los primeros agradecimientos que querríamos dar, es a todos los creadores. No habríamos sobrevivido el 2020 sin libros ni series ni películas ni música.

La ficción, la fantasía, el escapar a otros lugares a través de vuestros mundos ha sido fundamental para que pudiéramos mantener la cordura, así que gracias de todo corazón a esos creadores que nos habéis mantenido cuerdos y esperanzados. GRACIAS, de verdad.

Por supuesto, gracias infinitas a nuestras parejas, a nuestras familias, a nuestros amigos, a nuestras mascotas. En este año en que las distancias y ausencias se han hecho infinitas, el saber que estáis con nosotros (ya sea *aquí* o *allá*) ha sido más importante que nunca.

Gracias a Irina, Paula, Lorenzo y a todos los amigos de

Nocturna: hacen que trabajar con ellos sea como un paseo a la orilla de la playa. Gracias a Irene (@Arhiee) y a Alejandra (@MercurioBebop), cuya visión y talento han hecho realidad muchas de las fantasías que sólo teníamos en nuestras cabezas.

Gracias a todos los amigos de IMC Agencia Literaria y de Scenic Rights, que tratan nuestras historias con el mismo cariño, empeño e ilusión con que lo hacemos nosotros.

Gracias a nuestra pandilla literaria: África Vázquez, Alena Pons, Ana Campoy, Ana González Duque, Andrea Tomé, Arantxa Comes, Clara Duarte, Clary Cortés, Elena Martínez Blanco, Haizea M. Zubieta, Iguazel Serón, Iria G. Parente, Javier Ruescas, Marta Álvarez, Nando López, Pablo Ferradas, Patricia García Rojo, Rolly Haacht, Ruth Ibáñez, Selene M. Pascual, Sélpide, Silvia Aliaga, Tatiana Marco y Victoria Álvarez (y estamos seguros de habernos dejado a alguien, a quien le regalaremos una tarta y un ramo de flores en señal de cariño y disculpa), cuya amistad, compañía, historias, empatía, sensibilidad y talento hacen del panorama literario infantil y juvenil en España algo de lo que realmente hay que estar orgullosos.

Y gracias a vosotros, nuestros lectores y seguidores. Especialmente a ti. Gracias a ti porque crear para ti también le ha dado mucho sentido a este demencial 2020. Gracias infinitas.

Nos leemos en la próxima aventura.

ALLEGRA

IDA

JAMES

BRANDON

DOMENICO